SU VIDA POR LA LIBERTAD. SU SANGRE POR EL AMOR.
SU ALMA POR LA VENGANZA.

Hija de ningún mundo



CARISSA BROADBENT

Planeta

Índice

PORTADA

PORTADILLA

DEDICATORIA

MAPA

PRÓLOGO

PRIMERA PARTE. ALAS

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13

14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38

SEGUNDA PARTE. COLMILLOS

39
40

69
70
71
72
73
74
75
76
77
78
79
80
EPÍLOGO

HIJOS DE DIOSES CAÍDOS

1

AGRADECIMIENTOS

CRÉDITOS

Hija de ningún mundo

CARISSA BROADBENT

Traducción de Pilar de la Peña Minguell

Planeta

A mi equipo de Writing on the Wall, porque esta novela es vuestra y no existiría sin vosotros


SARLAZAI
TERRITORIO
RYVENAI
KORVIUS
ARA
CÁRCEL
DE ILYZATH
CABAÑA DE MAX
HACIENDA MIKOV
VERNAYA
CAPITAL
TAIRN
THRELL
ISLAS DEL SUR

NOTA: Esta novela presenta material que podría herir la sensibilidad de algunos lectores, como esclavitud y violencia, referencias a agresiones sexuales, violación y manipulación infantil, y contenido sexual explícito.

PRÓLOGO

Comienza con dos almas que se encuentran, de pronto, completamente solas.

«Evalúa. Juzga. Actúa».

El joven dejó que aquellas palabras le resonaran por dentro como un segundo pulso.

No quiso reconocer que iba a morir allí, ni siquiera mientras resbalaba con la sangre, tropezaba con los cadáveres, hacía un recuento mental de los hombres y las mujeres que habían entrado con él en la ciudad, pero no lo acompañarían a la salida. Ni siquiera cuando la posibilidad iba acercándose, rastrera, a la certidumbre.

Tenía veintiún años. Había perdido la cuenta de las batallas libradas, pero ¿aquello? Aquello no era una batalla. Aquello era una masacre.

«Evalúa. Juzga. Actúa».

Con la espalda pegada al muro de una casa, se asomó por la esquina a una callejuela de la ciudad. Las calles estaban llenas de casitas torcidas, apretujadas unas contra otras. En su interior, se adivinaban rostros aterrados. Las madres apartaban bruscamente a sus hijos de las ventanas, para evitar que vieran cómo el acero, la magia y el fuego se mezclaban en una danza terrible y letal.

En lo más hondo de los pensamientos de aquel joven, una vocecilla rio.

«¡Calla!», le ordenó, y volvió enseguida a la lucha. Voló por las calles, susurrando a las llamas que acariciaban su aliento, atrayéndolas hacia sí. Le obedecieron encantadas, enredándose en sus manos y trepándole por los brazos haciendo espirales. Las extrajo de las casas y de las calles, las apartó de las pieles delicadas y de los huesos frágiles.

Pero eran demasiadas. Le agotaban y le descentraban. Tanto que ni siquiera le dio tiempo a eludir aquella punzada que le partió la espalda. La sangre caliente se mezcló con un sudor salado.

«Actúa, actúa, actúa».

Apretando los dientes, se dio la vuelta en un contraataque que tenía muy ensayado antes de que la rebelde le asestara otro golpe. El cuerpo de su rival cayó al suelo hecho un revoltijo de extremidades. No le vio la cara, que, por suerte, la tapaba una masa de pelo castaño rizado.

—*¡Mátala!* —le susurró furiosa por dentro aquella vocecilla, como alertada por el olor a sangre fresca, arrojándose contra la superficie de sus pensamientos como el que rasca una puerta con las garras.

«No...».

Se lo pensó un segundo más de la cuenta y sintió una embestida que lo lanzó de vuelta al callejón. Eso despertó su instinto. Ya había desenvainado el acero y apuntaba con él al cuello de su asaltante cuando, al girar la cabeza, vio...

—No te atrevas a matarme —le susurró al oído una voz cálida que conocía bien—. Aquí ya hay cientos de rebeldes a los que les encantaría hacerlo por ti.

Aquella voz era, en esos momentos, lo más hermoso que el joven había oído en su vida.

Soltó un suspiro de alivio y dejó caer el cuchillo mientras se volvía.

—¿Dónde cojones te habías metido?

La joven lo saludó con una mirada fría y dura como el acero. Sus iris eran tan claros que se diluían en el blanco de los ojos, solo los puntitos de sus pupilas lo escudriñaban. El hollín y la sangre le pintaban las mejillas, y tenía las trenzas platino sucias y enredadas. Llevaba por los hombros una chaqueta que en su día había sido azul, pero estaba tan salpicada de sangre, cuyas manchas trepaban por la insignia de la media luna que lucía en la solapa, que casi parecía morada.

Al verlo le dio un brinco el corazón.

—¿Cuánto de eso es tuyo?

—¿Cuánto de eso es tuyo? —replicó ella, señalándolo a él.

—¿Tan mal lo ves?

—Muy mal.

—Genial —protestó él, porque había albergado la esperanza de que la herida no fuese tan profunda como le parecía.

Ella le hizo darse la vuelta, agarrándolo por los brazos, con la cara a escasos centímetros de la suya.

—Estás sangrando mucho. ¿No lo notas?

«Ya no». Meneó la cabeza y, al hacerlo, el suelo se inclinó, como si el mundo fuese un barco a punto de naufragar. Se imaginó el sol que llevaba en la espalda de la chaqueta partido en dos por el acero con el que lo habían atacado y las mitades deslizándose, separándose en el cielo...

—¡Eh! —le dijo ella, chascando los dedos delante de sus ojos. Parecía enfadada, pero él la conocía lo bastante bien para saber que solo era una forma de ocultar su miedo, como le pasó cuando, de niños, se adentraron por primera vez en el bosque y él estuvo horas perdido hasta que...—. ¡Des-pier-ta! —Ahora lo zarandeó también—. No te vayas.

Él notó que algo intentaba colarse en sus pensamientos.

—No hagas eso —protestó.

La voz, risueña, le dijo algo asqueroso que él sintió lejano.

—Solo me aseguro de que estás bien —contestó ella, retirándose con el ceño fruncido—. He ido al oeste de la ciudad. Muchísimos muertos.

«Muchísimos muertos».

El joven parpadeó para quitarse de la retina la imagen de aquellas caritas asomadas a las ventanas rotas.

—Debemos retirarnos —dijo—. Aquí hay demasiados inocentes. Puedo llevarme el fuego cuando nos vayamos.

—Los jefes están aquí. Retirarse no es una opción. La oportunidad es demasiado buena.

A él casi le dio la risa, una risa amarga, fea y desganada.

—¿«Oportunidad»? No, esto es...

—Ellos han decidido empezar esto aquí, en una de sus ciudades —le espetó ella—. Si quieren cagarse en su propia cama, allá ellos.

Aquellas palabras le cayeron como un puñetazo en el estómago, aunque no tuvo claro si era la crueldad de la chica o la pérdida de sangre lo que le producía las náuseas.

—Sigue habiendo ciudadanos —replicó él—, con rebelión o sin ella. ¡Son personas!

—Tenemos opciones.

—Por lo que he visto, no.

—Te tenemos a ti —susurró ella y, llevándole una mano a la cara, le acarició los músculos tensos de la mandíbula—. ¡Te tenemos a ti!

Un escalofrío recorrió lo más hondo de su ser. Se quedó allí plantado, con la boca abierta, pero incapaz de conjurar palabras que pudieran expresar su grado de repulsión.

—¡Ni de coña! —Fue lo que terminó diciendo.

Ella apretó los labios. Si hubiera estado atento, habría detectado que la chica trasladaba la caricia a su sien y le apartaba de la cara el pelo negro.

—No nos queda otra —musitó—. Por favor.

—No. Estamos en medio de una ciudad. Además...

Además, ¿qué? Además, muchísimas cosas, demasiadas para encapsularlas en palabras. Solo de pensarlo sentía alfilerazos de terror en las venas.

—Lo siento —dijo en voz baja—, pero la destrucción sería... Y yo...

Probablemente era la primera vez que no favorecía los intereses de la Orden, pero no se quitaba de la cabeza aquellas caritas asomadas a las ventanas.

Por un momento, pareció que ella iba a seguir insistiendo, pero entonces su gesto cambió, se ablandó, y una sonrisa triste se le dibujó en los labios.

—Esa sensiblería tuya te va a matar un día, ¿sabes?

«Puede», se dijo el joven.

—*Seguramente* —susurró la vocecilla en su interior.

Se hizo un silencio largo y luego, por fin, ella dijo sin más:

—Soy tu comandante.

Él casi dudó de su propia cordura y se preguntó si había oído bien.

—¿Que eres qué?

Una carcajada sobrevoló su pensamiento, burlándose del temor que le encogía el corazón.

—Targis ha muerto, lo he visto —le dijo ella, con un brillo en los ojos. Las llamas se reflejaban en aquel destello húmedo, el único indicio de sentimiento—. Si él no está, yo soy tu superior y te ordeno que te emplees a fondo.

Sus palabras le hicieron trizas y le produjeron un dolor tan agudo como si le hubieran arrancado de cuajo la columna vertebral.

—¡Nura...!

—Te ordeno que lo hagas.

Y entonces fue cuando percibió la mano de la chica en su sien, cuando notó que su magia se le colaba más allá, en el pensamiento, que llegaba a aquella puerta que él había cerrado de golpe, a cal y canto, ¡con tablones claveteados!

—¡No!

Fue lo único que consiguió decir en un jadeo entrecortado; el resto murió en su garganta mientras Nura se adentraba aún más en su mente.

Era lo único que le había jurado que jamás haría.

Invirtió las fuerzas que le quedaban en reforzar sus barreras mentales, pero, en ese sentido, nunca iba a ser tan fuerte como ella. La magia de Nura brotaba del mundo de los pensamientos y de las sombras; la de él, en cambio, obedecía a fuerzas más visibles, más inmediatas. Sobre todo entonces, con toda la sangre que le corría por la espalda y aquella criatura luchando desesperada por escapar de su interior.

—¡Para...!

Una súbita punzada de dolor lo cegó. Notó que ella se colaba por aquella puerta, que la hacía pedazos y se la quitaba de en medio.

En sus labios se formó la palabra *perdona*, pero, si la dijo en voz alta, él no la oyó.

—*¡Qué tierno!* —susurró la vocecilla, tan cercana y tan real que le erizó el vello de la oreja—. *Hay que ver el empeño que le pones.*

«¡Que te den!».

Se soltó de los brazos de Nura. Extendió los dedos y apretó los puños, soltando una batería de chasquidos.

Si hubiera podido hablar, le habría dicho que nunca —¡jamás!— se lo iba a perdonar. Pero no pudo, no pudo más que abalanzarse sobre

sus propias barreras mentales, una y otra vez, en un intento desesperado de recobrar el control, aun teniéndolo cada vez más perdido. Incluso mientras abría los puños y de pronto lo cegaba fuego, fuego y más fuego.

Al otro lado del mar

La pequeña estaba asombrada de lo tranquilo que estaba todo.

Los esclavistas habían llegado en plena noche y habían sacado a su pueblecito de un sueño profundo. Como les ocurría a casi todos los suyos, muchas de sus pesadillas rondaban en torno a aquel suceso. En algún momento, se había convertido en un peligro omnipresente que acechaba de forma constante su pensamiento.

Pero la realidad era distinta de las pesadillas.

Siempre había supuesto que habría más ruido: más gritos, más aullidos, una lucha más larga. Pero los hombres del sombrero de ala ancha y sus mercenarios habían atacado primero a los más jóvenes y fuertes, asaltándolos en la cama, para que no tuvieran ocasión de causar problemas. Y hasta los que se habían defendido lo habían hecho en silencio. Sus batallas habían sido poco más que gruñidos ahogados y acero romo, y habían terminado rápido con trémulos estertores.

La madre de la niña, la cabecilla, no le había dicho nada cuando las despertaron el ruido de los cascos de los caballos y el llanto de las esposas. Al salir de la casa, había echado un vistazo al pueblo, a su gente, o lo que quedaba de ella tras aquella súbita destrucción, y había presentado sus condiciones a los esclavistas.

La niña no tenía ni trece años, pero sabía que su madre intentaba salvar a su pueblo de lo inevitable. También sabía que no iba a

funcionar. Aparte de las órdenes breves y quedas de su madre, nadie más dijo una palabra, hasta que la pequeña dio un paso al frente, levantó sus brillantes ojos hacia uno de los esclavistas y dijo:

—Yo os puedo salir más rentable.

Las palabras se le escaparon de la boca antes de que cayera en la cuenta de lo que estaba haciendo. El esclavista la intimidaba menos de lo que había supuesto. Era bajito y gordo. Su largo abrigo de cuero, arrugado y tenso a la altura de los hombros —donde apenas podía contener su anchura rolliza—, se dio aún más de sí cuando el tipo se dio la vuelta para mirarla. La niña vio que estudiaba su inusual apariencia: la piel y el pelo casi blancos, con manchas de la que habría sido su coloración natural, más intensa, trepándole por la piel; un ojo verde y otro blanco; mechones negros entre otros plateados...

A su espalda, oyó a su madre acercarse, como para detenerla, pero la niña no se volvió.

—Yo os puedo salir más rentable —repitió, haciendo un sobresfuerzo para que la voz no se le quebrara ni le temblase.

Se centró en el bamboleo de la papada del esclavista. Una pequeña parte de su mente asaltó la del hombre en busca de algún destello de sus pensamientos. El hedor de la avaricia de aquel tipo se mezclaba con el de su sudor.

—Igual si estuvieras entera —protestó él, al cabo de un momento. Le cogió un mechón de pelo blanco y luego le levantó la barbilla y le examinó la franja de piel bronceada que le invadía el lado derecho de la cara—. Pero esto...

—¿Qué? —intervino otro esclavista, con el sombrero negro arrugado en una mano mientras se limpiaba el sudor de la frente.

Era delgado, todo articulaciones huesudas y mejillas enjutas. La niña no pudo evitar que le hiciera gracia verlos juntos: el gordo y el

flaco, el alto y el bajo, un par de payasos, más que de monstruos.

—Mira esta...

—Está fragmentada. No es una valtaina de verdad. Además, es demasiado joven para prostituirla.

—Según y cómo —replicó el gordo, encogiéndose de hombros.

Aun con su magia, la niña rara vez sentía siquiera una pizca de las emociones siempre contenidas de su madre, pero, al oír aquello, una oleada de pánico furioso la recorrió como un escalofrío.

Pese a todo, permaneció sin moverse.

—No vale nada —dijo el flaco—. A lo mejor si estuviera completa..., tal vez.

A la cría se le enredaron las palabras en la garganta. Los hombres le daban ya la espalda, se habían vuelto hacia sus soldados, que estaban poniendo grilletes a los hombres que tenían a la entrada del pueblo. Presa del pánico, abrió los puños y una mariposilla de luz salió volando de sus manos, aleteando por el aire hasta chocar con la cara del esclavista gordo.

—Mirad —dijo desesperada, y brotó de ella otra mariposa, y otra —. Soy maga. Puedo actuar. Os puedo salir rentable. Más que los que enviáis a las minas.

Los dos esclavistas vieron alzarse las mariposas al cielo y desaparecer contra la luna plateada. Luego se miraron el uno al otro.

—Será guapa algún día —dijo despacio el gordo—. Es joven, pero... ¿tú nunca compras fruta verde en el mercado?

El esclavista delgado se cruzó de brazos y la examinó de un modo que la hizo sentir un hormigueo por la espalda.

—Además, sabe cocinar y limpiar y es muy obediente —oyó decir a su madre a su espalda, y de pronto le costó muchísimo más mantener la compostura.

Entonces los dos esclavistas se cruzaron de brazos y la cría miró a uno y a otro alternativamente.

—Muy bien —dijo el flaco, que descruzó los brazos y volvió a plantarse el sombrero en la cabeza—. Llévatela. Iremos a En-Zaheer y se la venderemos a uno de esos pavos reales.

—¡Un momento! —gritó la niña mientras la agarraba del brazo—. Mi madre se viene también. —El hombre soltó un resoplido desdeñoso, como si aquello no mereciese siquiera respuesta—. Por favor. La necesito. Ella...

Al flaco le brillaron los ojos y la chica notó que la rabia de aquel tipo se agriaba en el aire como leche cortada. El esclavista abrió la boca, pero no dijo nada. La madre se acercó a su hija y la agarró fuerte por los hombros.

—Es joven y tiene miedo —dijo enseguida—. No sabe lo que dice. Yo entiendo que no puedo ir con ella.

Luego, sin soltarle los hombros, le hizo darse la vuelta y mirarla. Por primera vez desde que había empezado aquella horrible pesadilla, la niña se permitió mirar a su madre directamente a los ojos. Eran de un intenso verde ambarino, idénticos a su ojo derecho, el que tenía color. En esa décima de segundo, se empapó del rostro familiar de su madre: los pómulos prominentes y regios, las cejas oscuras, que enmarcaban una mirada penetrante y serena... Nunca había visto a su madre tan asustada ni conmocionada. Y aquel día no fue una excepción.

—Ninguno de nosotros puede acompañarte adonde vas, Tisaanah, pero cuentas con lo necesario para sobrevivir y, escúchame bien, ¡úsalo! —La niña asintió. Le ardían los ojos—. Nunca mires atrás ni dudes antes de dar un paso al frente para afirmar: «Merezco vivir».

—¡Tú también mereces vivir! —lloriqueó la niña, porque las minas eran una sentencia de muerte, eso lo sabía todo el mundo.

Un destello de triste incertidumbre recorrió el rostro de su madre.

—Olvídate de eso —le dijo, limpiándole las lágrimas antes de que cayeran, y, sin más, le plantó un último beso de despedida en la frente.

Luego se irguió y, con la cabeza bien alta, miró a un esclavista y luego al otro, y después a los suyos, que formaban filas, atados con sogas y cadenas. Nunca había tenido más aspecto de reina que en aquel instante, noble y arrebatadora aun mientras extendía las manos para que la apresaran.

El esclavista gordo se llevó a la pequeña y la metió a rastras en la parte trasera de su carromato mientras el flaco se llevaba al resto del pueblo. La niña se sentó entre los sacos de grano y las cajas horribles de mercancía, con la espalda pegada a los tablones astillados. Sus amigos y familiares no tardaron en convertirse en siluetas lejanas bañadas por la luz de la luna: una fila larga, con la espalda recta y la cabeza bien alta, y la figura inconfundible de su madre al frente de todas ellas.

Tras ellos, el pueblo ardía en llamas de un naranja intenso.

Nunca pensó que fuera a ser tan rápido, tan silencioso. Bastó con menos de una hora para que su vida entera cambiara y se desintegrara en la noche como una de sus resplandecientes mariposas.

—No lloras por tu madre, ¿eh? —le soltó con desdén uno de los mercenarios, volviéndose a mirarla—. Qué fría.

—Esta gente es así —terció el esclavista como si nada—. Carecen de sentimientos.

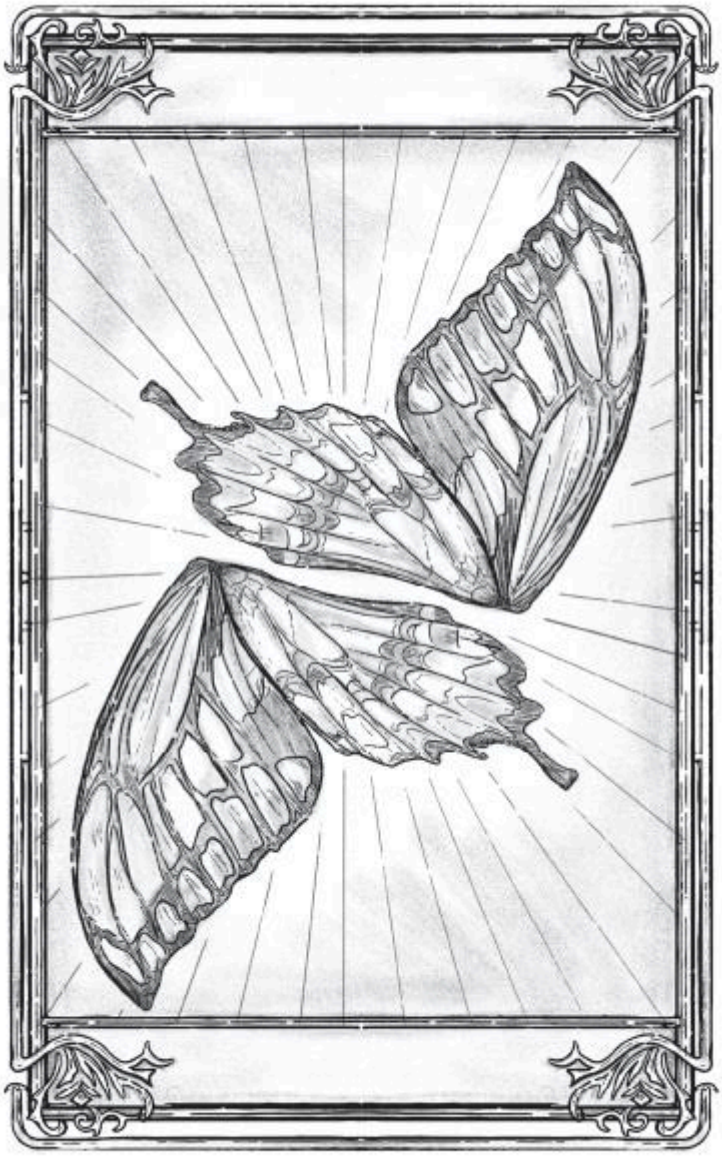
«¡Es culpa vuestra! —le dieron ganas de gritar a la pequeña—. ¡No la habéis dejado venir conmigo!». Quería berrear, llorar, derrumbarse en el suelo sucio de aquel carro, aporrear inútilmente la madera con los puños, deshacerse en lágrimas hasta vomitar. Sin

embargo, se quedó quieta, con la espalda recta y la cabeza erguida, imitando la pétrea fortaleza de su progenitora. Se mordió el labio por dentro tan fuerte que se notó en la lengua el sabor metálico de la sangre caliente. El recuerdo del beso de su madre le quemaba la frente.

«Cuentas con lo necesario para sobrevivir», le había dicho. La cría no tenía otra cosa que su camisón sudado, pero sabía que disponía de herramientas. Durante aquel trayecto largo y oscuro a la ciudad, fue enumerándolas, una y otra vez. Tenía su apariencia inusual y un físico que algún día podría llegar a ser deseable. Sabía escuchar y aprendía rápido. Hacía magia, mariposas plateadas y hermosas ilusiones ópticas, sí, pero, sobre todo, poseía la habilidad de percibir lo que los demás querían de ella.

Y lo más valioso de todo, el regalo que le había hecho su madre: darle permiso para que hiciera lo que fuese con tal de sobrevivir, sin disculpas ni remordimientos. Y eso iba a hacer: lo que fuera menos llorar.

PRIMERA PARTE
ALAS



1

Ocho años después.

«Uno, dos, tres...».

Cuando bailaba, siempre iba contando.

Lo cierto era que se me daba fatal. No tenía claro si existía eso del talento, pero, si era así, dudaba de que yo tuviera alguno, por lo menos para el baile. Solo que ya había descubierto que el talento era algo accesorio, porque podía compensarse con noches y madrugadas de destrozarse los pies y memorizar obsesivamente los pasos.

El talento estaba de más si se disponía de fuerza bruta y, a pesar de mi cuerpo delgado y de mi sonrisa cándida e inocente, yo tenía más fuerza bruta que nadie.

«... cuatro, cinco, seis...».

Giro.

Y... fuego.

Sonreí al comerciante que estaba sentado delante de mí y, abriendo los puños, dejé que se desplegase entre mis dedos una llama azulada. Los invitados a la fiesta de Esmaris hicieron aspavientos de admiración. Habría varios centenares de personas pululando por el gran salón de mármol, todas ellas ataviadas con sus mejores galas. Mucho hilo de oro y gasa transparente y vaporosa. Mucho blanco. A los ricos les encantaba el blanco, a lo mejor porque

demostraba que contaban con el dinero necesario para tener un pequeño ejército de esclavos que lo mantuvieran inmaculado.

En ese instante, aquellos seres vestidos de blanco se inclinaron hacia mí, embelesados, mientras soltaba una bandada de mis célebres mariposas traslúcidas. Más de cuarenta aletearon hacia el techo alto y se esfumaron, deshaciéndose en ráfagas de humo azul. Todas salvo tres, que revolotearon hasta tres hombres del público, dibujaron círculos alrededor de su cuello, rondaron sus mejillas y después desaparecieron. Los hombres se estremecieron al ver acercarse las mariposas, pero luego rieron con mayor o menor entusiasmo al descubrir que no parecían sino aire. No me habían quitado los ojos de encima en todo el rato y, si el instinto no me fallaba, estaban deseando tirarme alguna moneda.

Me centré primero en el más joven, un comerciante quizá solo unos años mayor que yo. Parecía querer demostrar algo. Un nuevo rico. Me acerqué bailando a él, alargué la mano y le acaricié el hombro con coquetería a la vez que le asaltaba la mente, curioseando en sus pensamientos y sus preferencias. El joven, por lo visto, no tenía interés alguno en mí. De hecho, noté como su atención se desviaba constantemente hacia Serel, uno de los guardaespaldas más guapos de Esmaris, que vigilaba el rincón más alejado de la sala.

Muy bien. Tampoco hacía falta que quisiera liarse conmigo para servir a mis propósitos. Al contrario, me facilitaba las cosas: se empeñaría en demostrar su interés viril en una bailarina ligera de ropa como yo, más que en un guardia ligero de ropa como Serel, y no querría tenerme a solas cuando acabara el baile.

Seguían sonando las cuerdas del arpa, pero bien podría no haber habido música en absoluto. Me sabía el baile de memoria. Sin dejar de mover los pies, enrosqué los brazos en el cuello del comerciante.

—Me he dejado una cosita por aquí —ronroneé, sacando los dedos por detrás de su mandíbula para mostrar una de mis centelleantes mariposas—. Le has caído bien. ¿Te la quieres quedar?

El joven comerciante me sonrió. Era guapo, de pelo castaño rizado y grandes ojos ambarinos enmarcados por unas pestañas tan largas que me daban envidia.

Serel y él iban a hacer muy buena pareja.

—Sí —contestó, mirándome muy fijamente, a pesar de que su cabeza me dijera que no tenía interés alguno en quedarse la mariposa, que lo único que quería era mantener el tipo en medio de tanto ricachón y triunfador aunque para ello tuviera que enfrentarse al mismísimo Esmaris.

Levantó la mano como si fuera a coger de la mía la mariposa resplandeciente, pero yo me aparté dando un giro y le sonreí coqueta.

—¿Cuánto me das por ella?

Entonces vislumbré a Esmaris por encima del hombro del joven. Vestía de un color llamativo, un rojo intenso, que destacaba en aquel mar blanco. A fin de cuentas, él no tenía necesidad de demostrar con su atuendo ni su riqueza ni su posición. Sin embargo, más allá del color de su camisa, había algo que lo distinguía de la multitud: una especie de aire frío y autoritario, como el de quien se mueve esperando que el mundo se incline ante él; algo que, de hecho, solía suceder.

Hablaba con uno de sus invitados y parecía aburrido. Llevaba el pelo negro aunque entrecano recogido en una coleta, con un mechón rebelde que no paraba de meterse por detrás de la oreja. Y eso hacía cuando, de pronto, alzó la vista un instante y me miró a los ojos, para luego volverse de nuevo hacia su invitado, despreocupado.

Bien. No solía mostrarse posesivo, pero mejor curarse en salud.

—¿Qué quieres que te dé? Ya cuentas con mi admiración —contestó el joven, y tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano por no poner los ojos en blanco.

—Muy valiosa, desde luego —respondí juguetona—, pero ella también, ¿no? —Las alas de la mariposa me vibraron en las yemas de los dedos. Apreté el puño para ocultar la ilusión óptica y, cuando abrí la mano, tenía en la palma una reproducción en cristal. No pude evitar admirarla un instante, orgullosa de mí misma. Aquello era una novedad en mi rutina. El comerciante enarcó las cejas y yo sentí ondear su asombro—. Para ti —le dije.

—Es increíble —observó, ensanchando su sonrisa de complacencia. En aquella mirada de estupefacción, me pareció ver a un crío embobado por un acróbata circense o por el resplandor de una bagatela reluciente.

Entonces se llevó la mano al bolsillo.

—Para ti —dijo.

Cogió la mariposa de cristal y, en su lugar, me dejó cinco monedas de oro.

Cinco.

¡De oro!

Me las quedé mirando asombrada, momentáneamente sin palabras. Sin embargo, no era estúpida: sabía que me había dejado las monedas en la mano tan ruidosamente por algo mientras todos los ojos estaban puestos en nosotros. Había sido una osadía, y hasta una grosería, que me diera dinero sin tantear siquiera a Esmaris con la mirada primero, ¡y menos aún semejante cantidad! A muchos no les gustaba que sus esclavos tuvieran dinero y les parecía peor todavía que ese dinero proviniera de otros hombres. Esmaris era bastante liberal en ambos aspectos, pero ¡cinco monedas de oro!

Eso rozaba los límites de la respetabilidad se mirara por donde se mirase.

«Mil dos».

No esperaba llegar a esa cifra aquella noche, ni la siguiente, ni la otra. Con suerte, salía de una de las fiestas de Esmaris con diez monedas de plata.

«Mil dos. Mil dos».

—Gracias —conseguí decir, olvidándome de la coquetería. Cerré la mano y disfruté del peso de las monedas mientras las metía en la bolsita de seda que llevaba en la cadera—. Gracias.

El hombre sonrió y asintió con la cabeza, ajeno a lo que acababa de hacer por mí.

La euforia me bullía por dentro y por un momento me perdí en ella. Luego volvió a bramar el arpa y me di cuenta de que casi había perdido el ritmo.

Estaba a punto de dar brincos y giros de alegría, de echarme a reír a carcajadas, pero aún me quedaban horas de actuación, así que empecé a contar otra vez.

«Uno, dos, tres, cuatro...».

Antes de alejarme dando vueltas, le acaricié la mejilla al comerciante con las yemas de los dedos y luego los enterré en sus rizos densos. Y sonreí, sonreí, sonreí. Mientras me deslizaba por el suelo de mármol, Serel me miró desde el otro lado de la sala y ladeó la cabeza, como haciéndome una pregunta velada. Yo me limité a sonreír. Quizá él me entendiera.

Mil dos.

Mil dos monedas de oro eran el precio de mi libertad.

2

—Mil —dijo Serel, haciéndose eco de la cifra que me había rondado el pensamiento toda la noche, y la acompañó de un silbido de asombro. Con la mano, se apartó el pelo rubio de la cara—. Lo has conseguido. ¿Cómo lo has hecho?

—Ocho años —respondí yo, sobre todo para mí, porque casi no me lo creía—. Ocho años de trabajo.

Crucé las manos sobre el vientre y miré al techo parpadeando. Serel y yo estábamos tumbados en el suelo de mi modesta alcoba, agotados. La fiesta se había alargado hasta altas horas de la madrugada y, aunque él estaba deseando retirarse a su propio cuarto y meterse en la cama, lo arrastré al mío. Se lo tenía que contar a alguien y solo me fiaba de él.

Sabía que no iba a pegar ojo. Estaba tan emocionada que, horas después, aún me temblaban las manos. Me fastidiaba no poder reunirme con Esmaris esa misma noche, soltarle el montón de oro en la mesa y largarme. Seguramente tardaría uno o dos días más en encontrar un momento para recibirme en privado.

—A mí nunca me dijo que podía comprar mi libertad —protestó Serel.

—Yo se lo pregunté.

—No esperaba menos de ti.

—Bueno..., creo que se lo exigí, más bien.

—¡Lo que te digo!

Solté una risita. Por entonces, hacía como un año que yo era propiedad de Esmaris, y recuerdo que ya me había sentido rica la primera vez que había actuado en una de sus fiestas, en las que los invitados me lanzaban monedas de plata de vez en cuando. A lo largo del año, fui juntándolas hasta conseguir un total de cincuenta piezas de plata, o sea, media moneda de oro. Para mí, una chiquilla de un pueblo que se dedicaba sobre todo al comercio, aquella era una cantidad exorbitante. En cuanto conseguí las cincuenta monedas, me dirigí a Esmaris, se las planté en las manos y lo informé de que pretendía comprarle mi libertad.

—Con esto bastará, supongo —le dije, procurando sonar más segura de lo que me sentía, porque ya había tenido tiempo de aprender que todo en la vida es teatro.

Tuve suerte. Con otro dueño, aquel numerito me habría costado unos latigazos. Luego me estremecía al pensar en lo poco consciente que era entonces de mi suerte, de la suerte de que Esmaris siempre me hubiera tenido un cariño sincero. Aquel día me miró con un asomo de sonrisa, aun cuando sus ojos oscuros siguieran siendo tan penetrantes como siempre.

—Vales más de cincuenta monedas de plata, Tisaanah —me contestó.

—Pues setenta y cinco —contraataqué, y él se recostó en el asiento y cruzó los brazos.

—Vales mil monedas de oro —me dijo al fin—. Ese puede ser el precio de tu libertad.

En aquel momento, se me hacía inconcebible semejante riqueza. Años después todavía era una lucha aunque ya la tuviera en mi poder.

Desde entonces, estudié atentamente el comercio de esclavos y ahora sabía que mil monedas de oro eran mucho más de lo que yo

valía. Vi pagar novecientas por auténticas valtainas de piel completamente albina y pelo blanco puro. Por mucho que ensayara mi magia o mis bailes, seguía siendo una fragmentada. El ojo verde y las manchas de piel dorada reducían considerablemente mi valor. Solo que yo ansiaba mi libertad más que nada. Si Esmaris quería mil monedas por ella, eso iba a tener.

Y así fue. De algún modo, lo había conseguido.

—Era guapo —musitó Serel—. El invitado. Tendrías que haberlo buscado después para darle las gracias —añadió y, mirándome sonriente, me guiñó un ojo.

Resoplé.

—Era todo teatro. Tú le interesabas más que yo.

—¿En serio? —Serel se incorporó de pronto, sorprendido—. ¿Por qué no me lo has dicho antes? Eso no pasa nunca.

—Dudo que quieras enredarte en algo así.

—¡Sí que quiero!

—Vale, perdona. Me he despistado. —Me volví para mirar aquellos ojos azules cansados—. Al menos ahora ya lo sabes para la próxima vez que venga.

—No creo que lo vuelvan a invitar, después de semejante exhibición —suspiró.

Los dos sabíamos, aunque no lo dijéramos en voz alta, que probablemente era mejor así. Los devaneos con los ricos eran peligrosísimos para la gente como nosotros. Yo lo aprendí por las malas una vez y me llevé de regalo un corazón partido y diez latigazos en la parte trasera de los muslos. Aún podía contar las cicatrices.

Si a Serel lo pillaban en alguna ocasión con una persona rica —y hombre—, lo matarían. Sin duda.

Se hizo un silencio largo. Pensé que mi amigo se había quedado traspuesto por fin, hasta que me preguntó en voz baja:

—Y ahora, ¿qué? ¿Las Órdenes?

Asentí.

—Las Órdenes.

—Si te soy sincero, jamás pensé que fuera a ocurrir —susurró.

«Ni yo», me dieron ganas de decirle, solo que no acostumbraba a reconocer en voz alta mis incertidumbres.

—Me llenas de orgullo, Ti. Si alguien se merece...

—Tú te lo mereces. Todos nos lo merecemos.

Merecer: Cómo odiaba ese verbo aunque me hubiera pasado la vida aferrada a él.

—Ya llegará nuestro momento —dijo sin más, como si nada.

Me incorporé y me quedé sentada sobre las piernas. Observé a Serel, allí tumbado, con las manos bajo la cabeza. A él no le costaba nada ver lo mejor de cada persona, de la vida. Al principio, me parecía que era una máscara que se ponía, igual que yo me ocultaba tras el coqueteo de mis bailes y ensayaba la seguridad en mí misma hasta que, a la fuerza, se convertía en parte de mí. Pero no tardé en descubrir que Serel lo pensaba de verdad, ¡lo creía así!

Detecté esa bondad en él la primera vez que lo vi. Yo había hecho con Esmaris un viaje corto de negocios a una ciudad vecina y, sentada detrás de él, había visto desfilar a los esclavos por el mercado. Me pareció horrible. La tristeza y el pánico que impregnaban el aire resultaban insufribles, me desgarraban la cabeza y los músculos como si estuviera viviendo el peor día de la vida de montones de personas a la vez y, para colmo, reviviendo con todo detalle el mío también.

Pero, incluso en medio de aquella maraña de emociones, me fijé en Serel. Se había parado a consolar a la chiquilla que llevaba al

lado, más pequeña incluso de lo que era yo cuando había estado en su lugar y, aunque aquello le costó un grito y un fuerte latigazo del esclavista, le había dedicado a la niña una sonrisa auténtica. Serel era alto y musculoso, pero yo entonces no vi más que aquellos enormes ojos azules, llorosos, unos rasgos tan tiernos y delicados que le hacían parecer un crío.

Si Esmaris no lo compraba, lo haría cualquier facción de mercenarios y se convertiría en uno de aquellos hombres que habían sacado de la cama a mi familia aquella noche, hacía años. La idea me horrorizaba.

—¿Y aquel? —le susurré a Esmaris—. Es justo lo que buscas.

Si Esmaris se planteó siquiera a qué se debía mi interés en aquel joven tan guapo o albergaba alguna sospecha sobre mis motivos, lo disimuló bien. Se lo pensó un segundo, levantó la mano y Serel fue suyo.

Esa noche pasé mucho rato en la cama de Esmaris, como si él esperara una compensación por ceder a mi solicitud, pero mereció la pena, porque Serel no tardó en convertirse en el mejor amigo que había tenido antes y después de la esclavitud.

De pronto, miré a mi amigo con un nudo cada vez mayor en la garganta, conmovida por razones que no sabía explicar. Se me pasó por la cabeza la idea de darle mi dinero, de comprar su libertad en vez de la mía. Él era mejor que yo. Lo merecía más.

—Volveré, ¿sabes? —le susurré—. A por todos vosotros. Buscaré contactos, recursos...

Alargó la mano y me dio una palmadita en la rodilla, como si entendiera el remordimiento que me bullía en las tripas.

—Sé que lo harás.



Al final, el pobre Serel, que no aguantaba más, volvió a su cuarto en busca del descanso que tanto necesitaba y me dejó sola en mi alcoba. Estaba agotada, pero sabía que era inútil intentar siquiera descansar, así que me puse a dar vueltas por la estancia. Aquello me mareó un poco, porque mi cuarto no era mucho mayor que mi cama. Aun así, estaba limpio y bien conservado, con muebles bonitos y algunos elementos decorativos. Esmaris a veces me traía de sus viajes regalitos que llenaban las estanterías, pero mis posesiones más preciadas eran las que venían de Ara.

Ara era una islita lejana, conocida sobre todo por ser la sede de las Órdenes Gemelas: la Orden de la Medianoche y la Orden del Alba.

La isla a la que me marcharía en cuanto comprase mi libertad.

La idea —o los paseos por la alcoba, o el agotamiento, o quizá las tres cosas— me produjo náuseas. Me tiré al suelo y saqué del estante inferior de la estantería una caja de madera desgastada. Allí guardaba un montón de cachivaches, como una piedra de las playas de Ara, unos papelotes con círculos garabateados y varios libros. Extraje el que tenía la cubierta azul lisa, sin marcas salvo las insignias grabadas de una luna plateada y un sol dorado.

Los símbolos de las Órdenes.

Lo abrí y pasé las páginas. Recorrí con las yemas de los dedos las imágenes, la tinta en relieve, el texto con el que aún no estaba familiarizada, mientras practicaba por lo bajo mi arano. Me detuve en una ilustración desplegable que ocupaba varias páginas: un retrato de los fundadores de la Orden de la Medianoche y la Orden del Alba, Rosira y Araich Shelaene. Los azules y los morados

envolvían la figura de Rosira, enmarcando su pelo blanco en la silueta de una luna, mientras que Araich estaba rodeado de fuego. Sus manos se tocaban por encima de la costura del encuadernado.

Rosira representaba a los magos valtainos, con su piel albina y su pelo blanco, que constituían la Orden de la Medianoche. Y Araich representaba a los magos solaris, no valtainos, que formaban la Orden del Alba. Sus magias se complementaban aunque fueran contrarias, como dos lados de la misma moneda.

El libro, igual que todos los cachivaches de Ara, era un obsequio de Zeryth Aldris, viajero de Ara y miembro destacado de las Órdenes, que en una ocasión se alojó unos días en la hacienda de Esmaris. A mí me fascinó de inmediato. Nunca había conocido a nadie que se me pareciera pese a que, a diferencia de mí, él tenía una piel incolora y un pelo totalmente blanco, porque era valtaino de verdad. Lo estuve siguiendo por ahí como un perrillo faldero, pero se mostró muy amable conmigo y parecía disfrutar satisfaciendo mi curiosidad. Yo lo escuchaba durante horas y él me contaba, en un thereni algo precario, cosas de las Órdenes y de su historia.

Luego, por el día, veía a Zeryth socializar con Esmaris y sus nobles. Reparaba en cómo le sonreía la gente, en las deferencias que tenían con él, en que lo miraban con el mismo respeto temeroso que muchos otorgaban solo al propio Esmaris.

De pronto lo tuve claro: como miembro de la Orden de la Medianoche, Zeryth disponía de recursos; contaba con apoyo y protección y, lo más importante, tenía poder. Justo lo que yo necesitaba para que mi supervivencia compensara lo que le había costado a mi familia, lo que precisaba para convertirme en alguien.

—¿Yo podría ser miembro de las Órdenes? —le pregunté a Zeryth más adelante, mirándome las manos y las manchas de color arena que se extendían por dos dedos.

—Desde luego —me contestó, dedicándome una sonrisa radiante que hizo que se derritiera mi yo de catorce años—. Fragmentada o no, sigues siendo valtaina.

Era todo el incentivo que necesitaba.

A partir de aquel día, me puse manos a la obra. Investigué a las Órdenes obsesivamente. Por las noches, practicaba en susurros el arano para aprender por mi cuenta todo lo posible de aquella lengua tan rara y frustrante. Zeryth vino de visita varias veces a lo largo de los años y, cada vez que regresaba, me traía regalitos de las Órdenes y aguantaba con estoicismo mis incesantes preguntas. Me había prometido que, si llegaba a Ara, me presentaría a los miembros de las Órdenes. Y yo confiaba en que cumpliera su promesa.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo y, al mirarme las manos, vi que me temblaban sobre las páginas.

No, esa noche no iba a pegar ojo, eso estaba claro.

Estuve despierta hasta que las primeras luces del día se colaron entre las cortinas. Me leí de cabo a rabo todos los libros que Zeryth me había regalado. Ensayé todas las frases que me sabía en arano y repetí las que no me sabía hasta familiarizarme con ellas. Me llené la cabeza de planes hasta que no quedó sitio para el miedo ni la incertidumbre.

Horas. Solo faltaban horas para que todo mi mundo cambiara de pronto.

Ojalá estuvieran preparados para mí.

Ojalá yo estuviera preparada para ellos.

3

Lo lógico habría sido que, después de tanto tiempo, Esmaris hubiera dejado de intimidarme tanto como al principio. Llevaba siete años viviendo con él y seguramente lo había visto en circunstancias, digamos, más comprometedoras que ninguna otra persona. Aun así, a veces, al entrar en algún sitio, durante unos segundos me pasmaba su presencia, la forma en que parecía absorber todo el aire de la estancia.

Aquel fue uno de esos momentos.

Me quedé mirando la silueta de su espalda, recortada contra la ventana de su despacho. Como la noche de la fiesta, vestía de rojo, pero la chaqueta era de un brocado burdeos oscuro. Tenía las manos cruzadas a la espalda y el contorno de sus hombros era ancho y completamente recto. Aquel hombre jamás se encorvaba.

No me miró.

Me dije para mis adentros que no había nada que temer, que se trataba de una operación comercial sencilla, ni más ni menos. Serel estaba plantado en la puerta, como guardaespaldas favorito de Esmaris, y yo me aferré al recuerdo de la breve sonrisa de ánimo que me había dedicado antes de entrar allí.

No obstante, me sudaban las manos.

«Di algo», insté mentalmente a Esmaris.

—Mil —espetó como si me hubiera oído, aún de espaldas—. Una cifra considerable.

—Más que las cincuenta monedas de plata que te ofrecí la primera vez —repliqué con desenfado, dejando que calara en mi voz la sonrisa, pero, para alivio mío, no la angustia.

—Ciertamente.

Esmaris se volvió por fin y me recorrió de arriba abajo con su mirada fija, oscura y penetrante. Por delante de un ojo, le colgaba un mechón rebelde de pelo negro entrecano, el único elemento díscolo de su imagen. Todo lo demás, desde el ajuste de la ropa hasta el recorte de la barba, pasando por la tersura de su pelo recogido, era impecable. Debía de rondar ya los sesenta, pero su porte era el de un hombre mucho más joven.

Intenté atrapar las palabras no pronunciadas entre los dos, percibir su reacción, sus pensamientos. Siempre me costaba leerlo, porque era frío e inflexible. Aun con todo, a veces lograba vislumbrar algo, sobre todo cuando se mostraba complacido conmigo.

Esa vez, en cambio, nada.

—En realidad, tengo mil dos, pero estoy dispuesta a regalarte las que sobran, por todo lo que has hecho por mí —añadí, entre la broma y la verdad, entre el coqueteo y la gratitud, dorándole la píldora y recordándole, de paso, por qué me tenía cariño.

No hubo reacción. Me bulló por dentro un resquemor que no me apetecía analizar demasiado: muy en el fondo, por la razón que fuera, deseaba impresionarlo.

—¿Lo tienes? —me preguntó, señalando con la cabeza la bolsa que descansaba a mis pies. Pesaba una barbaridad, porque, claro, mil monedas de oro eran mucho metal.

—Sí.

—Enséñamelo.

Hice lo que me pedía: subí la bolsa a su escritorio y la abrí. En cuanto la deposité, él la volvió bocabajo de un solo movimiento y la

vació en la mesa. De haber tenido los ojos cerrados, me habría parecido el tañido de unas campanas. Algunas monedas cayeron al suelo. Guardamos un silencio angustioso hasta que cesó, por fin, aquel tintineo.

—¿Te hago contarlas? —me dijo.

—Si quieres, las cuento. Está todo ahí.

—Esto es mucho dinero. ¿Cómo lo has ganado?

¿Que cómo lo había ganado? Haciendo de todo, lo que hiciera falta, lo que pudiera.

—Me he ofrecido a colaborar en todo lo que he podido —contesté.

Y mira lo que había conseguido. Hasta los momentos de los que no me sentía orgullosa habían merecido la pena. Asomó a mis labios una sonrisa.

—¿Y eso qué significa? —susurró furioso.

Se me evaporó la sonrisa.

Mierda.

—He aprendido de ti —le dije serena, acercándome despacio—. Los negocios son solo cosa de...

—Te has prostituido por este dinero.

Su repulsión y su rabia cortaron el aire con tal violencia que me sentí como si me hubiera soltado un bofetón. La fealdad de la palabra y la forma en que la pronunció me dejaron muda un instante.

Ni siquiera yo me lo había planteado así. Me dolió más de lo que pensé que me dolería aunque no me arrepintiera de nada de lo que había hecho.

—No, yo...

—Los dos sabemos que no soy imbécil. No has podido conseguir tanto dinero de ninguna otra forma.

—Lo he ganado trabajando para quien quisiera contratarme: bailando, haciendo conjuros, fregando suelos...

Era la verdad. Lo había ganado con mi trabajo. Una parte procedía de pasar la noche con otros hombres, sí, pero también de horas y horas de sudores.

—Unas monedas de cobre puede, pero ¿todo esto? —Lo dijo con tal desdén que me salpicó saliva a la mejilla—. Yo te he permitido que te ganaras unas monedas de plata bailando, pero jamás te he autorizado a prostituirte, a que me avergonzaras de ese modo.

—Nunca te haría algo así —repliqué, mostrándome ofendida por la insinuación.

—Conseguir mil monedas de oro tendría que haberte costado quince años —repuso—. Veinte, incluso.

Quince años.

Entonces caí en la cuenta de que Esmaris no pensaba que yo pudiera conseguir aquella cantidad disparatada, al menos hasta que fuera o demasiado vieja para sus gustos o él demasiado viejo para servirse de mí.

Su rabia me resonaba en los oídos, en la cabeza, bajo el mentón, pero la mía iba reemplazándola poco a poco.

—He reunido el dinero que me pedías. Con él puedes comprarte una valtaina de verdad si quieres, una más hermosa y con más talento que yo.

—Los esclavos no pueden permitirse el lujo de negociar. Además, no necesito tu dinero —respondió iracundo—. Has olvidado lo que eres. —Se me cayó el alma a los pies—. ¿No eres consciente de lo bien que te trato?

Se irguió, entornó los ojos.

Silencio. Esperaba una respuesta, pero de pronto no me atrevía a abrir la boca.

«No necesito tu dinero».

Yo tenía un plan, un objetivo. Él me había tumbado los cimientos de una patada y me daba la impresión de que, en cualquier instante, se me iba a desplomar el alma.

—¿Eh?

—Sí, Esmaris.

—Y aun así... —Bajó la voz, tan poco que la diferencia apenas fue perceptible—. Mira las molestias que te has tomado para marcharte.

De pronto lo vi claro. El aire apestaba a ello, a aquel sentimiento escondido que subyacía bajo la rabia de Esmaris...

Estaba dolido.

Nos miramos. Observé la arruga de su entrecejo, signo indiscutible de una vulnerabilidad encubierta.

Aquel era el hombre que me había llenado el cuerpo de cicatrices, que me había arrebatado la libertad, me había aplastado, doblegado y apaleado, pero también el que recordaba mi color favorito, el que había velado horas a mi lado después de una pesadilla. El mismo que me había mirado con una suerte de extraño orgullo el día en que le exigí mi liberación.

Me incliné hacia delante y puse las manos en su escritorio, donde las monedas frías de oro se me adhirieron a la piel sudada.

Solo dije dos palabras:

—Por favor.

Se me quedó mirando un buen rato. Yo casi no podía ni respirar.

«Por favor, hazlo por mí. Si alguna vez te he importado aunque solo sea un poquito, por favor».

Entonces oí un portazo y un manto de hielo silenció el conflicto interior apenas perceptible de Esmaris.

—Aparta de mi escritorio. Arrodíllate.

«No necesito tu dinero».

Por los dioses, ¿qué iba a ser de mí?

«Arrodíllate».

Me dejé caer tan fuerte que el suelo de madera bruñida me magulló la piel.

«No necesito tu dinero».

Su voz y mi sueño hecho pedazos me atronaban de tal forma en la cabeza que apenas oía nada más. Por eso no lo oí cruzar la estancia, ni volverse y plantarse a mi espalda.

«No necesito tu dinero».

Tampoco oí el chasquido letal quebrar el aire.

Pero, aun en medio de la turbación, sentí plenamente el dolor que me desgarró la espalda, como si me estuviera partiendo en dos. Se me escapó un jadeo, un sollozo.

¡Zas!

Dos.

¡Zas!

Tres.

Y más, y más, y más.

Zas. Zas. Zas.

Cinco. Diez. Doce. Dieciséis.

«No necesito tu dinero».

¿Qué iba a ser de mí?

Me negaba a sucumbir a los gritos, al llanto, aunque para eso tuviera que morderme el labio hasta hacerme sangre. Igual que aquella noche de hacía años, la noche en que había abandonado a mi familia, a mi madre, porque ella creía que podía irme mejor, ¡que podía ser algo más!

¡Zas!

Veinte.

Pero se equivocaba, porque Esmaris me iba a matar.

Aquel pensamiento fue consolidándose despacio en medio de la bruma de mi consciencia casi perdida.

Me iba a matar porque yo había cometido un error de cálculo fundamental: había sido una ingenua al pensar que su afecto difuso y retorcido me ayudaría a escapar. En cambio, iba a aplastarme, porque Esmaris solo poseía o destruía. Y, si no podía hacer lo uno, haría lo otro.

Me pregunté si Serel lo estaría oyendo desde el otro lado de la recia puerta, si intentaría ayudarme. Ojalá no, porque lo castigarían por ello.

¡Zas!

Veinticinco.

Esmaris me iba a matar.

¡El muy desgraciado!

Brotó un fuego en mi interior. Al oír el silbido del brazo de Esmaris levantándose por encima de su cabeza, me volví bocarriba, haciendo caso omiso del dolor insufrible que sentí al contacto de mi espalda con el suelo.

—Si quieres asesinarme —le dije—, vas a tener que hacerlo mirándome a los ojos.

Esmaris tenía el brazo por encima de la cabeza, cortando el aire con el látigo a su espalda, con la nariz fruncida por un desdén cruel. Mi sangre le salpicaba la camisa y se fundía con el brocado de color burdeos. Detecté una expresión fugaz en su rostro. Apartó los ojos de mí.

—¡Mírame!

No había llegado tan lejos para apagarme como una vela en la noche. ¡Lo iba a atormentar!

«Mírame, cobarde. Mírame a los ojos, a los ojos de la niña a la que conociste hace ocho años, la pequeña a la que salvaste y luego

destruiste».

Su gesto de desprecio se convirtió en uno de rabia casi animal, como si hubiera decidido silenciarme borrándome del mapa para siempre.

¡Zas!

Veintiséis. Me tapé la cara con los brazos, pero apenas pestañeé, ni siquiera cuando aquella púa estuvo a punto de arrancarme la nariz.

—¡Mí-ra-me!

«Vas a ver mis ojos en la oscuridad todas las noches, cada vez que parpadees, siempre que mires a la que me reemplace...».

Veintisiete. Me ardían los antebrazos. Empezaba a perder la visión.

«¡MÍ-RA-ME!».

Y entonces todo se detuvo.

Esmaris se volvió de pronto hacia mí. El brazo se le quedó paralizado. Aquellos ojos oscuros se clavaron en los míos en un movimiento brusco, como arrastrados por un hilo que yo llevase enroscado en un dedo, como si hubiera alargado unas manos invisibles y lo hubiera obligado a mirarme.

Perpleja, caí en la cuenta de que me había apoderado de su pensamiento y, por un segundo, vi algo crudo, sentí algo crudo en su mirada.

Había un millón de instantes que podía haber visto en sus ojos, instantes que podría haber compartido con un captor, o un amante, o un padre, o una extraña combinación de los tres.

Hasta podría haber sentido algo.

En cambio, no pensé más que en lo frágil que parecía bajo mi yugo invisible, en lo dulce que me sabía su miedo en la lengua cuando entendió —los dos entendimos— que yo era capaz de algo más que hacer brotar pequeñas mariposas.

Su miedo se transformó en ira. Se zafó de mí con violencia, levantó el látigo, cortó el aire...

Y, sin darme cuenta siquiera de lo que hacía, tiré todo lo fuerte que pude de aquel hilo que nos unía.

Un chasquido ensordecedor. Me estremecí, pensando que era el látigo, pero el dolor no llegaba.

Un estallido. Abrí los ojos y vi a Esmaris tropezar con una silla y caer de rodillas ante mí.

Yo me levanté mientras se desmoronaba, casi chocando con él. Su mano tendida me rozó la mejilla, pero en su lugar me agarró un largo mechón de pelo platino, al que se aferró con una fuerza que había abandonado el resto de su cuerpo.

No sentí nada cuando me arrastró al suelo con él y, con la mano, me apoyé instintivamente en su pecho.

«Mírame», tronó mi orden.

Obedecimos los dos. No pestañeé, no miré a otro lado. Vi brotar de su rostro la rabia y dejar tras de sí una tristeza cruda que me desolló con una violencia aún mayor que la de aquellos veintisiete latigazos.

—¡Tisaanah...!

Apenas oí el grito de Serel. Cuando alcé la cabeza, mi amigo estaba plantado en el umbral, con la mano en la empuñadura de la espada, boquiabierto de horror.

El cuadro debía de ser espantoso: yo empapada en sangre, con la espalda hecha jirones y sosteniendo el cuerpo sin vida del hombre más poderoso de Threll.

4

—¡Por los dioses desterrados! Pero ¿qué te ha hecho?

Serel me tenía cogida por los hombros.

Yo no lo oía. Aún miraba los ojos sin vida de Esmaris, clavados en los míos, perdidos en la lejanía.

—Mírame, Tisaanah.

«Mírame. Mírame. Mírame».

Unos dedos calientes y callosos me giraron la cabeza. Los grandes ojos azules y llorosos de Serel eran lo contrario de los de Esmaris en todos los sentidos, y verlos fue como un soplo de aire fresco que me sacudió el alma.

Dije lo único que me vino a la cabeza:

—Está muerto.

Serel miró a Esmaris. No me preguntó qué había pasado. Puede que la escena, el montón de monedas del escritorio, mi sangre, el látigo, el estallido que le había hecho irrumpir en la estancia... ya le indicaran todo lo que necesitaba saber. Pero ni se inmutó al ver el cadáver. A veces se me olvidaba que mi tierno y bondadoso amigo no era ajeno a la muerte.

—¿Puedes ponerte en pie?

Asentí, pero no me moví. Esmaris todavía me tenía agarrada del pelo. Con dedos temblorosos, me zafé de él. Tenía la mano tan caliente que pensé que todavía podía atraparme en cualquier momento.

Lo había matado.

Había matado a Esmaris.

Yo.

El pánico me azotó como una ola, robándome el aire de los pulmones.

Serel me ayudó a levantarme. El movimiento hizo que me ardiera la espalda y solté un gemido involuntario. Se me llenaron los ojos de lágrimas, que me negué a dejar escapar.

—Ya, ya... —me susurró Serel con la voz estrangulada.

—¿Qué va a ser de mí? —le dije en voz baja.

Yo siempre tenía un plan, un objetivo. Aun en los momentos más difíciles de mi vida, contaba con opciones. Aquella vez no era capaz ni de pensar. Ni siquiera de respirar.

Jamás conseguiría mi libertad.

Esmaris estaba muerto.

Sabrían que lo había matado yo.

Me ejecutarían.

Y también a...

Miré de pronto a Serel.

—No deberías estar aquí. Se van a enterar, van a...

—Shhh —murmuró; era un sonido pequeño y reconfortante.

Miraba a Esmaris, luego a mí, después el látigo, apretando mucho los labios.

«Piensa, Tisaanah —me dije—. Piensa. La cosa no acaba aquí. No puede ser».

Pero tenía el cerebro hecho puré. No paraba de ver los ojos de Esmaris al caer, de oír aquel susurro de traición.

Estaba tan ida que, cuando Serel desenvainó la espada y se la clavó en el pecho a Esmaris, no entendí lo que estaba pasando. El ruido que hizo me devolvió bruscamente a la realidad. Un crujido húmedo y nauseabundo que supe, ya entonces, que jamás olvidaría.

—Serel, pero ¿qué...?

—La sangre podría ser suya. Cualquiera podría haberlo matado. Ahora ya no sabrán quién.

Serel extrajo la espada del cuerpo de Esmaris. Brotó más sangre al suelo.

Me dio una arcada y tragué bilis. Serel cogió el látigo y lo enroscó fuerte; después lo colgó en su sitio, en el armario, como si nadie lo hubiera tocado.

Las piezas del rompecabezas empezaron a encajar en mi mente. Entonces vi lo que estaba haciendo. ¡Lo que estábamos haciendo!

Lo agarré de la muñeca, clavándole las uñas en la piel.

—Esto es peligroso. No deberías estar aquí.

—Pues claro que sí, porque lo vamos a arreglar —me dijo, y me dedicó una sonrisa que, a pesar de mi espalda ensangrentada y del cadáver que teníamos a los pies, me pareció tan natural, tan auténtica, que me desconcertó. Después me miró de arriba abajo—. Tu ropa. Necesitas otra cosa. Quédate aquí, que voy a tu alcoba...

Me observé y caí en la cuenta de que iba prácticamente desnuda. La seda hecha jirones del vestido apenas me tapaba. Me corría la sangre por detrás de las piernas.

—Tengo cosas aquí, en su armario.

Por no decirle: «Por favor, por favor, por favor, no me dejes aquí con él».

Serel asintió. Se acercó al armario y eligió un abrigo lo bastante largo como para que me tapase casi todo el cuerpo y, por suerte, lo bastante grueso y oscuro como para ocultar la sangre.

Esmaris tenía mi ropa en su despacho, junto a la suya. Otro extraño signo de intimidad. Me costó no vomitar de nuevo.

Serel se plantó detrás de mí, sosteniendo el abrigo, y me inspeccionó.

—Voy a tener que vendarte la espalda, Tisaanah, y luego te pongo esto.

El tono triste y de disculpa de su voz me indicó que conocía perfectamente la envergadura de lo que me estaba pidiendo.

¡Por los dioses!

Solo el movimiento de echar los brazos hacia atrás me dejó sin aliento y me nubló la visión. Y eso moviéndome un poquito... No quería ni imaginar lo que iba a ser deslizar aquella tela recia por lo que me quedara de piel, o ponerle encima un vendaje.

«No puedo, no puedo, no puedo». Jamás pronuncié estas palabras, pero el condenado tejido estaba a punto de acabar conmigo.

—Hazlo —mascullé, en cambio, y me agarré al borde del escritorio de Esmaris.

—Lo siento —dijo Serel en un susurro marcado con el desgarro de la tela.

Luego vino el dolor.

Tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para no gritar. Me flojeaban las piernas, pero me aferré a la estabilidad del escritorio mientras Serel improvisaba un vendaje alrededor de mi torso.

«Ara —me recordé—. Las Órdenes. Libertad. Lo vas a conseguir. No te queda otra».

El dolor era tan insoportable que casi no oí a Serel cuando me dijo una eternidad después —o eso me pareció— que me irguiera. Tambaleándome, extendí los brazos para que pudiera deslizarme la tela rígida del abrigo por la piel.

Iba a vomitar. Me iba a desplomar. Tenía claro que iba a hacer una de las dos cosas, si no eran las dos.

Pero, milagrosamente, no fue así.

—Lo has logrado —musitó Serel por fin—. Lo has logrado.

Si había podido con aquello, podía con cualquier cosa.

Seguía pensando que me iba a desmayar, pero procuré centrarme en mantenerme derecha. Vi de pronto las monedas, todavía sobre el escritorio.

—Vamos a necesitar unas cuantas de esas —dije con voz ronca.

Al menos servirían para algo.

Serel me hizo caso: agarró un par de puñados de monedas de oro y las metió en mi bolsa de seda. Luego se arrodilló junto al cadáver de Esmaris y le soltó el broche que llevaba en la solapa: una azucena de plata, su sello.

—Muy listo —dije con un hilo de voz, tambaleándome.

Aquel sello era una suerte de autorización de Esmaris en su ausencia. Se lo daba a los esclavos o los sirvientes como prueba de su favor cuando necesitaban mayor acceso.

Me miró preocupado.

—¿Estás bien?

—Sí —contesté. Tal vez, si me lo creía, se haría realidad.

—Aguanta un poco más.

Se incorporó, pero permaneció inmóvil un momento, contemplando el cadáver de Esmaris.

—Serel...

—Solo una cosa... —Con un súbito gesto de desprecio, bajó la cabeza y escupió. El escupitajo rodó por la mejilla fría e inerte de nuestro dueño..., nuestro antiguo dueño—. Ya nos podemos ir —dijo, y salimos juntos por la puerta.



No acostumbro a seguir a nadie a ciegas, pero, cuando Serel empezó a llevarme por aquellos pasillos de la hacienda de Esmaris

que tan bien conocíamos, tuve que confiar en que sabía lo que se hacía. El hecho de mantenerme en pie ya requería toda mi concentración.

—¿Se me ve normal? —le susurré después de que saludáramos con la cabeza a otro esclavo con el que nos cruzamos.

—Lo estás haciendo de maravilla.

Noté que me corría la sangre por detrás de las piernas y me pregunté cuánto tardaría en formarse un charco a mis pies.

—Rápido —le dije, y aceleramos todo lo que pudimos.

No tardé en caer en la cuenta de adónde me llevaba: a los establos. Otro guardaespaldas, Vos, estaba apostado a la puerta. Nos sonrió a modo de saludo al vernos llegar y yo le devolví la sonrisa con todo el entusiasmo del que fui capaz. Vos era amigo y recé para que nuestra relación bastara para distraerlo del aspecto tan sospechoso que yo debía de tener.

—Hoy tenemos una noticia extraordinaria, Vos —anunció Serel con orgullo—. Tisaanah nos deja. Acaba de comprar su libertad.

¡Qué buen actor era! Yo, en cambio, apenas me acordaba de mantener la sonrisa.

A Vos se le iluminó el rostro. Siempre había sido así: las emociones se apoderaban de todos sus rasgos con una intensidad arrebatadora.

—¿En serio? ¿Por fin lo has conseguido?

Asentí, fingiéndome eufórica.

—Ya te dije que lo lograría.

—Así es, sí. ¡Vaya! —exclamó Vos, asombrado. La felicidad que sentía por mí me revolvió las tripas. ¿Lo castigarían cuando se descubriera que Esmaris había muerto... y que Serel había desaparecido?—. ¡Qué gran noticia! Te voy a echar de menos.

—Y yo a ti —contesté, de corazón.

Perdí de pronto el equilibrio. Los dedos de Serel me agarraron con fuerza por el hombro, fingiendo una palmada afectuosa.

Una brisa me pegó la ropa al cuerpo y noté que la sangre me chorreaba por las pantorrillas. No podía quedarme allí mucho más tiempo.

—Debo marcharme antes de que se ponga el sol —le dije a Serel, que entendió la indirecta.

—Sí, ahora es demasiado buena para nosotros —contestó. Luego, enseñándole a Vos el lirio de plata de Esmaris, añadió—: Con un caballo corriente bastará. No hace falta que sea de pura raza, claro.

Vos apenas miró el sello.

—Claro, claro, hablad con el caballerizo —respondió. Después me miró y sonrió—. ¡Enhorabuena, Tisaanah! Buena suerte ahí fuera.

—Buena suerte para ti también, Vos.

La iba a necesitar. Procuré no pensar en cómo le iban a dejar la espalda a Vos si lo castigaban por dejarnos marchar, ni era capaz de imaginar su cuerpo colgando de la horca.

«Recomponte —me reprendí furiosa—. Así no ayudas a nadie».

No fuimos a ver al caballerizo, por supuesto, sino que nos dirigimos a las cuadras donde guardaban a los caballos de faena, animales desatendidos a los que no vigilaban de cerca. No había nadie. Ya era demasiado tarde para que hubiera mozos de cuadra por allí. Resultaba que, por azares de la vida, había elegido el momento perfecto para asesinar sin querer a mi amo.

Me apoyé en la pared para no perder el equilibrio mientras Serel escogía un caballo y le echaba una silla de montar al lomo. En cuanto bridó al animal y abrió con sigilo la puerta de la cuadra, le tendí la mano.

—Trae, que lo sujeto mientras buscas uno para ti —le susurré.

Serel hizo una breve pausa y luego me apartó del camino.

—No puedo ir, Tisaanah —contestó como el que rechaza una invitación a comer.

El caballo y él avanzaron por el pasillo, pero yo me quedé paralizada.

—¿Qué?

—Shhh. —Serel se volvió a mirarme—. No hay tiempo que perder.

—Pues claro que vienes.

No iba a dejarlo allí. Ni hablar.

Lo seguí cojeando, esforzándome por alcanzarlo hasta que llegamos a la puerta trasera de los establos. Me asomé a las palmeras y los helechos, que daban paso a un infinito cielo azul, teñido de las primeras luces del ocaso. Entre las hojas de los árboles se vislumbraba una hierba dorada y ondulante: la célebre llanura de Threll.

Mucho más allá, al otro lado de la pradera, estaba el mar, y al otro lado del mar, Ara.

Las Órdenes.

Me volví de nuevo hacia Serel, que estaba apretándole la cincha sobre las orejas al caballo.

—Pues claro que vienes —repetí, rotunda.

—Todo el mundo sabe que querías comprar tu libertad, pero yo tengo entrenamiento dentro de una hora. Si no me presento, me buscarán. No hay tiempo suficiente. Además, ya ha quedado patente que te he acompañado hasta aquí y he dejado a Esmaris temporalmente desprotegido. Ahora, cuando vuelva, lo encontraré muerto. Tenía muchos enemigos. Puedo asegurar que he visto cualquier cosa.

—No va a funcionar.

—Saldrá mejor que si nos escapamos los dos. En cuestión de horas, alguien se daría cuenta de lo que ha pasado. De esta forma,

puede que ni siquiera te busquen a ti. Y, si lo hacen, puedo conseguirte por lo menos un día de ventaja.

Un día de ventaja. ¿A qué precio? Típico de Serel, derrochar optimismo, incluso ante una realidad mucho más cruda.

—Deja de hacerte el mártir y súbete al puto caballo.

—No pierdas tiempo con esto.

—Pues no me hagas perder tiempo.

—Te mereces conseguirlo. No quiero estropear tus opciones. Yo me las apañaré bien aquí. Te lo prometo.

Merecer. ¡Cómo odiaba esa palabra!

Serel no era de los que levantan la voz. Siempre hablaba en voz baja y serena, y aquel día no fue distinto, pero yo sentí su determinación, como si fuera un muro macizo entre los dos.

—Por favor —le supliqué, cogiéndole las manos, aferrándome a ellas, sin querer soltarlas.

«No puedo, no puedo, no puedo».

—Te voy a subir al caballo. ¿Preparada?

No lo estaba, pero lo hizo de todos modos, levantándome con delicadeza por la cintura. Me noté la mano fría donde antes había piel y el cuerpo se me retorció de dolor con el movimiento. Ya a lomos del caballo, el mundo entero empezó a darme vueltas.

—Toma —dijo, dándome un puñal enfundado cuya correa me sujetó a la cintura. Luego me estrujó la mano—. Como me entere de que has muerto en esa llanura, te mato.

Contemplé desde arriba aquellos ojos claros, más impresionantes que nunca, ahora que brillaban con unas lágrimas que no terminaban de rebosar. Recordé el día en que lo conocí. Ahora sabía lo que aquella pequeña esclava debió de sentir. ¡Qué valioso regalo de dulce y amargo consuelo!

Quería decirle tantas cosas..., tantísimas que las palabras sin pronunciar me estrangulaban.

—Tienes que irte —me dijo, y, volviéndome la cara hacia él, me besó en la mejilla—. Saluda a Ara de mi parte.

«No puedo».

Puso al galope el caballo, alejándome bruscamente antes de que estuviera lista. El nudo que tenía en la garganta se me deshizo lo justo para poder decirle un «te quiero», pero las palabras se disolvieron en el traqueteo de los cascos del caballo, el viento y los amagos de llanto que yo ahogaba en mis pulmones. Después me preguntaría a menudo si llegó a oírme, si él, mi amigo, ¡mi hermano!, sabía lo importante que era para mí.

Su beso me ardía en la mejilla. Un beso que se sumaba al que mi madre me había dejado en la frente hacía muchos años. Eran dos cicatrices que me marcaban como alguien que había dejado atrás a las personas que más le importaban.

Me abrí paso entre los helechos y las praderas que se extendían ante mi vista, borrosa por la pérdida de sangre. No miré atrás. No pude. De haberlo hecho, habría dado media vuelta. Aun así, buena parte de mí se aferraba a la tierra, queriendo regresar a toda costa con Serel y gritándome por dentro: «No lo abandones, vuelve, no lo abandones».

Pero el caballo apretó el paso.

Merecería la pena. Haría que mereciera la pena el sacrificio, no solo por Serel, sino por todos. Y me tragué las lágrimas que me asaltaban, antes de que llegaran a la superficie.

Tenía todo lo que necesitaba. Llevaba un puñado de monedas de oro en la bolsa, suficientes para comprar o sobornar con el fin de lograr el acceso a Ara; un poder lo bastante grande en mi interior como para matar a uno de los hombres más temidos de Threll;

veintisiete heridas —futuras cicatrices—, que me recordarían siempre que era capaz de sobrevivir. Y que lo haría, que sobreviviría.

Pero, sobre todo, tenía una deuda que saldar y, para eso, estaba dispuesta a cualquier cosa, menos a llorar.

5

«Me llamo Tisaanah Vytezic. Soy de Threll. Soy amiga de Zeryth Aldris y debo hablar con él».

Ensayaba estas palabras obsesivamente, repitiendo los sonidos nítidos del arano una y otra vez.

Las susurraba mientras cruzaba al galope la llanura en un intento desesperado de adelantarme al alba, a mi desangramiento y al miedo constante ante la posibilidad de que el ejército de Esmaris partiera en mi busca.

Las mascullaba al tiempo que me enfrentaba a los desvaríos de la fiebre, cuando corría el riesgo de desplomarme y quedarme agazapada debajo de las piedras o en cuevas minúsculas en las que apenas cabría.

«Me llamo Tisaanah Vytezic. Soy de Threll. Soy amiga de Zeryth Aldris y debo hablar con él».

Las palabras resonaban por los llanos y se adentraban en los bosques, donde el pobre caballo tropezó y se rompió una pata. Me vi obligada a evitarle más sufrimiento y esa noche me comí lo que pude del animal, disculpándome todo el tiempo.

Las palabras me rondaban la cabeza mientras avanzaba dando tumbos por el bosque, pegándome a los árboles cada vez que oía voces o pasos.

Me las repetía para distraerme y a modo de recordatorio en esas noches, en que me miraba la sangre de los dedos con preocupación

y me apretaba los vendajes todo lo posible para detener la hemorragia.

Y las solté en un grito triunfal cuando por fin, días o semanas después, salí a rastras del bosque y me encontré por primera vez con el mar, bello, inmenso y poderoso. Después, las palabras quedaron acalladas momentáneamente cuando la vista lo silenció todo en mi interior.

«Soy amiga de Zeryth Aldris y debo hablar con él».

Aquellas palabras permanecieron en mi cabeza mientras, dando tumbos, me dirigía como podía a casi todos los marineros del muelle en busca de alguien que me llevase a Ara. Hablaban un dialecto de thereni distinto al mío. De no haberme resultado tan frustrante, hasta me habría hecho gracia entenderlos mejor cuando hablaban arano.

«Me llamo Tisaanah Vytezic».

Luego, las palabras danzaron como al son de una canción cuando, por fin, subí a bordo de un barco y vi las orillas de Threll perderse a lo lejos y dejé que el aire salado me peinara el pelo.

Las ensayé entre vómitos cuando la mar me revolvió, implacable, las tripas.

Me consolaba con ellas cuando soñaba con Serel, con el sentimiento de traición en los ojos moribundos de Esmaris, y despertaba empapada en sudor. Cuando aquellos sudores se volvieron febriles. Cuando la fiebre se apoderó de mis pensamientos y me llevó al delirio.

«Me llamo Tisaanah y he abandonado a todas las personas a las que quiero».

«Y soy una asesina».

«Y voy a morir antes de llegar a Ara».

Pero no morí.

Poco me faltaba cuando aquel barco atracó en el puerto de Ara. Recuerdo vagamente haber desembarcado a trompicones y haber alzado la vista, admirada, hacia aquellas torres de cristal resplandeciente, una plateada y otra dorada.

Debí de llegar a duras penas a las puertas de las Órdenes.

Por lo visto, me derrumbé cuando se abrió la puerta y solté en un arano precario: «Me llamo Tisaanah. Soy de Threll, amiga de Zeryth Aldris. Debo hablar con él».

Recuerdo cómo se reflejaba la tenue luz del sol en el pelo plateado de aquella mujer y que solté un grito tembloroso y débil cuando me tocó la espalda.

Pero nada más.

6

Parloteo.

El sonido me rodeaba, como campanas que tintinearan al ritmo de la música.

Al abrir los ojos, vi brocado de color plata entre haces de luz. Tardé un momento en enfocar lo suficiente como para entender que se trababa del entelado de una pared.

¡Por los dioses, cómo me dolía el cuello!

Estaba tumbada, por suerte, bocabajo, con el cuerpo acunado por mantas blancas más gruesas y suaves de lo que hubiera visto jamás en Threll, claro que allí hacía tanto calor que ese tipo de cosas no eran necesarias.

Parpadeé. Brotó de mis labios un gruñido.

Luego cesó el sonido. Hasta que no vi el torso de una mujer rolliza, vestida con una sencilla blusa azul y una falda larga de vuelo, no caí en la cuenta de que lo que había estado oyendo era una voz.

Alcé la cabeza, sin hacer caso de la rigidez de mi cuello, justo cuando la mujer se agachaba a mirarme. Tendría treinta y tantos años y lucía una piel blanca y un pelo de color plata recogido en un moño desordenado, con algunos mechones rizados colgándole por las orondas mejillas.

Una valtaina.

De pronto, entendí que debía de estar en Ara.

En la Orden de la Medianoche.

La mujer me dijo algo en arano, pero hablaba tan rápido y yo estaba tan aturdida que sus palabras se esfumaron sin que pudiera interpretarlas. Ella me sonrió, frunciendo los ojos de preocupación.

—¿Tisaanah? —me dijo con una voz aguda y ligera. No era de extrañar que sus palabras me hubieran parecido campanillas—. ¿Tu nombre?

Ahora hablaba despacio, haciendo hincapié en cada palabra de una forma que podría haber parecido condescendiente de no ser por lo amable que resultaba.

Asentí.

—Sí.

Se ensanchó su sonrisa.

—Willa —dijo, llevándose la mano al pecho.

—Hola —susurré.

—Hola, cielo.

«Cielo. Cielo». Me devané los sesos repasando todas las palabras aranas que había leído. Por escrito era mucho más fácil.

Poco a poco, lo entendí. *Cielo* era un apelativo cariñoso.

Podía conseguirlo. Asomó a mis labios una sonrisa.

Aquel pequeño indicio de comprensión fue, al parecer, el único incentivo que Willa necesitaba para desatar sobre mí otra avalancha entusiasta de palabras. Tuve que hacer un esfuerzo por seguir sus frases.

—Has estado inconsciente bastante tiempo. He tenido que hacerte curas tres veces al día. Tenías infección. —Meneó la cabeza—. Muy grave.

Infección. Se trataba de una palabra nueva, aunque era fácil adivinar lo que significaba.

Moví los brazos y apoyé las manos para incorporarme. Esperaba que aquel movimiento me produjera un dolor insoportable, pero no

fue así. Un malestar, sí, pero nada comparado con lo que había tenido que soportar en las últimas semanas.

Increíble.

—Seguro que te duele —me dijo Willa, y, cuando alcé la vista, la vi mirándome con el ceño fruncido de angustia.

—No tanto. Gracias.

Ella hizo un ruidito, como si succionara algo entre los dientes, una especie de mezcla de tristeza y desaprobación.

—Pobrecilla, tenías la espalda fatal.

Un aire frío hizo que volviera la vista hacia la derecha de la estancia, donde había una serie de ventanas que ocupaban la pared de arriba abajo, algunas cubiertas con varias cortinas de gasa azul grisáceo. Una estaba ligeramente abierta y por ella se colaba la brisa marina.

La habitación, pequeña, estaba impecablemente limpia. No había más muebles que la cama, un espejo grande y un armario. Todos ellos eran de construcción sencilla, pero se notaba que eran caros, hechos a mano con madera de caoba y herrajes de plata. Aquellos herrajes, de hecho, eran la única decoración. Cada pieza, cada pomo, cada tirador era una pequeña luna de plata.

Entró otro soplo de aire. Me estremecí y me abracé el cuerpo. Solo entonces caí en la cuenta, para bochorno mío, de que no llevaba camisa. Willa debió de notar mi vergüenza.

—Tranquila, no es la primera vez que veo un cuerpo desnudo —me dijo—. Pero tengo ropa para ti, porque supongo que ya no quieres eso... —añadió, señalando el armario, en uno de cuyos laterales colgaba mi abrigo de un gancho.

Mi abrigo destrozado y ensangrentado. Un abrigo que solo podía haber llevado alguien cercano a la muerte, alguien que había visto y

vivido cosas terribles, que había cerrado los ojos todas las noches preguntándose si volvería a abrirlos por la mañana.

Me estremecí.

No, no lo quería. Ni siquiera quería volver a verlo.

Pero entonces aquel abrigo me recordó, con un nudo fuerte en la boca del estómago, a qué había ido allí y me hizo preguntarme qué habría sido de Serel. Si conseguía hablar con Zeryth, quizá él pudiera ayudarme a recabar el apoyo de las Órdenes para acudir en su auxilio. Imaginaba que no iban a tolerar algo así, y con el armamento de que disponían...

—Necesito hablar con Zeryth Aldris —le dije a Willa, que había abierto el armario y hurgaba en él. Sacó un vestido de algodón azul y me lo enseñó.

Apretó los labios.

—Ah, sí —contestó, como para sí—. Ya me lo dijeron, sí... —Colgó el vestido a un lado del armario, tapando mi abrigo sucio—. Mira, no es muy elegante, pero es preferible que la ropa no te apriete para no irritarte las heridas.

Solo entendí por encima la mitad de la frase, pero, con los nervios, me importó más bien poco.

—¿Zeryth está...?

—Sí, sí. Mientras te vistes, voy a buscar a una persona que quiere hablar contigo.

Willa se acercó a la puerta, con la falda rozándole los pies. Aun siendo bajita y más bien regordeta, se movía con una elegancia que yo observaba con cierta envidia. Mis bailes me habían costado muchos ensayos y muchísima fuerza de voluntad. En cambio, los movimientos de Willa poseían una gracia natural.

—Willa... —le dije al verla agarrar el pomo de la puerta. Ella se detuvo para mirarme—. Gracias.

Me dedicó una sonrisita cariñosa.

—De nada, cielo. Seguro que volvemos a vernos pronto.

Y se fue como un suspiro, dejándome sola en la torre de la Orden de la Medianoche, un lugar con el que llevaba años soñando.

Aún no sabía cómo, pero lo había conseguido.



Salí de la cama y deambulé en círculo por la estancia, tomándome un momento para asomarme, entre las cortinas, a una de las ventanas. Al mirar abajo, me pareció que se ladeaba el suelo que pisaba y solté un jadeo involuntario. Estaba altísima, a una distancia angustiosa del suelo. Solo el cristal me separaba del cielo.

La ventana daba a los famosos acantilados de Ara y a la mar brava que se encontraba tras ellos. Si inclinaba la cabeza y pegaba la mejilla al cristal, podía vislumbrar la Torre del Alba, sede de la orden homónima, que estaba al lado de la mía. Eran idénticas, solo que aquella estaba revestida de oro bruñido, en vez de plata. Muy propio.

Un poco más allá, se alzaba imponente el palacio, con los acantilados de fondo. No era tan alto como las torres, pero se extendía por la curvatura de la tierra. El oro que revestía hasta el último de sus ángulos relucía bajo los nubarrones teñidos por el mar. Los chapiteles, rematados por unas agujas afiladísimas, apuñalaban el cielo.

Se me hizo un nudo en la garganta.

Los dibujos a tinta de mis libros y las descripciones de Zeryth no les hacían justicia.

Di media vuelta, me dirigí al armario y cogí el vestido que Willa me había sacado. Tres capas de algodón liso y holgado, azul

grisáceo, como las cortinas, con mangas vaporosas que me llegaban hasta el codo.

Arrugué la nariz. ¿Así vestían las mujeres de Ara? ¿Les gustaba esconder la cintura o...? Bueno, yo no había ido allí a ponerme guapa.

Desabroché el vestido y me di la vuelta; al hacerlo, me vi de refilón en el espejo de cuerpo entero.

Casi se me cae la percha.

¡Por los dioses! ¿Esa era yo?

El pelo me caía enmarañado y sucio por los hombros, tenía las mejillas hundidas y se me notaban todas las costillas. Dos cicatrices de un rosa furioso me cruzaban el pecho y el abdomen y también me seccionaban los antebrazos. Si colocaba los brazos de la forma correcta, veía perfectamente el recorrido que el látigo había hecho por mi cuerpo cuando me había protegido. Sin embargo, al volverme, la espalda... La tenía repleta de surcos profundos y atroces. Algunos aún sangraban, otros ya habían perdido la costra y otros estaban cosidos como si se tratara de una espantosa colcha de retales. No era de extrañar que me hubiera dolido tantísimo: prácticamente no me quedaba piel. Además, estaba claro que, con sanación mágica o sin ella, aquellas cicatrices me señalarían para siempre.

«¡Zas!».

«Veintisiete».

La imagen del rostro moribundo de Esmaris me vino de pronto a la cabeza y, por primera vez, no sentí ni una pizca de remordimiento al recordarlo. Me alegraba. Me alegraba de que estuviera muerto. Y de haber sido yo quien lo matara.

Luego pensé en la tristeza que le había atravesado el semblante, en aquel murmullo de traición, y el remordimiento me sobrevino

como una ola que rompe en la orilla.

Estremecida, me aparté del espejo y me puse aquel vestido vaporoso y sin entallar. Sentí en la muñeca un dolor que no tenía localizado y me la miré extrañada.

Qué raro. Allí, en la cara interna de la muñeca, llevaba un apósito manchado de rojo. Sin duda era más reciente que el resto de las heridas, pequeña, limpia y de aspecto completamente deliberado. ¿Cómo me la había...?

Se abrió la puerta a mi espalda y se interrumpieron mis cavilaciones. Al volverme, vi en el umbral a otra valtaina, algo más joven que Willa y mucho más delgada y alta. Vestía toda de blanco, un blanco que se confundía con su piel y su pelo, y la convertía en una silueta plana e incolora. Llevaba unos pantalones ajustados y un abrigo rígido, abotonado de arriba abajo, que recorría su cuerpo flexible hasta tocar el suelo.

Me miré el vestido, aliviada de ver que aquello no era, por lo visto, lo único que se ponían las mujeres de Ara.

—Me alegra verte despierta —dijo la mujer, cerrando la puerta al entrar. Cuando lo hizo, le vi un emblema de una luna de color gris oscuro en la espalda—. Nos tenías preocupados.

—Estoy mucho mejor.

—Bien, bien.

Se adentró en la estancia y se echó el pelo por detrás del hombro. Lo llevaba largo, casi por la cintura, recogido en muchas trencitas. Me estudiaba con una mirada gélida, inquisitiva. ¡Por los dioses, cómo me desconcertaban aquellos ojos blancos! Parecía que me estuviera atravesando con ellos.

La miré con la misma intensidad.

—Necesito hablar de... —«Hablar con», me corregí—. Necesito hablar con Zeryth Aldris.

—¿Puedo preguntar de qué?

Titubeé.

—Si me lo traes, os lo cuento a los dos.

Una sonrisa asomó tímidamente a sus labios, como si algo de lo que yo había dicho le resultara divertido. No sabía qué y ella no me daba ninguna pista: no percibía ni un indicio de sus pensamientos ni de sus emociones, ni siquiera la forma nebulosa de su aura. Cuando traté de asaltar su mente con la mía en busca de algo que me ayudase a ajustar mi estrategia, me encontré con la nada. Una pared en blanco.

—Zeryth no está aquí ahora —me dijo—. De hecho, está en Threll. Quizá hasta os hayáis cruzado por el camino.

¿En Threll? Se me secó la boca. ¿Habría pasado Zeryth por la hacienda de Esmaris como hacía siempre que visitaba la zona?

—La semana pasada me llegó esta carta suya —continuó la mujer. Levantó la mano y vi un pergamino entre sus dedos. Lo sostuvo en alto y leyó—: «Como tenía previsto, hice una parada en la residencia de Esmaris Mikov y me encontré con que estaba muerto. Lo asesinaron apenas unas semanas antes de mi llegada. La ciudad, huelga decirlo, es presa de los disturbios». —Me miró y enarcó las cejas—. ¿Te lo traduzco?

Vamos, que hablaba mi idioma, pero prefería no hacerlo. Yo sabía reconocer un juego de poder cuando lo tenía delante. Además, entendía lo suficiente, lo justo para disgustarme al escuchar la palabra *disturbios.* Esa la conocía: la había leído en las descripciones de guerra y brutalidad de los libros que Zeryth me había regalado.

—Lo entiendo.

—¿Entiendes también lo sospechoso que resulta que una chica de Threll con la espalda azotada se derrumbara ante nuestra puerta justo después de que asesinaran a Esmaris Mikov?

Se me erizó el vello.

—Me fui porque compré mi libertad —contesté—. Era lo justo.

La verdad, aunque muy sesgada.

—No es asunto mío si lo mataste o no. Te vi la espalda. No te lo reprocharía si lo hubieras hecho. No obstante... —Soltó la carta, que se desvaneció en una lenta espiral de humo, y luego cruzó los brazos. Curiosamente, me recordó a Esmaris, con aquellos movimientos tan controlados y comedidos—. Las Órdenes son políticamente neutrales. Si los threllianos se enteran de que hemos dado asilo a una fugitiva a sabiendas de que lo era, podría echarse a perder nuestra relación con ellos. O, peor aún, iniciarse una guerra.

Neutrales. Asilo.

Tomé nota de estos dos términos, junto con mi precario entendimiento de su significado.

—Debemos devolverte a Threll —sentenció la mujer, despacio, como si fuera consciente de lo que me costaba asimilar aquello.

Apreté los puños junto a los costados.

Con lo mal que lo había pasado, lo que me había costado llegar allí, ¿y ahora me decía que me iban a mandar de vuelta? A pesar de haber visto lo que me habían hecho en aquel sitio, ¿pretendía devolverme?

No. La cosa no iba así.

—Yo no soy de Threll —dije. La valtaina abrió la boca para replicar, pero me adelanté—: No soy threlliana, sino nyzerense. Los señores de Threll destruyeron mi nación cuando yo era pequeña; masacraron y esclavizaron a mi pueblo. Y hace ocho años me capturaron a mí también. Asesinaron a mi familia y me llevaron con ellos. Me apalearon, me fustigaron y me violaron. Otros sufrieron peor destino. ¡Venir hasta aquí casi me ha costado la vida!

Me había preparado para aquel momento. Había aprendido las palabras concretas en arano para relatar todas aquellas cosas horribles, había condensado mi vida en palabras cortas y terribles, porque sabía que terminaría necesitándolas.

Abrí las manos y lancé al aire un torrente de mariposas plateadas que ascendieron al techo.

—Si me devolvéis, me enviáis a la muerte. Zeryth me dijo que podría entrar en las Órdenes aunque sea fragmentada.

Convertí en cristal las mariposas, que cayeron y se hicieron añicos en el suelo de mármol. La mujer ni se inmutó.

—Muy bien —dijo impasible, contemplando los cristales del suelo.

—Por eso he venido, porque mi gente me necesita y, para ayudarla, necesito a las Órdenes.

La mujer y yo nos miramos, su rostro siempre indescifrable.

—Le hablé de tu llegada a Zeryth en mi última carta —dijo al fin. Y abriendo la mano hizo aparecer otra carta, que leyó en voz alta—: «Me he reunido muchas veces con la chiquilla fragmentada. Es inteligente y resuelta. Puede que esté mal entrenada y carezca de experiencia, pero su potencial es innegable y sería una verdadera lástima desperdiciarlo». —Me miró de reojo—. Te aseguro que Zeryth no acostumbra a elogiar de ese modo a las jóvenes que caen desplomadas a las puertas de las Órdenes mascullando su nombre.

Una enorme satisfacción se desplegó en mi pecho. Puede que no necesitara la ayuda de Zeryth para cruzar el mar, pero sí en aquella estancia. Le di las gracias para mis adentros.

—Entregaré a las Órdenes todo lo que tengo —dije—. Seré la mejor maga que hayan conocido.

Abrí las manos y susurré a los fragmentos de cristal para atraerlos hacia mí. Se deslizaron por el suelo y se elevaron hasta mis manos.

Las cerré. Cuando las abrí de nuevo, los cristales se habían convertido en una esfera escarchada y moteada: la Luna.

Por primera vez desde el inicio de nuestra conversación, detecté un cambio en el semblante de la mujer, una sonrisa risueña se había adherido a sus comisuras.

—Eso es mucho compromiso para una fragmentada, pero se agradece el sentimiento. —Abrió la puerta—. Ven conmigo. Por cierto, no me he presentado: me llamo Nura.



Nura caminaba rápido y parecía darle igual si la seguía o no. Aun así, le seguí el ritmo, paso a paso. Era agradable poder moverme otra vez pese a las punzadas de dolor que sentía en la espalda. Los remedios de Willa habían funcionado.

—Lo que te dijo Zeryth es cierto: no hay regla que prohíba que una valtaina fragmentada entre en la Orden de la Medianoche. No es habitual, pero... —dijo Nura, encogiéndose de hombros y levantando despacio las manos—. Yo no me opongo.

Aquello pintaba bien.

Mientras recorríamos los pasillos yo iba mirando los techos altos, los suelos blancos, los detalles plateados bañados por la luz del sol que dejaban pasar a raudales las enormes ventanas. Nos cruzamos con otros valtainos, algunos me miraron intrigados. Yo procuré no quedarme pasmada al verlos. Aunque la mayoría llevaba algún tipo de insignia con la luna en alguna parte de la chaqueta, ninguna era tan grande como la de la espalda de Nura, y nadie más vestía completamente de blanco como ella. ¿Sería de un rango superior?

—Pero tenemos un problema...

Giramos de pronto una esquina y llegamos a un círculo de azul cielo tallado en el suelo, cercado por una delicada verja de plata. Nura se situó en el centro y me instó a que la imitara. Cuando lo hice, puso las manos en la barandilla. La plataforma se estremeció.

Solté un minúsculo suspiro al notar que el suelo empezaba a desplazarse bajo mis pies y tuve que contenerme para no subir de un salto al borde. Nura me miró divertida.

—Nuestra magia tiene múltiples usos. Imagina lo que tardaríamos en subir todas esas escaleras.

O sea, que ¿aquello lo estaba haciendo ella? ¿Estaba haciendo bajar el suelo, y a nosotras con él?

Vi pasar un piso tras otro de la torre mientras descendíamos, apenas captando aquel hervidero de actividad.

—Tú, en cambio, tienes un problema —me dijo Nura—: los aprendices se asignaron hace seis meses. No hay tantos valtainos como solaris. Creo que no tenemos a nadie que te pueda entrenar.

Aprendices.

No había entendido esa palabra, pero sí su última frase.

—No necesito entrenamiento.

A Nura se le escapó una risa, como si yo acabara de decir un disparate.

—Pues claro que sí. Todos los magos, valtainos o solaris, deben completar el aprendizaje para poder entrar en las Órdenes. Sin excepción.

—Aprendiz...

—Aprendizaje. Los magos jóvenes entrenan con un profesor durante seis años.

«¡Seis años!».

—No dispongo de tanto tiempo. Los habitantes de Threll no pueden pasarse seis años esperando mi ayuda.

Nura me miró de reojo, entornando los ojos, pensativa. Ansiaba con desesperación poder percibir sus pensamientos.

—¿Y qué clase de ayuda quieres que les proporcionemos exactamente?

—Quiero que mandéis a Threll a un grupito de magos, incluida yo —le dije sin dudarlo. Lo había meditado mucho—. Dadme veinte soldados y la protección de la Orden para ir a la ciudad de Esmaris Mikov y... —Por más vueltas que le daba a la cabeza, no me salía la palabra en arano para *negociar*—. Y hablar de la libertad de los esclavos de allí. Dadme dinero o poder para hacer tratos para su liberación. Y, si sale bien, podemos hacerlo en todo Threll. Pero, de momento, solo os pido una veintena.

La plataforma se detuvo de repente al llegar al suelo, pero ninguna de las dos se movió ni abrió la boca. Se hizo un silencio angustioso.

—Eres ambiciosa —me dijo Nura—. No sé si tu plan es realista, pero a ver qué podemos hacer, igual cuando completes un pequeño entrenamiento. Ese es un requisito que no voy a poder eludir de ningún modo. —Bajó de la plataforma y enfiló el pasillo—. Ven conmigo —añadió, haciéndome una seña para que la siguiera.



La planta baja de la torre era más diáfana que los pasillos en espiral de las otras plantas y tan deslumbrantemente luminosa que tuve que guiñar los ojos. El vestíbulo hervía de actividad, atestado de personas que parecían ocupadas en asuntos de gran importancia: valtainos, de pelo blanco y piel albina, y solaris, que eran como cualquier otro humano, pero llevaban el emblema del sol propio de la Orden del Alba.

Miré al otro lado de la estancia y me quedé pasmada.

El mural que decoraba la pared del fondo me resultaba tremendamente familiar, aunque era muy distinto de la versión que yo conocía. La pintura gigantesca de Araich y Rosira Shelaene era como el dibujo a plumilla de mi manido libro: en ella, los enmarcaban el sol y la luna, y las manos de ambos se tocaban. Y justo ahí, en el punto de contacto de aquellas manos, el propio edificio cambiaba y los detalles se volvían plateados en el lado de Rosira y dorados en el de Araich. La Torre de la Medianoche y la Torre del Alba compartían la planta baja y allí era donde convergían.

No me di cuenta de que me había parado hasta que Nura se detuvo a mi lado.

—¿Conoces la historia de nuestra fundación? —me preguntó.

—Sí, perfectamente.

Observé sus rostros: el de Araich ladeado, mirando directamente a quien contemplaba el muro, y el de Rosira oteando el mar a través de aquellos ventanales. Me pregunté si ella habría soñado con mi mundo como yo había soñado con el suyo. Si lo había hecho, quizá nunca había llegado a verlo. Hacía quinientos años, no había magia en el mundo y su resurgimiento había sido tan caótico e impredecible que amenazó con destruirlo todo. Según contaban, Araich y ella donaron partes de su alma para convertir la magia en algo sostenible y luego fundaron las Órdenes para que fueran un punto de referencia estable en un nuevo mundo de poderes peligrosos y grandes posibilidades.

Tragué saliva, emocionada de repente.

Al menos eso era lo que siempre me habían contado. Una promesa tentadora.

Estaba tan embobada que casi ni me di cuenta de que Nura había empezado a alejarse a grandes zancadas.

—Ven —me dijo, indicándome el camino con la mano.

La seguí hasta una estancia más pequeña forrada de escritorios y librerías que desprendían un fuerte y reconfortante aroma a papel. Willa estaba sentada a una de aquellas mesas, en un rincón. Al otro lado de la sala, una mujer y un hombre hojeaban unos documentos. Llevaban la insignia dorada del sol en la solapa, luego eran solaris.

—¡Qué bien te mueves! —me dijo Willa, dedicándome una sonrisa que no pude evitar devolverle.

—Willa, necesitamos un instructor para Tisaanah.

En cuanto Nura abrió la boca, Willa cerró la suya y le dedicó toda su atención.

Sí, Nura debía de ser alguien importante. Quizá no la comandante jefa, la líder de las Órdenes, pero desde luego sí algún alto mando.

Willa frunció el ceño y hurgó entre los papeles de su escritorio.

—Me temo que ahora mismo ninguno de los que aceptan aprendices está libre, porque se asignaron todos hace meses... —Me miró con los ojos entornados—. ¿Cuántos años tienes, cielo?

—Veintiuno.

—¿Veintiuno? —repitió, mirando espantada a Nura—. Tienes tres más que los aprendices cuando terminan el...

—La edad es irrelevante. Si quiere entrar en las Órdenes, debe hacer al menos un cursillo. La ley es clara en ese sentido. —Nura cruzó los brazos y, nerviosa, empezó a darse golpecitos con el dedo índice—. Sé que debemos prescindir de convencionalismos... —A Willa se le formó una arruga en la frente. Luego sacó unos pergaminos encuadernados y empezó a pasar páginas—. Mira a ver dónde vive ahora Maxantarius Farlione —propuso Nura.

Willa se quedó de piedra.

—¿En serio?

—Ya te he dicho que íbamos a prescindir de convencionalismos.

—Pero ¿estás segura de que es la persona adecu...?

—Míralo, por favor.

Se hizo un breve silencio. Me pareció que Willa iba a replicar, pero, en cambio, buscó entre sus libros, sacó un papelito y se lo pasó a Nura.

—Gracias —dijo ella, mirándolo—. ¿Cuánto crees que va a tardar Tisaanah en terminar de recuperarse y poder empezar?

¿Recuperarme? Ya no necesitaba recuperarme más ni iba a permitir que me obligaran a entrenar durante seis años nada menos, eso lo tenía claro, lo que significaba que no tenía tiempo que perder. Si había podido llegar hasta allí estando al borde de la muerte, también podía enfrentarme sin problemas a lo que fuera que ese tal Maxanosequé quisiera proponerme.

—Quiero empezar ya.

Willa me miró sobresaltada.

—Tisaanah, cielo, aún estás...

—He esperado ocho años para poder venir aquí. Estoy recuperada. Y quiero empezar.

—Pero...

—No vamos a reprocharle su impaciencia —terció Nura, esbozando una sonrisa—. Es una joven con iniciativa, y eso lo respeto.

No era precisamente respeto lo que yo veía en el brillo risueño de sus ojos claros, pero me valía. Se me había concedido la posibilidad de ganármelo y con eso me bastaba.

—Vamos, pues —dijo Nura, mirando el papelito que Willa le había dado. Luego le dio la vuelta y cogió una pluma del escritorio—. Agárrate a mi brazo.

Obedecí mientras la veía dibujar un círculo en el papel y luego añadir líneas y formas que se unían en el centro...

Y, de pronto, ya no estaba en la Torre de la Medianoche, sino mirando, deslumbrada, al sol cegador del mediodía.

—Nura... —Oí una voz tensa de hombre—. ¿Qué quieres ahora?

7

Tembló la tierra y se deslizó bajo mis pies, y tuve que hacer un esfuerzo por no caerme. Tardé demasiado en darme cuenta de que aún iba, para bochorno mío, agarrada del brazo de Nura.

—Tisaanah, te presento a Maxantarius.

Me obligué a apartar los ojos del sol intenso y contemplé, parpadeando, el entorno. De pronto, estábamos en uno de los jardines más grandes que yo había visto en mi vida. Se extendía en todas las direcciones, invadido de flores y césped. En el centro, había una pequeña cabaña de piedra. Y allí, acuclillado entre rosales silvestres de flores blancas, había un hombre que se puso en pie para recibirnos. Tenía unos rasgos afilados, fruncidos bajo la sombra de una mata de pelo negro revuelto.

¡Pelo negro!

No era valtaino.

Aquello debía de ser un error. Entonces entendí el gesto de perplejidad de Willa.

—¿Maxantarius? ¿En serio? —bufó el hombre con los ojos en blanco.

Su chaqueta de seda de color morado —una prenda, a mi parecer, de lo menos adecuada para la jardinería— formó ondas bajo el sol cuando cruzó los brazos.

Clavó en mí sus ojos, que eran del azul más frío y luminoso que yo había conocido, y tan inquietantemente puros que casi rayaban en lo inhumano.

—¿Podrías explicarme por qué traes a crías en camisón a que me pisoteen los lirios?

Me miré a mí misma, procurando no avergonzarme de aquella cosa informe de algodón, y luego miré un poco más abajo, a las florecillas azules que estaba aplastando con los dedos de los pies.

Lo cierto es que habría sido imposible no aplastar nada.

Nura se limitó a responder con frialdad:

—No te has presentado a ninguna de las comparecencias obligatorias en las torres.

—Primero —respondió Maxantarius, levantando uno de sus largos dedos—, eso no es asunto tuyo, ¿no? Y segundo —añadió, levantando otro—, como bien sabes, estoy jubilado.

—Sigues siendo miembro de las Órdenes.

El hombre descruzó los brazos, se remangó bruscamente y se examinó, en un gesto exagerado, el interior de la muñeca derecha, donde vislumbré un pequeño tatuaje de color dorado: el sol.

—Hace tiempo que quiero deshacerme de esta cosa.

Nura no reaccionó, excepto por una ligera tensión de los músculos del contorno de los ojos, tan leve que me habría pasado inadvertida de no ser porque buscaba desesperadamente algún indicio de comunicación, algún asidero que no fuesen las palabras en arano, que tanto me costaba entender.

—Se llama Tisaanah —dijo, señalándome—. Te la han asignado como aprendiz.

Me armé con la sonrisa más deslumbrante y luminosa de mi arsenal e incliné la cabeza a modo de saludo.

Los ojos de Maxantarius saltaron de mí a Nura y luego de vuelta a mí, sus cejas negras ligeramente elevadas, dejando en el aire, sin pronunciar, unas palabras punzantes.

Después soltó una carcajada.

—¡Qué disparate!

—No cogiste aprendiz hace seis meses, así que...

—Estoy jubilado. Eso fue lo que acordamos. Además... —Bajó los brazos, me señaló y luego hizo ademán de encogerse de hombros—. A ver..., ¿en serio? ¿Me vas a obligar a decirlo? ¿Por dónde empiezo?

Mientras hacía esta pregunta me dio un repaso de arriba abajo con una mezcla de repugnancia e incredulidad que me hizo rechinar los dientes.

—¿Qué objeciones tienes? —repuso Nura.

—¿Que qué *objeciones* tengo? ¿Me traes a una valtaina fragmentada que es casi geriátrica y me preguntas que qué objeciones tengo?

Geriátrica.

No tenía ni idea de lo que significaba esa palabra, pero estaba convencida de que era un insulto.

Me armé de valor y puse una cara de amabilidad sincera y encantadora.

—Sería un honor para mí entrenarme contigo, eeeh... —Y, como no tenía ni idea de cómo pronunciar su nombre, me detuve y, en su lugar, sonreí como una boba. Luego me volví hacia Nura—. Pero ¿no será preferible que me busque un valtaino?

El hombre enarcó una ceja, en absoluto cautivado por mis ensayados encantos.

—¡Y encima es forastera! ¿Qué habla?, ¿thereni?

—Ahora mismo no hay en la Orden de la Medianoche ningún valtaino que pueda aceptar un aprendiz. Eres la única opción de Tisaanah.

¡Por los dioses! Aquello era sencillamente genial, si es que era cierto.

Maxantarius y yo nos miramos y, en ese instante, me quedó claro que los dos estábamos pensando lo mismo.

Él soltó un bufido.

—Por mucha ilusión que me haga ser su último recurso, esto es absurdo. ¿Cuántos años tienes? —Antes de que me diera tiempo a contestar, negó con la cabeza y se volvió hacia Nura—. Ni me molesto. Esto no merece siquiera una respuesta. Lo sé yo, lo sabes tú y probablemente también ella. No hace falta que te recuerde cuál es mi grado de implicación con las Órdenes ahora mismo.

Observé a Maxantarius y a Nura alternativamente y detecté en la postura de ambos una firme hostilidad, la dureza con la que se miraban. También pude percibir en el aire la tensión que aún había entre ellos, que parecía generada por algo más profundo que aquella simple conversación.

Había historia entre ambos.

Quizá fueran antiguos rivales o...

Estudié sus miradas fijas, inquebrantables, cargadas de una inconfundible mezcla de familiaridad y resentimiento.

«O...».

Puede que hubieran sido amantes. Me guardé aquella teoría. Saber ese tipo de cosas sobre la gente siempre resultaba útil, de una forma u otra.

Detalles aparte, de una cosa estaba segura: tenía la fuerte sospecha de que aquella discusión no era solo sobre mí.

—Han pasado ocho años, Max. Ya va siendo hora de que hagas algo con tu vida.

—Me conmueve tu preocupación, pero ya te he dado una respuesta.

—Eres miembro de las Órdenes, te guste o no. No te estaba pidiendo opinión.

—Claro, tú, en tu línea.

Se hizo el silencio. Nura y Maxantarius se dedicaron una mirada fija, combativa, rayana en el odio descarado. El sonido de los pájaros que revoloteaban por los árboles me resultó de pronto ensordecedor.

—No voy a hacer lo que me pides —respondió por fin—. Seguro que andabas buscando cualquier excusa para ponerme en mi sitio, pero me parece fatal que te sirvas de ella para hacerlo.

—No es eso... Ya te lo he dicho. —Nura se irguió y, exasperada, resopló por la nariz. Luego se volvió hacia mí—. Se está portando como un crío. Es más que capaz de instruirte.

—No lo soy —replicó él—. No mientas a la pobre chiquilla.

Estudié la mirada fija y testaruda de Maxantarius; luego, la mandíbula tensa y los ojos gélidos de Nura, igual de inamovible. No tenía claro dónde me había metido, pero sabía que si sugería que me buscaran otro instructor Nura no iba a ceder, menos aún después de aquella discusión.

Me dije que yo lo podía convencer. Era experta en conseguir que los hombres más tozudos hicieran cosas que ni siquiera sabían que querían hacer. Había sometido a los señores de Threll a mi voluntad como si fueran corderillos. ¿Tan distinto podía ser aquel solari petulante?

Además, en realidad yo no necesitaba instrucción. Podía aprender por mi cuenta cualquier cosa que necesitara saber. Bastaba con que satisficiera los formalismos de las Órdenes, me obligara a cumplir sus requisitos cuanto antes y después los convenciera de que me ayudaran a volver a Threll.

Con suerte antes de que Serel...

No quise alimentar aquel pensamiento.

—Terminará cediendo —me dijo Nura por lo bajo. Luego se volvió hacia Maxantarius, que había vuelto a acuclillarse para examinar sus

rosales.

—Ni se te ocurra dejármela aquí —amenazó sin levantar la vista.

Y yo deseé que Nura se fuera, porque cada minuto que pasaba discutiendo me dificultaba aún más la labor.

—Va siendo hora de que hagas algo, Max, eres demasiado joven para esto —le dijo con cierta calidez en la voz, lo suficientemente perceptible para que él alzara la vista y suavizara un poco el ceño fruncido.

Uf, habían sido amantes, ¡seguro! Mi sospecha se convirtió en certidumbre.

—Buena suerte —se despidió de mí Nura—. Seguro que nos vemos pronto.

Y antes de que me diera tiempo a detenerla, antes de que pudiera hacerle cualquiera de las preguntas que se me amontonaban en el pecho, hizo dos garabatos irregulares en el trocito de pergamino y desapareció sin más.

Y me dejó allí.

—¡Maldita sea! —protestó Maxantarius—. ¡Mira que le he dicho que no hiciera eso!

Azotó el jardín una brisa que hizo vibrar los pétalos de las flores como si fueran alas de mariposa y me adhirió a la espalda la tela de aquel vestido absurdo, regalándome un doloroso y desagradable recordatorio de mis heridas. Lo que fuera que Willa me había dado para el dolor empezaba a perder su efecto. Al menos la punzada me afiló los pensamientos.

Observé a Maxantarius, que me ignoraba con diligencia.

Seguramente la sumisión no era el mejor planteamiento. Ya tenía claro que, por ahí, ni iba a conseguir que se encariñase conmigo ni iba a hacer progreso alguno. En circunstancias normales, habría

optado por el coqueteo, pero eso me parecía arriesgado también. Antes ya había rechazado con desdén mis encantos.

La táctica de la *pupila entusiasta* podría funcionarme. Tal vez.

Bastaba con que averiguara de qué herramientas disponía.

Observé la espalda de Maxantarius, accediendo con la mente al espacio que había entre los dos en busca de algún indicio de sus emociones, sus pensamientos, sus preferencias...

Sentí de pronto un dolor de cabeza intenso y asombroso, parecido al que sufres cuando te pillas los dedos con una puerta. Maxantarius se volvió de pronto, furibundo.

—Ni se te ocurra volver a hacer eso —me susurró con rabia—. ¡Jamás!

Cerré la boca de golpe y me tragué el bochorno.

Estaba claro que Nura se había blindado la mente para protegerla de mis habilidades. Siendo valtaina, poseía un dominio del pensamiento que le permitía hacer esas cosas, pero no se me había ocurrido que un solari pudiese hacer lo mismo, aunque ahora me parecía obvio que aquel tipo de protección era necesaria en el mundo en que vivíamos...

—Disculpa... —empecé a decir—. Yo solo...

Pero Maxantarius se levantó sin mirarme siquiera.

—Putos valtainos —masculló—. Cabrones escurridizos. —Se acercó con unas zancadas a la puerta de la pequeña cabaña de piedra. Me dispuse a seguirlo, pero, al llegar a la entrada, se dio la vuelta de pronto y se interpuso en mi camino—. No voy a participar en esto.

Y, antes de que me diera tiempo a reaccionar, cerró de un portazo tan fuerte que noté la vibración de la madera en la punta de la nariz.



Temblaba.

Me dolía mucho la espalda.

Maxantarius no volvió a abrir la puerta después de cerrármela en las narices. Yo me pasé un rato dando vueltas por el jardín, rumiando mis opciones. Tal y como pintaba la cosa desde mi punto de vista, no tenía muchas.

Al principio, me había costado dominar la rabia, que aumentaba con cada minuto que pasaba. Había cruzado con gran esfuerzo los llanos y el mar para llegar hasta allí. Había cazado, había hecho trueques y me había escondido. ¡Había estado a punto de morir! Y había matado, me dije, un recuerdo que aún me encogía el pecho de remordimiento.

Todo eso para quedarme tirada ante la puerta cerrada a cal y canto de un *instructor* cascarrabias que se negaba a formarme.

¡Por los dioses, si ni siquiera era valtaino! No sabía mucho de los magos solaris, pero tenía claro que, aunque en teoría podían hacer las mismas cosas que los valtainos, la forma en que obraban su magia era muy distinta de como usaba yo la mía.

Pero...

Me tragué la rabia y exhalé determinación.

Si esa era la situación en que querían ponerme, estupendo. Iba a sacarle todo el provecho posible.

No sé qué esperaba Maxantarius de mí, pero no me fui. Me senté a la puerta de la cabaña, crucé las piernas y aguardé pacientemente. En algún momento tendría que salir y, cuando lo hiciera, yo estaría allí. Además, tampoco es que tuviera otro sitio adonde ir.

Pasaron los minutos, treinta, cuarenta, cincuenta..., luego las horas. Vi los pétalos de las flores adquirir tonos cada vez más intensos bajo la luz menguante del sol, reflejar después los colores

cálidos del ocaso y, a continuación, curvarse y plegarse sobre sí mismos al anochecer.

Tenía frío. En Threll nunca hacía frío y no me agradaba mucho aquella sensación desconocida.

Las hojas de las flores se abarquillaron ligeramente, como cuando los animales se preparan para dormir. ¿Les habría echado algún conjuro para protegerlas del frío? Empezaron a castañetearme los dientes.

Y entonces, por fin, se abrió la puerta. Di tal respingo que la espalda se me resintió.

Maxantarius se quedó plantado en el umbral.

—Estás muerta de frío —dijo sin más.

—Sí —contesté, para qué iba a negarlo.

—¿Tienes pensado ir a alguna parte?

—No tengo adonde ir —respondí, procurando dar mucha pena.

Suspiró.

—Y va y te deja aquí en la noche de primavera más fría que hemos tenido en años —protestó. Después se apartó de la puerta y me miró de reojo, hastiado—. Te invito a que pases, pero solo porque, si dejo que te congeles ahí fuera, perderé mi superioridad moral.

No entendí nada de lo que me había dicho, salvo lo importante. Me puse en pie, poniendo cara de dolor al estirar la espalda, y le dediqué a Maxantarius la más encantadora y agradecida de mis sonrisas.

—Gracias, Ma-xan-ta-rius —dije, y me sentí muy orgullosa de haber logrado pronunciar toda esa retahíla de sílabas.

Él se hizo a un lado, con cara de resignación, y me sostuvo la puerta.

—Max, por favor, que, si no, se nos va a ir la vida diciendo esa ridiculez de nombre.

¡Loados fueran los dioses!



En la vida había visto tantísimas cosas en un espacio tan pequeño.

Crucé la puerta y enseguida me detuve en seco. Tuve que hacer un verdadero esfuerzo para que no se me descolgase la mandíbula. No sabía ni dónde poner los ojos primero.

La casa de Max era minúscula, pero absolutamente todas las paredes, ¡to-das!, estaban forradas de estantes con todo tipo de cachivaches, herramientas, obras de arte, esculturas y unas cositas metálicas rarísimas que vibraban. Una de las estanterías estaba ocupada con lo que parecía una colección de botellas de vino de todos los tamaños, formas, colores y tipos. Cubrían el suelo cuatro alfombras diferentes, solapadas unas con otras en diversos ángulos, y cada una de un color y una textura.

Una chimenea bañaba todo el espacio de una luz anaranjada y titilante que se reflejaba en pequeños péndulos metálicos y en artilugios que daban vueltas. Cerca del fuego había un sofá y dos sillones y, en el centro de la estancia, varias sillas de diversos estilos. A la vuelta de la esquina, vi una cocinita y un pasillo estrecho con unas cuantas puertas cerradas.

—Todas estas cosas son muy útiles e importantes —me dijo Max, un poco a la defensiva, como si me hubiera visto los ojos como platos al entrar.

Asentí como diciendo: «Claro, claro».

No podía haber nada más opuesto a la hacienda inmensa y minimalista de Esmaris. Por lo menos, la cabaña estaba limpia.

Abarrotada de cosas, pero limpia.

—¿Tienes hambre? —me preguntó, metiéndose en la cocina. A mí me rugió el estómago a modo de respuesta.

—Sí —confirmé.

Apareció entonces con un cuenco de sopa y una taza de té, los puso en la mesa y me hizo una seña para que me sentara. Obedecí y él se dejó caer en la silla de enfrente. Luego se rellenó un vaso que estaba casi vacío con lo poco que quedaba de una botella de vino y se recostó en la silla.

Olfateé la sopa que me había servido. No se parecía a nada que hubiera comido antes: era densa y olía muchísimo a mar, algo con lo que yo aún no estaba familiarizada. Me la habría tragado aunque hubiese estado asquerosa, pero sabía rica. Rematadamente picante, pero rica.

—Gracias —dije, porque con el hambre que tenía se me había olvidado agradecérselo antes.

Max estaba inclinado sobre la mesa, con la barbilla apoyada en los nudillos, observándome en silencio. Por corresponderle, lo escudriñé también entre cucharada y cucharada.

Era más joven de lo que esperaba. Tendría veintimuchos, solo que aquella forma suya de mirar tan penetrante le hacía parecer mayor. Los pómulos, prominentes, estaban bañados por la luz titilante del hogar. La nariz, chata y recta; los ojos, rasgados y delicados bajo unos párpados perfectos que no hacían más que resaltar sus inquietantes iris de color azul nublado. De cerca, parecían aún más raros. Yo conocía a un anciano en Threll que tenía cataratas y sus ojos se asemejaban un poco a los de Max, pero no eran de un azul tan impresionante, desde luego. Además, dudaba mucho que el solaris tuviese problemas de visión. Su mirada era demasiado pausada, demasiado intensa.

—O sea, que eres de... —dijo al fin.

—Threll.

—¿Y cuántos años tienes?

—Veinte y... —reparé tarde en mi error y me corregí—. Veintiuno.

—Veintiuno —repitió por lo bajo, meneando la cabeza, como si la respuesta le pareciese un disparate—. Los aprendices completan su formación a los dieciocho. ¿Te das cuenta de lo inusitada que es esta situación? —Procuré que Max no viera que no lo había entendido, pero, por lo visto, fue en vano, porque añadió—: Extraña. Inusual.

—Bastante.

—Lo cierto es que todo esto es rarísimo.

—Nura dice que no puedo entrar en las Órdenes sin instrucción previa aunque sea demasiado mayor —repliqué, sin molestarme en disimular mi frustración.

Asomó a sus labios una sonrisa de satisfacción.

—Me alegra que tengas suficiente sentido común como para que te frustre semejante necedad burocrática.

—No he venido aquí para que me manden de vuelta a casa.

—¿*Aquí* a Ara, o *aquí* a mi casa?

—Ambas cosas.

Soltó una pequeña carcajada, como si mi respuesta no fuese más que un chiste divertido, y apuró el vino que quedaba en el vaso. Luego se sirvió más.

—Perdona mis modales —dijo, levantando la botella—. ¿Te apetece un poco?

—No, gracias.

Miré un instante las paredes y las botellas de vino vacías que abarrotaban uno de los estantes. Tomé nota mental. Sin embargo, para entender lo que pretendía aquel hombre, necesitaba más datos sobre él. De lo contrario, no iba a poder resultarle valiosísima.

Solté la cuchara y di un sorbo al té. Hasta el té estaba picante y me ardió la nariz.

—¿De qué conoces a Nura? —le pregunté con un estudiado desenfado—. ¿Sois amigos?

Max soltó un resoplido.

—Es el segundo miembro de mayor rango de las Órdenes. ¡La conoce todo el mundo!

Uy, cuánta amargura había ahí.

—Tú la conoces de otra cosa, me parece a mí —le dije con una sonrisa pícara.

—Luchamos juntos en la guerra, por si te interesa. —Max se irguió y entornó los ojos—. De todos modos, para ser alguien que se ha plantado en mi casa y se niega a marcharse, le estás echando mucha cara.

—No me puedo ir. ¿Qué guerra? —pregunté, porque sabía muy poco de la historia reciente de Ara.

Max ignoró mi pregunta.

—Pero te puedes ir. Puedes hacer lo que quieras.

Lo medité. De pronto caí en la cuenta de que, por primera vez en mi vida, aquella afirmación ¡era cierta!

Pero luego esa comprensión quedó enterrada bajo una avalancha de imágenes: el rostro moribundo de Esmaris, la mirada de despedida de Serel, la quemazón incriminatoria del beso que me había dado en la mejilla al marcharse...

El remordimiento me encogió el estómago. No, no era libre. En el fondo, no. Aún no.

—Necesito entrar en las Órdenes —dije—. Según Nura, para eso debo estar aquí. Así que no, no me puedo ir.

—Mal propósito, por dos razones —contestó Max, y levantó un dedo—. Uno, porque no deberías entrar en las Órdenes. Ojalá no

hubiese entrado yo. —Luego levantó otro dedo—. Y dos, porque yo no te voy a formar. No es nada personal, solo es una cuestión de principios.

Apreté las manos bajo la mesa hasta clavarme las uñas.

—Te puedo ayudar de otras formas: limpiando, haciendo la comida...

Max soltó una carcajada contenida, con el ceño fruncido.

—¿Insinúas que me hace falta una chacha?

Eché un vistazo a la casa abarrotada y me abstuve de seguir la conversación por ahí.

—Algo habrá que yo pueda...

—No necesito que me acosen en mi propia casa —me interrumpió, y, tras ponerse en pie, se estiró y luego cogió el cuenco y la taza de té—. Puedes pasar aquí la noche. Pero solo esta noche. Mañana ya veremos qué hacer contigo.

Me levanté yo también. El agotamiento me calaba los párpados, los huesos, los músculos. Lo que me hubiera hecho Willa para sanarme había sido milagroso, pero ella estaba en lo cierto: aún no me había recuperado del todo.

—¿El aseo? —pregunté, y el brazo de Max me señaló el pasillo desde la cocina.

Al menos eso era un alivio. No tenía ni idea de lo corrientes que eran esas cosas en Ara y, durante el viaje, ya había cubierto para toda la vida el cupo de sitios asquerosos y vergonzosos donde hacer mis necesidades.

En el baño, me refresqué la cara con agua y luego me miré en el espejo. Era una pieza poco corriente, sin duda muy antigua, con un marco de oro deslustrado con criaturitas varias: escarabajos, libélulas, lagartijas, culebras... Mi rostro se reflejaba perfectamente

en el centro, como si fuera parte de aquella colección de animalillos rastreros.

Me agarré un puñado de pelo enmarañado, que aún no había conseguido desenredarme del todo, pero, al hacerlo, lo único que noté fueron las manos de Esmaris tirando de él, arrastrándome al suelo con él.

Aquel recuerdo me puso enferma de pronto.

Me asomé al pasillo y vi a Max pululando por el salón.

—¿No tendrás un...? —Me devané la agotada sesera en busca de la palabra correcta en arano—. Eeeh..., eso que hace... —continué, enseñándole dos dedos y juntándolos después a la vez que chascaba la lengua—. ¿Eso?

Max me miró desconcertado.

—¿Cómo?

—Esa cosa que hace chaschás —insistí, frustrada, volviendo a juntar los dedos.

Seguía sin entenderme.

La palabra en thereni, claro, me resonaba en los oídos aunque no consiguiera dar con la arana.

—¡Aaaaaah! —cayó en la cuenta por fin, repitiendo el gesto—. Tijeras. —Abrió un cajón y sacó unas doradas.

Procuraría recordarlo, para evitarme la humillación la próxima vez. Las cogí y volví al espejo. No vacilé, ni siquiera un segundo: me corté el pelo a puñados entre la barbilla y los hombros. A fin de cuentas, me lo había dejado tan largo porque a Esmaris le gustaba así. Ya no tenía que preocuparme de eso. Además, al cortármelo, me libraba de aquel último contacto suyo, me deshacía del último sitio del que me había agarrado.

Sonreí satisfecha. Noté que Max me miraba, recostado contra el marco de la puerta.

—Te vas a arrepentir de habértelo cortado tanto.

Otro puñado. Hice caso omiso de sus palabras. Era agradable poder prescindir de la opinión de un hombre.

Sacudí la cabeza y, notándome ligera, vi como el pelo corto me botaba por encima de los hombros.

—Así está mejor —dije, y le devolví las tijeras.

Se encogió de hombros.

—Te vas a hartar de quitártelo de la cara. Largo, vale; corto, vale. Lo que es una pesadez es el estado intermedio. Pero tú sabrás... Mientras limpies todo eso —dijo, guardándose las tijeras en el bolsillo y señalando con la cabeza hacia la jofaina.

Hice lo que me pedía. En la vida había visto nada más hermoso que las llamas de la chimenea apoderándose de aquellos mechones negros y plateados, encogiéndolos, reduciéndolos a cenizas.

8

Cuando abrí los ojos, el sol intenso de mediodía se colaba por las cortinas e inundaba la estancia. Me había vuelto a despertar aquel parloteo musical, solo que esa vez reconocí al instante la voz de Willa.

Eso me hizo levantarme de inmediato.

Me puse de nuevo el vestido informe —muy a mi pesar, había dormido desnuda por la sencilla razón de que no tenía otra ropa— y fui corriendo al salón, donde estaban Willa y Max, algo incómodos. Detecté en la voz de ella un matiz nuevo, nervioso.

—... y ya sabes cómo va esto. La cosa está muy tensa, con la invasión de Tairn y las hostilidades de Vernaya. Quieran los Ascendidos que no termine en guerra... ¡Anda! —exclamó Willa, interrumpiéndose de pronto, y dos pares de ojos se volvieron hacia mí—. Buenos días, Tisaanah.

—Más bien buenas tardes —repuso Max.

—¿Cómo te encuentras? Ay, te has corta...

No terminó la frase y yo me pregunté si sería bueno o malo que mi corte de pelo hubiera bastado para silenciar a Willa.

—Buenos días —contesté—. Estoy mucho mejor, gracias.

—Pensaba venir anoche, pero con todo lo que ha pasado... —dijo con un suspiro, y se afinaron sus labios carnosos.

Algo pasaba.

—¿Qué? —pregunté.

—Las paranoias de nuestra gran reina Sesri les costaron la vida a montones de personas anoche —respondió Max.

—¿Paranoias? —repitió Willa con el ceño fruncido—. Son tiempos difíciles, Max. No podemos considerarlo simples paranoias. Lo está haciendo lo mejor posible, dadas las circunstancias.

Paranoia.

Hasta entonces, no sabía nada de la reina de Ara, ni siquiera su nombre. La historia más reciente recogida en mis libros era de hacía ya más de veinte años. Aun así, entendí de qué estaba hablando Willa cuando yo entré en el salón: de guerra. La guerra podía acabar con todos mis planes.

O... bien podía ser una oportunidad de avanzar más rápido de lo que habría ido en otras circunstancias. Se me hizo un nudo en el estómago de pensarlo y me fastidió haber considerado siquiera la posibilidad. Yo era muy pequeña cuando los señores de Threll conquistaron Nyzerene, pero aún recordaba vagamente el olor a quemado de la capital, el frío de la noche cuando mi madre y yo huimos. La guerra nos había dejado sin hogar, había desperdigado a mi pueblo por los llanos, me había conducido a la esclavitud.

Claro que también suponía una oportunidad que no me convenía ignorar.

Antes de que me diera tiempo a indagar más, Willa meneó la cabeza, como para deshacerse de aquellos pensamientos desagradables, y volvió a hablar.

—De todas formas, no he venido por eso. Quería traerte ropa y echar otro vistazo a esas heridas. Como os fuisteis tan de repente... No esperaba que te llevara con ella de inmediato, allí mismo y en aquel preciso instante, la verdad. No es así como suelen hacerse las cosas.

—Tranquila, no se va a quedar —terció Max, sin darme tiempo a responder—. De hecho, este es el momento perfecto para que te la lleves de vuelta a las torres.

Pero ¿por qué era tan imbécil? No lo acababa de entender.

Willa no paraba de toquetearse los dedos. Max la ponía nerviosa, estaba claro. Interesante.

Él la miró impasible.

—Va en serio, Willa.

—Pues tenemos un problema...

—Aquí el único problema es que ya le dije a Nura que no. ¿Cómo es que de eso no se habla?

—Me da igual quién me instruya —tercié yo, cada vez más irritada con aquella discusión—. Me formaré con quien sea. Lo único que quiero es entrar en las Órdenes.

—¿Ves? Lo puede hacer cualquiera.

Willa se toqueteó las uñas con mayor ímpetu.

—Los aprendices se asignaron hace seis meses, Max, y con todo lo que está pasando ahora mismo no hay nadie más disponible...

—¡No me lo creo!

Willa se mostró tan espantada de que la acusaran descaradamente de mentir que me sentí mal por ella.

—Es así. Lo he comprobado.

«Mierda». Aún albergaba la esperanza de que Max no fuera, de verdad, mi única opción.

—Si no lo haces tú —prosiguió—, no va a poder hacerlo nadie, al menos hasta dentro de cinco meses, cuando la hornada de aprendices más avanzados...

—Pues que espere cinco meses.

Negué rotundamente con la cabeza.

—¡No puedo esperar cinco meses!

—Calmaos los dos —dijo Willa, como quien pretende poner fin a una pataleta infantil—. He hablado de esto con Nura antes de venir. Tisaanah, debido a lo inusual de tu situación, estamos dispuestos a dejarte hacer tu primera ronda de pruebas anticipadamente. Los demás aprendices tienen las evaluaciones dentro de cinco meses. Te examinas con ellos y, a partir de entonces, vemos si eres apta para seguir avanzando más rápido.

Si aquello pretendía ser una buena noticia, a mí no me lo parecía. Asentí y procuré que no se me notara lo tensa que tenía la mandíbula ni cómo me estaba clavando las uñas en las palmas de las manos. ¡A saber dónde andaría Serel dentro de cinco meses! ¡A saber dónde estaría cualquiera de mis amigos para entonces! Y eso era solo el comienzo...

«Cálmate —me dije—. Les demostrarás tu valía. Encontrarás el modo. Siempre lo haces».

—Eso no cambia el hecho de que me niego a formarla.

¡Por los dioses, me daban ganas de estrangularlo!

—Dentro de cinco meses —dijo Willa, casi suplicando— vemos cómo arreglamos las cosas.

—Ya le dije a Nura que no.

—A ver, Maxantarius, como bien sabes... —Continuaba toqueteándose las manos, pero se interrumpió de pronto, como si temiera soltar lo que estaba a punto de decir—. Aún tienes obligaciones con las Órdenes y eres consciente de cuáles son las penas por incumplir tus deberes, sobre todo teniendo en cuenta tu...

Max levantó una mano. La rabia inundaba todo su rostro, dibujando líneas de tensión alrededor de cada rasgo.

—Vale, ya veo por dónde vas. Me estás diciendo que no me queda otra.

—Todos tenemos obligaciones —contestó Willa, como disculpándose.

Max resopló y posó sus inhumanos ojos en mí.

—Parece que están decididos a apostar por ti, ¿no?

—Voy a ser una aprendiz excelente —repliqué, respondiendo a su mirada de odio con una sonrisa tierna y complaciente.

Max cruzó los brazos y salió de la cabaña sin mediar palabra. Willa y yo nos quedamos mirándonos. Cogí la bolsa que me había llevado.

—Gracias —le dije—. Ya tenía ganas de librarme de esta cosa —añadí, agarrándome la falda del vestido informe.

Algo que celebrar, al menos.



Willa se quedó un rato más para ayudarme a guardar la ropa, o sea, a buscar una superficie despejada donde ponerla. Tampoco me importaba; me ilusionaba poder quitarme por fin aquel vestido horrendo. En su lugar, me puse unos pantalones ajustados y una blusa que me envolvía el cuerpo y se ataba a la cintura, ambas prendas de un color azul oscuro. Muy sencillas, pero muchísimo mejores que aquella cosa espantosa.

Antes de marcharse, Willa me examinó las heridas y, por lo visto, le satisfizo cómo iban sanando. Me hizo tumbarme bocabajo mientras posaba las manos sobre mi cuerpo, mascullando. Lo que fuera que me estaba haciendo me escocía, pero no me dolía, ni siquiera cuando me tocaba directamente las heridas abiertas.

—¿Todos los valtainos saben hacer eso? —le pregunté.

—No, solo lo hacemos algunos —respondió jovial—. Los dones de cada cual se manifiestan de forma algo distinta. Desde luego, es una habilidad muy útil.

Luego, antes de marcharse, me cogió de la muñeca y me quitó el apósito que yo me había visto al llegar, dejando al descubierto una herida minúscula y limpia.

—Perdona, cielo. Esto te va a picar.

Hice una mueca al ver que sacaba un cuchillito y me abría la herida lo justo para sacarme unas gotas de sangre, que recogió en un frasquito de cristal. Resistí la tentación de apartar la mano.

—¿Qué haces?

—Es para analizarla —dijo sin darle importancia, y volvió a ponerme el apósito—. ¡Hala! Ya solo queda...

Max no volvió a entrar en todo aquel rato. Antes de irse, Willa me estrechó en un abrazo inesperado.

—No te preocupes —me susurró contra el pelo—. Todo se arreglará.

—Lo sé —respondí, aunque solo fuera porque me negaba a contemplar otra posibilidad.

Willa se fue y volvió a dejarme sola en aquella casa donde estaba claro que no era bien recibida. Claro que había cosas peores. Por lo menos ya tenía un objetivo, un plan. Y un instructor que, como poco, no podía echarme a patadas.

Encontré a Max en el jardín, podando las flores muertas de un arbusto. Ni siquiera me miró cuando me acerqué.

Habría sido mucho más fácil si hubiera podido percibir sus pensamientos. Aunque tampoco me hacía falta magia para notar la rabia que lo envolvía como una nube que lo impregnaba todo.

—¿Por qué odias las Órdenes? —le pregunté.

—Porque son arcaicas y controladoras, y están ávidas de poder —contestó sin levantar la vista. Clic. Una flor cayó al suelo.

—Me basta con que me cuentes lo que tenga que saber para la prueba. Solo eso.

Clic.

Max rio.

—¡Solo eso! —repitió, meneando la cabeza.

—Por favor —dije con una vocecilla dulce—. Necesito tu ayuda. —A los hombres les encantaba aquella voz, minúscula y desamparada, una voz que durante los últimos ocho años yo había conseguido afinar a la perfección.

Me miró solo un instante, con una frialdad absoluta que me dejó claro que mi interpretación ni lo había convencido ni le había conmovido.

—Me costó mucho conseguir que las Órdenes me devolvieran mi libertad. No voy a deshacer todo eso ahora para renunciar a ella de nuevo. Como tampoco quiero que me metan en Ilyzath, no te voy a echar, pero no te equivoques, porque no pienso ponérselo tan fácil.

—¿Ilyzath?

—Es una... cárcel. Pero eso da igual.

Clic.

Recogió un puñado de flores marchitas y ennegrecidas. Ni siquiera se miró la mano cuando brotó de su piel un fuego que las consumió por completo.

Tardé unos segundos en encontrar el equivalente en thereni de la palabra *cárcel*, almacenado en mi cabeza, pero, cuando lo hice, me pregunté qué habría hecho Max para encontrarse en una tesitura tan precaria como para que pudieran volver a encerrarlo, ahora por mi culpa.

—Tú haz lo que quieras, pero no cuentes conmigo —me dijo.

Me puse en pie y crucé los brazos.

—Genial.

—Me alegro de que nos entendamos.

Ni me miró.

Me las apañaría sin él.
Disponía de cinco meses, más que suficiente.

9

Empecé asaltando las estanterías de Max, esparciendo los tomos por el suelo y descifrando palabras que apenas comprendía. Allí tenía que haber algo que me sirviera, o que al menos me diera una pista sobre lo que podía impresionar a las Órdenes. Pero leer aquellos libros era como caminar por el fango. El texto en arano se emborronaba ante mis ojos, convertido en una maraña de letras. Entre las páginas había trozos de pergamino donde se habían garabateado círculos, parecidos a los que le había visto dibujar a Nura, solo que no tenía ni idea de para qué servían. En los libros tampoco encontré nada al respecto.

Max me observaba mientras tanto, ignorándome, salvo para recordarme que no tocara esto o lo otro o que recogiera lo que había descolocado —yo me mordía la lengua para no decirle que *recoger* era un término muy relativo en aquella casa—. Al final, se metió en la cocina y el aire se llenó de unos aromas que hicieron que me rugiese el estómago. Luego salió con dos platos y me hizo una seña para que me sentara.

Me dejé caer en una silla, sin molestarme en mirar lo que me iba a comer antes de engullirlo. Así de muerta de hambre estaba.

Max miró de reojo la pila de libros que yo había dejado en el centro del salón.

—¿Te han servido de algo? No son precisamente fáciles de leer...

Moví el arroz por el plato. Antes de que me diera tiempo a decirle que no me habían servido de nada, se abrió de golpe la puerta de la

cabaña.

Al levantar la vista, vi a un hombre plantado en el umbral, alto y tieso, con las manos metidas en los bolsillos de una chaqueta de color bronce que le quedaba perfecta. Sería de la edad de Max, de piel oscura, pelo negro muy corto y una mirada tranquila que se dirigía a Max y a mí alternativamente.

Mi anfitrión se volvió un poco para hablarle.

—Ya podías llamar primero. Un día de estos te vas a encontrar con algo que no te apetezca ver.

El recién llegado enarcó un poco las cejas.

—¿Es eso lo que me acabo de encontrar?

—No es esa clase de escándalo, lamentablemente.

Miró a Max, inquisitivo, y luego se adelantó, se inclinó sobre la mesa y me tendió la mano.

—Sammerin. ¿A quién tengo el placer de saludar? —dijo con una voz grave y suave, profunda pero tentadora y agradable.

Tardé lo bastante como para sentirme incómoda y darme cuenta de que esperaba que le estrechara la mano. No acostumbrábamos a saludar así en Threll.

—Tisaanah...

—Es mi aprendiz —terció Max, que no había dejado de comer en todo el rato—. O eso es lo que dicen.

Sammerin se irguió, sorprendido.

—¿Es tu aprendiz?

Hizo énfasis en cada una de las palabras de aquella frase corta, lo que transmitía a la vez varios significados diferentes. «¿Es tu aprendiz?», con énfasis en *es*. Traducción: «Es valtaina, y fragmentada, encima». «¿Es tu aprendiz?», con énfasis en *aprendiz.* Traducción: «Es muy mayor para eso». «¿Es tu aprendiz?», con

énfasis en *tu.* Traducción: «¿Te han convencido para que cojas a una aprendiz?».

Resultaba extrañamente reconfortante que aquellas cosas trascendieran el idioma y que yo pudiera percibir esos pequeños matices en arano, igual que los detectaba en thereni.

Max suspiró.

—Por lo visto, sí.

Sammerin se quedó atónito y frunció el ceño pensativo, pero pronto suavizó el gesto y me dedicó una pequeña sonrisa.

—Encantado de conocerte, Tisaanah. Lamento que te hayan encasquetado a un mentor tan desagradable.

Me caía bien aquel tío.

Max se irguió de pronto y se inclinó para mirar más allá del umbral de la puerta, que tapaba Sammerin.

—¿Qué te he dicho? ¡Que no se aceptan aprendices en esta casa!

—¡Si acabas de decir que ella es tu aprendiz! —se oyó una voz temblona y ceceante.

Al estirar el cuello vi plantado detrás de Sammerin a un chico de unos doce años, regordete y con una buena mata de pelo rubio rizado.

—Esta no se quiere ir, así que parece que no me voy a librar de ella, pero, como me rompa tantas cosas como tú, la echo también.

—Siento lo del catalejo... Fue un...

Sammerin miró al chiquillo.

—¿Por qué no practicas la lección de hoy ahí fuera? Termino enseguida.

—Pero...

—Moth... —insistió Sammerin, al límite de su paciencia.

El crío suspiró.

—Vaaale —dijo, y se retiró al jardín.

Sammerin entró y cerró la puerta; luego se dejó caer en una silla con un resoplido de exasperación.

—Ese chico... No te haces una idea...

Yo sí me la hacía.

—Me la hago —contestó Max.

—Y aún le quedan cinco años y medio —añadió Sammerin, mirando de reojo la botella de vino.

Max le sirvió un vaso y se lo pasó deslizándolo por la mesa. Sammerin se irguió y se volvió de nuevo hacia mí, como si quisiera deshacerse de la frustración.

—Bueno, Tisaanah, háblame de ti...

Hablaba tan bajito que me sorprendí inclinándome más para poder oírlo. Me pregunté si sería intencionado.

—Nura me la dejó aquí ayer —protestó Max.

—No te he preguntado a ti —repuso Sammerin, lanzándole una mirada fulminante. Luego me dedicó una mucho más agradable y esperó educadamente mi respuesta.

Sí, aquel tío me caía muy bien.

—Necesito formación para entrar en las Órdenes. Max es el único que puede hacerlo. Y por eso estoy aquí.

—Ajá. —Una expresión que no me dio tiempo a identificar cruzó fugazmente su rostro—. Tú no eres de Ara, ¿verdad?

Ay, quería hacerme creer que no se me notaba tanto el acento. ¡Qué majo!

—Vengo de Threll.

—Eso queda muy lejos.

Asentí.

Sammerin se llevó los dedos a la barbilla y se acarició pensativo la barba recortada.

—¿Y solo has venido por las Órdenes?

Volví a asentir.

—Conocí a un valtaino, Zeryth, que me habló de ellas. Me dijo que me presentaría, pero...

Sammerin y Max se miraron. Max se puso muy tieso, de pronto atento.

—¿Zeryth Aldris? —preguntó sorprendido.

—Sí —contesté, estudiando alternativamente a los dos hombres que tenía enfrente, porque su interés había despertado el mío—. ¿Lo conocéis?

—¿Y qué hacía Zeryth en Threll? —quiso saber Max.

—Me dijo que estaba allí por... asuntos de las Órdenes —respondí, procurando no parecer demasiado interesada—. ¿Por?

Se hizo un silencio más largo de lo normal.

—Por curiosidad —dijo Sammerin.

—¿De qué lo conocéis vosotros?

—Es largo de contar. Nos...

—Perdona que te interrumpa, Sammerin, pero... —terció Max, levantándose para asomarse por la ventana—. Tu aprendiz acaba de prender fuego a mis rosales.

Sammerin se puso en pie de un brinco y masculló una palabra que no entendí, pero que pronunció con el entusiasmo vehemente de una maldición.

—Ese chico... Es que no te haces a la idea...

«Yo sí me hago a la idea», me dije para mis adentros.

—Cinco años, cuatro meses y veintiséis días —añadió Sammerin, y, deteniéndose junto a la puerta, suavizó la voz hasta convertirla en un tono dulzón que, sospechaba yo, era el que reservaba a las jóvenes atractivas—. Me ha encantado conocerte, Tisaanah.

—Lo mismo digo —respondí, desatando mi sonrisa más ensayada y encantadora.

¿No aceptaría Sammerin a un segundo aprendiz? Parecía mucho más agradable que Max.

—¿Y a mí qué, Sammerin? —dijo Max—. ¿No te ha *encantado* verme?

—Siempre, Max —contestó el otro, llevándose la mano al pecho con sarcasmo.

Luego salió y dejó que la puerta se cerrara de golpe.

—¡Moth! —le oímos decir a lo lejos—. ¡Por los Ascendidos! ¿Qué estás haciendo?

—Es que...

—No puedes andar soltando chispas por ahí...

Las voces cesaron de pronto y me pregunté si habrían desaparecido como Nura cuando me había llevado allí.

Max y yo nos quedamos sentados en silencio un rato, mirándonos.

—Te podía haber tocado ese aprendiz —dije por fin.

Se dibujó en sus labios una sonrisa, por mucho que se resistiera.

—Cierto —contestó.

Y entonces reímos los dos a la vez.

10

Pasaron dos semanas y Max seguía negándose a formarme.

A mí me frustraba especialmente porque tampoco le pedía gran cosa. Solo quería que me dijera en qué iban a consistir las evaluaciones de las Órdenes. Aquellas pruebas, suponía yo, eran la mejor ocasión de demostrar a Nura y al resto de los miembros que era digna de pertenecer a las Órdenes, y no solo eso, sino convencerlos, además, de que apoyasen mi causa.

Y para eso tenía que hacer algo más que aprobar, ¡debía destacar!

Los libros de Max, como él mismo parecía sospechar, me resultaron inútiles. El lenguaje era demasiado arcaico para que yo lo entendiera, y más filosófico que pedagógico, así que hacía lo que podía. Me propuse recuperar la forma física y me levantaba al alba para correr mientras me aguantaban las piernas, forzando los pulmones hasta que me faltaba el aliento. Estaba muy débil. Antes era capaz de bailar durante horas y horas sin perder la sonrisa coqueta. Ahora el cuerpo me fallaba con una parte minúscula de aquel esfuerzo.

Max se me quedaba mirando cuando volvía ahogada y jadeando, por lo general repantingado en alguna silla o acuclillado entre las flores.

—Parece que te cuesta —me decía.

Yo le lanzaba una mirada asesina y, entre resuellos, me plantaba otra horquilla en el pelo. Porque, aunque me fastidiara, tenía razón en lo de habérmelo dejado ni corto ni largo.

—Me costaría menos si supiera por dónde tirar —le replicaba yo entre jadeos.

—Dudo que correr en círculos sea una de las pruebas de las Órdenes.

Ensayaba toda la magia que sabía: conjuros, controlar la brisa con las manos, absorber gotas de agua de la tierra... Hasta probé a dibujar algún círculo de aquellos en el suelo, imitando los que había encontrado en el despacho de Max. No tenía ni idea de para qué servían, pero a mí no me funcionaban, y menos mal, porque la cosa podría haber terminado en desastre.

Una vez, mientras copiaba el enésimo círculo, Max se plantó detrás de mí y se asomó por encima de mi hombro.

—Ajá... —observó, ladeando la cabeza, y luego se fue.

Me dieron ganas de partirle la cara.

¡Por lo menos yo hacía algo! No como él, que parecía decidido a no hacer nada de nada nunca. Un día que hacía más frío de lo habitual, salió de la cabaña, tembló, levantó la vista al cielo, sentenció: «No estoy hecho para esto» y volvió a meterse en casa. No tardé en descubrir que Max solo «estaba hecho» para un conjunto reducido de entornos, temperaturas, actividades e interacciones.

Ansié el regreso de Sammerin. Quizá él me ayudaría más.

Sin embargo, pasaban las semanas y solo estábamos Max y yo, pasando el uno del otro. No le dejaba ver más que a la Tisaanah resuelta y de seguridad inquebrantable, pero, por las noches, hecha un ovillo en mi camita de aquel cuarto disparatadamente sobrecargado, el sueño me huía. En cuanto cerraba los ojos, veía la traición en el rostro moribundo de Esmaris; recordaba el cariño de la despedida de Serel; notaba su beso en la mejilla; oía la voz de Nura leyendo la carta de Zeryth.

Y tenía el mismo sueño una y otra vez.

En cierto sentido, por terrible que fuera, resultaba gracioso. Cuando Esmaris me azotaba, yo le había jurado que lo perseguiría, lo había amenazado con que vería mis ojos cada vez que cerrara los suyos. Y ahora era yo la que lo veía a él en cada sombra. «Has olvidado lo que eres», me había dicho. Ya no, porque, cuando estaba a punto de conseguirlo, aparecía él y me recordaba todo lo que había dejado atrás y todo lo que llevaría siempre conmigo.

Fueron transcurriendo los días.

Y entonces, una mañana, volvió Willa a examinarme las heridas. Cariñosa y optimista, me comunicó que todo se estaba curando muy bien. Me gustó pasar un rato con alguien que por lo menos era agradable.

—¿Tienes alguna carta nueva de Zeryth?, ¿algo de Threll? —le pregunté.

El silencio de Willa hizo que se me cayese el alma a los pies.

—Dice que la cosa está un poco... —empezó, en un tono nada cantarín—. La cosa está un poco complicada por allí.

Me así con fuerza a las sábanas.

—¿Complicada?

—Supongo que, tras la muerte de Esmaris, ha habido algún problema... —Willa tosió. Me daban ganas de sacarle las palabras a la fuerza—. Pero no es más que un periodo de transición. Todo se calmará.

No me atrevía a abrir la boca.

No podía pensar más que en los ojos tiernos de Serel y en el ruido de su espada al atravesar el pecho de Esmaris, un chasquido, un chapoteo, un recuerdo de lo frágil y quebradizo que era en realidad el cuerpo humano, tanto el del hombre más poderoso de Threll como el de un joven esclavo de sonrisa amable y cariñosa.

11

Esa noche reuní todos los trozos de papel que había encontrado con aquellos símbolos circulares garabateados. Los extendí fuera y los estudié. No había dos iguales: las marcas los atravesaban por el centro formando distintas figuras y con diferente orientación.

Seguía sin tener ni idea de lo que eran ni de para qué servían, solo sabía que Nura había usado uno para llevarnos hasta allí, y que eran el ejemplo más claro de algo importante que yo no era capaz de hacer.

Así que, sin saber muy bien por qué, o quizá simplemente porque necesitaba un objetivo sólido al que aferrarme, invertí toda mi energía en entenderlos. Copié hasta el último de ellos, imitando cada trazo con total precisión. En algunos casos, hasta puse el pergamino encima para calcarlos, trazo a trazo, línea a línea.

Volaron las horas. Se puso el sol. Encendí los farolillos. No quería meterme en la cabaña porque no me fiaba de que no fuera a soltarle un sopapo a Max si se burlaba de mí.

Repetí aquellos símbolos una y otra vez, igual que había ensayado los pasos de baile durante horas y horas, forzándolos, machacándolos, haciéndolos pedazos y haciéndome pedazos yo hasta fundirme con ellos. Iba a hacer lo mismo con aquellos puñeteros símbolos.

No me quedaba otra.

No sé qué hora sería cuando oí abrirse la puerta de la cabaña a mi espalda. Para entonces, ya estaba rodeada de torres de papeles, a

modo de parapeto.

—Sé que no es asunto mío, pero ¿te vas a quedar ahí toda la noche? —le oí preguntar a Max.

Ni me molesté en darme la vuelta. Con mano firme, dibujé otro círculo. Serena, metódica. Tenía un sistema: combinar cada símbolo con un tipo de tinta.

—Si hace falta...

—Me agoto solo de verte. —No supe qué responderle, la rabia me bullía bajo la piel—. ¿Sabes siquiera lo que son? —añadió.

Apreté tan fuerte la pluma que estuve a punto de partirla.

—No, y me da que tú no me lo vas a contar —le solté, furibunda.

—No creo que en las Órdenes te examinen de eso.

Casi sin darme cuenta, me levanté de un brinco y me volví bruscamente hacia él, aferrada aún a la pluma.

—¡Ya lo sé! Pero necesito... necesito...

No me salían las palabras en arano y mi frustración iba en aumento. Miré iracunda a Max, recostado contra el marco de la puerta.

Me daban ganas de gritarle, de preguntarle: «¿Quién te ha destrozado tanto la vida que no sabes más que entorpecer el camino de quienes tienen cosas importantes que hacer? ¿A qué viene ese empeño mezquino en castigar con tu mal humor a los miembros de las Órdenes? ¿Y por qué te has propuesto fastidiarme a mí también?».

En cambio, lo que le dije en arano fue algo así como:

—¿Cuántos odios tienes?

—¿Cómo?

Su cara de perplejidad, aunque comprensible, me enfureció. Tiré con rabia la pluma al suelo y le fui soltando las palabras en arano una por una.

—¿Por qué odias las Órdenes? ¿Por qué me odias a mí? ¿Qué te pasa?

—No te odio —respondió, y eso me dio más rabia aún.

—¡Eso no es verdad! —exclamé, negando con la cabeza—. ¡¡Eso no es verdad!! Me da igual que me odies, que me odies aquí —añadí, señalándome el corazón, porque era la única forma que se me ocurría de transmitirle el mensaje—. O aquí. —Me llevé los dedos a la sien—. Pero ¡me odias en lo que haces! ¿Por qué? ¿Qué te he hecho yo?

—No tiene nada que ver contigo —contestó Max. El gesto le cambió, se suavizó, solo que yo ya me había cansado de andar buscando migajas de amabilidad.

—¡Claro que tiene que ver conmigo! Esta es mi vida también, no solo la tuya. —Parpadeé y no vi más que el cadáver de Esmaris, el rostro de Serel, las manos y la piel de todos los hombres para los que había bailado con tal de ganar el dinero para marcharme—. Fui esclava en Threll, ¿lo sabías? —No contestó. Se quedó mirándome con el ceño fruncido—. ¿Lo sabías? —le grité.

—No —dijo en voz baja.

—Tuve que hacer muchas cosas para venir aquí. Maté para venir aquí. Mi amigo... —No tenía vocabulario suficiente para describir lo que Serel había hecho por mí, lo que me había dado—. He dejado allí a las personas más importantes de mi vida. Me necesitan. No puedo fallarles. Y para ayudarlos necesito esto —dije, señalando con violencia los montones de dibujos—. Sin las Órdenes, no tengo nada. Ningún poder. ¡Necesito esto! ¡Ellos lo necesitan!

No me había convertido en todas aquellas cosas terribles, en furcia, asesina y traidora, para que me ignoraran y se deshicieran de mí sin darme una oportunidad.

Max apretó los labios. No me veía capaz de descifrar su expresión, pero tampoco me lo propuse. Hacía tiempo que me daba igual lo que pensara. En aquellos momentos, me daba igual lo que pensara cualquiera de ellos, todas aquellas personas que, toda mi vida, me habían usado como a un personaje de su historia, que habían dado por sentado que yo era parte inamovible de su vida. Como lo había hecho Esmaris, como cualquiera de los señores a los que había seducido. Como Nura, que me había utilizado para fastidiar a Max. Y ahora el propio Max, que me veía como la personificación de algún resentimiento mezquino ¡y no como a un ser humano de verdad!

—¡Esto no es solo tuyo, así que dime cómo prepararme para el puto examen!

Se hizo el silencio.

Mi rabia remitió como se retira la ola después de romper en la orilla. En ese breve respiro, me maldije por perder los nervios y me pregunté si habría fastidiado para siempre mis posibilidades de encauzar la relación con Max al mostrarle esa parte de mí tan cruda e impulsiva.

Se quedó allí plantado, mirándome fijamente.

—Fuiste esclava —repitió.

Me lo pensé un poco, de pronto desconcertada por su cara y exhalando aún los restos de mi furia.

—Sí —contesté al fin.

—Y lo que pretendes es entrar en las Órdenes y luego servirte de su influencia para ayudar a los otros esclavos de Threll...

—Sí.

Se metió los pulgares en los bolsillos y soltó una respiración demasiado larga y lenta para ser un suspiro. La dureza implacable de sus rasgos se quebró, cambió muy ligeramente.

—No te va a salir bien.

—Conseguiré que salga bien.

—Las cosas no son así. No es tan sencillo.

—Me da igual.

—No te lo van a poner fácil.

Resoplé. Eso lo tenía claro.

—Ya lo sé.

—Las Órdenes son... —Hizo una breve pausa y meneó la cabeza —. No son buenas. Puede que, en su día, se usaran para conseguir grandes logros, pero ahora son un instrumento dirigido y empleado por gente con muchos defectos.

Aquellos ojos luminosos se fueron muy lejos, como si se hubieran perdido en el pasado.

Aunque me costara aceptarlo, estaba convencida de que, en cierto sentido, él tenía razón. Puede que las Órdenes ya no fueran el organismo benéfico que habían sido, pero ¡yo las necesitaba!

Y a lo mejor, de algún modo, ellas podían necesitarme a mí también. Quizá pudiera convertirme en algo valioso para ellas.

—Tal vez vuelvan a hacer cosas extraordinarias —dije.

Se le escapó una risa amarga entre los dientes.

—Tal vez —contestó con escasa convicción.

—No tengo más opciones.

Max, con las manos metidas en los bolsillos, se miró los pies. Se hizo un silencio larguísimo.

Cuando volvió a levantar la cabeza, sus ojos me miraron con mayor determinación, frágil pero fiera, como una lámina de vidrio resquebrajado.

—Te has propuesto conseguirlo, ¿no? Obligar a las Órdenes a hacer algo que merezca la pena...

—Sí —respondí sin dudarlo.

—No sé por qué, pero te creo. —Vi en su cara, en aquella esperanza incipiente, en el movimiento casi invisible de su nuez al tragar saliva, que era cierto—. Bueno... —dijo, meneando la cabeza, y luego se volvió hacia las pilas de papeles—. Eso son estratagramas. Se usan para dirigir la magia en conjuros más complejos, como si fueran una especie de instrucciones.

Los miré, agitados por la brisa, alrededor de mis pies.

—Solo los había visto una vez. En una esclava valtaina, valtaina del todo, no como yo. En los brazos —le expliqué, y estiré el antebrazo para enseñarle dónde llevaba la mujer aquellas marcas tatuadas. Quise hablar con ella, emocionada de conocer a alguien más como yo, pero ella se limitó a clavar en mí su mirada perdida.

Max arrugó la nariz.

—Si era esclava, seguramente se los habían hecho para anular su poder, para evitar que se sirviera de su magia. Algo así como atarle a una vaca el rabo a la cabeza. Pero, como herramienta, suelen usarlos los solaris, porque nuestra magia es mucho más externa que la vuestra. —Cuando volvimos a mirarnos, se había dibujado en sus labios una sonrisa de satisfacción, como si aquel amago fugaz de vulnerabilidad jamás hubiera existido—. Pero estos son muy avanzados. No vamos a empezar por aquí.

«No vamos a empezar por aquí».

Me dio un brinco el corazón. Asentí entusiasmada, tan agradecida de contar con un aliado, el que fuera, que ni siquiera me importó que me estuviera rehaciendo los planes.

—Entra, anda, y descansa un poco, si es que ya has terminado de ensuciarme el jardín, claro. —Abrió la puerta y me dejó pasar—. Mañana nos espera un día muy largo.

Me acerqué a la puerta, pero me detuve antes de entrar y, volviéndome hacia Max, lo estudié en silencio. Las sombras bañaban

los rasgos afilados de su rostro, pero sus facciones eran tan marcadas que se abrían paso en la oscuridad de la noche y escudriñaban las mías con idéntica determinación y curiosidad recelosa. Estábamos muy cerca, lo que nos permitía asomarnos a aquella franqueza inusual y protegida del otro.

Las ganas de darle las gracias se me quedaron en la punta de la lengua durante unos segundos. «No le muestres agradecimiento por hacer lo que debería haber hecho desde el principio», me susurró furioso mi yo más frío y mordaz.

«No sé por qué, pero te creo», me había dicho. Pero yo sí que lo sabía: me creía porque quería creerme, porque quería creer en la posibilidad de algo mejor, por improbable que fuera.

Y eso... eso fue algo que me caló en el alma como agua tras horas de desierto desesperante y reseco.

—Gracias —le dije, y entré en la cabaña.

12

—¿Y ya está? ¿Eso es todo lo que sabes hacer?

Max estaba sentado con las piernas cruzadas en medio de la hierba alta y ondulante, viendo cómo se alzaban al cielo mis mariposas plateadas.

—¿Cómo que si ya está?

—O sea, que si no hay más...

Era imposible no ofenderse con su reacción.

—No ha sido solo esto —respondí, señalando las mariposas—. También ha habido fuego y...

—Chispas, más bien. Es todo como muy... teatral.

—También leo el pensamiento.

—Ya... Eso no hace falta que me lo demuestres, lo he vivido en mis propias carnes —dijo, mordisqueando el extremo de la pluma y hurgando en la pila de papeles que llevaba consigo—. Y, cuando haces eso, ¿qué sueles hacer exactamente?

—¿Qué suelo hacer?

—¿Hablas o solo escuchas? —Me dejó desconcertada. Entonces levantó la vista de los pergaminos para mirarme un segundo—. Es decir, ¿hasta qué punto entiendes lo que piensa la gente? ¿Son palabras o solo sentimientos? ¿Y en qué medida los controlas?

—¿Controlarlos? —pregunté casi espantada. ¿Los valtainos podían hacer eso?

Max rio sin ganas.

—Por los Ascendidos, pues sí que sabes poco de Ara, ¿eh? Por eso debes tener cuidado.

Meneé la cabeza y dejé esa parte del interrogatorio para después.

—Oigo lo que sienten —contesté—. No son palabras, solo... —Como no sabía explicarlo en arano, me llevé la mano al corazón—. Las cosas grandes que llevan dentro.

Asintió, como si lo hubiera entendido perfectamente.

Me sobrevino el recuerdo de Esmaris, de la sensación de que su mente se marchitaba y se asfixiaba bajo la mía, de la expresión de su rostro al caer al suelo, pero no le conté a Max nada de eso.

—Vale, muy bien —dijo él. Dejó el montón de papeles en el suelo y se quedó mirándolos fijamente.

Estaba casi segura de que no había pegado ojo. Cuando me fui a la cama, lo dejé sentado a la mesa, garabateando frenéticamente, y apenas me miró para darme las buenas noches. Por la mañana, me lo había encontrado exactamente en el mismo sitio, solo que rodeado de muchos más papeles y con los ojos ensombrecidos por las ojeras. Aun así, me había saludado pletórico de energía y no había tardado en sacarme de la cabaña para que empezáramos.

Nada que objetar por mi parte. De hecho, hacía semanas que no estaba tan animada.

—Nadie me ha enseñado. He aprendido lo que debía para... —No me salía la palabra, así que me conformé con otra—: Para bailar.

—¿Para bailar?

—Sí —dije, y chasqué los dedos cuando de pronto me vino lo que buscaba—. ¡Actuar! En Threll.

Max tardó unos segundos en entenderlo y parte del entusiasmo que revelaba su semblante se vio eclipsado por la sombra de algo que no supe identificar.

—Entiendo. Tiene sentido que hayas aprendido por tu cuenta. —Se levantó del suelo con un gruñido. Yo me puse en pie también, más que nada porque no me apetecía que me mirara desde arriba—. A las Órdenes les importa sobre todo el control. Para eso las fundaron, para asegurarse de que los magos no fueran sembrando la destrucción sin querer porque no tuvieran ni puñetera idea de lo que hacían. Y debo decir en su favor que ese papel lo desempeñan muy bien. Si un mago siembra la destrucción, suele ser porque eso es lo que pretende. Salvo en el caso de Moth y mis rosas —añadió, mirando furioso las flores carbonizadas antes de volverse de nuevo hacia mí—. Parece que te gustan los conjuros, así que empecemos por ahí. Veo potencial por esa parte. Eso que haces de convertir en cristal las mariposas... es impresionante para una valtaina. A los valtainos les cuestan las cosas físicas de ese tipo. —Debió de parecerle que estaba orgullosa de mí misma, porque enseguida me advirtió, con un dedo en alto—: Tampoco te lo creas demasiado: tu precisión sigue siendo desastrosa. —Escogió una flor amarilla con capas y capas de minúsculos pétalos alargados—. Empecemos por esta. Quiero que me hagas una copia de esta flor.

«Fácil». Esbocé una sonrisa, pero una vez más me levantó el dedo.

—No, borra de tu cara esa sonrisa de suficiencia. No te estoy pidiendo que reproduzcas el aspecto que crees que tiene esta flor, sino que hagas una copia de esta en concreto, con todos los detalles idénticos.

Miré a Max, su mano en alto, la pequeña flor amarilla con todas aquellas capas de pétalos. Estaba convencida de que podía hacerlo, pero ¿en serio impresionaba eso más que mis propios trucos? A la gente le gustaban los numeritos, que los deslumbraran, y desde

luego iba a tener que hacerlo con los miembros de las Órdenes si quería avanzar rápido.

—¿Seguro que con esto voy a impresionar en las pruebas? —pregunté, escéptica.

—¿Insinúas que te estoy engañando? —Por la cara que puse, debió de deducir que no había entendido casi ninguna de sus palabras. Soltó un resoplido—. Mira, muchos piensan que los valtainos fragmentados son menos capaces. Se cree que la magia valtaina vuelve blancos el pelo y la piel, con lo que, por lógica, alguien como tú...

Alguien como yo sería, por naturaleza, menos poderoso. Asentí, mirándome la mano y los dos dedos dorados. Aquellas manchas me habían restado valor como esclava y ahora me lo restaban también como valtaina.

—No está demostrado —dijo—. El caso es que muchos, sobre todo los que son completamente valtainos, van a esperar que fracases. Buscarán el modo de demostrar que no eres capaz de hacer esto. Vamos a asegurarnos de que los dejas con los ojos como platos. Pero, cuando lo hagas, la técnica tiene que ser perfecta.

«Vamos a asegurarnos». Por lo visto, ya éramos un equipo.

Debía reconocer que me había sorprendido agradablemente, aun dejándome algo perpleja, lo rápido que Max había pasado de instarme a que me largara de su casa a implicarse tanto en mi éxito.

—Lo será —contesté.

—Más te vale. Yo podría estar haciendo otras cosas. No hagas que me arrepienta. —Me pasó la flor—. Recuerda: ¡exacta!



Resulta que mi pequeña tarea era más complicada de lo que yo pensaba.

La primera flor me brotó fácilmente, suspendida entre mis manos, plateada y traslúcida, pero Max le echó un vistazo y negó con la cabeza.

—¿Qué te he dicho? Eso es una flor, ¡no *esta* flor! O, peor aún, lo que tú crees que debe ser una flor. No tiene nada de real.

Me bastó con mirarla un poco mejor para darme cuenta de que Max tenía razón. Mi creación era demasiado perfecta, formada por filas de pétalos idénticos en forma de lágrima que parecían reales de lejos, pero se veían espeluznantemente falsos de cerca.

Asentí y dejé que la flor se disolviera en el aire. Luego volví a probar.

Y otra vez.

¡Y otra!

Demasiado grande. Demasiado pequeña. Demasiado imperfecta. Demasiado simétrica.

—Estás duplicando los pétalos —me señaló Max.

—Lo sé —mascullé.

No era mi intención duplicar, pero me costaba no hacerlo. Me notaba demasiado espesa y torpe para crear todo aquel detalle. Me reventaba la cabeza. Aun con todo, no rechisté, no dije ni mu.

Pasaron las horas. Mis conjuros cada vez tardaban más, vibraban y se retorcían en el aire como humo. Max y yo pronto empezamos a entornar los ojos para protegernos de la luz cegadora del atardecer.

—Podemos dejarlo por hoy —me dijo, poniéndose en pie—. Hasta a un mago con experiencia le costaría hacer esto. No hace falta que lo consigas hoy.

—No —respondí, sin dejar de mirar mi flor traslúcida.

—¿Qué?

—Que no, que no vamos a parar.

Se detuvo a medio camino, perplejo.

—Este no suele ser el contexto en el que me gustaría oír eso, pero mi respuesta es la misma de todas formas —dijo, y, tras dar media vuelta, se sentó en el suelo otra vez y me miró con una ceja enarcada, en una especie de desafío escéptico—. Si tú puedes, yo también.

Uy, yo podía, ya te digo.

Así que reanudamos la tarea, yo creando una flor tras otra y Max buscando defectos. A esas alturas, antes de que abriera la boca, yo ya sabía exactamente lo que estaba mal, y antes de que terminara de decírmelo la estaba deshaciendo. Para entonces, la luz del sol había desaparecido hacía rato tras el horizonte y nos había dejado a oscuras. Max hizo fuego con las manos y lo puso en el suelo, donde quedó suspendido en una inquietante esfera autosuficiente.

—¿Yo podría hacer eso? —pregunté, sin dejar de mirar mi enésima flor.

—No sé, ¿podrías?

Miré de reojo la esfera de fuego. El fuego siempre me había costado, como hablar un idioma que no acababa de entender. «Chispas, más bien», había dicho Max. Y no se equivocaba.

—Estoy segura de que sí —respondí como si nada.

Rio.

Flores y más flores se desvanecieron en la noche. Las respuestas de Max cada vez eran más lentas y menos entusiastas. Al final, se puso en pie y se estiró.

—Bueno, estoy roto, a dormir —dijo, como si ya no tuviera energía ni para construir frases enteras.

—Ve tú. Yo me quedo.

Un silencio de sorpresa.

—¿Seguro?

—Sí.

—Darte de cabezazos contra la pared terminará restándote eficacia.

—No sé qué significa eso.

—Significa que no te mates. Claro que tampoco soy quién para juzgarte, supongo. —Le oí abrir la puerta, pero mantuve la mirada implacablemente pegada al pétalo que estaba esculpiendo—. Buena suerte.

Sonreí con amargura.

—Hago esto para no necesitar suerte.

—No sabría decirte si esa respuesta me parece encantadora o aterradora.

Y dicho eso cerró la puerta y me dejó en silencio, concentrada en mi trabajo.

En cierto sentido, resultaba reconfortante tener algo por lo que luchar, superar la sombra del talento y forjar mi éxito a partir de algo más sólido. Había algo de meditación en aquel empeño mío en darme de bruces con un muro de piedra una y otra vez, hasta desportillarlo. Notaba cómo se agrietaba bajo mis dedos aunque me agrietara a mí también. Al final, solo iba a quedar uno de los dos, y yo no me iba a dejar romper.

Terminé por conjurar cada pétalo de forma individual, buscando un modo de retener los otros en la cabeza mientras pasaba de uno al siguiente y al siguiente y al siguiente. Y luego, después de eso, me obligué a ir un paso más allá: encontrar la forma de convertirlo en cristal sin que todos los pétalos sueltos se me escaparan de la mente.

Los sonidos de los insectos y otras criaturas nocturnas se esfumaron. El cielo se puso morado. Veía borroso, tenía la cabeza

muy cargada y me dolía detrás de los ojos, de las orejas, de las sienes...

«Tisaanah...».

Al principio, era la voz de Esmaris, acusándome y suplicándome, todo a la vez.

«Tisaanah...».

La oscuridad fue desapareciendo, dejando al descubierto el recuerdo del rostro de mi antiguo señor, su sentimiento de traición.

Abrí los ojos y vi un cielo luminoso, ramas de árboles y hojas verdes asaltando los límites de mi visión. Y un par de ojos rasgados, de un azul intenso, que me miraban desde debajo de unas cejas perplejas.

Me había quedado dormida.

—Ya te dije que darte de cabezazos contra la pared no te iba a funcionar —dijo Max.

Desde luego, tenía la cabeza como si hubiera estado aporreando algo con ella. Me dolía tanto que veía los colores más o menos intensos con cada punzada rítmica de dolor. Me llevé la mano al costado, palpé el suelo y cerré el puño alrededor de algo duro.

—¿Que no me iba a funcionar? —le dije sonriente mientras abría la mano para enseñarle la flor de cristal con todos los pétalos distintos, perfectamente imperfecta, una réplica exacta.

Jamás había degustado nada más dulce que el asombro del semblante de Max cuando cogió la flor de mi mano y empezó a examinarla.

—Bien —dijo al fin, pero con cierta duda, como si no tuviera del todo claro qué opinar de aquello.

Dejé caer la cabeza dolorida sobre la hierba, permitiendo que las flores me taparan la sonrisa. Por los dioses, ya había olvidado lo bien que sentaba superar las expectativas.

13

El pescado me abrasaba la garganta.

En el fondo, nunca había tenido un hogar, así que, quizá ingenuamente, había pensado que sería inmune a la nostalgia. Resultó que no era así. Echaba de menos muchas cosas de Threll, hasta de la hacienda Mikov, el único hogar que había conocido siendo adulta. Casi en lo más alto de aquella lista, estaba la comida que no dolía al comerla. Los aranos, por lo visto, confundían *sabor* con *dolor*, o por lo menos Max sí.

Mientras yo comía, él seguía dándole vueltas y vueltas en la mano a aquella flor de cristal. Para deleite mío, no tenía nada malo que decir de ella.

—Ya solo te queda aprender a hacerlo en segundos en vez de en horas.

—Lo conseguiré —respondí, aunque semejante perspectiva se me hiciera angustiosamente abrumadora—. Seguimos después de comer.

Lo dije con mucho desenfado, pero se me encogió el estómago solo de pensarlo. Me parecía que el suelo se movía bajo mis pies, como si estuviera de nuevo en aquel condenado barco con la espalda infectada.

—Ni de coña —espetó Max con un resoplido—. Tienes que descansar al menos unas horas.

—Estoy bien.

No era cierto, pero no disponía de tiempo para descansos. Además, la idea de tumbarme allí sin otra cosa en la que ocuparme que mis pensamientos me intimidaba más que la de esforzarme hasta el agotamiento.

Max me dedicó una mirada inquisitiva con la que atravesó mi mentira.

—Te has excedido. La magia consume mucha energía y tú llevas haciéndola veinticuatro horas seguidas.

—Y ha funcionado.

—Esta vez, pero no siempre vas a tener tanta suerte.

Se revolvió en el asiento e iba a seguir hablando, pero se abrió de golpe la puerta de la cabaña y vimos a Sammerin plantado en el umbral.

—Gracias, como de costumbre, por llamar, muy educado por tu parte —dijo Max, volviéndose un poco a mirarlo, pero el otro se limitó a esbozar una sonrisa pícara y a encogerse de hombros con delicadeza—. ¿Has traído a nuestro tornado favorito en forma de aprendiz? Porque, si es así, le prohíbo que entre en la cabaña o en el jardín. Supongo que podría quedarse sentadito, muy quieto, en cualquier rincón, sin tocar nada.

—Moth ha ido a ver a su madre —contestó Sammerin, instalándose en una silla al lado de Max—. Gracias a los Ascendidos.

—¿Y tú has decidido disfrutar de tu valiosa libertad en nuestra compañía? Qué detalle.

—Libertad relativa, tengo un cliente en breve —dijo Sammerin, y posó sus ojos en mí un momento. Me pregunté si él también lo había oído, aquel «en nuestra compañía»—. ¿Qué tal, Tisaanah? Te veo un poco...

—Estoy estupendamente.

—Se ha pasado toda la noche haciendo esto... —dijo Max al mismo tiempo que yo contestaba.

Y le dio mi flor de cristal a Sammerin, que la examinó pensativo y luego nos miró a Max y a mí.

—Buen trabajo.

—Gracias.

—No está mal —dijo Max, de nuevo hablando a la vez que yo.

—Ajá —soltó Sammerin, y me miró, luego miró a Max y después volvió a mirarme a mí. No solía sentirme cohibida, pero tuve que resistir la tentación de moverme, incómoda, bajo el peso de su mirada escrutadora.

—¿Un cliente? —pregunté.

—Sammerin es sanador —me explicó Max.

La verdad es que me alivió comprobar que lo de responder por los demás no era algo que solo hiciera conmigo.

—¿Como Willa?

—No exactamente —respondió Sammerin—. El resultado es el mismo, pero el proceso es distinto.

—La sanación de los valtainos es interna; la de los solaris, externa —intervino Max, como si eso lo explicara todo, pero yo me quedé dando vueltas en la boca a aquellas palabras en arano: *interna*, *externa.*

—¿Y eso qué significa? —pregunté al fin, fastidiada por el regusto de cada palabra, de pronto consciente del acento tan fuerte que tenía.

—Los valtainos son... —Max masticó, pensativo—. Cuando Willa te sana, de algún modo está hablando con tu cuerpo, instándolo a mejorar y curarse, alimentando tu fuerza vital desde dentro. Sammerin, en cambio —añadió, señalándolo con el tenedor—, manipula físicamente la carne y la funde a un nivel muy muy

pequeño. El resultado es similar, pero el planteamiento es completamente distinto. Lo de este duele mucho más.

—Pero es mucho mejor para casos graves como huesos rotos —añadió Sammerin, un poco a la defensiva—. Y es más rápido.

—Cuando la cosa se pone muy fea, es preferible tenerlos a los dos —señaló Max.

Me pregunté si lo sabría por experiencia.

—Entiendo —dije, porque lo entendía más o menos.

Sin duda, los límites me quedarían más claros cuando llevara más tiempo en Ara. Solo había conocido a una solari, una mujer hermosa de pelo azabache que había asistido a una de las fiestas de Esmaris. Era la esposa de un noble, pero se mostró inusualmente amable conmigo para ser noble; mejoró mis actuaciones con conjuros de lucecitas bailonas e hizo ondularse las estatuas de oro como si se movieran conmigo. Comprendí entonces que usaba la magia de forma distinta a como lo hacía yo, pero no supe descifrar cómo.

—Y después de esta pequeña lección...

Max se levantó y enfiló el pasillo en dirección al baño, dejándonos a Sammerin y a mí en un silencio incómodo. Yo me comí el último bocado de ese pescado que ardía en la boca.

Sammerin habló primero.

—Parece que ha cambiado de actitud desde la última vez que vine...

—No le quedaba otra: estábamos solos él y yo.

Lo dije con naturalidad, como si no supiéramos ya ambos que con eso no bastaba, ni mucho menos, para hacer cambiar de opinión a Max.

—Cuesta mucho convencerlo de que haga algo —dijo Sammerin, acariciándose la barba—. Pero cuando lo hace, lo hace de verdad. Por ejemplo... —añadió, señalando la ventana. Yo seguí su mano con

la vista y caí en la cuenta de que se refería a los jardines, que se extendían desde la cabaña en todas las direcciones.

—¿Es todo obra suya?

—Plantó hasta la última flor de forma obsesiva, pero es que Max nunca hace nada a medias.

—Podría ser un buen maestro —dije, e hice una pausa para luego añadir, por pura mezquindad—: A lo mejor.

Sammerin meneó despacio la cabeza y sus ojos se fruncieron con una sonrisa intrigada.

—De *podría* nada. Max va a ser el mejor maestro que puedas encontrar en Ara —me corrigió, y después echó la cabeza hacia atrás, pensativo—. Qué curioso.



—¡Max! ¿Sabías que hay una mujer guapa dormida en tu cabaña?

Abrí de pronto los ojos y vi una mata de pelo dorado y ensortijado flotando sobre mi cara, y unos dedos que me apartaban el mío de la frente. Solté un grito mudo y me levanté de un brinco de la cama. Una joven despampanante, de rostro luminoso enmarcado por unos rizos alborotados, estaba sentada al borde de mi cama. Me sonreía con una admiración desmedida.

¡Por todos los dioses! ¿Estaba soñando?

Por la ventana se adivinaba un cielo apenas teñido de morado y la tenue luz que anunciaba el alba iluminaba discretamente mi cuarto. Me había metido en la cama temprano esa noche y me había sumido en un sueño tan profundo que casi se asemejaba a la muerte. Tampoco descartaba la posibilidad de estar teniendo una especie de extraña ensoñación despierta.

—Hola —dijo la mujer, recorriéndome con los dedos la mejilla, siguiendo el contorno de la mancha bronceada de mi piel.

Tenía en la punta de la lengua aturdida un saludo en thereni, enredado en la palabra *hola*, pero estaba demasiado conmocionada y desorientada para pronunciar ninguno de los dos.

—Pensaba que, viviendo en medio de la nada, no iba a tener que echar el cerrojo a las puertas —oí decir a Max, con voz de sueño, mientras se acercaba por el pasillo—. ¿Qué diantres he hecho yo para que mi casa resulte tan acogedora? Y mira que procuro ser lo más desagradable posible...

Apareció en el umbral. Yo lo miré un segundo y enseguida miré a otro lado. Estaba allí plantado, recostado contra el marco de la puerta, intentando aplastarse el pelo tieso de la nuca. Llevaba unos pantalones de lino arrugados, descolgados sobre la cadera, y el torso al descubierto. Los músculos fibrosos de su vientre y su pecho se tensaron cuando bostezó.

Lo encontré... distinto de lo que esperaba, teniendo en cuenta que sus principales entretenimientos parecían ser beber vino y poner mucho entusiasmo en no hacer nada.

Reparé en aquello y, de inmediato, quise quitármelo de la cabeza.

—Max... —dijo la joven con un aspaviento de sorpresa, y, levantándose de mi cama, se acercó a la puerta y le acarició el pelo. Su sencillo vestido blanco flotaba alrededor de sus tobillos. Iba descalza—. ¡Qué guapo estás!

¿Una amante, quizá? No sé por qué no me cuadraba del todo.

—Gracias, Miraselle —dijo él sin entusiasmo, y, con una mueca, le apartó las manos—. Hacía tiempo que no te veía por aquí.

Miraselle ni siquiera pareció oírlo. En cambio, se volvió a mirarme con el asombro de una niña y las palmas de las manos juntas.

—Mírala. ¿No es preciosa? ¡Fíjate en ese ojo! ¡Es del color del sol que atraviesa las hojas! ¿Te has dado cuenta de que es de dos colores?

Max y yo nos miramos de reojo. Me llevé las rodillas al pecho y me pregunté si debía alarmarme que él no se alarmara en absoluto.

—Pues sí, ya me había fijado —contestó él, suspirando y frotándose los ojos—. ¿Dónde has estado?

—He recorrido toda la costa hasta la capital.

—Ya te dije que no era buena idea.

—¡Me dejé llevar por el viento, Max! —respondió Miraselle, extendiendo los brazos.

Cada palabra que decía era como una canción, entrecortada y llena de estupor. La encontraba... rara. Y cuanto más la miraba, más rara veía su mirada escrutadora, como si me atravesara, atravesara a Max, atravesara todo lo que tocaban aquellos ojos encantados.

Max suspiró. Después le puso una mano en el hombro y, con delicadeza, la apartó de la puerta.

—Aún no ha amanecido siquiera. Vamos.

Enfilaron el pasillo. Yo me bajé de la cama y los seguí, demasiado intrigada para quedarme en mi cuarto.

Cuando llegué al salón, la puerta de la cabaña ya estaba abierta, y Miraselle, recostada en ella, con la cara ladeada hacia el jardín.

—¡Ay, cómo he echado de menos estas flores!

—Normal, son mucho mejores que esos jardines encorsetados que habrás visto en la capital.

Una sonrisa preciosa iluminó el rostro de la joven.

—Te he echado de menos, Max. Eres tan majo... Siempre me ha encantado que fueras tan buena persona.

De no haberme dejado tan perpleja, aquellas palabras me habrían hecho reír.

—Gracias, Miraselle —contestó él, inmutable.

Y entonces la chica se volvió de pronto a mirarme.

—Y tú... Tú eres sencillamente preciosa, Tisaanah. Verdaderamente hermosa.

—Gracias —respondí, porque no sabía muy bien qué decir.

Tardé un segundo en caer en la cuenta de que no le había dicho mi nombre.

—No te metas en líos —le dijo Max, pero, para entonces, Miraselle ya había salido feliz por la puerta, hipnotizada por las flores.

Max cerró y soltó un suspiro de exasperación.

—Por los Ascendidos, ¡vaya forma de despertar!

—¿Qué... le pasa?

—¿Qué te hace pensar que le pasa algo? —Le lancé una mirada con la que lo reprendí en silencio por tener el descaro de considerarme una estúpida—. Es inofensiva. Se limita a ir deambulando por ahí. Es un poco rara, pero supongo que es lógico, dado que no ha sido siempre humana.

¿No había sido siempre humana?

—¿Y qué era antes? —pregunté, fascinada de inmediato.

—Un colibrí. —Lo miré pasmada. Cogió una de las múltiples figuritas que adornaban la repisa de la chimenea y me la tiró—. Como este.

Lo cogí y contemplé el pajarillo, con aquellas alas puntiagudas y aquel pico largo. También los había en Threll, solo que la palabra en thereni era distinta, claro.

—Un colibrí —repetí, ensayando la palabra.

Me daba la impresión de que me estaba tomando el pelo.

—Sí —dijo Max, demasiado despreocupado—. Quería ser una persona y yo la convertí en una.

—Tú la convertiste...

—Sí.

—¿Puedes...?

—Sí.

Miré la figurita y luego a Max, que parecía la mar de satisfecho de sí mismo.

—Me estás mintiendo. Me tomas el pelo.

—¿Yo? Jamás. Carezco de sentido del humor. —Bostezó—. De todas formas, seguro que la vemos más por aquí. Le gustan las flores. Comprensible, supongo.

Unas tres cuartas partes de mi ser estaban convencidas de que me estaba vacilando; la otra cuarta parte pensaba que, como poco, exageraba una barbaridad.

—Es demasiado temprano, no estoy hecho para esto —dijo Max, y se dispuso a volver a su cuarto—. Con un poco de suerte, aún podré dormir unas horas más sin que se cuele nadie en mi casa, que parece que está de moda últimamente.

Me quedé en el salón unos minutos, con la figurita del pajarillo aún en la mano, pensando en la vacuidad de los rasgos de Miraselle. Luego alcé la mirada para seguir la espalda desnuda de Max mientras avanzaba despacio por el pasillo. Una cicatriz larga y rabiosa se la cruzaba: empezaba en el hombro derecho y descendía hasta la cadera izquierda para perderse después por debajo de la cinturilla del pantalón.

Interesante. Verdaderamente interesante.

14

Sammerin tenía razón en una cosa: cuando Max hacía algo, lo hacía de verdad.

Nos volcamos en mi formación con un entusiasmo que solo podía describirse como feroz, y yo disfrutaba de cada segundo. Me producía cierta euforia el agotamiento que acompañaba a la persecución implacable de mi objetivo, y sabía que a Max le complacía también. No se le notaba, al menos no tanto como a mí, pero toda una vida de servidumbre me había enseñado a leer entre líneas. Las de Max eran pocas y estaban muy distanciadas, pero la energía que escapaba por ellas alimentaba la mía.

Nos levantábamos al alba para ponernos a trabajar. Pese a mis protestas, Max se empeñó en que reaprendiera todo lo que ya sabía.

—No puedes dar a esos cabrones ni una oportunidad de tumbarte —me señalaba constantemente—, así que tus conocimientos básicos deben ser impecables.

Y, aunque al principio me había mostrado escéptica, pronto no me quedó otro remedio que reconocer, a regañadientes, que tenía razón. Como me había pasado la vida aprendiendo por mi cuenta, había tomado por costumbre coger atajos de los que ni siquiera era consciente.

De modo que empecé a esculpir una flor tras otra, recortando minutos cada vez. Terminaba todos los días con un dolor de cabeza terrible, los dedos temblones y, por lo general, alguna que otra palabra de elogio de Max, seca y sin excesos.

Sin embargo, aunque yo disfrutara del hecho de que abordase nuestras sesiones de formación con un entusiasmo parejo al mío, nuestra asociación estaba lejos de ser perfecta. Fuera de las clases, no hablábamos mucho, más que nada porque yo nunca quería hacer otra cosa que no fuera dar clase. Lo presionaba constantemente: otra hora, y otra, y otra. Un puñado más de lecciones. Una ronda más de práctica.

A veces, me complacía. Otros días, ponía los ojos en blanco, me soltaba alguna ocurrencia vagamente ofensiva, se servía un vino y se metía en su cuarto. Me daba igual: practicaba por mi cuenta hasta que se me cerraban los ojos de cansancio.

Cuando eso ocurría, todas las noches me venían a la cabeza las mismas imágenes de siempre: el rostro de Esmaris, los ojos de Serel, el chasquido del látigo, mis dedos manchados de sangre..., aunque siempre sabía, no sé cómo, que no era toda mía.

Procuraba no dormir mientras fuera posible. En el fondo, me decía a mí misma que era una pérdida de tiempo. Y aunque Max me sermoneara sobre la necesidad de descansar, yo sabía que él tampoco dormía apenas. Muchas veces, cuando me levantaba con sigilo en plena noche, veía el suave resplandor de la luz titilante por debajo de la puerta de su dormitorio. Otras, detectaba su silueta en el jardín, podando flores muertas a las tantas de la madrugada.

Seguro que él también me veía, pero, por suerte, nunca se me había acercado. Había ciertas cosas que aún no estaba preparada para dejarle ver y él tampoco parecía muy interesado en ceder a mi curiosidad.

Solo una vez, en todas esas semanas, acusó voluntariamente mi presencia. Estaba siendo una noche particularmente brutal para mí y me atormentaban unas pesadillas tan vívidas que se me helaba la sangre de las venas. No era capaz de practicar ni de estudiar, así

que me escapé al jardín y empecé a pasearme nerviosa alrededor de la cabaña, desesperada por serenar mi corazón desbocado.

Al final, me angustié y me frustré tanto que me dejé caer de rodillas, a punto de echarme a llorar.

«¿Has olvidado lo que eres?».

Me repetía aquellas palabras sin parar. Lo único que quería era detener mi pensamiento, solo un minuto, un segundo.

Allí me quedé, arrodillada en la tierra mojada, con la cabeza gacha durante horas, o eso me pareció. Y cuando por fin alcé la mirada, vislumbré un par de ojos azules escudriñándome a través de las cortinas.

Se me encendieron las mejillas. Muerta de vergüenza, me obligué a ponerme en pie, me sacudí la ropa y volví adentro. Retomé mis estudios hasta que al final, por suerte, me venció el sueño.



—Vamos a probar algo distinto hoy.

Max se bebía el té, de espaldas a mí y mirando fijamente por la ventana.

Me llevó unos minutos reunir el valor necesario para mirarlo siquiera, avergonzada de haber permitido, sin querer, que me viera en semejante estado, pero, cuando al fin lo conseguí, procuré ser en todo momento la viva imagen de mi yo normal de todos los días.

Hice una pausa, con el tenedor a medio camino de la boca.

—¿Algo distinto? —repetí.

—Tengo que hacer unos recados en la ciudad. Nunca has estado allí, ¿no?

—¿En la ciudad?

—En la capital.

Negué con la cabeza pese a que él seguía dándome la espalda.

—No.

La había visto de lejos, durante mi breve estancia en la Torre de la Medianoche, pero eso casi no contaba. Había leído cosas sobre la capital de Ara, que en mis libros parecía espléndida y llena de vida. En el fondo... —vale, y en la superficie también—, estaba deseando comprobar si era tal y como la imaginaba.

Solo que...

—Entonces, ¿cuándo damos las clases de hoy?

Max se dio la vuelta. Bebió otro sorbo de té y me dedicó una mirada larga que yo le devolví con idéntica parsimonia.

—Me parece que ya has tenido clases de sobra últimamente —dijo por fin.

La inseguridad me erizó el vello de la nuca.

—Solo dispongo de cinco meses —repuse—. No puedo malgastar el tiempo.

Soltó un suspiro de desesperación y se pellizcó el puente de la nariz.

—Muy bien. Pues vamos a la capital unas horas por la mañana y esta tarde seguimos con las clases. ¿Satisface eso sus criterios compulsivos de productividad?

Guardé silencio.

Solo una mañana. Una mañana para pensar en algo que no fueran los exámenes. Una mañana para ver la ciudad, y no una cualquiera, ¡la capital de Ara! Un sitio que solo soñaba con poder ver con mis propios ojos algún día.

«Con unas horas bastará. Solo por esta vez».

Asomó a mis labios una sonrisa sin mi permiso.

—Me parece bien, creo.

A regañadientes, Max me dedicó una sonrisita de satisfacción y, levantando la taza de té, dijo:

—La princesa de Threll se ha pronunciado.

15

Cuando terminamos de desayunar, Max me llevó afuera y yo lo agarré del brazo mientras él desplegaba un trocito de pergamino.

—¿Un estratagrama? —pregunté.

—Sí. De otro modo, tardaríamos un día entero en llegar.

—¿Cuándo vas a enseñarme a usarlos?

Me miró con una ceja enarcada.

—Estoy empezando a pensar que eres de ideas fijas.

—Tengo todo tipo de ideas —repliqué, como si supiera lo que había querido decirme.

—No lo pongo en duda.

Observé sus manos mientras dibujaba un círculo, luego una línea, después otra...

Se me alborotó el corazón y apreté los dedos en torno a su brazo de forma inconsciente.

—¿Es alucinante? —susurré, casi sin darme cuenta.

—Ah, no, es horrible —replicó Max—. Te va a encantar.

Trazó la última línea del estratagrama y el mundo se hizo mil pedazos.

Aunque esa vez ya me lo esperaba, cuando aterrizamos en la capital me sorprendí aferrada al brazo de Max aún más fuerte que cuando nos habíamos ido. Perdí el equilibrio y me agarré a su hombro, porque el suelo se elevó de pronto hacia mí. Durante unos segundos terribles, mis sentidos se diluyeron en tonos grises. Luego fui recuperándolos uno a uno, primero el oído.

Concretamente, el sonido de Max riéndose de mí.

Me solté.

—¿Estás bien?

—Sí —respondí demasiado rápido.

Nos encontrábamos en un rincón de una bulliciosa plaza adoquinada. Los edificios punteaban las calles estrechas, pegados unos a otros como baldosines. Hasta los más pequeños tenían elementos decorativos: leones de piedra vigilando desde los marcos de las puertas o enredaderas labradas con delicadeza por los alféizares. Y la gente... ¡Había gente por todas partes! Vestida con todo tipo de atuendos, desde ropa de trabajo desgarrada hasta vaporosos vestidos de gasa. Personas de todos los colores y edades, tan pegadas unas a otras que se rozaban los hombros. Si las multitudes incomodaban a alguien, no se notaba.

Miré más allá para ver el palacio, que se alzaba imponente, con esos chapiteles afilados como cuchillos —que impresionaban aún más desde allí abajo—, seccionando la leve bruma del neblinoso cielo de la costa. Justo detrás, las dos torres se levantaban hasta las nubes en sendas columnas etéreas de oro y plata.

Abrí la boca para hablar, pero había olvidado momentáneamente mi nueva lengua. Las palabras se disolvieron en algún lugar entre la admiración por la magnitud de todo aquello y el pánico que me invadió el pecho ante tanta abundancia. Nunca había estado tan cerca de tanta gente a la vez. Jamás.

—Ya... —protestó Max, leyéndome la expresión—. Por eso no vengo aquí. Por eso y porque, en una ciudad de varios cientos de miles de habitantes, es cuestión de tiempo que termines tropezándote con alguien con quien no te apetece hablar.

Su mirada se perdió entre la multitud y me pregunté si ya se habría topado con esa persona. Seguramente había muchas con las

que a Max no le apeteciera hablar.

—No estoy hecho para esto. Vámonos de aquí. Por los Ascendidos, no recordaba que esta plaza fuese tan horrible.

Empezó a abrirse paso entre la muchedumbre. Mientras avanzábamos por aquel mar de personas, enhebré discretamente el brazo con el suyo. Lo hice por razones puramente prácticas, pero la cara de sorpresa que puso me pareció tan deliciosa que me arrimé un poco más solo por ver cómo reaccionaba. Era la primera vez que le veía una expresión que no fuera de fastidio descarado o de autosuficiencia engreída.

—¿Qué? —le dije sonriente—. Como me pierda, ya no me vuelves a encontrar.

Para mi decepción, su cara de asombro se desvaneció tan rápido como había aparecido. Se limitó a decirme con los ojos entornados:

—A veces eres muy poética sin pretenderlo.

—O pretendiéndolo —repliqué con frialdad.

No era cierto, pero él no tenía por qué saberlo.

La muchedumbre fue menguando cuando bordeamos la plaza y nos desviamos por una callejuela tan estrecha que desaparecimos en las sombras de los edificios de ambos lados. Según avanzábamos, las construcciones eran diferentes, menos impecables y algo menos rectas. También era distinta la gente con la que nos cruzábamos: cada vez se veían menos vestidos elegantes y más hombres desaliñados, inclinados sobre caballetes, o mujeres vestidas de colores vivos cuidando de sus flores. Un tipo con el que nos cruzamos llevaba un abrigo verde esmeralda que casi rozaba el suelo y, al hombro, un loro exactamente del mismo color, ¡un loro!

Al verlo, me volví enseguida hacia Max con una sonrisa.

—¿Has visto es...?

—No es lo más raro que vas a ver hoy en esta ciudad —me respondió antes de que terminara la pregunta, y una sonrisa divertida le frunció el rabillo de los ojos.

Se soltó de mi brazo. Cuando bajé las manos a los lados, me sentí rara y me sorprendió lo mucho que lo echaba de menos.

—Es aquí —dijo, dándose la vuelta hacia un escaparate diminuto.

A simple vista, la tienda parecía cerrada. Unas cortinas polvorientas tapaban el ventanal de vidrio, y el soporte del rótulo que había encima estaba vacío. Aun así, no dudó un segundo en abrir la puerta y dejarme pasar primero.

Los tacones de mis botas resonaron en el suelo de madera escasamente iluminado y el eco rebotó hasta acariciar las vigas que cruzaban el techo alto. La luz se colaba por los ventanales sucios, atrapando el polvo suspendido en el aire como niebla.

El establecimiento era espacioso y estaba prácticamente desierto. Al principio, pensé que estaba desocupado..., hasta que miré al fondo, donde el vacío y las sombras frías daban paso a un rincón más acogedor. Allí había unos sofás y sillones ostentosos, salpicados de toques de color y dispuestos en ángulos arbitrarios. Entre ellos vi una mesa alargada de madera, sucia y llena de resplandecientes piezas metálicas. Esparcidas por aquellos muebles se veían, además, lienzos y esculturas, rostros, manos y ojos que nos miraban fijamente.

Y en medio de todo aquello, dos personas. Una de ellas, una mujer bajita que vestía una blusa blanca suelta salpicada de pintura y un pantalón corriente, se volvió hacia nosotros al oírnos entrar. Me miró primero a mí, y parecía a punto de decirme adónde ir, a ningún sitio bueno. Luego entró Max y a la mujer se le iluminó el rostro.

—¡Max! Me preguntaba dónde andabas. Empezaba a pensar que más me valía deshacerme de todo lo que te tenía reservado.

—¿Cosas divertidas o cosas de trabajo?

Cuanto más nos adentrábamos Max y yo en aquel saloncito, más me costaba apartar los ojos de las esculturas que nos rodeaban. Eran grotescas y hermosas al mismo tiempo. Una de ellas constaba de montones de manos nudosas, sueltas, tendidas hacia un punto invisible. Algunas de las menos perturbadoras me recordaban a las que forraban las estanterías de la cabaña de Max.

La mujer sonrió, echándose un mechón de pelo largo y cobrizo por encima del hombro. Todo en ella denotaba pereza, como si se hubiera levantado de la cama con ese mismo aspecto. Y, aun así, resultaba indudablemente cautivadora. No era guapa en el sentido convencional, pero tenía unos rasgos fuertes y afilados, casi tan impresionantes como sus esculturas. Las manos estaban cubiertas de un polvillo blanco, que le manchó el pelo cuando se lo pasó por detrás de la oreja.

—De las dos —contestó ella, y luego me miró—. Tú debes de ser Tisaanah, la famosa aprendiz. —No sé si me gustaba que me describieran en aquellos términos. Max enarcó una ceja, a modo de pregunta velada—. Me lo ha contado Sammerin —añadió la mujer.

—Menudo chismoso —masculló Max—. Tisaanah, te presento a Via.

La saludé, aunque aún estaba visiblemente distraída. Estudié el trozo de mármol que la mujer tenía al lado, responsable, lo más seguro, del polvillo blanco que le manchaba las manos y la cara. La mitad inferior era un cuadrado perfecto, mientras que en la superior se había cincelado la cabeza de una mujer que miraba hacia arriba.

—¿Lo has hecho tú?

—Sí, aunque a veces no tengo claro si debería reconocer mi autoría —contestó, contemplando la obra inacabada con desagrado —. Esta no me convence mucho.

—Es ordinaria —terció el hombre que llevaba todo el rato repantingado en uno de los sofás, levantándose de pronto para ponerse al lado de Via y pasarle la mano por el hombro. Daba la impresión de que se esforzaba una barbaridad por parecer guapísimo y mucho más aún por que no se notara. Se le daban bien ambas cosas, pero tras ocho años en la hacienda de Esmaris era una experta en detectarlas—. Puedes hacerlo mejor —añadió—. Algo más... crudo, más conmovedor.

Via hizo un ruidito evasivo y, señalando al hombre, dijo:

—Te presento a Philip. —El hombre le dedicó a Max una sonrisa que fue más como enseñar los dientes y a mí me ignoró por completo—. Bueeeno... —Via se zafó de Philip y se puso en movimiento, haciéndonos una seña para que la siguiéramos—. Vamos a mi taller.

¿Aquel no era su taller?

Nos condujo a un rincón sombrío en el que había una puerta sencilla escondida en la oscuridad.

—Ese tío es un horror —dijo Max por lo bajo mientras Via abría la puerta.

—Ay, Max —contestó ella con una sonrisa pícara al tiempo que se adentraba en una estancia iluminada por una suave luz dorada—. ¡Tampoco vas a juzgar a una ardilla por sus aptitudes natatorias!

—Prefiero no saber adónde nos lleva esa metáfora.

—Lo que digo es que, aunque no sea un gran conversador, se le da de maravilla trepar a los árboles.

Max soltó un gruñido.

No me hizo falta dominar el arano para entender lo que Via insinuaba y me reí, pero solo un segundo, porque entonces crucé la puerta y me quedé pasmada.

Aquella sala era lo opuesto a la estancia diáfana y polvorienta de la que veníamos, en todos los sentidos: organizada con meticulosidad, con dos mesas lisas y despejadas en el centro, encaramadas sobre estantes perfectamente ordenados... Las paredes estaban forradas de armas: espadas, cuchillos, lanzas, cimitarras, puñales..., y muchas otras que no se parecían a nada que yo hubiera visto en mi vida. Eran todas de una hermosura innegable y letal, y su oro, su plata y su acero resplandecían a la luz titilante del fuego.

Via cerró la puerta al entrar y empezó a hurgar en un armarito de un rincón. Yo recorrí las paredes, examinando las armas. Observé que algunas parecían extraña e intencionadamente incompletas. Me detuve delante de una espada que tenía el centro hueco y unas delicadas volutas labradas en la hoja.

¿Serían decorativas? ¿O tendrían alguna finalidad?

—¿Por qué son así? —pregunté, señalando una.

Via me dedicó una sonrisa tan afilada como sus armas.

—Para que los magos se diviertan más con ellas.

O sea, que el hueco del centro era para magia... Interesante. Me acerqué un poco más y escudriñé los grabados.

—¿Te gusta?

—Es preciosa. —Una verdad innegable—. Pero no basta con que sea preciosa. Debe ser a la vez bonita y...

No me salía la palabra, pero me la sopló Max:

—Funcional.

—Eso —dije yo—: bonita y funcional.

Via soltó una carcajada, grave y suave.

—Mi obra siempre es funcional, te lo aseguro.

Cuando me di la vuelta de nuevo, Max estaba inclinado sobre uno de los bancos de trabajo, cogiendo el arma a medio fabricar que

había en él.

—¿Estás aceptando encargos? —preguntó, sin disimular su desaprobación.

Via salió de la despensa cargada de botellas y cerró la puerta de un codazo.

—No sabes lo que me gusta que vengas aquí a criticar todo lo que hago. Deja eso, anda, que no está acabado.

Max obedeció, pero siguió contemplando el arma con la nariz fruncida de desagrado.

—¿Estas son las que te encargó la Guardia?

—De alguna forma tendré que ganarme la vida...

Posé los ojos en unos cajones de madera apilados en un rincón. La tapa del de más arriba estaba torcida y se veía en su interior un montón de acero refulgente. Habría cerca de un centenar de armas en aquellos cajones, si estaban todos llenos.

Max me siguió la mirada.

—¿Y el negocio va bien?

—El negocio es solo mío. Bueno, ¿quieres esto o no? —le dijo, señalando las botellitas de cristal de la mesa.

Me situé al lado de Max, junto a la mesa. Todos esos frasquitos contenían un líquido negro y, pese a eso, parecían extrañamente coloridos, porque atrapaban destellos de azul, morado o naranja cuando la luz titilaba de la forma adecuada.

Max los observó un momento y luego eligió tres: uno tan negro que parecía engullir la luz por completo, otro que tenía un brillo morado y, por último, uno que producía destellos anaranjados, como si reflejara llamas aunque no fuera así.

—Escoge uno —me dijo entonces.

—¿Qué son?

—Será más divertido si no lo sabes.

—¿Divertido para mí o para ti?

Via rio.

—Buena pregunta.

Max esbozó una sonrisa pícara y le brillaron los ojos.

—Según el que escojas.

Estudié la mesa y clavé los ojos en uno de color burdeos que producía destellos de un rojo más intenso. Me recordó las salpicaduras de mi sangre en la chaqueta carmesí oscuro de Esmaris, tanto que solo verlo me despertó cierta rabia. Pero la rabia era buena. Era mejor que el remordimiento. Para empezar, la rabia era un recordatorio de por qué estaba haciendo todo aquello.

—Este —dije, y le pasé el frasquito a Max, que lo sostuvo en alto para estudiarlo un segundo y frunció el ceño, pero se lo guardó en la chaqueta sin añadir nada.

—Con eso nos basta —le dijo a Via, que recogió los frasquitos y los metió de nuevo en el armario.

Luego nos acompañó a la puerta. Max le puso un puñado de monedas en la mano.

—No valen tanto —dijo ella, guardándoselo de todas formas.

—Así tienes que hacer menos encargos.

—Típico idealismo de rico —repuso ella, guiñándole un ojo. Luego me miró—. Encantada de conocerte, Tisaanah. Seguro que volveremos a vernos.

Y desapareció entre las sombras polvorientas de su casa.

Max y yo enfilamos aprisa la calle por la que habíamos llegado. Volvimos a cruzarnos con el tipo del abrigo verde y el loro, y esa vez no me pude resistir. Me detuve en seco, me di la vuelta y retrocedí hasta él. El hombre me dedicó una mirada serena a través de las gafas y yo le regalé mi sonrisa más encantadora.

—Tengo que preguntarle si se ha comprado el abrigo a juego con el pájaro o el pájaro a juego con el abrigo.

El hombre cabeceó muy serio, como si acabaran de hacerle una pregunta importantísima, y su voz reflejó aquella gravedad cuando se inclinó para susurrarme al oído la respuesta. Mientras apretaba el paso para dar alcance a Max, me sentí a la vez ilustrada y satisfecha, y una sonrisa me tensó las mejillas.

—¿Qué te ha dicho? —quiso saber Max.

—Es un secreto —le respondí, llevándome un dedo a los labios.



Al llegar a las calles principales, cruzamos la ciudad por una ruta distinta y Max me llevó por avenidas anchas y coloridas. Ya estábamos muy cerca del palacio. Por los huecos que quedaban entre los edificios, se veía la escalinata dorada que conducía a la entrada. En las aceras se alineaban los puestos del mercado, desde los que se pregonaba la venta de fruta, de baratijas o de joyas ostentosas. Había menos gente que cuando habíamos llegado, pero aún me costaba acomodarme a la cantidad de personas que me rodeaban.

—¿Buscas algo? —le pregunté a Max, que se detuvo a observar un libro antiquísimo en uno de los puestos.

—No en particular.

Acaricié con los dedos un puñal adornado de pedrería. Bonito, pero hasta a mí me parecía de juguete. Nada que ver con las herramientas elegantes que tenía Via en su tienda.

—Los frasquitos... —dije, señalando los bolsillos de Max—, ¿son armas?

—No exactamente.

—¿Via está haciendo todas esas armas para la guerra?

—Es preferible que no hablemos de eso aquí —me contestó, mirando nervioso a un lado y a otro.

Pero antes de que me diera tiempo a responder unas cornetas rasgaron el aire, ahogando hasta las voces más bulliciosas. Prácticamente todo el mundo de la abarrotada calle enmudeció de golpe y todas las cabezas se volvieron hacia el palacio con una sincronía rayana en lo espeluznante.

—Mierda —susurró furioso Max.

Me volví para mirar hacia la escalinata que conducía a las puertas del palacio y ver la procesión de figuras que descendían los peldaños. Me pudo la curiosidad y, sin darme cuenta, me dejé llevar.

No sabía nada de la política de Ara, algo que tendría que arreglar, porque fuera lo que fuese lo que estaba ocurriendo allí arriba parecía importante.

—Tisaanah...

Apenas oía a Max mientras me colaba entre la muchedumbre y me abría paso hacia el frente del grupo con los ojos clavados en la escalinata.

Llegué justo a tiempo para ver bajar a las primeras figuras. Eran ocho, vestidas completamente de negro, con pantalones ajustados, chaqueta larga y capucha que les tapaba el pelo. Toda esa oscuridad quedaba resaltada por los detalles dorados de la botonadura de los uniformes, los fajines anchos que les envolvían la cintura y, sobre todo, las lanzas largas y afiladas que llevaban cruzadas frente al cuerpo. Eran todo mujeres, observé de pronto.

—¡Por los Ascendidos, Tisaanah! —Di un respingo, sobresaltada, cuando Max apareció a mi lado—. ¿No decías que «Como me pierda, ya no me vuelves a encontrar»?

Tenía suerte de pillarme demasiado distraída para que me ofendiera con su imitación de mi acento.

—Pero me has encontrado, ¿no? —repuse con desdén.

—Me ha costado. Este sitio es un caos. Vámonos.

Uno de aquellos rostros encapuchados se volvió de repente hacia mí. Se movía como un pájaro, dando saltitos raros y abruptos. Tuve que contener un aspaviento.

Al principio, la sombra de la capucha les oscurecía tanto la cara que no me había dado cuenta, pero luego...

—No tienen ojos —dije con voz áspera.

En las cuencas había solo un par de cicatrices perfectas y sonrosadas. Y, aun así, nos miraba directamente...

—Hemos visto esas... —No me salía la palabra en arano para *lanza* —. Esas cosas con punta. En el taller de Via. ¿Las ha hecho ella? — Cuando me volví a mirarlo, lo vi tan espantosamente pálido que me detuve en seco—. ¿Te encuentras bien?

—Vamos a...

Un suave murmullo recorrió la multitud y sentí que su emoción y su miedo me calaban los huesos, se propagaban por mi interior e inundaban mis pensamientos, ahogándome momentáneamente. Tuve que hacer un esfuerzo por salir a la superficie de mi propia mente y obligarme a observar hasta el último detalle de aquella procesión.

Una mancha de oro y coral descendió los escalones: un pelo largo decolorado por el sol y un vestido rosa que arrastraba tras su portadora. La incredulidad me dejó pasmada, pero no cabía duda de a quién tenía delante. Si me hubiera quedado alguna, la delicada corona que presidía aquella cascada de pelo la habría disipado.

—¿Esa es la reina? —jadeé.

—Sí.

—Pero ¡si es una cría!

—Así es —masculló Max.

La reina Sesri no debía de tener más de trece años, como mucho. Sus mejillas rechonchas permanecían inmóviles y sus inmensos ojos no pestañeaban, todo ello le daba el aspecto de una muñeca de porcelana. El vestido engullía su minúscula figura, envolviéndola en capas y más capas de gasa y tul. A su lado iba un hombre valtaino vestido con un traje blanco sencillo pero exquisito. Se detuvo justo detrás de ella y, pasándose una trenza de perfecto pelo plateado por encima del hombro, estudió a la muchedumbre con absoluto estoicismo.

Las ocho soldados encapuchadas se retiraron y se obligó a arrodillarse en la escalinata a un hombre corpulento y muy bien vestido.

—¡Mierda! —masculló Max—. ¿Ahora hace estas cosas en público?

Aumentó la tensión entre los presentes y, durante un instante terrible, olvidé quién era, arrollada por las emociones desbordantes de los demás. Estuve a punto de doblarme de dolor, pero volví tan pronto y de repente a mi propio pensamiento que fue como si me hubiera dado de bruces contra un muro.

«Céntrate, Tisaanah. Céntrate».

La reina abrió la boca y el silencio cayó sobre la multitud, como si un manto la ahogara.

—Lord Savoi, has venido a dar testimonio ante tu pueblo. Aun mirando a los ojos de aquellos a quienes traicionas, ¿sostienes tu inocencia?

—No albergo intenciones traicioneras, mi reina —contestó el hombre.

Solo la leve vacilación al final de la frase puso de manifiesto su miedo, pero yo lo podía saborear, me lo notaba en la piel,

fundiéndose con la tensión vibrante de la multitud.

La reina se volvió a mirar al valtaino que tenía al lado, que negó discretamente con la cabeza.

—Mientes —le dijo al reo—. Sigues mintiendo.

—No miento, mi reina. No.

«Voy a morir, voy a morir, voy a morir».

Me llevé los dedos a las sienes y exhalé con brusquedad entre los dientes.

—¿Todo bien?

El aliento de Max en el oído me sacó del trance. Asentí con la cabeza, aunque era consciente de que me estaba apoyando en él más de la cuenta.

—¡Mientes! —bramó la reina—. Nos mientes a todos. Esas intenciones traicioneras han matado a muchos, no solo a mi padre. Seguro que los tuyos lo recuerdan —añadió, señalando a los congregados. Yo noté cómo les recorrían los recuerdos, cómo me recorrían a mí: destellos de sangre y acero, el sabor a hierro del pánico...

El rostro sin ojos de la encapuchada se volvió de nuevo hacia nosotros. Max me agarró suavemente del hombro con la otra mano.

—Vámonos de aquí.

El guardia se dobló por la cintura y susurró algo al oído a la reina.

Asentí, di media vuelta con Max y empezamos a abrirnos paso entre la muchedumbre...

Pero entonces resonó la voz de la reina.

—Maxantarius Farlione.

Max se detuvo en seco.

—Joooder...

16

Perpleja, miré de pronto a Max. ¿Por qué iba la reina a...?

—Acércate, Maxantarius.

Él masculló una sarta de barbaridades. Luego me soltó el hombro, dio media vuelta y se abrió paso hasta el frente de la multitud. Lo observé con el corazón encogido, incapaz de deshacerme de la sensación de que una sombra peligrosa se cernía sobre nosotros.

Mientras veía cómo se aproximaba a la escalinata, reparé de pronto en Nura, plantada a los pies de los escalones, con las manos a la espalda. A su lado había varios miembros más de las Órdenes, todos ellos con la correspondiente insignia de la Orden de la Medianoche o de la Orden del Alba. Solo percibí en el semblante de Nura un levísimo indicio de sorpresa.

La reina sonrió a Max.

—Me acuerdo de ti. Tengo muy buena memoria, ¿sabes?

¡Por los dioses, si es que era una cría!

Max no dijo nada. Le vi la espalda muy tiesa, los hombros muy rectos, las manos cruzadas al frente.

—Lord Savoi, ¿sabes quién es este hombre? —preguntó la reina.

—N-no, mi reina —tartamudeó el interpelado, volviéndose a mirar —. Me resulta familiar el apellido Farlione, pero...

—Maxantarius Farlione es prácticamente el único responsable del final de la Gran Guerra Ryvenai, en especial de nuestra victoria en la ciudad de Sarlazai.

Nadie hizo un solo ruido, pero la respuesta emocional que rasgó el aire fue tan explosiva que, por un instante, se me olvidó respirar, como si me estuvieran partiendo en dos, como si me debatiera entre la admiración estupefacta y la repulsión cáustica. Contraje todos los músculos para poder mantenerme erguida.

Habría jurado que a Max le temblaban los hombros.

La reina lo contempló fascinada desde arriba unos segundos, y yo reconocí la expresión de su semblante, aquella sonrisa devota que yo misma había ensayado delante del espejo tantísimas veces a su edad. Luego se le agrió el gesto.

—Al terminar la guerra, te invitamos a palacio para honrarte como merecías, pero no viniste.

—Por entonces, solo tenías seis años, mi reina. Pensé que a esas horas ya estarías acostada.

Se produjo un suspiro colectivo, en que yo también participé.

Menudo imbécil. ¡Menudo imbécil! En Threll, una falta de respeto tan descarada podía costarle la vida a un hombre.

Lo que quedaba de la sonrisa de la reina se marchitó en las comisuras de sus labios.

—Dirígete a nuestra reina con respeto —bramó una de las guardias sin ojos, asiendo más fuerte su lanza.

Recordé vivamente el sonido del acero de Serel atravesándole el pecho a Esmaris y se me heló la sangre al imaginar aquel mismo crujido húmedo cuando la lanza atravesara a Max... Me dieron unas ganas irrefrenables de agarrarlo y llevármelo a rastras entre la multitud.

Max giró un poco la cara, lo justo para que le viera el perfil por encima de su hombro.

—Solo pretendía explicarme —le dijo a la reina, que frunció el ceño y después miró al valtaino, quien, a su vez, se quedó mirando a

Max con el ceño igualmente fruncido—. Ni se te ocurra, Tare —susurró furioso Max, pero el valtaino arrugó aún más la frente y Max se llevó a la sien los dedos doblados.

Cuando el valtaino miró de reojo a la reina y asintió con la cabeza, ella soltó un suspiro.

—Cuentas con mi indulgencia solo por todo lo que sacrificaste por mi padre —dijo con voz temblona. Luego se dirigió a lord Savoi, que seguía arrodillado en la escalinata—: ¿Deseas mirar a los ojos a semejante sacrificio y mentirle a él también, lord Savoi? Seguro que estás al tanto del destino de los Farlione. Con todo lo que hizo por esta nación, Maxantarius, igual que yo, perdió a los suyos a manos de traidores como tú.

Tardé un momento en comprender aquellas palabras y, cuando lo hice, se me encogió el corazón.

Lord Savoi miró a Max.

—No miento —declaró suplicante.

La reina Sesri se volvió de nuevo hacia el valtaino, que negó con la cabeza, inmutable.

—¡Claro que mientes! —exclamó ella, cerrando el delicado puño—. ¿Por qué? ¡Con todo lo que me han arrebatado a mí esas mentiras! ¡A héroes como el capitán Farlione...!

—Para empezar, ya no soy el capitán de nada —la interrumpió la voz rabiosa de Max—, porque ya no pertenezco al Ejército. Y en segundo lugar...

La niña se quedó atónita, estupefacta.

—Dirígete a nuestra rein...

—Y en segundo lugar, mi reina —siguió Max—, lo que le ocurrió a mi familia fue una tragedia, no una proclama política. Y por esto —continuó, haciendo hincapié en esa palabra— no es por lo que

murieron los míos ni tu padre. A él le avergonzaría ver que te sirves de su muerte para justificar semejante circo.

Por una décima de segundo, tuve claro que iba a ser testigo de la muerte de Max, hasta que Nura salió disparada del lugar que se le había asignado a un lado de la reina, se plantó delante de él y se hincó de rodillas.

—Por favor, perdónalo, mi reina. Lo que vivió y perdió durante la guerra aún le afecta y no ha recobrado la cordura. No sabe lo que dice.

Me imaginaba la cara que estaba poniendo Max ante tal insinuación.

—Sé perfectamente lo que digo —terció furibundo.

—Eso es lo que creen todos los locos —le dijo Nura a la reina, ignorando a Max.

—Sé perfectamente lo que digo y haré frente a las consecuencias si es necesario.

No me hacían falta mis dones particulares para detectar la amenaza de aquella afirmación.

Nura miró a Max como si de verdad hubiera perdido el juicio, y lo cierto es que yo también empezaba a planteármelo.

Los cuerpos gráciles de las encapuchadas comenzaron a desplazarse con movimientos minúsculos y letales, como felinos sinuosos.

La reina apretaba los labios con fuerza, le brillaban los ojos como de muñeca, le temblaban los puños a los lados. Su acompañante valtaino se movió por primera vez. Se adelantó y le puso una mano en el hombro, como diciéndole sin palabras: «No». Pero ella solo miraba a Max.

—No me puedes hablar así. Soy la reina. Mi padre se sentiría orgulloso de lo que he hecho para vengarlo.

—Tu padre...

—¡Basta! —lo interrumpió ella furiosa—. ¡Te...!

El valtaino la agarró más fuerte del hombro y se inclinó para susurrarle algo al oído. Luego se retiró y dejó a la reina Sesri allí plantada, con el pecho agitado y una encarnizada batalla interna librándose en su rostro.

—Sé que le salvaste la vida a mi padre —dijo al fin—, así que, en su memoria, te concedo clemencia, ¡por esta vez! —Solté un suspiro estrangulado. Aunque la reina no había concluido—. Pero ¡tú! —añadió, señalando a lord Savoi, todavía arrodillado en la escalinata —. ¡Tú eres un mentiroso! ¡Y un traidor! Y no pienso repetir los errores de mi padre.

—Por favor, mi reina —suplicó el noble, apoyando la frente en el suelo de piedra.

Le temblaba el cuerpo entero. Al mirarlo, un pánico que no me pertenecía me inundó las venas y se me empezó a nublar la vista.

—Sé que mientes, que conspiras...

—No mien...

—¡Sé que sí! —Le corrieron las lágrimas por las mejillas—. Soy joven, pero no ingenua ni débil.

—Por favor... —empezó a decir Max, lanzándose hacia delante con una mano tendida.

Pero entonces, tan rápido que pareció que su movimiento había hecho que el tiempo diera un salto, dos de las encapuchadas atravesaron con sus lanzas la espalda del hombre acobardado.

Todo el mundo enmudeció mientras su sangre se derramaba por los escalones dorados del palacio, cayendo en densas cascadas y formando un charco a los pies de Max.

Una de las encapuchadas usó la bota para extraer su lanza del cuerpo convulso de lord Savoi, a quien lanzó escaleras abajo.

—Que esto sirva de prueba —dijo la reina, aunque dudo que la oyera nadie.

Guardamos silencio mientras, acompañada de su guardia y su valtaino, ascendía por la escalinata, con aquel largo vestido rosáceo que arrastraba a su espalda.

En cuanto desaparecieron tras las puertas de palacio, me abalancé sobre Max, que estaba inmóvil, viendo cómo la sangre le empapaba las suelas de las botas. Noté que calaba en las mías también, aún caliente. Como lo había estado la de Esmaris y la mía propia.

Antes de que me diera tiempo a decir nada, Nura se volvió furibunda hacia nosotros, con aquellos ojos incoloros resplandecientes de fuego.

—Si tantas ganas tienes de morir, cuélgate de un árbol como cualquier otro desgraciado, porque yo no pienso volver a ponerme en una tesitura así por salvarte el pellejo.

Me sorprendió lo rápido que me vino a la boca una réplica mordaz. Tuve que morderme la lengua, recordarme que necesitaba el favor de Nura.

Max apenas se alteró.

—Tienes razón, Nura —dijo con desgana—. Debe de ser difícil de cojones ser tan altruista.

Luego se llevó la mano al bolsillo y sacó un trozo de pergamino, que desplegó despacio.

El rostro sin vida de lord Savoi, solo unos escalones más allá, miraba fijamente a algún punto por encima de mi hombro derecho. A nuestra espalda, la multitud empezó a disolverse.

—Max... —empecé, sin saber muy bien qué iba a decir.

Tenía muchas preguntas, pero me encontraba demasiado enferma para desenmarañarlas. Se me iba toda la energía en separar mis pensamientos de la bruma de los ajenos.

Max me miró, torció el gesto y se le formó una arruguita de preocupación en el entrecejo.

—Vámonos a casa.

Trazó con rabia dos líneas en el papel y el mundo empezó a marchitarse y disolverse a nuestro alrededor. Me aferré a su brazo, apretando los dedos al caer en la cuenta, sobresaltada, de que temblaba. O a lo mejor quien temblaba era yo.

Cuando llegamos a la cabaña, el silencio suave y melódico del jardín me resultó casi espeluznante. Max no dijo nada mientras nos dirigíamos a la casa a grandes zancadas. El mundo aún me daba vueltas y debió de notarlo, porque no se zafó de mi brazo.

Quería preguntarle si estaba bien, pero era una pregunta tonta, porque saltaba a la vista que no. Ni siquiera sabía si lo estaba yo.

—Tenías razón —le dije en cambio.

Me miraron aquellos ojos azules cansados.

—¿Qué?

—El hombre del loro... Que tampoco era tan raro.

Max soltó una carcajada furiosa por lo bajo y no volvimos a hablar.



Me había deshecho de las botas ensangrentadas y me había bañado varias veces, pero esa noche seguía sin oler otra cosa que la muerte ni ver más que ese rostro sin vida pegado a los escalones dorados. Además, el ruido había sido exactamente como lo había imaginado: carne y hueso.

La historia de Max en la guerra, en cambio, era más de lo que había supuesto. Y lo de su familia...

Su familia...

De pronto entendía mejor algunas cosas: su ostracismo, su escepticismo, su amargura... Yo sabía que una tragedia así, fueran cuales fuesen las circunstancias, podía convertirse fácilmente en parte esencial de tu ser. A mí me había pasado, solo que yo le prendía fuego y dejaba que me alimentara, pero bien podía haberme devorado viva.

Salí de la cama y me paseé nerviosa por mi cuarto, asomándome a la ventana para ver cómo la luz de la luna anidaba en los pliegues delicados de las flores. Me miré las manos e hice que emanara de las yemas una fría luz de color azul. Esta se plegó en forma de mariposa antes de que yo se lo indicase, pero una mariposa demasiado delicada, demasiado frágil.

Lo que hubiera pasado en la ciudad de Sarlazai me había conmocionado. En la vida había sentido una repugnancia tan grande ¡ni un odio semejante! Gracias a lo que hubiera hecho Max en la guerra, había ganado la corona, sí, pero a un precio muy alto.

Claro que la guerra era eso, ¿no? Apenas recordaba lo peor de las guerras threllianas, pero sabía que hasta las victorias nyzerenses habían causado muchas pérdidas. Mi recuerdo más vívido de la época anterior a la caída del senado de Nyzerene era el de asomarme a la alcoba de mis padres por la noche y ver a mi madre llorando en brazos de una tía o algún amigo de la familia al que yo ya había perdido la pista. Ahora ni siquiera recordaba quién había muerto, pero lo que no olvidaría jamás sería esa clara confusión. Aquel día estuvo repleto de celebraciones: más comida de la que nos habían permitido en meses y el mismísimo Strategasi subiendo al balcón del capitolio para hablar de nuestra valiente y aplastante victoria sobre los ejércitos threllianos en no sé qué frente de batalla, elogiar nuestro honor y nuestra esperanza, y asegurarnos que el triunfo y la paz eran inminentes. Yo tenía cinco años y estaba

emocionada solo de poder beber leche y comer pastelitos hechos con azúcar de verdad. No reparé en el silencio de mi madre ni en sus sonrisas forzadas. Y esa noche, cuando la vi llorar, no lo entendí.

El Strategasi decía que habíamos ganado, ¿no era eso motivo de alegría?

Entonces era demasiado pequeña para saber la verdad: que una victoria implicaba la derrota de otros, y a veces la propia; que ganar conllevaba sacrificios, y a veces unos que nuestro propio pueblo no estaba dispuesto a hacer; que, en la guerra, siempre pagaba alguien.

Pensé en la reina, en todas aquellas armas apiladas en el taller de Via, en la emoción de la multitud.

Si llegaba la guerra a Ara, ¿qué iba a ser de mí? ¿Me iba a quedar otra alternativa que emplearla para consolidar mi posición y utilizar después esa posición para aliviar el prolongado sufrimiento de mi propio pueblo, de los que lo habían sacrificado todo por mí?

Mi mariposa se marchitó, como si la consumieran las llamas.

Confiaba en no tener que tomar esa decisión, quizá porque sabía qué iba a elegir, y me odiaba por ello.

Volví a la cama y me quedé mirando al techo. El sueño me huía, pero cerré los ojos de todas formas. En la oscuridad, vi la escalinata de palacio, a la reina, la espalda de Max.... Me asaltó el recuerdo borroso del llanto de mi madre. Vi caer la sangre por aquella escalinata una y otra vez.

17

Las ojeras de Max a la mañana siguiente me indicaron que había dormido casi tan bien como yo, y su absoluto silencio, que no tenía interés alguno en hablar de lo sucedido el día anterior.

Yo tenía muchísimas preguntas, sobre la guerra, sobre su familia, sobre el padre de la reina, pero había pasado tiempo suficiente leyendo el pensamiento a los demás y aprendiendo a gestionar mis interacciones con ellos como para saber que preguntar directamente no era la mejor forma de averiguar lo que me intrigaba. Así que, satisfaciendo su petición velada, me quedé sentada en silencio y contemplé por la ventana, con los ojos cansados, cómo se alzaba el sol por encima del horizonte. Tampoco me costó. Me sentía como si me hubiera pisoteado una veintena de caballos.

Estábamos en pleno desayuno cuando se abrió de golpe la puerta y apareció por ella un Sammerin nada contento.

—Ya me han contado que ayer tuviste un día de lo más emocionante —dijo con calma a modo de saludo. Max masculló algo ininteligible—. Tienes suerte de seguir vivo.

—Sí, una suerte que no veas.

Sammerin le dedicó una mirada fría y dura, una de esas que se lanzan los amigos que se conocen lo bastante bien como para hablarse sin palabras.

Max se encogió de hombros.

—Es una cría —continuó Sammerin—. Tendrías que haberte controlado.

Al oír aquello, me subió la bilis, asaltada por el recuerdo de la sangre cayendo por la escalinata.

—¿Una cría? —solté, con la voz áspera de agotamiento, como si el dolor de cabeza se me estuviera traspasando a la garganta—. ¡Mató a un hombre!

—Tampoco es el primero —replicó Max con desdén—. Alguien tenía que decirle algo.

—Muy noble por tu parte —terció Sammerin, y dejó escapar un suspiro imperceptible salvo por la forma en que descargó los hombros—. Si Tare le llega a indicar otra cosa, habría sido tu cadáver el que habría hecho rodar de un puntapié por esa escalinata.

Max rio con amargura.

—Tienes razón. ¿Quién habría dicho, hace años, que Tare iba a tener tantísimas vidas en sus manos? ¡Tare! —Meneó la cabeza—. ¡Por los Ascendidos a los cielos! ¡Qué tiempos estos!

—¿El valtaino que la acompañaba? —pregunté. También Max lo había llamado por su nombre el día anterior, recordé de pronto—. ¿Lo conocéis?

—Las Órdenes son incestuosas —contestó—. Ahí todo el mundo se conoce, más que nada porque todos han follado con todos o han intentado joderles la vida. En ocasiones las dos cosas, incluso a la vez.

—¿Incestu...?

—Me refiero a que... —Frunció el ceño y luego negó con la cabeza —. Da igual.

Sammerin suspiró.

—Ándate con cuidado, Max. No tendrás muchas más oportunidades como esa.

Max suavizó un poco el gesto.

—Lo sé. —Luego se puso en pie y se volvió hacia mí—. ¿Estás lista?

Lo miré extrañada, intentando aclararme las ideas.

—Estás hecho un asco, pero no te parece motivo para hacer un descanso, ¿no? —Había dado por sentado, a la vista del mal humor de Max, que iba a practicar sola ese día, pero aquello fue una sorpresa agradable—. Si tú puedes, yo también.

Una sonrisa de satisfacción le frunció el rabillo de sus ojos.

—Así me gusta. Discúlpanos, Sammerin, pero tenemos trabajo. Además, seguro que Moth está destrozando algo mientras hablamos.

—Probablemente —masculló Sammerin, y miró al horizonte, como imaginando lo que se encontraría al llegar a casa.

Pobre Moth. Confiaba en que no hablaran de mí en esos términos.

Sammerin se acercó a la puerta, se detuvo un momento y se volvió hacia Max.

—Por cierto, ¿qué hacías tú en la ciudad?

—Recoger unas cosas en el taller de Via.

—¿Y después te quedaste por allí? Qué impropio de ti, Max.

El otro se encogió de hombros.

—Y mira lo caro que me ha salido. Lección aprendida.

—Ajá —dijo Sammerin, dedicándonos una de aquellas miradas suyas silenciosas e indescifrables, y salió por la puerta.



—¡Esto es horrible! —protestó Max, pasándose el brazo por la frente y poniendo cara de asco.

A mí también me lo parecía.

Daba la sensación de que el verano había llegado en cuestión de días. Yo estaba acostumbrada al calor, pero el de Ara era muy

distinto, tan húmedo y pegajoso que no habría sabido decir si el pringue que me cubría la piel procedía de mí o del aire.

Con el cuello estirado, observé a Max, plantado en lo alto de un discreto montón de piedras, limpiándose el sudor de la cara y contemplando el lago que tenía a sus pies. El agua me azotaba los pies descalzos.

Al salir de la cabaña, nos había dado un bofetón de calor húmedo y Max había sentenciado de inmediato: «No estoy hecho en absoluto para esto». Luego, tras meditarlo un momento, nos habíamos adentrado en el bosque bastante más de lo habitual. Yo estaba chorreando y medio devorada por los insectos cuando llegamos a aquel punto: un claro del bosque en el que había un lago precioso de aspecto idílico.

Con una sola mano, Max se sacó por la cabeza la camisa empapada en sudor. Mientras estiraba la espalda, las hojas de los árboles produjeron luces y sombras en los músculos de sus hombros. Luego se agachó a darle una patada a la prenda, hecha un higo, para apartarla de su camino, y la brutal cicatriz que le cruzaba la espalda de extremo a extremo hizo pedazos aquellas delicadas sombras.

Lo miré más fijamente de lo que pretendía y me vinieron a la cabeza las palabras de la reina: «Maxantarius Farlione es prácticamente el único responsable del final de la Gran Guerra Ryvenai».

Aquel era un cuerpo capaz de hacer cosas lo bastante potentes como para poner fin a una guerra, para cometer actos que inspiraran reacciones tan intensas y dispares en las masas, la reverencia y la repugnancia que me habían recorrido como un rayo.

¡Por los dioses, me desbordaban las preguntas!

Max miró abajo unos segundos y se tiró desde las piedras en un salto fluido y elegante. Un segundo después, asomó la cabeza y la sacudió para apartarse el pelo mojado de la cara.

—Mucho mejor. Ahora, tú.

Miré al agua desde las piedras y reprimí el suspiro de incertidumbre que me brotaba de la boca del estómago.

Hice el mismo recorrido que él por el acantilado. Luego me quité la blusa y el pantalón y me quedé en camisola y pololos, con los que enseñaba bastante menos que con muchas de las prendas que llevaba a diario cuando servía a Esmaris, y ya entonces me daba un poco igual exponer mi cuerpo. No es que ahora me diese vergüenza, solo que era muy consciente de la mirada escrutadora de Max.

Sin embargo, no era eso lo que me distraía mientras aguardaba al borde de la roca, mirando abajo.

Pasaron unos segundos.

—¿Te da miedo? —me preguntó por fin.

—No —mentí. —La roca no estaba muy alta—. Hay... muy poca agua en Threll —añadí vacilante.

—¿No sabes nadar?

Cuando por fin me atreví a mirar a Max, vi que estaba reprimiendo una sonrisa risueña.

—Te prometo que no voy a dejar que te ahogues. Salvo que prefieras no saltar, claro.

—Pues claro que voy a saltar —contesté, como si insinuar cualquier otra cosa fuera un auténtico disparate.

Y entonces, sabiendo que aquel tonillo implicaba que debía seguir adelante...

Cerré fuerte los ojos y un segundo después estaba cayendo y cayendo, hasta que el agua me abofeteó. Luego me hundí, rodeada de frío y oscuridad.

El miedo se apoderó de mí mientras agitaba las extremidades. «¡Me has dicho que no ibas a dejar que me ahogara, capullo!», me dieron ganas de chillar, solo que no podía hablar, ni respirar, ni ver...

Hasta que sentí una fuerza que se materializaba debajo de mí, como si el agua misma me impulsara hacia arriba.

Asomé la cara por la superficie y espurreé tosiendo. Las manos se me dispararon al frente de forma instintiva, desesperada, e intenté agarrarme a Max o a cualquier cosa que me mantuviera a flote.

—Relájate, Tisaanah. Deja de moverte lo justo para sentirlo.

¿Sentirlo?

Y entonces lo noté: flotaba sola. El agua me empujaba por debajo, atrapándome y soportando mi peso. Doblé los dedos de los pies mientras la corriente me los acariciaba.

Me volví bruscamente hacia Max.

—¿Esto es cosa tuya?

—No —contestó satisfecho mientras se movía en el agua que ondeaba alrededor de sus hombros—. Es cosa tuya.

«¿Mía?».

Y justo entonces se agitó la corriente y caí. Esa vez Max alargó las manos para atraparme y me llevó hacia la orilla, hasta que sentí el alivio de la tierra mullida bajo los pies. Cuando saqué la cabeza del agua, me dio la tos.

Desagradable. Tremendamente desagradable.

—¿Estás bien? —me preguntó sin soltarme el brazo, como si temiera que fuese a alejarme flotando. Cuando asentí, dijo—: Mejorarás, o por lo menos lo controlarás mejor, seguro.

Removí el agua con la mano, observando mi piel moteada a través de la superficie pulsante. Quería que se moviera conmigo, y lo hizo, describiendo círculos alrededor de mis dedos. Sonreí complacida.

Ya había hecho truquitos con agua antes, en mis actuaciones, pero nada así.

—Te veo demasiado satisfecha contigo misma —me provocó Max —. Insisto: no controlas. Enséñame esas mariposas que tanto te gustan, a ver si te mereces esa sonrisita de suficiencia.

Le hice caso. Las primeras me salieron fatal, pesadas y chorreantes, pero enseguida empezaron a ser más delicadas, más controladas.

—Mejor —dijo—. Es como hablar otro idioma. En cuanto aprendes a pronunciarlo, te sale solo. Me intrigaba hasta dónde serías capaz de llegar.

—¿Tú sabes hacer esto?

—El agua no es un idioma que se me dé bien. Por norma general, el agua y el aire son los dominios de los valtainos, mientras que los solaris sintonizan más con elementos físicos como el fuego y la tierra.

Lo miré extrañada.

—¿En serio? ¿Nada con agua? —le dije como desafiándolo, porque, en todo el tiempo que Max llevaba instruyéndome, jamás lo había visto hacer magia propia y, después de lo del día anterior, sentía más curiosidad que nunca.

—Alguna cosa —contestó, mirándome como si supiera perfectamente qué me proponía yo. Siempre la misma mirada escéptica: aquellos ojos rasgados algo entornados y la boca fruncida de medio lado.

—¿Como qué?

Se lo pensó un poco, como si estuviera decidiendo si aceptaba mi desafío.

Luego su mirada recelosa dio paso a una chispa concentrada y supe que había conseguido picarlo. Se apartó un poco a una zona

despejada, hasta que el agua le llegó por la cintura en vez de por el pecho, y plantó las manos estiradas sobre la superficie vítrea.

Al principio no pasó nada, pero después el agua empezó a borbotear a su alrededor, cada vez más rápido, como si rompiera a hervir.

O...

Me vino a la cabeza una imagen particularmente infantil que se negaba a desaparecer. No pude evitarlo. Arrugué la nariz.

—¡Max! —le susurré horrorizada—. ¡En Threll, es de muy mala educación hacer eso delante de la gente!

Me miró confundido durante un segundo. Entonces cayó en la cuenta y apretó fuerte los labios, que formaron una línea recta.

—Tisaanah... Que los Ascendidos me asistan, ¿acabas de hacer una broma de pedos?

Me quedé allí plantada, arrugando la nariz, sonriente.

Serel y yo habíamos llegado a dominar ese tipo de humor inmaduro, y hasta aquel instante no había sido consciente de lo mucho que lo echaba de menos. Lo de bromear aunque fuera con torpeza.

Max torció la boca, primero el lado izquierdo y luego el derecho. Después, de pronto, soltó una carcajada descontrolada. Entonces caí en la cuenta de que nunca lo había oído reír, salvo algún que otro resoplido mordaz o un bufido sarcástico.

Y, la verdad, era algo a lo que podía acostumbrarme.

—Perdona, es que no me he podido contener —le dije, aunque fuera mentira.

Meneó la cabeza y su risa fue remitiendo.

—No sé qué me impresiona más, si que hayas hecho un chiste o que sea más propio de una cría de cinco años. Y ahora que te has

desahogado, ¿me dejas que me centre? —dijo, y frunció el ceño muy serio.

El borboteo se hizo más intenso. De pronto, emanó de la superficie del agua un muro de vapor que me cegó temporalmente con una cálida luz gris. Poco a poco, fue disipándose la nube. Me llevó un momento digerir lo que estaba viendo: una serpiente inmensa tallada a partir de la bruma. La víbora ascendía sin parar y yo, estirando el cuello, seguí, fascinada, su rostro espectral.

Entonces la serpiente se abalanzó sobre mí, envolviéndome con un calor húmedo, para después lanzarse al cielo. Casi la habían absorbido las nubes cuando por fin se diluyó en centenares de mariposas, y yo no pude contener la sonrisa. Debía de verse desde muy lejos.

Cuando volví a mirar a Max, el sudor le brillaba en la piel. Sumergió la cabeza en el agua y salió de golpe, apartándose el pelo de la cara.

—¿Y ya está? —le dije con desenfado—. Es todo como muy... teatral.

Vale, me había impresionado.

—Hoy no paras de hacerme reproches —me contestó, satisfecho de sí mismo aunque intentara disimularlo—. No recuerdo haberte dicho que podías parar.

Conseguí hacer una mariposa con unas alas tan exquisitas que eran transparentes y sonreí para mis adentros.

—Bien —dijo Max con una cabezada de aprobación. Luego se puso un poco más serio—: ¿Te encuentras mejor hoy?

Había conseguido distraerme lo suficiente para olvidar los acontecimientos del día anterior, al menos durante unos minutos. Al pensarlo, me sonrojé de vergüenza.

—Sí.

—Lo estabas pasando mal.

No era una pregunta, claro que no. Debía de haber sido evidente lo mucho que me sobrepasaba todo aquello, la forma en que me ahogaban aquellas emociones.

—Ayer sentí demasiado —dije en voz baja—. Los pensamientos de la gente, del noble, de la reina... Demasiado.

Hasta me costaba reconocer en voz alta mi vulnerabilidad.

Pero Max suavizó el gesto y, con una ternura que me sorprendió, me preguntó:

—¿Sueles tener problemas cuando hay muchas personas?

Pensé en el día en que conocí a Serel, cuando había sentido que me asfixiaban las emociones de los esclavos de aquel foso. Una tortura. Una verdadera tortura.

—A veces —admití.

—Es un problema corriente en los valtainos —me dijo—. Te he traído aquí por otra razón. Al principio, no tenía claro cómo iba a ayudarte con esto. A fin de cuentas, es algo que me resulta completamente ajeno —añadió, pasando los dedos por la superficie del agua y produciendo pequeñas olas—. Pero, como valtaina, eres sensible a lo que liberan al mundo las mentes, a todas esas... ondas.

Viéndolo mover las manos por la superficie del lago, caí de pronto en la cuenta de algo.

—Como el agua...

—Eso es —me dijo con una leve sonrisa—. La naturaleza y el grado en que lo siente e interpreta cada valtaino en particular son muy distintos, como habrás observado ya, pero ahora sabemos cómo te afecta a ti.

—Las emociones —respondí.

—Suelen ser moderadas, en lo que respecta a las habilidades mentales de los valtainos. Cuando se trata solo de unas cuantas, no

hay motivo de preocupación. —Como para demostrármelo, sumergió las yemas de los dedos en el agua y produjo unos delicados círculos en la superficie—. Pero cuando te enfrentas a una perturbación grande...

Levanté las manos y las bajé con violencia, salpicándonos de agua a los dos.

Hizo una mueca.

—Justo eso —dijo, señalando la superficie, que de pronto agitaban centenares de ondas entremezcladas.

Claro, era demasiado, todas aquellas olas de sentimiento chocando unas contra otras hasta dejarme la cabeza tan agitada como estaba el agua ahora. Y esa era precisamente la sensación que tenía: que todo lo que antes eran olas y ondas claras, fluidas y definidas, se había convertido en un amasijo de movimiento.

—En Ara, es una aptitud universal y necesaria saber blindar tus pensamientos todo lo posible —continuó Max—. Hay mucho valtaino suelto y nadie, sea mago o no, quiere que le hurguen en la cabeza. Yo siempre lo he visto como levantar un muro o, por seguir con la metáfora del agua, una presa —añadió, señalando al otro lado del embalse, donde se extendía hacia el centro una antigua barrera de piedra, medio derrumbada ya, que quizá en su día (hacía ya mucho, a juzgar por su estado) hubiera sido una especie de dique. Pensé en la única vez que había intentado rozar siquiera los pensamientos de Max. Lo que había hecho, fuera lo que fuese, había funcionado—. Pero seguramente vas a necesitar algo más... sofisticado —prosiguió —. Debes filtrar lo que entra y lo que sale.

Me vino a la memoria un antiguo recuerdo, de mi madre y yo arrodilladas a la orilla de un arroyo enfangado, con la sed arañándonos la garganta. Ella sostenía en las manos un paño fino y delicado y juntas colábamos el agua por él hasta que salía limpia.

—Como una estameña —murmuré.

Esbozó una sonrisa.

—Como una estameña.

Cerré los ojos y me lo imaginé, imaginé que cubría mis pensamientos con un paño y levantaba una barrera entre el mundo y yo. El tenue eco de la compañía de Max se hizo más lejano, igual que la presencia vibrante de los pajarillos y los peces. Notaba la cabeza más tranquila.

Levanté aquel paño y sentí cómo cobraban vida de nuevo aquellas pequeñas consciencias. Volví a bajarlo.

Noté que asomaba a mis labios una sonrisa.

—Te llevará un tiempo dominarlo, como casi todo —me dijo Max —. Y seguramente nunca vas a poder filtrarlo por completo.

—Mejor —contesté, e iba en serio.

No quería desconectar del todo de esa parte de mí misma aunque me costara. Por mucho que me doliera sentir el peso abrumador de las emociones de aquellos esclavos en el mercado hacía años, su dolor ya era mío y no quería darle la espalda. Ni al miedo, la angustia y la rabia que había sentido el día anterior...

Miré entonces una pequeña cascada que había más allá de Max. Los regueros de agua que corrían por las piedras me recordaron tanto a la sangre de la escalinata de palacio que me costaba respirar.

Max me siguió la mirada y palideció un poco. Supe que los dos estábamos pensando en lo mismo.

—Hay muchas cosas que debo saber —le dije en voz baja, y él volvió a mirarme a los ojos con cara de resignación.

Suspiró.

—Supongo que sí.

18

Háblame de la guerra —le dije al ver que no sabía ni por dónde empezar.

—Pero tú sigue con las mariposas —me contestó, señalándome las manos con la cabeza.

Obedecí. Y él a mí.

—Hay una zona en el norte de Ara —empezó—, una región montañosa que se conoce como el territorio ryvenai. Esa región siempre ha tenido cierta tensión con el resto de Ara, incluso hace siglos. Siempre han sido un poco separatistas. A lo largo de la historia de la isla, han luchado por su independencia al menos en cinco ocasiones, pero la guerra de hace ocho años fue, con mucho, la peor, porque era el conflicto más grande desde el surgimiento de la magia y la creación de las Órdenes.

—¿Por qué la peor?

—Porque una cantidad desproporcionada de solaris son ryvenais. De hecho, muchos creen que todos los solaris son ryvenais de alguna forma aunque su ascendencia se remonte a muchos siglos atrás.

—¿Tú lo eres?

Soltó una carcajada.

—Lo bastante como para tener que cargar con uno de esos nombres espantosamente largos.

—O sea, que luchaste por la ind...

—Luché contra los ryvenais, no a favor de su causa. Eso no me hizo muy popular.

Cuanto más hablaba, más se le tensaba la voz, como una cuerda tirante. Se notaba que le costaba hablar de ese asunto.

—¿Por qué?

—Llevaba en el Ejército desde los doce años. Ni siquiera pude elegir. Además, jamás habría tirado por la borda todo lo que había construido.

«¿Desde los doce?».

Al verme parpadear de sorpresa, añadió:

—Entonces no era soldado. Me entrenaron los militares, en vez de hacer una instrucción tradicional como aprendiz. La verdad es que me encantaba aquello, claro que era distinto en tiempos de paz. —Un leve vapor de agua se elevaba de la superficie del agua que lo rodeaba—. En cualquier caso, esto no va de mí —dijo con un resoplido.

—Ah, ¿no? —insistí.

—No —contestó, mirándome—. Esas mariposas, por favor.

Obedecí aunque tenía la cabeza en otra cosa.

—¿Sammerin también sirvió?

—Sí.

—¿Como sanador?

Hizo una pausa.

—No.

—Entonces...

—Había formas más útiles de aprovechar a alguien con su dominio de la carne y los huesos.

No entendí a qué se refería, no del todo, pero la oscuridad que impregnó su voz me hizo pensar en la expresión serena y

observadora de Sammerin, que parecía incompatible con cualquier cosa que pudiera describirse en semejante tono.

Max meneó la cabeza como si quisiera deshacerse de una imagen mental propia.

—El caso es que fue espantoso. Ejércitos de magos lanzándose unos a otros todo tipo de magia terrible a diestro y siniestro, sin preocuparse de a quién alcanzaran en el fuego cruzado. Nadie había visto jamás una destrucción de esa envergadura, y nadie sabía cómo manejarla.

Pensé en lo que yo le había hecho a Esmaris. Yo, una cría fragmentada y sin experiencia, con solo tocarlo. No quería ni imaginarme de lo que eran capaces unas manos entrenadas, y en semejante cantidad.

Max se aclaró la garganta.

—Mariposas, por favor —me dijo, agradecido de cambiar de tema aunque solo fuera un momento.

Contemplé el agua quieta, cuya superficie vítrea me devolvía mi reflejo. Hice otra mariposa.

—¿Cuánto duró?

—Dos años —respondió amargamente—. Ha habido guerras muchísimo más largas, pero ninguna tan sangrienta.

—Y la reina...

—Era una niña por entonces. La guerra ya casi estaba terminando, o eso pensábamos, cuando al rey lo asesinó su mejor amigo, la persona en la que más confiaba. Y se fue todo a la mierda otra vez. Por lo visto... —dijo con voz apagada—, ella estaba presente cuando sucedió.

No era de extrañar que estuviera paranoica.

—Pero ¿ganaste de todas formas?

—Al final ganó la corona, sí —me corrigió, tenso y rotundo. La corona, ¡no él!

Recordé aquellas palabras: «Maxantarius Farlione es prácticamente el único responsable del final de la Gran Guerra Ryvenai, en especial de nuestra victoria en la ciudad de Sarlazai».

—¿Por Sarlazai? —susurré.

Max se estremeció, tan levemente que yo no lo habría detectado de no haber estado mirándolo con tanta atención, estudiando la tensión de los músculos del contorno de sus ojos y de su mandíbula.

—Sí —contestó, sin ahondar más.

Una victoria —o una masacre— lo bastante potente como para otorgar el triunfo a un país que ya ni siquiera tenía rey. Debió de ser increíble.

Me miraba como si esperara que fuera a pedirle más datos y temiera el momento. Es cierto que se me ocurrían muchas preguntas, pero... Algo hizo que me lo pensara, algo que subyacía a los rasgos acerados de su rostro, una parte vulnerable que me suplicaba que no insistiera.

Identifiqué enseguida esa vulnerabilidad oculta, porque yo misma la albergaba en lo más hondo de mi ser, así que la respeté. Por esa vez.

—Y ahora la niña se dedica a asesinar hombres en la calle —dije, en cambio.

—Hace menos de un año que los asesores que gobernaban en su nombre durante su infancia le cedieron el control. Y a las pocas semanas de hacerse con el mando ya empezó a portarse como una tirana.

Lo dijo con tal desdén que, aunque yo no conocía aquella palabra, supe enseguida a qué se refería, sobre todo al recordar la sangre

derramada por la escalinata que terminó empapándole los pies a Max.

Aun así, algo me descuadraba.

—¿Qué busca? —pregunté.

Max resopló.

—¿Y qué más da? Poder, venganza, ¡vete a saber!

Meneé la cabeza.

Yo había desempeñado de maravilla mi papel en la hacienda de Esmaris, y no porque fuera la más hermosa ni la más talentosa ni la mejor bailarina, sino porque, cada vez que prestaba atención a un hombre, me preguntaba: «¿Qué busca?».

—Siempre es más complicado y más sencillo que eso —dije—. Siempre.

Los hombres con los que me prostituía no buscaban sexo. En el fondo, no. Buscaban ser poderosos. Concretamente, más que Esmaris. Y en cuanto lo entendí fueron como arcilla en mis manos. «Uy, no, no podría, porque él se enfadaría mucho, jamás me lo permitiría». Y así subía y subía el precio.

—Ahora que ya ha empezado a asesinar gente en la calle, me da igual lo que busque. Me da igual que sea una niña. Eso no hace que esa gente esté menos muerta por ello.

Recordé el miedo que surcó el aire cuando vi al hombre de la escalinata.

—Ayer sentí un miedo terrible al mirar a aquel hombre —dije—. Luego pensé que ese miedo era suyo, no mío, y puede que, en parte, lo fuera, pero... —Me imaginé a la niña viendo morir a su padre, viendo cómo perdía la vida a manos de alguien al que seguramente ella llamaba «tito»—. Quizá el miedo fuera de ella.

Max lo meditó un instante.

—La gente hace todo tipo de cosas por miedo. No cambia nada. Sé perfectamente adónde lleva ese tipo de comportamiento.

Ya no estaba mirando mis mariposas. En cambio, su mirada se volvió hacia mí.

Yo también lo miré.

—Y tu familia...

—Murieron en la guerra.

Lo dijo con tal rotundidad que supe que no había más que rascar, aunque tampoco habría querido hacerlo de haber podido. Que siguiera guardándose sus secretos un poco más. Yo era consciente de lo difícil que podía resultar reconocer siquiera un recuerdo así, ¡como para obligarlo a que le subiera por la garganta, abrasándola a su paso!

—Todos tenemos historias tristes que contar —murmuré, y él se limitó a asentir.

El silencio que siguió me pesó tanto que me costaba respirar. Continué haciendo mariposas mientras pasaban los minutos sin mediar palabra.

Al cabo de un rato, me estremecí.

—Tengo frío —dije, aprovechando cualquier excusa para romper la tensión, y me dirigí a la orilla. En ese momento, agradecí el calor implacable que hacía, que evaporó de inmediato el agua de mi piel.

Salí del lago sin ningún pudor, hasta que, al volverme, vi a Max inmóvil en el agua. Parecía que ni respiraba, y su mirada abrasadora era como una flecha que me atravesaba el pecho y me paralizaba con su intensidad.

«¿Qué?», me dieron ganas de decirle, pero la fuerza de su mirada era tal que la pregunta se marchitó antes de que llegara a los labios.

—Confío en que quien te hiciera eso sufriera una muerte terrible y dolorosa —dijo por fin, y sus palabras sisearon como el vapor—, y

que, si hay un inframundo, se quede en él para siempre.

Me sonrojé.

Las cicatrices. Había conseguido olvidarme de ellas, al menos durante unas horas.

¿Deseaba yo lo mismo? No siempre lo tenía claro. «Habría terminado matándote», me susurró una voz. Pero cada vez que pensaba en Esmaris, recordaba más la forma en que la vida se le iba escapando del cuerpo que la rabia de sus ojos mientras me fustigaba.

—Todos tenemos historias tristes que contar —dije, contenta de no haberme abrasado la garganta, y me eché la chaqueta por los hombros.



Esa noche me senté delante de la chimenea y, con las piernas cruzadas, repasé los apuntes de mis clases. Max se dejó caer en uno de los sillones con un libro en las manos y unas gafas de leer sobre el puente de la nariz.

Fue un momento extrañamente tranquilo, en la medida en que un momento podía ser tranquilo en una cabeza como la mía, que no paraba quieta, siempre pensando en Threll, en Serel, en mi familia. Todo eso seguía ahí, pero una parte desapareció con el crepitar del fuego, con la carcajada que había soltado al oír a Max refunfuñar para sí mientras encendía la chimenea con un chasquido de los dedos: «Típico de la puta Ara, todo el día como un horno y un frío de cojones por la noche».

Levanté la vista de los libros y vi cómo la luz titilante de las llamas vibraba sobre sus rasgos, iluminando las líneas de expresión de su rostro con su luz intermitente.

—Max...

No movió más que los ojos, que se volvieron hacia mí.

—¿Ajá...?

—¿Qué es lo que buscas tú? En la vida, digo.

Se lo pensó un segundo y luego masculló:

—Sobre todo, que me dejen en paz.

Justo lo que pensaba que me iba a decir. Pero luego recordé cómo había accedido a formarme tras saber por qué había ido allí, la extraña urgencia de su voz al preguntarme qué hacía Zeryth Aldris en Threll o la manera en que había presionado a Via para que le contase quién le había encargado las armas. Cómo se había plantado ante la reina, lo que le había dicho y cómo se había abalanzado hacia delante en el preciso momento en que esas dos lanzas caían sobre la espalda de ese hombre.

—Creo que no —dije despacio.

Me escudriñó por encima de las gafas, con las cejas enarcadas.

—Que crees que no...

—Creo que eres mejor que eso.

Tardó un poco en reaccionar, con una risa discreta, por lo bajo. Volvió a centrarse en el libro y, mientras pasaba la página, dijo:

—Pues gracias, porque no es algo que piense mucha gente.

Y después volvimos a sumirnos en un silencio sereno y cómodo.

19

Esa noche tuve uno de los sueños más vívidos de mi vida. Desperté jadeando, empapada en sudor, con la imagen de la cara de desprecio de Esmaris y los ojos de Serel grabados a fuego en la penumbra previa al alba.

Me levanté de la cama, salí de mi cuarto y luego de la cabaña, y estuve practicando mi magia hasta que el sol coronó el horizonte. No había tiempo para dormir.



—Me gustaría escribirle una carta a Zeryth —le dije a Max por la mañana—. ¿Cómo podría hacérsela llegar?

Dejó la taza de té con cuidado encima de la mesa.

—Entiendo que te refieres a Zeryth Aldris...

—Sí, está en Threll.

—Ya, recuerdo ese detalle interesante. —Frunció los ojos, pero solo un poco—. Bueno, si sabes exactamente dónde está, podrías intentar mandársela con un estratagrama. O enviársela con un halcón y confiar en que el bicho lo encuentre antes de desplomarse en los llanos.

Vamos, que prácticamente me estaba diciendo que iba a necesitar que algún miembro de las Órdenes enviase la carta por mí, dado

que eran los únicos que, a mi juicio, podían saber en qué parte de Threll estaba Zeryth.

—¿Para qué le quieres escribir? —me preguntó, removiendo el té con exagerada despreocupación.

—Necesito saber qué está pasando en Threll, con mi... —No sabía cómo calificar a Esmaris ni su hacienda, ahora que ya no era mi señor ni su hogar era el mío—. Con mis amigos.

—Habla con Willa, a ver si te puede echar una mano. —Aunque la respuesta me resultó útil, el tono denotaba sin duda desaprobación —. ¿Cómo conociste exactamente a Zeryth?

—Se alojaba en la casa de mi... —Me costaba, pero no había otra forma de decirlo—. En la casa de mi señor, cuando viajaba. Nos hicimos amigos entonces.

—Tu señor —repitió Max—. ¿Fue él quien te regaló esas cicatrices?

—¿Eso importa?

—Me parece que sí.

Me lo pensé un momento. No sé a quién estaba protegiendo, ni por qué me dolía confirmarlo.

—Sí, fue él —contesté, y vi a Max rascar las vetas de la madera de la mesa, con los labios muy apretados—. Zeryth no te cae bien —afirmé, no pregunté, porque Max era quizá la persona menos sutil que yo había conocido jamás.

—Nunca nos hemos llevado bien. Además... —Vaciló un instante —. Disponía de recursos para sacarte de allí y decidió no hacerlo.

—No era su competencia. No podía ir liberando a todos los esclavos que conocía en Threll.

Lo dije como si nada, pero lo cierto era que las dos primeras veces que Zeryth había ido a Threll de visita yo había soñado con que me llevara con él cuando se fuese. Tardé años en decidir que mi libertad debía ser responsabilidad mía y de nadie más. No podía reprocharle

a Zeryth que no la asumiera, y menos aún con todo el tiempo que dedicaba a enseñarme y la paciencia que tenía con mis preguntas. Prender aquel fuego en mis entrañas fue su forma de liberarme. Al menos eso era lo que yo me decía.

Max meneó la cabeza.

—No es esa mi idea de un amigo.

—Tú no tienes amigos.

Lo había dicho en tono de broma, pero él me replicó con vehemencia:

—Tengo un amigo excelente que es mucho más de lo que merezco. Y si Sammerin estuviera en esa tesitura, nunca, ¡jamás!, lo habría dejado allí.

Sus palabras se me colaron entre las costillas y me retorcieron las tripas. En aquel instante, mi pensamiento estaba muy lejos de Zeryth; rondaba solo en torno a Serel, a mi madre. Me ardían la frente y la mejilla, las cicatrices que me habían dejado todos aquellos a los que había abandonado.

—No es tan sencillo —le repliqué demasiado rápido y demasiado alto. Puede que la intensidad de mi respuesta le indicara, de algún modo, que habíamos empezado a hablar de otra cosa, porque su rostro empezó a revelar de pronto cierta preocupación.

Me alivió oír que llamaban a la puerta. Max titubeó un instante y luego se puso en pie para ir a abrir, mascullando:

—No sé ni qué es ese ruido. Como nadie se molesta nunca en llamar...

Abrió de golpe y se encontró con Nura.

—¡Qué maravilla verte! —dijo Max, con una sonrisa de oreja a oreja.

20

—¿Qué quieres? —preguntó Max con sequedad.

Nura le dedicó una sonrisa gélida.

—¿Puedo pasar?

—Si te digo que no, ¿vas a entrar de todas formas? Porque parece que así es como funcionan las cosas por aquí...

—Sí, probablemente.

—¿Tan decidida estás a sermonearme?

Ella rio por lo bajo.

—No seas tan prepotente, Max. No he venido por ti.

Procuré disimular mi sorpresa. Se volvieron los dos hacia mí: Nura con la boca torcida en una especie de sonrisa indescifrable y Max con una mirada dura que reflejaba su nerviosismo.

—¿A qué has venido, entonces? —bramó él.

—Déjame pasar y así te enteras.

Max vaciló un momento y luego se hizo a un lado.

Nura cruzó la estancia a grandes zancadas y se sentó en la silla de al lado de la mía. Vestía una variante del uniforme que siempre le había visto, con la chaqueta blanca larga abotonada hasta el cuello y las insignias de la luna en la solapa y en la espalda. Volvió a sorprenderme lo elegantes y pausados que eran sus movimientos, como si todos sus músculos funcionaran en perfecta sincronía, hasta en las expresiones minúsculas de su semblante. Lo cierto es que era bastante guapa. Cuando se sentó, las trenzas blancas le cayeron por un hombro, la luz procedente de las ventanas reflejándose en su

rostro con una especie de ternura momentánea. Luego su habitual dureza reemplazó aquel gesto fugaz.

—¿Va bien tu formación?

—Muy bien.

Le habría dicho lo mismo de todas formas, pero no pude evitar mirar de reojo a Max mientras respondía, contenta de no tener que mentir.

—Estupendo. He venido porque las Órdenes requieren tu ayuda.

Parpadeé, negándome a parecer sorprendida, aunque de pronto me asaltó una esperanza desbordante. Aquello tenía que ser bueno, ¿no?

—¿Para qué?

—El hijo de lord Savoi, en Tairn, se resiste a renunciar al poder pese a que su familia ya no tiene el liderazgo. No es más que una rabieta, pero necesitamos efectivos que asalten la ciudad y lo asusten para que salga de su escondite. Y nos gustaría que te sumaras. No correrá la sangre, solo hay que amedrentarlo un poco.

—¿Qué pasa? ¿Que a la Guardia no le basta con los soldados que tiene ya? —terció Max—. ¿Una chica fragmentada va a suponer una gran diferencia?

—Una chica fragmentada y un solari más o menos famoso y muy cascarrabias, si estás dispuesto a cooperar. —La palabra *cooperar* le salió tan seca que se resquebrajó y se esparció, hecha pedazos, por el suelo—. Claro que con lo prepotente que eres... —continuó—. Estamos mandando cartas a muchas personas de la zona, porque la Guardia ahora mismo está ocupada en Vernaya.

—¿Aún no ha empezado siquiera la guerra y ya estáis sobrepasados? —la provocó Max—. Además, ¿qué hay de aquello de que las Órdenes eran políticamente neutrales? ¿O es que ya os

habéis quitado la careta, ahora que es uno de los vuestros quien dirige el cotarro?

Dejé que las protestas de Max pasaran a un segundo plano y observé pensativa a Nura. Yo iba a aprovechar cualquier oportunidad que se me presentara, no podía permitirme no hacerlo, pero no iba a renunciar a nada gratuitamente.

—Cuenta conmigo —dije.

Max, que seguía quejándose, cerró la boca de golpe.

—Sabía que aprovecharías la ocasión —me contestó Nura, satisfecha.

—A condición de que Zeryth Aldris se traiga a mi amigo cuando vuelva de Threll —añadí.

Lo dije con soltura, con seguridad, aunque en el fondo me sintiera igual que cuando, de niña, le había exigido a Esmaris mi libertad por cincuenta tristes monedas de plata. Estaba convencida de que mi presencia en aquella ciudad carecía de valor para ellos, pero, si tenía alguno, no iba a concedérselo sin conseguir nada a cambio, menos aún mientras fueran tantas las cosas que necesitaba.

Evité a propósito la mirada de Max, pero noté que me abrasaba la frente, justo al contrario que la de Nura, de un hielo cristalino con destellos divertidos.

—Los miembros de las Órdenes deben seguir las directrices sin permitirse el lujo de imponer condiciones —me dijo.

—En primer lugar, me da que eso no es cierto —repliqué, señalando a Max—, y en segundo, me habéis dejado clarísimo que no soy miembro de las Órdenes, de momento.

Los ojos de Nura revelaron la carcajada que estaba reprimiendo.

—Vaya, Max, parece que ha aprendido mucho de ti, ¿no? —Luego se dirigió a mí—: Todos los aquí presentes sabemos que tú nos necesitas más a nosotros que nosotros a ti, y, aun así, si no te he

entendido mal, ¿me estás pidiendo que moleste con tus cosas a uno de nuestros miembros más importantes mientras se encuentra en una de nuestras misiones más importantes?

—Tú me has pedido ayuda y yo te la pido a ti —respondí, inclinándome hacia delante. Las palabras de Max aún resonaban en mis oídos: «Yo nunca lo habría dejado allí». Pues yo tampoco. Jamás —. Además, esto no es para mí. Es una cuestión de decencia. Ya habéis negado vuestra ayuda a miles de personas porque, según tú, era *demasiado.* Solo te pido ayuda para una. ¿Te sigue pareciendo demasiado? ¿O es que las Órdenes son menos poderosas de lo que dicen ser?

Se hizo el silencio. Casi esperaba que Nura se enfadase, pero no fue así. En cambio, me escudriñó pensativa, con el ceño levemente fruncido y una pequeña sonrisa en los labios.

—Muy bien. Dime cómo se llama y a ver qué puede hacer Zeryth. —Se me alegró el alma—. Y, a cambio —prosiguió Nura—, espero verte mañana a las puertas de Tairn. ¿Trato hecho?

No vacilé.

—Sí.

Max se quedó allí plantado, en un llamativo silencio.

—Tu amigo tiene suerte de contar contigo —dijo Nura, cruzando los brazos y ladeando la cabeza, pensativa—. Pero ándate con cuidado, Tisaanah, porque es muy fácil manipular a una persona que busca una sola cosa por encima de todo.

Asentí con solemnidad, como si aquello fuera una novedad para mí, contenta de que se me subestimara aunque en el fondo lo sabía mejor que nadie, solo que no podía permitirme elegir.



El sol me abrasaba la nuca mientras miraba la cabaña con los ojos entrecerrados. A mi lado, Miraselle hablaba emocionada de unas peonías, acariciando los pétalos con los dedos. No tenía ni idea de adónde iba cuando no estaba deambulando por el jardín de Max, pero me daba la impresión de que aparecía siempre cuando yo estaba sola fuera. Tampoco me importaba: por rara que fuera, me caía bien. Estaba a gusto con ella y era una de las pocas personas que no me hacían ser terriblemente consciente de mi precario dominio del idioma, porque ella era la única arana que conocía con un vocabulario aún más reducido que el mío.

Tras llegar a un acuerdo con Nura, esta se dirigió a Max, que había estado inusualmente callado, y le pidió hablar a solas con él, señal clara de que yo debía marcharme, así que me retiré a los jardines a practicar por mi cuenta.

Aun con todo, me podía la curiosidad y, según iban pasando los minutos, no paraba de mirar de reojo a la casa.

Al rato salieron. Nura se despidió de mí con la mano desde lejos antes de esfumarse, algo que decidí no encontrar ofensivo. Max apenas la miró antes de caminar decidido hacia mí.

Miraselle se levantó de un brinco.

—¡Buenos días, Max! ¿No te parece que hoy hace un día precioso?

—¿En qué cojones estabas pensando? —me soltó Max entre dientes, furibundo, apretando la mandíbula.

—¿Que en qué estaba pensando? —Casi me dio la risa—. ¿Qué otra cosa iba a hacer?

—Esto no funciona así. ¿Crees que has conseguido algo ahí dentro?

—No, no del todo, pero tenía que intentarlo.

Miraselle se pegó a nosotros, con su hermoso rostro crispado de preocupación. Aquella mujer no sabía respetar el espacio personal.

—Max, ¿por qué estás tan triste?

Él levantó las manos y la apartó con delicadeza.

—Miraselle... —dijo, y luego se contuvo, soltando un suspiro—. Tres pasos, por favor.

Ella retrocedió uno, dos y tres pasos.

—¿Y qué tendría que haber hecho, según tú?

—Decir que no: eso tendrías que haber hecho, según yo.

—No puedo hacer eso.

—No se hacen tratos con las Órdenes. ¡Nunca! Y, encima, ni siquiera es un pacto de sangre ni nada que pueda impedirle incumplir su palabra, palabra que no te ha dado, por cierto. Te ha dicho que lo va a intentar —bufó—. Vamos, no fastidies...

Miré a Max con atención. Mentiría si dijera que su reacción no me puso nerviosa, pero ya no me sorprendía nada de lo que me contase. Era consciente de que no tenía garantías. No había reparado en que Nura, en el fondo, no me había prometido nada y sabía que no había hecho más que conseguir, o conseguirle a Serel, una mínima oportunidad, solo eso.

Aun así, algo era algo. No daba para más.

—Mi amigo necesita al menos una oportunidad. No me queda otra. Además, aunque Nura se hubiera negado, yo habría accedido igual.

No fui capaz de descifrar del todo la cara que me puso Max.

—Pues no deberías.

—Necesito impresionarlos, ya lo sabes.

Di un respingo cuando Miraselle empezó a peinarme con los dedos y tuve que contenerme para no apartárselos de un manotazo.

—Miraselle... —le dijo Max, como si estuviera haciendo un esfuerzo supremo por no reprenderla—. Danos un minuto.

Ella pareció ofenderse un instante y luego volvió tranquilamente con los rosales.

—¿Qué es un pacto de sangre? —pregunté en cuanto se fue.

—Un trato sellado con magia, de forma que ninguna de las partes pueda incumplirlo.

—¿Y qué pasa si lo incumplen?

—No pueden.

—Pero ¿y si...?

—Tisaanah, eso no viene al caso. No te puedes fiar de ellos. Te van a utilizar.

Yo también los estaba utilizando a ellos. Además, ¿de qué iba a servir yo a las Órdenes, unas organizaciones formadas por los magos más poderosos del mundo?

—¿Para qué? —pregunté.

—Aún no lo sé.

Max me miró con sus extraños ojos brillantes bajo la sombra de un ceño fruncido, la boca torcida, pensativa, y los hombros tensos. Su preocupación se me alojó en el vientre y se quedó allí, pesada.

—Puedo con esto —le dije en voz baja.

—Eso es lo que me da miedo —contestó, suspirando tan hondo que se le inflaron las aletas de la nariz—. Confiaba en no volver a verme en campo de batalla.

Lo miré extrañada.

—¿Te ha dicho que tienes que ir tú también?

Max soltó una carcajada.

—¿Nura? Que lo intente, a ver qué consigue. Pero, si tú vas, yo también voy.

—Te...

—No te voy a dejar salir ahí fuera sola, Tisaanah —me interrumpió.

Aquella súbita constatación —la de que mi objetivo y lo que había decidido sacrificar por alcanzarlo ya no me pertenecían a mí sola— me cayó tan a plomo que noté que me tambaleaba bajo el peso de esa nueva responsabilidad. Lo miré en silencio un momento, boquiabierta, buscando en vano las palabras.

Hasta entonces, la idea de asaltar Tairn me inquietaba, pero solo de forma resignada, distante. De pronto, algo más nítido me sacudió el corazón al caer en la cuenta de que, intencionadamente o no, iba a volver a arrastrar a Max a todo aquello de lo que él se había esforzado tanto por huir.

—No hace falta —le dije.

—No digas chorradas. Yo no me gradué en la «academia de amigos de mierda» de Zeryth Aldris.

—Max...

—Se acabó la discusión.

Max siguió mirándome como si me sondeara y yo lo miré en silencio, de pronto consciente de dos cosas. La primera era que no iba a conseguir disuadirlo de que me acompañara. La segunda, que me sacudió más fuerte, fue la súbita confirmación de que la naturaleza de nuestra relación había cambiado y yo ni siquiera me había dado cuenta. No obstante, entendí, con una certeza que se me instaló en lo más hondo del pecho, que se me había otorgado algo valiosísimo con aquella amistad tímida y frágil.

—Gracias —le dije, y él se limitó a asentir con la cabeza.

Y solo con ver su mirada perdida supe que Max ya estaba en el campo de batalla.

21

Max se asomó por el borde del puente y se aferró a la barandilla metálica como si fuera a caer a aquellas aguas fangosas en cualquier momento. Vi cómo se le ponían blancos los nudillos, su tez grisácea revelaba desasosiego. Me pregunté si a mí se me notaría también. Procuraba enterrar el miedo todo lo posible en mi interior, de forma que no llegase a la superficie ningún eco, pero, aun así, parecía emanar de todos los poros de mi piel.

El sudor se me acumulaba en la base del cuello, me corría por la espalda y entre los pechos. Quise echarle la culpa al tejido tieso de la chaqueta de la Orden de la Medianoche —brutal en combinación con aquel calor cenagoso— y no a mi propia ansiedad.

Alcé la vista, sobre las filas y filas de hombros alineados en franjas perfectas de color. Casi todas eran doradas, de los miembros de la Guardia de la Corona, que no eran magos, ni mucho menos. Luego había unas cuantas columnas de azul, con destellos de insignias lunares en la espalda, y otras verdes, marcadas con soles de color bronce. Cuando me giré un poco para mirar, reparé en unos ojos que se volvían hacia nosotros y unos cuellos que se estiraban con disimulo. Miraban a Max, sin duda. Por lo visto, a todo el mundo le sorprendía su presencia.

La ciudad de Tairn se alzaba imponente sobre nosotros, oscura y silenciosa, iluminada de fondo por el sol naciente. Se hallaba en la confluencia de tres ríos, construida sobre una montaña rocosa. En consecuencia, era notoriamente inaccesible: tres puentes conducían

al núcleo urbano, que estaba dispuesto a su vez alrededor de un edificio circular rematado por una sola aguja de plata: la hacienda de los Savoi y recinto central de Tairn.

Lo miré con los ojos entornados. En aquel edificio, por lo visto, se alojaba Pathyr Savoi, el joven al que habíamos ido a sacar de su escondite, hijo del hombre cuya sangre me había empapado las botas.

Sammerin, que estaba a mi lado, siguió mi mirada. Resulta que también a él le habían pedido, u ordenado, que se sumara al asalto, como miembro de las Órdenes y antiguo miembro del Ejército, aunque, a diferencia de mí, a él no habían ido a buscarlo personalmente, lo que aún me tenía perpleja.

Vimos otra paloma volar por encima de la muralla, con un pergamino sujeto a la pata.

—Quince —observó Sammerin.

Ya iban quince palomas, quince cartas, quince intentos de negociación. Llevábamos horas allí. Max se había pasado casi todo el tiempo inclinado sobre la barandilla, contemplando el agua.

No le pregunté si estaba bien, porque se le daba fatal disimular sus emociones, y era evidente que no. En cambio, hice una mariposita a partir del lago cenagoso que teníamos abajo y la dejé suspendida delante de nosotros.

—¿Qué he hecho mal? —pregunté.

—¿Cómo? —dijo sin mirarme apenas.

—Que qué problema le ves. —Se volvió despacio y miró la mariposa—. ¿Y bien? —insistí.

—Pesa demasiado —gruñó por fin. Con cada palabra se le aclaraba un poco la voz—. Además, has metido la pata con el movimiento. Vuela a trompicones, como...

Pero entonces se oyó un estallido. Nos dimos la vuelta bruscamente. Yo dejé que la mariposa volviera a caer al agua hedionda. Nos pusimos todos alerta y vimos retroceder a Nura cuando las figuras vestidas de negro estamparon las lanzas contra la base de las puertas. Un resplandor anaranjado trepó por la madera y se coló por grietas minúsculas, desgarrándola.

Max se irguió e intercambió con Sammerin una de aquellas miradas cómplices que tenían. El otro consiguió, de algún modo, palidecer aún más.

Se me aceleró el corazón, pero reprimí mi nerviosismo, me obligué a tragármelo.

—Esos soldados sin ojos..., ¿son magos? —grazné, buscando una distracción.

—¿Las syrizen? Sí, son solaris, más o menos —me dijo Max, con una voz que sonaba distante. Luego me preguntó en voz baja—: ¿Te acuerdas de todo lo que te enseñé anoche?

Asentí. La noche anterior había interrumpido mi práctica de magia y me había sacado al jardín. Tenía dos puñales y me dio uno. «Si te empeñas en hacer una estupidez —me dijo—, más vale que sepas protegerte». Pasamos el resto de la noche repasando diversas maniobras defensivas, sobre todo movimientos que me pudieran salvar la vida si llegaba a verme en una situación crítica y me fallaba la magia.

Ahora, al ver caer los restos de aquellas puertas, recé para que no me tocara usarlas. Aun así, ensayaba mentalmente los movimientos, por si acaso.

—Supongo que, al final, ni siquiera eso le ha asustado lo suficiente como para que se le pase la rabieta —masculló Max.

Sammerin negó con la cabeza, en silencio.

Yo cerré los ojos, pensé en Serel y me recordé por qué estaba allí.

Y luego empezamos a movernos.

Tras el metal frío del puente, llegaron los adoquines resbaladizos. El sol me daba fuerte en la cara y producía unas sombras húmedas, gracias a las casas altas que abarrotaban las calles estrechas y serpenteantes.

Giré un poco la cabeza para mirar el puente, que enseguida me taparon los soldados que llevaba detrás. Reparé vagamente, como si nada, en que nos encontrábamos, de pronto, atrapados en aquella isla. Max me dio un codazo en el hombro, como si también él se hubiera dado cuenta.

—Estate alerta —me susurró, con la voz tensa de precaución y unas gotas de sudor salpicándole la nariz—. Y no te muevas de aquí.

Las calles de Tairn eran tan angostas y tortuosas que los recodos quedaban bañados por las sombras de los edificios de alrededor. Max, Sammerin y yo íbamos casi pegados, hombro con hombro. Nos encontrábamos prácticamente a la vanguardia del grupo, solo que detrás de Nura y las syrizen, pero, aun así, parecía que la ciudad se nos echaba encima.

Por si fuera poco, a medida que avanzábamos nos adentrábamos en una niebla más densa, tanto que cada inhalación era como inspirar algo líquido. Quienes nos precedían se convirtieron en meras siluetas. Nura, que iba al frente, levantó los brazos para abrirse paso por aquella bruma cenagosa como una nadadora que apartase el agua, aunque acto seguido la bruma resurgiera.

Se me erizó el vello de los brazos y de la nuca, y unas náuseas frías me revolvieron el estómago.

Algo no iba bien.

—Algo no va bien —murmuró Max.

La ciudad estaba en completo silencio. Los puestos de venta estaban vacíos y en algunos hasta había fruta, con moscas

revoloteando por las bayas y las naranjas pochas. Miré las ventanas en penumbra, oscurecidas por la niebla, y fruncí el ceño.

El silencio fue más allá de mis oídos y se me coló en la cabeza. Una quietud poco natural para una ciudad de aquella envergadura. Una quietud peligrosa.

Me acerqué a Max.

—Fíjate en las ventanas vacías.

—Ya lo he visto.

—No oigo a nadie —le dije, llevándome un dedo a la sien y meneando la cabeza—. Nada. —Luego levanté la vista a la torre central, encaramada en lo alto del monte, que perforaba con su aguja plateada el círculo difuso del sol, apenas visible con la niebla. Y, al hacerlo, me estalló en la cabeza un amasijo mudo de luz, actividad y miedo férreo.

Vi que la cabeza de Nura se detenía y giraba, como si también hubiera notado lo mismo que yo.

—¡Están todos allí...! —empecé a decir.

Pero entonces, donde antes no había nada, de pronto hubo algo. Se levantó la bruma, se desplazó, cambió, se espesó y se desvaneció a la vez, esculpiendo una figura. Y los vi, los sentí: había personas por todas partes, rodeándonos, personas que surgían de la niebla.

Nura soltó un grito mudo de advertencia. Levantó las manos y las sombras la envolvieron, nos envolvieron a todos, protegiéndonos bajo una capa de oscuridad. Lo último que vi antes de que la negrura me robara la visión fueron las lanzas de las syrizen encendiéndose con una cálida luz anaranjada y a los soldados saltando al aire y evaporándose, desapareciendo sin más.

Un estruendo ensordecedor. Las chispas azules apenas penetraron el manto de sombras de Nura. Noté que los adoquines se movían. El

humo me inundó los pulmones. Mis ojos tentaban frenéticos el aire, pero solo encontraban oscuridad.

Súbitamente, con algo que iba más allá de la vista, que era más profundo, percibí una presencia a nuestro lado, una espada que se levantaba y atacaba a Max... Sin pensármelo dos veces, lo agarré de los hombros y empujé, anteponiendo mi cuerpo al suyo, y me puse a lanzar zarpazos a aquella presencia, retorciéndola, tirando de ella y sacudiéndola con todas mis fuerzas. Un dolor agudo me cortó las manos y se alzó ante mi rostro... Luego noté que tiraban de mí hacia atrás, el suelo temblaba. Sentí un fuerte impacto en la nuca.

Y después la nada.



Al abrir los ojos, lo primero que vi fue sangre. Sangre que corría por entre los adoquines, que cubría montones de madera rota y mojada. Sangre que me goteaba en los ojos, que me dificultaba la visión periférica, que me manchaba la mejilla pegada al suelo.

Toqué algo blando con los dedos y casi di un respingo, hasta que me lo acerqué y vi que era un perro de peluche destrozado, manchado de carmesí. Yo tenía la mano empapada.

—Ha sido una estupidez —oí que decía a Max con un hilo de voz, casi temblorosa—. No lo vuelvas a hacer. Me las habría apañado.

Intenté incorporarme. Al apoyar las manos en el suelo, vi las estrellas y todo empezó a darme vueltas, pero hice un esfuerzo por mantenerme en pie. Max me agarró de los hombros para estabilizarme. Cuando levanté la cabeza, me miró con un miedo absoluto, que me habría pillado por sorpresa de no haber sido porque estaba más pendiente de no vomitar.

Las sombras de Nura habían desaparecido y la cruda mañana lanzaba grotescos parches dorados sobre las vigas y la piedra destrozadas. Me hallaba en lo que parecía la casa de alguien, o al menos lo había sido. El edificio se había derrumbado y solo quedaban, esparcidos por la arena manchada, los restos espeluznantes de la vida de alguna familia pobre. Max y Sammerin estaban arrodillados delante de mí. Sammerin frotaba un polvo azul entre los dedos.

—Polvo de rayos —me dijo, con el ceño fruncido.

Giré la cabeza y reprimí un grito. De debajo de una viga inmensa, sobresalían dos manos extendidas. El resto del cuerpo, o lo que quedara de él, estaba enterrado entre los escombros y un río de sangre manaba de esas vigas rotas.

Max dijo algo, pero no lo oí. Me movió la cabeza con un dedo para que lo mirara y me preguntó:

—¿Estás herida, Tisaanah?

Negué con un gesto aun sin tener del todo claro que aquella fuera la respuesta correcta. Me miré las palmas, cuyos cortes eran tan profundos que a ratos se veía el hueso.

Sin mediar palabra, Sammerin me cogió las manos con las suyas. Contuve un alarido cuando la piel me empezó a arder.

—¿Ese tío ha volado por los aires su propia ciudad? —dijo Max, acuclillado en el suelo, escudriñando el polvo azul—. ¡Por todos los Ascendidos! ¡Menuda atrocidad!

—Igual ha preferido eso a que la recupere Sesri —repuso Sammerin.

Observé, embelesada, cómo se agitaba la piel de las manos, igual que si la recorrieran centenares de arañas minúsculas que cruzaran con su tela el abismo de mis heridas y uniendo la carne con la carne. Me dolía una barbaridad, y ver aquella carnicería me daba náuseas,

pero, cuando Sammerin por fin me soltó las manos, donde antes había tajos, de pronto encontré una piel tersa.

Se puso en pie y me ayudó a levantarme. Los escombros que nos rodeaban estaban lo bastante enteros como para formar un refugio improvisado aunque pareciera que iba a derrumbarse en cualquier momento. Fuera había vuelto aquella niebla densa que reducía las ruinas a meras siluetas, pero yo seguía oyendo la lucha seca y contundente, los berridos, los gruñidos y los gemidos, los gritos de auxilio. Pese a todo, más calmados de lo que era lógico esperar. Igual que la noche en que los esclavos llegaron a mi pueblo.

«¿Ese tío ha volado por los aires su propia ciudad?».

O sea, que por eso estaba desierta. Solo que no lograba imaginar qué se proponía, cómo iba a terminar bien aquello para su pueblo.

Me asomé entre los cascotes.

Unas figuras espectrales adoptaron forma física para luego volver a convertirse en niebla, como si no fueran nada en absoluto, tras asestar a nuestros soldados golpes letales y silenciosos.

Me sentía asqueada. Max me miró un segundo y vi que él también.

—Tienen a algún valtaino allí arriba —susurró—. Quizá a varios. De los buenos, además, para haber sido capaces de lanzar un conjuro semejante sobre tantos de sus soldados.

—Todo el mundo está en esa torre —dije, señalándola—. Hay que...

Un estruendo me impidió terminar la frase. Una amalgama de sombra y niebla que luchaba con un soldado joven se estrelló contra nuestro montón de escombros. Max tiró de mí y me apartó de la zona abierta, y los tres contuvimos la respiración en la oscuridad hasta que el soldado tairniano quedó retorciéndose en el suelo.

Entonces apareció Nura, que surgió de las sombras, con una mejilla manchada de sangre.

—Estáis vivos —susurró entre jadeos—. Bien. No me puedo creer que ese cabronazo haya... haya... —Soltó un suspiro fuerte, entrecortado, y luego meneó la cabeza—. Id a las puertas de la hacienda. Ese tío y los traidores que lo acompañan se esconden en el palacio. Cuando lo echemos abajo, a ver si les sigue pareciendo tan divertido jugar con explosivos.

Se me paró el corazón. Confiaba en haberla oído mal.

—¡No podéis hacer eso! La ciudad entera está...

—Son instrucciones de las syrizen, no mías. Además, no hay tiempo que perder.

—Nura, no pensarás...

Pero ella no dejó que Max terminara la frase.

—No tengo tiempo para tus críticas. O entramos ahí y acabamos con esas ratas o las syrizen derriban este condenado lugar. —Unos mechones de pelo plateado se le escapaban de las trenzas y reflejaban el blanco de sus ojos. Entonces vi flaquear un segundo la gélida determinación de su rostro—. He intentado decírselo... No sabéis cuántos cadáveres he sacado de estos edificios. —Tragó saliva —. Id a las puertas. Es una orden.

Y desapareció, y su pelo, su piel y su chaqueta blancos se fundieron con la niebla como si ella fuera uno de aquellos soldados malditos. No me percaté de que se iba ni la vi marcharse. Tenía toda la atención puesta en aquella maraña de corazones que me latían en la cabeza, miles de personas amontonadas unas sobre otras bajo aquel edificio.

Contemplé el peluche destrozado.

El pánico se me endureció en las venas y se convirtió en algo más afilado, más fuerte. Cuando miré a Max, él ya me estaba mirando a

mí, y vi reflejada en él mi determinación.

—Si entramos primero... —empecé, desesperada, y él me respondió con un asentimiento rotundo.

—A las syrizen solo les importa su objetivo. Si ya lo tienen decidido, no podemos hacer otra cosa. Además —dijo, resoplando entre dientes—, es una forma tan buena de morir como cualquier otra, supongo.

Nos volvimos hacia Sammerin, que nos miró con resignación.

—Ya sabemos todos —dijo— que estoy en esto al cien por cien. —Luego se plantó junto al boquete de los escombros—. Si vamos a ir, vámonos ya. ¿Listos?

—Sí —mentí confiada.

La respuesta de Max no fue, ni mucho menos, tan alentadora.

—Todo lo listo que se puede estar.

Y entonces, antes de que nos diera tiempo a dudar o pensárnoslo mejor, salimos a la masa de niebla, sangre y sudor, y nos abrimos paso, luchando, hasta la torre. De las manos de Max brotaba fuego, que se le enroscaba por los antebrazos y arrojaba al interior de la niebla una grotesca luz roja, iluminando unas siluetas llamativas apenas unas décimas de segundo antes de que se abalanzaran sobre nosotros.

Yo me aferraba con frenesí a la mente de esas sombras, tensando los hilos invisibles que nos conectaban, retorciéndolos, reventándolos. La mitad de las veces se me escapaban antes de que pudiera atraparlas; otras veces daban tumbos el rato suficiente como para que el fuego de Max les prendiera la ropa o el pelo, reptara a su alrededor, las devolviera a su frágil existencia física y las hiciera caer al suelo.

Pero nunca asestaba ningún golpe mortal. Y en cuanto los tenía en el suelo, fuera de nuestro camino, se llevaba las llamas consigo y

seguía adelante.

Con el rabillo del ojo, vi unos intensos destellos dorados que me alertaron de que las syrizen estaban saltando al aire, titilando y desapareciendo en pleno salto, para luego reaparecer más arriba, en el cielo, como si volaran.

—Estate atenta —me regañó Max, iluminándome la cara con su fuego a la vez que apartaba de mí a una de aquellas figuras brumosas—. Levanta las armas, Tisaanah.

Si hubiera podido recobrar el resuello, me habría reído. Mis pequeños puñales resultaban ridículos en una batalla como aquella. ¿Qué iban a hacer aquellos trocitos de acero frente a ilusiones ópticas, humo y llamas?

Seguimos avanzando sin dejar de luchar, Max rodeado de fuego y Sammerin blandiendo unos cuchillos como los míos. Ninguno de los dos me había dicho expresamente que hubieran combatido juntos en la guerra, pero ya no me cabía duda. Sus movimientos se coordinaban en silencio, incluso sin mirarse entre ellos, como si uno estuviera siempre en contacto con el pulso del otro. No podía ni imaginar de lo que habrían sido capaces los dos de no haber tenido que cargar conmigo.

Aun con todo, casi volábamos, deslizándonos entre cuerpos y batallas, atacando solo cuando era necesario. Las palabras de Nura me resonaban en la cabeza y estaba pendiente, en todo momento, de los destellos de los movimientos de las syrizen. Con cada latido potente, oía la llamada constante de aquellas personas tirando de mí hacia delante.

Al llegar por fin a las puertas macizas de latón de la torre, había ya tantos soldados escondidos en la niebla que chocábamos cada pocos pasos. Nuestros efectivos habían quedado muy atrás. Avanzamos más despacio cuando la elegancia ensayada de Max y

Sammerin empezó a dar paso a algo más entrecortado y desesperado.

Di un tropezón cuando Max me empujó a un lado y algo caliente me salpicó la mejilla. Demasiado tarde, vi a una figura rasgar el aire, espada en ristre. Max se tambaleó y lanzó una ráfaga de fuego antes de que me diera tiempo a reaccionar.

No vi el cuerpo hasta que cayó al suelo. Max lo agarró del hombro.

—Estoy bien —dijo con voz ronca mientras le brotaba sangre entre los dedos, pero mirando únicamente el cuerpo sin vida de mi atacante.

No estaba bien, solo que no había tiempo para que Sammerin hiciera nada. Nos tenían rodeados, con la espalda pegada a las puertas metálicas. Yo veía tan poco con la mente como con los ojos y apenas vislumbraba figuras de algunas personas, de las que el fuego solo nos proporcionaba trazos generales.

Abrumada, parpadeé, cerré los ojos con fuerza para despejar la mente...

Y en ese momento lo vi todo: puntos de luz en la oscuridad, como si estuviera mirando una versión invertida del mundo en la que cada soldado, cada vida, cada esfera de pensamiento se iluminaba claramente. Delante de mí, los soldados invisibles; a mi espalda, la gente hacinada en los bajos de la torre; y las syrizen. Todos.

La imagen era tan vívida que abrí los ojos de golpe y, entre jadeos, recobré mis sentidos normales, adormecidos. Sin pensarlo, levanté los brazos hacia delante. Una fuerza invisible brotó de ellos e hizo retroceder a los soldados, lo que nos permitió ganar unos segundos muy valiosos.

—Bien —oí decir a Max con voz lastimera.

Tenía el brazo derecho empapado en sangre, pero con el izquierdo, todavía envuelto en fuego, levantaba un muro a nuestro alrededor al tiempo que se volvía para mirar la puerta.

Enseguida supe lo que estaba pensando: no íbamos a conseguir cruzarla. Al menos no por la fuerza bruta. Noté el leve pulso mágico de alguien que la sujetaba desde dentro. El hierro no era lo único que la mantenía cerrada.

Tembló el suelo. Las syrizen habían empezado a comprometer la base de la torre, para poder tumbarla después.

«No —pensé—. No, no, no».

Con una mueca de dolor, cerré fuerte los ojos y, nada más hacerlo, el mundo volvió a iluminarse como un mapa en la oscuridad. Todas aquellas almas, tan cerca y a la vez tan distanciadas de nosotros.

Tan cerca, ¡tan cerca!

De pronto, se me ocurrió una idea.

Me di la vuelta bruscamente hacia Max.

—¿Tú podrías lanzar fuego adentro sin ver? —le pregunté, haciendo un esfuerzo por levantar la voz en medio de aquel caos.

Me miró como si fuera imbécil.

—Demasiado peligroso. No puedo ir a ciegas.

—Yo sí veo —le dije, llevándome un dedo a la sien. Como se quedó pasmado, repetí con mayor insistencia—: ¡Que yo sí veo! Déjame entrar ahí —añadí, señalándole la frente— y te digo por dónde ir. Así los podemos echar.

Max se puso muy serio.

—¡No! ¡Ni de coña!

El suelo volvió a temblar, esa vez acompañado de un estruendo atronador.

Se nos agotaba el tiempo.

—No tenemos otras ideas —insistí, desesperada, y Max puso cara de dolor, como si la veracidad de aquella afirmación le doliera físicamente.

Sin embargo, negó de nuevo con la cabeza.

—No puedo —me dijo, menos alterado—. No puedo.

En lo afilado de su voz, en la tensión de sus rasgos, detecté lo que ocultaba en realidad. Sin pensármelo mucho, le cogí la mano ensangrentada, haciendo caso omiso de su intento de zafarse. Su temor era tan intenso que yo notaba cómo le vibraba en la piel.

—Confía en mí —le susurré.

Una súplica, una petición, una orden, no tenía claro qué, tal vez las tres. Me pareció que tampoco él lo sabía.

Se lo pensó un poco, haciendo una mueca, mientras seguía brotándole fuego de la otra mano. Miró el campo de batalla, luego a mí, y después alzó la vista a las syrizen, apostadas en la base del edificio. Entonces volvió a mirarme y, antes siquiera de que abriera la boca, ya supe en qué momento exacto había tomado la decisión.

—Sammerin... —empezó.

Su amigo dio una cabezada afirmativa. No sé cómo, el hombre conseguía permanecer inmutable.

—Yo te cubro —dijo.

Se enfundó los cuchillos en el cinto y levantó las manos.

Lo que vi entonces me dejó pasmada, horrorizada.

Los cadáveres amontonados a nuestro alrededor empezaron a moverse, no como si hubieran resucitado, sino con sacudidas grotescas y espeluznantes, arrastrando las extremidades en ángulos imposibles y repulsivos, con la cabeza colgando, trepando unos por encima de los otros hasta la base del puente que conducía a la torre. Estaban levantando un muro de carne humana, deslizándose para quedar amontonados en una amalgama espasmódica.

«Había formas más útiles de aprovechar a alguien con su dominio de la carne y los huesos», me había dicho Max. ¡Y por los dioses que era cierto!

—¡Tisaanah! —bramó, sacándome de mis pensamientos.

Abrió las manos y una espiral de fuego se alargó y se ensanchó entre ellas hasta formar una esfera, luego una torre y después algo más grande, más orgánico: una serpiente, como la que había creado con la bruma aquel día en el embalse, solo que ahora hecha de pura llama.

Rodeó nuestros cuerpos, tan cerca de la piel que podría haberme abrasado el vello de los brazos. Siguió creciendo hasta hacerse mayor que cualquiera de nosotros. El fuego tiñó la niebla de rojo, de tal forma que las siluetas que se entreveían parecían nadar en sangre. Los cuerpos humanos del muro creciente de Sammerin quedaron reducidos a marionetas rotas de sombra escarlata.

—Tienes que indicarme hacia dónde ir —me dijo Max, con los brazos temblorosos, como si controlar la serpiente requiriera de todas sus fuerzas—. Te he abierto la puerta, pero ni se te ocurra husmear por ahí.

Que me había abierto la puerta de su mente, quería decir. Asentí como si supiera de sobra lo que hacía aunque aquello no pudiera estar más lejos de la verdad. Yo también me quité la coraza y cerré los ojos con fuerza.

Se iluminó el mundo, formando un mapa de almas y llamas. Un par de ojos azules de serpiente se abrieron en la oscuridad. Me metí en ellos, dejándome envolver por la presencia de Max, y me colé en un rincón de su mente que él había hecho para mí.

—*Voy a ciegas* —oí resonar su voz—. *Ten mucho cuidado. Por los dos. Y por todos los que están dentro*.

El pánico silenciado de sus nervios al descubierto se enredó con el mío. Traté de transmitirle cierta tranquilidad.

Los civiles estaban bajo la torre, apiñados en una gigantesca masa subterránea, pero había un grupo pequeño cerca de la parte más alta. Aquellos, me dije, debían de ser Pathyr Savoi y sus comandantes, que estarían siguiendo la batalla desde el punto de observación más elevado.

Si les cortáramos el paso..., los obligaríamos a rendirse.

—*Adelante* —susurré.

Y la víbora, Max, me hizo caso.

La lengua de llamas arrasaba los recovecos de los pasillos, cruzaba con bravura las puertas y doblaba las esquinas, calcinando tapices y pinturas. Yo la engullía y me convertía en ella. El humo me inundaba los pulmones, el estómago, los ojos.

Fui guiando a Max con precisión muda, impecable. Su poder era mío y notaba cómo iba abriéndonos camino. Caí en la cuenta de que le temblaban los músculos, no por el esfuerzo, sino porque se estaba conteniendo. Con cada giro seguro, con cada arranque furioso, su poder se iba desbocando.

—*Cuidado* —me susurró.

Noté que le sobrevenía el recuerdo de acontecimientos pasados y que eso le hacía recular. Cada uno de sus latidos se sostenía en precario equilibrio entre un poder embriagador y un miedo angustioso.

—*Vamos bien.*

—*Para.*

—*Aún no* —lo tranquilicé—. *Un poco más*.

La sangre bombeando me retumbaba en los oídos. Las luces estaban cada vez más cerca, el humo se hacía más denso. Las puertas cerradas, una a una, quedaban atrás rápidamente.

La tensión de Max seguía aumentando, como cuando tensas y tensas la cuerda del arco. Parecía que fuera a perder el control. Sin embargo, esperó, depositando aún en mis manos aquella tímida confianza.

—*Aún no* —le susurré de nuevo.

Puertas. Humo.

—*Ahora. ¡Arriba!*

El fuego obedeció y la serpiente se coló, furiosa, por todos los resquicios del suelo, por las puertas, por las ventanas y entre las piedras.

Y allí estaban: un puñado de figuras bien vestidas, apiñadas. Se sobresaltaron, aterradas, cuando el fuego asaltó la estancia, cercándolas dentro de un anillo de llamas.

El hechizo se partió en dos.

Y luego...

Un aspaviento entrecortado, mi rostro pegado a la piedra, los ojos abiertos de pronto a la oscuridad, débiles, sombríos y apagados. Mis propios ojos. De nuevo en el puente, de nuevo en mi cuerpo.

Botas negras y chispas doradas revoloteaban por mi visión borrosa. Seguidamente, un destello de blanco.

Unas manos oscuras me ayudaron a ponerme en pie. Mi frágil vista se posó en Sammerin y después en Max, que se levantaba despacio del suelo, y por último en la puerta de latón, en la que el fuego producía reflejos.

¡Abierta!

Nura y las syrizen corrían por el pasillo, o más bien volaban, porque los ágiles cuerpos de aquellas soldados se alzaban dando brincos, se volvían intermitentes, desaparecían y volvían a aparecer mucho más allá, como cuando una piedra lanzada al agua recorre la superficie dando saltitos.

A mi espalda, sentí el calor de las llamas. Me volví un momento y vi arder la ciudad; luego salí disparada detrás de ellas, adentrándome en aquellos pasadizos mal iluminados y trepando por las escaleras de la torre.

No me hizo falta pensar ni respirar. Sabía perfectamente adónde iba.

Pathyr Savoi y sus compañeros estaban en lo más alto de la torre, en una sala rodeada de ventanales. Lo primero que vi fue la espalda de Nura, blanca y perfectamente definida. Aun con el cielo despejado y las ventanas abiertas, la estancia iba oscureciéndose poco a poco, como si ella atrajera hacia sí las sombras. Delante tenía a un hombre joven, con las manos extendidas, protegiendo a un pequeño grupo que estaba a su espalda, y entre esas personas había dos valtainos.

—Vuestra reina ha asesinado a un hombre inocente —le recriminó él con rabia—. Mi padre no era ningún traidor. Ella es una tirana.

La oscuridad se filtraba por los rincones, empañando los ventanales, llenando de bruma el aire, formando una capa negra alrededor de los hombros de Nura. Se me aceleró la respiración.

Al parpadear, me pareció ver el rostro de Esmaris salpicado de sangre, el cadáver de Vos colgando de la horca.

—No me preocupa en absoluto tu padre —contestó Nura, cuya voz se propagaba como la tinta por el agua.

Las sombras se espesaron. El corazón se me aceleró aún más, escapando de mi control.

Desde lejos, vi que aquello no era algo natural, que la oscuridad que reptaba desde las sombras y serpenteaba a nuestro alrededor no era una ilusión óptica, que el pánico que me invadía no era del todo mío, que una magia terrible, nacida de los dedos de Nura, lo estaba sacando todo a la superficie.

Pero me atacó demasiado rápido para que aquella súbita certeza me sirviera de algo.

Mis rodillas golpearon el suelo de mármol con la fuerza de un peso muerto. Noté fría la piedra blanca, tan blanca como el suelo de Esmaris.

¡Zas!

«Veintiséis».

Un terror absoluto se apoderó de mí.

—No es real —oí con dificultad la voz de Max—. No es real, Tisaanah.

Sentí los latigazos de Esmaris, uno tras otro, y cómo se me abrían las carnes de la espalda. Noté cómo se agrietaba su vida y cómo se me escapaban poco a poco las manos de Serel.

—Me da igual que tu padre fuera inocente, porque tú, desde luego, no lo eres —le dijo Nura, una silueta blanca en la oscuridad, levantando las manos. El hijo de lord Savoi estaba de rodillas delante de ella, agarrándose la cabeza—. Tu gente ha muerto a consecuencia de tus actos, ¿lo sabías? Hasta el último de ellos. Espero que estés satisfecho de haberte manchado las manos con su sangre.

Volví las palmas de las manos hacia arriba y vi que estaban rojas.

Puede que gritara. El pánico me atenazaba los sentidos.

Max me cogió de la mano. Al contacto con su piel, vislumbré por un instante unos ojos de serpiente y una larga melena negra, con ecos de un rostro familiar asomando por ella. Y un dolor tan agudo que me partió en dos.

¡Zas!

Cayeron los cuerpos al suelo y se produjo un silencio ensordecedor.

De pronto, desapareció la oscuridad y también aquel miedo irracional, y en su lugar quedó solo un agotamiento feroz. La luz cegadora del mediodía me abofeteó la cara.

Levanté la cabeza del suelo y vi como las lanzas de las syrizen se enterraban en la carne frágil de Pathyr. Fue rápido. Las personas que se refugiaban en aquella estancia fueron ejecutadas en cuestión de segundos.

El sonido, caí de pronto en la cuenta, era siempre el mismo.

Nura observaba en silencio, con los brazos cruzados. Cuando por fin se volvió, solo dijo: «Buen trabajo», y pasó de largo. A mi lado, Max soltó un gruñido ronco y un suspiro entrecortado.

Me dejé caer contra la pared, tan extenuada que apenas podía moverme. Los fantasmas reverberaron ante mis ojos mientras la oscuridad iba apoderándose de mí.

22

Poner orden era casi peor que la propia batalla. En el fragor de la lucha, la adrenalina me había blindado e insensibilizado, pero luego la brutalidad de lo que había quedado resultaba muy dura a la luz del sol del mediodía. Cada imagen y cada olor, cada gemido roto, cada sollozo de los supervivientes incrédulos me arañaba la piel.

Aun así, me recompuse, como si me cosiera con trocitos de cordel, y trabajé con diligencia pese a que, cuando fui a levantarme del suelo por primera vez, pensé que iba a perder el equilibrio. Max y yo nos habíamos mirado un instante, todavía de pie en aquella sala llena de cadáveres. Me pregunté si se encontraba tan mal como parecía indicar su aspecto.

Estaba convencida de que iba a sacarnos de allí de inmediato, porque me daba la impresión de que estaba deseando marcharse, pero entonces se asomó al ventanal, soltó un suspiro hondo y dijo:

—Si vamos a ser responsables de esto, aunque sea indirectamente, lo decente es que ayudemos a recoger.

Asentí. Además, desde un punto de vista egoísta, tampoco quería dar motivos a las Órdenes para echarse atrás en su compromiso, así que nos entregamos a la limpieza de la ciudad, incluso cuando yo pensaba que ya no me quedaba nada que ofrecer.

—Y todo esto, ¿para qué? —preguntó Max, resoplando mientras apartaba una viga. Empujó, con una rabia visceral, un montón de ropa tirada—. ¿Para soltarle un «que te den» descomunal a Sesri? ¿Todo esto por una venganza personal?

Yo tampoco lo entendía y, cada vez que veía los pedazos rotos de la vida de alguna familia, la furia me inundaba el estómago. Pero entonces pensaba en la mentira de Nura, en la angustia del rostro de Pathyr Savoi cuando ella se aseguró de que muriese creyendo que había matado a los suyos. ¿De verdad era un hombre al que no le importaba su propia ciudad? ¿O era que el dolor y la ira le habían nublado tanto el entendimiento que creía estar haciendo lo correcto?

Eran increíbles los juegos malabares que podían hacer una cabeza o un corazón para justificar sus actos en nombre del amor.

Cuando por fin nos despidieron, fue como si los últimos días no hubieran ocurrido. La ciudad seguía en ruinas; aún no se habían quemado los cadáveres o, peor aún, ni siquiera se habían sacado de entre los escombros, y los habitantes de Tairn seguían siendo espectros que deambulaban perdidos por la ciudad.

Pero yo ya no aguantaba más y sabía que Max tampoco. Hasta Sammerin, que siempre rebosaba una estabilidad inquebrantable, parecía a punto de derrumbarse.

Nunca había agradecido tanto poder oler el aroma de aquellas flores frescas ni abandonarme al calor asfixiante de aquella cabaña tan recargada.

Esperé a que Max se metiera en su cuarto para ir a la jofaina a vomitar.

23

Esa noche ni me molesté en dormir. Lo que había visto en las sombras de Nura se me había grabado a fuego en la memoria, en las entrañas, de forma que aún subyacían a cada aliento los restos de aquel pánico. Pero eran todavía peores las imágenes que veía al cerrar los ojos: heridas ensangrentadas, fruto de la batalla y de sus consecuencias.

Estaba tan agotada que me dolía hasta el alma, pero no podía quedarme allí tumbada más tiempo. Al final, me levanté de la cama y salí al jardín, donde me alivió sentir en los pies la frescura de la tierra mojada. Con la primavera, habían brotado las flores, que crecían preciosas en medio de aquel calor húmedo que nos asolaba desde hacía unas semanas. Seguí los senderos, dejando que las ramas y las hojas me hicieran cosquillas en los tobillos.

Clic, clic, clic.

Al girar la cabeza, vi una figura acuclillada en el jardín. Una suave luz anaranjada iluminaba el rostro de Max, concentradísimo en el rosal que estaba podando.

Crucé el sendero y me puse a su lado. Me dolían las extremidades con cada movimiento, y sabía que también Max notaba aún los golpes. Le miré de reojo el hombro. A la luz de la luna, pude ver la sangre vieja, ya oscurecida, que aún le calaba la camisa. No había querido que Sammerin lo curara, empeñado en que se guardara las fuerzas para pacientes más graves.

Clic.

—Tú también, ¿eh?

Cortó otra flor muerta, reunió los pétalos marchitos en la palma de la mano, los consumió con un estallido de fuego y tiró las cenizas a la tierra.

—Sí.

Estudié el perfil de Max: la luz de la luna y el fuego intermitente alumbraban el contorno de su nariz recta y su boca, todavía quieta y seria. Como ya había tenido ocasión de observar, la boca de Max rara vez estaba relajada. Siempre la tenía prieta de concentración, torcida de desdén o fruncida en una sonrisita sarcástica. Pero ahora no. Ahora parecía cansado, vacío, como si los acontecimientos de los últimos días lo hubieran desprovisto de los músculos que se alojaban bajo su piel.

Y encima había ido allí por mí.

Me llevé las rodillas al pecho y apoyé en ellas una mejilla.

—Sé que ha sido difícil para ti —le susurré, sin necesidad de especificar a qué me refería.

—Es difícil para cualquiera. Así son las cosas. —Posó en mí sus ojos, brillantes aun en la oscuridad—. ¿Cómo estás tú?

—Bien —mentí.

No me creyó ni por un segundo.

—Nura sí que te golpeó bien.

Al oír su nombre, sentí que una punzada de pánico me recorría las venas, vi a Esmaris, a Serel, a Vos. Muy a mi pesar, me estremecí.

—Y eso que no nos pilló de pleno, ni de lejos —dijo, meneando la cabeza y riendo sin ganas—. Pathyr Savoi tiene suerte de que lo hayan matado, porque yo la he visto encerrar así a otros indefinidamente.

La sola idea me erizó el vello de los brazos.

—¿Qué ha sido eso?

—Nura ahoga a la gente en sus peores miedos o, mejor dicho, en sus peores recuerdos. Es como vivir una pesadilla, pero más real. Un horror...

Clic.

Recordé lo que había visto cuando Max me tocó la mano: la serpiente, la niña de pelo largo y negro, y la intensidad paralizante del terror que él sentía.

—Ha sido bidireccional, ¿sabes? —me dijo, como si supiera en qué estaba pensando. Y, después de una pausa, añadió—: Yo he visto a tu señor, con el látigo.

¡Zas!

«Veintisiete».

Me estremecí, justo cuando Max arrugaba la nariz con cara de asco.

—Por favor, dime que ese tío ha muerto.

Clic.

Apretó en el puño los pétalos muertos, las llamas que surgieron después me parecieron algo más brillantes, algo más fieras que en otras ocasiones.

—Así es —contesté con crudeza.

—Confío en que lo hicieras tú y espero que le doliese. —El estómago me dio una voltereta. Y Max volvió a mirarme a los ojos con una complicidad que me hizo preguntarme qué más habría visto, si sabría lo que había hecho—. Y espero también —añadió en voz baja— que no te arrepientas ni un segundo.

Lo sabía. Tenía que saberlo.

—Habría terminado matándome —susurré.

—En efecto. —Clic. Fuego—. Puto monstruo.

—No siempre. Era... —No terminé la frase. ¿Cómo describir lo que Esmaris era para mí, todas las sombras retorcidas e incómodas de

nuestra relación?—. A veces era amable. Pensaba que me apreciaba, a su manera. —Pero aquel mismo hombre que me miraba con profundo afecto fue el que luego me desolló la espalda, latigazo a latigazo, con la clara intención de seguir hasta que no fuera más que un trozo de carne inerte—. Pero al final me di cuenta de que me quería como una pertenencia, no como una persona.

Verbalizarlo me dolió más de lo que pensaba.

Max apretaba tanto la mandíbula que lo veía tensar los músculos incluso a la luz de la luna.

—Se lo merecía —dijo, mirándome de reojo—. ¿Y el rubio?

¡Por todos los dioses! Pero ¿cuánto había visto? Debió de notarme la sorpresa en la cara, porque me sonrió un poco.

—No estabas muy preparada mentalmente y yo aún te tenía en mi cabeza. Me has sentado en primera fila.

—Ahora me toca preguntar a mí —dije, en vez de responder—. La chica del pelo negro, ¿quién era?

Max endureció el gesto. Guardó silencio un buen rato.

—Mi hermana —contestó. Clic. Y, mirando a otro lado, continuó con frases secas y cortantes—. Y, sí. Murió con los demás.

«Murieron en la guerra», me había dicho en el mismo tono cortante.

—¿Tenías más?

—¿Hermanos? Sí. Éramos siete. Y mis padres. —Clic, más rápido y agudo—. Había mucho jaleo en casa.

Siete. Qué horrible y espantoso debía de haber sido pasar de una familia de ese tamaño a... nada.

—Háblame de ellos —le pedí en voz baja.

—¿De mi familia?

—Sí, ¿cómo eran?

Lo vi detener la mano, esbozar una sonrisa y perder la mirada en el horizonte, como si se metiera de puntillas en sus recuerdos.

—Demasiado que contar. Mi padre era bullicioso y simpático; mi madre, tímida y reservada. —Cliiic, más despacio—. Tenía tres hermanos, Brayan, Variaslus y Atraclius, y tres hermanas: las gemelas, Shaila y Marisca, y luego Kira.

Seis hermanos. Me imaginé a un Max joven escondiéndose en los rincones para huir del alboroto o peleándose con sus hermanos por trivialidades. No era de extrañar que fuese tan suyo con sus cosas: seguramente había crecido teniendo que defenderlas a todas horas en una casa repleta de gente.

—Y tú serías... el segundo o así —conjeturé.

Lo bastante mayor como para afinar el celo protector que le había detectado alguna que otra vez y lo bastante joven como para tener que demostrarlo entrando en el Ejército.

Me miró de reojo, algo sorprendido.

—Buen ojo.

—Es que te tengo calado, Max —le dije, llevándome un dedo debajo del ojo, complacida conmigo misma—. No eres ningún misterio para mí.

Era verdad solo a medias. Me gustaba pensar que sí, pero, por supuesto, aún tenía muchas preguntas.

Me sonrió de una forma que dejó claro que él también lo pensaba.

—En ese caso, listilla, ya no hace falta que conteste a tus preguntas.

—Háblame de la hermana a la que vi. —La sonrisa se esfumó—. No de su muerte —añadí enseguida—. Cuéntame cómo era en vida.

—Esa era Kira, la más pequeña. —Clic. En vez de quemar la flor muerta, la sostuvo en las manos mientras las cruzaba en el regazo —. Era una persona rarísima. Le gustaban... A ver cómo te lo digo...

Le gustaban unas cosas asquerosas, como las arañas y similares. Era más lista que el hambre. Y aún estaba empezando, porque tenía doce años cuando murió. No tuvimos ocasión de ver en qué se convertiría ni qué...

Le costaba encontrar las palabras, así que se rindió y guardó silencio.

Como de costumbre, los pensamientos de Max estaban encerrados tras una cortina que yo no podía descorrer, pero sí podía percibir el dolor que teñía el aire que respirábamos, ecos de lo que yo había sentido cuando estaba dentro de su cabeza, de lo que yo misma sentía en el alma. Conocía bien esa pérdida.

—Cuando los esclavistas llegaron a mi pueblo —le conté—, yo dejé atrás a todas las personas a las que conocía, a mis amigos, a mi familia, a mi madre. Los mandaron a las minas. Solo a mí me vendieron a los señores.

Todavía los recordaba, con la espalda tiesa como una vara, mientras se perdían en la noche, todos dignos en aquellas líneas rectas bañadas de plata. Yo me los quedé mirando desde el carro desvencijado al tiempo que me mentalizaba para comenzar una nueva vida.

—Lo siento —murmuró, y me pareció que era sincero, que se solidarizaba conmigo.

—Seguro que ya han muerto todos. Las minas matan rápido. O igual se quitaron la vida antes.

Los adultos hablaban mucho de eso, de lo que harían si se vieran a la entrada de aquellos ataúdes en forma de túneles. No era raro oír hablar de pueblos enteros que se habían tragado el veneno que llevaban escondido debajo de la lengua antes de tener que enfrentarse a una muerte degradante e inevitable. Imaginé aquellas

filas de personas recortadas bajo la luz de la luna derrumbándose, una a una. Parpadeé para deshacerme de la idea. Tragué saliva.

—Lo peor de todo —continué despacio— es pensar que estarán todos enterrados en alguna fosa común, con muchos otros. Y me fastidia que hayan muerto, pero me fastidia aún más que no quede nadie que recuerde su vida.

Nadie más que yo.

Mi madre era sabia y poderosa, el centro del mundo para mí y para quienes formaban nuestra comunidad, y había quedado reducida a poco más que un puñado de recuerdos a los que me aferraba.

Una brisa cálida me alborotó el pelo e hizo que se estremecieran las hojas. Notaba el calor del hombro de Max junto al mío aunque estuviéramos los dos completamente inmóviles.

—¿Y quién coño somos nosotros para llevar encima algo tan valioso? —dijo al fin, en voz baja y pastosa.

Una de las muchas incertidumbres que yo no me dignaba a verbalizar, pero que asolaban mi pensamiento a diario. No tenía respuesta.

Oí el sonido seco de las tijeras de podar al caer al suelo. Max ni se inmutó. Nos quedamos allí sentados un buen rato, en silencio, dejando que el dolor y los recuerdos se enredaran en los fantasmas que nos rodeaban.

No sé cuánto tiempo transcurrió hasta que volvió a hablar.

—¿Cómo conseguiste llegar a Ara?

—No recuerdo casi nada. Me encontraba en un estado lamentable.

—¿Cruzaste el océano con esas heridas?

—Sí —contesté, y me tumbé bocarriba en la hierba—. Mi amigo me ayudó a escapar.

—El rubio.

La vergüenza me desgarró el pecho y los restos del adiós de Serel me ardieron en la mejilla.

—Lo dejé allí —susurré—. Él me ayudó y yo lo dejé allí.

—Vas a ir a buscarlo.

—Por supuesto. Debo hacerlo.

—Tiene suerte de que estés librando esta lucha.

A lo mejor. O a lo mejor no. Yo era solo una, pero había muchos Serels.

Se me emborronaron las estrellas. ¡Por los dioses, qué cansada estaba!

—Gracias por ir conmigo a Tairn —murmuré—. Y por confiar en mí.

Con el rabillo del ojo, vi que se tumbaba bocarriba también, a mi lado. Su calor me resultaba extrañamente reconfortante, emanaba de su cuerpo aunque no nos rozáramos siquiera.

Ese mismo calor impregnó sus palabras cuando dijo:

—Hacemos buen equipo.

Y ya no volvimos a hablar mientras seguíamos allí tumbados, al abrigo de la hierba y la tierra y del susurro de la brisa nocturna, con los párpados al fin tentados por el sueño mientras el sol se perdía despacio por el horizonte.

24

—¡Míralos, qué monos!

Abrí los ojos a un sol intenso y cegador que parecía un insulto personal a mi tremendo dolor de cabeza. Parpadeé de nuevo y tomó forma una figura a contraluz, con las trenzas platino iluminadas y los brazos cruzados.

—¿Os dieron las tantas anoche? —preguntó Nura.

—Justo la persona a la que más me apetece ver a primera hora de la mañana —oí decir a Max a mi lado, con la voz aún ronca de sueño.

Lo miré apenas un instante mientras nos levantábamos del suelo. Ni nos habíamos rozado, pero nos habíamos quedado dormidos el uno muy cerca del otro. Aun así, todo aquello me producía una sensación de intimidad que, pese a que no me desagradaba, me incomodaba.

—¿Todavía? Me halagas, Max. Aunque me parezca un poco triste. —Se quedó mirándonos mientras nos poníamos en pie, sin moverse. Bromeaba, pero en un tono más plano de lo habitual. Ya levantada, cuando pude mirarla bien, por las ojeras y el rostro macilento me quedó claro que estaba derrengada. Siempre la había visto ágil y poderosa, pero ese día su cuerpo me parecía de una delgadez extrema, rayana en la fragilidad—. Además —añadió, escudriñándonos—, es casi mediodía. —Max masculló algo ininteligible—. Claro que tampoco puedo reprocharos que hagáis lo que sea por conciliar el sueño después de todo lo ocurrido. Os lo

merecéis. No tuve ocasión de deciros lo bien que lo hicisteis. —Me miró, miró a Max y luego otra vez a mí—. Una idea genial.

—A alguien tenía que ocurrírsele una solución que no implicase matar a miles de personas aplastándolas. —Max se frotó el ojo izquierdo con el dorso de la mano y lanzó una mirada asesina a Nura con el derecho—. Pero, oye, como les gusta tirar piedras contra su propio tejado...

Nura se estremeció.

—No llegó la cosa a tanto, gracias a vosotros.

—Gracias a ella —corrigió Max, señalándome con la cabeza—. Pero, dinos, ¿en qué podemos ayudarte, Nura?

—He venido a hablar con Tisaanah —contestó, mirándome de arriba abajo. Yo crucé los brazos, porque de pronto fui muy consciente de mi camisón de algodón.

Max reparó en ello y se retiró refunfuñando. Mientras se dirigía despacio a la cabaña, se volvió un segundo para mirarme a los ojos por primera vez desde que nos habíamos despertado, y detecté algo crudo y sincero en la mirada que intercambiamos.

—¿Qué tal con él?

Al darme la vuelta, vi que Nura lo seguía con la mirada también, con el ceño algo fruncido y las comisuras de los labios hacia abajo. Su voz sonaba muy distinta, con un tono de preocupación velada, claro que, en el fondo, la veía distinta en todo. Casi no la reconocía.

—Bien —contesté.

No era del todo cierto, al menos no todo el tiempo, pero sabía que eso era lo que él habría querido que dijera.

—¿Es buen maestro?

—Sí.

Le asomó a los labios una sonrisa leve y fugaz.

—Sabía que lo sería. —Nura volvió a mirarme y percibí una distancia aún mayor en sus ojos—. Lo hiciste muy bien en Tairn, mejor de lo que pensaba, lo confieso. Aparte de eso, te estoy agradecida personalmente, igual que los habitantes de Tairn.

Recordé las ruinas, el perro de peluche, las caras de desolación de los vecinos de la ciudad al salir de la torre...

—Aun así, han perdido mucho.

—Sí —coincidió Nura con solemnidad—. Siento que tuvieras que ser testigo de aquello.

Supe de inmediato, a pesar de lo vagamente que había formulado la afirmación, que se refería a sí misma, a su despliegue de violencia y brutalidad en la torre. Aun ahora, me resultaba imposible mirarla y no recordarlo, aquella figura de un blanco puro esparciendo terror en una estancia a oscuras.

—¿Por qué mentiste a Pathyr Savoi? Antes de que muriera...

Se puso muy seria.

—Era prácticamente cierto. Por venganza personal, estaba dispuesto a hacer sacrificios que no le correspondían. Entiendo bien su pérdida y su dolor, pero no puedo con un egoísmo tan terrible y peligroso. —En aquellos instantes, parecía que no podía realmente con nada, como si la coraza que había levantado entre el mundo y ella se hubiera desmontado—. Pero siento que lo que hice te afectara a ti también —añadió, más tierna—. No estabas preparada para eso.

—Nadie lo está, nunca.

Soltó una carcajada mordaz, desganada, que me recordó espeluznantemente a la de Max.

—Cierto —dijo. Luego añadió—: Tú has cumplido tu parte del trato y nosotros vamos a cumplir la nuestra. Zeryth me ha pedido que te dé esto.

Se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta y sacó una carta arrugada, lacrada con el sello de plata en forma de luna. Por fuera solo había escrita una palabra, con una caligrafía perfecta: «TISAANAH».

La manoseé un poco. A pesar de haberla llevado en el bolsillo, el papel estaba tan frío al tacto que casi me estremecí.

—Gracias —le dije, pero no respondió, y, cuando levanté de nuevo la vista, me la encontré mirando a la cabaña. Max había vuelto a salir y estaba reorganizando la leña que había cerca de la puerta. No fui capaz de descifrar la expresión de Nura. Me enorgullecía de saber calar a la gente, pero Nura continuaba siendo un misterio para mí, alguien a quien solo veía a grandes rasgos, como una figura tras un vidrio esmerilado.

—Él fue allí por ti, ¿sabes? —añadió—. Para que no fueras sola.

—Lo sé —contesté, porque sentía el peso de aquella responsabilidad, por extrañamente cálido y reconfortante que me resultara.

Nura me miró de nuevo y le vi un brillo tenue en los ojos medio entornados, signo inequívoco de una sonrisa pequeña y lejana.

—Sabía que lo haría —dijo.

Luego, antes de que me diera tiempo a decir nada más, levantó la mano, se despidió como desganada y se desvaneció en el aire.



Entré en la cabaña para leer la carta en voz alta mientras paseaba nerviosa por el salón. Max me observaba con una taza de té en una mano y la otra metida en el bolsillo.

Tisaanah...

Me alegró muchísimo que Nura me hablara de ti. Por lo visto, has estado intentando ponerte en contacto conmigo. Te ofrezco mis más sinceras disculpas por mi ausencia y mi silencio.

Regreso a Ara en breve y no volveré sin hacer todo lo posible por atender tu noble y justa petición. Cuenta con mi garantía personal y mi más profundo respeto.

Siempre supe que eras especial.

Z.

Alcé la vista al terminar y pillé por los pelos a Max poniendo los ojos en blanco, exasperado. Le di la vuelta al papel, lo doblé, lo desdoblé.

¿Y ya? ¿Solo unas frases con una vaga promesa de... algo?

—Zeryth y sus garantías personales. Seguro que eso era lo que esperabas. —Max apuró el té de un último sorbo ruidoso, mirando socarrón la carta que yo sostenía entre las manos—. Pero al menos te suelta esa frasecita tierna y condescendiente del final. Fijo que te ha merecido la pena saber que el deslumbrante archicomandante siempre ha *creído* en ti...

Ni siquiera reparé en su amargo sarcasmo. Casi se me cae la carta de las manos.

—¿Archicomandante? —chillé incrédula.

Max me miró extrañado.

—¿Qué?

—¿Zeryth es el archicomandante?

—¿No lo sabías?

—¿Cómo venía a saberlo?

—«¿Cómo *iba* a saberlo?» —me replicó.

—¿Cómo ibas a saber qué?

—Te estaba corrigiendo tu arano —dijo, ladeando la cabeza—. ¿En serio no lo sabías?

Volví a mirar la carta con el ceño fruncido. Jamás habría imaginado que el hombre con el que había pasado tanto tiempo podía ser el miembro de mayor rango de una de las organizaciones más poderosas del mundo.

—Nunca me lo dijo.

—Me sorprende. Pensaba que empezaría a derretirse si pasaba más de una hora sin mencionarlo.

Guardé silencio, pensativa, mientras le daba vueltas a aquel nuevo dato.

Por un lado, era bueno. Que te conociera por tu nombre de pila el archicomandante tenía que ser bueno, no cabía duda.

Pero por otra...

Noté una amargura, una acidez que me calaba las entrañas. En su momento, había restado importancia a la rabia que mi situación había provocado en Max, pero, de pronto, pensar que el puñetero archicomandante se había hecho amigo mío mientras estaba esclavizada ¡y me había dejado allí...!

Apreté los dientes y dejé que la tensión de la mandíbula cortara de golpe el resto de ese pensamiento. Luego deposité la carta en la mesa, bien dobladita.

—No cambia nada —dije con sequedad—. Se nos hace tarde para entrenar.

25

Sentada en el jardín con las piernas cruzadas, observé cómo Max trazaba un círculo en la tierra con un palo y luego remataba el dibujo con tres líneas que pasaban por el centro en diversos ángulos.

Contuve una sonrisa de emoción.

Había transcurrido una semana de tímida y frágil normalidad, y Max y yo habíamos tardado todo ese tiempo en volver a centrarnos. Llegados a ese punto, fue como si, de pronto, hubiéramos mirado el calendario a la vez y nos hubiéramos dado cuenta, sobresaltados, de que mis pruebas eran dentro de solo dos meses. Pensándolo bien, no era mucho tiempo. Por eso me emocionaba que Max, por fin, hubiera decidido enseñarme a usar los...

—Estratagramas —anunció.

Soltó el palo y abrió la mano. Aparecieron en ella diversos pétalos de flores, como si estuviesen sujetos a su piel por alguna clase de magnetismo.

Se me esfumó la sonrisa. Lo miré, en absoluto impresionada.

—¿Solo eso?

—¡Solo eso! Vamos, no fastidies. —Estiró los dedos y hurgó entre los pétalos. Había uno de azucena, otro de hortensia, otro de violeta... y muchos más, pero solo uno de cada flor—. Lo que acabo de hacer es darte instrucciones. Quiero un solo pétalo de cada tipo de flor de este jardín. Eso requiere que la magia vaya en múltiples direcciones distintas a la vez, ¡y que tenga que pensar!

—¿Pensar?

—Tengo que indicarle que quiero un pétalo de cada especie, y la magia tiene que entenderlo. Parece simple, y en muchos sentidos lo es, pero hace que la magia tenga que ir a muchos sitios diferentes a la vez. Aunque no hacen falta estratagramas para eso, vienen muy bien para controlarlo, por eso casi todos los magos los usan para viajar, por ejemplo. Así le pueden decir a la magia adónde tiene que llevarlos, dónde dejarlos y cómo trasladarlos allí, algo complicado de hacer solo con la mente.

Se llevó la mano al bolsillo y sacó un taco pequeño de papel; después extrajo del otro bolsillo el frasquito de líquido oscuro que yo había elegido en la tienda de Via.

—Es tinta —dije, cayendo de pronto en la cuenta.

—Más o menos. Tinta con un extra incorporado. —Le brillaron los ojos y me dio la impresión de que estaba a punto de ser víctima de una broma—. A ver, quiero que hagas lo mismo que he hecho yo: un pétalo de cada flor. Con lo poco que te ha impresionado, seguro que te resultará fácil.

Abrí la tinta y Max me pasó una pluma. Observé el círculo que él había dibujado en la tierra y me dispuse a hacer uno igual...

Y con un grito, retrocedí dando tumbos. En cuanto planté la pluma en el papel, una corriente me subió por la mano, liberando un montón de chispas y de humo, y abofeteándome en la cara con una fuerza que no me esperaba en absoluto. Cuando conseguí recomponerme, lo primero que oí fueron las carcajadas de Max.

Le lancé una mirada asesina.

—Gracias —dije con sarcasmo.

—No las merece —me dijo, recomponiéndose él también aunque la risa seguía rondándole los ojos mucho después de esfumársele de la boca—. Lo cierto es que has elegido uno bastante violento. Lógico, supongo. Esta vez, prepárate.

Volví a arrodillarme y me mentalicé antes de posar la pluma en el pergamino. Como estaba preparada, apenas me sacudí un poco, pero enseguida logré manejar la magia que me fluía de los dedos, como si llevara las riendas de un caballo revoltoso.

—Bien —le oí decir, pero estaba demasiado concentrada en mirar su círculo y luego el mío con el ceño fruncido de atención.

Lo copié trazo por trazo y luego abrí la mano para ver los pétalos...

Pero no pasó nada.

Miré un segundo a Max, que se lo estaba pasando en grande.

—No sé por qué no te sale —dijo—. A ver, que te lo enseño otra vez —añadió, y, con el palo, dibujó otro círculo en la tierra con otra serie de líneas. Igual que antes, le brotó de las manos un montón de pétalos.

Lo miré extrañada. Aquel círculo era completamente distinto del primero. Ni siquiera tenían el mismo número de líneas dentro y la posición de las que coincidían era muy diferente.

—No lo entiendo.

—La magia es un ser tan vivo como tú o como yo, así que tienes que cambiar la manera de gestionarla. Ese estratagrama es la forma en que debía controlarla hace cinco minutos, pero este otro es como debía hacerlo hace treinta segundos. Y si lo hiciera otra vez sería distinto también.

Apreté los labios. Tracé un círculo y luego hice una pausa.

—Pero... ¿qué significan las líneas? ¿Cómo las interpreto?

—¿Sabes lo que oigo cuando me preguntas eso? —me dijo con los ojos entornados—. Oigo: «Max, ¿cómo meto la cabeza en esto por la fuerza bruta, implacable y metódica?».

—No es eso lo que he querido decir.

Un poco sí, la verdad.

—Es que esto no se puede forzar —me dijo con suficiencia—. Lo tienes que sentir.

Probé a dibujar otro círculo y luego otro. Nada.

—A los valtainos os suele costar más —señaló después de varios intentos fallidos—. Tu magia es más nebulosa que la mía.

—¿Nura los emplea?

—Sí, le he visto hacer cosas increíbles con ellos. A pesar de todos sus defectos, es una maga con un talento extraordinario.

Al hablar de Nura, me vino a la cabeza la extraña conversación que habíamos tenido en el jardín. Muchas veces me quedaba con las ganas de hacerle a Max ciertas preguntas, pero nunca me parecía buen momento, y menos aún ahora, cuando todavía nos estábamos recuperando de lo ocurrido en Tairn. Pero en ese momento la frustración me volvió audaz.

—Entonces... —dije mientras dibujaba otro círculo—. Nura fue tu amante, ¿no?

—¿Peeerdona? —Max soltó una carcajada contenida—. ¡Menudo cambio de tema!

—Pero es verdad, ¿a que sí?

Otro círculo. Otro montón de líneas. Ninguna reacción.

—Sí —contestó por fin—. Hace mucho.

No me sorprendía nada que Nura y Max hubieran estado juntos, pero seguía sin verlos del todo como pareja, como si fueran dos piezas de un puzle que no acababan de encajar. Claro que igual era porque ella seguía siendo un enigma para mí.

—Os veo muy distintos —confesé.

Se hizo un silencio largo. Yo seguí a lo mío, sin apartar la vista del papel, repitiendo círculos.

—Aunque me pese reconocerlo —respondió al fin—, Nura seguramente me conoce mejor que ningún otro ser humano vivo.

Somos amigos desde niños, pero, cuando estábamos juntos, éramos personas muy diferentes y estábamos mucho más... compenetrados.

Compenetrados. Ajá.

—¿Qué pasó?

—Nuestras opiniones se habían vuelto totalmente incompatibles, y eso se hizo evidente de la forma más violenta posible. —Lo miré un segundo y él arrugó la nariz—. No me mires así, como si tuviera que contarte todos los detalles escabrosos.

Le sonreí provocadora. Él puso los ojos en blanco.

—¿Y luego? ¿Otras amantes?

—¡Chismosa!

Dejé de dibujar y lo miré extrañada.

—¿Chismosa? —repetí en arano. Aquella lengua me parecía cada vez más rara.

—Es la palabra que suele usarse cuando alguien mete la nariz en los asuntos de los demás. En la definición, debería ir tu nombre. —Reí mientras dibujaba otro círculo. A él se le iluminó el semblante—. Mira —dijo, señalando, y al volverme un poco, vi a mi espalda un montón de pétalos de flor esparcidos por el suelo—. Algo es algo.

—No es lo que buscaba —contesté fastidiada.

—Es mejor que nada. Te saldrá cuando menos te lo esperes.

Vi cómo se le esfumaba la sonrisa aunque todavía se le adivinara en las comisuras de los labios.

Lo reconocía: era guapo, con aquellos pómulos prominentes, y, por supuesto, esos ojos delicados e impresionantes que asomaban bajo su frente perpetuamente fruncida de concentración. Recorrí con la mirada el contorno sólido de su hombro, continué por el brazo y aterricé en la musculatura fibrosa de su antebrazo.

No debía de ser difícil para él encontrar compañera si quería, pero nunca llevaba a nadie a casa. Claro que, para volver acompañado,

primero tenía que salir él, cosa que no hacía. Jamás.

Agachó la mirada y me pregunté si tal vez lo estaba mirando muy fijamente. Volví la vista al pergamino.

—No me has contestado —le dije.

—Hace mucho que no tengo nada que vaya más allá de lo... físico. Aunque tampoco es asunto tuyo.

—¿De lo físico? —repetí.

—Bueno, ya sabes. He tenido más bien interacciones románticas superficiales.

—¿Superficiales? —Me incliné hacia delante, con los ojos muy abiertos—. ¿Cómo de superficiales?

—Vale, igual no he acertado con la palabra —dijo, y un rubor leve pero evidente le encendió las mejillas—. No eran superficiales, no, sino... —Calló de pronto y yo me esforcé por contener la carcajada, hasta que se dio cuenta y me miró con los ojos fruncidos—. ¡Qué capulla! —Meneé la cabeza, riendo aún como una boba, y probé con otro estratagrama. Con el rabillo del ojo, vislumbré un revoltijo de pétalos sin dirección. No acababa de conseguirlo—. ¿Por qué soy yo el interrogado? —soltó entonces, cruzando los brazos—. Y tú, ¿qué? ¿Cuánto tiempo llevas con tu amante?

Dijo la palabra *amante* como imitando mi fuerte acento, supuse.

—Yo no tengo amante.

—¿Y el rubio?

—¿Serel? —Reí, negando con la cabeza—. No, a él le molarías más tú que yo.

—Ah, vale. —Max guardó silencio un momento—. Entonces, ¿no hay nadie?

No contesté. Una realidad muy distinta se me pasó por la cabeza, una en la que yo era una arana normal que llevaba una vida arana sin sobresaltos y podía contarle la historia de un primer amor

inocente o de un exnovio un poco lerdo. Y aquella falsa realidad me pareció tan... atractiva, tan sencilla... en comparación con mi realidad, mi realidad dolorosa y complicada.

Y, aun así, no sé por qué, tuve la impresión de que él era perfectamente consciente de lo que me preguntaba. Se lo noté en el tono amable de su voz, como si fuera una puerta abierta.

—Bueno..., estaba Esmaris. Y los hombres para los que... actuaba. —Procuré decirlo con toda la naturalidad posible, aunque las palabras de pronto se volvieran densas, como miel rancia—. Pero eso era supervivencia, no amor. Yo sabía lo que valía y me vi obligada a utilizarlo.

Lo miré de reojo y vi cómo apretaba los labios.

—Eso no tendría que haberte pasado.

—Muchos tuvieron peor suerte —dije mientras me encogía de hombros, aunque el gesto me pareciera forzado, antinatural.

«¿No eres consciente de lo bien que te trato?», me había preguntado Esmaris minutos antes de intentar asesinarme.

—Eso no cambia nada —replicó Max, meneando la cabeza con vehemencia—. Lo que te hizo no es menos terrible por eso, Tisaanah.

Sus palabras me tocaron por dentro, una herida que yo había ocultado en lo más hondo de mi pecho. Me había dicho tantas veces que era afortunada... A fin de cuentas, había sobrevivido, cuando las personas a las que había dejado allí no.

Y, sin embargo, también sabía que Max tenía razón. Lo sabía desde el día en que Esmaris quiso matarme a latigazos. Había visto cosas tan horribles y había vivido cosas tan terribles que había confundido el cuidado exhaustivo de Esmaris con amor. Aunque me cuidara igual que uno cuida a un caballo ganador: mimándolo,

aseándolo, domándolo y montándolo, y deshaciéndose de él en cuanto empezaba a dar coces.

A fin de cuentas, yo era *la afortunada.*

—El día que intenté comprar mi libertad —le conté en voz baja— me dijo que yo olvidaba lo que era. —Cuando volví a mirar a Max, tenía la mandíbula apretada y la mirada triste, contemplativa. No dijo nada—. Igual tenía razón, en parte; pero también había olvidado lo que era él. Se me olvidó que él era alguien que jamás me iba a ver más que como otra de sus pertenencias.

Solo era una niña cuando lo conocí. Solo una niña, y él me había acogido, me había dicho que debía agradecerle que solo me pegara de vez en cuando, que hubiera esperado años para violarme, que no me hubiera mandado a una muerte segura como había hecho con muchas otras.

«¿No ves la suerte que tienes, Tisaanah? ¿No te trato bien?».

Apreté la pluma con fuerza. Cuando dibujé con violencia, distraída, otro trazo en el papel, los puños se me llenaron de pronto de pétalos de flores.



Me pasé la noche dibujando estratagramas, aunque sin éxito, salvo por esa única victoria en el jardín. Max y yo habíamos adquirido una rutina cómoda. Yo estaba en mi sitio de siempre junto al fuego, acuclillada en el suelo, rodeada de papeles, y Max, como de costumbre, repantingado en un sillón con un libro en las manos.

Avanzaba la noche y, a la luz titilante de las llamas, la tinta empezaba a desdibujarse y emborronarse ante mis ojos. A veces nos quedábamos dormidos así y, cuando nos despertaban los rayos de sol, nos dábamos los buenos días con cara de sueño.

—Tisaanah... —me dijo Max con voz ronca de recién levantado, tan bajito que casi ni lo oí, con mi propio agotamiento y el chisporroteo del fuego. Cuando alcé la vista, me miró desde detrás de sus gafas de leer, algo torcidas, con el rostro tenso y pensativo—. Tal y como yo lo veo —añadió muy solemne y tan bajo que sus palabras se diluyeron en el aire como el vapor—, no te has olvidado de lo que eres. A mí me parece que te acuerdas. Y confío en que nadie tenga jamás el puto cuajo de decirte lo contrario.

Me lo quedé mirando un rato, en silencio. Y noté en el pecho una sensación extraña y fugaz, como si me hubiese tragado un puñado de mis mariposas plateadas.

—Ya —dije al fin, como si nada—. Soy maravillosa.

Max meneó la cabeza y puso los ojos en blanco. Y cuando remitió su carcajada, nos instalamos de nuevo en aquel silencio sereno y agradable.

26

Ocho semanas.

Eso era lo que nos quedaba para mis pruebas. Max y yo, armados con aquella nueva y extraña complicidad que Tairn y sus consecuencias habían creado en nosotros, íbamos directos a nuestra meta con una concentración renovada. Nuestros entrenamientos duraban diez, doce, dieciséis, dieciocho horas, o lo que fuera necesario hasta que uno de los dos o los dos nos desplomábamos en el sillón, exhaustos.

Algo había hecho «clic» y ninguno parecía saber el qué, pero ambos lo notábamos en el otro, en que cada vez nos resultaba más fácil conversar, en el entendimiento silencioso en los entrenamientos, en la seguridad y la comodidad de nuestras noches en casa.

Nuestra vida se acomodó a un pulso, a un latido, a un conjunto de respiraciones. En los silencios intermedios, yo memorizaba la cadencia de los pasos de Max cuando recorría los pasillos descalzo por las noches, la forma en que se le contraía un músculo del cuello cuando se agobiaba, el susurro de una risa que siempre llegaba después de una de mis ocurrencias aunque no tuviera ninguna gracia. Descubrí que sus sonrisas empezaban siempre por el mismo lado de la boca —el izquierdo, que se curvaba una milésima de segundo antes que el derecho—, que le encantaban las infusiones de jengibre por encima de todas las demás, y la lista de cosas para las que no estaba hecho.

Y él, a su vez, me memorizaba a mí también. Yo lo sabía porque un día me percaté de que hacía tiempo que no me preguntaba cómo tomaba el té y misteriosamente siempre había frambuesas aunque a él no le gustaran. Además me preguntaba, como quien no quiere la cosa, por mi vida, siempre al final del día, cuando ya estábamos medio dormidos: «Háblame de Serel. Cuéntame cosas de tu madre. Dime algo de Nyzerene».

Yo, en cambio, hacía lo contrario: me andaba con pies de plomo cuando la pregunta era difícil, procurando no meter el dedo en la llaga. El pasado de Max seguía siendo un misterio para mí, pero, por mucho que me picara la curiosidad, cuando le veía aquellas muecas veladas, entendía el valor del alivio que le suponía, de la clemencia que significaba para él que no preguntara.

En ese mutuo entendimiento, nos convertimos en la estabilidad del otro. Las noches en que las pesadillas me despertaban y me instaban a salir al aire fresco del jardín, casualmente él también estaba inquieto y daba un paseo conmigo en la oscuridad, acompañándome en silencio.

Mi arano mejoró muchísimo. Aun así, de cuando en cuando se me escapaba alguna que otra ristra de palabras sin sentido alguno que destrozaban todas las normas gramaticales posibles. Un día que estaba especialmente cansada y quería preguntarle dónde estaba la tinta de los estratagramas, le solté uno de esos disparates: «¿Dónde ha ido el agua negra?», le dije. Sin pensárselo mucho, Max abrió un cajón y sacó la tinta. Al ver la cara de espanto de Sammerin, se encogió de hombros y le dijo: «Con el tiempo, terminas dominando el tisaanés», y luego nos miramos y nos sonreímos orgullosos con disimulo.

Fueron pasando los días, uno tras otro, fundiéndose en un todo. Se hicieron más largos y después más cortos. Empezó a refrescar, un

presagio del otoño que estaba por llegar. El jardín tenía un aspecto salvaje y descontrolado: las plantas trepaban unas por encima de otras y las flores se curvaban sobre los senderos empedrados con una codicia feroz y hermosa.

Una mañana fría, a una semana de mis pruebas, mientras entrenábamos entre las flores, hice un chiste malísimo y Max torció el gesto y negó con la cabeza.

—Terrible. Sencillamente terrible.

—Eso lo dices ahora —repliqué, retorciendo el aire con las manos —, pero ¿qué vas a hacer cuando me vaya?

Pretendía hacerme la graciosa, pero en cuanto las palabras salieron de mi boca fueron como un ladrillazo, contundente y despiadado, para los dos.

A Max se le heló la sonrisa, que luego se esfumó, y se le formó una arruga en el entrecejo. Nos miramos en silencio, espantados, y cuando fuimos conscientes de lo que aquello significaba, algo palpable e indescifrable se hizo presente en la escasa distancia que nos separaba.

Nos habíamos hecho mutuamente un huequito íntimo en nuestra vida y, por algún milagro de la negación humana, ninguno de los dos se había planteado lo que conllevaba inevitablemente. Ahora, por primera vez, reparaba en la magnitud del inmenso vacío que íbamos a dejar el uno en el otro. O, por lo menos, él en mí.

—Supongo que, por fin, conseguiré adecentar este jardín — contestó, apartando con la punta del pie unas ramas enredadas.

Cerré la boca y fingí un súbito interés en algo del suelo, combatiendo un extraño vacío que se me hizo de pronto en el pecho. Me había centrado tanto en mi destino que no me había parado a pensar en lo que iba a dejar atrás. La sola idea me llenaba de palabras que no estaba preparada para decir.

27

Una gota de sudor me colgaba de la punta de la nariz, negándose a caer. Max daba vueltas a mi alrededor, sin quitarme el ojo de encima, con una concentración inquebrantable mientras me lanzaba una orden tras otra. Con las manos abiertas, yo hacía malabares con el aire, el agua, las chispas, las ilusiones ópticas y, por supuesto, aquellas mariposas plateadas que saltaban hacia el cielo en grandes estallidos desesperados.

«Empieza. Para. Mantente. Más alto, más rápido, más pequeño, más lento... ¡Controla!».

Yo me anticipaba a cada una de sus palabras antes de que las dijera, acercando o alejando las ilusiones ópticas, esculpiendo en el agua figuras idénticas a sus modelos.

—¿Y esto qué es? —me chilló Max, sacudiéndome el codo suelto y descolgado.

—Es intencionado —jadeé entre dientes.

—Bien. Pregunta trampa. No te bloquees. Enséñame esas mariposas. —Y acto seguido, antes de que me diera tiempo a moverme siquiera—: Todo seguido, por favor. Controla.

La bola de agua que se hallaba suspendida entre mis manos era una esfera perfecta de la que no escapaba una sola gota, aunque mantenerla ahí requiriera toda mi concentración. El agua corría en círculos, fluyendo por el interior de la esfera sin llegar a sobrepasar sus límites. Con absoluta suavidad, extraje de ella las mariposas, primero una, luego dos, después cinco, seguidamente la esfera

reventó y salieron muchísimas más. Al principio, mojadas, batiendo las alas, para después transformarse en una luz azul traslúcida que se elevaba al cielo.

—Hazlas volver.

Y eso hice, atrayendo las mariposas de nuevo hacia mis manos, obligándolas a volar alrededor de mi cuerpo. El pelo se me levantó con la brisa que levantaban sus giros, nublándome la visión. Aun así, la puñetera gota de sudor no caía.

—A tus manos.

Se me amontonaron en las palmas, empujándose unas a otras.

—Ahora sorpréndeme.

Sonreí. Cerré las manos y, al abrirlas, el puñado de mariposas estaba hecho de un metal refulgente.

Max se asomó a mis manos, con una sonrisa de medio lado.

—¿Qué es eso? ¿Acero?

—Sí.

—Más resistente que el cristal. Todo un poema.

Me encogí de hombros, reprimiendo una sonrisa de satisfacción. Eso pensaba yo también. Pero Max se irguió, enterrando su sonrisa bajo un semblante pétreo, y cruzó las manos a la espalda. Me estudió con la intensidad de un halcón, algo que me pareció tan impropio de él que me habría hecho reír de no haber estado tan concentrada. Así debía de ser Max el soldado, me dije: el capitán de espalda recta, lengua afilada y rostro impasible.

Pasaron los segundos y se me encogió el estómago.

Y entonces, justo cuando empezaba a ponerme nerviosa, esbozó una sonrisa.

—Perfecto —dijo, levantando las manos con las palmas abiertas, como si me otorgara su bendición—. Tisaanah, estás lista.

El nerviosismo me hormigueaba bajo la piel. La sonrisa que llegó después me duró poco.

—Aun sin...

—No necesitas los estratagramas. No te los van a pedir.

—Pero...

—Soy demasiado pesimista para decirte que vas bien si no vas bien. Es imposible que vean semejante despliegue de habilidades y te digan que no sabes lo que haces. ¡Estás lista!

—Ya sé que estoy lista —dije, jugueteando con los dedos—, pero igual tendría que pasar la noche practicando...

—No, no está permitido. Esa es la regla primordial: la víspera de las pruebas hay que descansar.

—¿Y tú la cumpliste?

—No, pero tampoco tenía un maestro tan bueno como yo. —Alargó la mano y me limpió con el pulgar la gota de sudor de la nariz; luego se miró el dedo e hizo una mueca—. Llevaba quince minutos esperando a que cayera; no me he podido resistir. —Entonces dio media vuelta y volvió a grandes zancadas hacia la cabaña, haciéndome una seña para que lo siguiera—. Date un baño, anda, que estás hecha un asco. Y juro por los Ascendidos que, como te vea haciendo estratagramas a escondidas como si fueras una adicta de las más aburridas, te retuerzo el cuello.



Me pasé los dedos por el pelo mojado, me lo eché por encima de un hombro y me enrosqué las puntas en los dedos. Me había crecido bastante desde la noche en que llegué y me lo corté en el aseo de Max. Era curioso que, hasta ahora, no me hubiera percatado de cuánto. Así de rápido pasaba el tiempo.

Con la otra mano, trazaba distraída círculos en la madera de la mesa, luego una línea, dos...

—¡Tisaanah!

Di un respingo. Max estaba plantado a mi lado, cruzado de brazos.

—¡Qué decepcionantemente predecible!

—Si en realidad no estaba...

—«En realidad no estaba, en realidad no estaba...» —me imitó—. Por favor —bufó, y luego me puso un vaso de vino tinto en la mesa —. Toma, una forma mucho mejor de controlar los nervios.

—No estoy nerviosa —le dije, pero bebí un trago de todas formas, disfrutando de la distracción de aquel regusto amargo en la lengua.

—Los dos sabemos que estamos por encima de estas chorradas. Que te veo, Tisaanah —me dijo, llevándose un dedo debajo del ojo y mirándome con las cejas enarcadas—. No es tan difícil.

Solté una carcajada suave, incómoda, sin saber muy bien cómo reaccionar a la forma en que se me encogía el pecho y se me paralizaban las manos.

—¿Debería..., no sé, llevarte al pueblo o algo así? —preguntó, instalándose en la silla de enfrente para recostarse en ella, meciendo con los dedos el vaso de vino que sostenía en la mano—. Tengo la sensación de que deberíamos celebrarlo y se me ha ocurrido que a lo mejor tu idea de diversión no es quedarte en casa con un ermitaño cascarrabias como yo.

—Es demasiado pronto para celebrar. Igual podemos hacer algo cuando apruebe.

Lo cierto era que nada me apetecía más que estar allí, bebiéndome aquellos últimos momentos de agradable compañía. Tenía la sensación de que fuera como fuese, tanto si aprobaba como si suspendía, al día siguiente a esas horas todo sería distinto, y había muchas cosas que no quería cambiar.

Max levantó su vaso.

—Mañana, entonces, que tendremos algo que celebrar de verdad. De todas formas, seguro que será mucho más divertido salir contigo que estar sentado en un rincón viendo cómo las damas se tropiezan unas con otras y pierden la cabeza por Sammerin. —La imagen me hizo reír—. Es algo digno de ver, en serio —dijo Max inclinado sobre la mesa, mirándome fijamente y bajando la voz para imitar la forma arrastrada, zalamera y suave de hablar de Sammerin—. «Ah, ¿que eres sombrerera? ¡Qué apasionante! Nada más verte me ha parecido que tenías una vena artística». —Meneó la cabeza—. Resulta asqueroso a la par que cautivador.

Me lo podía imaginar. Y también a Max enfurruñado en un rincón, observándolo todo de mal humor.

—Y tú, ¿qué?

—Yo no estoy hecho para eso. —Se llevó el vaso a los labios e hizo una pausa—. Me refiero a las habilidades sociales.

—Pero para lo de después..., ¿para eso sí estás hecho?

La réplica me salió así sin más, en un tono de voz que no usaba desde mis días de bailarina en la corte de Esmaris. Bebí otro sorbo de vino para ahogar mi propia sorpresa y vi que Max torcía un poquitín la boca.

—Nadie se me ha quejado —contestó con naturalidad.

Un estremecimiento me asomó a la piel. Aparté los ojos de su cara y seguí el dibujo de la veta de la madera.

Callamos los dos un buen rato y el aire se volvió tenso, como si contuviéramos la respiración.

—Tengo algo para ti —me dijo entonces Max, con un desenfado que diluyó aquella tensión y me permitió exhalar.

Se levantó, se perdió por el pasillo y apareció poco después con una cajita modesta en las manos. Me la puso delante. Después se

recostó en el marco de la puerta como si nada y, aun así, extrañamente tenso.

Miré el estuche. Sería del tamaño de mi mano abierta, plano, de piel marrón y exquisita fabricación artesana. Desvié la mirada hacia él sin poder evitarlo, con un nudo en la garganta.

Max soltó una carcajada áspera.

—Pero no me mires así antes de abrirlo, que igual es un regalo horrendo.

Lo abrí y lo que vi me dejó pasmada, absolutamente atónita.

Dentro había un colgante dorado sobre un lecho de seda negra. Una elegante cadenita de oro se ensanchaba hasta formar un precioso amasijo de mariposas resplandecientes, de alas tan perfectas que habría jurado que se movían y de un metal tan delicado que parecía que la luz las atravesara. Se entretejían con las mariposas tallos, espinos y flores refulgentes que yo conocía bien y que convertían el conjunto en un paisaje silvestre. Al examinarlo más de cerca, vi que entre todo aquello anidaba una culebra, pequeña y discreta, enroscada hacia un lado.

Había encargado que me lo hicieran expresamente. No podía ser de otro modo, con todos aquellos detalles tan concretos.

Se me encogió el pecho.

—Dale la vuelta —dijo con suavidad.

Obedecí. Y allí, donde el metal descansaría sobre mi piel, había tres diminutos estratagramas.

No me di cuenta de que se había movido hasta que noté su aliento cerca de la cara mientras se inclinaba sobre mi hombro.

—Este te ayudará a sanar —me indicó—. No mucho, pero bastará para pequeños cortes y magulladuras. Sammerin me ha ayudado con él. —Aquello me conmovió tanto que pensé que me iba a estallar el corazón. Luego me señaló el siguiente círculo—. Este te

dará calor, te ayudará a encender fuegos. También de forma limitada, claro, pero... —Hizo una pausa y soltó una risa áspera e incómoda—. Me pareció que, si ibas a viajar por todo Threll, igual podías necesitar algo así.

Cabeceé afirmativamente, porque no me veía capaz de hablar.

Se hizo un silencio largo, con la mano de Max suspendida en el aire.

—¿Y este? —pregunté al fin, señalando el tercer estratagrama.

Max se irguió. Cuando volvió a hablar, lo hizo en voz más baja, más ronca, como si contuviera algo.

—Ese te traerá aquí. —Hizo una pausa, se aclaró la garganta—. Si... si alguna vez quieres volver. Solo funcionará a una distancia prudencial, pero...

No terminó la frase.

¡Por todos los dioses! Lo entendí de pronto. Aquello no era solo un colgante, por hermoso y exquisito que fuera. Max no me estaba regalando una baratija preciosa. No, Max, el hombre que tanto se había esforzado por buscarse su propio rincón solitario en el mundo, me estaba regalando lo que yo nunca había tenido. El verdadero regalo no era la joya, sino un hogar al que volver.

—Solo si... si quieres —insistió en voz baja, incómodo.

Me ardían los ojos.

«Pues claro que quiero volver —me dieron ganas de decirle—. Si ni siquiera me quiero ir». Pero no me atreví ni a sonreír, porque no sabía qué saldría de mi boca si la abría. En su lugar, le puse el colgante en la mano, me levanté el pelo y dejé al descubierto el cuello. Mientras me lo abrochaba, cada roce de sus dedos iba dejándome pequeños rastros de fuego por la piel, que ardía con la proximidad de sus manos a mi nuca.

—Gracias —dije por fin—. Es perfecto.

Me solté el pelo. Sus dedos se deslizaron por mis hombros.

—Pensé que debías tener algo que fuera a la vez bonito y funcional, como tú.

Lo dijo tan rápido que casi ni lo registré. Giré la cabeza enseguida para mirarlo.

—Ay, Max... —le susurré, llevándome la mano al pecho con un asombro exagerado—, ¿en serio me consideras funcional?

Le brilló una sonrisa en los ojos.

—Te considero arrebatadoramente funcional —contestó.

Acaricié las mariposas a la vez que lo miraba y repasaba el músculo tenso de su cuello, el leve gesto en las comisuras de su boca, la onda revoltosa del mechón que le caía por la frente.

La verdad era que a mí él también me parecía arrebatadoramente funcional. Era lo más arrebatadoramente funcional que había visto en mi vida.

28

No podía echar el cuello tan atrás como para ver el final de las Torres de las Órdenes, que ascendían, ascendían y ascendían como dos muros de oro y plata y se perdían entre las nubes esponjosas. La última vez que había estado a las puertas de las torres iba medio inconsciente, o al menos no lo bastante consciente para que me asombrara su pasmosa altura, su pasmosa presencia, su pasmoso ¡todo! Nunca me había sentido tan pequeña.

Casi a modo de tic nervioso, me dibujé un círculo en la palma de la mano, como si tratara de atrapar los estratagramas que aún se me resistían. Estábamos Sammerin, Moth, Max y yo, los cuatro plantados a la sombra de las torres, con una especie de nerviosismo pululando entre nosotros.

—Hace muchísimo tiempo que no cruzo esas puertas —masculló Max, mirándolas. Luego le dijo a Moth—: ¿Nervioso?

El aprendiz se revolvió inquieto.

—Bueno —contestó con una falsa seguridad en sí mismo—, me ha costado, pero creo que por fin controlo la distorsión de energía, así que seguro que no tengo ningún accidente.

Max y Sammerin intercambiaron una mirada, una de aquellas con las que se hablaban sin mediar palabra.

—Moth lleva una semana entera sin romper nada —terció Sammerin—. Estamos todos muy orgullosos de él.

—Salvo la jarra —lo corrigió Moth—, pero eso, en el fondo, no fue culpa mía.

—Salvo la jarra —confirmó Sammerin con una mueca.

—Dudo que tengan muchas jarras en las pruebas, con lo que no habrá problema —señaló Max—. ¿Y tú? —me preguntó.

—Bien.

La angustia no se me notó en la voz, pero seguro que Max sabía lo nerviosa que estaba. Normalmente encontraba a Moth divertidísimo, pero ese día sus destrozos involuntarios no conseguían ni arrancarme una sonrisa. Al menos para él era solo uno de los seis exámenes anuales que haría. Si suspendía, podía resarcirse al año siguiente. Yo no iba a tener esa suerte.

Sammerin y Moth se dirigieron a las puertas, y yo me disponía a seguirlos cuando Max me agarró con delicadeza por la muñeca. Me di la vuelta de golpe.

—Quiero que sepas, Tisaanah, que tengo una fe total y absoluta en tus posibilidades de superar esto —me dijo—. Y ahora vamos a demostrarles a esos cabrones de lo que eres capaz.

Aunque temblaba de miedo, sonreí.

—Sí, me gusta ese plan —le dije.

Y abrimos las puertas.



De no haber estado tan nerviosa, la primera fase de las pruebas me habría parecido irrisoria.

Max y yo no podíamos desentonar más. Él era el único solari, una mancha de color desarreglada en medio de una larga hilera de maestros valtainos de piel pálida y pelo blanco. Además, por si la sola peculiaridad de que un solari formara a una valtaina fuera poco, su reputación convertía lo que podría no haber sido más que algo mínimamente incómodo en algo del todo absurdo. Nadie sabía bien

qué hacer con él. Todas las interacciones eran un montón de apretones de mano atropellados y torpes, caras de confusión y saludos sorprendidos y vacilantes. Mi favorito fue cuando un valtaino le dijo: «Pensaba que ya no te dedicabas a esto», y Max contestó sin alterarse: «¿A qué, a las chorradas de las Órdenes?». Entonces el valtaino negó con la cabeza y, agitando un poco las manos, replicó: «No, a esto de... ¡del mundo!».

Yo me reía por lo bajo, agradecida de poder tener al menos una parte del cerebro ocupada disfrutando de lo poco que le gustaba a Max socializar, algo tan evidente y divertido, en vez de dejarme devorar por los nervios. Él se dio cuenta y, dándome un codazo en las costillas, me soltó:

—No te relajes tanto, que ya verás ahora.

Pero, mira, no le pareció tan mal que sonriera cuando comenzaron las pruebas y me vi rodeada de una veintena de aprendices que a lo sumo tenían doce años.

Huelga decir que, entre que casi les doblaba la edad a mis compañeros y que era fragmentada —aunque, para mi tranquilidad, vi un par de fragmentados más en el grupo—, me llevé tantas miradas de asombro como Max. Solo que, a diferencia de él —que con aquellas interacciones se revolvía furioso como un gato con correa—, yo me empapaba de toda aquella atención.

A fin de cuentas, tenía que impresionar; si los ojos ya estaban puestos en mí, era mucho más fácil.

Y, en efecto, impresioné.

Nos hicieron pasar en grupo por una serie de ejercicios estructurados que nos obligaban a demostrar un control exquisito de nuestras habilidades. ¡Y, por los dioses, qué fácil! Aquellas pruebas eran más sencillas, y más aburridas, que cualquiera de las que había hecho a diario durante la formación con Max.

Así que les demostré de lo que era capaz.

Cuando me pidieron que manipulara el agua, mientras los demás se limitaban a mantener a duras penas una esfera uniforme, yo hice con ella unas mariposas perfectas. Cuando me pidieron que lanzase algún conjuro, generé dos, tres, cuatro ilusiones ópticas a la vez, haciéndolas bailar unas alrededor de las otras, perfectamente controladas, como destacaría después Max. Cuando nos pidieron que blindáramos la mente para protegernos de la habilidad de nuestros compañeros para colarse en nuestro pensamiento, eché a mi compañero de un empujón y, volviéndome hacia él, le devolví el eco de sus propios pensamientos.

Afronté cada petición con una sonrisa fácil y un «¿Y ahora qué?».

Cuando acabó la primera parte de las pruebas, me sentía muy satisfecha de mí misma.

—Me asquea tanto como me impresiona el entusiasmo con que alardeas de tu superioridad sobre un puñado de críos —me dijo Max cuando me reuní con él entre etapas—. Al menos disimula un poco lo bien que te lo estás pasando.

—¿Por qué?

—Porque a alguien podría parecerle de mal gusto.

—Pero a ti no —le dije con una sonrisita pícara.

—No, a mí no —reconoció, sonriendo él también.

Yo sabía que le estaba encantando hasta el último segundo de aquello tanto como a mí y era inútil que lo negara, como lo era también negar que su apoyo se me enroscaba en el corazón y me lo estrujaba.

Aun así, estaba inquieta ante lo que me esperaba y no pude comer gran cosa; en su lugar, Max y yo aprovechamos el descanso para cruzar a hurtadillas el vestíbulo de la Torre del Alba y asomarnos a las pruebas de los solaris. Me bastó con ver a

Sammerin sentado en la zona de los espectadores, repantingado en el asiento, mirando por los ventanales con cara de algo que yo solo habría podido describir como espanto resignado, para saber cómo iban las pruebas de Moth.

—Pobre Moth —dije con una mueca.

Max rio.

—¡Pobre Sammerin!

Oímos el eco lejano de un estrépito, un alboroto en la sala contigua. Lo que fuera que Sammerin estaba viendo le hizo agarrarse la cabeza con las manos y soltar un suspiro hondo.

Decidimos marcharnos.

Cuando volvimos a la Torre de la Medianoche, al final del descanso para comer, Willa nos estaba esperando. Se le iluminó el rostro al vernos llegar.

—¡Aquí estáis! Quería felicitarte, Tisaanah, por las pruebas grupales. Has estado espectacular.

—Es pronto para felicitaciones —dije yo, pero me sorprendí reprimiendo una sonrisa.

—Aun así —dijo ella, encogiéndose de hombros, feliz—. Creo que es indiscutible. Ya solo te quedan las pruebas individuales. Por eso he venido a buscarte, en realidad.

Se me hizo un nudo en la garganta. Esa parte me ponía especialmente nerviosa, más que nada porque no tenía ni idea de qué me iba a encontrar. Vi entonces a otro grupo de aprendices enfilando un pasillo y asentí con la cabeza.

—Estoy preparada.

Empecé a caminar en esa dirección, pero Willa me detuvo.

—Ay, no, cielo, tu examen es en otro sitio —me dijo con una leve sonrisa—. Ven conmigo.

Titubeé. Miré nerviosa a Max.

A lo mejor no era mal presagio, me dije. El mío era un caso especial, claro. Mi examen tenía que ser distinto.

—Muy bien —contesté, y la seguí.

29

Me llevaron a una sala grande y circular que quizá, en ocasiones especiales, fuera un salón de baile o una suerte de espacio para celebraciones. Ese día estaba completamente vacía, desprovista de decoración, salvo por las lunas grabadas en las paredes y la belleza resplandeciente de los suelos de mármol. Solo había cuatro objetos en ella: tres pedestales, cada uno con una sencilla esfera plateada, y en el centro de la sala un pilón grande y liso. Nura estaba de pie al lado, con los brazos cruzados por delante, esperándome.

Su presencia me revolvió el estómago, de sorpresa y de nerviosismo. No esperaba encontrarme allí a alguien tan importante.

Miré por encima del hombro hacia la galería curva que recorría media sala. Max estaba asomado por la barandilla, observando, con los dedos entrelazados. Cuando lo miré, me sonrió inquieto. Sospeché que estaba pensando lo mismo que yo.

Nura se aclaró la garganta y yo me volví enseguida hacia ella.

—Este va a ser tu examen más avanzado —me dijo—. Habrás observado que hay tres esferas en la estancia —añadió, y señaló tres pedestales, dispuestos formando un triángulo contra las paredes de la sala—. Tu objetivo es coger cada una de esas esferas y depositarlas en el pilón del centro —me indicó, posando la mano en el borde curvado del receptáculo.

Miré enseguida las tres esferas, luego el pilón. Parecía demasiado fácil, como una especie de... juego. Me pregunté si aquello sería

normal, una parte habitual de todos los exámenes, o se trataría de una tarea ideada especialmente para mí.

—¿Entendido? —me dijo, inexpugnable como de costumbre.

—Entendido —contesté asintiendo. Cuando ella hizo lo propio, vi que asomaba a sus labios una sonrisa.

—Bien. En ese caso, empezamos... —Levantó un dedo, luego dos, después tres—. ¡Ya!

A continuación, alzó las manos y me vi sumida en una oscuridad absoluta.



La negrura me engulló como si me sumergiera en una cuba de tinta, burbujeándome en los pulmones. Se me aceleró el pulso y empezaron a vibrarme los límites de la visión.

«Respira, Tisaanah. Tienes otras formas de ver».

Cerré los ojos por costumbre, porque la estancia estaba tan oscura que, de todas formas, no veía nada, y, alargando los brazos, palpé los bordes de la sala con manos invisibles, en busca de las esferas. En mi cabeza, empezaron a latir con una suave luz plateada. Atrapé su hilo y suspiré aliviada.

«Ya está. Esto es pan comido».

Empecé a atraer hacia mí una de las esferas, pero cayó en cuanto la levanté del pedestal, y una fuerza potente la lanzó rodando con violencia por el suelo de mármol. Me abalancé sobre ella...

Y algo me apartó bruscamente, arrojándome contra un muro de frío, un frío que me envolvió, me tragó, me caló los huesos y las entrañas. Parpadeé y, al volver a abrir los ojos, la oscuridad se fundió con una hierba infinita y ondulante y unas estrellas emborronadas.

Noté que me corría un líquido por la espalda, por la parte posterior de los muslos, un líquido abrasador, en comparación con el aire gélido.

Mi sangre.

Estaba en los llanos, en Threll. Llevaba puesto aquel abrigo sucio. Me acompañaba mi caballo moribundo.

Un estremecimiento de frío, de miedo y de pánico me recorrió la espalda. Una ilusión, me dije. Cosa de Nura. No era real.

«¿No lo es?».

Volví a cerrar los ojos. Y seguí viendo la misma escena, los llanos que tenía grabados a fuego en la memoria. Mi mente tanteó el entorno en busca de algún hilo de realidad que me devolviera a la torre, a la sala, a aquellos pedestales...

Los llanos titilaron, se disolvieron como arena en el viento.

Volvieron a refulgir las esferas delante de mí. Una de ellas rodaba despacio por el suelo.

Me serví de la magia para atraerla hacia mí y la atrapé con los dedos. La sentí agradablemente fresca en las manos, firme, sólida, ¡real! Me volví para dejarla en el pilón y sonreí satisfecha al contacto del metal contra el metal.

Y entonces, de pronto, me sacudió una fuerza, un muro de aire tan potente que me zarandeó como si me hubiera golpeado un bloque de cemento. Antes de que pudiera entender lo que estaba pasando, noté que volaba por la estancia y que mi espalda se estampaba contra una pared curva. Se me escapó un grito ahogado, silencioso.

De nuevo oscuridad y, mientras me escurría por la pared, volví a sumergirme en aquella ilusión asfixiante. El mármol en el que apoyaba las manos y las rodillas era el mármol del despacho de Esmaris.

¡Zas!

«Veinticuatro. Veinticinco».

El rostro de Esmaris asomó intermitente entre las sombras, desde debajo de un sombrero negro de ala ancha. El pánico me ahogaba.

«Has olvidado lo que eres».

No era real. No era real. No era real.

«¡Sí que es real!».

No. ¡NO!

Yo era más fuerte que todo aquello. Me abrí paso por el rostro de Esmaris, buscando a tientas la realidad. Me levanté como pude, pero enseguida noté que volvía a faltarme el aire, solo que ahora, al menos, estaba preparada: alcé las manos hacia delante, como había hecho en el puente de Tairn, y me blindé. El cuerpo entero me vibró del impacto, pero me mantuve en pie.

En mi mente, corté el resto de los hilos de las ilusiones de Nura y los convertí en un tapiz hecho trizas.

Me corría el sudor por la nuca. Tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para blindarme por dentro y por fuera, pero, no sé cómo, lo estaba consiguiendo. Avancé hacia la segunda esfera, alargué la mano, posé los dedos en la superficie fresca. Estaba a punto de levantarla del pedestal cuando noté que cambiaba algo. Alcé los ojos y vi un resplandor tenue que se filtraba por la oscuridad.

Y, cuando las sombras se apartaron danzarinas, como una cortina flotante, apareció Zeryth Aldris.

30

Zeryth cruzó los brazos ante su pecho ancho.

—Hola, Tisaanah.

Me quedé de piedra, asaltada por una confusión que terminó diluyendo la calidez embriagadora de su sonrisa. Verlo me trasladó a aquellas noches que habíamos pasado juntos en mi pequeño cuarto de la hacienda Mikov, al que estaban asociados algunos de mis recuerdos más queridos.

Aparte de eso, era prácticamente imposible que no te tumbase la sonrisa de Zeryth. No sé cómo, había conseguido olvidar lo mucho que me impactaba. Era uno de aquellos guapos que casi ofendían, de esos que impregnaban de magnetismo el aire que los rodeaba. Llevaba una chaqueta blanca ceñida, similar a la de Nura; con la ropa blanca, la piel blanca y el pelo blanco por los hombros, resaltaba tanto entre las sombras sinuosas que me sorprendí mirándolo con los ojos entrecerrados.

—Zeryth —dije, en un tono que no dejaba claro si estaba complacida, confundida o molesta.

Volví a mirar la esfera que tenía entre los dedos. ¿Ya habíamos terminado? No había completado la tarea.

—Tisaanah, ven aquí —me pidió.

Aparté las manos de la esfera. Me miré los dedos mientras se retiraban del metal. Avancé hacia Zeryth, dejando atrás el pedestal.

Me observó detenidamente, empezando por los pies y recorriendo despacio mi figura hasta llegar a los ojos.

—Te veo distinta de la última vez que coincidimos —dijo sonriente —. Dime: ¿cuánto hace de eso?

—Año y medio, creo —contesté, y se ensanchó su sonrisa.

—Tu arano ha mejorado mucho también. ¡Qué maravilla, poder comunicarme tan claramente contigo ahora! —Se metió las manos en los bolsillos—. ¿Te gusta esto? ¿Estás bien en Ara?

—Sí.

—¿Has disfrutado de la formación?

—Sí.

—A tu maestro debe de complacerle mucho oírlo —dijo, señalando con la cabeza a la galería—. Vuélvete a saludarlo.

Me di la vuelta, levanté la mano, miré a la galería y posé los ojos en Max. Su cara de rabia absoluta enganchó mis pensamientos escurridizos en algo afilado.

Un momento.

¡Qué raro!

Me miré la mano levantada, apreté el puño.

Yo había ido a hacer algo, algo importante. Estaba allí por una razón y de algún modo lo había olvidado...

Mis pensamientos se consolidaron cuando miré a la derecha, a la esfera que descansaba aún en su pedestal. Me disponía a dar media vuelta, a dirigirme hacia ella, cuando Zeryth me dijo:

—Detente. —Mis pies dejaron de moverse—. Mírame. —Me volví hacia Zeryth y él ladeó la cabeza—. ¿Por qué te quieres ir?

Buena pregunta.

«No quiero —me dije para mis adentros—. No me quiero ir. No quiero ir a ninguna parte».

Pero me obligué a contestar:

—Hay algo que debo hacer.

—Nada importante.

Nada importante.

—Ven aquí. —Y fui—. Arrodíllate.

«Arrodíllate», me había dicho Esmaris.

Me estremecí.

—No.

—Sí.

«Sí», empezó a decir mi boca, pero en el último instante...

—No.

No. No, no, no.

Entendí entonces lo que estaba pasando. Caí en la cuenta de que nunca había visto a Zeryth usar la magia, que ejercía una especie de presión en mis pensamientos, como un envoltorio edulcorado que lo diluía todo en un pegote amorfo y pegajoso.

Aquello era parte de la prueba, la prueba que debía terminar.

—Arrodíllate —me repitió.

El cuerpo se me paralizó a medio camino. Los pensamientos se me escapaban entre los dedos como puñados de gusanos, pero yo me aferré con dolorosa vehemencia al hilo frágil de mi consciencia.

Miré a Zeryth directamente a aquellos ojos blancos y expectantes.

—No —le dije.

«Aún no he terminado».

Zeryth lanzó una mirada a Nura, que estaba a escasa distancia.

Y entonces todo se volvió negro otra vez.

Negro y frío. Una amalgama de mis mayores miedos, de mis peores recuerdos. ¡Por los dioses, no, no podía! Me sumí en tal pánico que lo que había vivido en Tairn parecía un juego de niños. Me vi arrastrada por todos los temores que había sufrido en mi vida, todo aquello de lo que había conseguido desprenderme, todos los rostros que había visto en la oscuridad de la noche, todos ellos

envueltos en negrura, en sangre, en el chasquido del látigo, en el calor abrasador de los labios de Serel al contacto con mi mejilla.

—Siéntate —resonó la voz de Zeryth.

—Siéntate, mariposa bonita. Descansa. Sé que estás agotada.

Estaba agotada, agotada, pero...

«Aún. No. He. Terminado».

No sabía si lo había dicho en alto, pero me lo había gritado por dentro lo bastante fuerte como para que ahogase todo lo demás.

Me levanté con dificultad, tambaleándome como un potro recién nacido.

«Aún no he terminado».

Vinculé aquella frase a los latidos de mi corazón.

Con la mano, sacudí un hilo de magia para atraer hacia mí la esfera más próxima, pero, al hacerlo, otro muro de viento me azotó tan fuerte que salí volando por la sala. Sentí una punzada de dolor en el cráneo.

—Vuelve, Tisaanah —ronroneó Zeryth, ofreciéndome alivio, seguridad.

No.

Me toqué la cabeza y noté la sangre caliente en los dedos. Mis piernas ya empezaban a obedecer, arrastrándose hacia él, pero entonces lo encontré, el único vestigio de lucidez de mi cerebro, y me aferré a él.

Me froté la sangre de los dedos.

—Ven aquí, Tisaanah.

—Descansa, mariposilla.

Dibujé un círculo. Aún se me movían las piernas, solo los dedos seguían aferrados al suelo.

Una línea.

Cerré los ojos y lo vi todo, iluminado como un mapa: a mí, las esferas, a los tres valtainos.

«Aún no he terminado».

Otra línea.

—No te lo voy a repetir...

«No —pensé—. No me lo vas a repetir».

Tracé la última línea de mi estratagrama.

Y entonces, de pronto, se produjo un estruendo, de metal contra metal y de gruñidos de sorpresa, a lo que se sumó un muro de luz, todo ello convergiendo en un alboroto hermoso y caótico.

Abrí los ojos justo a tiempo para ver que las dos últimas esferas caían rebotando en el pilón, para ver a Zeryth, a Nura y al tercer valtaino levantarse del suelo para mirar hacia abajo y ver mi estratagrama dibujado con mi sangre a mis pies.

Y para oír una voz que conocía bien gritar desde la galería:

—Pero ¿qué cojones ha sido eso?

Me desplomé en el suelo.



Cuando volví a abrir los ojos, Max estaba inclinado sobre mí, con las manos apoyadas en las rodillas. Lo veía mover los labios, pero no registraba sus palabras.

Lo sucedido en los últimos minutos me venía a la cabeza como a ráfagas.

Nura, Zeryth, las sombras.

«Arrodíllate».

Y el estratagrama... ¡que me había funcionado!

Max volvió a hablar de nuevo, pronunciando cada palabra con contundencia.

—¿Te encuentras bien?

Lo había conseguido.

¡Lo había conseguido!

Me toqué la sien, aún caliente y húmeda, y al apartar los dedos me vi el rojo. No reparé en que estaba sonriendo hasta que empecé a preguntarme por qué me dolían las mejillas.

Max me apartó el pelo y me examinó la herida. Apenas la sentía.

—De esto se puede ocupar Sammerin —me dijo, pero a mí aquel corte me daba exactamente igual.

¡Porque lo había conseguido!

—Tisaanah, necesito confirmación verbal de que estás bien y de que nada de lo ocurrido te ha hecho papilla el cerebro.

No podía dejar de sonreír.

—Estoy muy bien —contesté con voz ronca—. Muy muy bien.

Max agachó la cabeza y soltó un suspiro que empezó con alivio y terminó en exasperación.

—¡Por todos los Ascendidos! Levanta, anda, que parece que hayas perdido el norte.

—¿Perder el norte? ¿Te refieres a si estoy enfadada?

Giré de golpe la cabeza mientras Max me ayudaba a ponerme en pie.

—No, *perder el norte* es «perder la cabeza». O igual te la has espachurrado, como sería de temer, por ejemplo, cuando se ve a una mujer cubierta de sangre, rodando por el suelo y sonriendo para sí.

«Perder el norte».

Me gustaba.

Una mano firme me agarró por el hombro e hizo que me temblaran las piernas.

—Excelente trabajo, Tisaanah. Verdaderamente impresionante.

Zeryth estaba a mi lado, saludándome con una sonrisa amable. No me soltaba el hombro, pero aquel magnetismo sobrenatural había desaparecido, reemplazado por una cordialidad mucho más humana y agradable. Aun así, tuve que resistir la tentación inmediata de zafarme de él.

«Arrodíllate».

Pero me limité a sonreír: le dediqué una sonrisa propia de la adolescente tierna que era cuando lo había conocido. No me convenía ofender al archicomandante.

—Me alegra verte después de tanto tiempo, Zeryth —le dije.

Vi a Max arrugar la nariz de aquella forma tan característica y supe enseguida lo que iba a pasar.

—¿Qué cojones ha sido eso? ¿Tres valtainos de alto rango contra una aprendiz? ¿En qué mundo es eso razonable?

Le lancé a Max una mirada de advertencia. Por mucho que me conmoviera que se enfadase tanto por mí, no me hacía falta que minara mi éxito, aunque sus intenciones fueran buenas. Además, no temía que me pusieran al límite, menos aún cuando eso me concedía una mayor oportunidad de demostrar mi valía.

Que era lo que había hecho. Y eso era lo que importaba.

—¡Maxantarius, qué sorpresa! —exclamó Zeryth, sin soltarme el brazo y endureciendo la sonrisa—. ¿Por fin has decidido volver a la sociedad?

—Es un periodo de prueba. Aún no lo tengo claro.

—¿En serio? ¿Una persona tan alegre y despreocupada como tú?

Max lo miró casi con rabia.

—No me has contestado. ¿Podrías explicarme por qué os ha parecido aceptable...?

«Cierra el pico».

—Max es un maestro muy leal —le dije a Zeryth, impregnando mi voz de un tono de buen humor demasiado agradable, empalagoso.

Max detectó mi mirada asesina y cerró la boca, aunque hacerlo parecía que le provocaba un dolor físico.

—Somos viejos amigos —terció Zeryth, dando un manotazo al aire, como quitándole importancia—. Estoy muy familiarizado con sus encantos y peculiaridades, créeme. —Luego se volvió hacia mí y su sonrisa se ablandó un poco—. No sabes la ilusión que me hizo saber que habías conseguido llegar aquí, Tisaanah. Claro que si alguien podía conseguirlo...

Sonreí feliz.

—Gracias.

Casi oía la respuesta que Max estaba pensando y que contenía a duras penas entre dientes: «Pues habría conseguido llegar mucho antes si tú...».

Le lancé una miradita de advertencia antes de que se le escapara y él agachó la cabeza, ceñudo.

A continuación, volviendo a posar mi mirada más brillante en el rostro hermoso de Zeryth, le hice por fin la pregunta que importaba de verdad.

—¿Tienes noticias de Threll?

Su expresión se congeló de un modo que me revolvió el estómago.

—Sí, tenemos que hablar —contestó, y me señaló una puertecita que había en la sala principal. Luego, dirigiéndose a Max, dijo—: Si nos disculpas, Maxantarius... Prometo devolvértela de una pieza.

—No me preocupa: ya te ha tumbado una vez hoy.

«¡Por los dioses, Max!».

Pero Zeryth rio por lo bajo.

—Eso es irrefutable, ¿verdad? —Entonces se volvió hacia mí—: Sígueme, Tisaanah. Vamos a hablar.



Recorrimos unos pasillos blancos, angostos y desiertos. Zeryth era bastante más alto que yo, y tenía que estirar el cuello para mirarlo mientras avanzábamos.

—Perdona que haya tardado tanto en responder a tus peticiones —me dijo como si nada—. Como ves, andaba entretenido con varios viajes.

—Claro.

—Me sorprendió mucho, al hacer la primera parada en la hacienda de Esmaris, descubrir que... —Soltó un suspiro—. Bueno...

Se me tensaron todos los músculos del cuerpo.

—Dime —lo insté, porque mi fachada edulcorada empezaba a disolverse.

—Que las cosas por allí estaban... bastante desorganizadas. Esmaris, como ya sabrás, había muerto. —Me miró de reojo y me pregunté si sabría o sospecharía lo que yo había hecho. Si era así, no lo manifestó—. Su hijo iba a ocupar su lugar.

—Ahzeen —dije.

Solo lo había visto dos veces y me desagradaba muchísimo. Se parecía a Esmaris y había heredado la crueldad de su padre, pero sin su encanto.

—Sí. Resulta que no es muy amable. —Negué con la cabeza. Aquello era quedarse corto—. Mientras yo estuve allí, andaba a la caza despiadada del asesino de su padre. Y cuando digo *despiadada*..., es que en mi vida he visto nada semejante.

Me lo podía imaginar. Nadie organizaba cacerías humanas como las de los señores de Threll, con aquellos atuendos de un blanco inmaculado teñidos de rojo sangre. La violencia era para ellos una especie de ritual que abrazaban y respiraban. Y encima Ahzeen tenía motivos de sobra para lanzarse de cabeza por el camino más sangriento posible. Esmaris prácticamente lo había repudiado. La última vez que había ido a la hacienda, padre e hijo habían tenido una discusión muy escandalosa y muy pública, que se había acalorado de tal forma que al final Ahzeen terminó tirado a las puertas de la hacienda sin un ojo.

La reputación de Ahzeen siempre se iba a ver perjudicada por la aversión que su padre sentía por él, de todos conocida. Sin embargo, con la muerte de Esmaris, se le presentaba la ocasión de recuperar el respeto asociado al apellido familiar, sin los inconvenientes de la presencia del propio Esmaris, claro está, siempre que demostrara la fortaleza y el compromiso suficientes.

—He estado allí dos veces —continuó Zeryth—: una a la ida, llegué poco después de la muerte de Esmaris; y otra a la vuelta, la última vez que te escribí. —Doblamos una esquina—. La primera vez, Ahzeen y sus hombres aún andaban abriéndose paso con frenesí entre los enemigos de su padre, masacrando a cualquiera que pudiese estar relacionado con su muerte. —Se me erizó el vello de la nuca. Una ocasión perfecta, una excusa, en realidad, para demostrar su predominio sobre las familias rivales, un juego muy peligroso—. Pero luego —continuó—, cuando volví unos meses después, no fue eso lo que más me preocupó. La hacienda era víctima de graves represalias por parte de los otros señores. Se hablaba de ello por todo Threll.

Me temblaban las manos. Con cada detalle que me contaba, me venía a la cabeza una forma más en que Serel podía haber muerto:

en la masacre inicial, hallado culpable en aquella cacería humana, o enviado a morir en un campo de batalla impersonal y sangriento en nombre de un tipo al que despreciaba.

Llegamos a una puerta y nos detuvimos. Agarré a Zeryth del brazo, al principio para hacer hincapié en lo que quería decirle, pero luego porque necesitaba estabilidad.

—Dime: ¿lo encontraste? Al hombre que te pedí que buscaras...

Zeryth me dedicó una mirada seria, indescifrable. Asió el pomo de la puerta, pero no lo giró aún.

—He hecho todo lo que he podido. Sé que esto es importante para ti.

«¿Importante para mí? —me dieron ganas de gritarle—. ¿Importante para mí? ¿Te parece que esto es importante para mí?».

Como si aquello no me superara por completo, como si no fuese un peligro inminente que se cernía sobre la cabeza de miles y miles de personas.

Apreté los dedos hasta que me noté el músculo de su antebrazo bajo las uñas.

—¡Demuéstramelo!

Zeryth abrió la puerta.

31

Me había mentalizado de tal forma que tardé un momento en darme cuenta de que aquel cuerpo exangüe tendido en la cama que tenía delante no era el de Serel. No, la cabeza que descansaba en aquella almohada, de espaldas a mí, tenía una mata de pelo de intenso color cobrizo, y los brazos que se extendían sobre las capas de mantas eran largos y desgarbados, no fibrosos, bien torneados y bronceados como los de mi amigo.

Me quedé pensativa, sin saber si me desilusionaba o me aliviaba, pero las elucubraciones que empezaban a materializarse en mi interior se congelaron cuando la figura de la cama volvió la cara para mirarme.

Cerré la boca de golpe, espantada.

Por una décima de segundo, no pensé siquiera que el rostro que me saludaba fuera humano.

Pero lo era. Era un viejo amigo.

Me tragué la sorpresa. Suavicé la voz hasta convertirla en algo tan sereno y melódico que creí que pertenecía a otra persona.

—Vos —susurré en thereni—. Cuánto me alegro de verte.

Solo vi un destello de sorpresa en sus ojos. Hasta eso pasaba fácilmente desapercibido, más que nada porque era imposible no distraerse con los dos boquetes triangulares que ocupaban el lugar donde en su día había tenido la nariz, ni con la quemadura que marchitaba la piel pecosa de su mejilla derecha, ni con la cicatriz que le cruzaba la boca y le partía en dos el labio superior.

No. Los ojos. Tenía que mirarlo a los ojos. Y esos seguían igual.

Igual que la última vez que lo vi, cuando le mentí sobre mi huida, en los establos de Esmaris, y lo engañé para que me dejara marchar.

Vos se me quedó mirando fijamente y no reaccionó cuando crucé la estancia y me hinqué de rodillas junto a su cama. Alargué la mano para acceder a su mente, acariciando con los dedos sus pensamientos, y me encontré con un muro de dolor y de rabia tan fuerte que casi —casi— dejé que se me cayera la máscara de complacencia.

Se le aceleró la respiración, manifiesta en ráfagas de sibilancias procedentes de los boquetes que le habían quedado al perder la nariz. Se endureció su gesto.

—Vos... —le dije, poniendo la mano encima de la suya y sin mostrarme sorprendida cuando noté que en ella solo había dos dedos.

—¿Qué haces aquí? —terció con una voz quebrada como una rama, violenta y entrecortada—. Parece que lo conseguiste, ¿no?

—Y tú. Estás en Ara. Ya eres libre.

Guardó silencio un momento. Luego la ira descendió sobre su cara como un manto de fuego y los músculos de alrededor de la nariz perdida se contrajeron para formar lo que habría sido una cara de desdén, con aquel labio partido fruncido. Siempre había apreciado a Vos por su descarado entusiasmo, por la forma en que todas las emociones danzaban por su rostro, iluminadas de colores. Ahora, la oscuridad de su rabia y de su angustia le cruzaba el semblante con idéntica intensidad.

—¿Libre? —me espetó—. ¿A esto lo llamas ser libre?

—Estás en el territorio de los magos más poderosos del mundo. Ellos te pueden ayudar. —Le acaricié la mano, la mente—. No te vas a quedar así. Te lo prometo.

Confiaba en no estar mintiéndole... otra vez.

—¡Esto me ha pasado por tu culpa! —me soltó, zafándose de mí —. ¿Se te ocurrió pensarlo siquiera cuando me mentiste aquel día? ¿Pensaste en lo que me harían al descubrir que no estabas?

«Sí, lo pensé». La respuesta se me agrió en la garganta. ¿Eso hacía que fuera mejor o peor? ¿Importaba acaso?

Se me empañaron los ojos.

—Cuéntame qué pasó.

—¿Qué crees tú que pasó?

Un interrogatorio, cuando Ahzeen se dio cuenta de que Vos había sido testigo de lo ocurrido y era un elemento esencial de la historia sangrienta que quisiera contar. Un castigo, por la incompetencia de Vos y su posible traición. Seguramente una mezcla de ambos. En lo tocante a la vida de los esclavos, los threllianos no se lo pensaban dos veces.

—Lo siento muchísimo, Vos —le susurré—, lo siento muchísimo. — Entonces me incliné hacia delante y miré tan fijamente sus ojos ambarinos que nuestros rostros casi se tocaron, aquellas terribles cicatrices de su cara dolorosamente cerca de mí—. Por favor, Vos, dime qué ha sido de Serel. ¿Dónde está?

No creía posible que la rabia se incrustara aún más en las facciones de Vos, pero así fue.

—Lo mandaron a luchar en la mierda de guerras de Ahzeen. Antes de detenerme a mí. Antes de interrogarme. Así que no vi cómo se lo llevaban a rastras después de que lo delatara. —Estaba anonadada. Sus ojos se clavaron en los míos—. Fuiste tú, ¿a que sí? —susurró furioso—. O tú o él. Sé que lo hicisteis vosotros. —Dejó caer la cabeza en la almohada, como si toda la energía lo hubiera abandonado de pronto y le hubiese dejado solo un residuo de furia —. Se lo conté todo. Tampoco eso los detuvo. La verdad les daba

igual. No buscaban un enemigo inútil como un pobre muchacho esclavo. Aspiraban a más. Pero lo delaté de todas formas. Y espero que, esté donde esté Serel ahora mismo, su nariz se esté pudriendo al lado de la mía.

Me miré las manos y, cuando volví a mirar a Vos, durante unos segundos, fue el rostro desfigurado de Serel el que me devolvió la mirada, furibundo.

—¡Vete! —me dijo Vos. Se dio la vuelta y me dejó mirándole el pelo cobrizo del cogote—. No quiero verte.



—¿Lo podéis curar?

En cuanto Zeryth salió conmigo y cerró la puerta, me puse a buscar una solución. Era lo único que podía hacer para no diluirme en un charco de dolor y pánico. Pero aún estaba aturdida y me temblaban las manos mientras las entrelazaba.

—Willa ha estado trabajando en ello, pero no es un caso fácil. Las cicatrices puede, pero lo de la nariz va a ser complicado, y los dedos los ha perdido.

—Tengo amigo solari, sanador, igual ayudará...

El arano se me resistía de pronto. Era como si aquella breve conversación en thereni hubiera devuelto mi conocimiento del léxico de Ara a su estado de hacía meses. O quizá fuera porque no podía pensar con claridad, porque no era capaz de pensar en absoluto.

—Podría venirnos bien —dijo Zeryth.

—De algo servirá. No voy a dejarlo en ese estado.

—Haremos todo lo posible, por supuesto.

«Todo lo posible». ¿Cuántas veces me habían dicho eso? ¿Lo decían en serio? ¿Significaban algo esas palabras?

Me detuve en seco y me volví hacia Zeryth.

—¿Cuándo vamos a Threll? —Zeryth enarcó sus cejas blancas—. Esto no es solo por Vos —le dije—. Hay muchísimos esclavos heridos, como él. Tú lo has visto, ¿no?

—Por desgracia.

—No lo pienso tolerar —sentencié, negando rotundamente con la cabeza.

—Puedo mandar aviso a través de nuestras redes para que localicen a tu amigo y lo saquen de allí cuanto antes...

—¡No se trata solo de él! —repliqué, más bruscamente de lo que pretendía, pero se me amontonaban dentro los nombres y los rostros, y me afilaban las palabras.

Aquello era mucho más que Serel, que Vos, que yo. Por cada uno de nosotros había muchísimas almas igual de rotas, miles que sufrían, amaban y padecían tanto como nosotros. Y por cada Esmaris, por cada Ahzeen, había centenares de señores de Threll que enviaban a otros a la guerra, abusaban de ellos o los azotaban como si no fueran más que trozos de carne.

Me sacudió de pronto una oleada que amenazó con tumbarme.

—Hay muchísimos más. No podemos permitirlo. No tienen recursos. —Miré a Zeryth y suavicé la voz—. Pero nosotros sí.

Él frunció el ceño.

—¿Cómo que nosotros?

—Eres lo bastante fuerte para hacerlo.

Con la de cosas que eran capaces de hacer los hombres por su ego... Si podían destrozar países, a lo mejor también podían usarlo para algo bueno.

—No es tan fácil, me temo —contestó, meneando la cabeza.

Lo dijo sin darle importancia, como el que rechaza una invitación a una cena en vez de justificar la muerte de miles de inocentes.

—¿Y qué hacemos, entonces?

—Tisaanah...

—¿No vamos a hacer nada? ¿No vas a hacer NADA?

«Nada —me susurró una voz—. ¿Como cuando conociste a una hermosa adolescente esclavizada por un hombre perverso que le cuadruplicaba la edad y la dejaste allí?».

Zeryth se puso muy serio.

—Ahora mismo estás aquí, en la Torre de la Medianoche —me dijo con sequedad—. Eso no es *nada*.

¿Qué quería decirme con eso? Yo había llegado hasta allí arrastrándome, me había sometido a sus exigencias. ¿Qué había hecho él por ayudar? ¿Mandarle una carta aduladora a Nura? ¿Traerse a un esclavo herido que, de todas formas, a Ahzeen ya no le servía de nada?

Pero solo con mirarle una vez la cara me bastó para controlar la rabia. Demasiado lejos. Estaba yendo demasiado lejos.

—P-perdona... Tienes razón —dije, dedicándole una pequeña sonrisa tierna, femenina—. Has hecho muchísimo por mí. No se me olvida.

Durante un segundo, me miró con frialdad por encima del hombro y se me encogió el corazón de pensar que, por mi incapacidad de controlar la rabia, hubiera echado a perder una de mis mayores ventajas. Luego su expresión se ablandó y yo suspiré tranquila.

—Te hemos sacado de allí —me dijo, poniéndome una mano fuerte en el hombro—. Es un comienzo. Ten paciencia, Tisaanah.

«¿Te hemos sacado?». Me saqué yo sola. Me sacó Serel. Y Vos ha pagado por ello con algo más valioso que su vida.

«No es suficiente —estuve a punto de decirle—. Nunca es suficiente».

Pero, en cambio, lo miré con los ojos muy abiertos.

—Paciencia —repetí.
Y la palabra me supo a sangre y a traición.

32

Después de eso, ni siquiera me atreví a abrir la boca, por miedo a lo que se me pudiera escapar. Me contuve, moderada, al volver con Max al vestíbulo, al asentir educadamente cuando Willa me invitó a no sé qué baile, fiesta o cualquier otra frivolidad —no estaba prestando atención—, y cuando Max y yo salimos de aquellas torres opresivas al aire fresco casi otoñal.

—Ahora que ya he batido mi récord de tiempo dedicado a socializar de los últimos cinco años, si quieres podríamos seguir la racha y hacer esa salida para celebrar de la que hablamos —me dijo Max, señalando con la cabeza la ciudad y la actividad que bullía monte abajo—. Tomarnos una copa o tres, hablar de las múltiples razones por las que esa prueba ha sido una chorrada...

Lo dijo con una ternura velada, un aire de súplica en la voz que me dejó claro que sabía que algo no iba bien.

—No, gracias.

—¿Quieres que...?

—No —lo interrumpí, más bruscamente de lo que pretendía—. Solo quiero volver a casa. Por favor.

«Volver a casa».

Ni siquiera sabía de qué casa hablaba, si de la casa de Max, de mi cuarto en la hacienda de Esmaris, de mi casita en el pueblo, al abrigo de la seguridad de mi madre, a la casa de la ciudad nyzerense que apenas recordaba... A todas ellas. A ninguna.

Solo sabía que, cuando me derrumbara, no quería estar allí, a la sombra reprobadora de las torres.

—Claro —murmuró Max.

Cerré los ojos, oí el crujido agradable de la pluma sobre el papel y, al abrirlos, encontré flores. Solo ver aquellas plantas silvestres y retorcidas bastó para hacer reventar de golpe todos los nudos prietos que llevaba dentro.

Me hinqué de rodillas en la tierra.



Max escuchó en silencio las palabras que brotaron de mí. Con cada una, apretaba más la boca, se le endurecía más la mirada, se le arrugaba más el puente de la nariz.

—Te están tomando el pelo, joder —dijo sereno cuando terminé—. No se lo consientas.

Me llevé las rodillas al pecho y las agarré con dedos temblorosos. Aún tenía todos los músculos tensos, como si retuviera algo desagradable que no pudiese dejar aflorar a la superficie.

¿Me estaban tomando el pelo? ¿O es que simplemente no pensaban en mí ni en nadie como yo en absoluto?

—¿Y por qué iban a hacer algo así?

—No sé, pero ¿eso? ¿Lo que te han hecho durante el examen...? —dijo, meneando la cabeza con una rotundidad que valía más que una sarta de improperios.

—Tenían que ponerme a prueba —contesté tranquila—. Y lo he conseguido.

—Da igual. Ha sobrepasado con creces los límites de un examen normal. Fuiste mejor de lo que esperaban, pero eso no quita que hayan intentado perjudicarte.

—No me preocupa.

Max soltó un fuerte resoplido.

—O sea, que a ti ¿todo esto te parece bien? ¿Te parece bien que te humillen de ese modo? ¿Que Zeryth te abandonase cuando eras esclava pese a que no le habría costado nada sacarte de allí? ¿Te parece bien que te manipulen con un juego estúpido? Ha intentado, literalmente, ponerte de rodillas. Eso es degradante de cojones. ¿Y a ti te parece bien?

No, no me parecía bien. Me tragué la oleada de ira.

Pero...

—No puedo cambiar lo que hacen ellos, solo lo que piensan de mí.

—Ya, porque hasta ahora la amistad de Zeryth Aldris te ha servido de mucho.

Me dolía la cabeza. Me dolía el corazón. Apoyé las manos en el suelo y me empapé del frescor de la tierra mojada.

—Necesito su favor, ya lo sabes.

Max se me quedó mirando un buen rato, y un fuego frío le brotó de los ojos. Se levantó, se paseó, cruzó los brazos. Y luego se volvió hacia mí.

—¿Sabes lo que no entiendo de ti a veces, Tisaanah? ¿Cómo es que no estás cabreadísima?

Me dieron ganas de reír. ¿Que cómo no estaba cabreada? No estaba cabreada porque dedicaba buena parte de mi ser a convertir esa energía en otra cosa, y me la metía tan al fondo que me forraba el interior de la piel.

—Solo puedo controlarme a mí misma, nada más. Nadie me debe nada.

—No, ¡no! ¡Claro que te deben algo! Te deben un poco de decencia humana —dijo resoplando, con los dientes apretados—. A veces... a veces te miro y me alucina lo mucho que te ha fallado la

gente, joder. ¡Te han fallado por completo! Es que me enferma, pero ¿a ti? ¿Cómo puedes mirarlos y no querer arrancarles los ojos?

—Esto no va de mí —repliqué—. Quiero que cambien las cosas. Y para eso debo servirme de las herramientas que tenga.

—De las herramientas que tengas...

—Sí.

—¿Y qué herramientas son esas? ¿Qué herramienta estás usando? Tú eres más que el valor que tengas para los hombres poderosos, Tisaanah, y esas personas te van a usar y luego te van a tirar.

Inspiré tan hondo que el aire me cortó desde la barbilla al ombligo.

Lo noté. Noté que me estaba criticando. Conocía bien esa sensación, de los cuchicheos en los pasillos y en los rincones, del tono empalagoso de todos los hombres para los que había bailado. La conocía tan bien que detectaba su olor en cuanto asomaba la cabeza a leguas de distancia.

Me levanté de un brinco, con los puños apretados.

—¡Eso no es cierto! —exclamé—. ¡No tenía otra cosa, Max! El valor que me atribuían los hombres poderosos es la única razón por la que sigo viva. ¡Así que no te atrevas a hablar así de mí!

Le cambió enseguida la cara y quiso rectificar.

—No, yo...

—Tú no eres quién para decirme cómo debo sentirme con lo que me ha pasado. Además, ¿de qué me sirve cabrearme? ¿Para qué me vale la rabia? ¿Para ahogarme en ella? ¿Para tener una excusa para no hacer nada con mi vida?

Cerró la boca. Apretó los labios. Lo había ofendido, se lo noté en la cara, fugazmente, y luego sentí el eco en mi pecho.

—Deduzco que estás pensando en alguien en concreto —me dijo muy seco.

Se hizo el silencio. Nos miramos, deseando los dos poder tragarnos nuestras palabras. La sangre empezó a bombearme en los oídos, ahogando mi voz.

Así que me alivió que fuese Max quien hablara primero.

—Yo nunca, jamás, te criticaría. Lo que he dicho ha sido una sandez. —La mayoría de la gente miraba a otro lado cuando se disculpaba, pero Max no. Me miró directamente a los ojos, inquebrantable, esbozando una sonrisa—. Perdóname.

La vergüenza era una expresión poco corriente en su rostro, una que le suavizaba sus rasgos afilados. Lo vi... triste. Tan agotado como yo.

Lo observé, me bullía dentro una pregunta.

Una vez, en Threll, iba paseando por las lindes de la hacienda de Esmaris y me topé con un pájaro muerto en la calle. Le había pasado por encima una carreta, justo por el centro, y las lustrosas alas negras con las puntas de un rojo fuego habían quedado incrustadas en el adoquinado blanco. Me arrodillé a su lado y examiné la belleza macabra de aquella sangre del día anterior sobre las plumas negras y resplandecientes, la grotesca simetría de su cuerpo aplastado contra la calzada. Lo imaginé allí plantado cuando la rueda le había pasado por encima y me pregunté: «¿Cómo llegaste aquí, pajarillo? ¿Por qué no saliste volando?».

A veces me sorprendía mirando a Max, a las secuelas de todas las cicatrices ocultas que le poblaban el cuerpo y la mente, y me preguntaba algo parecido: «¿Qué pasó? ¿Por qué no saliste volando?».

—Tú quieres que odie las Órdenes tanto como tú —mascullé—, pero no quieres contarme por qué. ¿Qué te han hecho?

Suspiró por lo bajo.

—No te puedo contestar a eso.

—No quieres.

Me miró un buen rato, pensativo, con el ceño fruncido.

—Tienes razón: soy un desastre. Lo sé. No te lo discuto. —Se encogió de hombros. Su desenfado forzado no hacía más que subrayar el peso áspero de su voz, que no era precisamente desenfadada—. No hago nada porque ya lo hice todo y fracasé. Y no podía más. No podía seguir haciéndolo.

«No podía seguir haciéndolo». Notaba algo así en mis propios huesos. El peso aplastante de la desesperanza. Miré hacia abajo y contemplé las hojas que me tapaban los pies. El musgo de las piedras me recordó a las quemaduras en el rostro a Vos; los huecos de entre las hojas, los que le había dejado a él la pérdida de la nariz.

Noté unos dedos que me levantaban la cabeza por la barbilla, que me elevaban la vista. Max me miró con una grave determinación.

—Pero creo que tú eres mejor y más fuerte que yo en todos los sentidos. Esa es la verdad. —Se me hizo un nudo en la garganta. Esperé a que me soltara la barbilla, pero no lo hizo—. No dejes que te ignoren, Tisaanah. Eres mejor que ellos. Deberían tenerte pánico. Asústalos. ¡Cabréate!

Parpadeé y lo vi todo, ¡todo!, en aquellos segundos de oscuridad: todos los sombreros de ala ancha de los esclavistas, todos los latigazos de Esmaris, todas las sonrisas condescendientes de Zeryth, todas las heridas que desgarraban el cuerpo de Vos. Me clavaban sus garras, me arañaban el corazón como fantasmas desesperados.

Respondí con el aliento entrecortado.

—No puedo. No puedo.

—¿Por qué?

«Porque es demasiado».

«Porque la furia me paraliza».

«Porque la última vez que me cabreé sentí cómo la vida de un hombre se marchitaba en mis manos».

Abrí los ojos y miré los de Max, empañados y azules, un reflejo de los míos.

—Porque, como me permita cabrearme, no voy a parar nunca.

Se me acercó, tanto que su nariz rozó la mía, tanto que podía contarle las pestañas, tanto que sentí su aliento cálido en mi rostro cuando sonrió y dijo, con la ferocidad del humo y del acero:

—¡Genial!

33

Me encontraba a la entrada de las torres, preparada para la batalla, viendo cómo refulgía el perfil de la capital con la luz tenue y endeble del crepúsculo. Traté de convencerme de que no estaba nerviosa aunque fuera mentira.

Estaba sola, de momento. Max me había dejado un estratagrama para llegar a las torres, pero me había dicho que tenía que hacer unos recados y que nos veríamos allí más tarde. Casi lo prefería. Me costaba menos prepararme sola. A lo mejor lo había hecho por eso, aunque dudaba que supiera exactamente lo que me proponía.

Me di la vuelta y recorrí con la vista el esplendor deslumbrante de las torres. Estaban tan bien iluminadas que atravesaban el cielo como dos columnas de luz infinitas, con el cristal centelleando en el ocaso. Cada nivel estaba decorado ahora con racimos de flores desbordantes y tiras exuberantes de gasa reluciente.

Un poco excesivo, para mi gusto. Aun así, era asombroso todo lo que habían conseguido decorar desde el día anterior.

Oí una voz familiar que me llamaba y, al volverme, vi a Moth dirigiéndose hacia mí, seguido de cerca por Sammerin. Ambos iban impecablemente vestidos; incluso Moth, para sorpresa mía, llevaba una chaqueta cruzada de un brocado naranja muy llamativo y los rizos rubios repeinados, aunque fuera temporalmente, de una forma que quizá podía considerarse pulcra. Según se acercaba, vi que se había desgarrado el puño de una de las mangas. Estaba convencida de que al final de la velada la prenda acabaría destrozada.

—¡Qué guapo vas, Moth!

Agachó la mirada.

—Gracias. Tú también.

Miré a Sammerin, que le estaba dando alcance. Ciertamente podía impactar cuando se lo proponía. Siempre iba muy peripuesto, sí, pero esa noche, con el abrigo ceñido de seda ambarina y una capa de terciopelo negro cayéndole por un hombro, estaba absolutamente impresionante. Confiaba en poder ser testigo de sus célebres coqueteos. Desde luego, vestía para la ocasión.

—Y tú, Sammerin.

—Gracias. —Hizo una pausa para escudriñarme y me pregunté si debía ofenderme la leve sorpresa que asomó a su rostro. Decidí que no cuando dijo sin más, en voz baja y suave—: Tú estás preciosa.

Me miré el atuendo, la seda rojo sangre que me abrazaba todo el cuerpo hasta el suelo, con una falda lo bastante liviana y vaporosa como para que flotara alrededor de los pies cuando me movía. Un tejido ligero se deslizaba por mis hombros y caía en forma de escote pronunciado de carmesí fluido, todo ello sujeto con una cadena abrochada al cuello. El colgante que Max me había regalado lo llevaba anidado en la clavícula.

Dediqué a Sammerin una pequeña sonrisa de agradecimiento y luego di una vuelta en círculo, despacio. Cuando volví a tenerlos de frente, vi su cara de asombro, y eso me hizo sentir muy satisfecha.

A fin de cuentas, ese era mi objetivo.

Llevaba la espalda al descubierto, exhibiendo la topografía completa de mis cicatrices sobre la piel manchada. El tejido caía tan abajo que, cuando soplaba el aire, se me erizaba el vello de los hoyuelos de la zona lumbar, pero la decencia me daba un poco igual. Quería que lo vieran todos los que se negaban a escuchar. Por eso había escogido el vestido más sencillo que había encontrado y lo

había ido recortando hasta conseguir que se vieran todas y cada una de mis heridas: había retirado la parte inferior de las mangas para enseñar las cicatrices de los antebrazos y había bajado los hombros para resaltar los picotazos de la base del cuello... Hasta me había recogido el pelo para no tapar nada de todo aquello.

¿Que me querían ignorar? Genial, ya les enseñaba yo lo que estaban ignorando, lo que implicaba su complacencia.

—¿Qué te ha pasado... en... en la espalda? —preguntó por fin Moth con la voz quebrada.

—Era esclava antes de venir a Ara. ¿No lo sabías?

—No... lo sabía —contestó espantado.

—Y esto me lo hicieron cuando intenté comprar mi libertad.

Cerró la boca y frunció un poco los labios, como pensativo a la vez que de pronto consciente de lo que eso significaba, como si nunca se le hubiera ocurrido que pudieran existir cosas así en el mundo. Me pregunté cómo sería eso: vivir una vida tan resguardada de semejante fealdad que solo el concepto te sobresaltara.

—Yo creo que estás muy bien de todas formas —dijo en voz baja.

—Gracias, Moth.

Sammerin me estudió en silencio.

—Yo también lo pienso —terció, y me pareció ver un destello de satisfacción en su rostro—. ¿Vamos? —propuso después, señalando con la cabeza hacia las torres.

Mientras nos dirigíamos a las fatídicas puertas de oro y plata, me recoloqué la azucena blanca que me había puesto en el pelo. Era un adorno de última hora que había robado del jardín antes de salir. Supuse que a Max no le importaría. Además, sin la flor me faltaba algo.

Qué poético, después de todo: llevar el sello de Esmaris al tiempo que exponía todas las cosas terribles que me había hecho. Como si

lo llevara conmigo, susurrándole furiosa al oído: «Mira, mira todo lo que no has conseguido destruir. Mira lo que ha generado tu crueldad».



Notaba que me miraban. Lo notaba como si me rozaran la piel con los dedos, me acariciaran la cara, me pasaran las manos por aquellas cicatrices feísimas.

«Bien».

El vestíbulo de las torres se había transformado por completo. Todas las superficies estaban forradas de tapices y flores, y la luz de cientos y cientos de velas danzaba en ellas. Ambos lados de la entrada se unían en un salón inmenso: el oro de la Torre del Alba, a un lado, se fundía con la plata de la Torre de la Medianoche, al otro. Impregnaba el aire una música que venía de todas partes y de ninguna a la vez, y se mezclaba con las voces y con las carcajadas algo ebrias. El mural de Rosira y Araich se alzaba imponente sobre todo ello, con los rostros mirando hacia abajo, como si observaran con desenfado las celebraciones.

Habría varios centenares de personas allí, todas impecablemente vestidas, aunque la mayoría de forma más recatada que yo. Pero mejor para mí: con mi piel de fragmentada, mi vestido rojo y mis cicatrices destacaba tanto como quería.

Moth se perdió entre la multitud casi de inmediato y empezó a deambular por allí, explorándolo todo fascinado, con los ojos como platos. Sammerin ni se molestó en detenerlo.

—Sé que va a terminar metiéndose en algún lío —me dijo, encogiéndose un poco de hombros—. ¿Para qué resistirse a lo inevitable?

Reí, porque, en efecto, así era.

—¿Están aquí todos los miembros de las Órdenes? —pregunté.

—¡Qué va! Hay muchos que han preferido no venir. Estas cosas se hacen un poco tediosas, año tras año.

A veces era fácil olvidar cuántos magos había en el mundo.

Cuando volví a mirar a Sammerin, vi que había clavado los ojos al otro lado de la multitud. Seguí su mirada hasta una mujer que estaba cerca de la pared, sosteniendo una copa con sus dedos finos, y que de vez en cuando lo miraba entre ondas de color castaño.

—Ve, no te preocupes por mí —le dije, dándole un empujoncito en el hombro.

—¿Que vaya adónde?

Enarqué una ceja.

—Ve.

Se lo pensó un poco, reprimiendo una sonrisita.

—Los eventos de las Órdenes son particularmente peligrosos.

—Yo también —respondí sonriente—. No me asusta.

—Has venido vestida para matar. —Se adentró en la multitud, luego titubeó y se volvió hacia mí—. Seguro que Max no tarda en llegar —añadió, levantando la voz por encima del murmullo de la fiesta.

—¿Tú crees?

Max me había dicho, un poco a regañadientes, que asistiría a la fiesta si yo lo hacía, pero, una vez allí, no me lo imaginaba *existiendo* en semejante entorno.

—Uy, no se lo va a perder —replicó Sammerin, y vislumbré en sus ojos aquel brillo indescifrable que ya conocía bien, antes de que se disolviera entre la muchedumbre.

Cuando me quedé sola, exploré de nuevo el salón. Ahora que miraba, no me costó localizar a Zeryth: toda la estancia parecía

inclinarse hacia él, como si fuera el centro de gravedad en torno al cual giraba aquel asunto. Se encontraba cerca del inmenso mural, charlando con entusiasmo. Emanaba esa luz de quien está en su elemento y, vestido con una chaqueta de corte impecable forrada de seda blanca e hilo de plata, que centelleaba a la luz de las velas, lo parecía, desde luego.

Nura, en cambio, estaba sola y apartada, tomando una copa. Su vestido era una adaptación casi cómicamente fiel del atuendo que llevaba a diario: blanco, de cuello alto y mangas largas que ceñían sus brazos esbeltos, y una falda que le llegaba hasta los pies.

Me adentré en la multitud. La gente se volvía hacia mí y sus miradas iban seguidas de inmediato por aspavientos de horror al verme la espalda.

—¿Has visto eso? —oí a un hombre susurrarle a su acompañante. Yo contuve una sonrisa furiosa de satisfacción.

«Miradme», les ordené. Todos obedecieron. Percibí cada uno de aquellos ojos.

Pero sobre todo los de Zeryth.

Y cuando me di la vuelta y fingí sorprenderme al ver que me miraba a los ojos, le dediqué una sonrisa maligna y deslumbrante.

—Zeryth —ronroneé, a modo de saludo—. Baila conmigo.

Puse en marcha mentalmente mi metrónomo maltrecho y empolvado, y confié en recordar los pasos de baile después de tantos meses.

—Encantado —me contestó.

Yo ya me había colgado de su cuello antes de que terminara de decirlo. Él llevó la mano a mi cintura. Con un movimiento suave, me sacó a la pista de baile. Me sorprendió lo rápido y fluido que fue todo, como si fuéramos dos estrellas que chocaran y salieran

disparadas. Y si antes la gente se me quedaba mirando... Bueno, ¡ahora estaban boquiabiertos! Perfecto.

«Un, dos, tres...».

Zeryth llevaba la melena blanca recogida en una coleta a la altura del cogote, con unos mechones sueltos que le danzaban por la cara cuando se movía. Me sonrió.

—Siempre supe que algún día te vería en una de estas cosas. Y estás tan deslumbrante como te imaginaba.

«Cuatro, cinco, seis...».

Le devolví la sonrisa con otra, que rescataba y desempolvaba por primera vez en mucho tiempo.

—Yo también estoy muy contenta de haber logrado llegar aquí. Es una oportunidad que muchos como yo jamás tienen.

El semblante de Zeryth —siempre la viva imagen del encanto y la simpatía— apenas se alteró, pero yo noté que me apretaba un poco con los dedos la parte inferior de la espalda, como si fuera de pronto más consciente de mis cicatrices.

—Lamento no haber podido darte ayer la respuesta que esperabas. Tu amigo cuenta con toda mi compasión.

—Muy amable de tu parte. Deberíamos estar agradecidos de que el archicomandante nos tenga en su pensamiento. —«Un, dos, tres...». Dimos vueltas por el salón, moviéndonos tan rápido que la multitud se me emborronaba a la espalda de Zeryth. Yo, mientras, esbozaba una sonrisa tan falsa que pensé que se me iba a resquebrajar—. ¿Qué más se puede pedir?

Titubeó un instante.

—Bueno... —empezó.

—¿Qué más podía haber pedido, Zeryth?

Se me esfumó la sonrisa, pero la suya solo se agrió un poco.

—Te habría sacado de allí si hubiera podido, Tisaanah —me dijo.

—Dudo que eso sea cierto.

—Yo...

Pero las palabras me brotaron de la boca como lenguas de fuego.

—Yo creo que te agradaba la forma en que te miraba cuando apenas tenía catorce años y eras lo único que conocía del mundo que había más allá de Threll. Creo que eso te hacía sentir bien, y que yo te gustaba. Pero dudo que quisieras sacarme de allí ni que eso te preocupara.

—La situación es complicada.

—Puede ser, pero, en cualquier caso, mi vida no valía lo suficiente para que te tomases tantas molestias. Es lo que hay. Pero no me mientas. Estoy harta de mentiras y de teatro.

Zeryth contrajo una ceja. Sin apenas avisarme, me hizo girar de repente. Logré mantener el equilibrio mientras daba vueltas. Luego me atrajo hacia él e inclinó su cara hacia la mía.

—¿No es eso lo que estamos haciendo ahora?, ¿teatro?

«Cuatro, cinco, seis...».

—El teatro muestra a la gente una mentira agradable —repliqué—. Lo que yo le estoy enseñando esta noche es una realidad desagradable.

El aliento fresco de una carcajada me acarició la mejilla.

—No veo nada desagradable por aquí.

Reí yo también.

—Eso es porque no estás mirando bien, Zeryth.

—Ah, ¿no? —Se apartó lo justo para mirarme a los ojos, con una ceja enarcada—. Tú y yo somos muy distintos. Muchas de las personas a las que ves por aquí hoy nacieron con privilegios, incluido tu maestro. Tenían el mundo en sus manos. Tú y yo debemos luchar por alcanzarlo. Cuando te miro, veo a una vencedora. —Lo siguiente

me lo dijo más cerca y me reverberó en el oído—. Y eso es hermosísimo, Tisaanah.

Por primera vez, permití que la expresión de desdén que me bullía por dentro me asomase a la cara.

—Esto no es un juego, Zeryth —le dije—. Llevo en la espalda veintisiete cicatrices de la noche en que quise comprar mi libertad y Esmaris me recompensó intentando matarme a latigazos. Me pegaron, me violaron, estuve a punto de perder la vida. Lo llevo escrito en el cuerpo y en el alma, igual que tú llevas escrito el remordimiento en los tuyos aunque no quieras verlo. Pero no puedes ignorarlo. Ni yo tampoco. Ni ellos, porque no se lo voy a permitir —dije, levantando una mano para señalar a la multitud que se agolpaba alrededor.

La expresión de Zeryth se mantuvo serena, inalterable, pero algo asomó a su rostro, una especie de chispa de placer que no fui capaz de descifrar ni comprender, cuando dijo:

—Yo nunca te he ignorado.

—No, tú prefieres verme de rodillas.

—Tenía que ponerte a prueba y la superaste.

«Ponerme a prueba, ¿para qué? —me dieron ganas de preguntar—. ¿Qué podía justificar algo así?». En cambio, me limité a decir:

—No me hace falta que te disculpes por el pasado. Solo tengo una pregunta para ti: ¿qué vas a hacer para ayudarme a evitar que otros sufran mi destino?

Y entonces ocurrió: se le quebró la fachada serena e impasible, aunque lo ocultó con un disimulo tan exquisito que casi no lo vi.

—Tisaanah, lo...

Pero antes de que le diera tiempo a terminar la frase me acerqué a su oído y, en un susurro furioso que crepitó en el aire, le dije:

—Me da igual que lo sientas.

«Cuatro, cinco, seis y...».

Y girando escapé de él y me adentré en la multitud. No miré atrás, no me hizo falta para saber que me miraba. Los espectadores me abrieron paso mientras huía de la pista de baile. También ellos me miraban.

Se dibujó en mis labios una leve sonrisa de satisfacción.

Y entonces miré al fondo del salón y vi de inmediato una figura familiar, una que reconocí de inmediato a pesar de la muchedumbre que nos separaba.

Como si notase mi mirada, Max apartó la vista de la persona con quien mantenía una conversación que muy probablemente habría preferido evitar. Y entonces me vio y su cara de hastío contrariado se disolvió en una pequeña sonrisa cómplice que —yo lo sabía bien— era solo para mí.

Y sin pensármelo, se la devolví.

34

Max abandonó a su interlocutora tan bruscamente que me pareció que ni siquiera se despedía y enseguida caminó hacia mí, abriéndose paso entre la multitud. Cuando se puso en pie, incluso a aquella distancia me dejó algo atónita su aspecto. Vestía una chaqueta de seda morada que parecía carísima, meticulosamente adaptada a su figura, con botonadura dorada y adornos de hilo de oro que resplandecían a la luz azul titilante de la fiesta. Llevaba el pelo inusualmente domesticado, repeinado y con raya.

Al principio, me impresionó tanto que casi no reconocí en él a mi amigo cascarrabias y algo desaliñado, pero, cuando nos acercamos, reparé en una serie de pequeñas extravagancias: se había desabrochado un botón de más en la chaqueta y llevaba el cuello retorcido por un lado, un mechón de pelo rebelde se le había escapado ya de los afeites que lo mantenían en su sitio, la camisa blanca estaba algo arrugada...

Me encantaban aquellas pequeñas peculiaridades.

Me encantaba todo.

—Gracias por darme un motivo para escapar, lo estaba necesitando —me dijo en cuanto nos refugiamos en un rincón tranquilo.

Estábamos más o menos apartados, aunque todavía nos perseguían algunas miradas, no sé si por mis cicatrices o por su reputación. Quizá por las dos cosas.

—Llegas muy tarde. No estaba segura de que fueras a venir.

—Pues claro que iba a venir.

Vi que se le fruncían los ojos, solo un poco. Y que luego me sostenía la mirada un momento, antes de fijar la vista en otro lado.

«Uy, no se lo va a perder», me había dicho Sammerin con aquel brillo misterioso en la mirada.

Entonces volví a pasear la vista por el cuello de Max, por los hombros, por las mangas, arrugadas como si se las hubiera subido hasta los codos y después se las hubiera estirado precipitadamente. Y luego alargué el cuello para escudriñar a su contertulia, que se había quedado sentada sola, incómoda.

—Era guapa —le dije.

—No me he fijado.

Yo sí.

Y también había observado cómo Max recorría mi cuerpo con la mirada, de arriba abajo, de abajo arriba.

—Muy inteligente —me dijo, con exagerado desenfado—. Lo del vestido, digo.

Batí las pestañas.

—Ah, ¿sí? ¿Eso es lo único que se te ocurre?

—No finjas que necesitas que te adule —contestó—. Sabes de sobra que estás guapa. Por lo visto, lo sabe todo el mundo —añadió, mirando por encima de mi hombro y enarcando las cejas. Me di la vuelta y vi a un grupito que nos miraba demasiado para que fuese accidental y después apartaba la vista apresuradamente—. Me parece que estás causando sensación —dijo. Y entonces se volvió hacia el hervidero de personas que rodeaban a Zeryth y, quizá fueran imaginaciones mías, creí notar un cambio en su tono de voz cuando señaló—: Lo del baile también ha sido muy inteligente. Menudo numerito habéis montado los dos.

—No sé si habrá funcionado, si me hará caso.

—Como poco, has conseguido llamar bastante la atención. No se puede contar con que Zeryth demuestre de pronto un poco de decencia moral, pero, si lo que te proponías era concienciar, estás haciendo progresos.

Progresos. ¿Bastaba con eso?

—Aún no he terminado —murmuré.

Un amago de sonrisa asomó a los labios de Max.

—No esperaba menos.

Pasamos un buen rato así, allí de pie, hombro con hombro, estudiando la fiesta. El bullicio era cada vez mayor; la música, más agresiva; el olor a perfume y a piel, más penetrante.

Vi una cara conocida en un extremo de la pista de baile y sonreí.

—Mira —dije, dándole a Max un empujoncito con el hombro.

Al fondo del salón se paseaba nervioso Moth, con las manos cogidas de forma extraña a la espalda, lanzando miraditas a una valtaina guapa con un vestido rosa atroz.

—¡Por todos los Ascendidos! —gruñó Max—. No lo hagas, Moth, que las valtainas dan muchos problemas.

Reí.

—¿Yo también?

—Sobre todo tú.

Vimos a Moth acercarse a la chica y, tras una breve conversación —tan incómoda que hizo que me encogiera—, se dirigieron juntos a la pista de baile.

—Algún día —sentenció Max como si nada—, recordará este momento como el principio de su perdición.

Resoplé.

—Lo que pasa es que te da envidia porque nadie bailó contigo a su edad.

—Solo una pobre ingenua —contestó, y yo busqué sin darme cuenta a Nura, al fondo del salón—. Pero lo cierto es que, por entonces, estaba un poco rechoncho y no era ni la mitad de arrebatadoramente guapo que ahora.

Pronunció aquellas palabras con una capa pegajosa de sarcasmo, pero, cuando me miró un segundo, se me hizo un nudo en la garganta, un nudo que no acababa de entender. Hubo algo en su forma de mirarme, cargada de interrogantes no dichos, con las luces azules danzándole por la cara y el calor irradiando de su piel aun a cierta distancia, que me encendió las entrañas.

—Hay mucho ruido aquí —le dije—. Ven afuera conmigo —añadí, señalando con la cabeza las puertas abiertas que conducían a los jardines y los acantilados.

Nos colamos entre la multitud y salimos. Con la puesta de sol, se había levantado una niebla densa; aquella bofetada de aire fresco y húmedo fue como meterse en una nube. Paseamos en silencio por los caminos serpentinos, cruzándonos cada vez con menos invitados. Hasta que al final nos quedamos solos, en un patio de piedra que se abría a los acantilados y al mar.

La bruma era tan espesa que difuminaba la luna y la convertía en un manchurrón y desdibujaba la línea que separaba el cielo del mar. Las torres se alzaban tristes a nuestra espalda, con las cintas de gasa ondeando agitadas por la suave brisa marina. La música se colaba por la niebla en forma de ecos lejanos.

Seguíamos a la sombra de las torres, pero la fiesta parecía muy lejana. Y, sin embargo, incluso en aquella absoluta soledad, en aquella noche fresca, el calor se mantenía.

Contemplé el mar, evitando a propósito los ojos de Max, a sabiendas de que él me estaba mirando.

—Bailo fatal —le dije—. ¿Lo sabías?

—En Threll eras bailarina, ¿no?

—Sí, pero solo de memoria. Contaba los pasos. Es fácil si practicas lo suficiente. Ni siquiera me hacía falta música.

Rio.

—Por la fuerza bruta. Debí de haberlo supuesto. —Y al cabo de un segundo añadió—: Creo que es la primera vez que te oigo reconocer una debilidad en voz alta.

¡Por los dioses! Probablemente sí.

—Guárdame el secreto —le dije, mirándolo a los ojos y llevándome un dedo a los labios—. Y solo te lo cuento porque no quiero ponerme en ridículo cuando te pida que bailes conmigo.

Se hizo el silencio. Un silencio tan hondo que los vestigios lejanos de la música se fundieron con el latido de pronto ensordecedor de mi corazón. Max se quedó allí, muy tieso, con las manos cogidas a la espalda. Por una vez, no fui capaz de interpretar su expresión.

—O igual con los años esto te parece el principio de tu perdición... —le dije con ligereza.

—Mi... —Soltó un suspiro, una risa, y se metió las manos en los bolsillos para volver a sacarlas enseguida—. Mi respuesta depende de una condición.

—¿Cuál?

Dio un paso adelante y luego otro. Yo hice lo mismo, hasta que quedamos frente a frente y me cogió con su mano caliente la mía.

—Que no vale contar —me dijo.

—Solo por esta vez.

—Solo por esta vez.

Y de pronto tenía su brazo alrededor de la cintura, mis manos en sus hombros, mientras susurraba:

—Trato hecho.

Nos mecimos juntos, con cierta torpeza, al ritmo de la música lejana. Rocé un poco su mejilla con la mía. Olía a ceniza y a lilas, y al leve aroma de un mar remoto.

—No pensaba que me fueras a decir que sí —murmuré—. Creía que no estabas hecho para las habilidades sociales.

Rio por lo bajo, pero estábamos tan cerca que noté cómo reverberaba en sus músculos.

—Primero, estamos solos —replicó—, así que lo de *sociales* no procede. —Cierto—. Y segundo... —continuó, intentando hacerme girar suavemente, solo que no nos sincronizamos, tropezamos y su discurso quedó interrumpido por las carcajadas—, no hay nada de habilidoso en lo que estamos haciendo.

Muy cierto.

Me miró con las cejas enarcadas, como pidiéndome permiso para volver a intentarlo. Asentí y casi, ¡casi!, conseguimos un giro de verdad. Solo que resbalé con el suelo mojado y, al distraerme, me arrojé contra su pecho. Los dos soltamos un aspaviento por el impacto y aún no se había extinguido mi risa nerviosa cuando de pronto fui perfectamente consciente de la calidez que desprendía su cuerpo pegado al mío, de lo mucho que me gustaba ese calor, de cuánto me apetecía envolverme en él.

Me colgué de su cuello, Max me hizo bajar de espaldas y yo me acurruqué contra él. Me ardían todos los nervios del cuerpo, incendiados por el roce de su boca en mi mejilla, el más leve de los susurros en mi piel mientras avanzaba hasta mi oído.

—A lo mejor resulta que sí estoy hecho para esto —me susurró.

A lo mejor yo también. Hecha o deshecha. En aquellos momentos me daba un poco igual.



Al final, volvimos a la fiesta a regañadientes aunque ninguno de los dos lo reconociera en voz alta. Yo continué con mi teatro, reuniendo miradas de espanto y de horror del mismo modo que, en su día, había reunido moneditas de plata. Le contaba la verdad a cualquiera que tuviese la osadía de preguntarme, sin escatimar brutalidad, fealdad ni responsabilidades.

«No es suficiente. Nunca es suficiente».

Esas palabras me latían por dentro cuando Max y yo finalmente nos fuimos de la fiesta, mucho después de que las luces empezaran a apagarse, mucho después de que Sammerin y Moth y la mayoría de los invitados se retiraran. Desde nuestro baile de ensueño apenas habíamos hablado, hasta que volvimos a entrar al calor de aquel salón recargado.

En aquel entorno, vestida con mis mejores galas, de pronto me sentí ridícula. A Max debió de pasarle lo mismo, porque enseguida se remangó, se desabrochó otro botón y soltó un suspiro.

—Confieso, Tisaanah, que ha merecido la pena afrontar mi primer evento de las Órdenes en los últimos casi diez años solo por ver la cara que han puesto cuando has terminado con ellos.

—No he terminado con ellos. Apenas he empezado.

Me había pasado la noche cortándome en pedacitos para su consumo, obligando a la gente a reparar en mí, restregándole mi dolor por la cara, y tenía la sensación de haberme... agotado por dentro. ¿Y para qué? ¿Para ver sus miradas de espanto? ¿Con eso me bastaba?

«No es suficiente. Nunca es suficiente».

—El primer paso es obligarlos a hacer frente a la realidad —dijo Max, como si hubiera oído las dudas que me rondaban la cabeza—. A la gente le cuesta hacer eso, pero esta noche ha ocurrido, lo he notado. Hasta a Zeryth, y eso que suele tener la cabeza tan metida en su propio culo que no ve nada.

—Pero debo decidir qué hacer a continuación.

—Y lo harás. Sabes que no te lo diría si no lo creyera de verdad.

Max lo creía, yo sabía que era así. Y, por razones que no alcanzo a comprender, no le sostuve la mirada lo suficiente para que lo viera todo, en toda su hondura. En su lugar, le dediqué una sonrisa desganada.

—Ahora mismo lo que necesito es quitarme este vestido.

En cuanto pronuncié esas palabras, noté que mi propia frase me acaloraba y me pregunté si el oportuno parpadeo extra de Max y su discreto cambio de postura eran imaginaciones mías.

—Comprensible —se limitó a decir, en cambio—. Descansa un poco.

—Buenas noches.

Volví a mi cuarto y cerré la puerta. Me quité los incómodos zapatos y me llevé las manos a la espalda para soltarme los broches del vestido... y solté un gruñido de dolor. Unos pelos que se me habían soltado del moño durante la velada se habían enredado en el cierre de la nuca. Me peleé con él unos minutos más y luego, temiendo hacerme sangre, me rendí con un gesto de frustración y volví furiosa al salón.

—Se me ha enganchado.

Max soltó el libro que estaba leyendo.

—Se te ha enganchado.

—Sí, el pelo al vestido... —contesté, señalándome el cuello—. ¿Me... me ayudas...?

Se quedó allí pasmado, más de la cuenta. Y en ese tiempo se me pasó una imagen por la cabeza: sus manos y mi piel, la seda roja en el suelo... Meneé la cabeza para deshacerme de ella. «¡Por todos los dioses, Tisaanah, contrólate!».

—Pues vas a tener que ponerte a la cola de todas las demás mujeres que quieren que las desnude —contestó.

Puse los ojos en blanco, me di la vuelta y me levanté el pelo.

—¿No me he ganado el primer puesto?

Una risa por lo bajo.

—Supongo que eso es innegable.

Lo oí acercarse y, de pronto, tenía sus manos en la nuca. Sentí un hormigueo en el cuero cabelludo mientras suavemente, muy suavemente, me soltaba el pelo del cierre y me alisaba los mechones sueltos contra el cuello.

Parpadeé.

—Sujétate el pelo más arriba —me dijo con una voz un poco ronca.

Obedecí y se puso manos a la obra, convirtiendo la tensión en concentración absoluta.

—¡Por los Ascendidos! Pero ¿qué has hecho? Lo tienes todo enredado...

—¡Ayyy!

—Perdona, perdona, es que tengo que sacártelo de esta parte y... ¡La madre que...! Tienes un hilo suelto enredado aquí también. ¿Quién te ha cosido esta cosa?

—¡Tuve que hacer unos arreglos! —dije a la defensiva—. Y no soy muy buena... persona que cose.

—Costurera. Se dice «costurera». Aguanta, que tengo que...

Yo no estaba preparada para todas las sensaciones que me recorrieron por dentro a la vez cuando su aliento me calentó la nuca,

su boca tan cerca de mi piel que notaba el roce de sus labios.

Inspiré hondo.

El doloroso tirón de pelo desapareció.

Había roto el nudo con los dientes, entendí.

—Perdona —susurró—, lo he tenido que cortar.

Me solté el pelo y me agarré enseguida el vestido.

—¿Me desabrochas el de abajo también? —dije con un hilo de voz.

Llevó los dedos a mi espalda, al delicado broche dorado que tenía entre los omóplatos.

—¿Este?

—Sí.

Obedeció, pero dejó las manos allí y, con el pulgar, me dibujó un círculo suave que me produjo un escalofrío de la punta de los pies a la entrepierna.

—Te estaba pellizcando la piel. Tienes una marca roja.

Reí sin ganas, entrecortadamente.

—Seguro que queda de maravilla entre las cicatrices de mis otras batallas.

Volvió a pasarme el pulgar por la marca, luego dijo con una risa ronca:

—Si lo de esta noche ha sido una batalla, Tisaanah, has salido victoriosa. —Se me cortó la respiración—. Has sido despiadada.

Lo dijo casi en un susurro cargado de una especie de adoración, como si no supiera que estaba hablando en alto. Y se quedó allí, rozándome la espalda con los nudillos, como si de alguna forma extraña nos hubiéramos quedado atrapados en el tiempo.

Se me cerraron los ojos sin mi permiso. Confié en que no notase lo que me costaba respirar, ni que se me había puesto la carne de gallina.

No era ajena a las caricias. Eran una herramienta profesional, una de las armas que podía blandir para mantenerme con vida. Antes siempre habían sido una exigencia, una orden, un medio para llegar a un fin. Pero aquellas no. Aquellas eran un murmullo que me traspasaba las cicatrices de la espalda y que iba más allá de todas aquellas ofensas terribles, algo que existía solo en el aquí y el ahora, que no pedía nada a cambio.

¿Cuánto hacía que no me tocaban de ese modo, con un afecto desinteresado?

Mi cuerpo no sabía qué hacer, salvo rendirse, pedir más. ¡Y por los dioses que quería más!

Noté que se apartaba.

—No —le susurré sin apenas darme cuenta.

Un silencio. Noté de nuevo su aliento en la nuca, en la curva de la oreja.

—No, ¿qué?

«No pares. No pares nunca».

Volví la cara. Tenía la suya tan cerca que casi me rozó la mejilla con la nariz. El espacio que había entre los dos vibraba de tal forma que todo mi mundo se redujo a aquella escasa distancia en la que nuestro aliento se fundía. Me miraba fijamente, con los ojos penetrantes, concentrado, y sin embargo...

Sin embargo, lo conocía lo bastante bien para verlo.

Para ver que estaba tan aterrado como yo.

Me había pasado la vida suplicando que me miraran. «Mírame», ronroneaba a los hombres para los que bailaba. «Mírame», le había exigido a Esmaris en su último aliento. «Mírame», le ordenaba a todo el que me escudriñara la espalda maltrecha.

A todos y cada uno de ellos les enseñaba pedazos tan fragmentados como yo misma, trocitos bien escogidos de un todo.

Pero era allí, en la mirada de Max, donde se me veía entera, donde estaban todas las partes de mi ser, por dispares que fueran. Y nada me había inundado jamás de un pánico tan dulce y angustioso.

Miré su boca y me pregunté cómo sería mostrarle otra vulnerabilidad, otra verdad, permitirme ese anhelo.

«No, ¿qué?».

«No dejes de tocarme, de verme, de necesitarme».

Pero me obligué a sonreír de nuevo con desenfado.

—Que no me halagues —le solté—. No te pega.

Y entonces, de repente, se había ido. Se apartó tan bruscamente que me quedé allí plantada ante una ausencia súbita e inmensa.

—Deberías dormir un poco —me dijo demasiado rápido, y, mientras asentía con la cabeza, junté las manos para que no viera cómo me temblaban.

—Buenas noches, Max —murmuré.

—Buenas noches, Tisaanah.

Y sentí que no dejaba de mirarme mientras enfilaba el pasillo. Seguía allí de pie, inmóvil, cuando cerré la puerta de mi cuarto.



Esa noche soñé que llamaban a mi puerta. Soñé con el calor abrasador de una piel, con unos labios que me besaban el cuello, los pechos, la cara interna de los muslos, con un dolor abrumador en la entrepierna, con el desgarro frenético de la ropa. Soñé con unos ojos azules que conocía bien, cargados de deseo, con una voz que había oído muchas veces, de pronto entrecortada y desesperada, gimiéndome en la boca. Soñé con el deseo húmedo que me

consumía, me perdía, me destrozaba, con el sabor de su sudor, salado, metálico y...

Metálico y...

En un instante desapareció todo.

Soñé con un mundo de pronto frío, salvo por la quemazón de la sangre que me impregnaba, el fuego de aquellos besos de despedida, manchas escarlata dejadas por todas las personas a las que había abandonado. En la frente, en la mejilla y en montones de sitios más, en centenares, por todos los lugares de mi cuerpo que los labios de Max habían recorrido.

El deseo se transformó en un miedo terrible.

Grité su nombre.

Pero él ya se había ido.

35

Cuando me desperté a la mañana siguiente, demasiado temprano después de haber dormido a trompicones, Max ya se había levantado.

Estaba sentado a la mesa del comedor con una carta en la mano. Me la pasó en silencio. «Tisaanah», ponía en el frente, con una caligrafía perfecta.

Agradeciendo la distracción, la abrí.

Tisaanah:

Fue un placer verte en las celebraciones de anoche. Desde luego, causaste impresión. Parece que a muchos de los invitados les ha asaltado un interés súbito por las causas humanitarias de Threll. Curiosa coincidencia, ¿no?

Pero, por desgracia, no es ese el motivo de esta misiva. Quería hablar de tus pruebas contigo. Los resultados suelen enviarse por carta y no estarán disponibles hasta dentro de una o dos semanas. No obstante, preferiría entregarte los tuyos en persona.

Por favor, ven a la Torre de la Medianoche al mediodía. Mis secretarios estarán aguardando tu llegada, a solas.

Tenemos mucho de que hablar.

Z.

La leí y se la pasé por encima de la mesa a Max, que la leyó también.

—Parece que me toca volver a la capital —dije.

—Parece que nos toca —replicó Max.

Nos miramos y se desató entre los dos una curiosidad angustiosa.



Traté de convencerme de que no estaba nerviosa.

Traté de convencerme de que no estaba nerviosa mientras repasaba mentalmente aquella carta, mientras valoraba los posibles resultados, mientras me toqueteaba las uñas, viendo cómo las torres iban surgiendo ante mí.

Max y yo sabíamos perfectamente qué quería decir aquel «a solas» —«no vengas con Max»—, pero como de todas formas yo no confiaba en mi aptitud para trasladarme a la ciudad mediante un estratagrama, él me llevaría a las torres antes de la reunión. Y yo agradecía su compañía.

—Igual han cambiado de opinión —dije, en un tono tímidamente esperanzado—. Respecto a lo de mandarme a Threll con ayuda.

—Igual.

Oí lo que Max no estaba diciendo en voz alta: que parecía demasiado fácil. Y, aunque habría preferido no estar de acuerdo con él, en el fondo pensaba lo mismo. La noche anterior había llamado mucho la atención, sí, pero seguía pareciéndome solo un primer paso de una lucha mayor, no una victoria en sí misma.

Fruncí el ceño, pensativa, recordando la velada.

—Puede que haya algo más.

—¿A qué te refieres?

Me rondaba la cabeza una frase, una cosa que me había dicho Zeryth mientras bailábamos, y que me había hecho albergar una pizca de esperanza.

—Anoche, Zeryth me dijo que tenía que ponerme a prueba y que la había superado. Pensé que se refería al examen, pero a lo mejor era por otra cosa.

Un segundo de silencio.

—Ponerte a prueba —repitió Max en voz baja, extraña.

—Sí. —Empecé a subir la escalinata de acceso a las torres, absorta en mis pensamientos—. Igual por lo que pedí han...

—¿Te dijo que tenía que ponerte a prueba?

—Sí. ¿Qué...?

Un tirón del brazo interrumpió mis pensamientos. Me volví, y solo mirar a Max bastó para que no terminara la pregunta. En cuestión de segundos, se había quedado pálido. Sentí una punzada de pánico en la garganta.

—¿Qué pasa? —No contestó. Se limitó a mirarme—. Max...

—Te dijo que tenía que ponerte a prueba —repitió.

Asentí confundida y él se quedó allí sin soltarme la muñeca, con la frente arrugada, los labios apretados, como si acabara de caer en la cuenta de algo terrible.

—¿Qué pasa, Max? —insistí.

Pero él volvió a mirarme, con los ojos muy abiertos, penetrantes.

—No vayas, Tisaanah.

Lo dijo tan rápido que las palabras se mezclaron en un solo sonido difuso y desesperado. Ni siquiera me quedó claro si lo había oído bien.

—¿Qué?

—Que no vayas a las torres, a la reunión. No vayas.

—Es que... —Su cara de pánico absoluto me hizo polvo—. Tengo que ir.

Negó con la cabeza, rotundamente.

—No, no tienes que ir. No «tienes que» hacer nada.

—Pero... —Estaba confundida. Aquello era lo que tanto me había esforzado por conseguir, ¿no?—. No lo entiendo.

—Escúchame —me dijo, apretándome la muñeca. Se acercó un poco más y me miró con una intensidad desesperada—. Te ofrezcan lo que te ofrezcan, te den lo que te den, te pidan lo que te pidan, tú di que no, ¿de acuerdo? Aunque te digan que mandan un ejército a Threll hoy mismo. Aunque te den todo lo que quieras, di que no.

¡Le temblaba la voz!

Abrí la boca, pero las palabras no salieron enseguida.

—¿Porque no van a cumplir sus promesas?

Soltó un sonido que casi parecía una carcajada, pero más fea, más bronca.

—No va de eso, Tisaanah. Nada de esto va de eso.

Abrí la boca otra vez y la cerré.

—Entonces, ¿de qué va? —dije al final.

Max me miró en silencio, apretando la mandíbula.

Claro, ¿qué otra cosa podía esperar?

—No me lo vas a decir.

—No puedo.

Una frustración amarga me recorrió de arriba abajo. Seguramente entendía el peso de lo que me estaba pidiendo que hiciera, o más bien que no hiciera, y, aun así, ahí estaba, ¿guardando sus secretos?

—No es justo —dije en voz baja—. Sé que odias las Órdenes, pero...

—Yo te acompaño —me soltó de sopetón—. Podemos ir a Threll hoy. No necesitamos al Ejército. Podríamos hacerlo tú y yo solos. Ya encontraremos la forma. —Sus palabras se me colaron dentro y me aporrearon el corazón con una contundencia que me dejó sin habla un instante—. Es en serio, Tisaanah, de verdad. Ahora mismo. Podemos ir ahora mismo —insistió, levantando la mano para señalar

el mar. Pero sus ojos no abandonaban los míos, y yo me ahogaba en aquel hilo que conectaba nuestras miradas.

—Si las Órdenes me ofrecen apoyo, lo necesito —respondí con aspereza—. No tengo nada más.

—Me tienes a mí —contestó sin dudarlo, sin pausa, acercándose.

Se me encogió el pecho. Quería deshacerle la arruga de desesperación del entrecejo, calmarle el músculo que le vibraba en el cuello y delataba la intensidad de su angustia. Quería aceptar el beso que me había perdido la noche anterior. Pero, sobre todo, más que nada, ¡que nada!, quería decirle que sí.

Pero aquello no iba de mí.

Y eso lo sabía él también. Yo lo notaba en la angustia de su rostro: que los dos entendíamos que lo que me proponía era una fantasía, que los dos solos jamás podríamos lograr lo que yo quería hacer, ¡necesitaba hacer!

Le cogí una mano.

—Tienes que decirme por qué.

Y con eso quise decir: «Dame una razón, la que sea, para aceptar tu propuesta».

Esbozó una sonrisa.

—¿Confías en mí?

¡Por los dioses que sí! Más que en nadie.

—Confío en que intentas protegerme por encima de todo lo demás.

Se ofendió un poco, lo vi en su cara.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que estoy dispuesta a hacer sacrificios que tú no —contesté con tranquilidad.

Me apretó la mano. Apenas respiraba, apenas parpadeaba.

—Tu amigo podría estar muerto, Tisaanah —murmuró, y me pareció que le dolía tanto decirlo como a mí oírlo—. ¿Y si es así? Igual vas allí y ya no está.

Solo de oír mi mayor temor condensado en unas palabras se me hizo un nudo en la garganta.

—Lo sé.

Y lo sabía. Sabía que era improbable que Serel hubiera sobrevivido. Sabía lo frágil que era su carne, lo fácil que iba a ser que un esclavo joven muriera por la crueldad, la maldad o el simple descuido de los señores de Threll.

—Pero esto no es solo por él —susurré—. Son muchísimos.

Porque, a fin de cuentas, otros habían hecho ya sacrificios terribles por mí. ¿Cómo no iba a compensarlos? ¿Cómo iba a negarme a hacer lo que fuera por devolverles el favor? Ese era mi destino. Aunque aquella parte de mí que subyacía a todo aquello, la que, pegada a la pared, se había ahogado la noche anterior en la sensación del aliento de Max, no quisiera nada más que lo que tenía delante.

Nos miramos un buen rato.

—Tisaanah, ¡por favor! —me dijo por fin—. Prométemelo.

Me zafé de su mano y le cogí la cara con las mías. Me bebí sus rasgos. Luego acerqué su rostro al mío y lo besé en la frente. Inhalé despacio su aroma a cenizas y lilas, saboreándolo, y, al exhalarlo, le susurré contra la piel:

—Te prometo que no me va a pasar nada.

Le di la espalda antes de que pudiera decirme nada más y, sin mirar atrás, subí la escalinata que conducía a la entrada de la torre. Hasta que no abrí aquellas puertas pesadas, no me volví para lanzarle una última mirada. Lo vi allí de pie, viéndome marchar.

Me despedí con la mano, pero no me correspondió. Y, al agarrar con manos temblorosas el pomo de la puerta para cerrarla a mi espalda, me pregunté si habría cometido el mayor error de mi vida.

36

Todo lo que había en el despacho de Zeryth parecía demasiado caro para tocarlo. Era una estancia grande, espaciosa y meticulosamente decorada: los muebles tenían detalles de platino, las cortinas eran de gasa blanca vaporosa; de las paredes curvadas colgaban hermosos cuadros clásicos de paisajes... La sala era más del tamaño de una casa que del típico despacho. La mitad del muro exterior estaba ocupada por un ventanal inmenso, por el que podía verse un buen trecho de mar revuelto desde una altura verdaderamente vertiginosa. El despacho de Zeryth se encontraba en la penúltima planta de la Torre de la Medianoche. En la planta superior, me había dicho muy cordial mientras subíamos, era donde vivía.

Ahora estaba sentada en un silloncito de terciopelo blanco, delante de un escritorio de mármol y caoba. Zeryth se instaló en su sitio, se recostó en el asiento, subió los pies al borde del escritorio y me estudió con aquella sonrisa suya omnipresente.

Nura estaba delante del ventanal, muy tiesa, con las manos cogidas a la espalda. Cuando Zeryth le ofreció asiento, se limitó a negar con la cabeza. Él se encogió de hombros y puso los ojos casi en blanco.

—Bueno, Tisaanah —me dijo—. Gracias por reunirte con nosotros.

Yo tenía los dedos entrelazados delante de mí, porque la presión me bajaba los latidos de un corazón que amenazaba con desbocarse. Custodié con esmero mis barreras mentales: no quería que Zeryth ni Nura supieran lo nerviosa que estaba, y menos cuando

todavía no había conseguido quitarme de la cabeza la cara de Max y seguía resonándome en los oídos su voz, suplicándome que me marchara.

—Estamos aquí para hablar de mis pruebas, ¿no? —dije.

—Sí. —Zeryth bajó los pies de la mesa e, inclinándose hacia delante, ensanchó la sonrisa—. ¡Has aprobado! ¡Enhorabuena!

Esperé a que continuara, pero no añadió nada más. Nura se paseaba a su espalda, dando pasos largos y lentos.

—Estupendo —contesté por fin, sin entusiasmo.

—¿Te sientes orgullosa de ti misma?

—Sí, pero me interesa más lo que viene después.

Nura siguió paseándose.

A Zeryth pareció satisfacerle mi respuesta.

—Desde luego. Por eso te hemos pedido que vinieras a vernos hoy, a fin de cuentas... —A media frase, giró bruscamente la cabeza y le lanzó a Nura una miradita—. ¿Es necesario que andes rondándome de ese modo?

—No ando rondándote —replicó ella, rondándole por encima del hombro.

—Hoy estás un poco irritable. ¿Nerviosa? Toma asiento y relájate —le dijo, señalándole el silloncito vacío de mi lado.

—Prefiero estar de pie.

Empezaba a agotárseme la paciencia.

—¿De qué hemos venido a hablar? —los interrumpí.

Zeryth se volvió de pronto hacia mí. Era asombrosa la rapidez y la fluidez con que cambiaba de expresión, cómo se desvanecía su cara de frustración absoluta.

—Esto no se ha hecho público aún, pero a primera hora de esta mañana hemos recibido noticias tremendamente sobrecogedoras. Nuestra reina Sesri se ha visto obligada a desposeer a otra familia de

nobles, esta vez ryvenais. Casi dos centenares de soldados y civiles han muerto en el enfrentamiento resultante.

¡Por todos los dioses! ¡DOSCIENTOS!

—Participaron magos en ambos bandos —terció Nura.

—Y la cosa va a ir a peor —dijo Zeryth—. Habrá represalias, y ha quedado claro que se está gestando una rebelión mucho mayor contra la reina...

—La guerra civil es inevitable —lo cortó Nura—. Estamos a las puertas de una guerra que causará tantas bajas como...

Zeryth volvió a girarse bruscamente, y su compostura se hizo pedazos para dar paso a una mirada asesina.

—Deja ya de rondarme y de interrumpirme.

—Ya te he dicho que no te estoy rondando.

—¡Siéntate!

Nura torció la boca con desprecio.

—No soy una cría.

—No, pero eres mi subordinada. —Zeryth sacudió un dedo y el otro silloncito se arrastró rechinando por el suelo de baldosas como si una mano invisible tirase de él con fuerza—. ¡Siéntate!

Ella se dejó caer a plomo en el asiento, con una expresión gélida en el rostro.

Yo me quedé callada, procurando no reaccionar de forma visible. Me pregunté si aquello sería un numerito que habían montado para mí.

Nura se aclaró la garganta, mirando aún a Zeryth con cara de odio, y continuó:

—Como decía, nos encontramos en una situación que podría ser tan mortífera como la última guerra ryvenai.

—Nura y yo luchamos en esa guerra, y ninguno de los dos deseamos repetir las cosas que vimos o vivimos. —La irritación de su

voz se había esfumado tan rápido como había aparecido—. Estoy seguro de que Maxantarius te ha manifestado sentimientos similares.

Ni siquiera me gustaba cómo sonaba el nombre de Max en boca de Zeryth.

—Eso es terrible, pero no entiendo qué tiene que ver conmigo.

Zeryth se inclinó hacia delante, con una sonrisita.

—Ya te dije que te estábamos poniendo a prueba.

—Para mi ingreso en las Órdenes —contesté, haciendo un esfuerzo por controlar el tono de voz.

—Para algo más que eso.

Pensé en todo lo que no tenía sentido antes: en su insistencia en que me sumara al asalto a Tairn, en las incisiones de las que Willa me había sacado sangre, en el interés inusual de Nura en mí, en el examen tan raro que me habían hecho...

Pero me negué a que me cambiara el gesto.

—¿Para qué, entonces?

Nura y Zeryth se miraron. A Zeryth se le borró la sonrisa de los ojos, aunque siguiera adherida a sus labios.

—Para que empuñes un arma —respondió Nura.

Y cuando Zeryth se giró de nuevo hacia mí, aquella sonrisa había vuelto con todo su esplendor deslumbrante, con destellos de luz en los dientes.

—Para que *seas* un arma —la corrigió—. Lo bastante poderosa como para salvar a nuestra nación y a la tuya.

Me limité a parpadear.

Tenía muchísimas preguntas, pero me bailaban delante de la cara en semejante revoltijo que me veía incapaz de entresacar una.

—¿Qué clase de arma? —decidí preguntar al final.

—Es una forma de magia pura —contestó ella—. Es muchas veces más poderosa que cualquier poder natural de cualquier mago de Ara o de otro lugar. Rivaliza incluso con el poder de los extintos fey.

—Lo bastante poderosa como para poner fin a una guerra antes de que empiece siquiera —añadió Zeryth—. Sin ella, la Gran Guerra Ryvenai habría durado mucho más y habría sido mucho más sangrienta.

—¿Que *sea* un arma? —repetí.

Seguro que lo había entendido mal...

—Sí, formará parte de ti —me dijo con toda naturalidad, como si estuviéramos hablando del tiempo—. Igual que te corre la magia por las venas, pero... más.

«Ah, ¿y ya está?».

—¿Para siempre?

—No, se puede retirar, y se retirará.

—¿Y por qué tengo que ser yo?

No lo entendía. ¿Por qué iban a confiarme algo supuestamente tan poderoso? ¿Por qué iban a querer que una forastera fragmentada pusiera fin a su guerra?

Nura se revolvió en el asiento y luego se levantó, como si no pudiera evitarlo, y cruzó los brazos.

—Es muy... selectiva con sus anfitriones.

¿Selectiva? ¿Anfitriones?

—Habláis de ella como si fuera una persona.

—Toda magia elige a su mago, en cierto sentido —dijo Zeryth con desenfado, y su respuesta me pareció deliberadamente esquiva.

—Pero, si ya se ha usado antes, ¿por qué necesitáis otro mago?

Nura había vuelto a pasearse nerviosa.

—Nuestro último anfitrión ya no está dispuesto a colaborar.

Por la forma en que lo dijo...

«Sin ella, la Gran Guerra Ryvenai habría durado mucho más y habría sido mucho más sangrienta».

Tenía ante mí un rompecabezas. Empecé a colocar las piezas mentalmente y, poco a poco, fueron encajando.

«Maxantarius Farlione es prácticamente el único responsable del final de la Gran Guerra Ryvenai».

Miré enseguida a Nura.

«Te ofrezcan lo que te ofrezcan, te den lo que te den, te pidan lo que te pidan, tú di que no».

—Max —murmuré—. Era Max.

Nura agachó la cabeza un poquitín.

—Sí. El único.

Se me heló la sangre.

—Te daremos un entrenamiento específico —dijo Zeryth—, pero lo más importante es que esto te otorgará poder más que suficiente para alcanzar tus objetivos en Threll, de sobra para liberar a tus amigos y a quien quieras. Aunque no fuera así, viajarás con refuerzos. Todo ello a cambio de tu servicio en nuestro conflicto, claro.

—Pero no lo entiendo...

—Creo que lo más importante que debes entender, Tisaanah, es que te estoy ofreciendo todo eso por lo que tanto has luchado —dijo mientras se recostaba en el asiento—. ¿Qué más quieres?

En cierto sentido, tenía razón: respaldo, poder, recursos, todo lo que había ido a buscar allí.

Cerré los ojos, inspiré hondo.

Las palabras de Max me resonaban en los oídos: «Aunque te den todo lo que quieras, di que no. Prométemelo».

Me pregunté si aún estaría fuera. Me imaginé levantándome, saliendo a grandes zancadas de aquel despacho, abrazándolo a la

entrada de las torres, diciéndole que me equivocaba, subiéndonos a un barco por nuestra cuenta.

«Di que no».

Al abrir los ojos, vi que Zeryth me miraba expectante, y abrí la boca para hablar.

«Di que no».

—Quiero un pacto de sangre.

Y al pronunciar aquellas palabras, mi fantasía se desintegró como cenizas esparcidas al viento.

El archicomandante enarcó las cejas y soltó una carcajada.

—¿Un pacto de sangre? —repitió incrédulo—. ¿Quién te ha hablado a ti de los pactos de sangre?

—Sabes de sobra quién le ha hablado de los pactos de sangre —espetó Nura, a la que aquello no le parecía tan divertido.

—¡Por todos los Ascendidos! —exclamó Zeryth, meneando la cabeza, con una sonrisa risueña en los labios—. Ese hombre es de lo más macabro.

Me obligué a hablar con calma y seguridad en mí misma, como cuando, a los doce años, había intentado comprar mi libertad por cincuenta míseras monedas de plata. Me sentía de pronto como aquella niña, aunque jamás fuera a permitir que se me notara.

—Prefiero ser macabra a traicionada —repliqué con frialdad—. Si hago esto por vosotros, quiero que las condiciones queden claras y asegurarme de que se van a cumplir.

Zeryth se recostó en el asiento y me miró divertidísimo. Acto seguido abrió un cajón de su escritorio, metió la mano una vez y sacó un papel de color crema; luego sacó una pluma plateada y, por último, extrajo una daga curva, cuyo filo refulgió, al desenvainarla, con la luz que entraba a chorro por los ventanales, y la dejó con cuidado en la mesa.

—Muy bien, Tisaanah —me dijo con aquel brillo en los ojos mientras se remangaba la camisa de seda—. Hagamos un pacto.

37

—Espera —le dije a Zeryth cuando se disponía a escribir—, que aún no he expuesto las condiciones.

—Pensaba que nuestras condiciones eran sencillas: tú juras lealtad a las Órdenes en lo relativo al uso de esa arma y, cuando termine la guerra, cuentas con nuestro apoyo en Threll.

—Yo no he accedido a nada de eso —espeté, y, tras ponerme en pie, planté las manos al borde de la mesa y me incliné hacia delante, obligando al archicomandante a mirarme desde abajo—. Además, es demasiado vago.

Con la que le había montado antes a Nura, pensé que mi comentario desataría una reacción similar en él, pero no: se mostró inmutable.

—Muy bien. ¿Qué preferirías tú?

—Que vayamos primero a Threll.

Parpadeó. Si mi respuesta lo había dejado atónito, aquel parpadeo, una pausa momentánea, fue el único indicio.

—Estamos al borde de la guerra. Las syrizen jamás prescindirían de los efectivos necesarios para acompañarte, y no nos sobran ese tiempo y esos recursos para emprender una guerra completamente distinta en Threll.

—Lo entiendo, pero, si esa arma es tan poderosa como decís, solo me hará falta un poco de ayuda para ese viaje. Luego contaré con todo su respaldo cuando nuestra labor en Ara se haya completado.

Parpadeó de nuevo.

—Me estás diciendo que quieres ir dos veces.

—Sí, quiero sacar a mis amigos de la hacienda de los Mikov ahora, y más adelante, volver con un ejército para operar a mayor escala.

Se lo dije como si la sola idea de hacerlo de otro modo fuera absurda.

Se hizo un breve silencio.

—Habrá que probarla —le comentó Nura a Zeryth—. Tendrá que aprender a usarla. Eso lo podemos hacer en Threll. Con los estratagramas que has ido poniendo, podríamos llegar allí enseguida.

Zeryth asintió con la cabeza, encogiéndose un poco de hombros.

—Me parece justo.

¿Debía preocuparme verlo tan despreocupado?

Levantó la pluma, pero lo detuve de nuevo.

—Espera. Haz una lista.

—¿Una lista?

—Sí. —Me erguí y crucé los brazos—. Vamos a ser muy muy específicos.

—Si eso te deja más tranquila... —respondió Zeryth.

Escribió un uno, con una letra preciosa. Luego me miró, enarcando las cejas expectante.

—¿Por dónde empezamos?



Seguí apoyada en aquel escritorio y le dicté mis condiciones hasta que se me adormecieron las muñecas. Concreté hasta la última palabra, obligándolo a tachar frases que me resultaban demasiado vagas, fijándome en cada letra, señalando bien los plazos para evitar posibles lagunas.

Sabía que estaba renunciando a algo valioso, o al menos más valioso, desde luego, de lo que ellos me querían hacer creer. Y mentiría si dijera que no estaba disimulando el pánico y la incertidumbre, pero me centré en el hecho de que, por fin, mis dedos agotados estaban a punto de asirse a lo que había ido a hacer a Ara.

Un pacto de sangre no podía romperse; sus cláusulas se debían cumplir, y si me andaba con sumo cuidado, podía garantizarme la seguridad de los míos y el logro de mis objetivos con un solo documento. Si lo conseguía, me daba igual lo que me pasara a mí.

Delimité la duración y los fines de mi viaje inicial a Threll; especifiqué que había que recuperar a Serel, que su búsqueda debía proseguir cuando yo hubiera vuelto a Ara si no lo localizábamos durante el periodo de entrenamiento de dos semanas en Threll, aunque me juré que eso no ocurriría. Detallé el número de soldados que enviarían conmigo a Threll cuando hubiese concluido mi labor en Ara, cuánto tiempo se quedarían allí y que nuestra misión no se daría por terminada hasta que se derrocara por completo a los señores de Threll.

Me erguí por fin, disimulando una mueca cuando un dolor intenso me rodeó las muñecas entumecidas.

—Y quiero que se atienda a Vos —añadí—. Lo que le quede de vida. —Hice una pausa y reformulé la frase—. Quiero que Vos reciba mil lys al mes durante los próximos ochenta años. Y que se le proporcionen una casa y todos los cuidados sanitarios y las medicinas que pueda necesitar.

—Eso es una suma considerable —observó Zeryth, pero anotó mis palabras tal cual se las dije, sin protestar más.

Me detuve junto al ventanal y contemplé el hermoso océano. El cielo había empezado a teñirse de naranja; la luz se había vuelto

más intensa y deslumbrante según se hacía de noche. Habían pasado horas. Me acudió una idea a la cabeza y una especie de tristeza se me instaló en el estómago.

—¿Ya está completa la lista? —preguntó Zeryth.

—Falta una cosa. —Una de las más importantes, me dije sin apartar la vista del océano—. Maxantarius Farlione quedará liberado de las Órdenes, y de todos los pactos, acuerdos o contratos. De cualquier cosa que lo vincule a vosotros.

Nura, que había estado inmóvil todo ese tiempo, con las manos cogidas a la espalda, se volvió hacia mí al oír aquello.

Zeryth rio.

—¡Vaya, qué tierno! —ronroneó, pero yo no escuchaba más que el roce de la pluma en el papel.

Recordé la conversación que había tenido con Willa nada más llegar a la cabaña de Max, la amenaza velada de posibles consecuencias que daba a entender que pisaba terreno peligroso.

—Además —añadí—, se le perdonará cualquier cosa que pueda haber hecho en el pasado. Borrón y cuenta nueva.

—Borrón y cuenta nueva —repitió el archicomandante, y la sonrisita le deformó las palabras—. Ya nos gustaría a todos, ¿verdad?

Aun así, lo anotó.

Y luego guardamos silencio durante varios segundos interminables, mientras el tictac del reloj resonaba por la inmensa estancia.

Miré de pronto a Zeryth, que había vuelto a recostarse en su asiento, y me estudiaba con afable paciencia.

—¿Ya está?

Tenía los papeles esparcidos delante de él, tres páginas escritas en las que se detallaba todo lo que yo había querido en la vida, tres

páginas que garantizaban la seguridad de los míos y una oportunidad, ¡al menos una!, de llevar una vida mejor para miles de personas.

Y tres páginas que volvían a convertirme en esclava.

—Esas son mis condiciones —contesté.

Zeryth recibió mi respuesta con una sonrisa fácil, haciendo girar la pluma entre los dedos.

—Excelente. Las nuestras son sencillas. Adoptarás el arma de inmediato y, cuando vuelvas de tu entrenamiento inicial en Threll, seguirás al servicio de las Órdenes mientras dure la guerra. Cuando ya no te necesitemos y hayas concluido tu propia misión, se te extraerá el arma y serás libre.

Fruncí el ceño.

—Demasiado vago. Las guerras pueden eternizarse.

La que había hecho pedazos a mi gente había durado casi cien años. No estaba dispuesta a comprometerme a una servidumbre indefinida.

—Nuestra intención es que termine cuanto antes. Por eso hacemos esto.

—Si bastara con la intención...

Zeryth rio.

—Cierto. Muy bien. —Lo valoró un momento y me propuso—: Siete años.

—Cuatro.

—Con todo esto —dijo, señalando las páginas que tenía en el escritorio—, comprenderás que necesitemos una garantía de que vamos a conseguir lo que queremos. Vamos a hacer una inversión considerable en ti, sobre todo si tienes en cuenta que nos estás obligando a renunciar a nuestro plan alternativo —dijo, señalando con unos golpecitos el nombre de Max en el contrato.

Procuré que no se me notara el arranque de rabia que me retorció las entrañas al oír aquello. Genial. Si así iban a ser las cosas... Parpadeé y oí claramente la voz de Esmaris: «Vales mil monedas de oro».

—Quiero añadir una cosa más —dije—, y luego te doy una respuesta.

Zeryth me miró sorprendido y expectante.

—Mis condiciones se cumplirán aunque yo muera. —Me esperaba algún comentario ocurrente, alguna gracia, pero el archicomandante se limitó a asentir y escribir en el papel—. Cinco años —le dije cuando terminó—. Cinco o hasta que acabe la guerra o hasta que las Órdenes decidan liberarme, lo que ocurra primero.

Nura se volvió hacia nosotros. Zeryth y ella se miraron como si mantuvieran una conversación silenciosa.

—Muy bien —contestó Zeryth por fin, y anotó aquello en el pergamino con movimientos suaves y ondulantes. Luego juntó las tres páginas y dibujó un estratagrama en la primera, plantando un elegante círculo de tinta sobre nuestro contrato—. Entiendo que nunca has hecho esto —me dijo.

Cogió la daga, extendió el brazo sobre el escritorio y, con un movimiento fluido, se pasó la hoja por la piel, creando un reguero rojo que se vertió sobre el estratagrama.

—Te toca. —Hizo girar la daga para ofrecerme la empuñadura. La hoja le pringó de sangre los dedos—. Basta con un poco de...

Pero cogí el arma decidida y, sosteniéndole la mirada, me hice un corte en el brazo sin vacilar, ni siquiera cuando profundicé tanto que salpiqué de carmesí la chaqueta de Nura, la página del contrato y aquel mármol tan caro y tan bonito.

38

Nura se excusó casi de inmediato en cuanto salimos del despacho de Zeryth y se largó sin despedirse siquiera. Zeryth me dio un paño para que me presionara con él la herida del antebrazo y, mientras avanzábamos por el pasillo, vi como la sangre iba impregnando el tejido blanco. Ninguno de los dos dijo nada.

Me condujo a una estancia pequeña, austera, sin ventanas, de paredes blancas y suelos blancos. Pese a la ausencia de luz natural, estaba profusamente iluminada, ignoro cómo, y solo había dos muebles en el centro: dos camas corrientes. En una de ellas estaba tumbado un hombre alto y delgado, de cincuenta y tantos años, que llevaba una túnica gris, a juego con las sábanas. No se movía en absoluto.

La otra cama estaba vacía.

Cada vez me costaba más contener el miedo, sobre todo cuando seguí a Zeryth al centro de la estancia y reparé en que el hombre de la cama tenía sujetas las extremidades con unas cinchas. Miraba fijamente al techo, con los ojos vidriosos.

—Túmbate —me dijo el archicomandante, señalándome la cama vacía.

Traté de convencerme de que no tenía miedo e hice lo que me pedía.

Giré la cabeza. El hombre volvió la suya hacia mí y sus ojos me miraron sin verme, sin pestañear. Estaba lacio, con un brazo

colgando por el borde de la cama, la mandíbula descolgada y la boca abierta.

Zeryth se inclinó sobre mí. El techo brillaba tantísimo que veía su figura a contraluz.

—Te voy a ser sincero, Tisaanah. Esto te va a doler una barbaridad, pero te prometo que no vas a morir, aunque te lo parezca.

Bueno, era un consuelo.

Asentí, pese a que, al mirar un segundo al hombre que tenía tumbado al lado, me pregunté si se podía decir que no estaba muerto.

Zeryth se situó entre las dos camas, le cogió el antebrazo inerte al hombre, le remangó la túnica y dejó al descubierto un montón de cicatrices sobre cicatrices. Luego se llevó la mano al cinto y sacó la daga, que seguía manchada de nuestra sangre. No dudó en hacerle otro tajo a aquel tipo inconsciente, y le dejó una estela roja en el brazo.

Vi que los ojos se le contraían levísimamente, lo justo para que se notase que se trataba de una reacción de verdad, y se me revolvió el estómago.

Luego Zeryth se volvió hacia mí. Me retiró el paño con el que aún me apretaba el brazo y lo dejó con cuidado en la cama, a mi lado.

—Perdóname por esto —me dijo, y yo hice una mueca cuando me ensanchó el tajo del antebrazo.

Posó sus ojos en mí y nos miramos un segundo.

—¿Tienes miedo? —me preguntó.

—No —mentí.

Soltó una carcajada, como si fuera obvio que no estaba diciendo la verdad. Luego giró la cabeza y le crujió el cuello varias veces.

—¡Por los Ascendidos! No estoy yo para estos trotes. A la de tres, ¿preparada?

No lo estaba, pero cabeceé afirmativamente.

—Uno, dos...

Y sé, ¡lo sé!, que no llegó a decir *tres* antes de que el mundo se volviera blanco y, de pronto, me fuera imposible respirar.

El dolor me corría, lacerante, por las venas, los músculos, los globos oculares, como si unas criaturas con dedos de alambre de púas reptaran por mi interior. Logré levantar la cabeza lo justo para verme el brazo, entre los dedos de Zeryth. Supuse que alucinaba cuando vi aquellas volutas atroces de rojo y negro brotando en espiral de mi carne supurante, alzándose al aire como flota el pelo bajo el agua, fundiéndose con la plata carmesí del brazo inerte de aquel hombre.

La blancura luminosa, la nada de aquella estancia me asaltaba, me ahogaba. Sentí como si me extrajeran las vísceras y me las recolocaran del revés.

No caí en la cuenta de que estaba gritando hasta que observé que no oía nada y que tenía la garganta destrozada.

Solo pensaba en una cosa: que Zeryth debía de haberme mentido, porque aquello no podía ser otra cosa que la muerte.

Se me descolgó la cabeza. Se me nubló la visión. Se extinguieron mis alaridos cuando mi garganta perdió el control de mi voz, aunque siguiera aferrándose a ella con todas sus fuerzas.

Y lo único que oí antes de sumergirme en una oscuridad cegadora fue una voz que me susurraba, repitiéndose obsesivamente: «Casa, casa, casa, casa».

—*Casa*.

SEGUNDA PARTE
COLMILLOS



39
Max

Si hubiera sido más listo, habría sabido desde el principio que no iba a traerme más que problemas.

Aun a las pocas horas de conocerla, Tisaanah ya me está obligando a hacer concesiones sin que me diera cuenta.

«Te invito a que pases, pero solo porque...».

«Puedes pasar aquí la noche. Pero solo esta noche».

«No sé por qué, pero te creo».

«Si tú vas, yo también voy».

Siempre un paso más, otro más. Avanzaba con una determinación implacable, en todo momento, pasara lo que pasase. ¿Cómo no la iba a seguir? Y aunque todos aquellos pasos dolieran, como duelen los músculos después de mucho tiempo sin usarlos, ¡sentaban de maravilla! Un retorno lento, tímido y aterrador de cojones a un estado natural.

Aun así, ni me di cuenta.

Ni cuando la dejé meterse en mi casa, en mi cabeza, en mi pasado. Ni siquiera cuando reparé en que, cada vez que estaba sin ella, reunía anécdotas y rarezas que contarle cuando volviera a verla, como quien se guarda piedrecitas en el bolsillo.

Puede que una pizca de aquello se me colara en la mollera dura esa noche cuando estaba a su espalda, sin tocarla apenas, pero

ahogándome en su aroma, en su piel y en el bramido de mi propia sangre: «Problemas, Max, problemas».

Pero aquello no era nada comparado con el momento presente, el momento en el que, allí plantado, la había visto subir la escalinata de las torres, consciente de que nada que yo pudiera hacer o decir la iba a detener.

¿Y acaso podía reprochárselo? Podría haberle dicho muchísimas cosas más. Y resultaba hasta paradójico que lo que me había impulsado a dejar que entrara en casa esa noche, hacía casi seis meses, aquella determinación, aquella poderosa tenacidad que me permitía volver a creer en alguien después de tanto tiempo, fuera precisamente lo que me la había arrebatado.

A pesar de todo, la admiraba, aunque la odiara.

Y solo entonces me quedó claro: todos aquellos pasitos nos conducían directamente al abismo.

Cuando quise darme cuenta, ya era demasiado tarde.



—Dime que eso no es de ella —rugí con tal frenesí y desesperación que casi no me reconocía.

«¡Mira que soy gilipollas, joder!».

Me había quedado allí, mirando las puertas, con los puños apretados, mucho después de que ella se marchara. Me sentía como una prenda con un hilo suelto que ella se había llevado consigo para luego ir tirando de él poco a poco. Un buen rato después, conseguí al menos moverme. Entonces fui a la Torre de la Medianoche, me planté en el vestíbulo y esperé pacientemente.

Pasaron horas. El ajetreo y el bullicio cotidianos de las torres menguaron y acabaron extinguiéndose. Me levanté, me senté, me

paseé, volví a sentarme.

«¡Mira que soy gilipollas, joder!».

Cuando se abrieron las puertas de la columna principal y un rostro familiar me saludó, la miré y sentí que, de pronto, se me iba toda la sangre del cuerpo.

—Dime que eso no es de ella —repetí, agarrando a Nura del brazo.

Ella se miró y se vio de pronto las salpicaduras de rojo en la chaqueta blanca.

—Tranquilo, es que se ha emocionado un poco con su primer pacto de sangre.

Me lo dijo como si fuera a aliviarme. ¡A aliviarme!, en vez de confirmar mis mayores temores.

—¿Un pacto de sangre? —dije con voz ronca.

Le apreté el brazo sin querer. Me miró la mano y luego la cara, y suspiró.

—Ven conmigo —me dijo mientras señalaba el pasillo con la cabeza.

—Nura, ¡que los Ascendidos me asistan como...!

—Tú ven conmigo —insistió, y puso la mano encima de la mía un segundo; luego se apartó y enfiló el pasillo.

Un pacto de sangre. Un puto pacto de sangre.

Fue como si mi cuerpo hubiera olvidado cómo moverse.

Y luego la seguí.



Nura me llevó por una serie de tortuosos pasillos blancos hasta que llegamos a una puerta corriente, muy alejada del jaleo de los vestíbulos. Sus aposentos, deduje, cuando abrió con la llave y me

invitó a entrar. Era un espacio tan limpio, tan sobrio y tan angustiosamente vacío como todo lo demás de aquel condenado lugar, todo muebles blancos sobre suelos blancos y arrimados a paredes blancas.

Nura cerró la puerta de un empujón, cruzó el salón y fue a su alcoba. Me quedé a la entrada, mirándole la espalda mientras empezaba a desabrocharse la chaqueta ensangrentada.

—¿Dónde la tenéis?

Quizá aún hubiera esperanza. Quizá aún hubiera tiempo. Quizá me equivocara.

Nura señaló el techo con un dedo.

—Arriba, recuperándose.

«Recuperándose».

Tuve que hacer un esfuerzo por pronunciar las siguientes palabras.

—Le habéis dado a Reshaye. Eso era lo que le estabais pidiendo que hiciera.

Era la primera vez que exponía en voz alta mi teoría, y estaba deseando equivocarme.

Pero Nura dijo:

—Sí.

Joooder. ¡Joooder!

—Era una buena candidata —continuó—. Y ahora mismo la necesitamos. Estamos al borde de algo peor que lo de la última vez.

No podía hablar. Apreté los puños a los lados hasta que me temblaron. La estancia se iluminó de pronto de forma grotesca, cuando todas las luminarias se encendieron a la vez.

—Hasta para ti —dije con un hilo de voz—. Hasta para ti, esto es... es...

—Cálmate.

—¡Esa cosa habría que destruirla, y lo sabes!

—Es demasiado útil. —Nura me miró de reojo, y algo de aquella mirada me fastidió: me fastidió lo mucho que la hacía parecerse a la chica de la que me había enamorado cuando teníamos veinte años y éramos mucho más felices y más estúpidos que ahora—. No va a pasar lo de la otra vez, Max. Además, tampoco ha hecho nada que no quisiera hacer.

—¡Porque no lo sabe, Nura!

—Habría hecho lo que fuera por salvar a los suyos, y habría dado igual que lo supiera.

Tenía razón, y yo lo sabía y me repateaba, porque en otro tiempo yo había hecho exactamente lo mismo. Me había sentado en el despacho del archicomandante a que me ofreciera todo lo que había deseado en la vida. Cosas egoístas, mezquinas. Bastó con eso para que les vendiera mi alma.

Al menos yo me lo merecía, pero Tisaanah, ¡por todos los Ascendidos!, Tisaanah y sus causas nobles...

No me dio tiempo a meditar lo siguiente que salió por mi boca.

—Lo hago yo —dije con desesperación—. Lo hago yo. Quítaselo y dámelo a mí.

Nura se había desabrochado ya media chaqueta, pero al oír aquello se detuvo en seco, y luego se volvió despacio hacia mí. Por un instante, la vi verdaderamente triste, y la crudeza de aquella mirada podría haberme sobresaltado en otras circunstancias.

—No lo dirás en serio.

—Lo hago ahora mismo —le dije, subiéndome ya la manga para dejar al descubierto el antebrazo y la cicatriz del último pacto que había hecho hacía ya un montón de años—. Esa cosa y yo ya nos conocemos. Lo voy a manejar mejor. A mí me hará caso.

Nura estaba negando con la cabeza.

—Max...

—¡Tú hazlo! —dije, y me acerqué dando tumbos—. Si esto era lo que queríais todos, ¿a que sí? Además...

—¡Ya es tarde, Max! —Su voz cercenó la mía, con potencia de sobra para resonar y quedar suspendida en el aire. Soltó un suspiro y agachó la mirada—. Ya es tarde —repitió, más serena—. Y aunque no lo fuera...

Yo aún me sujetaba la manga a la altura del codo. Me miré la mano temblona, el tatuaje del sol que llevaba en la muñeca, la cicatriz de más abajo..., todos los signos del compromiso que había tenido en su día con las Órdenes, las marcas que me habían dejado después de arrebatármelo todo y deshacerse del resto.

Como iban a hacer con Tisaanah.

Para colmo, la aterradora verdad empezaba a calar en mí: no podía hacer absolutamente nada para impedirlo.

No levanté la vista, pero oí a Nura soltar un suspiro largo, oí caer al suelo su chaqueta.

—Y aunque no lo fuera —masculló—, dudo que nadie quiera jugar con ese tipo de fuego nunca más, de todas formas.

Despacio, alcé la mirada, pero volví a apartarla enseguida.

—Vístete —murmuré.

—¿Por qué?, ¿acaso te incomoda?

Se volvió hacia mí por completo, presentándome su cuerpo desnudo... y las cicatrices de quemaduras que lo cubrían. Absolutamente toda aquella piel albina de valtaina estaba salpicada de rojo y morado, fundida en algo casi irreconocible. Las cicatrices le iban desde los dedos encogidos de los pies hasta más allá de la clavícula, pasándole por el cuello y terminando detrás de la oreja izquierda. Se las tapaba con las chaquetas de cuello alto y manga larga, pero se le veían los bordes por la nuca, si sabías donde mirar.

Los sanadores habían conseguido a duras penas salvarle la cara, prácticamente arrancándole la piel y dejándola crecer de cero.

No contesté.

Solo le había visto el cuerpo así una vez, después de la guerra, después de lo de Sarlazai, de lo de mi familia. Se había plantado a la puerta de mis aposentos y casi nos habíamos devorado el uno al otro con una intensidad frenética, desbordada. Pero todo lo relativo a nuestro encuentro amoroso parecía tóxico, como si pretendiéramos resucitar algo muerto follando, y haciendo como si ninguno de los dos percibiera el hedor. Ni siquiera hablamos. Cuando terminamos, se volvió de lado y se vistió, y tardé años en volver a verla.

Lo cierto era que me incomodaba verla así.

Y eso me hacía sentir mal, porque había sido yo quien se lo había hecho.

—Los dos hicimos nuestros sacrificios —dijo en voz baja.

Casi me dio la risa. *Sacrificios*. Si lo quería llamar de ese modo... Asesinato, masacre, *sacrificios*... Claro.

Hacía ocho años, el segundo peor día de mi vida, Nura y yo nos habíamos visto de pronto en medio de un caos sangriento, en las montañas, librando una batalla que no podíamos confiar en ganar. Y ella se me había metido en la cabeza y me había obligado a arrasar la ciudad entera de Sarlazai, una traición que les otorgó la victoria, acabó con centenares de personas y me destrozó por dentro.

Y aun con todo, a veces se me olvidaba que, cuando tomó aquella decisión, estaba convencida de que iba a morir por ella. *Sacrificios.*

Solo pensar en aquel día hacía que me ardieran las fosas nasales del hedor a carne quemada. Y estábamos a punto de volver a

meternos en lo mismo. ¡Tisaanah estaba a punto de que la metieran en eso!

Nura se me acercó, con el semblante imbuido de una ternura que no le veía desde hacía muchos años.

—Tú y tu sensiblería, Max —me susurró—. Lo siento mucho, de verdad.

—Dime que no la llevaste conmigo para esto —le espeté—, que no la he estado preparando para esto.

Se hizo el silencio.

—Nura...

—Esa cosa está obsesionada contigo. Se nos ocurrió que a ella le costaría menos controlarla porque está conectada contigo, que sería más fácil que la cosa la aceptara. —Solté un sonido estrangulado, a medio camino entre la carcajada amarga y el gruñido, como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago—. Pero lo que te dije aquel día iba en serio. Pensaba... pensaba que te iría bien tener algo que hacer con tu vida. —Me giró la cabeza hacia sí—. Ayúdanos a ayudarla, Max. Tú puedes orientarla en este trance.

Me aparté.

—¡Ni de coña!

¡Con lo que me había hecho esa cosa a mí! ¡Después de lo que le había hecho yo a Tisaanah, aunque fuera sin querer!

Le lancé una mirada asesina.

—Seguro que estás a punto de decirme que es una orden.

Asomó a sus labios una sonrisita.

—Tiene que ser una petición, porque así lo ha estipulado ella en su pacto.

—¿Que ha hecho qué?

Volvió de unas zancadas al armario.

—Ha sido lista —me dijo—, muy específica en sus requisitos. No podríamos incumplir nuestras promesas aunque quisiéramos, y una de ellas es sobre ti. —Eligió otra de sus chaquetas blancas idénticas —. Que se te exima de todas tus obligaciones para con las Órdenes. Borrón y cuenta nueva. Enhorabuena: eres un hombre libre.

Me abandonaron las palabras.

No me la merecía. Nadie se la merecía.

Nura se puso la chaqueta, cubriéndose la piel con aquel blanco inmaculado. Aún llevaba la prenda abierta cuando se volvió de nuevo hacia mí, pensativa.

—Lo intenté —dijo—. Yo intenté manejar esa magia, pero se negó a aceptarme. —Lo dijo como si fuera una gran vergüenza, un terrible fracaso—. No acepta a nadie, y lo hemos intentado muchos. Pero entonces... apareció ella, y desde el principio tuve un fuerte presentimiento. A lo mejor porque es de Threll, o por otra cosa, no sé, pero en cuanto probó su sangre, le gustó.

Frunció el ceño sobre aquella mirada penetrante y apretó la boca. Conocía bien aquel gesto: estaba celosa. ¡Celosa!, pero no por mí, sino ¡por la magia! Le daba envidia que Tisaanah consiguiera que aquella cosa la hiciera pedazos.

La rabia me devoró de forma tan absoluta que terminó extinguiéndose y, de pronto, me sentí entumecido, como si todas mis emociones se hubieran convertido en ese pitido ensordecedor que queda después de un gran estruendo.

No podía. No podía hacer aquello. No podía ver cómo esa cosa destruía a Tisaanah igual que me había destruido a mí, porque lo iba a hacer, aunque ella fuera mejor de lo que era yo en todos los sentidos: más fuerte, más bondadosa, más digna. Otra luz más que apagar. Otra herramienta que esgrimir.

Y yo se la había puesto en bandeja.

Nura se abotonó la chaqueta, cubriéndose así las cicatrices y, con ellas, ese vislumbre de vulnerabilidad humana.

—Ella ha tomado su decisión, Max. Ahora tienes que tomar tú la tuya.

—No me queda otra —espeté, y me dirigí a la puerta.

—¿Adónde vas?

A cualquier parte, mientras estuviera lo más lejos posible de allí, de aquella condenada torre, de aquellas personas ¡y de aquella cosa!

—No pienso formar parte de esto, Nura. No lo voy a hacer.

«No puedo. No puedo hacerlo».

Abrí de golpe la puerta y enfilé aquellos pasillos tortuosos y asfixiantes, que me ahogaban en un espacio abierto. No había más sonido que el de mis pasos rápidos, recordatorio de todo aquello de lo que no lograba escapar, pero lo único que oía yo era la voz cantarina de Tisaanah, ese día que pasamos juntos en la ciudad hacía unos meses.

La oía una y otra vez, a cada paso.

«Como me pierda, ya no me vuelves a encontrar».

«Ya no me vuelves a encontrar».

40
Tisaanah

Solo recuerdo los sueños.

Me perdí en un torrente de imágenes vívidas, ahogándome en fragmentos de personas a las que no conocía y, a la vez, conocía íntimamente: una mujer rubia que llevaba una preciosa capa morada y mordía una manzana; un par de manos ajadas que asían el pomo de una puerta; ese inconfundible escalofrío al meterme en una balsa de agua fría en un lugar que nunca había visto, presionando con los dedos de los pies las intrincadas baldosas de cerámica; la garganta contrayéndoseme alrededor de voces, voces, voces...

Al abrir de golpe los ojos a una negrura absoluta, inspiré tan hondo que inhalé las gotas de sudor que me corrían por la cara.

Me dolía tantísimo la cabeza que me oía palpitar el interior del cráneo. Se me acumulaba la saliva al fondo de la garganta. En un pensamiento lejano, casi ahogado por aquel dolor de cabeza, decidí que no quería, por nada del mundo, vomitar en la cama.

Me levanté y, saboreando el alivio momentáneo del suelo frío, fui dando tumbos hasta el baño contiguo y me incliné sobre el lavabo, aferrándome a los bordes.

Sacudí la cabeza para apartarme de la cara el mechón de pelo negro que me colgaba por la frente, que volvió a caer enseguida donde estaba, justo delante de los ojos.

Oí acercarse unos pies descalzos, y una luz blanca y suave iluminó despacio la estancia, alumbrándome el rostro en el espejo.

El mío. Y el de Max.

¡El mío!

Muy vagamente, se me ocurrió que aquello no era lo que esperaba ver.

—Max... —dije en un susurro ronco de recién despertada.

Al girar la cabeza, vi a Nura en el umbral, mirándome soñolienta con el pelo alborotado cayéndole en rizos sueltos por los hombros. Parecía tan joven...

—¿Te encuentras bien? —me preguntó.

Abrí la boca para contestar, pero, en su lugar, me desperté.



—Tranquila...

Una mano me acariciaba la espalda en círculos amplios, suaves.

Estaba oscuro.

Me dolía todo.

«Max».

No caí en la cuenta de que lo había dicho en voz alta hasta que aquella voz me contestó:

—No hables.

Mis ojos fueron adaptándose a la oscuridad y, de pronto, me sorprendí contemplando unas trenzas platino que colgaban delante de mí. Nura. Apenas pude levantar la vista lo justo para identificarla; luego un espasmo me sacudió los músculos y me puse de lado, haciéndome un ovillo.

Acababa de verlo. Habría jurado que era él. Pero no podía ser. Max no debía estar allí. ¿Sería un sueño?

—¿Dónde está? —conseguí decir con dificultad.

—No lo sé, Tisaanah —murmuró Nura—. Nadie lo sabe.

Se me revolvió el estómago, pero, a la vez, asomó a mi semblante un amago de sonrisa. «Bien».

—Espero que se haya ido muy lejos...

—Shhh. —Nura me enjugó el sudor con la palma fría de su mano —. Duerme, que tu cuerpo necesita sanar.

Un manto de oscuridad empezó a caer sobre mis sentidos, y se me encogió el pecho de pánico.

No. No, no, no. No quería volver a aquel torrente de sueños. No podía. Me iba a matar.

Una oleada de dolor convergió con mi consciencia menguante y me ahogó por un momento. Cuando recobré levemente la consciencia, le estaba agarrando tan fuerte la mano a Nura que nuestros dedos temblaban juntos.

Le había mentido a Zeryth: sí que tenía miedo. Tenía tanto miedo que me costaba respirar. Miré desesperada a Nura y supe que ella entendía mi confesión muda.

—Tranquila... —me susurró. Me aferré a su mano como si fuera lo único que me mantenía vinculada al mundo, hasta que también eso se diluyó en la oscuridad—. Tranquila, Tisaanah, que no me voy a ningún sitio —oí resonar su voz, extinguiéndose conmigo.

Un sueño. Un recuerdo.

—No me voy a ningún sitio, Max.

Parpadeé. Tardé un momento en darme cuenta de lo que le había oído decir por debajo de aquel dolor de cabeza atronador.

La niña extendió las manos y sonrió entre capas de pelo moreno liso. Una culebra de un verde intenso se le enroscó en las manos y clavó en mí sus inquietantes ojos amarillos.

—Pon todas las caras de pasmo que quieras, que no me voy a ningún sitio, y ella tampoco —dijo, mirando al animal que la acompañaba y haciendo un puchero exagerado—. No es culpa suya que le tengas miedo. Extiende las manos.

Estábamos en un cuarto pequeño y polvoriento, con una ventana grande por la que entraba muchísima luz, y las paredes forradas de estanterías repletas de jaulas de oro y cajitas de cristal.

Kira me miró con las cejas enarcadas, y reemplazó su gesto sarcástico una sonrisita tan tremendamente parecida a la mía que en ocasiones todavía me sorprendía. Seis meses separados y casi había olvidado que teníamos exactamente la misma cara.

—No me gustan las criaturas que no tienen la decencia de poseer extremidades como el resto de nosotros —dije.

—Tampoco te gustan los ciempiés, y tienen un montón.

—Algo intermedio entre una culebra y un ciempiés me parece aceptable —contesté, mirando fijamente a la sierpe, que me observaba con idéntica inquietud—. Aparta eso, anda.

A regañadientes, Kira volvió a meter a la culebra en su jaula. El animal obedeció tan rápido que casi parecía que hubiese entendido lo que ella quería que hiciese. Desde luego, tenía una afinidad sorprendente con aquellos bichos.

—Es una de mis favoritas. Me he hecho con muchas más durante tu ausencia.

Me había bastado con echar un vistazo alrededor para confirmarlo. El cuartito estaba la mitad de lleno cuando me había ido, claro que, por entonces, Kira estaba empezando. Nuestro padre había accedido a prestarle el cobertizo del bosque a cambio de que prometiera que

jamás volvería a llevar a casa ni una sola criatura viva, bajo ninguna circunstancia, ni siquiera de las pequeñas, ¡mucho menos de las pequeñas!

Había sido lo primero que había querido hacer cuando volví a casa de permiso. Sin apenas dejarme saludar a nadie, me había llevado a rastras al bosque para enseñarme las nuevas adquisiciones de su colección.

Volvió a dejar en la estantería la jaula de la culebra verde, junto con al menos media docena más de ofidios de diversas formas, tamaños y colores. Luego agarró una cajita de cristal del estante de debajo.

—¡Mira esto!

Contemplé el inmenso y brillante escarabajo negro cuyos élitros producían destellos de color morado y verde con la luz que entraba por la ventana.

—Mola.

—¿Sabes lo que come? —Negué con la cabeza—. Carne podrida.

—¡Qué mono!

—Tranquilo, solo de la que ya está muerta.

—Ah, estupendo, qué asquerosito.

Paseé la vista por la pared. Le gustaban las serpientes más que nada, así que de esas había muchas, pero el estante inferior, por lo visto, era «el de los insectos»: escarabajos, hormigas, larvas que se retorcían...

Me detuve frente a una cajita de cristal.

—Esta —dije señalándola— parece demasiado normal y bonita para formar parte de tu colección.

Siguió mi dedo hasta la mariposa trémula encaramada a un palito musgoso, cuyas alas brillantes de color burdeos reflejaban la luz.

—Sí, yo también lo pensé al principio, peeero... —Se le iluminaron los ojos oscuros—. ¿Sabías que, cuando las mariposas son crisálidas, su cuerpo se disuelve por completo? Se convierten en pringue de gusano con un par de órganos ahí metidos. Ni siquiera tienen cerebro.

—¡Qué asco! —dije arrugando la nariz—. ¿Cómo lo has sabido?

Casi me daba miedo la respuesta, así que solté un pequeño suspiro de alivio cuando contestó:

—Lo he leído. —Luego añadió—: Pero, como no me lo creía del todo, diseccioné una crisálida en casa de tía Lysara. ¡Y era cierto! Solo pringue.

—Seguro que a mamá y a la tía Lysara les entusiasmó.

—Mamá me dijo que carezco de habilidades sociales.

—Eso me lo dice a mí también.

Curioso, porque nuestra madre tampoco poseía *habilidades sociales*, por mucho que se empeñara en lo contrario.

—¡Ay, que se me olvidaba!

Kira dejó el escarabajo, distraída, y chascó los dedos sonriente; luego frunció el ceño al ver que no pasaba nada.

Otro chasquido de dedos.

Y un tercero... con el que brotó una nubecilla de chispas azules. Repitió el procedimiento y generó una nube de lucecitas algo más grande, como una centella en pequeño.

—Bien, ¿no? He estado practicando.

Sonreí, muy a mi pesar. La otra única maga de la familia. Parecía lógico; lógico y un poco aterrador.

—¿Ya has pensado en cómo te vas a formar?

Se le hizo una arruga en el puente de la nariz, como si le estuviera haciendo una pregunta tonta, otro gesto que yo estaba seguro de haber acuñado.

—Entraré en el Ejército, como Nura y como tú.

Se me esfumó la sonrisa.

Hacía seis meses, no habría dudado en animarla a que siguiera mis pasos. Eso era lo que había hecho yo cuando empecé a mostrar señales de que era mago. No tenía motivos para no hacerlo. Me gustaba el Ejército: las jerarquías, la competición, la forma en que me impulsaba a llegar cada vez más allá, hasta el último peldaño, ciertamente mucho más alto de lo que estaría de haberme quedado encerrado en un mísero cobertizo solari perdido por ahí, malgastando el tiempo en ejercicios inútiles.

Pero los últimos meses, la guerra, las batallas...

Se abrió la puerta y Atraclius asomó la cabeza al cobertizo, y las gafas de montura metálica se le descolocaron al arrugar la nariz.

—Puaj, aquí dentro huele fatal. Me mandan a buscaros. Papá se está impacientando —dijo sonriendo. Tenía una de esas sonrisas que parten la cara en dos, casi irritantemente contagiosa—. Además, me muero de hambre, y tengo muchas cosas que contarte, Max.

—*Tengo muchas cosas que contarte, Tisaanah...*

Abrí la boca para contestar, pero no pude hablar.

—*Tantas cosas...*

El mundo se congeló y luego volvió la oscuridad.

—*¿Te gustan? Pronto tendré las tuyas también.*

41
Tisaanah

Cada vez tenía más ganas de vomitar. ¿Llevaba así días, semanas o meses? ¿Años? ¿Horas? Ya ni siquiera sabía quién era. Sentía que mi propio cuerpo me atacaba, que mis pensamientos se devoraban a sí mismos. Mis sueños, extraños pero vívidos, parecían tan reales que había momentos en que no sabía si estaba dormida o despierta, si era yo o alguno de esos desconocidos. O lo que sentía de forma más clara: si era yo o era Max.

Pasaba casi todo el rato durmiendo, soñando o vomitando. Nura era la única que me dedicaba algo de tiempo, instándome a dormir o intentando en vano que comiera algo. Aparecía en muchísimos de mis sueños también, solo que en ellos estaba distinta, con la cara más redonda, más expresiva, y el pelo suelto y ondulado, en vez de retenido en todas aquellas trenzas.

Muchísimos de mis sueños eran sobre él. En ellos, yo era él. ¿Tanto lo echaba de menos?

—Estas historias son las que más te gustan. Yo también prefiero las suyas.

Aquella voz se me enroscaba en los pensamientos, más baja que un susurro, tan débil que se diluía en mi cabeza como una voluta de humo, se esfumaba demasiado rápido para que pudiera identificarla.

—Me tiene preocupada —oí decir un día a Nura, desde el otro lado de la puerta de mi alcoba—. No fue tan exagerado cuando lo hizo él.

—¿Preocupada? —dijo Zeryth sin alterarse—. Para que tú manifiestes una emoción que vaya más allá de un vago desagrado, ya tiene que ser grave.

—Esto no es ninguna broma.

—Sé que lo puede conseguir.

«¿Podemos hacer esto, Tisaanah? ¿Queremos?».

Mi consciencia amenazaba con volver a largarse una vez más, pero oí algo que despertó mi interés y me obligó a permanecer alerta.

—Igual él puede ayudar. ¿No tienes noticias suyas?

—¿Y por qué iba a tenerlas?

—¡Madre mía! —ronroneó Zeryth—. ¡Tanto presumir de moralidad para luego largarse sin más!

—No te pongas petulante, Zeryth, que ni siquiera a ti te pega esgrimir ese tipo de hipocresía.

«¿Crees que vendrá a por ti?».

¡Por los dioses, confiaba en que no lo hiciera!

Y esa vez me pareció oír una vocecilla confundida decir clarísimamente: «¿Por qué no?». Y fue entonces cuando caí en la cuenta de que los susurros que oía no eran mis propios pensamientos incoherentes.

Me incorporé.

—¿Qué? —dije, e incluso aquella única palabra que solté me sonó ronca.

—¿Por qué no?

Esa vez la voz llegaba de dentro de mi cabeza. No la asociaba a ningún sonido: no era ni de hombre ni de mujer, ni tenía edad, aunque hablaba con la vacilación de un niño pequeño.

—Él te gusta.

Me pasaron por la cabeza fragmentos deslavazados de recuerdos, como las páginas de un libro cuando las pasas rápidamente con el pulgar, cada una de ellas visible solo una fracción de segundo. La primera risa que Max y yo habíamos compartido —«¡Él podría ser tu aprendiz!»—, la cara que me puso cuando vi que por fin había decidido instruirme, la primera vez que lo oí reírse de una de mis bromas... «Si tú vas, yo también voy».

El sonido de su voz cuando me había suplicado que me fuera con él. «Me tienes a mí, Tisaanah».

—*Y encima lo deseas.*

De pronto, otra serie de imágenes, de sensaciones: yo explorando su cuerpo con la mirada, el calor que desprendía la noche que nos quedamos dormidos el uno al lado del otro en el jardín, la estela de fuego que sus dedos me dejaron en la piel al rozarla cuando me regaló el colgante, sus labios pegados a mi nuca, su pecho contra el mío. «Sí que podría estar hecho para esto».

—*Entonces, ¿por qué no quieres que vuelva?*

Me dejó boquiabierta.

Estaba perdiendo la cabeza.

—*No es eso.*

Cerré la boca de golpe.

Silencio, salvo por el palpitar de mi corazón.

Aguardé.

Nada.

Se me descolgó la cabeza, que me reventaba. Pero luego, justo cuando noté que empezaba a perder la consciencia otra vez, lo oí, como si llegara de muy lejos:

—*A lo mejor regresa por mí* —musitó la voz.

—¿Quién eres?

O quizá debía preguntarle: «¿Qué eres?».

—*Reshaye* —contestó sin más—. *Soy muchas cosas*.

Definitivamente estaba perdiendo la cabeza.

—*No es eso. ¿Siempre te repites tanto?*

«El arma formará parte de ti», me había dicho Zeryth.

«Habláis de ella como si fuera una persona».

Caí de pronto en la cuenta de lo que pasaba, y me recorrió un escalofrío.

—*¿Has disfrutado de mis historias? Aún me quedan muchas por contar.*

Se balanceaba como un farolillo colgante, proyectando sombras estridentes y cambiantes en los recovecos de mi mente. Aquella cosa estaba tan cansada y desorientada como yo, y se lo notaba.

—*Las tuyas me suenan. Hueles como una caricia que conocí una vez, hace tiempo. O igual como una historia que he olvidado desde entonces.*

Volvió a pasar por mi cabeza una serie de imágenes que se detuvieron en un recuerdo fugaz de mis manos cuando caminaba por los célebres llanos de Threll, dejando que la hierba alta me hiciera cosquillas en los dedos. Después en la otra dirección, y luego otra vez.

—¿Conoces a Max? —le susurré.

¡Qué pregunta más tonta! Yo ya sabía la respuesta.

Un ronroneo que me resultaba familiar se me coló entre los pensamientos.

—*Si ya lo sabes, ¿para qué preguntas?*

De nuevo aquella confusión infantil.

—*¿Eh?* —insistió, y entendí que no era una pregunta retórica.

—¿No ves mis pensamientos?

—*Veo muchas cosas que no entiendo.*

—Yo igual; por eso preguntaba.

La presencia suspiró, o a mí me lo pareció. Fue como una exhalación que me erizó el vello.

—*Maxantarius y yo solo nos tenemos el uno al otro.*

Me sonó más lejano. Cada una de sus palabras me desataba una oleada de dolor, como si mis propios pensamientos y mi sangre se sublevaran contra mí.

«Eso no es cierto», me dije.

—*A lo mejor ya no. Ahora nos tenemos el uno al otro y también te tenemos a ti.*

Parpadeé e hice un esfuerzo por volver a abrir los ojos. Tardé un momento en entender que estaba mirando al techo. No sabía cuándo había vuelto a quedarme tumbada.

—*Empezamos a acusar el cansancio, tú y yo.*

Hablar de cansancio era quedarse muy corto. Yo me sentía como si me estuviera muriendo, perdiendo a la vez el cuerpo y la mente.

—*Estás más pendiente de lo que pierdes que de lo que ganas.*

Una sonrisa enloquecida se me dibujó en la boca. Pensé en Serel, en mis amigos de la hacienda de Esmaris. Se equivocaba: estaba más pendiente de lo que ganaba que de ninguna otra cosa.

Noté que unos dedos curiosos se detenían en aquel pensamiento, que le daban vueltas, congelaban la imagen del rostro de Serel y reproducían en mi mejilla la sensación de su beso de despedida.

Presentí la pregunta antes de que se materializara en palabras.

—¿Lo ves, pero no lo entiendes? —susurré.

—*Entiendo lo que es desear.*

No es desear, es amar.

—*Amar es desear.* —El susurro me sumió en la oscuridad—. *Yo amaba mucho a Maxantarius.*

La cama se partió bajo mi cuerpo y me hizo caer en espiral.

—Quizá podría amarte a ti también. ¡La historia que escribiríamos juntos!

La oscuridad y las llamas me devoraron.

Un sueño. Un recuerdo.

Las llamas me devoraban, me lamían la piel, llenándome las fosas nasales del hedor a carne quemada.

Cuando la piel ardía, se hacían ampollas, y esas ampollas reventaban y supuraban bajo el contacto violento de unas manos o el mordisco, más brutal, de un acero. Eso, como había tenido ocasión de aprender, era una verdad universal. Sucedía así con los magos de las Órdenes, con los soldados de la Guardia, con los rebeldes ryvenais y con los hombres, las mujeres y los niños que no eran ninguna de aquellas cosas.

Sucedía así con Nura; a pesar de lo que había hecho, fue el primer cuerpo hacia el que repté entre las cenizas de Sarlazai. Tenía la convicción casi absoluta de que había muerto. Al entregársela a los sanadores, me alivió oírle soltar un pequeño gemido de dolor cuando su piel se quedó adherida al tejido tosco de mi chaqueta.

Alivio. ¡Por los Ascendidos, menuda mierda de palabra he elegido!

Me vi quitándole del cuerpo con los dedos trocitos de tela cuyos hilos se me deshacían entre las uñas...

—Max, he pensado que igual querías ver...

Y ya estaba de vuelta. De vuelta aquí, en mi alcoba de la costa occidental, tumbado bocabajo en la cama, contemplando la colcha roja y disolviéndome en ella.

Parpadeé y levanté la vista a Kira, plantada en el umbral, sonriéndome con una vacilación inusual. Llevaba en la mano uno de

sus tarritos de cristal.

—Mira, esta la he criado yo, y ha salido de la seda hoy mismo —me dijo, levantando el tarro para enseñarme una mariposita roja que revoloteaba nerviosa por la parte superior de su prisión.

—Muy bonita —contesté sin apenas mirarla.

—He pensado que te gustaría porque tiene una cantidad razonable de extremidades.

Sus palabras se fueron apagando. Hice un ruidito evasivo de confirmación.

Kira se me acercó, descalza.

—¿Sabes qué? Que me alegro de que hayas venido a casa a descansar —me dijo en voz baja—. Aunque tú no.

Le solté un resoplido violento, casi sin darme cuenta. A descansar.

A descansar en realidad quería decir: «Está claro que vas a perder la cabeza en cualquier momento y, cuando eso ocurra, aquí no te queremos». *A descansar* significaba: «Eres responsable de la muerte de cientos de soldados de las Órdenes, así que escóndete un tiempo, hasta que decidamos si eres un héroe o un asesino». Pero, sobre todo, *a descansar* quería decir: «Soy el puto Zeryth Aldris y soy un cabronazo ávido de poder que quiere a todos los demás candidatos a archicomandante lo más lejos posible de las torres».

Pues muy bien, que le dieran el cargo. De pronto, me la traía al pairo.

—¿Qué tal sienta ser un héroe? —preguntó Kira—. Brayan nunca te lo va a decir, pero hasta él está impresionado.

Hasta no hacía mucho, la aprobación no manifiesta de Brayan habría valido más que el oro para mí, pero en aquel momento me daba igual, como el puesto de archicomandante. Me dieron ganas de decirle: «A mí me hace pensar en los cuerpecillos frágiles de los

niños deshaciéndoseme entre las manos. Nada de lo que sentirse orgulloso».

—*Debería alegrarte que por fin reconozca tu valía.*

Se me paró el corazón.

Paseé los dedos por todos mis muros y puertas mentales. Ninguno de ellos parecía tan sólido como antes. Nada es igual por ahí después de que un valtaino se te cuele dentro y empiece a revolverlo todo. Y además, durante la última semana había tenido la sensación de que mi cabeza era un sitio más revuelto y confuso que nunca.

—Necesito estar solo —dije, sin alzar la mirada para ver la cara de pena que Kira estuviera poniendo antes de coger su tarrito de cristal y salir de mi cuarto.

Me levanté, cerré la puerta y eché el cerrojo. Luego crucé la estancia y me puse en un rincón, con la frente apoyada a la vez en dos paredes.

—*Estás furioso* —observó Reshaye.

¡Pues claro que estoy furioso! Quise agarrar esa puerta mental, reponerla, pero de pronto me fue imposible encontrarla.

—*Estás furioso conmigo.*

—*Has asesinado a miles de personas.*

Miles. La envergadura de aquello hacía que se me entumecieran las manos. Encima, salvo por unos pocos, el mundo pensaba que aquello ¡lo había hecho yo!

—*Nos he convertido en héroes de guerra.*

Su confusión inquietante y pueril me sacudía las sienes.

—*¿Nos?* —bufé en voz alta—. *No hay un* nos.

Una espiral de dolor me estrujó la mente, un dolor tan puro y genuino que me hizo perder un poco el equilibrio.

—*Pues claro que hay un* nos.

¡Por todos los Ascendidos, cómo lo odiaba! ¡Lo odiaba! Y con la intensidad de aquel odio conseguí volver a dar forma a mis muros mentales. ¡Ya estaba! Y si conseguía convencerlo de que reculara, cerrar de golpe la puerta...

«No hay un *nos.* Eso lo has hecho tú por tu cuenta».

Distraerlo y luego...

Me reverberó por el cráneo un fuerte impacto, como cuando detienes bruscamente una puerta recia que está a punto de cerrarse. Acto seguido, se me erizó todo el vello del cuerpo con una sensación como de uñas arrastradas por una superficie de metal.

—Te he dado todo lo que deseabas. Te he otorgado el poder que buscabas tan desesperadamente para alcanzar tus ambiciones.

—Yo no quería eso. Eso ha sido... ha sido horrible. No quería que eso ocurriera.

—A mí no me puedes mentir.

—Te has servido de mi cuerpo para hacer cosas terribles. ¡De mi cuerpo! Es mío. Así que sal de mi cabeza y déjame disfrutar del tiempo que pase con mi familia.

No podía con aquello, me dije, allí plantado en el rincón, susurrándome furioso para mis adentros, con los puños apretados contra el papel pintado de la pared. No, esa no iba a ser mi vida, ni la de nadie. Lo primero que iba a hacer en cuanto llegara a las torres era sacarme a aquel monstruo de la...

—¿Monstruo?

La palabra me sacudió desde dentro, me encendió de rabia y de dolor.

Furibundo, quise mantener el control, intenté cerrar de golpe esa puerta...

—Te lo he dado todo. He hecho mías tus ambiciones. Me he tragado tus flaquezas. Y te he dado un amor que no mereces. Y te lo

sigo dando, aunque me llames «monstruo». Si yo soy un monstruo, tú, ¿qué eres?

Un dolor lacerante se me coló por debajo del cráneo. Se me empezó a ir la cabeza, pero resistí, recurriendo hasta al último ápice de control.

—Me perteneces, Maxantarius. Solo a mí. ¿Y prefieres a esas personas, esas personas que jamás te van a entender como yo, que nunca te van a querer tantísimo como yo?

—No soy tuyo. ¡No soy tuyo, joder!

Aquellas fueron las únicas palabras que mi mente consiguió formar con un esfuerzo sobrehumano, y las ahogaron enseguida su avalancha de rabia y mi propio miedo creciente.

Noté que Reshaye se alzaba más y más, hasta que estuvimos al mismo nivel, hasta que pareció que nos mirábamos directamente a los ojos, perfectamente igualados durante un momento aterrador, los dos aferrándonos al control con la misma intensidad.

Y entonces me dijo en un susurro triste y arrastrado.

—Has olvidado lo que eres, Maxantarius.

Sentí que se me enderezaba la espalda, que se me abrían los puños.

No.

Se me cerró una puerta en la cara.

—¡Para!

Había cometido un terrible error.

Mis pies cruzaron la estancia. Mis manos descerrajaron la puerta, la abrieron.

—Me has obligado a hacer esto.

Me arrojé contra mi propia mente con una intensidad frenética, pero me topé con un muro.

—¡PARA!

Resonó la palabra, primero en forma de orden y luego de súplica. Luché y luché y luché.

Pero mis pies seguían avanzando.

El cuarto de Atraclius fue el primero, el de al lado del mío. Nunca olvidaría su sonrisa de perplejidad al verme abrir de golpe la puerta, ni que apenas le dio tiempo a manifestar miedo antes de que su sangre salpicara la moqueta dorada. Nunca olvidaría el crujido de sus gafas destrozadas por mi bota.

El de Marisca fue el siguiente, luego el de Shaila. Nunca olvidaría aquellas dos matas de rizos castaños ardiendo y carbonizadas.

—*Para, para, para, para...*

Continué resistiéndome. Me aferré a mis músculos con desesperación, clavándome las uñas, dejándome hendiduras de pánico.

—*No hagas esto, no puedes...*

Mi padre: nunca olvidaría que agarró el atizador de la chimenea antes de verme la cara y lo levantó con mano experta, moldeada por años de experiencia militar, ni la esperanza macabra que me asaltó al verlo, cómo hice acopio de todas mis fuerzas para atrapar una sola fibra deshilachada de control y hacerme dueño de mi cuerpo un segundo, apenas una milésima de segundo.

—Hazlo —le supliqué—. Hazlo rápido.

Pero al reconocerme titubeó, lo justo para ladear la muñeca y redirigir la punta de mi cuello a mi hombro. Demasiado tiempo. El hilo se me escapó de las manos, y nunca olvidaría el ángulo terrible en que el atizador terminó asomándole por el cuello.

Luego Variaslus. Nunca olvidaría cómo me agarró la muñeca primero, con aquellos dedos finos demasiado aterrados para apartarla.

Mi madre... Nunca olvidaría la arruga de confusión que se formó entre sus cejas oscuras, el modo en que las yemas de sus dedos me acariciaron el rostro mientras caía.

Y luego me dirigí a la entrada y me quedé allí plantado en un silencio inmenso y resonante, con las uñas aún clavadas débilmente al muro de cristal que me separaba de mi cuerpo.

«Los has asesinado a todos. Los has asesinado a todos».

La frase se repetía en un hálito ahogado y frenético.

Miré fijamente la puerta y, a través de la vidriera semicircular que la adornaba, vi arder la luz menguante del sol. Juntos, nos abrasamos en los vestigios de la rabia de Reshaye, al borde de una calma tímida y espeluznante.

Confié en que mi desesperación enmascarase mi mentira.

Pero entonces me susurró:

—*A mí no me puedes mentir, Max.*

Y mientras mis dedos asían el pomo de la puerta, empezó de nuevo mi lucha, con renovada angustia, implacable con cada paso que daba mi cuerpo por el bosque, en dirección a aquel cobertizo tan familiar.

—*Por favor, por favor.* —Nunca le había rogado nada a nadie—. *Perdona, estaba equivocado. Tú siempre has tenido razón.*

Abrí de golpe la puerta. Kira estaba de rodillas en el suelo, con la serpiente verde enroscándosele en los brazos.

—*Por favor* —le supliqué—. *Nunca volveré a discutir contigo. No lo hagas. Pídeme lo que quieras*.

Hubo un momento de quietud. Noté que la atención de Reshaye se desviaba hacia mí, como meditando en silencio. Entonces aproveché su breve distracción para recuperar precipitadamente el control de mi cuerpo.

Se me contrajo un dedo de la mano izquierda.

Mi cabeza giró de golpe para observar esa mano, que se levantaba hacia mi rostro.

Rabia, una rabia creciente.

—*Ya te he dicho que a mí no me puedes mentir.*

Y una fuerza me apartó, empujándome hacia el fondo de mi propia mente.

Nunca olvidaría que Kira fue la única que intentó contraatacar, ni el ardor de la centella que brotó de sus dedos cuando cayó al suelo, aún con las llamas trepándole por la ropa. Nunca olvidaría lo rápido que aquella serpiente verde se abalanzó sobre mí y me hundió los colmillos en la muñeca. Pero, sobre todo, nunca olvidaría su rostro, ¡el mío!, cuando me miró entre mechones de pelo largo y negro. Y solo recordaría vagamente, muy vagamente, el peso aplastante de mi propia consciencia cuando se me devolvió de pronto, ni el susurro estremecido de Reshaye:

—*Ahora ya solo me tienes a mí.*

Mientras nos sumíamos los dos en la oscuridad.

42
Tisaanah

Desperté entre arcadas y sollozos.

Tardé varios segundos en caer en la cuenta de dónde estaba o quién era, y sobre todo en entender que la voz que gemía sus nombres era la mía. Y tardé aún más en reparar en que otra persona me sostenía la jofaina debajo de la cara, para recoger mi vómito líquido, al tiempo que una mano distinta me apartaba de la cara el pelo apelmazado.

¡Por los dioses, cómo dolía! Dolía tanto que no podía ni respirar, ni pensar, ni surcar mi propia mente esquivando aquella pena tan honda. Yo no los había visto jamás, pero sentía que los conocía tan íntimamente que su muerte era como ácido en una herida abierta.

—Respira, respira, respira —me susurró una voz serena, constante como los latidos de un corazón.

Alargué la mano y me topé con el calor de una piel. Supe enseguida quién se había sentado a mi lado. Al levantar la cabeza, adiviné en la oscuridad el contorno espectral del rostro de Max, el brillo sobrenatural de aquella mirada intensa. Verlo fue como si me clavaran un puñal en el vientre y lo fueran subiendo hasta los pulmones.

Me agarré a él. Era de verdad. ¡Era de verdad!

—Están... —dije con un hilo de voz—, están todos...

—Lo sé —contestó en un susurro angustiado—. Hablas en sueños.

Dejé escapar un llanto que brotó, desgarrador, de lo más hondo de mi ser. Y entonces noté que unos brazos me envolvían, me estrechaban de una forma que ansiaba, por muy triste que me pusiera.

—No deberías estar aquí —lloré contra su piel—. No tenías que estar aquí. —«Huye», quise suplicarle, aunque, traidora de mí, lo abrazara más fuerte. «Huye de todo esto». Sentí que un suspiro entrecortado le estremecía la espalda—. Ya no pueden retenerte —dije entre sollozos—. No hay nada, nada que te obligue a quedarte.

—No hagas eso. —Su susurro me sonó crudo y ronco, y noté que sus lágrimas se mezclaban con las mías, calientes en mi mejilla mientras nuestros cuerpos se plegaban el uno al otro—. No seas boba.

43
Max

Había tardado unos treinta y siete minutos en darme cuenta de que me estaba engañando a mí mismo.

Hacía una semana, había salido furibundo de las torres, convencido de que no me quedaba otra que desentenderme de todo aquello. Me negaba a formar parte de las maquinaciones de las Órdenes y a ayudarlas a aprovecharse de Tisaanah más de lo que ya lo había hecho yo, involuntariamente.

Volví a casa y me quedé allí, en las lindes de mi propiedad, tambaleándome de rabia y desesperación, y por la desorientación y el aturdimiento del traslado con estratagrama, contemplando la finca: mi pequeña cabaña de piedra y aquel vergel agreste y descuidado. Hacía un día precioso: sol, una brisa suave, el revoloteo de las mariposas y todo eso.

Idílico. Un bastión de paz y tranquilidad.

Y en aquel instante, lo odié.

Tras la muerte de mi familia, perdí años entregado a las drogas, al vino y a deambular sin rumbo. Una suerte de suicidio lento, quizá. Y cuando por fin conseguí salir, con gran esfuerzo, de aquella autodestrucción, me construí una casita demasiado alejada del mundo para que el mundo me molestara. Planté centenares de flores y me dije que no necesitaba más compañía que la suya.

«Mejor que las personas, en todo caso —murmuraba para mí—. Más fácil de cuidar, más previsible y mucho más bonito».

Además, lo cierto era que las flores no habían hecho lo que Tisaanah. Simplemente estaban allí, meciéndose con el viento, sin la menor intención de venderse de pronto a la organización que me había arruinado la vida. No tenía que andar suplicándoles que no hicieran pactos de sangre con Zeryth Aldris.

Claro que también eran estáticas y mudas. Eran más simples, sí, pero, por las noches, no me susurraban historias de tierras perdidas, ni hacían bromas ni reían. Eran más predecibles, pero no soñaban con un futuro mejor, ni tenían ambiciones ni esperanzas. Y eran hermosas, pero nada comparado con la belleza viva de Tisaanah, que cambiaba un poquitín cada vez que la miraba, como si, con cada una de sus expresiones, estuviera descubriendo una nueva faceta arrebatadora.

Allí plantado, de pronto me asaltó mi propia cobardía egocéntrica.

Presa de mi engreimiento, había pasado años convencido de mi superioridad moral por haber decidido escapar de un mundo cruel, imperfecto y complicado.

¡Mi puta superioridad moral! Yo, sentado aquí solo con las flores, mientras Tisaanah sufría. Yo, viviendo en aquella casita que se había convertido en su hogar tanto como en el mío, volviendo a una vida sin sentido y diciéndome: «Si es que no puedo hacer otra cosa...».

Me hinqué de rodillas y me quedé allí sentado treinta minutos, intentando procesar lo que estaba a punto de hacer.

Cuando volví a levantarme, ya había tomado una decisión.

Ahora Tisaanah descansaba, completamente dormida, sobre mi pecho. Aunque yo recordaba lo suficiente de mi experiencia con Reshaye para saber que aquello, más que dormir, era estar inconsciente. Cada cierto tiempo, se me iban los dedos a la cara

interna de su muñeca, y encontraba alivio en las pulsaciones calientes de su sangre bajo la piel frágil.

Me había llevado una semana poner en orden mis asuntos, reunir las provisiones necesarias, atar algunos cabos sueltos. En ciertos sentidos, temía venir aquí, pero, por otro lado, el peso de su cuerpo sobre el mío me producía un alivio extraño, primario, como si hubiera encontrado la pieza que le faltaba al rompecabezas.

Me sorprendía lo mucho que la echaba de menos. Y en aquel lugar, en aquel momento, en medio de la nebulosa del agotamiento y el silencio previo al alba, resultaba inquietantemente fácil olvidar por qué estábamos allí, olvidar que hacía unas horas le había oído revivir la más terrible de mis pesadillas.

Llamarlo «raro» sería quedarse corto. Oír cómo me susurraban pedazos del peor día de mi vida los labios de una persona que se había vuelto tan valiosa para mí. Que me recordaran todo lo que había perdido ya, mientras miraba a los ojos a todo lo que me quedaba por perder.

Temía el amanecer.

¿Cómo me miraría ella, ahora que sabía lo que yo había hecho y era consciente de la clase de monstruo que llevaba dentro? La idea me asustaba, solo que no tanto como la siguiente: que la criatura que me había arruinado la vida acechaba de pronto tras aquellos ojos desiguales tan cautivadores. Me daba miedo pensar en cómo me miraría, sí, pero me aterraba imaginar cómo la miraría yo, y lo que sentiría al hacerlo.

Y por eso, de momento, me conformaba con aquel... silencio.

No estaba seguro de cuántas horas habían pasado desde que noté que se revolvía contra mi cuerpo. Me preparé para escapar con cuidado de debajo de ella. No podía más que suponer que, en cuanto Tisaanah despertara, aquello iba a ser de lo más incómodo, y

bastantes preocupaciones nos angustiaban ya sin tener que abordar... lo que fuese aquello.

Tisaanah levantó la cabeza y me miró, y yo me quedé helado.

Supe de inmediato que no era ella. Los ojos se movían demasiado. Tisaanah tenía una mirada firme y penetrante, pero aquella no paraba: iba del techo al suelo, luego a las mantas, después a mí...

Se dibujó en sus labios algo que se asemejaba solo vagamente a una sonrisa.

—Hola, Maxantarius —me dijo, y oír la voz de ella sin acento me produjo un escalofrío brutal.

—Reshaye —le solté en un susurro furioso.

Aquella mirada saltarina se posó en mí, y la forma en que, de pronto, quedó inmóvil me resultó aún más inquietante.

—Te he echado de menos —murmuró con voz ronca y jadeante—. Siempre supe que lo nuestro no había... terminado...

Le costó decir la última palabra, como si estuviera ya perdiendo el control. Y antes de que me diera tiempo a reaccionar, la expresión se esfumó, y Tisaanah puso los ojos en blanco y los cerró despacio. Se quedó tan quieta que me sorprendí preguntándome si se había movido realmente.

Le aparté de la cara los mechones de pelo negro y platino. Se había ido, del todo, y por alguna razón, parecía más tranquila que antes. Solté un suspiro hondo y me dejé caer contra el cabecero de la cama, con el corazón alborotado. Por iniciativa propia, mis brazos la rodearon por los hombros.

Aquel podría haber sido el momento en que me diera cuenta de que había cometido un terrible error. En cambio, sentí que otro tipo de furia me abrasaba las venas y me encendía.

A lo mejor Reshaye tenía razón. Lo nuestro, por lo visto, no había terminado. Y mentiría si dijera que no me asustaba, solo que

también me enfurecía.

Entrelacé los dedos con los de Tisaanah y apreté.

Si lo nuestro no había terminado, estaba dispuesto a escribir un puto final mucho mejor esta vez, costara lo que costase.

44
Tisaanah

Tenía los ojos cerrados y costrosos cuando desperté, y casi me dio un ataque de pánico en la oscuridad, aterrada por lo que pudiera ver u oír dentro de ella. Pero, para alivio mío, seguía sin haber rastro de Reshaye. Poco a poco, fui recordándolo todo: mis sueños, mis recuerdos... Lo de Sarlazai, y lo que vino después. El rostro de todos los Farlione muertos. Y...

Me obligué a abrir los ojos, ¡iras!, a la claridad cegadora y a la figura de Max, que se paseaba nervioso por la estancia, con aspecto de llevar un buen rato haciéndolo. Había algo en sus ademanes que me parecía muy distinto de la intimidad que habíamos compartido la noche anterior, incluso comparado con la intimidad corriente y cotidiana de nuestra amistad antes de que empezase aquella semana terrible: una suerte de concentración intensa, de desconexión.

Tenía un aspecto terrible y, aun así, era lo más hermoso que yo había visto en mi vida. Conforme se me pasó por la cabeza aquel segundo pensamiento, lo encontré un tanto traidor. No debería alegrarme de tenerlo allí. A fin de cuentas, estaba en la misma habitación que la cosa que había asesinado a su familia, la cosa que ahora habitaba en mi interior.

—No deberías estar aquí —le dije con voz ronca.

Apenas me hizo caso. Ni me miró siquiera. Se sentó al borde de la cama, me puso la mano en la frente fría y prácticamente me interrogó sobre cómo me sentía. —¿Dolor de cabeza? Tolerable. ¿Escalofríos? No. ¿Náuseas? Moderadas. ¿Fiebre? Leve. Y así...—. Y le fui contestando con respuestas cada vez más secas. Luego me pasé la lengua por los labios agrietados y le susurré:

—¿Por qué has vuelto?

Miró a otro lado.

—Tienes que invertir tu energía en cuidarte. Ahí es donde debes centrar toda esa fuerza bruta implacable, porque vas a necesitar hasta la última gota de ella.

Muy en el fondo, agradecí el discreto afecto con que me había dicho lo de *esa fuerza bruta implacable*, por distante que fuera, solo que aquello se ahogó enseguida, con el nudo que se me hizo en el estómago.

—Max...

—Se apoderó de ti anoche —me dijo con brusquedad—. Brevemente, apenas un minuto, mientras dormías, pero debes ser consciente de ello.

Me lo dijo con una contención y una neutralidad que yo sabía forzadas.

Se me cayó el alma a los pies.

—¿Qué... qué es? —susurré.

Pero él se limitó a preguntar:

—¿Te lo notas ahora?, ¿en la mente? —Empecé a negar con la cabeza, pero él continuó—. No respondas tan deprisa. Siéntelo primero. Serénate, escucha.

Hice una pausa, cerré los ojos y, poco a poco, cobró vida en mí un resplandor: mi mente iluminando un mapa, como el de las almas de la torre de Tairn aquel día, el de la batalla. Lo acaricié con los dedos,

repasé todos los grupos de sombras y encontré, en efecto, a Reshaye, replegado en un rincón, completamente a oscuras, en silencio absoluto. Una... presencia.

—Parece que duerme —murmuré.

—Al principio, está tan enfermo y tan débil como tú. Lo que hizo anoche lo dejó sin energías.

—Los recuerdos o... —Ni siquiera sabía cómo verbalizarlo.

—Ambos. Todo. —Abrí los ojos y vi que Max me miraba fijamente, callado—. Presta atención a cómo reacciona a esas cosas, y siempre, ¡siempre!, comprueba dónde está. Con tus dones, te resultará más fácil que a mí. —No añadió «o eso espero», pero lo oímos los dos—. Ahora vamos a aprovechar la coyuntura para encerrarlo. No te va a costar mucho.

Aún me reventaba la cabeza, pero, comparado con cómo me había sentido desde que había recibido a Reshaye, me consideraba preparada hasta para nadar por los mares de Ara. Desde luego, mejor que bien para abordar con entusiasmo las instrucciones de Max sobre cómo recluir a esa cosa en su propio cuartito, aislado en un rincón apartado de mi mente. El suyo, según me contó, había sido un armario, una puerta que imaginaba que se cerraba y a la que luego le echaba el cerrojo. Una imagen simple y rudimentaria para un solari con un conocimiento limitado de la magia mental.

Pero yo lo veía de otro modo. Mi mente no era un laberinto, sino una tela de araña: bobinas y bobinas de pensamientos que se complicaban más cuanto más los repasaba, y mi atención alumbraba los hilos como si fueran conjuntos de luciérnagas. Donde estaba Reshaye no había luz, como si se hubiera tragado los hilos. Lo imaginaba envuelto en una serie de ataduras, engrilletado y asegurado con una llave que yo escondía en los recovecos de mis propios pensamientos.

Solo que seguía pareciéndome que el sistema... flojeaba. No lo verbalicé, pero Max debió de notarme la aprensión de todas formas.

—En parte, podría servirte de apoyo —dijo—. Y sí, es probable que no funcione eternamente. Por eso siempre vas a tener que estar buscándolo. ¡Siempre! Pero es un comienzo.

Un comienzo. Algo era algo. Tenía que serlo.

Nos miramos un momento. Se me encogió el pecho de ver las sombras que bordeaban aquellos ojos preciosos. Me sostuvo la mirada solo un instante y luego se miró las manos, con las que jugueteaba nervioso.

—Max... —empecé a decir, pero él se dio la vuelta, se llevó las manos a los bolsillos y dejó en la mesa unos frasquitos que tintinearon al chocar entre sí.

—Este es para los dolores de cabeza —dijo, acompañando cada frase con otro golpe del cristal en la madera—, y este, para las náuseas.

Prosiguió: para los escalofríos, para la falta de concentración, para tener un descanso sin sueños... Y después hizo una pausa antes de hablarme de los dos últimos.

—Este te tumba en cuestión de segundos. —No hizo falta que me explicara para qué iba a necesitar algo así—. Y este te desposeerá de toda tu magia de unos minutos a varias horas, según cuánto tomes.

Contuve un aspaviento. Ni siquiera sabía que pudiera hacerse algo así.

Y luego se quedó allí plantado, mirando al suelo.

Quise aprovechar aquel momento de silencio, pero no sabía ni qué decir.

Una llamada a la puerta interrumpió mis pensamientos antes de que pudiera aclararme, y entró Nura.

—Tienes mucho mejor aspecto —observó, y luego se volvió hacia Max, que apenas la miró—. Bueno..., al final has venido.

—Eso parece —contestó él muy seco.

Luego ella miró los frasquitos alineados en la mesa y enarcó las cejas.

—¿Cómo lo has conseguido? —Se detuvo en el último y le lanzó una miradita—. ¿Es lo que creo?

—Eres tú quien lee el pensamiento, no yo.

—¿Has salido de Ara para hacerte con esto? Por lo general, ni Zeryth ni yo somos capaces de echarle el guante.

Max se encogió de hombros.

—Tengo mis contactos —contestó, y después se metió las manos en los bolsillos e, irguiéndose, me miró a mí—. Tengo que hacer unas cosas. ¿Te puedo dejar sola una hora o así?

Seguían enredadas en mi pecho unas palabras que no era capaz de desenmarañar. Tantísimas cosas que había querido decirle... Pero me las tragué y me limité a asentir con la cabeza. Max me lanzó un último vistazo, y luego dio media vuelta y salió por la puerta.



Nura se sentó a mi lado un rato, me examinó, me tomó el pulso, comprobó mi respiración... El solo contacto con su piel me produjo repulsión. Al mirarla, vi fragmentos fugaces de recuerdos que no eran míos. El más vívido de ellos, la imagen de su rostro ensangrentado, de su mano levantada hacia mi sien, en una traición que echaría a perder la vida de Max y destruiría la ciudad de Sarlazai.

Puede que detectase el repelús que me producía, porque me dedicó una mirada larga y muda en la que se adivinaba una

pregunta que no había llegado a hacer.

—¿Ha empezado a hablarte?

El recuerdo de aquella voz reptó por mi interior.

—Sí —contesté.

—Bien, porque eso es que ya has pasado lo peor, me parece, y pronto serás capaz de controlarlo.

Controlarlo. ¿Eso era lo que se decía que había hecho aquel día en Sarlazai?

—¿Qué es? —le susurré.

—Esa es una pregunta difícil. La mejor respuesta que podemos darte es que se trata básicamente de magia cruda, una que nace de un nivel más hondo del que los magos humanos pueden controlar, más que el que manejan las syrizen o los fey.

—Pero... habla.

—Sí, es una magia sintiente —contestó Nura como si nada.

—Entonces, ¿qué es?, ¿o qué era?

—No lo sabe nadie. El primero que se hizo con ella fue Azre, el predecesor de Zeryth, en algún lugar de más allá de Besrith. —Guardó silencio un momento, mirando al horizonte—. Azre murió antes de que nadie pudiera averiguar exactamente por qué. Pero es una magia muy poderosa.

Me vinieron recuerdos a la cabeza, de fuego, sangre y destrucción, y, sobre todo, de devastación, recuerdos de los familiares de Max y de sus caras de espanto, después de muertos.

—Me ha enseñado recuerdos —dije, y la miré a los ojos y entendí que las dos sabíamos exactamente cuáles.

Nura tragó saliva de forma visible, su único indicio de emoción.

—Es una criatura aterradora en muchos sentidos —dijo—, pero también es increíblemente poderosa, y hasta en las cosas horrendas que hace salva muchas vidas.

—Me ha enseñado lo que hiciste en Sarlazai. —Apreté los dedos, y Nura miró a otro lado, de pronto entretenida con las anotaciones que tenía en el regazo.

—Hice lo que mi puesto y mi rango me imponían.

—¡Lo obligaste! —le espeté, apretando los dientes. La traición que Max había sentido ese día aún me dolía en el pecho. Yo sabía lo que era eso, sentir que tu cuerpo no te pertenece. Y sus recuerdos de la destrucción de la ciudad se mezclaron con mis propias imágenes borrosas de la capital de Nyzerene en llamas—. ¡Y murieron muchos por tu culpa!

Me lanzó una mirada cortante como el filo de una espada.

—Hice lo que tenía que hacer, y me llevaré esa carga a la tumba. Habrían muerto miles de inocentes más si hubiera continuado la guerra, que habría durado años. Y entonces lo vi, vi la oportunidad.

Recordé el olor a carne quemada. *Una oportunidad.*

—Sabes, igual que yo —continuó—, que a veces hay que hacer cosas terribles para conseguir un bien mayor. Eso ya lo sabías cuando derramaste tu sangre sobre un contrato. —Apretó los labios y se formó en su entrecejo una arruga de pesar—. Max era la persona más importante de mi vida. Solo amaba una cosa más que a él. —Volvió a posar su mirada en mí, más intensa, más fría—. Ara. Solo Ara.

Se me hizo un nudo en el estómago. ¿Amor? ¿Eso era amor? ¿Traicionar de esa forma la confianza de alguien? ¿Hacer sacrificios a cuenta de tantísimas otras personas?

No. Jamás.

No me atrevía a abrir la boca. Nura se puso en pie, se acercó despacio a la mesa y estudió los frasquitos de cristal.

—Entonces, ¿volvió anoche?

No sé por qué, la respuesta me dolió en el alma.

—Sí.
Vi que se dibujaba en su rostro una sonrisita triste.
—Sabía que lo haría.

45
Max

Con las manos metidas los bolsillos, recorrí las calles a grandes zancadas. El bullicio de la ciudad no conseguía ahogar mis pensamientos, y la brisa fresca tampoco me distraía. No me quitaba de la cabeza el recuerdo constante de la voz de Tisaanah cuando no era ella misma, una voz que iba acompañada del temor acechante a todo lo que estaba por venir, como el rugido de una avalancha que se nos fuera a echar encima, mientras apretaba con fuerza en la mano la primera piedra rota.

Sabía que iba a ser malo, pero, aun así, me pilló por sorpresa lo mucho que me había afectado ver a Tisaanah cuando despertó, el que solo mirarla me enredara la lengua y que el miedo me desgarrara por dentro como un bocado de cristales rotos. Sabía que ella tenía dudas, y que pronto yo tendría que resolvérselas. Y sabía que había sido demasiado brusco, demasiado distante esa mañana. Pero es que... no podía. Al menos hasta que encontrara el modo de enfrentarme a todo aquello y reuniera el valor para levantar la tapa de la caja que había tenido sellada durante casi diez años. «Pronto —me dije para mis adentros—. Pronto».

Pero, de momento, me limité a caminar.

El establecimiento estaba en las afueras de la ciudad, donde los edificios aún estaban muy cerca unos de otros, pero lejos del bullicio y el alboroto del centro. Era un sitio pequeño, apretujado entre dos

negocios mucho más grandes, pero poseía majestuosidad, y hasta los escalones de la entrada estaban inmaculados; las plantas, perfectamente cuidadas, y la pintura burdeos, resplandeciente. «Esren e Imat», rezaba el rótulo de encima de la puerta, que no estaba cerrada con llave.

Me colé dentro con sigilo y me recosté contra el marco, sintiéndome incómodo.

El interior de la consulta estaba tan pulcro y era tan pintoresco como el exterior. Nada más entrar, había una zona de espera. Más allá vi un biombo de dos hojas, de papel, plegado de tal forma que ocultaba la entrada de la sección del fondo. Se oían voces al otro lado.

—... sigo sin poder estirar estos dedos, sanador. —La primera parecía proceder de un anciano, visiblemente angustiado—. Y ya te he dicho que, si no puedo hacer eso, no sé cómo voy a continuar trabajando.

—Lo entiendo —contestó Sammerin, con un acento que no podía ser más distinto del de su paciente, suave y firme—. Además, desde el principio, el objetivo ha sido asegurarnos de que recobraras el uso pleno de la mano. Eso está ocurriendo algo más despacio de lo que anticipábamos, pero es completamente normal.

Di un paso a un lado para poder asomarme por la barrera. Le vi la espalda a Sammerin, y al paciente, el cogote calvo y moteado de manchas de sol.

—La mano humana tiene veintisiete huesos y cuatro tendones importantes —le explicó Sammerin—. Cuando acudiste a mí la primera vez, tenías destrozados veinte de esos huesos, y tres de los tendones completamente seccionados. Eso por no hablar de todos los músculos y la piel hechos trizas. ¿Ves? —Se oyó un murmullo de papeles—. Ahora solo te quedan cinco huesos fracturados, y los

tendones se están regenerando bien. Solo hay que tomárselo con calma para asegurarse de que todo el tejido conjuntivo vuelva a unirse correctamente.

Decía todas aquellas cosas como si fueran una simple serie de datos, con resolución y delicadeza. Se le daba bien eso de coger lo insuperable y convertirlo, discretamente, en superable.

No me sorprendía, o no debería haberlo hecho. Pero allí estaba yo, asomándome a la vida de un hombre al que consideraba mi mejor amigo y cayendo de pronto en la cuenta de lo egoísta que había sido, de lo poco que me había comprometido. Podía contar con los dedos de una mano las veces que me había dignado a visitar la consulta de Sammerin en los últimos años, mientras que él se pasaba a verme cuatro días a la semana solo para asegurarse de que no me había ahorcado. Todo lo que me había perdido solo para poder encerrarme en una mierda de cabaña en medio de ninguna parte y rezar ante el altar de mi propio aislamiento.

A mi espalda, oí que se abría de golpe una puerta y una voz cantarina que conocía bien decía:

—¿Max...? ¿Qué haces tú...?

Y entonces un estruendo, un estrépito, algo que se hacía añicos.

Cuando me volví a mirar, Moth estaba en el suelo, rodeado de instrumental esparcido, cristales rotos y una mesa volcada.

—Hola, Moth —saludé.

—Hola, Max —contestó algo avergonzado.

—¡Moth! Te tengo dicho que... —Sammerin salió de detrás de la barrera y calló de pronto al verme allí—. Max...

Le cambió el gesto y se puso muy serio, como si ya solo mi cara o mi postura le indicaran que algo iba muy mal. Y, claro, como siempre, estaba en lo cierto.

Le dediqué una sonrisa, que probablemente parecía más una mueca de dolor, y saludé sin ganas con la mano.

—Hola...



Sammerin me escuchó, con toda la paciencia del mundo, mientras le contaba toda la lamentable historia.

Sonaba absurdo, rayano en el insulto, de hecho. A fin de cuentas, él se había pasado unos ocho años recomponiéndome después de que la guerra, las Órdenes y Reshaye me hicieran pedazos, recomponiéndome como si no fuera más que un conjunto de extremidades inertes, igual que cualquiera de sus grotescos cadáveres del campo de batalla.

Y allí estaba yo, a punto de volver a meterme en todo aquello. Era como darle un bofetón en la cara.

Cuando terminé de contárselo, se quedó sentado en silencio, digiriendo todo lo que había oído.

—He sabido que algo iba mal cuando te he visto aparecer voluntariamente en público —dijo por fin.

Conseguí soltar un pequeño resoplido.

—En mi defensa, debo decir que he socializado mucho.

Sammerin cruzó los brazos y me observó, con el ceño algo fruncido. Lo lógico habría sido que, después de tantos años, se me diera mejor interpretarle los gestos, en vez de estar allí retorciéndome bajo su mirada escrutadora como un crío que espera a que sus padres lo reprendan.

—Pues eso... —dije, aclarándome la garganta—. Y ya sabes... O sea, ya sabes lo que tengo que hacer.

Agachó un poco la cabeza a modo de asentimiento.

—Sí.

—¿Sí? Me esperaba más bien algo del tipo de: «Max, ¡qué decisión tan horrible!, ¿qué coño te pasa?».

Sonrió un poco, sin ganas.

—Sé perfectamente lo que te pasa. —Se le esfumó la sonrisa y me preguntó—: Entonces, ¿ya está hecho?

La respuesta me produjo un dolor físico.

—Con pacto de sangre y todo.

Hizo una mueca.

—Pinta mal, Max.

Mal era el término más amable posible para aquello.

Cuando volví a hablar, la voz me salió más ronca de lo que pretendía.

—Esos cabrones tendrían que habérselo pensado mejor. Ya han visto de lo que es capaz esa cosa. No puedo dejarlo correr, ni la puedo dejar ahí tirada.

Se acentuó la arruga de su entrecejo.

—Les vas a dar precisamente lo que quieren.

—Lo sé —contesté, revolviéndome incómodo en la silla—. Y... hay algo más.

—Me vas a pedir que vaya yo también.

No preguntó; lo afirmó con naturalidad, sin alterarse. ¡Por todos los Ascendidos! ¿Cómo conseguía hacer eso siempre?

Carraspeé de nuevo.

—Lo malo es que... si no lo haces tú, ¿quién lo va a hacer? No me fío de esa gente, pero tú a ella la conoces, sabes que no es... un instrumento ni un monstruo. —Sammerin me ofreció otra de sus cabezadas, que tampoco supe interpretar—. Sé que te estoy pidiendo mucho, y lo entendería si me mandaras a tomar viento.

Se hizo un silencio largo y angustioso.

—Hubo muchos días malos —dijo despacio—. Durante la guerra, después... Pero el que mejor recuerdo es el de después de aquello.

No le hizo falta especificar a qué suceso se refería. Solo había uno que se alzaba por encima de todos los demás. Aunque nunca habíamos abordado el tema, al menos de forma directa, que lo sacara a colación de pronto me dejó un poco descolocado, sobre todo con las cosas que habían pasado en los últimos días.

—No me acuerdo —le dije, porque los días que siguieron a la muerte de mi familia no eran para mí más que un borrón de pesadillas, oscuro y líquido, como una sangría de tinta. Horas, días, semanas... borrados.

—Bien. —Me miró entonces y observé en su semblante algo que rara vez le veía: remordimiento—. Espero que no lo recuerdes nunca. Pero yo pienso mucho en ello, y en lo que habría pasado si hubiese llegado allí un día antes.

Lo dijo, como siempre, con calma, tanta que tardé un minuto en entender qué era exactamente lo que estaba reconociendo. Al hacerlo, me quedé pasmado, sin habla. Tantos años y yo sin saber lo culpable que se sentía. Nunca me lo había dicho; no me había dejado entrever ni el más mínimo indicio.

—No deberías —murmuré por fin—. No habría servido de gran cosa.

Pero Sammerin negó con la cabeza y dijo:

—Era mi cometido.

Tenerme, tener a Reshaye, bajo control. Sus habilidades particulares, el dominio de la carne humana, lo convertían en el seguro perfecto. Él podía tumbarme, obligar a mis pulmones a marchitarse o a mis extremidades a bloquearse. Terrible, humillante, doloroso..., pero efectivo.

Por eso, precisamente, las Órdenes nos habían emparejado. Él era la correa.

—Fui yo quien te pidió que te fueras —tercié, y mientras las palabras salían de mis labios, supe que me quedaba corto. ¡Lo había obligado a marcharse! Yo estaba llorando las vidas perdidas en Sarlazai, horrorizado de mí mismo y de la criatura que habitaba en mi interior, con el corazón destrozado por la traición de Nura, y dejé que todo aquello me consumiera hasta convertirme en un ser cruel, egoísta y estúpido de cojones. No quería más que estar solo.

Y lo había conseguido, ¿no?

—Escucha, Sammerin —dije inclinándome hacia delante—, ese día fue un conjunto trágicamente perfecto de circunstancias, una avalancha de mierda fruto de una confluencia cósmica irrepetible. Da igual lo que habría pasado o no de haber estado tú allí, porque el caso es que no estabas. Pero, aunque hubieras estado, puede que no hubiera cambiado nada. Igual la avalancha de mierda habría sido algo distinta y, al final, habrían sacado a rastras de aquella casa un cadáver más.

Procuré quitarme aquella posibilidad de la cabeza antes de que se asentara en mi pensamiento, porque en ella había una certeza: si eso hubiera ocurrido, yo no habría sobrevivido a los últimos ocho años.

Soltó un suspiro largo y agachó la cabeza, pero no dijo nada.

—¿Todo bien? —insistí.

—Todo bien.

Luego me miró a los ojos y vi en ellos un pozo de emociones crudísimas que Sammerin se resistía a liberar.

—No quiero volver a vivir un día así en mi vida —dijo—. Así que, sí, voy.

Sentí un alivio inmenso.

—Gracias —murmuré, las únicas palabras que se me ocurrieron, por sosa que fuera la respuesta.

Sammerin se encogió de hombros.

—Tú me has salvado la vida suficientes veces. Además... —añadió, y su gesto se endureció un segundo—, Tisaanah se merece lo mejor. —Luego ladeó la cabeza con una sonrisita—. Aunque igual la próxima vez te podrías buscar una amante más normalita, una repostera, por ejemplo. Así podríamos quedarnos sentados comiendo pasteles, en vez de ponernos la vida patas arriba de una forma tan emocionante.

Solté una carcajada, agradecido de poder liberar un poco de tensión.

—No es eso.

—Ajá —dijo, entornando los ojos. Y luego añadió—: Espero que me pagues una suma indecente, por supuesto.

—Por supuesto —contesté.

Como si hubiera dinero suficiente en el mundo.



Tenía otra parada que hacer antes de volver a las torres, y en el fondo la temía. Otra cosa que jamás pensé que tuviera que volver a hacer. Recorrí los oscuros callejones del centro y me detuve ante el escaparate polvoriento de una tienda que conocía bien. No pude evitar mirar de reojo hacia el sitio donde Tisaanah y yo habíamos visto al tipo del abrigo verde y el pájaro a juego cuando fuimos a la ciudad. Ni rastro de él.

Via, que no parecía sorprendida de verme, algo que me inquietó un poco, me invitó a pasar con absoluta despreocupación. Solo llevaba una túnica de seda vaporosa, atada suavemente a la cintura.

Mientras me llevaba a su taller, un hombre también escasamente vestido, y repantingado en un sofá, me saludó indolente con la mano. Me alegré de no haber llegado diez minutos antes.

—Max, ¿en qué puedo ayudarte? —me preguntó mientras empezaba a encender una a una las luces de la trastienda. Con cada llama nueva, más armas iban cercenando la oscuridad, surcando las sombras entre súbitos reflejos dorados.

—Necesito un arma.

—Aún me acuerdo de cuando me dijiste que no volverías a necesitar una.

«Uf, no me lo recuerdes».

—Resulta que me equivocaba.

—Supe que algo iba mal cuando me pediste el chryxalis. Esa mierda es muy potente.

—Estás a puntito de empezar a hacerme preguntas y, si no recuerdo mal, eso va contra tu política comercial.

Ella ladeó la cabeza. La luz tenue resaltaba sus rasgos afilados, formando sombras en las superficies bien marcadas de su rostro. Parecía del todo sobrenatural. Via no era maga, pero me habría apostado lo que fuera a que poseía algún tipo de sensibilidad mágica. La necesitaba para hacer el tipo de armas que hacía tan bien como las hacía, y además, su percepción era, como poco, extraordinaria.

—No hace falta que sea nada especial —le dije—. Me basta con que sea mejor que cualquier porquería ramplona que intentarían...

Via cruzó con sigilo la estancia y abrió un armario. Mis palabras quedaron ahogadas momentáneamente por un traqueteo metálico mientras ella hurgaba por allí, y cuando se volvió hacia mí, se me olvidó lo que iba a decirle.

¡Por todos los Ascendidos! ¡Hacía años que no veía aquello! No esperaba que solo ponerle los ojos encima me impactase de semejante forma.

—La has guardado —susurré.

—¿Te piensas que iba a dejar que una de mis mejores piezas terminase en un vertedero, en manos de algún tahúr o abandonada en el callejón de un burdel? —me soltó, y, chascando la lengua, meneó la cabeza.

—Podrías haberla revendido.

—Sabía que algún día volverías a necesitarla. Además, el arma te adora. Toma —dijo, y me la ofreció, extendiendo el brazo—. No le tengas miedo.

Lo cierto era que sí le tenía un poco de miedo.

Alargué el brazo y mis manos se colocaron enseguida en una posición bien aprendida.

Via me había hecho aquella pieza especialmente para mí hacía casi diez años. Era del largo de una lanza, pero con dos puntas, forjada de un bronce tan ligero que parecía superar los límites de la viabilidad, con volutas y filigranas serpenteando por toda su longitud. La hoja de uno de los extremos era puntiaguda, pensada para clavarla; la otra era ligeramente curva, para rebanar. Pero lo más importante...

Le hablé como lo había hecho hacía años y me entendió igual de bien. Habría sido fácil confundir aquellos relieves que la recorrían con elementos decorativos, pero, al sumarles mi magia, se iluminaron como regueros de fuego líquido. Las llamas se acumularon a lo largo del filo de las hojas.

La vara se fracturó entre mis manos, dividiéndose longitudinalmente en dos armas distintas. Volví a juntarlas, fundiéndolas en una. La hice girar. Las separé otra vez. Ni se notaba.

—¿Te hago algún ajuste?

—No, es...

«Perfecta». Resultaba casi aterrador lo a gusto que estaba con ella.

—Pues claro —me dijo Via con una sonrisita de complacencia—. Y tengo otra para ella. —Debió de notárseme lo sorprendido que estaba, porque soltó una carcajada—. El mundo no es tan impredecible como crees, Max. Además, me enteré de que iba a salvar al mundo o algo así, ¿no? Pensé que algún día necesitaría una, y como me sentía inspirada...

«¡Mira que eres chismoso, Sammerin!».

Lo cierto era que ya había pensado en llevarle algo a Tisaanah. No iba a dejar que se sumergiera en el caos con una espada corriente de guardia. Eso habría sido de lo más insultante.

—¿Sabes? —continuó Via, volviendo hacia el armario—, las mujeres siempre vienen a mirar arcos de plata bonitos o puñales pequeños y finos, pero pensé que..., bueno, que esa chica parecía interesante.

Se giró con una vaina burdeos en las manos. Luego desenfundó una de las espadas más exquisitas que había visto en mi vida. Era larga y delicadamente curvada, con la punta afilada y en ángulo. Pero lo más llamativo era que estaba hecha con metal de dos colores: el oro y el platino se entrelazaban en una danza orgánica y alocada, como las raíces de dos árboles que se enredaran bajo tierra. Observé por las ranuras que quedaban entre ambos metales que el centro estaba hueco, y ofrecía una suerte de venas en las que podía alojarse la magia, igual que en la mía.

Me la pasó y la examiné. Era ligerísima, teniendo en cuenta su longitud.

—Más te vale que no se le parta en dos.

—Me ofendes con esa insinuación.

Tenía razón. Pese a todas mis protestas, que yo supiera, Via jamás había forjado un arma que no fuera absolutamente impecable.

—Preciosa, ¿a que sí? —dijo admirada, y tuve que asentir.

Preciosa y funcional, como Tisaanah.

—Le he puesto nombre —añadió—: Il'Sahaj.

—¿Il'Sahaj?

—Es besrithiano. Significa «espada de ningún mundo» o «espada de todos los mundos». —Cuando me vio la cara de perplejidad, me aclaró—: En besrithiano antiguo, la terminación *-aj* puede significar tanto «ninguno» como «todos».

—Qué poco práctico.

—Ya te digo. Pero es muy poético.

—Yo lo encuentro un poco rebuscado.

—Mis obras son como mis hijos, Max, y les pongo nombre. A la tuya también.

—No sé si quiero saberlo.

Sonrió y se encogió de hombros.

—Igual un día de estos te lo digo, pero imagino que no puedes andar por ahí rompiendo cadenas y liberando civilizaciones con un arma aburrida y sin nombre.

No podía quitarle los ojos de encima a aquella pieza. Tuve que reconocer que era ideal para romper cadenas y liberar civilizaciones. Y le encajaba a Tisaanah: era tan perfecta para ella que casi costaba creer que Via solo la hubiera visto una vez. Al principio no sabría usarla, claro, pero qué maravilla de aprendizaje.

—Es preciosa —dije—. Te has superado. ¿Cuánto te debo?

—Considéralo una especie de compensación moral por todas esas ventas de armas no del todo legítimas que hago —contestó.

Mientras me acompañaba a la puerta, respondió a mi insistencia en pagarle con un manotazo al aire.

—Id y haced algo con vuestra vida. Y Max... —Se detuvo en la puerta con el gesto torcido, pensativa—. Procura no volver a enterrarte en la mierda.

«No prometo nada».

—Estoy haciendo todo lo posible.

—Pues buena suerte. A los dos.

Y dicho eso, volvió a disolverse en el calor de su casa, y me dejó allí plantado, sosteniendo dos armas preciosas que ya sentía dolorosamente familiares y profundamente incómodas en mis manos.

Antes de irme, le metí en el buzón una bolsa de monedas de oro.

46
Tisaanah

Cuando volvió Max, yo estaba que me subía por las paredes.

Fue asombrosa la velocidad a la que pasé de sentirme débil y enferma a tener ganas de arrancarme la piel. De hecho, me encontraba tan bien, tan llena de energía, que la sensación rayaba en lo desagradable, como si hubiera algo raro, como si me hirviera la sangre. Me latía el corazón rapidísimo, aun estando sentada y quieta.

Por eso, cuando volvió Max y me enseñó las armas que Via le había proporcionado, debí de parecerle un poco desquiciada, porque no se fiaba ni de dejarme tocar la espada. Lo hizo de todas formas, y yo la cogí en brazos como si fuera un bebé. Era lo más hermoso que había visto en mi vida. Y el nombre... Il'Sahaj, la espada de ningún mundo, la espada de todos los mundos.

Como yo.

Si hubiera sido capaz de detenerme, de detener mis pensamientos un instante, hasta me habría conmovido. Creía que Via ni me había mirado cuando nos conocimos; ¿cómo iba a pensar que pudiera creerme digna de algo así?

Volví a desenvainar la espada y sentí en las manos el bronce labrado, mientras paseaba los ojos por la plata y el oro danzarines. Algo me ronroneó por dentro al verla.

—No hemos entrenado mucho con espadas.

Max había seguido formándome en los rudimentos del combate, pero no demasiado, y siempre con espadas mucho más cortas que aquella.

—No —contestó—. Tendría que haberlo hecho... Si lo hubiera pensado bien, habríamos entrenado más, teniendo en cuenta tus planes.

Lo miré, y él desvió la mirada.

Desde que había despertado, solo nos habíamos echado algunos vistazos de refilón. No me estaba mirando de verdad. Supongo que lo entendía, pero hasta aquellas ojeadas rápidas cargadas de palabras me pesaban como plomo en el corazón.

Medité entonces sobre esas palabras, todo lo que quería contarle. Pensé en cómo decirle lo mucho que sentía lo que le había ocurrido a su familia, lo importante que era para mí que hubiera venido a buscarme. Y pensé en cómo preguntarle qué iba a ser de mí, de nosotros, con aquella criatura instalada en mi mente. Pero lo único que oía eran los latidos acelerados de mi corazón aporreándome los oídos, al tiempo que se me contraían los músculos.

Podía intentar decirle todas aquellas cosas o... ¡moverme!

Me puse en pie, me paseé nerviosa, aferrada a Il'Sahaj.

—Podemos empezar ahora.

—Empezar... ¿a entrenar?

—Sí.

—¿Te encuentras...?

—Lo que encuentro es que no aguanto quieta ni un minuto más.

Di media vuelta para mirarlo a la cara. Esbozó una sonrisa de medio lado, del izquierdo, como de costumbre.

—Necesitas volcarte en algo.

Solté un pequeño suspiro. Me entendía. Claro que sí. Asentí con la cabeza, y me corrió por la cara una gota de sudor que se había

estado acumulando en la sien.

—Pues venga... —Agarró su arma y la asió con cautela por la empuñadura—. Genial. Si tú puedes, yo también.



Iba tan empapada en sudor que el algodón de la camisa se me pegaba a la espalda, y los mechones de pelo suelto se me adherían a las mejillas y el cuello húmedos. Y el corazón me palpitaba y me palpitaba y me palpitaba.

Una vez, siendo niña, me encontré un gazapo que había quedado vivo después de que desapareciera el nido entero. Era tan pequeño, tan frágil, que los latidos de su corazón hacían que le temblase todo el cuerpo, y eran tan rápidos que se diluían en uno, como pasa con el aleteo del colibrí. Así era como me sentía yo el corazón: un millar de latidos por cada aliento.

Pero no estaba asustada, más bien al contrario. Tenía hambre. ¡Un hambre voraz! Poderosa, como la sangre que me hervía en las venas.

Max me llevó abajo, a una sala de entrenamiento, y yo acometí la tarea con todas mis fuerzas. Il'Sahaj estaba apoyada en la puerta, sin usar, algo que me enfurecía cada vez que la veía. En su lugar, Max me había dado una vara de entrenamiento, que yo usaba para atacar en una serie de ejercicios con toda la vehemencia y la precisión de que era capaz.

—Es todo cuestión de control —me dijo mientras paraba uno de mis golpes. Lo hizo con su arma, sin desenvainar los extremos, porque, según él, necesitaba volver a familiarizarse con ella—. Como la magia.

¡Control, control, control! ¿Había algo que no fuese cuestión de control?

Me volqué en los ejercicios, lanzando tajos más rápidos, más fuertes, perdiéndome en la repetición y en las protestas de mis brazos, de mi espalda. Si me dolía lo suficiente, no tendría que pensar más.

Se me escapó un gruñido entre dientes, por el impacto, cuando otro de mis golpes topó con el asta de bronce de Max.

—No te fuerces demasiado.

Abrí la boca y solté una carcajada, una que sonó algo amarga, algo ácida y algo más desesperada de lo que debía.

Max titubeó un poco, con el ceño fruncido de preocupación. Aproveché la distracción para atacar. Otro tajo, bajo, que estuvo a punto de escapársele.

—Tisaanah...

Estuve a punto de lanzarle otro, pero, con idéntica rapidez, dio media vuelta y me devolvió el ataque con la inercia de mi propio golpe, lo que nos empujó a los dos contra la pared. Jadeamos, y nuestro aliento se mezcló en el aire que había entre ambos, donde se cruzaban nuestras varas.

Entonces me miró, por fin. Me miró con una intensidad recelosa, inquisitiva. La satisfacción me serpenteó por la columna como un escalofrío.

—Esto se está poniendo al rojo vivo, ¿verdad? —me dijo.

«Verdad», pensé, pero algo en mi interior devoró la palabra antes de que pudiera registrarla, algo a caballo entre la rabia, el deseo ¡y el hambre!

—Estoy bien —susurré furiosa—. No te pongas cuidadoso conmigo, que aún no he terminado.

Era capaz de cualquier cosa. Podía con aquello. Y me daba aquel palito de madera como si fuera a hacerme daño con un arma de verdad.

¡Ja!

Me agaché y me liberé por debajo de su brazo, rozándole el costado, y luego retrocedí bailando. Bailando, eso era: una serie de pasos. Muy al fondo de mi mente, una llave encajó en la cerradura. Todo se iluminó sobre un suelo de madera encalado, como si se desplegase ante mí el mapa de mi pensamiento.

Max giró tan deprisa como yo, dispuesto a pararme. Era rápido. Resultaba hermoso ver lo fluido de sus movimientos, casi predatorios. Me pregunté cómo sería cuando no estuviera reprimiéndose. En Tairn se había reprimido, y ahora también lo estaba haciendo.

¡Clac!

Chocó la madera contra el metal, rasgando el aire con el bloqueo.

—Ya es suficiente. Tómate un descanso.

No.

No era suficiente. Nunca era suficiente.

Estaba tan centrada que no noté que una sonrisa se me dibujaba en el rostro mientras retrocedía, solo para volver a atacar.

Y otra vez.

Y otra.

Sabía exactamente cómo moverme, incluso de formas con las que mis músculos no estaban familiarizados. Mi mente sacaba los movimientos de algún lado y me los proporcionaba en forma de números como los que me había aprendido de memoria en la corte de Esmaris.

«Un, dos, tres, cuatro...».

El estruendo de los golpes se hizo cada vez más rápido. Él se limitaba a pararlos, nunca atacaba.

Solté un gruñido mientras me abalanzaba sobre él con un salto particularmente violento, y cuando nuestras armas se encontraron, noté que la tensión de sus brazos absorbía el impacto. Le sonreí, pero él recibió mi sonrisa con una impasividad absoluta.

Un fuego líquido le encendió las volutas de la vara, que se dividió en dos piezas.

De un solo movimiento suave, Max se hizo a un lado y me mandó al suelo dando tumbos con un bufido del todo impropio de mí. Cuando topé con el suelo, se me partió el palo. Mientras caía, eché el brazo hacia delante y lancé una espiral de aire que se le enroscó en las piernas y lo tumbó.

En cuanto cayó, me abalancé sobre él, agradeciendo el contacto de mi piel con el suelo fresco al tiempo que le apoyaba las manos en los hombros, sin dejar de aferrar el palo roto. Le había envuelto el torso con mi cuerpo, y jadeábamos el uno contra el otro.

—Te he ganado.

¡Por todos los dioses, había olvidado lo mucho que me gustaba superar las expectativas!

El pelo, que se me había escapado de la trenza, me colgaba por delante y le hacía cosquillas a Max en la nariz. Yo sonreía sin parar, pero él seguía mirándome con solemnidad, inquisitivo. Saboreé su mirada y luego paseé la mía por su mandíbula, por su cuello sudoroso, hasta el vértice de su camisa blanca desabotonada, tan mojada que se le pegaba a la piel, poniendo de manifiesto hasta la última de las contracciones y tensiones de su musculatura.

Mi victoria no me produjo ninguna satisfacción. No, tenía hambre, hambre, hambre.

No era suficiente. Nunca era suficiente.

—No ha sido solo cosa tuya —me dijo—. Reconozco algunos de esos movimientos.

No lo estaba escuchando.

Me tenía agarrada por los hombros como si quisiera retenerme, impedir que me acercase más.

—Tisaanah, mírame.

«Mírame, mírame, mírame».

Levanté la cabeza, y mis ojos treparon despacio por su cuerpo hasta llegarle a la cara. Y, con ese mismo movimiento, caí de pronto en la cuenta de que aún empuñaba la vara de entrenamiento rota y le estaba clavando a Max la punta afilada por debajo de la mandíbula. Y de que no era mi voz, ¡no era mi voz!, la que salía de mi boca y decía:

—Te estoy mirando, Maxantarius.

47
Tisaanah

Y, sin más, perdí por completo el control de mi pensamiento, la conexión con mis músculos, como si se hubiera levantado delante de mí un cristal que me hubiera dejado atrapada al otro lado.

Quise mover la mano, intenté desesperadamente...

Nada, fue en vano.

—Aún se me hace raro verte aquí —dijeron mis labios, al tiempo que mis ojos se paseaban por el rostro de Max, muy tenso y pálido —, tan tierno y tan mortal.

Mis dedos apretaron un poco más el palo roto contra su cuello, y la presión hizo brotar una sola gota de sangre. Él me hincó las manos en los hombros, sin moverse. Tan rígido estaba que bien podría haber sido una escultura de piedra.

En el interior de mi cabeza, yo arañaba aquella pared de vidrio, y el pánico se hacía cada vez mayor.

—*Déjame volver a entrar.*

—*Tú ya te has divertido lo tuyo, ahora me toca a mí.*

Mi mano izquierda, la que no tenía ocupada con la estaca, ascendió por el cuerpo de Max, acariciándole con las yemas de los dedos el pecho, luego los hombros, después el cuello, curiosa, y suave como una pluma.

—Al principio, no lo entendía —musitó mi voz—, no comprendía la naturaleza de su interés por ti, pero ahora lo veo claro: es algo

sexual. Los humanos estáis obsesionados con el sexo. Ahora se me hace muy raro, aunque quizá en otro tiempo no me lo pareciera. —Ladeé la cabeza—. Me intriga: ¿tú piensas en ella de la misma forma que ella en ti?

Sentía esa curiosidad, el interrogante me asaltaba de verdad el pensamiento, solo que aquella parálisis sofocante me consumía demasiado para que me avergonzara. Ataqué con uñas y dientes a esa fuerza que me atrapaba, y con tanto golpe inútil, empecé a dudar de mi existencia.

Los ojos de Max se clavaban en los míos con un fuego gélido.

—Te veo, Tisaanah —me dijo, en voz baja, muy despacio—. Aún te veo. Sigues ahí.

Me aferré a aquel nimio consuelo, mientras mis labios se torcían en un gesto mudo de rabia y desprecio.

—Ahora solo hablas conmigo.

—Hablo con la única persona que importa aquí.

Un suspiro entre dientes, otra gota de sangre.

—Me abandonas, ¿y ahora te diriges a mí con esa crueldad?

—¿Pretendes asustarme?

—Te estoy demostrando lo mal que lo pasé cuando me encerraste, lo que significó para mí ese destierro, lo desagradable que es verse impotente —repliqué, con los nudillos blancos y los músculos temblones de apretar el palo.

Volví a arrojarme contra el cristal e inhalé una terrible bocanada de pánico descontrolado...

Un resoplido.

—¿Impotente?, ¿por un trozo de madera astillada?

«Impotente». Entonces caí en la cuenta. Me obligué a serenarme. Me había pasado la vida sintiéndome impotente. Sabía encontrar el poder donde no lo había.

Así que, en vez de atacar de nuevo a Reshaye, lo abordé con una caricia.

«Te veo las heridas. Veo cuánto te duele su traición».

Nada de mentiras: aquella cosa iba a saber si mentía. Solo una verdad escogida cuidadosamente.

Se volvió hacia mí.

—*He sufrido lo indecible, te lo aseguro*.

—*Lo sé* —le dije.

Reshaye hizo una pausa y, por un instante, sentí que cedía ante mí, que rozaba mis pensamientos con una intimidad que me obligaba a hacer un esfuerzo por no recular...

De pronto sobresaltada, me recorrió una punzada de pánico y me cegó un recuerdo ¡blanco, blanco, blanco!..., consumido de inmediato por un estallido de rabia de Reshaye.

—¿Sabes lo que me hicieron? Me encerraron en una mente rota y un cuerpo roto, sin otra cosa que blanco durante muchos días, muchísimos días. —Me hizo apretar los dientes, fruncir el labio—. No teníais a nadie más y, aun así, os deshicisteis de mí. ¿Por qué?

Me bulló en las venas el poder, la magia.

Se atenuaron las luces de la estancia, que se volvieron difusas y oscuras, como el ocaso rojizo previo a una tormenta. Me hormiguearon los dedos con los que me aferraba al hombro de Max y vi que entrecerraba brevísimamente los ojos en un gesto de dolor.

Despacio, muy despacio, Max deslizó la mano izquierda por mi hombro, por mi brazo.

—Busca un asidero —masculló, sin apartar los ojos de los míos—. Busca algo a lo que puedas agarrarte y no te sueltes, Tisaanah.

—¡Estás hablando CONMIGO! —Noté que se me arrugaba la nariz —. Respóndeme a una cosa, Maxantarius. Conozco tu cuerpo, sé de lo que es capaz. Ya podrías haberla lanzado por los aires a la otra

punta de este cuarto. Te has reído de mi trozo de madera astillada, pero aquí seguimos.

—¿Cuál es la pregunta?

Una carcajada me arañó la garganta.

—Igual tienes razón. Igual no hay pregunta. A fin de cuentas, siempre he visto todas tus flaquezas.

Me ardían los dedos, chisporroteaban sobre la piel de Max, y un hedor terrible me impregnó las fosas nasales. Max apretó la mandíbula, reprimiendo una mueca de dolor. Me agarró de la muñeca, fuerte, y supe que estaba aguardando hasta el último momento posible...

La estancia se oscureció cada vez más. Mis ojos, controlados por Reshaye, miraron un instante hacia Il'Sahaj.

No.

Contuve mi propio pánico.

—¿Qué vas a ganar matándolo? —le pregunté a Reshaye.

Una risa silenciosa serpenteó entre mis pensamientos como un temblor tremendo.

—Compensación.

—Pero has dicho que lo quieres, y, muerto, jamás lo tendrás. Además, te voy a decir una cosa, Reshaye: si lo matas, si le haces daño, jamás me tendrás a mí tampoco.

—¿Y por qué ibas a interesarme?

—Porque deseas que te amen, y yo he amado a muchos monstruos.

Max apretó los dedos.

Un segundo terrible de silencio, una oleada de rabia creciente, creciente...

—Entonces, podrías amar a uno más.

La estancia se sumió en la oscuridad y Reshaye me hizo lanzar la mano hacia delante para recibir a Il'Sahaj, que volaba hacia ella.

No.

Max me retorció la muñeca y me hizo caer de espaldas, produciéndome un dolor intenso por todo el brazo y por la parte de atrás de la cabeza cuando se estampó contra el suelo. Pero Reshaye no reaccionó, siguió esperando la espada...

Su ira gozosa me sabía a sangre en la lengua.

—*¡Para ya!* —le dije, abalanzándome una vez más contra aquel muro que me impedía controlar mis músculos.

Y de pronto caí en la cuenta de que mi mente no era una sala. No, lo había olvidado: era una tela de araña. No tenía límites. Podía desplazarme hacia arriba.

Así la empuñadura de Il'Sahaj, apretándola mientras la alzaba. Luego repté por los hilos de mi mente, volviendo a integrarlos dentro de mí. Seguí los caminos sumidos en la oscuridad. Reshaye.

Se me levantó el brazo y, cuando mi cuerpo estaba a punto de rebanarle el cuello a Max con la hoja de Il'Sahaj, pasé una cuchilla por todos aquellos hilos de pensamiento infectados y, de un tajo, aparté a Reshaye de mi mente.

Solté un chillido que me estremeció el cuerpo entero, tan agotador que me cegó.

Hubo un estruendo.

Me entró el aire de golpe en los pulmones como si acabase de caer de una gran altura, y la luz, que volvió de pronto, me abofeteó la cara.

Al girar la cabeza, vi a Max levantándose del suelo, con Il'Sahaj tirada a su lado. Yo tenía la muñeca torcida en un ángulo espeluznante, pero agradecí el dolor, la forma en que me vinculaba a mi cuerpo.

—Tisaanah...

Mi nombre sonó como un suspiro de alivio entrecortado en los labios de Max, en voz tan baja que me costó identificarlo. Pegó su frente a la mía y lo repitió, como si no se diera cuenta de que estaba hablando en voz alta.

Por un momento, me paralizó el horror de pensar en lo que había estado a punto de hacer. ¡Por los dioses, casi había...! Le había puesto la hoja tan cerca, tan cerquísima del cuello...

Temblábamos los dos. Le llevé la mano buena a la cara y luego posé los ojos en su cuello, en el reguero de sangre solitario que le corría por debajo de la mandíbula, y a continuación en tres marcas de dedos moradas, extrañas y espantosas, que tenía en el hombro.

¿Qué era aquello?, ¿una quemadura? Aparté la camisa, provocándole una fuerte inhalación entre dientes. No, no era una quemadura, no exactamente...

Un silbido por lo bajo interrumpió cualquier intento precario, por mi parte, de pronunciar palabra alguna.

—¿Interrumpo algo?

Max y yo nos apartamos el uno del otro. Yo me puse en pie con la ayuda de mi mano intacta. Zeryth estaba recostado en el marco de la puerta, mirándonos con una ceja enarcada, intrigado.

—La última vez que os vi no estabais de humor para cosas de estas, claro que supongo que la amenaza de la muerte puede tener ese efecto en las personas.

Antes de que a Max le diese tiempo a soltar una de sus réplicas mordaces o de que yo pudiese siquiera empezar a explicarle lo ocurrido, Nura apareció a su lado. Su gesto sombrío me congeló las palabras en la garganta.

—Levanta. Ya no hay tiempo para tonterías. —Luego añadió, con voz algo más aguda—: Han atacado la capital, y debes cumplir lo

pactado. Salimos para Threll al alba.



Apenas hablé, apenas me permití respirar mientras Max y yo seguíamos a Nura y Zeryth por los pasillos blancos y estáticos de la Torre de la Medianoche. Aún me temblaban las manos, que llevaba cogidas para disimularlo. Incluso Max estaba más silencioso de lo habitual. Claro que nuestro silencio bien podía pasar por conmoción ante lo que Nura nos contaba, porque, además, estaría justificado.

—Han sido los rebeldes, un grupo formado por miembros de tres de las casas apartadas del poder —dijo Nura, con voz tensa, según avanzábamos por los pasillos—. Una osadía por su parte. Solo que, por primera vez, cuentan con un respaldo real. Tres familias poderosas, unos miles de soldados, nada comparado con la Guardia, pero...

Doblamos una esquina y llegamos a unos pasillos, que daban a los muros exteriores de la torre, con ventanales. Se me congeló el aliento en la garganta.

—¡Por los dioses! —exclamé espantada.

—¡Joooder! —susurró Max.

—Pues eso —dijo Nura por lo bajo.

La periferia de la capital, muy a lo lejos, se veía iluminada por el fuego, como si la ciudad fuese un ser vivo y una infección ardiente se propagase a través de venas en llamas.

Me adelanté para pegarme al cristal y apoyé los dedos en él. Si me fijaba bien, podía ver antorchas que avanzaban precipitadamente hacia el brote de violencia. Justo detrás, una súbita oscuridad, como si los que no participaban en la lucha hubieran cerrado a cal y canto sus contraventanas.

Un recuerdo antiquísimo me acudió de pronto a la memoria, el de lo que en su día había sido Nyzerene, presa de las llamas y reducida a cenizas, y yo viéndolo con la cara pegada al hombro de mi madre mientras huíamos.

—Caerán —dijo Nura en voz baja pero contundente—. La Guardia se hará con todos ellos, y luego, en cuanto volvamos a...

Contempló una última vez la ciudad, y luego me miró en silencio.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Me sujeté la muñeca rota.

Acto seguido, Nura se giró y nos hizo una seña para que la siguiéramos.

—Al alba, Tisaanah. Estate preparada para partir. Cuanto antes nos vayamos, antes volveremos.

48
Max

Tisaanah aspiró entre dientes mientras Sammerin le sujetaba la mano con suavidad.

—Es sencillo —dijo, y en aquel momento no había nada que yo agradeciera más que la calma imperturbable de su voz—. Una fractura limpia de fácil arreglo.

Giró la cabeza para mirarme. Trataba de tranquilizarme, tanto como a ella.

Meneé la cabeza sin quererlo del todo.

Aun con todo lo demás que estaba pasando, con aquella criatura que me acechaba, y la oscuridad, la magia, ¡la puta espada!..., fue el chasquido de los huesos de Tisaanah lo que me resonó en los oídos, ahogando todo lo demás. Eso y el golpe tan fuerte que se había dado en la cabeza al caer al suelo, tanto que, por un segundo aterrador, llegué a pensar que no volvería a levantarse.

Paseaba nervioso por el borde de la alcoba, como si por seguir moviéndome fuera a conseguir que ciertos pensamientos no se me instalaran en la cabeza. Ella me seguía con la vista. Sabía que dolía una barbaridad que te recompusieran los huesos y te repararan la carne por la fuerza, pero ella no reaccionó. Se limitó a mirarme de aquella forma tan suya, como si no solo viera, sino que observara con suma atención, ahondando en mi interior.

No fui consciente de que me había pasado seis meses memorizando aquella mirada, e interiorizando lo que me hacía sentir, hasta que posó sus ojos en mí en aquella sala de entrenamiento y supe, antes de que se moviera o hablara, que no era ella.

Me detuve junto a su cama.

—¿Todo tranquilo?

Asintió.

Sammerin le dejó la mano con cuidado en el regazo.

—Sé prudente un tiempo. Aún tendrás la articulación floja durante una semana o así.

Le miré la muñeca. Recta, como nueva, como si jamás se hubiera lesionado.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—Lo siento.

—Tendrías que haberlo hecho antes —me dijo en voz baja.

—Esa cosa no quería matarme. De haber querido hacerlo, ya estaría muerto.

Estremecida, me miró el hombro. Yo llevaba tapada aquella extraña herida —aún no había decidido qué era exactamente, solo que dolía de cojones—, pero sus ojos atravesaron el tejido. Seguro que vio lo mismo que yo cuando le miraba la muñeca, pero para mí, aquel dolor lacerante no era más que un recordatorio de que, si Reshaye de verdad quisiera verme muerto, no le hacía falta tontear con palos partidos ni espadas mágicas.

No, lo que estaba pasando ahí dentro era un juego.

Tendría que haberlo sospechado, haber aguantado más.

Ella abrió la boca y supe que se disponía a decirme, por enésima vez ese día, que me marchara.

—Ya sabemos cómo termina esta discusión, Tisaanah, así que no empieces.

—Si llego a hacerte daño...

—Esa cosa no quería hacerme daño.

Sammerin se puso en pie y me miró sin decir nada antes de salir por la puerta. Si Tisaanah reparó en que se iba, no lo puso de manifiesto.

—De haber tardado tan solo un instante más en recuperar el control...

—Pero no ha sido así, y ahora ya sabes cómo hacerlo. —Qué raro se me hacía intentar ser optimista con eso, precisamente. Optimista o deliberadamente necio. Para mi yo más negativo y odioso, ambas cosas serían lo mismo—. Además —añadí—, mañana nos vamos a Threll y, cuando lleguemos, te alegrarás de tener a tu lado a uno de los mejores luchadores.

Asomó a sus labios una sonrisa.

—¿Estás fardando?

—Si es cierto, no es fardar. Y por una vez estoy deseando ver arder a esos cabrones.

Lo dije completamente en serio.

Tisaanah levantó la cabeza y, por primera vez desde mi regreso, no aparté los ojos de aquella mirada cruda y electrizante. No tenía del todo claro por qué me incomodaba tanto. Quizá hubiera demasiadas cosas que no quería que viese en mí, o demasiadas que me aterraba ver en ella. O tal vez fuera el modo en que me impactaba su rostro todas y cada una de las veces, algo que me aterraba sobremanera.

Le aparté de la cara un mechón de pelo que le tapaba el ojo verde.

—Muéstrame esa fuerza bruta implacable, Tisaanah.

No se movió, no dijo ni mu, pero sus ojos se imbuyeron de un brillo feroz y yo dejé que sus llamas me desnudaran, me abrasaran,

me consumieran, hasta que no quedaron más que cenizas.



Sosteniendo la pipa con los dientes, Sammerin exhaló un anillo de humo. Su rostro jamás revelaba angustia, solo concentración, pero yo sabía que solo fumaba cuando estaba nervioso.

Recorrimos en silencio los pasillos de la torre, descendiendo y descendiendo.

—¿Qué pasa, Sammerin? —Me hizo una pregunta muda con los ojos y yo le contesté con una mirada cómplice—. Suelta de una vez lo que sea que estés rumiando.

Soltó el humo lentamente por la nariz, como un dragón.

—Un día, Max. Ha pasado un día y mira cómo estamos ya.

—Esa cosa no me iba a matar.

—Esa cosa es impredecible.

—Ella ya casi lo tenía. Debería haber esperado.

—Una muñeca rota tampoco es para tanto, y me da que lo ha soportado a gusto con tal de garantizar tu seguridad.

—¿Qué intentas decirme?

—Que me he pasado años oyéndote decir que ojalá tu padre no hubiese vacilado aquel día.

—Si insinúas que tendría que haber... —solté furioso, clavándome las uñas en las manos.

—No, claro que no. —Negó con la cabeza y soltó otra bocanada de humo. Me habría gustado que su reacción fuese más potente—. Pero ¿y si fuera a más? Si esa cosa intentase matarte, ¿se lo permitirías? Porque eso sería algo con lo que también ella tendría que cargar el resto de su vida.

Lo sabía de sobra. Aún veía los rostros de mis hermanos cada vez que parpadeaba.

—Esa cosa no me iba a matar.

—Tienes que pensar en lo que harías si llegase a ese extremo.

—No vamos a permitir que llegue a ese extremo.

Sammerin me miró con una cara que se parecía fastidiosamente a la de pena.

—No hagas eso —lo reprendí.

—Tienes todas las de perder, y esa cosa lo sabe, sobre todo ahora. Lo va a usar en tu contra.

Me repateaba que tuviera toda la razón.

Continuamos avanzando en silencio, mientras el humo de su pipa me obstruía los pulmones.

—Querría poder resumirte todo esto en una especie de conclusión profunda —dijo al fin—, algo más útil que pedirte simplemente que tengas cuidado.

También yo lo querría, pero sospechaba que, aunque encontrara las palabras, no me iba a gustar lo que tuviera que decir.

49
Tisaanah

Pasé la noche ensayando los movimientos que había probado en la sala de entrenamiento, sometiendo mis músculos a aquellas rutinas hasta interiorizarlas. Estaba agotada, pero el sueño no me tentaba. Pensaba que, después de haber cruzado el océano al límite de mis fuerzas y haber llegado a mi destino casi muerta, sabía lo que era estar cansada, pero no, eso no era nada. Mi agotamiento presente me brotaba de las entrañas.

Por lo visto, Reshaye también lo notaba, porque había enmudecido. Menos mal.

Cuando se fue Sammerin, Max volvió a mi alcoba. Tenía sus propios aposentos en la torre, pero estuvo en los míos, repantingado en un sillón, comentando mis progresos hasta que empezó a entrarle el sueño. Al final, se quedó desparramado en el asiento, con la cabeza descolgada hacia atrás, roncando un poquito, como si el cuerpo hubiera dejado de funcionarle sin más.

No habíamos vuelto a hablar de lo sucedido antes, y yo se lo agradecí.

Prefería pensar en que, en cuestión de días, volvería a ver a Serel, podría volver a tenerlo conmigo, a salvo.

Si seguía con vida.

Si lograba encontrarlo.

Si conseguía hacer todo eso en el tiempo escasísimo de que disponía y con mis limitadísimos recursos y, claro, con el agravante impredecible de Reshaye.

Si, si, si...

Ya entrada la madrugada, solté la vara de entrenamiento, me acerqué al ventanal y apoyé los dedos en el cristal fresco. Mi alcoba no estaba en lo más alto de las torres, pero sí a una distancia considerable del suelo. La capital se extendía a mis pies como una réplica de juguete, reducida a un montón de lucecitas y de bloques impersonales iluminados por la luz de la luna. Aun en la oscuridad, brillaba el palacio a lo lejos, reflejando una luz inexistente, o quizá las llamas que todavía refulgían, como las brasas en una chimenea, por las afueras de la ciudad.

Me pregunté si Nura y Zeryth seguirían ahí fuera, controlando los daños, si continuarían escapándoseles las vidas entre los dedos.

—*Hermoso.* —Un débil susurro se me enredó en los pensamientos y me recorrió la espalda como un escalofrío—. *Había olvidado lo hermoso que podía llegar a ser.*

Se me paró el corazón.

Comprobé los hilos de mi tela de araña mental, preparándome para volver a echar a Reshaye si hacía falta.

—*¿El qué?* —le pregunté.

Debía seguirle la conversación a aquella cosa, distraerla.

—*El mundo, el aire, la libertad, el fuego..., todas esas historias.*

La encontré, apagada, cansada, débil, aferrándose a unos frágiles hilos.

—*Tú valoras la libertad tanto como yo. Nadie la desea más que quien nunca la ha tenido.*

Noté que hurgaba en mis recuerdos otra vez, recuerdos del día en que conocí a Esmaris, del día en que me desenvolvió con la mirada

como si fuera un regalo.

—Mañana vamos a mi antiguo hogar. Tú y yo concederemos la libertad a muchas personas que, como nosotros, nunca la han tenido —le dije.

—A Threll.

—Sí.

—Conocí ese sitio, hace tiempo.

De nuevo mi recuerdo de las manos apoyadas en la hierba. Adelante, atrás, una y otra vez.

—¿Sabes que me tuvieron encerrado muchísimos años? No tenía nada, ni a nadie. No sé cuánto tiempo. Muchísimo. Pensarás que eso no es nada para mí, pero, aun habiendo vivido muchas vidas, he sentido hasta el último segundo de cada una. Han intentado alojarme en muchos otros cuerpos, darme muchos otros lugares donde vivir, pero yo los odiaba. Eran como nidos de acero retorcido.

Su susurro furioso me arañó la nuca; luego se convirtió en una caricia marchita.

—Pero tú no, tú eres como la seda.

Tuve que tragarme la repulsión que me producía.

Pero me sorprendí preguntándole:

—¿Qué eras? Antes, digo.

—No me acuerdo. Ahora solo soy pedazos de muchas cosas. Un ser incompleto.

Su pena me resonó en el pecho, como un aullido vacío, triste.

—Yo también —reconocí.

Retazos, retazos de valtaina, nacida de un país que ya no existía, vinculada a una orden que solo me aceptaba en parte.

—Lo sé. A lo mejor nos completamos el uno al otro, Tisaanah, Hija de Ningún Mundo.

—A lo mejor —dije, haciendo un sobresfuerzo por mentir.

—¡Qué mariposilla rota tan hermosa eres!

Y noté que me acariciaba los dedos de la mente, que me los cogía de donde yo los tenía preparados para devolverlo a la oscuridad, que se hincaba en ellos con unas garras incorpóreas.

—Hoy me has traicionado.

Me asaltó el pánico, que se enroscó más fuerte en mis pensamientos. El dolor me chisporroteó en la columna.

—Me has expulsado. Y como vuelvas a hacerlo, mariposa mía, lo degüello y me chupeteo su sangre de tus dedos.

Y dicho eso volvió a diluirse en el silencio, abandonando mis pensamientos mientras yo me escurría por la cristalera hasta caer temblando al suelo.

50
Tisaanah

«Lo degüello y me chupeteo su sangre de tus dedos».

A la mañana siguiente, no me noté a Reshaye en la cabeza, salvo por aquella leve presión constante y silenciosa en el fondo del cráneo. Ya no hacía falta que me hablara. Lo que me había dicho la noche anterior era más que suficiente para atormentarme el día entero.

Apenas me atrevía a mirar a Max. Claro que tampoco es que tuviéramos mucho tiempo para socializar. Nos levantamos al alba y enseguida iniciamos los preparativos para viajar a Threll. El barco que iba a llevarnos allí era precioso, de casco bajo y alargado, con el velamen extendido igual que las crestas dorsales de un lagarto. El sol naciente se colaba, abrasador, por el tejido blanco y dorado, que llevaba estampados el sol y la luna, por lo que no cabía duda de a quién pertenecía.

No se parecía en nada al mercante en el que yo había cruzado el océano hacía más de seis meses y, aun así, una vez en el muelle, con el fuerte olor a mar en las fosas nasales y el aire salobre irritándome las mejillas, me palpitaban las cicatrices de la espalda.

Me sorprendió descubrir que tanto Nura como Zeryth nos acompañaban, al menos en el primer tramo del viaje. Además, se nos unirían dos syrizen. Mientras nos presentaban a Eslyn y Ariadnea, tuve que obligarme a no mirarles fijamente aquellas

cicatrices perfectas que tenían por ojos. Eslyn, que era menuda, de rasgos afilados y piel dorada, parecía mucho más amable que su compañera, más alta, más corpulenta y de tez más clara, pero las dos se mostraron reservadas y comedidas después de saludarnos.

Por sus susurros de aparente frustración y sus expresiones frías, me dio la impresión de que no les entusiasmaba mucho hacer aquel viaje. Y, aun así, pese a lo inquietantes que resultaban, me alegraba llevarlas con nosotros. Porque no había más: siete personas para asaltar el hogar de uno de los señores de Threll, de los más poderosos del continente. Bueno, ocho, supongo, si contábamos a Reshaye.

Max estaba asomado por la barandilla del muelle, a mi lado, y los dos contemplábamos el mar, apoyándonos el uno en el silencio del otro. La angustia me ahogaba y sabía que, con solo mirarlo de reojo, iba a volverme todo a la cabeza. Notaba que él me escudriñaba.

«Lo degüello y me chupeteo su sangre de tus dedos».

—Tisaanah... —empezó, pero antes de que pudiera hablar, para alivio mío, un grito rasgó el aire.

—Pero ¿cuándo vuelves?

Al volvernos, Max y yo vimos a Moth corriendo detrás de Sammerin mientras este cruzaba el muelle.

—No lo sé, Moth —contestó el otro—. Helene será una maestra excelente.

—Pero, cuando vuelvas —insistió Moth—, cuando vuelvas, igual entonces...

Sammerin se dio la vuelta, se metió las manos bajo la capa y estudió a Moth un buen rato, en silencio.

—Sí, cuando vuelva, cuando las Órdenes ya no me necesiten, volveré a ser tu maestro.

A Moth solo lo consoló a medias aquella garantía, y miró a Sammerin con escepticismo y el ceño fruncido. Entonces detectó a Max y se volvió hacia nosotros, encogiéndose un poco bajo su escrutinio.

—Te pido disculpas otra vez por lo del catalejo, y lo de las flores, y...

Max levantó la comisura izquierda de la boca.

—¿Qué catalejo?

—El que...

—No recuerdo ningún catalejo.

—Acuérdate de que lo rompí...

Max suspiró y se pellizcó el puente de la nariz, y a pesar de todo, me sorprendí reprimiendo una sonrisa minúscula.

—Da igual, Moth. No pasa nada. Está olvidado.

—Ah —contestó el aprendiz, mirándose las manos nervioso—. Bueno, aun así...

—Hubo un tiempo en que también yo rompía muchas cosas sin querer. Tú sigue esforzándote, que al final lo conseguirás. Cuando lo hagas, yo creo que vas a ser un mago cojonudo.

Moth se sobresaltó tanto que agitó el cuerpo entero.

—¿Eso crees?

—Puede —contestó Max, encogiéndose de hombros—. Demuéstrame que tengo razón.

Aquella afirmación reorganizó, al parecer, todo el mundo de Moth, que luego me miró a mí.

—Sammerin no ha querido contarme nada, pero vas a por los esclavistas, ¿verdad? Por eso viajáis a Threll.

—Sí —contesté, y se le ensombreció el semblante.

La mayoría de las personas que conocía en Ara sabían blindar sus emociones, pero las de Moth seguían impregnando el aire como una

nube. Sabía que estaba pensando en mis cicatrices.

—Yo podría ayudar.

Negué con la cabeza.

—Aún no. Todavía tienes mucho que hacer aquí, en Ara.

Como aprender y crecer, despacio, por favor. Cosas que no tenían nada que ver con campos de batalla ni con guerras.

Frunció el ceño.

—Pues algún día lo haré.

—Te creo, Moth —contesté, y lo dije en serio, y noté que aquella nebulosa que lo envolvía se transformaba en sólida determinación.

Le subió un rubor a las mejillas. Me tendió una mano con la palma hacia arriba y aguardó. Al ver que me la quedaba mirando, confundida, masculló:

—¡La mano, Tisaanah! —Puse la mano en la suya y procuré no reír cuando me plantó un beso etéreo y torpe en los nudillos—. Buena suerte —dijo, y luego, demasiado rápido, me soltó los dedos y se despidió definitivamente de los tres, agitando la mano apresuradamente mientras su nueva instructora se lo llevaba de allí.

—Moth rompeflores, rompecatalejos, rompejarras y rompecorazones —musitó Max, meneando la cabeza—. Sammerin, digno aprendiz tuyo.

—Está algo enamoriscado, diría yo, pero supongo que es inevitable —dijo Sammerin. Yo procuré no reparar en la miradita que le dedicó a Max mientras añadía—: En cuanto vi aquel vestido rojo, supe que estábamos todos perdidos.



Partimos tan temprano que el sol apenas empezaba a asomar por el cielo. Nadie parecía del todo cómodo. Pasamos el día entre

interacciones tensas y algo forzadas, aunque casi mejor, porque había mucho que hacer. Ya hacía rato que se había puesto el sol cuando por fin hicimos una pausa para comer. Zeryth se subió el estofado a cubierta y comió en la proa, con los pies colgando por la borda. Nura se comió lo suyo en un rincón, sola. Max, Sammerin y yo comimos en medio de un silencio largo e incómodo. Continuaba suspendida entre nosotros aquella extraña quietud, no tanto por la ausencia de palabras como por la sobreabundancia de ellas, y ninguno de nosotros, por lo visto, estaba dispuesto a hacerle frente.

En su lugar, mientras me tragaba a duras penas el estofado insípido, no pude evitar observar a las dos syrizen que estaban al fondo. Para no tener ojos, sus movimientos eran muy precisos: parecían saber dónde estaban el cacillo y los cuencos, y dónde se encontraba el perol. Era imposible que fueran ciegas del todo, no podía ser.

—¿Nunca habías visto una syrizen?

Debía de estar mirándolas muy fijamente, porque, cuando me volví, Sammerin me estudiaba pensativo.

—No. Son...

Pero, como si hubiera presentido que hablábamos de ellas, Eslyn se dio la vuelta, nos dedicó una sonrisa de medio lado y se acercó despacio a nosotros, seguida de Ariadnea.

—Tengo que reconocer, Sammerin, que me ha sorprendido encontrarte aquí, precisamente.

Les hicimos hueco para que se sentaran con nosotros. De cerca, todo en ellas parecía pulido para alcanzar una perfección letal. Sus uniformes, hechos de cuero negro y tela rígida, eran idénticos e impecables; llevaban el pelo perfectamente recogido, y sus lanzas refulgían a la luz de los farolillos. Y, claro, también estaban aquellas cicatrices: limpias, rectas y exactas. Todo eso desentonaba

profundamente con la simpatía jovial que Eslyn derrochó cuando se sentó con nosotros, aunque sus encantos siguieran pareciéndome... predatorios.

—¡Cuánto tiempo! —dijo, señalando a Sammerin con la cabeza—. ¿Qué tal todo?

—No me quejo, Eslyn.

—¿Os conocéis? —pregunté.

—De hace mucho —respondió él con sospechosa premura, y luego la espeluznante mirada desprovista de ojos de Eslyn se posó en mí.

—A las syrizen nos reclutan del Ejército, así que hubo un tiempo en que nos movíamos en los mismos círculos, ¿verdad, Sam?

—Podría decirse que sí —contestó Sammerin en un tono gélido impropio de él.

—Teníamos una amistad en común —terció Ariadnea, cuya voz grave y profunda me recordaba la piedra, por su solidez y contundencia.

—Sí, también era recluta —añadió Eslyn.

—Ajá —confirmó Sammerin, mirando su cuenco de estofado.

Interesante.

—O sea, que ya os conocíais de antes...

—De cuando yo aún tenía aquellos preciosos ojos grandes y azules, sí —confirmó Eslyn, y rio mientras todos los demás guardábamos un silencio incómodo.

Ariadnea no había dejado de estudiarme.

—Nunca has conocido a una syrizen.

No era una pregunta, pero negué con la cabeza de todas formas.

Eslyn soltó una carcajada.

—Por cómo nos mirabas, ha quedado más que claro.

—No pretendía ser grosera, pero es que... —¡Por los dioses, era imposible no mirarlas!—. Sois muy... elegantes.

—Esperabas que fuéramos tropezándonos con todo como gatitos recién nacidos, ¿no? —canturreó Eslyn—. Pues vemos igual de bien que vosotros.

—Solo que de otro modo —añadió Ariadnea.

Miré a la una y a la otra.

—¿Cómo?

—Por las capas —respondió Eslyn sin más.

—¿Las capas?

—La magia está hecha de capas que se encuentran muy por debajo del mundo físico —contestó Ariadnea—. Hay diversas capas, o corrientes, para cada tipo de magia: la magia valtaina, la solari... —Asentí con la cabeza. Del dominio público; se mencionan hasta en cuentos—. No solo hay esas dos, son muchas, aunque esas son las únicas a las que se sabe que han accedido las personas. De los fey, por ejemplo, se cree que tuvieron multitud de ramas propias, inaccesibles a los magos humanos.

—Las syrizen —dijo Eslyn orgullosa— son las únicas magas humanas capaces de acceder a las capas de magia más profundas.

—Aunque solo sea unos segundos cada vez —terció Ariadnea—. Y con grandes... concesiones, para poder forzar una sensibilidad mayor —dijo, señalándose las cuencas vacías con una sonrisa socarrona.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

—Privadas de la vista, lo sentís más fuerte.

—Exacto.

Con el rabillo del ojo, vi a Max negar con la cabeza, y me resonó en el pecho un eco de mi propia incomodidad.

Mi siguiente pregunta era torpe, imposible de formular.

—¿Y por qué vosotras?

—Para ser syrizen, hay que cumplir ciertos requisitos —respondió Ariadnea—. Todas somos solaris, porque solo la magia más externa y enérgica de los solaris nos proporciona el poder absoluto que precisamos para atravesar las capas, pero, al mismo tiempo, hace falta una sensibilidad a los movimientos de la magia de la que carecen casi todos nuestros compatriotas. Los candidatos se seleccionan mediante una serie de pruebas intrincadas, y nadie sabe por qué, pero solo las mujeres lo consiguen, de forma abrumadora.

—No somos muchas —dijo Eslyn—, pero sí muy buenas en lo nuestro. Puede que solo vayamos media capa más allá, pero incluso eso nos proporciona poderes únicos. —Me miró con su rostro sin ojos, y una curiosidad voraz ensanchó su sonrisa de medio lado. Se inclinó hacia delante—. Aunque he oído decir que esa cosa que habita en tu interior chupa de muchísimo más adentro.

Se me secó la boca.

—*Soy yo* —oí un suspiro muy lejano—. *Habla de mí.*

La voz era tan distante que apenas se oía, débil y cansada, y se fue tan rápido como había llegado. Pero, de pronto, me sorprendí conteniendo el vómito.

—Resulta que, cuando te haces syrizen, no solo pierdes los ojos, sino también la capacidad de mantener una conversación sobre cualquier otra cosa que no sean tus espectaculares sacrificios —masculló Max—. Qué tostón, Eslyn.

Aun no siendo capaz de mirarlo, noté que él me miraba a mí.

Me levanté, me excusé educadamente y di media vuelta antes de oír la respuesta.



Nos retiramos temprano bajo cubierta, a aquellos camarotes improvisados con cortinas. Allí tumbada, escuché cómo iban silenciándose poco a poco los sonidos del barco. Quise dormir, pero no paraba de pasear los dedos por los hilos de mi mente, una y otra vez, comprobando si había susurros o movimiento, hasta que dejé de fiarme de mis propios pensamientos. Y al final, cuando ya no podía más, descorrí la cortina, subí descalza las escaleras y suspiré aliviada cuando, al llegar a cubierta, me recibió un manto infinito de estrellas, como si el mundo entero se me hubiera abierto de par en par.

Me detuve a inspirar hondo. Luego crucé cansina la cubierta, tropecé y estuve a punto de pisar una cara. La de Max, concretamente, que estaba tumbado en el suelo de madera, con las manos cruzadas sobre el vientre.

Ni se inmutó cuando me aparté de un salto y solté una maldición en thereni.

Abrió un ojo.

—Cuidado —me dijo.

—¡Max! ¿Qué haces?

—Lamentarme —contestó, abriendo el otro ojo para mirarme en la oscuridad—. Y, si te soy sincero, haciendo todo lo posible para no echar hasta la primera papilla. No estoy hecho para tener bajo los pies otra cosa que no sea tierra firme.

Solté una carcajada ronca, y me sorprendió lo bien que me sentaba. Reír sin más, un poquito, aunque, en el fondo, aquello no fuera tan gracioso. Me aferré a ese pedacito de nuestra antigua intimidad como si fuera oro. Luego me agaché y me tumbé en el suelo, a su lado.

—Me parece que en el suelo se... menea más —dije con una causa, porque no encontraba la palabra. Aunque ya hablara el

idioma con fluidez, estaba algo espesa últimamente.

—Que se menea, ¿eh?

—Sí, ¿es correcta la palabra?

Vi dibujarse una sonrisa en sus labios.

—Es perfecta.

Al menos ahí tumbada se me balanceaba el cuerpo entero con el vaivén del barco, no solo los pies, y las estrellas abarcaban todo mi campo de visión. Impresionante.

Estuvimos allí tumbados, en silencio, un momento, oyendo cómo el agua azotaba los costados del barco y crujían los mástiles con cada ráfaga de viento. El calor del cuerpo de Max me acariciaba la piel, pero yo procuraba no tocarlo. De pronto, me sobrevino el recuerdo de las palabras de Reshaye: «Ahora lo veo claro: es algo sexual».

Me estremecí. Cuanto más pudiera ignorar aquello, mejor.

No sé bien cuánto tiempo habría pasado cuando Max habló.

—¿Estás preparada? —murmuró.

—Sí.

«No, no estoy preparada».

—Lo estarás —me susurró, y noté que se me tensaban las mejillas.

No quise verbalizar mi incertidumbre, pero, en ciertos aspectos, era agradable oír a otros decir lo que yo no me permitía manifestar.

—¿Y tú? —le pregunté.

—Ni de coña.

—Claro que sí, solo que no lo sabes.

Soltó una carcajada entrecortada. Al volverme, vi que aún me miraba, con una firmeza y una intensidad que me dieron ganas de girarme y que me tragara la tierra, todo a la vez. Me noté una

punzada en el pecho que no supe, o quizá no quise, identificar. Aparté la mirada.

—O sea, que vamos a seguir con esto... —murmuró.

—¿Con qué?

—Ya me conoces lo bastante como para saber que no soy idiota, Tisaanah.

Casi me dio la risa. La idiotez no tenía nada que ver. Simplemente habíamos llegado a un punto en que ninguno de los dos era capaz de esconderse del otro.

—No sé, ¿tú crees? Cuando abres una puerta, queda abierta de los dos lados.

Rio otra vez.

—¿Qué me quieres decir con eso?

Se me había hecho un nudo en la garganta y, cuando me volví a mirarlo, tuve la sensación de que se hinchaba.

—Que no tendrías que haber vuelto —le solté—. Después de todo lo que te hice.

Se le tensó el semblante y casi hizo una mueca.

—Y tú tendrías que haberme hecho caso.

«Tiene razón —me dije—. Tendría que haberle hecho caso».

—¡Me lo tendrías que haber contado!

—No podía, Tisaanah.

—Pues cuéntamelo ahora —le pedí—. Cuéntamelo todo. Necesito saberlo, ¡porque lo estamos viviendo!

Le hablaba todavía tan bajito que mis palabras no eran más que un susurro, pero la intensidad de lo que le decía se adhería a ellas como el humo.

Despacio, se volvió hacia mí y me sostuvo la mirada. Una parte de mí quiso esquivarla, apartarse de aquellos ojos tan peculiares. No lo hice.

—Seis meses —dijo con voz ronca—. Lo tuve seis meses. Puede que un poco más. Estaba en el Ejército; era capitán. Empezaba a ser obvio que la guerra no terminaría fácilmente, ni sin un derramamiento de sangre considerable. Nos habían atacado. Azre, el archicomandante, quería que se eligiera un sucesor, por si ocurría lo peor. Zeryth, Nura y yo estábamos entre los candidatos. Yo quería ese puesto, más de lo que había querido nunca nada. Así que... —Se interrumpió, y, cuando retomó el relato, lo hizo con voz aún más ronca—. Tú has hecho ese pacto para poder proteger a todas las personas a las que abandonaste, pero ¿yo? ¡Yo lo firmé porque quise! ¡Porque ansiaba poder!

Escupió de tal forma la última palabra que sentí su remordimiento y su rabia.

—Por un tiempo —continuó—, me pareció que lo tenía controlado, porque Reshaye es tremendo e incompresiblemente poderoso. No debería existir nada tan poderoso. Yo tenía mi magia... y mucho más. Al principio, era alucinante, pero poco después... —Soltó un suspiro y meneó la cabeza—. Se volvió impredecible, posesivo, vengativo y dispuesto a aplastar a cualquiera que lo desafiara.

Poseer o destruir.

Me estremecí.

—Inhumano —masculló.

—¿Inhumano? —dije, negando con la cabeza—. Muy humano. De lo más feo de la humanidad.

—Yo creía que, con esfuerzo, podría someterlo, pero resultó que no funcionaba así. En Sarlazai, la cosa alcanzó un punto crítico. Y luego...

No hizo falta que continuara.

Le cogí la mano sin darme cuenta, y él plegó los dedos con naturalidad alrededor de los míos. Cuando mi piel entró en contacto

con la suya, percibí tenues oleadas de su nerviosismo, que me llegaban pese a aquellos muros mentales suyos tan bien guardados.

—El caso es que solo un puñado reducido de personas sabía de la existencia de Reshaye, con lo que todos los demás pensaban, ¡estaban convencidos!, que yo era responsable personalmente de lo ocurrido en Sarlazai. Y estábamos en guerra, pero...

Se oscureció su mirada y, cuando lo hizo, los recuerdos rozaron también la superficie de mi pensamiento, sus recuerdos, del fuego y de la carne y de los pequeños cadáveres calcinados.

—Hubo vistas preliminares —continuó—, para determinar si se me acusaba de crímenes de guerra. Yo no estaba allí, no estaba en condiciones de defenderme personalmente, pero Nura lo hizo por mí. Durante horas. ¡Sentada en una puta silla de ruedas! Nunca le perdonaré lo que les hizo a aquellas personas, ni, desde una perspectiva más egoísta, lo que me hizo a mí. Solo que de eso... a veces aún no sé qué pensar.

Nura, siempre tan enigmática. Cada nuevo dato sobre ella solo la hacía más difícil de entender.

Apreté los dedos.

—¿Y entonces te lo sacaron?

—Sí, fue horrible. Igual que cuando te lo meten, pero peor, porque, cuando se va, se lleva por delante la mitad de tu mente. Además, Reshaye no tenía ningunas ganas de marcharse... —Enmudeció y me miró con el ceño fruncido, como si fuese a decir algo más, pero luego desvió la mirada y meneó la cabeza—. Bueno, que casi me mata.

Entonces caí en la cuenta de algo.

—Y no me contaste nada de esto porque habías jurado silencio —susurré—. Hiciste un pacto de sangre.

—Sí, me dijeron que debía guardar el secreto y, en aquellos momentos, habría accedido a lo que fuese con tal de sacármelo de dentro. Mierda, no me parecía tan grave no volver a hablar del asunto. Y el último regalo que me hicieron fue una coartada perfecta: mi padre era un noble ryvenai, amigo personal del rey, y solo por eso a muchas personas de ambos bandos les habría encantado ver extinguirse a los Farlione. Así que el asesinato de mi familia se convirtió, sin más, en otra desafortunada tragedia bélica.

Su voz, de pronto áspera y quebrada, arañaba las palabras como unas garras arañan la piedra. Cuando volvió a mirarme, lo hizo con ojos serios, tristes.

—Me gustaría poder asegurarte que quería contártelo —dijo despacio, como si me hiciera una terrible confesión—, pero no lo habría hecho aunque hubiera podido. No quería que supieras nada de eso, hasta que te vi entrar en aquellas torres y entendí lo cara que te iba a costar tu ignorancia.

Me apretó los dedos hasta que temblaron los suyos, plegándome en una disculpa silenciosa, a la que yo respondí con una mía.

—Ojalá te hubiera hecho caso.

Lo dije en serio, porque, en aquel momento, podríamos estar solos los dos y, aun a sabiendas de que no estaba siendo realista, esa fantasía me atraía mucho.

«Me chupeteo su sangre de tus dedos». El recuerdo de las palabras de Reshaye serpenteó por la oscuridad. Sentí su presencia al fondo de mi mente, y me estremecí.

—Te odia —le dije—. Te ha amenazado. Ya te ha hecho daño. Además, Max, si...

Se me embrollaron las palabras. ¿Con cuáles podía expresar todo lo que me había estado rondando por dentro los dos últimos días? ¿Cómo iba a explicar lo que supondría para mí hacerle daño, más del

que ya le había hecho? ¿Cómo podía decirle lo mucho que significaba que hubiera vuelto y, aun así, lo poco que me costaría renunciar a ello a cambio de su seguridad?

Las palabras no eran nada comparadas con eso. Habría sido como pretender trasladar el mar a cucharadas. Enmudecí y no volví a hablar, pero a Max se le hizo una arruga en el entrecejo y supe que lo había entendido; se lo vi en los ojos.

—Cuando estábamos en Tairn, al pie de aquella torre —dijo en voz baja—, y me pediste que te dejara ayudar, lo primero que pensé fue: «Ni de coña, demasiado peligroso», pero resulta que la única forma de vencer era hacerlo juntos.

Una especie de ternura agridulce me inundó el pecho, y acto seguido la perforó una punzada de remordimiento.

No me merecía a aquel hombre, ¡por los dioses que no! Y, pese a todo, traidora de mí, en lo más recóndito de mi alma me alegraba de tenerlo allí conmigo.

Se me empañaron un poquitín los ojos.

—Resulta que, en el fondo, no hacíamos mal equipo —susurré.

—No, nada malo —respondió, e iluminó su rostro una pequeña sonrisa.

51
Max

Con la ayuda de los tres valtainos, que agitaban el viento sobre las aguas, íbamos a llegar a Threll como dentro de una semana, en vez de varias. Aquella embarcación y las circunstancias que rodeaban nuestra presencia en ella me resultaban tan opresivas como aterradoras. No obstante, desde mi encuentro con Tisaanah a la luz de la luna en nuestra primera noche de travesía, las interacciones con ella me resultaban un poco más ligeras, un poco menos complicadas. Era la primera vez en ocho años que me sacaba de dentro esas cosas. Aún tenía enterradas en mi interior algunas esquirlas, sí, y seguía habiendo detalles que no era capaz de reconocer en voz alta, pero, aun así, ella ya sabía más de mí que casi ninguna otra persona, algo que jamás pensé que fuera a reconfortarme, pero mira tú por dónde...

Por suerte, Reshaye guardaba silencio la mayor parte del tiempo. Sospechaba que su despliegue de hacía unos días en la sala de entrenamiento lo había dejado sin energías. Era pronto para que pudiera tomar el control, usar la magia. A veces veía que los rasgos de Tisaanah se endurecían, que su mirada se perdía en el horizonte, y yo sabía que aquella cosa le estaba susurrando. Pero pasaron las jornadas y no fue a más.

Ella y yo nos dedicábamos sobre todo a practicar el combate. Los recuerdos que Reshaye conservaba de anfitriones anteriores le

habían proporcionado a Tisaanah pedazos de conocimiento innato que, juntos, convertimos en algo más completo. Y por las noches, cuando los demás se iban a dormir, subíamos a cubierta y nos sentábamos bajo el cielo, donde todo parecía más limpio y nos sentíamos más libres.

Solo que, en nuestra tercera noche de travesía, estaba tan agotada que se quedó traspuesta en cuanto apoyó la cabeza en la almohada, así que subí solo y ensayé mis movimientos una y otra vez hasta que mis músculos recuperaron la memoria.

No estaba en forma. Para vergüenza mía, aquellos últimos días de entrenamiento me habían extenuado hasta tal punto que los brazos y la espalda me protestaban cada vez que los movía, porque ya no estaban habituados a la forma en que debían trabajar para controlar un arma. Mejor ahora que dentro de una semana, me dije.

—¿No tienes aprendiz esta noche?

Maldiciendo por lo bajo, me giré bruscamente. Y allí estaba Nura, con su cara de suficiencia.

—¡Por los Ascendidos, Nura, no hagas eso!

—Pues estate más atento.

Estuve a punto de soltar un bufido. Aquel consejo resultaba casi paradójico, viniendo de ella, porque, de haber estado más atento, a lo mejor ninguno de nosotros estaría allí.

—Te falta práctica —observó, y eso me crispó.

—No esperaba tener que hacer esto, así que, sí, es posible.

El rostro de Nura era una máscara blanca y silenciosa. Cada vez que la miraba, tenía que contener la rabia hasta convertirla en un pulso leve escondido en mis venas. Rabia por Tisaanah, sí, pero también por haberme sentido traicionado durante casi diez años, algo extraño y surrealista a lo que enfrentarse todos los días.

—¿Necesitas alguien con quien entrenar? —Se metió las manos por dentro de la chaqueta para sacar dos puñales y me dedicó una leve sonrisa—. Creo recordar que la última vez quedamos empatados, pero hace tanto ya de eso...

Sabía que debía negarme, que estaba demasiado cabreado con ella para que un combate *amistoso* saliera bien, pero no dudé en responder:

—Vale.

Acordamos que nada de magia, que nos alejábamos cinco pasos el uno del otro, nos girábamos, nos situábamos y...

Había olvidado lo rápido que se movía, como si se volviera una sombra.

Tuve que frenar su ataque nada más empezar, y luego otra vez, girando en redondo, para igualar la increíble velocidad fluida con que se plegaba a mi alrededor. Se escabulló del impacto como si mi arma no hubiese hecho más que atravesar una nube de humo.

Otro bloqueo.

Se detuvo lo justo para sonreírme satisfecha.

—Esfuérzate, Max.

Estudié sus pasos silenciosos, controlé la velocidad, la longitud de cada zancada, vi dónde iba a aterrizar dos, tres, cuatro segundos después. Y avancé con ganas en un asalto bien calculado. Así había que ser con Nura: calculador. No podías esperar a que fuese a por ti, ni pensar que ibas a derrotarla con las fuerzas dispersas. Debías atacar con determinación, con un movimiento perfectamente calibrado después del otro.

Observé sus pies, sus manos y sus armas, todo a la vez, me giré, me encogí, incliné la hoja curvada de mi vara en el ángulo perfecto.

También yo podía ser rápido.

Un solo golpe, con toda mi alma, igual que la víbora se abalanza sobre su víctima con el cuerpo entero.

Un golpe y un acierto.

Soltó un resuello entrecortado, y con la elegancia interrumpida, sus pies patinaron por el suelo. Convirtió la pérdida del equilibrio en un giro, como sospechaba que haría, igual que sabía que iba a asestarme un golpe bajo, luego otro alto para girar después...

Estaba preparado.

Un tajo, medio paso, un contragolpe por cada movimiento. Nos deslizamos por la cubierta, reaccionando de inmediato a los ataques y los regates del otro, cada vez más cortos, más agudos, más furiosos.

Le vi la cara en medio de la nebulosa del movimiento de nuestras armas y encontré en ella a la soldado salpicada de sangre que me había puesto la mano en la sien hacía siete años, y vi el gesto triste, de condescendencia, que me había hecho al hablarme del pacto de sangre de Tisaanah.

La rabia me bullía de tal forma por dentro que se volvió hielo. Fui ajustando mis ataques, como el que se pone una chaqueta vieja que encuentra cómoda.

Le brillaron los ojos plateados cuando escapó por los pelos de uno de mis tajos.

—Ahí lo tienes, capitán Farlione.

«¡Ahí lo tengo, joder!».

Giré en redondo y arrastré intencionadamente el lado izquierdo, de manera casi imperceptible, torciendo el tobillo. Y cuando lo vio, cuando se abalanzó sobre mí, como sabía que iba a hacerlo, estaba preparado.

Con un último salto, frené su movimiento con todo el largo del asta, arrebatándole uno de los puñales y empujándola al suelo. Nura

rodó, se levantó de un brinco y volvió a lanzarse hacia delante, tan rápido que casi no la vi, tanto que, cuando quise darme cuenta, la tenía a mi espalda, pasándome el antebrazo por el cuello. Me rozó la herida del hombro y, durante una fracción de segundo crítica, se apoderó de mis músculos una oleada de dolor tan potente que me cegó. La combatí.

Nura había perdido un puñal, y yo aún podía...

Y entonces giró la muñeca y se sacó de la manga otra arma, que me plantó en el cuello antes de que me diera tiempo a inmovilizarla del todo.

—Date por vencido —me dijo al oído.

—Ya, claro, no vale la magia, pero sí esconderse armas en la manga —respondí, tratando, seguramente en vano, de hacer pasar mis jadeos por bufidos de exasperación—. ¡Qué poco has cambiado, Nura!

—Ese ha sido siempre nuestro problema, Max: que me crees más honrada de lo que soy —dijo, y luego me soltó y se apartó.

Resoplé entre dientes, resistiendo la necesidad imperiosa de agarrarme el hombro, que aún me dolía una barbaridad.

—Una forma muy generosa de plantearlo.

Me miró entonces la herida. La llevaba tapada, pero, por más que me empeñara en ocultarla, debía de ser obvio dónde estaba.

—Pídele a Sammerin que te mire eso.

—Ya me encargo yo.

—No seas orgulloso. Te necesitamos entero.

Recogí la vara y apunté a Nura con uno de los extremos.

—*¿Necesitamos?* Que te quede claro: no he venido por vosotros.

—Te veo muy a la defensiva, muy protector... —Se oyó un chasquido cuando volvió a enfundarse el puñal por dentro de la

manga—. Sé que me he ganado tu desconfianza, pero ahora estamos en el mismo bando.

—Y eso lo dice la que se mete puñales por la manga.

Así era Nura, toda filos escondidos, lista para encajártelos entre las costillas.

—Insúltame lo que quieras —me dijo, con fingido desenfado—. Aun así, me alegro de que hayas vuelto. Me encanta que Zeryth tenga que darme la razón.

Lo dijo de un modo que me hizo apretar la vara, de rabia. Contuve de tal forma las palabras que me bullían en la garganta que empezó a temblarme la mandíbula.

Nos quedamos allí en silencio. Luego Nura soltó un pequeño suspiro.

—Bueno, muchas gracias por el entrenamiento. Buenas noches, Max.

Pero, en cuanto se dio la vuelta, bramé:

—¡Nura! —Se detuvo, giró la cabeza y me miró con una ceja enarcada—. ¿Por qué? —le espeté—. Tú estabas allí. ¿Por qué?

Era casi un revoltijo de palabras, ninguna de ellas muy concreta ni relevante, pero vi cómo le cambiaba la expresión, y supe que había entendido de sobra lo que le preguntaba.

Nura había estado a mi lado en todo momento. En otro tiempo me fiaba más de ella que de nadie, más que de mí mismo. Y, por mucho que la odiara, por mucho que la considerara imperdonablemente responsable de lo sucedido en Sarlazai, sabía que había querido a mi familia casi tanto como yo.

Era una mujer despiadada, de tan centrada, insensible y cruel, pero no era estúpida. Quizá ni siquiera egoísta, no del todo. No era como Zeryth, al que guiaba un ego implacable.

Entonces..., ¿por qué?

Esbozó una sonrisa.

—¿Qué pasa? —dijo—, ¿que aún piensas bien de mí?

—Quiero saber dónde escondes el arma.

—Si te lo digo, ¿qué sentido tiene que la esconda?

La miré muy fijamente, como solía hacerlo hacía años, cuando necesitaba atravesar todo aquel hielo. E igual que entonces, se estremeció su expresión.

—No lo haría si no fuera necesario.

—¿Para qué? —le pregunté—. ¿Por el trono de una prepotente de doce años? —dije, meneando la cabeza—. No, eso no tiene sentido.

—No lo haría si no fuera necesario —repitió. Luego añadió en voz más baja—: Confía en mí, Max.

Resoplé. Que confiara en ella. Ya.

—Supongo que no te lo puedo discutir con esa cara.

Se esfumó lo que quedaba de su sonrisa. Y entonces lo vi: vacilación.

—Se nos viene encima algo muy gordo —masculló—, y hasta que no acabe, ninguno de nosotros va a poder tontear en los jardines con hermosas jóvenes threllianas.

Un escalofrío me recorrió la espalda, no por sus palabras amenazadoras, sino por su mirada, de absoluta determinación. Se me ocurrían pocas cosas más peligrosas que eso.

—Algo gordo —repetí—. Ah, claro, con eso me quedo más tranquilo, cuenta con mi confianza.

No rio ni sonrío. No contraatacó. Simplemente se encogió de hombros.

—Nunca me ha dado miedo ser la mala del cuento —dijo, y luego dio media vuelta y se despidió sin ganas con la mano—. Gracias por el entrenamiento, Max. Dale las buenas noches a nuestra chica de mi parte.



Tisaanah parecía muy normal cuando dormía. Bueno, a lo mejor *normal* no era la palabra más acertada, porque ella no lo era en absoluto. Pero, cuando volví bajo cubierta y me asomé por el hueco de su cortina para verle la cara aplastada contra la almohada, solté un suspiro involuntario. Nadie sabría nunca lo que albergaba aquella cabeza, si hermosas maquinaciones o al monstruo que las devoraba.

«Me intriga: ¿tú piensas en ella de la misma forma que ella en ti?». El recuerdo me acudió a la memoria sin previo aviso y me produjo una repugnancia incómoda. Había sonado sin acento, sin rastro de Tisaanah. Era tan impropio de ella que podía refugiarme en la repulsión que me producía, lo bastante como para no pensar en las curiosas implicaciones de la frase.

La respuesta era: «Sí, a menudo y con todo lujo de detalle», pero, mientras me fuera posible, iba a fingir lo contrario. A fin de cuentas, era un experto en negación, avezado y de renombre. No se me daban mal la magia, la lucha ni la jardinería, pero eludir verdades incómodas..., ¡eso lo dominaba!

Me colé en su cubículo y me instalé con sigilo en una caja grande, cerca de la pared, con la espalda pegada a la madera, estudiando la coronilla de Tisaanah, su respiración uniforme.

Parpadeé y, al abrir de nuevo los ojos, vi el mundo más borroso.

Volví a parpadear. Esa vez no se me abrieron.

52
Max

—Max...

Me sonó más bien a «Moooaaaks», lento y distorsionado.

Me abrí paso a zarpazos por la oscuridad. Me giré en mi sueño y alcé la vista al cielo nuboso. Brayan hizo lo mismo: giró su mirada acerada y la levantó al tiempo que bajaba la espada.

—¡Max!

Desperté sobresaltado. Al hacerlo, moví el hombro izquierdo sin pensarlo y, como pago, recibí una punzada de dolor insufrible.

—Estabas hablando en sueños —me dijo Tisaanah, mirándome el hombro ojerosa y preocupada—. ¿Todavía?

No era capaz ni de dejar de apretar los dientes.

—No es nada.

—¡Serás imbécil! —me espetó furiosa, y descorriendo la cortina, llamó a Sammerin.



Temblaba y, por el hueco de la cortina abierta, estaba viendo a las syrizen, que, aun desde la otra punta del barco, me escudriñaban, lo notaba, una sensación que su carencia de ojos no hacía menos desagradable. ¡Por los Ascendidos, me resultaba espeluznante! Resistí la tentación de cruzarme de brazos.

—¿Te importa cerrar eso, por favor? No me apetece tener públi...

El resto de la frase se me quedó entre los dientes cuando Sammerin me tocó la piel de alrededor de la herida.

Frunció el ceño.

—Venga, no fastidies, que ni siquiera estaba cerca.

Tisaanah corrió la cortina sin dejar de mirarme.

—Además, huele fatal —observó.

Muy a mi pesar, me asomó una sonrisa a los labios. Ella siempre tan sutil. A veces me preguntaba si debía ofenderme que a mí nunca me tocara ese encanto dulzón que gastaba con todos los demás, pero había llegado a la conclusión de que ese era precisamente el mayor de los cumplidos: que conmigo no contase los pasos de baile.

—Gracias, Tisaanah —dije, mirando a Sammerin, que estudiaba la mancha oscura de mi piel con imperturbable concentración—. ¿Qué es, exactamente?

Aún no había sido capaz de deducirlo. Desde luego, no era una quemadura, pero tampoco era un tajo, y me dolía más que casi cualquier otra herida que hubiera tenido, que ya era decir. Además, por mucha vergüenza que me diera, Tisaanah tenía razón: ¡había empezado a apestar!

—En mi vida he visto nada igual —dijo Sammerin, y Tisaanah volvió a su lado, preocupada, y con algo de remordimiento.

—No es nad... —empecé a decir.

Y entonces el mundo entero se volvió blanco y mi cuerpo se plegó sobre sí mismo.

—¡Su putísima madre!

Tardé al menos diez segundos en poder siquiera recobrar el aliento, por no hablar de abrir los ojos.

—Perdona, es mejor sin previo aviso. —Cuando abrí por fin los ojos, Sammerin se miraba las manos, frotándose los dedos—.

Necesitaba palparlo.

—Bonita exclamación —terció Zeryth, que acababa de descorrer la tela y estaba recostado contra un pilar de madera, observándome con despreocupada curiosidad—. ¡Qué dominio del lenguaje!

—¡Que te den! —le dije, porque tenía tantísimo dolor que ni siquiera aspiraba a soltarle algo más ocurrente.

—Y el entusiasmo con que lo expresas...

—¿No tienes nada mejor que...?

—¡Esto huele a podrido! —dijo Sammerin despacio, centrándose únicamente en sus dedos. Zeryth y yo callamos.

Miré de reojo a Tisaanah, que me observaba espantada.

—¿A podrido? —repetí.

—A podrido, a descomposición —se explicó, negando con la cabeza mientras se miraba las manos y luego me miraba la herida, perplejo—. Ni siquiera puedo hablarle a la carne. Está muerta.

—¿Como una infección? —preguntó Tisaanah vacilante.

—Una herida infectada empieza a descomponerse si la desatiendes demasiado tiempo, pero esto va mucho más allá. ¿La has tenido así desde el principio?

—Ha ido empeorando, pero...

—Pero ¿ya estaba así de negra?

—Sí —respondió Tisaanah por mí—. Estaba igual.

—Jamás he visto nada igual —masculló Sammerin.

Ni yo.

Cuando yo llevaba dentro a Reshaye, se había limitado a redoblar mis poderes mágicos innatos, devolviéndomelos a una escala pasmosa, pero para Tisaanah, con su sangre valtaina, esa clase de habilidad física era difícil. Además, yo nunca había oído hablar de ningún mago, valtaino o solari, que hiciera descomponerse algo vivo con solo tocarlo. Ni siquiera uno de los que controlaban la carne,

como Sammerin: podía desgarrarla, desangrarla, estrangularla y hacer que marchitara poco a poco, pero ¿pudrirla?, ¿matarla directamente? Eso era nuevo para mí.

Tisaanah palideció.

—Me parece que me estoy perdiendo algo. ¿Esto es cosa tuya, Tisaanah? —preguntó Zeryth con una especie de brillo en los ojos, una especie de voracidad, cuando los posó en ella y los dejó clavados.

—Es cosa de Reshaye —lo corrigió, y ojalá hubiera podido meterme en sus pulmones y detenerla antes de que respondiera.

—Vaya, vaya, ¡qué interesante!

Tisaanah volvió a mirarme a mí, y luego miró aquella herida tan peculiar. Pero yo estaba mirando más allá, a Zeryth, que paseaba los ojos por ella con un placer entusiasta, como si acabaran de hacerle un regalo que estuviese deseando abrir.

Había habido muchísimas ocasiones a lo largo de los años en que había imaginado, de forma muy viva, la sensación que me produciría rebanarle el cuello a Zeryth, pero puede que aquella fuese la primera vez que tenía que contenerme físicamente para no hacerlo.

—¿Tú crees? —bufé—. La verdad es que resulta un pelín abrumador, molesto, más que nada. Cúramelo, anda, Sammerin.

Sabía que no estaba siendo muy convincente, pero no me daba para más. Me hirvió la sangre cuando asomó a los labios de Zeryth una sonrisita zalamera, indicativa de que sabía perfectamente lo que me proponía. Me distrajo tanto que casi no oí la respuesta de Sammerin.

—No puedo.

Me volví de golpe hacia él.

—¿No puedes?

—No es fácil. No le puedo hablar a esto. Además, tiene una forma... —Apretó los labios, concentradísimo—. Necesito extirparlo para poder reconectar el tejido.

¿Había dicho *extirparlo*? Procuré no palidecer.

—¿Te importaría marcharte? —le solté a Zeryth—. Me siento invadido.

Fue asombroso lo rápido que le cambió el gesto, cómo se reorganizaron sus músculos para conformar de pronto aquella mirada asesina.

—¡Este barco es mío! Podría meterme en el baño contigo y estaría en todo mi derecho. Además, no me gusta nada tu tono. No olvides con quién estás hablando.

Ya, con Zeryth Aldris, el archicomandante. El mismo que una vez había partido en misión de reconocimiento con cinco de los mejores oficiales de su mismo rango, ¡la competencia!, y había sido, muy oportunamente, el único que había vuelto con vida. El mismo que me había obligado a volver con mi familia para quitarme de en medio. El mismo que había abogado por mi encarcelamiento, aun conociendo perfectamente la verdad de lo ocurrido en Sarlazai aquel día. Y el mismo que se había hecho *amigo* de una Tisaanah adolescente y esclavizada, y la había abandonado a su suerte, no una vez ni dos, sino ¡cuatro putas veces! Y luego se había atrevido a exhibir aquella sonrisita de complacencia mientras intentaba obligarla, solo porque podía permitírselo, a arrodillarse delante de las personas a las que ella estaba tan empeñada en impresionar. Y que encima, en ese momento la miraba como si fuese un trozo de carne que iba a descuartizar para servir a sus propios fines.

Uy, sí, sabía muy bien con quién hablaba.

Sonreí y contesté entre dientes:

—Como para olvidarlo.

Francamente, me enorgullecía de mi contención, pero estaba claro que mi tono aún no era del agrado de Zeryth, porque se irguió, cuadró los hombros y ladeó la cabeza.

—Ven aquí, Maxantarius.

—Esto es innecesario —terció Tisaanah, y luego me lanzó una mirada de «Cierra el pico y deja de liarla».

—¡Levanta y ven aquí!

Unos dedos largos y afilados se hicieron con mi pensamiento y lo estrujaron y estrujaron... Mis piernas tardaron cinco segundos largos en traicionarme, en levantarme de la silla sin mi permiso y dar un paso tras otro. Me detuve a escasa distancia de él y enarqué las cejas como diciendo: «¿Ya estás contento?».

—Un paso más —dijo, levantando un dedo pálido e instándome a acercarme.

¡Capullo! Hice el movimiento lo más minúsculo posible, avanzando solo un poco, y él rio.

—Todo lo tienes que complicar —dijo, y su sonrisa se agrió hasta parecerse más a un gesto de desprecio—. ¡Siempre has sido un bocazas! Pero esa fuerza de voluntad nunca ha sido lo bastante fuerte, ¿verdad? Te ha fallado en los momentos más importantes.

Un golpe bajo, bajo de cojones hasta para él. La rabia se apoderó de todos los músculos de mi cuerpo.

—Será tu barco, pero es mi misión —terció Tisaanah a mi espalda —. Y estas distracciones no son útiles, Zeryth. No hemos venido a esto.

—¿Distracciones? —replicó, mirándome el hombro—. Solo quería ver eso de cerca. Me gusta conocer bien el potencial de los recursos que tengo a mi disposición. —Examinó las heridas, arrugando la nariz—. Asqueroso, a la vez que fascinante. —Luego se volvió hacia

Tisaanah, con cara de suma preocupación—. Me inquieta que no hayas tenido a bien comentarme esto antes.

El semblante de ella se mantuvo neutral, pero yo vi que la expresión se le aceraba de aquella forma tan particular que me decía que estaba valorando la respuesta perfecta. Luego puso una cara muy ensayada de disculpa tierna y contestó:

—Estaban pasando tantas cosas..., y tan rápido..., que no pensaba con claridad.

La excusa sonó tan edulcorada que casi rayaba el sarcasmo, o quizá me lo pareciera solo a mí, que la conocía demasiado bien. Pero al menos Zeryth se lo tragó, aparentemente. Un parpadeo y volvió aquella sonrisa efusiva y deslumbrante.

—Todos hemos estado un poco distraídos. Sucede en momentos como este. Pero no os equivoquéis: por eso estamos aquí, y no se nos puede olvidar a ninguno. Que te arreglen eso, pues —dijo, mirándome brevemente y señalando la herida—. Y disfruta de la... extirpación.

Y se fue, sin molestarse siquiera en mirar atrás mientras subía la escalerilla que llevaba a cubierta.

53
Tisaanah

—Al final se ha salido con la suya —dijo Sammerin, meneando la cabeza, y por cómo frunció el ceño Max, quedó claro que sabía que su amigo tenía razón.

Vi a Max dejarse caer de nuevo en el cajón de madera, y apreté los dientes. ¡Qué estupidez! Qué estupidez tan de machitos, rebajarse a ver quién la tenía más grande en vez de pararse a pensar en las consecuencias. ¡Por los dioses, menudo privilegio!

Puede que tuviera la habilidad de descomponer la carne, y la sola idea me estremecía, pero aún carecía de la libertad necesaria para conducirme con semejante abandono.

Max me miró.

—¿Qué?

—Que se lo has puesto a huevo.

—Créeme: conozco a Zeryth lo suficiente para saber que habría encontrado una excusa para montar el numerito de todas formas. Eso era inevitable. Más tarde o más temprano. —Resopló—. ¡Capullo!

—Da igual. No puedes darle munición para que te ataque.

Max se puso muy serio.

—Ese tío te ha tratado igual que a un animal, y realmente te estaba mirando como si lo fueras... —Soltó un suspiro entre dientes —. ¿Y encima me reprochas que no haya sido amable con él?

Estuve a punto de soltar una carcajada. ¿Cómo podía ser tan negativo y a la vez tan inocente?

—¿Tú tienes idea de la cantidad de hombres que me han mirado así, como si fuera una cosa, en vez de una persona? No habría sobrevivido ni una semana en la corte de Esmaris si...

—Pero ¡no está bien!

—Pues claro que no está bien, pero es lo que hay. Es mi única arma.

Max se miró el hombro, aquella podredumbre de una negrura resplandeciente.

—Dudo que eso sea siquiera remotamente cierto, Tisaanah.

Un susurro lejano, mientras estudiaba aquella carne descompuesta:

—Mira lo que somos capaces de hacer juntos. ¡Qué preciosidad!

Aquel leve murmullo, y desapareció otra vez. Parecía siempre cansadísimo.

—Me debo a las Órdenes —le dije a Max—. Eso es así me guste o no. Y esa carne... descompuesta... —añadí, llevándole la mano al hombro y reprimiendo el asco que me producía la propia palabra—. Eso no es cosa mía. ¡Es cosa de ellos!

Me debía a Zeryth, a Nura, a la reina Sesri y, sobre todo, y quizá lo más peligroso de todo, me debía a Reshaye. Todas aquellas ataduras me levantaban la piel, ¡una piel capaz de matar! Me sujetaban las manos, ¡unas manos capaces de descomponer!

Era más fácil, reconocí en el fondo. Era más fácil cabrearme con Max por hacer lo que yo no podía hacer que pensar en todo lo que eso implicaba, en lo que me convertían esas personas y en lo que mi servidumbre, mi esclavitud, me iba a obligar a hacer. Porque eso, eso me enfermaba, por mucho que me dijera que iba a merecer la pena si lograba liberar a aquellos que había abandonado.

—Pero tú eres más que todas esas cosas —me dijo Sammerin, sereno—. No lo olvides.

—Seré lo que tenga que ser.

—¿Y qué hay de lo que tú quieres ser? —me preguntó Max, inclinándose hacia delante y apretando los ojos de dolor con el movimiento—. ¿Qué va a ser de ti?

¿Qué iba a ser de mí? Yo era un medio para conseguir un fin. Mi madre se había desprendido de su única hija. Serel había estado dispuesto a sacrificar su vida. Todo aquello a lo que habían renunciado por mí debía merecer la pena.

—No es el momento de ser egoísta —contesté—. Aún no.

Y como ya no soportaba seguir viéndolo, ni a Max ni la forma en que me miraba, ni la herida que le había hecho, ni todo aquello para lo que iban a usarme a la vista de esa herida, me marché y subí a cubierta, donde encontré un leve alivio en la brisa salobre y aquel cielo imponente. Zeryth andaba holgazaneando junto a la proa, pero yo me sentí atraída hacia la popa, donde Nura se paseaba en círculos.

¡Clac!

El sonido era seco y limpio. Cada tres pasos, Nura lanzaba un cuchillito a los mástiles y enterraba destellos de plata en la madera. Me acerqué despacio a ella y no pude evitar mostrarme impresionada de que los cuchillos formaran una línea recta perfecta, casi conmovedora, de una precisión impecable.

Levantó la cabeza para saludarme. Aquel pequeño movimiento me sobresaltó, muy a mi pesar. A veces, cuando la veía de pronto, era como si los límites afilados de mi mente atraparan un retal deshilachado y tirasen de las fibras de unos recuerdos que no me pertenecían. En ocasiones, iban teñidos de un afecto agridulce; otras, de una rabia furibunda. Pero, sobre todo, veía su cara triste,

resuelta y sin remordimientos mientras llevaba su mano a mi sien, a la de Max, en Sarlazai, acompañada de aquella traición devastadora.

—He oído el jaleo de abajo —dijo, centrándose de nuevo en su lanzamiento de cuchillos. ¡Clac!—. Había olvidado lo entretenidos que pueden llegar a ser esos enfrentamientos —añadió.

—Yo no los llamaría «entretenidos».

Se encogió de hombros.

—En cualquier caso, parece ser que no ha sido esa la parte más fascinante —dijo, mirándome las manos—. Descomposición. Interesante.

Doblé los dedos, avergonzada.

—Sí.

—Qué suerte, tener esa clase de poder...

A mí no me lo parecía, pero le dije, y me dije a mí misma:

—Si me sirve para alcanzar mis objetivos, entonces, sí.

Me vino a la cabeza el recuerdo de la cara de desprecio de Esmaris y serpenteó entre mis pensamientos el susurro agotado de Reshaye.

—Ya veremos qué uso podemos darle —repuso Nura—, pero es impresionante, y único. Seguro que atemoriza a los señores de tu Threll, a cualquiera, en realidad.

¡Clac!

Movía los dedos tan rápido que se convertían en manchurrones blancos y esbeltos. Aquel cuchillo se clavó en la madera algo descentrado. Hizo una mueca al verlo, y luego me miró pensativa, un buen rato. Habría sido fácil marchitarse bajo aquella mirada.

«¿Qué quiere Nura?», me pregunté. Se me daba bien responder a esa pregunta, pero, en el caso de Nura, era difícil. Era fría y cruel, pero se había mostrado muy tierna conmigo cuando había estado enferma. Además, había declarado a favor de Max cuando nadie más

lo habría hecho. Lo había condenado, pero también lo había salvado. En cambio, no había dudado en destruir una ciudad entera, en matar a cientos de inocentes, en traicionar de la forma más terrible a quien decía amar más que a nada.

Se inclinó un poco hacia mí cuando volvió a hablarme.

—Zeryth hostiga a Max porque lo ve como una amenaza y necesita demostrar su supremacía en todo momento —dijo en voz baja mientras miraba de reojo a Zeryth, que seguía en la otra punta del barco—. A mí me hace lo mismo, obviamente. Para él, o eres su amigo, o sea, alguien a quien puede utilizar, o una amenaza.

Poseer o destruir. Siempre igual.

—Lo que acaba de ver terminará convirtiéndote en una amenaza para él —continuó—. Tenlo en cuenta.

Casi se me escapó una carcajada. Yo jamás iba a permitir que Zeryth, ni Nura, ya puestos, me vieran como un verdadero peligro. Iba a enseñarles partes de mi fuerza, sí, lo que podía ofrecerles, pero ni siquiera en mi época de esclavitud me había permitido que se me considerara una amenaza. Que te subestimaran te otorgaba poder.

—Pues sería una tontería por su parte —contesté—. Yo me debo a las Órdenes, ya lo sabes.

—Que piense que puede utilizarte no significa que no te tema también. Ten cuidado. Tienes demasiado potencial para dejarte devorar por sus berrinches pueriles. ¡Sería un desperdicio! —me dijo con una mirada cómplice—. Los hombres buscan el poder porque les hace sentirse bien; las mujeres, porque nos permite hacer cosas. E imagina, Tisaanah, todas las cosas que podríamos hacer contigo.

Se volvió de nuevo a mirar a Zeryth y, sin moverse, lanzó otros tres cuchillos. ¡Clac, clac, clac! Esa vez formaron una línea perfecta. Y me dedicó una sonrisita que se desplegó por su rostro como el

aliento gélido del invierno, una sonrisa de complacencia que me decía que aquellos cuchillos se habían clavado justo donde ella los quería.

54
Tisaanah

Cuatro días: ese era todo el tiempo de que íbamos a disponer en Threll. Me daban dos semanas para mi misión, catorce días. Cinco los necesitábamos para viajar hasta allí, quizá menos, si tenía suerte, pero no podía contar con tenerla para hacer mis planes. Con el paso de los minutos, las horas y los días, me sorprendía maldiciendo al sol por salir demasiadas veces y al mar por movernos demasiado despacio, aun con la ayuda de Zeryth, de Nura y mía agitando el viento todo lo posible para llegar más rápido. A fin de cuentas, avanzábamos el doble de deprisa que cuando yo navegué hasta Ara. Pero no era suficiente.

Se nos iban los días.

Cuando estábamos a menos de veinticuatro horas de la orilla y el contorno brumoso del continente threlliano apenas se adivinaba a lo lejos, nos reunimos para consolidar el plan. En cuanto desembarcáramos, tardaríamos muy poco en llegar a la hacienda Mikov, gracias a los estratagramas que Zeryth había ido dejando en sus viajes, por lo visto extensos, por todo Threll. No íbamos a hacer uso de la fuerza de forma inmediata, les dije, al menos hasta que yo viera a Serel y lo pusiera a salvo. No podía arriesgarme a atacar demasiado pronto y que él sufriera las consecuencias.

—¿Y después? —preguntó Max, con los brazos cruzados y recostado contra el mástil.

—La finalidad de este viaje era ver de lo que es capaz Reshaye —terció Zeryth con una sonrisa afilada.

Resistí la tentación de corregirlo, o de plantearme el hecho de que Reshaye apenas me había hablado desde el incidente del entrenamiento. En cambio, le devolví la sonrisa con una sombría determinación.

—No liberarán a los esclavos fácilmente. Habrá ocasiones de luchar, y de asegurarnos de que la hacienda no vuelve a albergar esclavos.

—Excelente —respondió Zeryth, satisfecho con mi respuesta, pero fue Max quien cruzó su mirada con la mía desde el otro lado, y juntos hundimos los dedos en un charco de nerviosismo, de ansia y de fuego.

Esa tarde, con los hombros pegados mientras veíamos como la luz del sol pintaba el mar con brochazos de rojo sangre, yo no podía pensar más que en el tiempo y en el poco que teníamos. «¡Qué boba fui! ¡Tendría que haber pedido más!».

No llegué a verbalizar ese pensamiento, pero Max me dijo en voz baja:

—Con la clase adecuada de fuerza bruta implacable, cuatro días son tiempo más que suficiente para derrocar a uno o dos señores de Threll.

Como si, igual que siempre, hubiera sido testigo de mis dudas más íntimas. Y, aunque no creí en lo que me decía, no del todo, solté un suspiro lento de alivio, y comprobé que aquella esperanza se convertía en palabras.

—Tendrá que bastarnos.



Esa noche no pude dormir. Estaba tan nerviosa que hasta me costaba respirar. Nerviosa solo de volver a existir en aquel espacio. Nerviosa ante la posibilidad de fracasar, y ante la de no hacerlo. Nerviosa de volver a ver a Serel, con lo que me había costado volver a por él, y de pensar que igual ya no estaba.

Durante todo aquel viaje, había sido consciente de la tela de araña que formaban mis propios pensamientos, de la presencia permanente de la oscuridad fría de Reshaye. Notaba que se movía, se revolvía y susurraba, pero nada más, ni siquiera cuando tenía cerca a Max.

Eso me había aliviado un tiempo, pero ahora, en vísperas de nuestra llegada, mi propia fragilidad acechaba. Tenía una oportunidad, ¡solo una! Y sin Reshaye no era nada.

Y así, sola en cubierta, bajo una oscuridad lechosa por la luz de la luna, contemplé el perfil de Threll, a lo lejos, acercándose cada vez más.

E hice algo que jamás pensé que haría: intenté despertar a Reshaye.

Cuando fui a tocarlo, me topé con un muro que me hizo tambalearme, un muro de luz blanca e intensa, implacable, un destello de pelo rubio, unas uñas que se me clavaban en la carne, y por encima de todo, ¡pánico!, como si me hubiese colado en el centro de la pesadilla de alguien.

Al abrir los ojos, me vi de rodillas, y a Reshaye enroscado en mis pensamientos, recorriendo la tela de mi mente como una araña que diera saltos de hilo en hilo. Los restos de su miedo se enredaban con el mío en las venas. Me obligué a controlar el mío mientras trataba de serenar a la presencia temblona de mi cabeza.

—*Shhh. Tranquilo, no pasa nada, estás a salvo* —le dije, tratando de calmarlo.

Un gruñido me recorrió la espalda.

—*Nunca.*

—*Estás a salvo* —insistí.

—*Han hecho cosas terribles.*

Me pregunté a quiénes se refería. ¿A Zeryth? ¿A Nura? ¿A Max, incluso? ¿O quizá a montones de personas a lo largo de decenios, de siglos, al conjunto de agresores de un millón de momentos dispersos? Puede que ni Reshaye lo supiera.

Procuré infundirle mi falsa calma.

—*Muchos hacen cosas terribles, pero o nos tragamos la rabia para que nos alimente, o dejamos que nos devore vivos.*

Reshaye inhaló el recuerdo de mi madre, su rostro serio y hermoso mientras me decía aquellas palabras, y luego me lo sopló como el que expulsa humo por la nariz. Percibí la pregunta velada.

—*Me lo dijo mi madre, hace muchos años.*

—*Ya no está.*

—*No, tuvo una muerte horrible, como el resto de mi familia.*

Dejé que viera las cuerdas, las cadenas, los sombreros negros de ala ancha; los cuerpos rotos que yo había visto pasar por los mercados de esclavos, de personas demasiado mayores o demasiados débiles para trabajar en las minas y a las que se vendía como despojos. Le dejé ver las cicatrices.

Sentí que cogía cada imagen y la inspeccionaba como examina un crío un juguete nuevo, intrigado pero impasible.

Vale, otro planteamiento.

—*Mañana volvemos a mi tierra natal, y quiero venganza.* —Ese era un concepto que sabía que captaba. Había asesinado a la familia de Max para castigarlo. Entendía la ira, aunque no comprendiese mi amor—. *¿Eso es lo que quieres tú también? Sabes bien lo que es estar rabioso.*

Una risa escurridiza.

—*Sí, es lo único sólido que queda. Todo lo demás se ha podrido* —dijo.

Mis recuerdos se marchitaban como la carne de Max bajo mis dedos. Tuve que combatir la repulsión que me producía.

—*Pues ayúdame. Te voy a necesitar cuando lleguemos allí. Solo a ti. Si te llamo, ¿vendrás a mí?*

Y Reshaye se estremeció, tembló, se retorció, hundiéndose más y más en mis terribles recuerdos hasta dar con el más insufrible de todos: el del rostro de Esmaris, su cara de desprecio, con la sangre salpicándole las mejillas. Vio las imágenes una y otra vez, tremendamente despacio, como si las diseccionara.

—*Te traicionó alguien que creías que te amaba.*

No me vi con ánimos de verbalizar la confirmación, pese a que sabía, de una forma terrible y retorcida, que era cierto. En su lugar, insistí en la pregunta.

—*¿Me ayudarás si te llamo?*

Se lo pensó un buen rato.

—*Sí* —susurró. Y volvió a refugiarse, serpentino, en la oscuridad.

55
Tisaanah

Los estratagramas que Zeryth había dejado estaban esparcidos por todo Threll con la idea de proporcionarle una red de puntos de contacto entre los que pudiera saltar para agilizar y flexibilizar sus viajes. Solo que lo de *agilizar* era relativo. Dimos tantos saltos que al quinto ya estaba mareada.

—Cuando no estás familiarizado con el terreno —me explicó Max entre paradas—, puedes ir dejando estratagramas que utilizar como asideros a los que agarrarte entre saltos, pero no pueden estar muy lejos unos de otros.

Incluso él, a esas alturas, empezaba a parecer algo pálido.

Con el primer salto cruzamos el puerto; con el segundo, los barrancos rocosos; el tercero nos llevó al interior de un bosque frondoso e imponente. Pero no pensé que fuese a impactarme tanto cuando dimos como el décimo salto o así y nos topamos con las praderas sinuosas, una tierra que, hacía tiempo, habría sido Nyzerene.

Ver aquellas colinas herbosas, doradas por los brochazos de la mortalidad otoñal, salpicadas de las pinceladas de color de las flores silvestres, me dejó sin palabras. Si forzaba la vista lo suficiente, podía ver a mi familia a lo lejos: pequeñas siluetas de un pueblo que rozaba el horizonte, y una figura que agitaba la mano instándome a volver a casa, muy a lo lejos.

«Mi hogar —pensé, y las palabras me sonaron lúgubres y tristes—. ¿Cómo podía haberlo olvidado?».

El resto del grupo se alejó cansino, quejándose de dolor de cabeza o preparándose para el siguiente salto, pero yo me quedé allí, contemplándolo.

Sentí la presencia familiar de Max, que se detuvo a mi lado.

—Bienvenido a Threll —murmuré—. Bienvenido a Nyzerene.

—Es precioso.

El orgullo y la tristeza se me fundieron en el pecho.

—Me alegra que veas lo mismo que yo cuando recuerdo mi hogar, antes de que vayamos a presenciar todas las cosas terribles en las que se ha convertido.

—Yo también —contestó él, y nos quedamos allí un momentito más, dejándonos envolver por los fantasmas, sumergiéndonos en la belleza de mi mundo, triste y perdido.

Solo un instante, antes de dar media vuelta y ejecutar otro salto que nos revolviera el estómago.



Tres saltos más.

Para entonces, la cabeza me daba vueltas cada vez que aterrizábamos, y por si fuera poco, Reshaye estaba cada vez más agitado.

—*¿Ya?* —me preguntaba impaciente en cada aterrizaje.

—*Aún no* —le contestaba yo con toda la serenidad de que era capaz.

Pero empezaba a preguntarme si habría cometido un error al despertarlo la noche anterior. De momento, me hacía caso... más o

menos, pero temía lo que pudiera pasar si se hartaba de mi rechazo antes de tiempo.

Cuando aterrizamos esa vez, tardé un poco en aclararme la visión borrosa, contener a Reshaye y poner en orden el resto de mis pensamientos. Tan pronto como lo hice, parpadeé y descubrí que estábamos en un largo camino de tierra que conducía a una colina, en lo alto de la cual había un edificio, no enorme, pero, desde luego, imponente, hecho de ladrillos dorados que parecían surgir directamente de la hierba ambarina que lo rodeaba, con unas agujas rematadas por puntas redondeadas que rizaban el extremo como un pegote de cobertura en una tarta. Puede que hubiera sido bonito en su día, pero el abandono lo tenía en ruinas y despintado.

Estaba rodeado de actividad, de personas y caballos que alborotaban a sus pies. Al otro lado de la colina, pude ver filas de figuras que se dirigían a la entrada.

Se me encogió el corazón al caer en la cuenta de lo que estaba viendo.

—Esto estaba abandonado la última vez que vine —dijo Zeryth, ceñudo.

—Este edificio es nyzerense —mascullé.

La arquitectura era muy similar a la de los señores de Threll, pero las pequeñas diferencias eran fáciles de localizar si sabías dónde mirar: las ventanas más estrechas, la pintura más chillona, las puertas cuadradas en vez de redondeadas. Uno de nuestros antiguos edificios gubernamentales abandonado a su suerte, y ahora utilizado para enjaular y torturar a aquellos a los que en su día había servido.

Volví a mirar las filas de personas que recorrían los caminos, y fruncí el ceño. Me asaltó una oleada tras otra de pánico y me temblaron las piernas. Había olvidado lo poderosas que podían ser

las emociones de un grupo grande de mentes sin blindar. Y aquellas... aquellas se me colaban entre las costillas y me arañaban las entrañas.

—¡Eh!

Dos hombres a lomos de sendos caballos blancos se nos acercaron al trote, gritando en perfecto thereni. Uno de ellos levantó un sable por encima de la cabeza, a modo de torpe amenaza.

—¿Qué coño creéis que estáis haciendo?

Dos hombres a lomos de caballos blancos.

Dos hombres con sombrero negro de ala ancha.

Se me heló la sangre.

—Esclavistas —dije.

Claro, eso era lo que hacían: tomaban por asalto edificios abandonados para usarlos como centros de comercio y de transporte. Yo misma había estado en unos cuantos.

Como alimentado por la conmoción que me inundaba, Reshaye asaltó mis pensamientos, impaciente.

—¿Ya? ¿Acabamos con ellos?

—Aún no.

Los hombres continuaron cabalgando y se nos acercaron por el camino de tierra.

—Si vamos a escapar con un estratagrama, hay que hacerlo ya —propuso Ariadnea.

Zeryth me lanzó una mirada curiosa, imperturbable, con una ceja enarcada.

—No hace falta que nos vayamos si Tisaanah prefiere intervenir.

—Hay como cincuenta soldados allí arriba —terció Nura—. Más los esclavos.

—¿Para nosotros? Pan comido —ronroneó Zeryth—. ¡Qué forma tan maravillosamente noble de ver de lo que es capaz Reshaye!

La retahíla de imprecaciones en thereni se oía cada vez más, acompañada del estruendo de los cascos de los caballos.

Levanté la vista al edificio y posé los ojos en una figura pequeña de la fila que se acercaba: una niña, con las muñecas atadas por delante.

—*¡Sí, sí, ahora!*

—*Aún no, aún no.*

—Tú decides, Tisaanah —dijo Max en voz baja—. Una palabra y este sitio revienta.

Estábamos tan cerca de Serel, tan cerca... Y las cuentas no nos favorecían. Cincuenta soldados contra nosotros siete.

Pero...

Miré a aquella niña, con el cuello estirado para ver el edificio que tenía delante. Su miedo me caló los huesos. Su sangre corría por mis venas y la mía por las suyas.

Y entonces posé los ojos en una de las múltiples figuras vestidas de negro: la de un hombre alto y delgado que se volvió a mirarnos y me dejó sin aliento. Aun a aquella distancia, lo reconocí.

«¿Tú nunca compras fruta verde en el mercado?», me había dicho, mirándome como si fuera algo que devorar, con palabras que oiría repetir en ocho años de pesadillas.

—Uno de los hombres que se me llevaron de niña está ahí.

Al mirar a Max, vi que la furia le inundaba el rostro como nubarrones de tormenta, oscuros, fríos y letalmente inmóviles. Desenvainó el arma que llevaba a la espalda y la esgrimió, y una especie de calor latió levemente en los puntos en que sus dedos cruzaban los relieves del asta, enroscándose, aguardando mi permiso.

—La decisión es tuya. No me voy a mover hasta que me lo digas.

El estruendo de los cascos de los caballos estaba prácticamente encima de nosotros. Me llevé la mano a la espalda y aferré la empuñadura de Il'Sahaj. La visión de aquellos sombreros, de las miradas escrutadoras de aquellos tipos, de los cadáveres de mi gente masacrada, me enfurecía.

—*¿Ya?* *¿YA?*

—Una palabra, Tisaanah.

Había desenvainado mi espada. Su hoja era tan afilada como el terror de la niña que había sido y la rabia de la mujer en que me había convertido.

Posé entonces los ojos en aquel esclavista y no los moví.

—Sí —susurré.

Reshaye soltó una carcajada triunfante.

—¿Estáis sordos, joder?

La voz thereni que se acercaba se hizo cada vez más molesta, y de pronto enmudeció. La lanza de doble punta de Max atravesó la carne como si fuera papel, con una satisfacción entusiasta y perversa en el rostro mientras nos arrojábamos todos al infierno.

56
Tisaanah

Los dos esclavistas que se acercaban se derrumbaron como si fueran de arena. E igual que aquella noche, fue más sigiloso de lo que esperaba: el silencio engulló sus palabras y sus cuerpos cayeron al suelo con un golpe sordo.

Por unos segundos, todo quedó en suspenso: mi espada y yo, Max y la suya; las syrizen y sus lanzas sin desenvainar; Sammerin, Nura y Zeryth disponiéndose a atacar... Todos preparados.

Y entonces, de repente, algo pasó y nos lanzamos todos a la tierra y la sangre. Yo me sumergí en ello con inesperado júbilo. No había vuelto a matar desde lo de Esmaris, hasta en Tairn había conseguido evitarlo, pero, en cuanto había puesto los ojos en aquel hombre y conectado con él, no quise otra cosa que sangre.

Bramé la orden ronca y frenética de que se protegiera a los esclavos, con la esperanza de que mi voz no se perdiera en medio del caos. Con el rabillo del ojo, vi que Eslyn agarraba a Sammerin y desaparecía con él, y que volvía a aparecer a continuación cerca de la muchedumbre de esclavos aterrados. Bien, porque yo no podía ocuparme de ellos.

Solo había un sitio al que quería ir.

Cedí solo unos hilos de mi mente a Reshaye, lo justo para sentir cómo me recorría su poder, erizándome el vello de los brazos y

trenzándose con la emoción embriagadora, sobrecogedora, que aspiraba con cada aliento.

Me hacía con las mentes como el que se hace con un puñado de uvas peladas, y disfrutaba viendo cómo me corría por los brazos el pánico de los esclavistas igual que me corría su sangre cuando les atravesaba el pecho con Il'Sahaj. Cada tajo de su hoja dejaba manchurrones podridos de descomposición, y hasta, cuando apenas los rozaba, brotaba en ellos la carne negra y podrida. Reshaye aprovechaba hasta la última pizca de control que le otorgase, primero con alegría, después con impaciencia.

—*Más* —me pedía.

—*Aún no.*

Aquello era mío, solo mío, y necesitaba el control de mis músculos, que estaba logrando mantener con un esfuerzo mental sobrehumano, porque, habiendo tantos inocentes allí, no quería arriesgarme.

Aun así, mantener ese control me resultaba cada vez más difícil, sumergida como estaba en aquella euforia sanguinaria y angustiosa que solo era mía, y en el pánico y la confusión, que no lo eran. Max estaba a mi lado, impregnándome las fosas nasales del hedor de la carne quemada, entregado a aquella brutalidad con una elegancia precisa, que, aunque siniestra, resultaba hermosa.

En cambio, no había nada de elegante en lo que yo hacía. Si él era un bailarín, movido por años de entrenamiento y rigor letal, yo era un animal ebrio de voracidad y de instinto. Pero me protegía, supliendo los fallos torpes fruto de mi ira, respondiendo a todas las peticiones silenciosas de mis movimientos.

Yo no miraba a nadie más que al esclavista alto y delgado. Se llevó la mano al sable, pero salió corriendo pegado a los muros del

edificio y se coló por la puerta como un conejillo aterrado en busca de su madriguera.

Luchando, me abrí paso hasta él. Apenas noté que la sangre me salpicaba la cara cuando ataqué al guardia de la puerta, ni el tajo que me hizo en el brazo cuando no conseguí acertarle. Por una fracción de segundo, sus recios dedos me agarraron de los brazos. Cedí un mayor control a Reshaye y dejé que le marchitase las manos hasta hacerlo gritar, hasta que Max me lo quitó de encima y lo lanzó contra la pared y, de un solo tajo, lo abrió en canal del ombligo al pescuezo. Sus tripas, blandas y humeantes, se desparramaron por el suelo.

Mi cuerpo se estremeció con la carcajada de Reshaye, con su complacencia, con su deseo insatisfecho.

—*Más, más, más* —decía con cada latido de mi corazón alborotado y cada inhalación de ira, manipulando mi pensamiento con creciente desesperación.

Sin apenas detenerme ante el guardia muerto, entré corriendo en la casa, pero de pronto me detuve en seco. Dentro estaba tan oscuro que a mis ojos les costó adaptarse. Y el miedo se apoderó de mí enseguida, tan denso en el aire como el hedor a cuerpos sudados y a orina. Por todas las puertas abiertas, veía el destello de blanco de los ojos y los dedos que temblaban entre cuerdas y grilletes oxidados.

Solté un suspiro entrecortado. ¡Por los dioses, aquello era demasiado! El recuerdo de mi estancia en sitios como ese me abrasaba la garganta como una bilis corrosiva. Avancé dando tumbos. Nura y Zeryth pasaron a toda velocidad por mi lado, sellando esas salas, despejando el pasillo. Mataban con tanta facilidad...

La mano de Max me rozó la parte baja de la espalda, una forma de mostrarme su preocupación cuando no podía dejar de moverse ni de luchar lo suficiente para hablar.

—*¡No pares!*

No lo hacía. No habría podido aunque quisiera.

Me encontraba en un gran vestíbulo, con una inmensa escalera ante mí. Los escalones ya estaban inundados por el resto de los esclavistas, que bajaban frenéticos, espada en ristre. Uno se abalanzó sobre mí. Un toque, un roce de mi espada, y su carne se convirtió en jirones de pus.

Su cuerpo aún no se había desplomado en el suelo cuando volví a localizar al esclavista alto y delgado. Se había retirado a un rincón, debajo de las escaleras, y al deshacerse del sombrero había dejado al descubierto una cabeza rala, que agachaba como si mirar al suelo fuera a evitar que lo vieran.

Era él. ¡Él!

Todo mi agotamiento se diluyó en el telón de fondo de un solo recuerdo, el de aquella noche, una y otra vez.

«Demasiado joven para prostituirla». «Según y cómo».

Me abrí paso por la masa y me planté frente a él. Lo agarré, lo tiré al suelo de piedra, noté que escapaba de mi garganta un aullido sin palabras.

Quería verlo sufrir como había sufrido yo.

—*¡Más, más!*

Reshaye se tragaba mi rabia y contenerlo empezaba a ser la menor de mis prioridades.

El esclavista se protegió la cara con los brazos, un rostro ya desfigurado por la podredumbre de las heridas tras el contacto de mis manos.

—Por favor, por favor, no... ¡Por favor! —suplicaba desdentado.

Los míos también habían suplicado.

Me puse encima de él, con un pie a cada lado de sus caderas e Il'Sahaj entre las manos.

—¿Te acuerdas de mí?

—Por favor, por favor...

Volvió la cabeza, pegando la cara al suelo, y cerró los ojos con fuerza.

—¡Mírame! —le grité, y le giré la mejilla con la hoja de la espada.

La carne de su rostro se descompuso al contacto con el metal. Saboreé su chillido de dolor. Su miedo me latía por dentro como una droga horrenda y embriagadora.

—No me mates —lloriqueó.

Cabrón. ¡Cabrón! No me reconocía, solo veía en sus ojos un pánico cobarde.

Me lo había arrebatado todo. Había asesinado a los miembros de mi familia mientras dormían. Había vendido a una niña, condenándola a un terrible destino. A mí y a muchos otros. Y no se acordaba.

—*No es suficiente* —susurró furioso Reshaye.

—¡Acuérdate de mí! —bramé con desprecio.

Se lo ordené al tiempo que abría los puños y soltaba chorros y chorros de mariposas, escupiendo al aire alas pútridas de color carmesí con la violencia de un borbotón de sangre o del humo de una pira funeraria. No paraban de salir y continuaron rodeándome incluso después de que volviera a asir la empuñadura de la espada, como si se desprendieran de mi piel.

Oí mi nombre a lo lejos, débilmente.

Lo ignoré.

—Por favor —gimió el hombre.

No se acordaba. No se molestaba en recordar.

Yo no era nadie para él. Invisible y desconocida, otro cuerpo más que usar, vender y echar a perder, como el de muchos otros antes y después que yo.

A lo mejor a mí me pasaba lo mismo. Contemplé al anciano acobardado en el suelo y reparé en la carne que le quedaba en las mejillas, en lo afilado de su nariz. ¿Era de verdad el mismo al que yo había conocido hacía años? ¿Acaso importaba?

Las mariposas de un rojo sangriento invadían el aire y se adherían al suelo, al techo, a las paredes y a mi alma.

No es suficiente. Nunca es suficiente.

—*¡Más!*

Dejé que la ira me consumiese.

—*¡YA!*

Un alarido animal escapó de mi garganta mientras levantaba a Il'Sahaj por encima de la cabeza. Y, cuando la hoja cayó, cuando esparció la putrefacción como en relámpagos por el cuerpo del esclavista, mis manos ya no eran mías.

Me rodaron lágrimas por las mejillas cuando Reshaye me hizo alzar la cabeza y soltar una carcajada histérica y convulsa.

57
Max

Ya no estaba mirando a una mujer, sino a una puta diosa, una diosa de muerte y venganza, de destrucción absoluta e indiscriminada. No podía ser otra cosa, allí plantada, con la chaqueta blanca tan salpicada de sangre que parecía roja, la espada en alto y aquellas mariposas de color escarlata formando una capa alrededor de sus hombros.

—¡Por todos los Ascendidos! —le dije a Sammerin con voz ronca —. ¿Yo también tenía ese aspecto?

—Sí, tú también —me contestó.

Las mariposas invadían el aire y se extendían por los pasillos. Tisaanah se irguió y el suelo de madera empezó a ennegrecerse a su paso.

El esclavista con el que yo estaba luchando palideció y se tambaleó, espantado. Aproveché la ocasión para rebanarle el cuello, sin dejar de mirarla en ningún momento.

—Increíble —oí jadear a Zeryth.

Los demás esclavistas, al menos los que estaban lo bastante cerca como para entender a qué se enfrentaban, iniciaron la retirada. O lo intentaron, porque no llegaron muy lejos. Tisaanah los atrajo de nuevo hacia ella, como tirando con manos invisibles, marchitándoles la carne con un simple roce de su espada.

Y su expresión...

No era su rabia ni su dolor, ni siquiera su satisfacción rabiosa, lo que me encontré cuando aquellos ojos desiguales miraron hacia mí. No, era un gozo vacío en unos ojos vidriosos.

Ese era Reshaye. Reshaye y solo Reshaye.

Eran tantas las mariposas pútridas que ya solo captaba atisbos entre las alas. Una de ellas le dio a Sammerin en el brazo y le hizo resoplar de repugnancia cuando, al quitársela de encima, se descubrió una mancha podrida.

Agarré a Nura del brazo.

—Saca a esa gente de aquí —le dije, señalando con la cabeza el pasillo y la hilera de cuartos donde sabía que estaban los esclavos—. Por la ventana si hace falta.

Ahogó mis últimas palabras un alarido de dolor cuando Tisaanah, es decir, Reshaye, pudrió vivo a otro esclavista. Ya quedaban muy pocos.

Di la misma orden a las syrizen, que desaparecieron y aparecieron un poco más allá, en la dirección opuesta.

Tisaanah se dio la vuelta y vi que aquellos ojos vacíos y desconocidos para mí se clavaban en una de las puertas entreabiertas. Oí los gemidos de miedo procedentes del interior. Y sin pensármelo ni un segundo, porque no podía hacerlo, llegué de un salto frente ella y le corté el paso con la lanza.

Su boca bonita se ensanchó en una sonrisa feroz y sanguinaria al tiempo que su voz sin acento susurraba rabiosa:

—Aparta, Maxantarius.

58
Tisaanah

Me estaban desgarrando por dentro y me encantaba hasta el último segundo de todo aquello. No olía nada más que la sangre, no notaba nada más que la descomposición de la piel de mis enemigos bajo la mía. Me sumergía en eso y me dejaba ahogar, entregada a mi pena y a mi venganza.

Tardé demasiado en darme cuenta de a qué había renunciado exactamente, de que no solo no quería parar; además, no podía hacerlo. Los intentos de controlar mi propio cuerpo topaban con el mismo cristal grueso, igual que aquel día con Max en la sala de entrenamiento, solo que eran más dolorosos, más vivos, porque estaba ebria de la euforia de Reshaye, como si cada uno de mis nervios tuviese una potencia cien veces mayor de lo habitual.

Me enfrenté a la bruma y aporreé el cristal.

—*Déjame volver adentro* —le pedí.

—*No.*

Me arrojé sobre él, arrastrando las uñas por él como si fueran garras.

—*¡Déjame volver adentro!*

Una oleada de placer asfixiante me nubló los sentidos cuando otro cuerpo cayó al suelo, marchitándose bajo mis manos.

—*Me has pedido ayuda y te estoy ayudando.*

Pero hasta su voz sonaba arrastrada, como si estuviera drogado. Engullía hasta la última pizca de emoción, de pánico, como si fueran tragos de alcohol.

Fue cayendo un cuerpo tras otro.

No, no, no podía dejar que aquello sucediera.

Me obligué a serenarme, a respirar. No era un cristal, era una tela de araña. Inspiré hondo y volví a ver ante mí el plano de mi mente en forma de hilos de seda lustrosa, solo que esa vez... algo no iba bien. Los hilos no estaban dispuestos en grupos complejos pero organizados, sino enmarañados, y no los iluminaba una delicada luz blanca, sino que ardían: un fuego negro azulado se propagaba por ellos como si quisiera reunirlos en un puño.

Quise cortarlos, devolver a Reshaye a su rincón, pero recibí un ataque violento, como si me estamparan contra un muro y luego rebotara, con una soga prieta alrededor del cuello. Solo que la soga era la de mis propios recuerdos: la imagen borrosa y medio olvidada de la capital de Nyzerene ardiendo, la quemazón del beso de despedida de mi madre en la frente y del beso de Serel en la mejilla. «No necesito tu dinero». Manos, manos en mis muñecas, en mi cuerpo, en mis pechos..., el látigo que me abría las carnes una y otra vez. Pánico, un pánico cada vez mayor, tan intenso que ni siquiera veía la cara de Max delante de mí.

—*¡NO!* —supliqué, antes de que Reshaye soltara un gruñido fulminante y me echara por encima un manto de oscuridad que me encerró en la negrura y me ahogó en mi terrible pasado.

59
Max

Exploré su rostro en busca de algún indicio de mi amiga, pero no vi rastro de Tisaanah en esos rasgos ni en esa voz. Se me cayó el alma a los pies.

«Vamos, Tisaanah, vuelve».

—Ya has terminado —le dije.

Arrugó la nariz con una mezcla de pena y desdén.

—No es suficiente.

—Ya has terminado —insistí.

Las mariposas rojas seguían brotando de su piel, amontonándose a su alrededor como si estuvieran formando unas alas para después alzarse al techo, pero ya salían deformes y eran poco más que bultos voladores.

—Vuelve, Tisaanah. Aún estás aquí.

Se me quedó mirando un segundo y bulló en mi pecho la esperanza.

Luego el desdén se acentuó.

—No hemos terminado —bramó furiosa, y me lanzó un tajo brutal con Il'Sahaj.

Joder.

Lo paré, y luego otro y otro. Cada vez que su espada chocaba contra mi arma, la negrura trepaba por el fuego líquido que rellenaba los relieves. Su magia se estaba apoderando de la mía,

propagándose a las venas talladas del asta de mi lanza. Empezaron a arderme las palmas de las manos, por donde la piel estaba en contacto con el metal. Una mariposa chocó con mi frente y el dolor que me provocó me hizo arrugar el gesto.

Bloqueé otro tajo con violencia, arrojando a Tisaanah contra la pared. Topó con ella, se tambaleó y tardó un momento en recobrar el equilibrio. Por cómo le flojearon las piernas, supe que Reshaye aún no tenía un control absoluto de su cuerpo. Una oportunidad perfecta. El luchador avezado que yo llevaba dentro conocía tan bien aquel lance que me vibró en los brazos. Con cualquier otro rival, habría sido el fin, pero no se trataba de un rival cualquiera, sino de Tisaanah, y solo me cabía rezar para que el momento de estupefacción por el impacto le permitiese recuperar el control.

En cambio, ella ladeó brevemente la cabeza antes de posar los ojos en mí y atacar. Paré el golpe y puse cara de dolor cuando empezó a arderme la piel de las manos. ¿Dónde estaba Sammerin? No veía nada con la mierda de mariposas. Solo podía apartar la vista de ella un instante cada vez, pero, cuando lo hacía, buscaba su espalda en aquella montonera de rojo.

Otro ataque, otro bloqueo, otro brote de negrura putrefacta.

—Te estás conteniendo, Maxantarius —me dijo, inflando las aletas de la nariz—. ¿De qué tienes tanto miedo?

Me aparté. Me moví saltando por encima de los cadáveres, con cautela, para no resbalar en el suelo cubierto de sangre y de podredumbre oleosa, solo para que volviéramos a chocar mientras se dibujaba en sus labios una pequeña sonrisa pensativa.

—Ya sé lo que eres de verdad. Lo sé todo de ti. —Se le agrió la sonrisa—. Yo te he regalado esos dones y, aun así, nunca...

La negrura siguió trepando por las venas de mi lanza.

¡Por todos los Ascendidos, mis putas manos...!

Me lanzó otro tajo y, una vez más, lo esquivé.

—Este sería el momento perfecto para volver, Tisaanah —bramé.

«Por favor, Tisaanah, sé que lo puedes conseguir».

El mundo se volvió rojo, luego blanco. De pronto, tenía la espalda pegada a la pared y me ardía el costado. Al abrir los ojos, vi sangre fresca chorreando de la hoja resplandeciente de Il'Sahaj, una hoja que Tisaanah levantó y...

Ignoré los berridos de mi cuerpo cuando me aparté de ella rodando.

Volvió a atacarme, con torpeza, demasiado despacio. Y volví a ver una oportunidad: podía asestarle un tajo en las pantorrillas. Eso la derrumbaría, y se arreglaría fácilmente si el corte era lo bastante limpio. Si no, quizá nunca volviera a andar en condiciones.

Levanté el arma y preparé el ataque, pero entonces nos miramos a los ojos un instante, me dio un vuelco el corazón y tardé en mover la mano más de la cuenta. De pronto, salió de la nada otra figura, como una sombra que surgiera entre aquellas mariposas rojas, y golpeó a Tisaanah en la espalda con precisión letal.

Solo oí la voz de mi amiga gritando de dolor y supe que debía aprovechar la ocasión al ver que, tras lanzar a Ariadnea por los aires, se tambaleaba con la espalda ensangrentada. Pero mis manos no se movían mientras ella se erguía y se volvía hacia mí con mirada asesina, frenética, mientras volvía a levantar la espada con un alarido.

Sin embargo, se detuvo en seco. Se le agitó el cuerpo y empezó a dar tumbos. Yo había vivido aquello y, aunque nunca lo había visto desde fuera, sabía perfectamente lo que estaba pasando.

No me hizo falta mirar para saber que Sammerin estaba a mi lado, con un brazo en alto y el ceño fruncido de concentración. Se llevó

los dedos a la palma de la mano. El cuerpo de Tisaanah soltó una serie de chasquidos y cayó al suelo, con las extremidades retorcidas.

Las mariposas chorreaban por las paredes como sangre coagulada.

Tisaanah me miró fijamente. La furia se convirtió en pánico. Dejó escapar un sonido estrangulado que no parecía humano, probablemente porque Sammerin le estaba anudando los músculos, obligando a sus pulmones a encogerse hasta que su cerebro perdiera la consciencia.

Me hinqué de rodillas a su lado. La podredumbre aún avanzaba pulsante por el suelo de madera, ablandándolo bajo nuestros pies. Ni me di cuenta. Solo reparé en la forma en que los ojos aterrados de Tisaanah se anclaban a los míos sin mirar a ningún otro lado.

«Lo siento —quise decirle—. Lo siento mucho».

Con una respiración convulsa, aguantó todo lo que pudo, hasta que se le cerraron los ojos.

¡Zas!

Si hubiera podido dejar de mirarla, habría visto que las vigas de madera del edificio empezaban a ceder bajo los tentáculos de descomposición.

—Esto se cae. —Oí que Nura se ponía a mi lado—. Hay que largarse.

Cogí en brazos a Tisaanah, con las extremidades de pronto inertes cuando Sammerin dejó de controlar su cuerpo. Me puse en pie y la saqué del edificio sin mirar a nadie.

60
Tisaanah

Llamarlo «pesadillas» habría sido como llamar «llovizna» a un tifón.

Pasé horas enredada en mis peores recuerdos, todos revueltos, todos atacándome y estrangulándome a la vez. Eran como la realidad, pero degenerada: mi madre despidiéndose de mí al tiempo que se pudría y se le caían los ojos de las cuencas, Esmaris levantando el látigo mientras la piel se le volvía sombra y llamas... Y, por más que me resistía y luchaba, no conseguía escapar. Volvían a atraparme cada vez.

Cuando desperté, ya había anochecido hacía rato. Estaba en una cama improvisada dentro de una tienda de campaña, con Max a mi lado desde antes de que estuviese siquiera lo bastante consciente como para reconocerlo. Por lo visto, habían montado un campamento relativamente rápido. Zeryth, Nura y Max me explicaron lo que había ocurrido. Yo escuché, algo atontada.

—¡Has estado espectacular! —me dijo Zeryth sonriente.

Yo no me sentía espectacular. Me habían echado de mi propia mente.

Lo miré, pero no le contesté. En su lugar, me volví hacia Max y me puse en pie, sin pensar mucho en cómo se agitaba y resbalaba el suelo que pisaba.

—Enséñamelo —le pedí.

Me obedeció. Subimos juntos a lo alto de la colina donde antes estaba el edificio nyzerense. La mitad se mantenía a duras penas, mientras que la otra no era más que un montón de escombros de piedra y madera. Una de las columnas que quedaban en pie se sostenía en equilibrio inestable. Había manchurrones rojos por algunas piedras, potentes y agresivos, incluso bajo la luz de la luna.

Miré al otro lado de la colina, a las lenguas de humo negro que se alzaban a lo lejos.

—Cadáveres —me dijo Max, siguiéndome la mirada.

—¿De esclavistas?

—Sí, hasta el último de esos cabrones.

Pensé que me iba a impactar más.

—¿Y los esclavos?

—Hay más de ciento cincuenta personas en el campamento —contestó, señalando las tiendas de campaña y las hogueras que salpicaban la loma.

—¿Solo había esos? —Me fastidió el silencio que llegó después. Se me hizo un nudo en la garganta—. ¿Solo esos? —insistí.

—A uno de ellos le cayó un sillar encima cuando se derrumbó el edificio. Sammerin hizo todo lo posible, pero ha muerto.

«Ha muerto». Agradecí su franqueza, nada de: «No ha sobrevivido», ni: «No hemos podido salvarlo».

Había muerto. Había muerto porque yo había perdido el control. Y no habían muerto más porque Max me había parado y Sammerin me había obligado a caer.

Se resquebrajó mi aturdimiento, pero no llegó a hacerse pedazos del todo.

—Quiero verlos —dije, señalando el campamento.

Max asintió y me llevó abajo para caminar entre los grupos de personas. No había tiendas suficientes para todos, pero la noche

estaba despejada y templada, con lo que muchos se habían instalado en torno a los fuegos. No todos eran nyzerenses, a fin de cuentas los threllianos habían conquistado y esclavizado a casi una decena de países y a, juzgar por los acentos que se oían, casi todos debían de tener representación allí. Solo que, aunque procediesen de naciones distintas, quizá ya se sintieran hermanados. Estaban todos juntos, tranquilos aunque extenuados. Cómodos, por lo menos. Según me dijo Max mientras avanzábamos, habían conseguido recuperar una buena cantidad de provisiones del cuartel general de los esclavistas, lo que explicaba las tiendas de campaña, la comida y las camas improvisadas.

Oí unos gemidos que salpicaban la conversación sigilosa y me detuve. Volví la cabeza hacia unas figuras agolpadas cerca de los límites del campamento. Una mano caliente me agarró del hombro.

—No va a servir de nada —masculló Max—. Créeme, sé lo que digo.

Pero me zafé de todos modos y no intentó detenerme.

El cadáver estaba envuelto en jirones de tela blanca con los que se había improvisado una mortaja nyzerense. Era un cuerpo pequeño y delgado, quizá de un adolescente. Egoístamente, agradecí no poder verle la cara. Una mujer de mediana edad lloraba a su lado, arrojándose sobre él; el pelo castaño encrespado se le agitaba alrededor de la cara con cada sollozo.

Aquello rompió por fin mi aturdimiento y el dolor de la mujer me asaltó con tanta fuerza que me ahogaba. Abrí la boca, pero no dije nada. ¿Qué iba a decir?, ¿que lo sentía?, ¿que le ofrecía mis condolencias, mis oraciones, mis respetos? ¿Qué valor iban a tener para ella las oraciones de la mujer que había asesinado a su hijo, las bendiciones de los dioses que habían permitido su muerte?

Se me cerró la garganta. Di media vuelta antes de que sus ojos me encontraran, pero fui algo lenta. Oí los primeros cuchicheos en cuanto empecé a alejarme del fuego y sentí que crecía como el vapor el número de personas que me reconocían, a medida que los ojos iban volviéndose hacia mí.

Fijé la vista al frente mientras Max y yo regresábamos a mi tienda, pero no me hizo falta mirarlos para notarlo, ni prestar mucha atención para oír sus murmullos. Me tenían miedo. «Bruja —decían sus pensamientos estremecidos—. Monstruo».



La pradera ondulante era tan hermosa a la luz de la luna como bajo el resplandor ambarino del sol. Me recosté contra la corteza lisa de un árbol y observé cómo fluía.

Había estado mirando fijamente el techo de mi tienda hasta que fuera se hizo el silencio. Luego me levanté y paseé descalza por el campamento, hasta llegar a los llanos, donde me instalé junto a un árbol y varias matas de flores silvestres para contemplar el paisaje ondulado, y también para pensar.

No me sorprendió oír poco después unos pasos silenciosos que se acercaban. No tuve ni que mirar para saber quién era. Después de todo, solo había una persona que se unía a mí cuando meditaba a medianoche.

—¿Tú también? —pregunté, y Max soltó una especie de carcajada contenida.

—Yo también.

Se puso a mi lado. Oí un crujido y, al mirarlo, vi que estaba arrancando unas flores muertas de la mata y convirtiéndolas en cenizas con el fuego que le brotaba de las manos. Igual que lo hacía

en su jardín, como lo había hecho la primera vez que nos habíamos sentado juntos por la noche después de un encontronazo con la muerte.

—Perdona —me dijo, y cruzó las manos en el regazo al ver que lo miraba—. La fuerza de la costumbre.

—No, si... —«Si me encanta...»—. Seguramente es bueno para ellas.

Escudriñó las flores, de pétalos índigo rematados de blanco.

—Me pregunto si podría conseguir que estas crecieran en casa.

—El clima es muy distinto.

—Nada que un conjuro adecuado no pueda arreglar.

Deslicé la vista por la colina y observé las tiendas de campaña lejanas y las figuras durmientes esparcidas alrededor de las hogueras humeantes. Ciento cincuenta personas sin casa. Algunos habían expresado su deseo de volver a sus poblaciones, o a lo que quedara de ellas, pero muchos habían optado por viajar a Ara bajo la protección oficial de las Órdenes. Ara, un país donde podían ser libres, pero que era tremendamente distinto del suyo y en el que no tenían propiedades, amigos, dinero ni una lengua en común.

Ojalá fuera tan fácil ayudarlos a integrarse.

—Cualquier otro sitio al que vayan será mejor que donde estarían ahora mismo si no los hubieras ayudado —me dijo Max, siguiendo mi mirada.

Pensé en aquel joven amortajado y en los lamentos de su madre. «No todos».

—Lo último que recuerdo —dije en voz baja— es mi mano en la puerta y tu cara. Nada más. Solo... imágenes sueltas. —Destellos de sangre, de podredumbre, de mariposas rojas. Imágenes sueltas de mi lucha con Max. Miré su costado, reviviendo el recuerdo vago de

haberle pasado la espada por las costillas—. Sé que estás herido aunque no me lo hayas dicho.

—Estoy bien —contestó, mirando a otro lado.

—Pero ¿y si no estuvieras bien? ¿Y si ellos no estuvieran bien? ¿Y si...? —Cerré los ojos y, en un momento de oscuridad, reviví la voracidad frenética y agotadora de Reshaye—. Era como si estuviese... borracho. Sentía cada muerte y...

—Y se crecía con ellas —terminó la frase Max.

—Esa cosa no habría parado —dije con un nudo en la garganta—. Yo había perdido el control, ¡tanto que ni me acuerdo! ¿Y si vuelve a suceder?

—No lo vamos a permitir.

¿Bastaba con eso?

Las cosas que yo podría haber hecho... El pánico aterrador que me producía la sola idea me estrangulaba. Se me llenaron de lágrimas los ojos. Y entonces dije algo que nunca, jamás, había dicho en voz alta.

—No puedo con esto. No soy lo suficientemente fuerte.

Se hizo el silencio. Estudié las formas abstractas de la hierba y la gravilla, más que nada porque me parecía una alternativa mucho más manejable que mirar a Max a la cara.

—Te voy a contar una cosa —me dijo por fin—. Al acabar la guerra, cuando terminó... todo, estuve hecho un asco durante mucho tiempo. Años de tugurios donde se consumía alcohol barato y semillas de seve, de deambular sin rumbo y poco más. Una noche empecé la típica pelea patética en el típico pub patético y me echaron a la calle de la típica patada patética. Hacía un invierno gélido ese año, así que iba dando tumbos por la capital, temblando como una rata mojada.

Me llevé las rodillas al pecho y apoyé en ellas la mejilla para mirarlo. También él me miró y a mí me sobresaltó un poco ver que parecía casi tímido, avergonzado.

—Y ya sabemos todos que yo no estoy hecho para eso.

Reí.

—Así que me metí como pude por la primera puerta que encontré —continuó—. Era una pequeña panadería, pero la habían acondicionado para exponer unos cuadros por la noche...

Según se adentraba en el recuerdo, su mirada fue perdiéndose en el horizonte. Me pregunté si sabría lo mucho que su expresión reflejaba sus pensamientos cuando hablaba, o lo que me encantaba eso de él.

—No eran nada del otro mundo, la verdad. El artista había pintado, más que nada, a su esposa holgazaneando en un jardín, y digamos que se veía a la legua que no era más que un aficionado. Pero había algo muy auténtico en aquellas pinturas. Casi me lo imaginaba desviviéndose por cada pequeño trazo borroso —dijo con una risa incómoda—. Es que iba muy borracho. —Cerré los ojos y me imaginé allí con él—. Pero lo que me tumbó del todo fue aquel cuadro inmenso, una verdadera obra de amor, y la fecha escrita en él... —Se aclaró la garganta con un ruidito—. El cuadro era del día de lo de Sarlazai, cuando yo estaba en los montes, haciendo..., bueno, ya sabes... En algún lugar, lejos de allí, ese hombre estaba sentado en su jardín, pintando a su esposa corriente con la admiración con que se pintaría a una puta diosa. Y eso... me impactó. Me impactó tanto que lloré como un adolescente con el corazón partido. Porque lo había olvidado.

—¿Lo habías olvidado? —susurré.

—Había olvidado que uno podía ser así, que alguien, en algún lugar, estaba pintando unos cuadros horrendos de su mujer en un

jardín. Estaba tan ido que ni me acordaba de que existía realmente ese tipo de satisfacción sencilla, y menos aún que a la vez podían estar sucediendo cosas terribles. —Se me encogió el corazón. Asentí —. Tampoco es que yo tuviera una esposa a la que pudiese pedir que se tumbara por ahí para pintarla, aparte de que pinto de pena, pero después de llorar hasta el agotamiento y recuperado ya de la melopea, me dije... —Se encogió un poco de hombros a la vez que se volvía despacio a mirarme—. Me dije: «Pero me puedo hacer un jardín».

«Plantó hasta la última flor, de forma obsesiva», me había dicho Sammerin una vez. Entonces lo entendí. Cerré los ojos y busqué a tientas el colgante, acariciando con el pulgar el tercer estratagrama de la parte posterior, el que me llevaría de vuelta allí.

—Era un jardín precioso.

—El mejor de Ara.

¡Por los dioses, no pensé que fuese a echarlo tanto de menos!

Tras un silencio largo, Max dijo con voz más solemne, casi vacilante:

—Tú también me produjiste esa sensación, Tisaanah. —Se me cortó la respiración—. No enseguida, aunque reconozco que con «Esa cosa que hace chaschás» me encandilaste, sino unas semanas después, cuando me contaste a qué habías ido a Ara y lo que tenías pensado hacer... Se me había olvidado que la gente podía ser así, que había personas que no querían más que hacer algo bueno por el mundo.

Se me empañaron los ojos. Yo quería eso, con desesperación, lo quería aunque ahora ese objetivo quedase tan lejos de mi alcance. Mi madre y Serel se habían sacrificado por mí porque creían que podía convertirme en algo grande, pero, con el eco de los sollozos

de aquella mujer destrozándome los oídos, no sentía más que vergüenza.

Eché un vistazo a Max, a su mirada solemne, y hubo algo en ella que lo atravesó todo, todas las dudas, las inseguridades.

—Pero también tú eres mucho más que eso, Tisaanah —me dijo con ternura—. Creo que se te olvida. Le has puesto tanto empeño como yo, has visto todo lo que merecía la pena ver, me has obsequiado con tus chistes francamente malos y te has... convertido en mi amiga. Tus objetivos me hicieron respetarte, sí, pero ha sido todo lo demás lo que me ha... —Cerró la boca, se aclaró la garganta, miró a otro lado y de nuevo a mí—. Ya te dije que juntos encontraríamos una forma de hacer esto, y lo decía en serio. Te voy a apoyar hasta el final, Tisaanah. ¡A ti! Si decides huir, te juro que hallaremos el modo. Y si arde todo, me quemaré a tu lado y seguirá siendo lo mejor que...

No me di cuenta de que me había echado a llorar hasta que la boca me supo a sal.

—Para...

De pronto tenía sentido.

«¿Qué es lo que buscas tú?», le había preguntado a Max hacía muchos meses, y no había llegado a obtener respuesta, no del todo. Pero ahora lo entendía, entendía por qué tenía tanta fe en mí. Porque Max quería, por encima de todo, creer que había una persona capaz de cambiar las cosas. Porque...

«Si tú puedes, yo también».

—Tú puedes aunque yo no pueda —logré decirle, frunciendo el ceño—. Es fácil morir por alguien, pero es mucho más valioso vivir. No te doy permiso para fracasar si fracaso yo. ¿Te enteras? —Al ver que no contestaba, insistí—: Que si te enteras.

—Sí —susurró.

—No te creo —dije, cogiéndole la cara con ambas manos y apoyando mi frente en la suya. Seguía oliendo a ceniza y a lilas, como si se hubiera llevado consigo los restos de su jardín hasta el otro lado del océano—. Eres el mejor de los hombres, Maxantarius Farlione, por más que te empeñes en convencer al mundo de lo contrario. Prométeme que continuarás librando tus batallas aunque yo pierda la mía.

—No la vas a...

—¡Prométemelo!

Sus dedos se arrimaron a mi rostro y me acariciaron la mejilla. Y entonces, como si se hubiera roto un hilo, me estrechó en un abrazo súbito, feroz. Cedí a él con naturalidad, deslizando los brazos por sus hombros, acomodando las rodillas para poder enroscarme en él.

—Te lo prometo —me susurró contra el pelo.

Confiaba en que no esperase que lo soltara, porque no pensaba hacerlo. Quería ahogarme en él, en la sensación que me producían su pecho, los latidos de su corazón, su respiración. Un recordatorio que necesitaba desesperadamente: «Seguimos vivos y seguimos juntos».

Giré la cabeza un poco para pegar la cara a la piel suave de su cuello y poder respirarlo y retener su olor en los pulmones.

Le rocé el cuello con los labios.

Me apretó fuerte la espalda y el tacto de sus dedos me abrasó de arriba abajo, haciendo asomar mis latidos a la piel. Y, en aquel instante, una verdad se consolidó en mi corazón, en mi alma, en mi sangre: en el fondo, no había deseado otra cosa que aprovechar aquella ocasión.

Porque deseaba a aquel hombre.

Lo deseaba de muchísimas formas: como amigo, como alma gemela, como feroz compañero de equipo, como piel, labios, dientes, como jadeo de aliento contenido en la oscuridad o abrazo perezoso al amanecer. Deseaba eso. Lo quería todo.

Volví a acariciar su piel con los labios, saboreando la sensación de aquel gruñido mudo que se le escapó al soltar el aire. Continué hacia arriba, hacia la esquina de su mandíbula, paseando la boca por su contorno afilado, por encima de la textura elevada de la pequeña cicatriz que tenía allí.

Una pregunta muda.

Se estremeció.

Se estremeció y se apartó bruscamente de mí, lo justo para clavar su mirada intensa y espeluznante en la mía... mientras soltaba de golpe:

—Esto no es lo que quiero.

61
Max

«Esto no es lo que quiero».

Todo dependía de la definición de *esto*: aquellas palabras podían ser una verdad irrefutable o la mentira más gorda que le había soltado a nadie, o a mí mismo, en toda mi vida.

Aun así, la frase se me escapó de entre los labios sin que pudiera pararla y la cara de pena que puso Tisaanah me destrozó.

—Ah —dijo, haciendo un mohín.

Tenía una boca perfecta, con el labio superior algo más grueso que el inferior y unas comisuras que siempre, ¡siempre!, se curvaban ligeramente hacia arriba justo por el extremo, incluso en momentos como aquel.

Costaba no mirarla fijamente. Me había pasado desde el principio.

Pues eso: que todo dependía de la definición de *esto*.

Si *esto* era notar sus labios en el cuello, o aquel sonidito que sospechaba que ni siquiera era consciente de haber hecho, o la sensación que me producía estrecharla en mis brazos... Si era el sonido de su voz, o su forma de ver el mundo, o sus chistes malos...

—No me esperaba esto de ti, Tisaanah —conseguí decirle. Aún estábamos tan cerca que nos rozábamos la nariz y me era imposible centrarme en las palabras que le acababa de decir con dificultad—. Casi todas las personas a las que has conocido te han utilizado y yo no... Esto no...

Y yo no iba a ser otra de esas personas, ni queriéndolo ni sin querer.

«Esto no es lo que quiero».

Si *esto* eran sus labios, su cuerpo, sus besos, sus caricias..., mentiría si decía que no había pensado en esas cosas, que no había tenido que empujarlas a un rincón oscuro de mi mente, donde no perturbarlas nunca, donde no sopesarlas jamás.

Pero si *esto* era su amistad, su compañía, su confianza, su felicidad, su seguridad... Eso valía más para mí de lo que valdría nunca ninguna otra cosa. Eran absolutamente irreemplazables. Y por ellas guardaría todo lo demás en una caja, bajo llave, para no volver a pensar en ellas si hacía falta. Ya estaba dispuesto a hacerlo.

Le acaricié con el pulgar la mejilla izquierda, donde la piel dorada se volvía blanca.

—Podemos borrar el último minuto y medio, Tisaanah. No volver a hablar de ello.

—¿Eso es lo que quieres? —me preguntó.

—¿Es lo que quieres tú?

Estábamos tan cerca que nuestros alientos se fundían en uno. El suyo temblaba, ¿o era el mío?

—No —contestó sin dudarlo.

Noté en el pecho un tirón que no supe —o quizá no quise— identificar.

—Hoy ha sido un día duro —masculló—. He visto cosas que me han dado miedo. He hecho cosas que me han dado miedo. Quiero hacerte mío esta noche porque tal vez no haya un mañana, así que, no, no me apetece borrar nada.

¡«Hacerte mío»! No estaba en absoluto preparado para la reacción que eso me produjo: un deseo casi primario, vertiginoso, que me

abrasó todos y cada uno de los músculos. Jamás pensé que aquellas palabras pudieran sonar tan atractivas.

—¿Es lo que quieres tú? —me preguntó—. ¿Olvidarlo?

Me miró fijamente, con la luz de la luna reflejada en los ojos, aquellos ojos desiguales e impresionantes que en ese momento, como de costumbre, me calaban. Tenía la mirada cansada, llevaba el pelo sucio y alborotado, y una ropa corriente y demasiado grande, y, sin embargo, de pronto sentí que me costaba respirar, porque decir que era guapa habría sido quedarse corto hasta límites insultantes.

Se me encogió el pecho y caí en la cuenta de qué era lo que había estado sintiendo: pánico, puro pánico.

«Esto no es lo que quiero».

Porque aquella mirada siempre detectaba mis mentiras.

Y aquello iba mucho más allá de un beso, una caricia, un abrazo, sexo... Si abría esa puerta, estaría entregándole algo mucho más profundo; sabía que ocurría lo mismo por su parte: que me estaba confiando algo valiosísimo.

—¿Max...? —dijo con los dedos a ambos lados de mi cara.

Negué con la cabeza.

—No —murmuré—. No, no es eso lo que quiero.

Y con aquellas palabras se rompió la tensión.

Nos movimos a la vez: ella se me echó encima y yo le pasé los brazos por la cintura, atrayéndola hacia mí. Busqué su boca con la mía, primero como una caricia, por ver qué sensación me producía el contacto con sus labios, y luego de una manera más intensa, cuando empezamos a hablar el mismo idioma mudo. Un toque de su lengua me produjo un escalofrío por la espalda y mis juegos le hicieron soltar un pequeño gemido.

¡Por todos los putos Ascendidos! Ese sonido. Decidí que bien podía pasarme el resto de mi triste vida aprendiendo formas nuevas de

provocárselo.

Noté que asomaba a sus labios una sonrisa pícara.

—A la tienda —susurró con dificultad porque no dejamos de besarnos lo suficiente—. Ya.

Joder, ¿quién era yo para cuestionarla?

62
Tisaanah

Con una mirada de Max, se encendieron de golpe todos los farolillos, inundando el austero interior de la tienda de campaña de un delicado resplandor ambarino. Apenas cerramos la tela que hacía de puerta cuando volvimos a fundirnos en un abrazo.

Nunca había besado a nadie así, ni pensaba dejar de hacerlo ya. Era como entrar en un mundo de color cuando hasta entonces solo había conocido el blanco y negro. Me encantaba su sabor, que su boca me ofreciera besos largos y cortos, unos dientes que de tanto en tanto reclamaban mis labios con pequeños mordiscos cariñosos, una lengua que se paseaba por la mía. Cuando llevó sus labios a mi mejilla, los eché de menos un momento, hasta que empezó a regarme de besos el mentón, la mandíbula, a incendiarme el cuello.

Iban a empezar a flojearme las piernas.

Con escasa elegancia, me dejé caer al suelo, sobre mi camastro, todavía agarrada a la mano de Max. Me siguió moviéndose de forma mucho más fluida, avanzando a gatas por encima de mí. ¡Por los dioses, en la vida había visto nada más hermoso: la elegancia de sus movimientos, su intensa concentración en mí! Era tan desgarrador que ojalá hubiera podido capturar la imagen y guardarla para siempre.

Luego sentí el peso de su cuerpo y su boca anclada a la mía, y volví a perder la capacidad de pensar. Era toda nervio, impulsos en

respuesta a sus caricias, la columna arqueada contra su cuerpo.

Le acaricié la espalda. Notaba sus músculos, cómo se contraían bajo el algodón fino de su camisa, pero yo quería piel. Apenas le había desabrochado tres botones cuando se la quitó de golpe por la cabeza.

—Espera —le susurré, deteniéndolo cuando se disponía a bajar de nuevo para volver a besarme. Se irguió y aproveché la ocasión para mirarlo sin más.

—Oye, esto no es justo —protestó, mirando mi camisa con una ceja enarcada.

—Ten paciencia.

Me incorporé y le acaricié con la yema de los dedos el contorno del hombro, bajé por el pecho, subí por el otro lado. Me detuve en la cicatriz del hombro izquierdo, la de la herida que yo le había hecho en la sala de entrenamiento. Seguí por la musculatura de su abdomen, sin un gramo de grasa, por los relieves de sus costillas. Soltó una exhalación entre dientes, una que quizá hubiera empezado como excitación, pero que terminó en algo más parecido a una carcajada contenida.

—No puedo seguir resultando seductor si me haces cosquillas. Te vas a cargar mi imagen.

La cicatriz que tenía a la altura de las costillas era más larga, más reciente, moteada aún de un morado furioso. Yo solo recordaba vagamente haberle pasado la hoja de Il'Sahaj por el costado. Ni siquiera era un tajo limpio: la cicatriz era gruesa y sinuosa. Con la podredumbre, seguro que Sammerin había tenido que extirparle toda la carne descompuesta antes de...

—Te estoy viendo, Tisaanah —me dijo, cogiéndome la mano. Luego descendió sobre mí y me besó justo en el entrecejo, donde se

acumulaba la tensión de mis pensamientos—. Nada de pensar —me susurró contra la piel.

Y cuando empezaba a preguntarme cómo iba a conseguir cumplir aquel requisito, me dio un beso que me lo facilitó todo mucho, muchísimo.

El calor de su cuerpo me atravesaba la ropa, pero aun así...

Deslizó la mano por mi costado hasta detenerse en el primer botón de mi escote, como aguardando un permiso tácito. Mis manos se encontraron con las suyas y me arranqué de cuajo la camisa. Ya nada se interponía entre nosotros, salvo la piel.

Seguía sin poder acercármelo lo suficiente. Quería tocárselo todo, pasarle las uñas por todos los músculos.

Cuando me subió la mano por el costado y llegó hasta mi pecho, le vibró todo el cuerpo. A mí me sucedió lo mismo. El deseo inflamaba el centro de mi ser. De pronto, era insufriblemente consciente de su peso entre mis piernas, del roce de sus dedos mientras subían por la cara interna de mis muslos aunque no tan arriba como yo habría querido.

No era suficiente. Nunca era suficiente.

Me tiré del botón de los pantalones. Max se irguió y me ayudó a quitármelos. Me atrapó una pierna y me plantó un beso en la cara interna de la rodilla, luego otro en el muslo, que remató con un mordisquito suave y una maldición por lo bajo.

Un anhelo nuevo, desconocido y absolutamente arrebatador se apoderó de mí.

Luego volvió a incorporarse. El mundo quedó en suspenso un buen rato, en silencio, salvo por el discreto chisporroteo de la mecha del farolillo. Noté que me recorría de arriba abajo con la mirada, despacio, como si estuviera bebiéndome poco a poco. Lo noté, no lo

vi, porque volví la cara, pudorosa por razones que no acababa de comprender.

Mi cuerpo siempre había sido uno de mis bienes más valiosos y lo usaba como tal. Nunca me había molestado que me miraran. Solo que Max no me miraba sin más. Nunca lo había hecho. Aquello era ser vista realmente, más desnuda que nunca. Sin contar pasos de baile, sin disfraces, sin aquella falsa seguridad.

—Ojalá se me dieran mejor las palabras —murmuró, y cuando por fin conseguí volver a mirarlo, su presencia se me agarró al pecho y me lo estrujó, aquella cara, aquella mirada que se cruzaba con la mía, aquella sinceridad tan pura...

Estaba enamorada de él.

Aquel pensamiento me rondó la cabeza, simple e inquebrantable, innegablemente cierto aunque no fuese capaz de verbalizarlo, aunque, al final, quizá no fuera capaz de retener a Max.

—No las necesitas —le susurré. Era una certeza que los dos albergábamos, más aún cuando, al mirarlo, vi mi confesión muda reflejada en su rostro.

Paseé los dedos por los costados de Max y, tras detenerme en sus caderas, estrechas y musculosas, recorrí con ellos la cinturilla de su pantalón. Se lo desabroché. Él profirió el sonido más hermoso que yo había oído en mi vida, una fuerte exhalación que me clavó sus garras con la insinuación de un gemido.

Aquel movimiento rompió el hilo de la tensión mientras volvíamos a caer el uno sobre el otro. Saboreé hasta el último rincón de su piel y disfruté viendo cómo se desplegaba al tiempo que yo descendía por su pecho, por su abdomen fibroso, y más y más, hasta que me agarró de los hombros y me hizo subir de nuevo a su cara.

—Ahora no —murmuró, ahogando las palabras con un beso impaciente, a la vez que me colocaba debajo de él.

Apenas me dio tiempo a prepararme antes de que deslizara los dedos entre nuestros cuerpos y los introdujese en mi interior. Se me arqueó la espalda. El mundo se volvió blanco.

¡Por los dioses caídos!

—Ahora no —le susurré, pero sus manos no pararon y su risa se me coló en la boca.

—Igual es que quiero dedicarte tiempo.

—Típico de ti —contesté, concentrándome mucho para formar aquellas palabras—. Siempre tardas un montón en hacer las cosas.

Se me entrecortó la respiración. Oí su sonrisa en su voz cuando respondió:

—Y tú siempre eres tan exigente.

¡Exigente!

Arrastré las uñas por su brazo y recoloqué las caderas más abajo, y luego, por fin, le enrosqué las piernas en la cintura y sentí que se instalaba a mi entrada. Lo alejé lo justo para mirarlo a los ojos.

—Te gano —susurré.

—Mi ego jamás lo va a superar. —Se esfumó su sonrisa y me apartó el pelo enredado de la cara—. ¿Estás segura?

Yo ya no estaba segura de nada, salvo de aquello.

—Sí —le contesté al oído, rozándole la oreja con los dientes.

Me dio un beso, un beso largo y apasionado y se zambulló dentro de mí.

Y mi mundo entero se desplegó, se expandió, se redujo. Arqueé la espalda. Mi consciencia estaba limitada únicamente a aquello, a los puntos en los que estábamos conectados, al punto en el que me penetraba, sí, pero también a cada parte de su piel que abrazaba, a mis piernas, a nuestros vientres... Se quedó así un momento, encajado en mí, y noté que temblaba. Nuestros labios estaban pegados, compartiendo una respiración entrecortada.

Nada en el mundo, ¡nada!, podía hacerme sentir tan bien, tan a gusto.

Solté un pequeño gemido, le arañé la espalda.

Y hubo algo que rompió otro hilo de tensión invisible.

Se retiró, volvió a zambullirse en mí. Recibí todos sus embates, meciendo las caderas contra las suyas. Nuestros cuerpos preguntaban y respondían, cedían el uno al otro, se movían con una intuición sin trabas.

Juntos, ardimos.

Rodé y me puse encima de él, me pegué a su pecho y él se aferró a mí como si aún no hubiera podido decidir qué parte de mí ansiaba más tocar, saborear más a fondo. Optó por todo: los labios, el cuello, los pechos, las manos por mi espalda, mis piernas, la zona cada vez más ardiente donde conectábamos.

Apreté los muslos alrededor de sus caderas, como si pudiera sumergirlo aún más en mí. Noté que empezaba a embalarme, que me desataba, y por primera vez en mi vida disfruté de aquella pérdida absoluta de control, me entregué a ella. Y supe que él también, porque sus movimientos se hicieron más rápidos y sus embestidas, más salvajes. Se incorporó, para poder atraerme hacia sí, y yo perdí la capacidad de articular palabras, pensamientos, cualquier cosa que no fuera instinto.

Puede que dijera su nombre, lo susurrara, lo gimiera o lo gritara. Imposible saberlo, porque el final arrasó conmigo, con un placer tan intenso que me hizo pedazos.

Y él me siguió al precipicio, con los dedos enterrados en mi pelo, soltando un gemido en el cuello. Me cogió la mano, me la estrujó y entrelazamos los dedos, como teníamos entrelazados los cuerpos. Se aferró a mí como si jamás fuera a soltarme.

Y no lo hizo, ni siquiera cuando la ola rompió sobre nosotros y el placer se diluyó en una tranquilidad hermosa y entumecida.

Nos dejamos caer entre las mantas y nos tumbamos el uno pegado al otro, hasta que nuestros jadeos fueron dando paso a una respiración más profunda y uniforme. Max levantó una mano perezosa para reducir el titilar de las llamas de los farolillos. Yo enterré la cabeza en su pecho y observé cómo los nudillos que envolvían los míos se diluían bajo aquella luz más tenue y nuestra piel se sumía en el silencio fresco de las sombras.

Aun así, no me soltó, ni siquiera cuando su respiración se hizo más pesada, ni cuando a mí se me nubló la visión. No dejé, en ningún momento, de mirar aquellas manos.

Mi último pensamiento, mientras el sueño se apoderaba de mí, fue que no me importaría en absoluto quedar amarrada a aquel puerto de por vida.

63
Max

Me encontraba en una situación apurada.

Por un lado, tenía a una mujer hermosa y desnuda encima de mí, con la cara pegada a mi pecho, haciéndome cosquillas en la piel con su respiración lenta, y eso me hacía verdaderamente feliz por primera vez en semanas —joder, en años—. Sería facilísimo acurrucarme con ella y ceder a un descanso tentador, abrazando la idea maravillosa de que seguiría allí cuando volviera a abrir los ojos.

Por otro lado, en cambio, tenía a una mujer hermosa y desnuda encima de mí, trazando círculos en mi pecho, medio dormida, y ninguno de los dos tenía la menor idea de qué sería de nosotros cuando despuntara el alba. Puede que uno de los dos, o ambos, no saliera vivo de allí. O quizá nos devolvieran de inmediato a las Órdenes para que libráramos la siguiente guerra, una vez concluida aquella. O quizá Reshaye reforzaría su control sobre Tisaanah y nos arrebataría cualquier esperanza de pasar algún momento juntos y a solas en el futuro, una perspectiva que me aterraba de tal forma que prefería quitármela de la cabeza.

De todos modos, ¡a saber cuánto tiempo pasaría hasta que pudiéramos volver a estar así! Igual necesitaba dormir, pero ¿más de lo que la necesitaba a ella, de lo que necesitaba pasar hasta el último segundo posible dentro de ella, o acariciándola, o mirándola, o escuchándola? Quería memorizar todos los sonidos que hacía,

todas sus expresiones, sus pecas o verrugas, como si fuera un cartógrafo y me tatuara en el alma el mapa de su ser. Aún tenía muchas rutas que explorar.

Estaba cansado, sí, pero había mucho que hacer.

Los círculos que trazaba Tisaanah empezaron a deformarse, convirtiéndose en eses perezosas sobre mi vientre. Me contraje y contuve la carcajada, pero no lo suficiente.

—¡Qué risita tan mona! —bromeó.

—Puede que confesarte que tengo cosquillas haya sido el mayor error de mi vida.

Deslizó los dedos un poco más abajo. Las cosquillas dejaron de ser un problema.

Estiré el cuello para mirarla. Parpadeó e hizo lo propio, con el ojo verde entornado, el pelo enmarañado por la cara y los labios, inflamados de tanto besarnos, esbozando una sonrisa pícara. ¡Por los Ascendidos, aquella sonrisa! Puede que ya supiera desde el principio que iba a ser mi perdición.

Enarqué las cejas como diciendo: «¿En serio? ¿Otra vez?».

—¿Demasiado cansado? —me preguntó, levantando más la cabeza y rozándome la cara con unos mechones de pelo negro y platino—. ¿Prefieres dormir?

Deslicé una mano por su costado, siguiendo el calor de su piel y la curva donde la cintura se unía a la cadera.

Menudo apuro, desde luego.

Atraje su cara hacia la mía, resignado a mi noble sacrificio.

—Si tú puedes, yo también.



Al final, tuve que apartarme de ella, muy a mi pesar. Aún no había salido del todo el sol cuando, desafiando todos mis instintos, escapé de los brazos de Tisaanah, volví a vestirme y le di un..., vale, dos..., bueno, tres besos de despedida. Los dos estábamos de acuerdo en que era preferible evitar las preguntas incómodas que surgirían si nos veían salir de su tienda juntos ya de día.

La oscuridad me recibió con una bofetada de aire frío que me refrescó, pero también me deprimió, como si fuese una manifestación física de lo distinto que era el interior de esa tienda del resto del mundo. Allí dentro, había podido escapar de la realidad y pensar solo en Tisaanah durante cinco horas gozosas. En el exterior, estábamos rodeados de personas desplazadas, cuyos hogares se habían destruido, y estábamos a punto de enfrentarnos a la casa más poderosa de Threll. Bueno, aquello era más eficaz que cualquier jarra de agua helada. «Sí, ya me acuerdo: todo es un horror».

Procuré avanzar en silencio por el camino que conducía a mi tienda, mirando de reojo las otras tiendas a oscuras y los cuerpos dormidos de mi izquierda. La de Tisaanah estaba en la periferia del campamento, al lado de la mía, así que tampoco tenía que andar mucho. Aun así, tuve cuidado de no despertar a nadie al levantar la solapa...

—Hueles a desenfreno.

Di tal respingo que tuve que reprimir una maldición y, al darme la vuelta bruscamente, vi a Sammerin sentado junto al camino, cruzado de piernas, delante de su tienda. Con su ropa oscura y su sigilo habitual, casi pasaba desapercibido.

—Joder, Sammerin, no me hagas eso. —Me acerqué y le examiné la cara, intentando que no se diera cuenta—. ¿No tienes nada más

productivo que hacer, como dormir, por ejemplo? Igual sería una forma mejor de invertir tu tiempo.

Incluso a oscuras se le veían las ojeras y en su rostro sereno y risueño pesaba el agotamiento. El día anterior había sido largo y duro para él: muchas personas a las que sanar, y, además, tumbar a Reshaye le había exigido una cantidad ingente de energía. La última vez que lo había visto estaba tan derrengado que volvía a su tienda casi a rastras.

Sammerin se limitó a estudiarme, con aquella mirada cómplice brillándole en los ojos y las cejas algo enarcadas.

—¿Te lo has pasado bien?

—No sé de qué me hablas.

—Max, ¿qué es esto? —me preguntó, señalando su tienda.

Sabía que aquello no iba a terminar bien para mí.

—Me encantaría jugar contigo, pero tengo muchas cosas importantes que hacer.

—Es una tienda de campaña, un refugio hecho de tela, que no es un material conocido precisamente por su aislamiento acústico. —Me dijo todo aquello con una voz tranquila y uniforme, pero en sus ojos cansados refulgía la risa—. Tienes suerte de que yo sea el único que está lo bastante cerca como para haberlo oído.

La sola idea de que Zeryth o Nura...

Me estremecí, pero procuré disimularlo.

—En primer lugar, soy un caballero, e insisto: no sé de qué me hablas. Pero, en segundo lugar, si lo supiera —¡hipotéticamente!—, me parecería muy sospechoso que hubieras estado pegando la oreja.

—Te puedo asegurar que he hecho todo lo posible por no oír nada, pero, mira, al menos nos hemos quitado de en medio lo inevitable.

—Entonces le cambió el gesto y se esfumó su expresión risueña—. Espero que los dos estéis preparados para lo de hoy.

Se me hizo un nudo en el estómago. Era cierto, dentro de unas horas, Tisaanah volvería a entrar en el hogar del hombre que... En fin, no quería ni pensar en todas las cosas que esas personas le habían hecho. Ella, mejor dicho, nosotros estábamos a punto de asaltar la casa más poderosa de Threll. Y yo iba a tener que verla ponerse en esa clase de peligro. Y luego, claro, estaba Reshaye...

—Estaré más preparado cuando duerma una hora más —refunfuñé, tragándome la ansiedad.

Sammerin se me quedó mirando un par de segundos más con aquella preocupación inquisitiva y luego se encogió de hombros.

—Al menos, si mueres, lo harás feliz.

—Que te den.

—¿Porque a ti ya no te quedan fuerzas?

Me metí en la tienda de campaña reprimiendo una carcajada.

64
Tisaanah

Hacía solo unos minutos que se había ido y ya percibía su ausencia como un vacío doloroso en el centro del pecho. En la tienda hacía más frío sin él. Se me estaba poniendo la carne de gallina. Y empezaba a notar la sombra alargada de la ansiedad invadiendo los límites de mi pensamiento.

Ansiedad. Realidad.

Pero procuré quedarme un rato más allí tumbada, disfrutando de la sensación de bienestar. Pegué la palma de la mano al colchón, a mi lado. Estaba calentito. El aroma de él, el de los dos, aún se hallaba suspendido en el aire, dulzón, familiar y desconocido a la vez.

Había oído hablar de ello, claro, de todo lo que podía ser el sexo, pero *sexo* ni siquiera me parecía la palabra adecuada para lo que había pasado allí. El sexo era el instrumento que yo había empleado para sobrevivir, ensayado e impersonal. Lo nuestro era... más. No se trataba solo de algo corporal o placer físico, sino que implicaba vulnerabilidad, confianza. Jamás pensé que abrirme de esa forma pudiese hacerme sentir tan bien.

Pero ¡por los dioses que lo había hecho! Tanto que me aterraba.

Todavía estaba tumbada así, con la mano pegada a la sábana, pidiendo que no se enfriara, cuando lo noté.

Una voz. La voz.

—*Ya tienes lo que querías.*

Reshaye estaba débil y cansado; su voz rezumaba un agotamiento que resonaba en mis huesos. Eso me devolvió enseguida a la realidad. Me asaltó tan de improviso que no tuve tiempo de mentalizarme antes de que se me agarrotara el cuerpo. Los recuerdos del día anterior y las pesadillas que había sufrido me invadieron como una fuerza física.

Se me revolvió el estómago y recé para que no se refiriera a Max.

—*Te he dado lo que querías: venganza* —susurró. Mi alivio fue momentáneo. El recuerdo de las pesadillas, de mi mano en la puerta, del rostro de Max, de los gemidos de esa madre...—. *Y tú te enfadas conmigo.*

Se me paró el corazón.

—*No* —le dije.

—*Sí, te lo huelo, lo percibo.*

Volviéndose cada vez más frío, empezó a enroscarse en mis pensamientos como una serpiente.

—*No estoy enfadada contigo.*

—*A mí no me puedes mentir.*

Su pesar confuso se me propagó por la sangre, extendiéndose en volutas interminables. Me fastidiaba que les diera la vuelta así a todos mis pensamientos, que se arrimara peligrosamente a aquellos que quería para mí sola.

—*Por favor...* —empecé.

Pero entonces todo se detuvo.

Sentí su súbita punzada de traición, aguda y feroz.

Reshaye acarició un recuerdo de la noche anterior, la imagen tenue de Max acariciándome el vientre con la mano. Aparté de él esos recuerdos antes de que pudiera ver más y los escondí en el fondo de mi mente. Pero él se aferró a aquella imagen, a aquel

pedacito, de los dedos de Max en mi piel. Vuelta al principio. Lo mismo. Vuelta al principio. Lo mismo.

—¿Qué es esto?

—Una ensoñación.

—Enséñame qué es esto.

—Me da vergüenza que veas mis fantasías...

—¡A mí no me puedes mentir! ¡No puedes!

Estas palabras me sacudieron con un bramido que me desgarró desde dentro.

—Ahora lo entiendo: me vas a abandonar como lo hizo él. Los dos, juntos...

—¡No! Nunca...

Pero sus siguientes palabras resonaron en mi interior con la acritud de los celos.

—Te lo he dado todo, os lo he dado todo a los dos, ¿y ahora me traicionas tú también?

—Yo...

¡Por los dioses, qué cansancio! Estaba agotada y asustada, mi cabeza no era capaz de encontrar las palabras adecuadas... ¡Y todo eso cuando Reshaye me había encerrado...!

—¡Te he encerrado, sí! ¡Igual que vosotros a mí!

—Ibas a matar a gente inocente y a...

—Te estaba dando lo que me habías pedido. Yo te doy lo que quieres ¡y tú te entregas A ÉL! Habéis conspirado los dos contra mí. —Aquellos dedos en mi piel. Un recuerdo de dos segundos, repetido una y otra vez, obsesivamente—. *Enséñame el resto.*

No. No podía. Me negaba. Aquello era lo único real que tenía, lo único que era mío. Me obligué a serenarme. La situación era peligrosa. Debía ser cauta, contar mis pasos de baile.

—Tú me has hecho regalos que jamás habría imaginado. Yo nunca...

Un dolor intenso me quebró la visión, robándome el aire de los pulmones. Me agarré con fuerza a las sábanas de lino. Reshaye se estampó con fuerza contra mis pensamientos, arañándome con rabia la parte posterior del cráneo, inundándome la lengua con el dolor agudo del despecho.

Yo no podía pensar más que en los recuerdos de Max, en sus recuerdos de Reshaye, del día en que se lo había arrebatado todo. Solo podía pensar en todo lo que yo tenía que perder, allí, tumbada sobre aquellas sábanas que aún guardaban el calor de lo que me era más preciado.

Y, presa del pánico, le arrojé lo único que se me ocurrió ofrecerle, lo que más quería de todo, lo que siempre había vendido a cambio de mi propia seguridad y de la de mis seres queridos.

—Yo te quiero, Reshaye. Te quiero.

Un momento terrible. Aquellos dedos en mi piel, una y otra vez.

—A mí no me puedes mentir —dijo rabioso al tiempo que se sumía en el silencio, como una ola que se retira de la orilla, sin dejar atrás otra cosa que los restos mancillados de su furia.

—¡TE NECESITABA! —le grité.

Con crudeza, con sinceridad, la verdad más fea de todas.

Pero, para entonces, ya se había ido.

65
Tisaanah

El encuentro con Reshaye aún resonaba en mi cabeza mucho tiempo después de que amaneciera. Se sumió en un silencio tan absoluto que yo no podía más que dar por supuesto que todavía estaba recuperándose de lo del día anterior, solo que eso no significaba que no siguiera acechando hasta el último de mis pensamientos.

Me sentía enferma, sobre todo cuando salí de la tienda de campaña a la luz cruda del sol y vi a Max por primera vez desde que todo había cambiado entre nosotros. Se detuvo en seco y se me quedó mirando, logrando, no sé cómo, parecer serio a pesar de aquella sonrisita reticente que asomaba por el lado izquierdo de su boca. Se me encogió el pecho y no pude pensar más que en el sabor de su piel, pero solo durante una décima de segundo, porque Reshaye y sus celos volvieron a ocupar mis pensamientos. Me fastidiaba que su rabia y su ausencia me aterraran por igual. Y, sobre todo, me repateaba que hubiese anclado aquella rabia en Max.

¡Qué egoísta! ¡Qué egoísta me sentía! Porque, si esa cosa le hacía daño por mi culpa, si se lo hacía con mis propias manos...

Yo solo había conseguido dedicarle a Max una sonrisa desganada, distante, antes de liarme con los preparativos logísticos del día. Reunimos al campamento a primera hora de la mañana y, aunque yo les daba pánico, tuve que dirigir a las personas que habíamos

rescatado. A fin de cuentas, Zeryth y yo éramos los únicos que hablábamos thereni, y el archicomandante tenía peor acento de lo que yo recordaba.

En medio de todo aquello, Max me agarró y me llevó un momento a un aparte, detrás de unas de las tiendas que quedaban en pie. Sin soltarme el brazo y con un amago de caricia del pulgar, me miró preocupado.

—¿Qué pasa?

—No pasa nada.

—No me trates como a un niño —respondió, frunciendo aún más el ceño. Y después de titubear un segundo, me preguntó—: ¿Es que...? ¿Tienes dudas sobre...?

—No —dije enseguida—. No, eso nunca.

Se mostró aliviado, aunque solo un instante.

—Entonces, ¿qué?

No contesté. La sola idea de empañar también su recuerdo de lo que había pasado entre nosotros me producía todavía más náuseas de las que ya tenía. Y aún era peor pensar que Reshaye pudiese ser testigo, de algún modo, de mi confesión...

—¿Me vas a hacer conjeturar? Porque eso siempre se me ha dado fatal, pero...

Me pasé los dedos por la mente una, dos, tres veces, para comprobar si había actividad, antes de bajar la voz y susurrarle:

—Reshaye lo sabe.

Se le tensaron de golpe todos los músculos de la cara.

—¿Qué ha hecho?

—Nada, nada... —Volví a comprobar: solo oscuridad—. No se lo pienso permitir.

Ojalá hubiera podido creérmelo.

—Ninguno se lo vamos a permitir —terció Max.

Ojalá él hubiera podido creérselo también.

Me pasó las manos por la cintura. Yo no quería otra cosa que ceder a aquella ternura, retirarme a la noche anterior y no volver jamás a la realidad. En cambio, apenas era capaz de mirarlo a los ojos.

—Hazme caso, Tisaanah, porque va en serio. Ayer lo controlamos, y vamos a volver a controlarlo. TÚ vas a volver a controlarlo.

«Yo no lo controlé ayer».

Guardé silencio, no quería verbalizar mi incertidumbre.

Me estrechó entre sus brazos, acariciándome la oreja con su aliento.

—Entramos juntos y saldremos juntos.

Intentaba convencerse a sí mismo, yo lo sabía, disfrazando de seguridad su desesperación. Se me encogió el pecho. Subí la mano a su hombro y noté a través de la camisa el relieve de la cicatriz que yo le había provocado, un simple rasguño, para lo que era capaz de hacer. Si Reshaye decidía atacarlo sirviéndose de mis manos, de mi cuerpo, ¿Max lo permitiría?

—Anoche me hiciste una promesa —conseguí decir—. Necesito que la cumplas, independientemente de lo que exija.

Y antes de que pudiera decir nada, lo atraje fuerte hacia mí y le di un beso largo y apasionado.

Luego me aparté a regañadientes y retomé los preparativos sin mediar palabra.



La organización ya estaba muy avanzada y habían pasado horas —horas de dudas tortuosas— cuando Zeryth me llamó desde el otro lado del campamento. Una vez que estuvimos fuera del alcance de

oídos curiosos, me comunicó, con sospechoso desenfado, que tenía previsto regresar a Ara con los refugiados.

Se me cayó el alma a los pies.

—¿Por qué? —pregunté, con más ímpetu del que pretendía.

—Alguien tiene que escoltarlos y yo hablo thereni —dijo, metiéndose las manos en los bolsillos como si nada—. Además, tengo asuntos de las Órdenes que atender en casa.

¿Se había pasado seis meses deambulando por Threll y precisamente ahora tenía que volver corriendo a su despacho? La ansiedad había devorado la paciencia que me quedaba, con lo que tuve que hacer un esfuerzo considerable por controlar el tono.

—A ti se te respeta mucho. Nos sería útil contar hoy con tus aptitudes y tu reputación.

Se limitó a esbozar aquella sonrisa deslumbrante y forzada tan suya.

—No me necesitáis. Si lo que vi ayer es indicio de algo, tú eres más que capaz de hacer lo que sea menester.

Eso había sucedido con Reshaye, que a lo mejor ya no me ayudaba más, que igual era demasiado peligroso para desatarlo tan cerca de mis amigos.

—Pero en nuestro pacto...

—Nuestro pacto no menciona nada de mí. Te ofrece respaldo, que, sin duda, tienes a espuertas —añadió, y lanzó una miradita a Max al otro lado del campamento que no me pasó inadvertida.

Abrí mucho los ojos, agaché la cabeza, la ladeé.

—Pero tú eres importante.

La desesperación me estaba haciendo perder la sutileza. Estaba convencida de que Zeryth iba a detectar en mi conducta lo que había, pero, si fue así, lo disimuló bien, porque se limitó a darme una palmada en el hombro.

—Tú haz lo que tengas que hacer aquí, yo haré lo que tengo que hacer allí y nos vemos en las torres. —La ambición que le brilló en los ojos casi me hizo estremecer—. Seguro que te lo pasas en grande en esa hacienda, incluso más de lo que piensas. —Lo miré sorprendida, intrigada, y él sonrió satisfecho—. Me he tomado la libertad de escribir a Ahzeen Mikov para informarlo de que llegáis hoy. Como le entusiasma tener invitados ilustres...

Desde luego. A Ahzeen no le preocupaba más que su posición social, y albergar a miembros destacados de las Órdenes era sin duda un honor para él, sobre todo si era a petición expresa del archicomandante.

—De hecho —continuó—, le ha alegrado tantísimo recibir una visita tan ilustre que me ha enviado invitaciones para un acto que ofrece esta noche. Una celebración, al parecer, de su victoria sobre uno de sus nobles enemigos, para dar la bienvenida a casa a los generales, presumir de su gran riqueza y su vasto poder, y todo eso.

Conocía bien el percal: había bailado en muchas de esas fiestas, coqueteando por unas monedas de plata. Sin embargo, la cabeza se me quedó enganchada en una frase concreta: «dar la bienvenida a casa a los generales».

Serel formaba parte de la Guardia, estaba luchando en las guerras de Ahzeen y, quizá, se encontraría entre los soldados que regresaban.

—Esta es tu misión y tú decides cómo quieres abordarla —dijo Zeryth, encogiéndose de hombros—, pero por si quieres asistir... —Se llevó la mano al interior del abrigo y sacó dos papeles doblados: uno era un estratagrama, supuestamente el compañero del que Zeryth había dejado en la hacienda Mikov, y el otro, metalizado, era una invitación escrita en una caligrafía floreada, en thereni—. Si no

recuerdo mal, eres muy aficionada a hacer alegatos dramáticos en fiestas de gala.

Volvió a encogerse de hombros, esbozó una sonrisita de suficiencia, dio media vuelta, se largó y me dejó allí plantada, contemplando aquel papel que brillaba como el platino y pasando el pulgar por el sello en relieve de la azucena.

Allí estarían todos los señores poderosos de Threll. Todos en la misma sala, dispuestos a ser testigos de lo que era capaz una antigua esclava. Y qué justicia poética habría en devorar el legado de Esmaris en el lugar donde él me había ido devorando a mí, poco a poco, noche tras noche.

Habría mentido si hubiera dicho que no me atraía la idea, pero Zeryth me subestimaba al presuponer que el espectáculo iba a ser mi interés principal. La fiesta me ofrecía eso, sí, pero también algo mucho más valioso: la oportunidad de disfrutar de la más hermosa de las distracciones.

Según iba forjándose aquella idea, fue dibujándose en mis labios una sonrisa.

Podía conseguirlo.

Podía liberar a los esclavos de la hacienda Mikov, sin recurrir siquiera a Reshaye.

En algún lugar de lo más hondo de mi ser, bajo la inquietud y la ansiedad que me habían asolado todo el día, echó raíces una flor perversa.

66
Max

Estudié las manos tendidas del guardia, haciendo un esfuerzo por disimular lo mucho que me fastidiaba.

—No pongas esa cara de amargura —me dijo Tisaanah, cruzando los brazos y mirándome con una ceja enarcada—. Sabes que no nos queda otra.

Vale, disimulo no conseguido.

A regañadientes, me desenganché el arma que llevaba a la espalda y lancé un último vistazo a la ciudad mientras me daba la vuelta. Todo me inquietaba en aquel sitio.

No sé bien lo que esperaba, pero no era exactamente aquello. Nada más llegar a la corte de Mikov, entendí por qué la gente hablaba con tanta admiración de las tierras de los señores de Threll. Aquello no era una hacienda, ¡era una ciudad! Una ciudad que se alzaba desde las praderas como una montaña de resplandeciente marfil, con hileras de mármol blanco cayendo en cascada hasta conformar el palacio de Ahzeen Mikov.

Era hermoso, sí, pero de la forma más fea posible. Al contemplar todas esas exquisiteces, no podía evitar preguntarme cuántas espaldas había sido necesario destrozar para levantarlas y cuántas chispas harían falta para derrumbarlas.

Me detuve en particular en la última parte, sobre todo cuando vi que a Tisaanah le cambiaba el gesto, muy levemente, tan pronto

como entrábamos en la ciudad por medio de un estratagrama. En el campamento, me había aliviado verla entusiasmarse otra vez con ese nerviosismo tan suyo en cuanto tuvo claro el plan, porque ¡lo que le gustaba un plan a aquella mujer! Pero esa fuerza se había apagado un poco nada más poner un pie allí aunque intentase ocultarlo. Seguía manteniendo la apariencia de una reina, pero estaba asustada, y me fastidiaba que aquel sitio tuviera ese efecto en ella, sobre todo cuando empezamos a reunirnos entre las sombras con un esclavo tras otro, amigos de Tisaanah que habían accedido a ayudarnos en nuestro pequeño proyecto, corriendo un peligro que no nos pasaba inadvertido ni un segundo, y me recordaban constantemente el pasado al que ella estaba teniendo que enfrentarse.

Estábamos a las puertas que rodeaban la residencia de Ahzeen Mikov, alojada en un recoveco entre edificios, mientras, a sus pies, seguía bullendo la actividad. La fiesta ya había empezado y teníamos delante a dos guardias: uno que se apoyaba en un pie y luego en el otro, incómodo —y, al parecer, angustiado—, y otro, que era el que quería quitarme el arma y nos miraba con una fascinación que me hacía sentir como una rareza enjaulada.

—Tampoco es que podamos entrar en una fiesta armados hasta los dientes —terció Nura, soltando los puñales de las cinchas de las caderas. Para ella era fácil, porque seguro que llevaba como siete armas escondidas solo por la ropa interior.

—No veo por qué no —protesté.

En realidad, sí que lo veía, pero me apetecía poner pegas.

Suspirando, le entregué el arma al guardia y vi cómo la apoyaba en la pared.

A las syrizen parecía incomodarles la perspectiva aún más que a mí. Ariadnea y Eslyn se aferraron a sus lanzas hasta el último

momento posible y renunciaron a ellas con la reticencia de un padre que entregase a su primogénito.

—Las recuperaremos cuando las necesitemos —nos tranquilizó Tisaanah.

La miré un instante y volvió a asombrarme, una vez más, su aspecto. Llevaba un vestido rojo de seda sujeto a la cintura, con unas mangas abullonadas cuyo tejido resplandeciente se cerraba en las muñecas y una falda que caía en vuelo alrededor de los tobillos. Sencillo pero perturbadoramente impresionante, sobre todo porque el tejido era tan ligero y delicado que se acomodaba a cada pico y a cada valle de su cuerpo. Y todo aquello se sostenía solo con un nudo en la cintura.

A pesar de las circunstancias, no pude evitar imaginarme tirando de un extremo de ese lazo y viendo cómo el vestido se deslizaba por su piel y terminaba en el suelo.

Por lo visto, era suyo cuando vivía allí. Una doncella de la que era amiga nos lo había dejado, junto con otras provisiones, en un paquete escondido al otro lado de las puertas.

«En realidad, era un camisón —me había dicho, algo avergonzada, cuando se lo probó, dando una vuelta para enseñármelo—. ¿Se nota?».

Sí, pero de la mejor de las formas.

Solo que luego la había pillado frotando la seda entre los dedos, ceñuda y abstraída, y había caído en la cuenta de pronto de quién le había regalado aquel camisón y en qué circunstancias habría tenido que ponérselo, y me habían dado ganas de arrancárselo por una razón muy distinta.

Tisaanah dio las gracias a los guardias en thereni y cruzó con ellos unas palabras que yo no entendí, pero me sonaron alentadoras. El

guardia nervioso no paraba de mirar, de un modo que me inquietaba, a la multitud que se agolpaba en la calle.

Indicó a los guardias que podían marcharse y se volvió hacia nosotros.

—Estamos listos —declaró.

Vi a los guardias doblar la esquina y desaparecer con nuestras armas.

—¿Seguro que podemos fiarnos de ellos?

—Sí. —Me siguió la mirada y mostró una sonrisita de suficiencia—. Tranquilo, que esos trozos de metal no son nuestras armas más peligrosas.

Cierto: la que acechaba en la mente de Tisaanah me daba más miedo que cualquiera de las personas a las que estábamos a punto de enfrentarnos.

Transcurrido un tiempo prudencial, nos dirigimos a la calle y nos acercamos a las puertas de la hacienda. Como estaba previsto, llegábamos bastante tarde a la celebración, con lo que la entrada había empezado a despejarse y solo quedaba en ella un puñado de invitados rezagados.

Las puertas se abrieron, como gigantescas mandíbulas doradas.

Me quedé al lado de Tisaanah. No me hacía falta mirarla para sentir cómo se agarrotaba al pasar bajo la sombra del arco de mármol. Le cogí un momento la mano y se la apreté, y luego dejé que nuestras manos se separaran despacio.

Entrábamos juntos y saldríamos juntos, se lo juraba. Y, entre medias, haríamos lo que habíamos ido a hacer allí. Tenía que ser así de sencillo.

Me froté los dedos y me tranquilizó el calor de las llamas que me lamían la piel.

Sí, el metal no era mi única arma y, llegado el caso, puede que hasta me gustara hacer pedazos a esos cabrones con mis propias manos. Cuanto más despacio, mejor.

67
Tisaanah

Las paredes de la hacienda Mikov parecían cerrarse en torno a mí como dientes que amenazaban con aplastarme hasta convertirme en la niña que había sido seis meses atrás. No estaba preparada para aquel impacto puramente físico: que el mero hecho de ver esas columnas blancas, esos cuerpos vestidos de blanco, esos sellos de oro con la azucena me azotara como me había azotado Esmaris, y me abriera las heridas del alma que ya creía curadas desde hacía tiempo.

Mientras cruzábamos aquel arco tan familiar para mí y entrábamos en la guarida de lujo y exceso que un día fue mi hogar me dolían todos los músculos del cuerpo. Además, era una fiesta como lo habían sido siempre todas, con lo que el presente se superpuso al pasado y me sorprendí buscando instintivamente a Esmaris, dispuesta a someterme a él, a amoldarme a su estado de ánimo y a sus expectativas.

Solo que... había entrado en un reflejo invertido de mis recuerdos. Antes acudía a aquellos actos como esclava, pero ahora los asistentes nos miraban con recato, los sirvientes agachaban la cabeza, las doncellas se apartaban modosas. Sonaron las cornetas y el heraldo anunció nuestra llegada, no como criados, sino como invitados de honor.

—¡Abrid paso a los invitados de honor de Ahzeen Mikov, los delegados de la Orden de la Medianoche y la Orden del Alba!

Se volvieron hacia nosotros centenares de ojos —montones y montones de tela blanca vaporosa—, pero yo no los miré. Solo me fijé en alguien a quien conocía bien; estaba al fondo de la estancia, repantingado ante una mesa que se hallaba bastante más alta que las otras: Ahzeen Mikov. Verlo convirtió mi miedo en rabia.

Clavó la mirada en nosotros y sonrió.

—¡Ah, sí, delegados, permitidme manifestaros el gran honor que es para mí que hayáis podido acudir! Nos complace mucho a todos teneros entre nosotros.

¡Por los dioses, había olvidado lo mucho que se parecía a su padre! Sí, era más joven y más delgado, y, sí, llevaba un parche en el ojo, dorado y resplandeciente a la luz mortecina de las velas, pero, cuando me miró, sentí como si aún me marchitara bajo la mirada idéntica de Esmaris.

«No necesito tu dinero».

«Veintisiete».

«¡Zas!».

Reshaye se revolvió entre mis pensamientos, como si el subidón de adrenalina lo hubiera despertado de golpe.

Ahzeen se puso en pie en la mesa presidencial, con el brazo en alto sosteniendo una copa. De hecho, todos tenían una copa de vino tinto. Una sala repleta de blanco vaporoso con salpicaduras carmesí.

—Llegáis en el momento ideal —dijo Ahzeen, instándonos a entrar.

Sonreí.

—Es un honor para nosotros estar aquí, lord Ahzeen.

Me preparé para el momento en que me reconocieran, porque seguramente él —él o quien fuera— sabría quién era, pero su gesto no cambió. Aguardaba algo que no ocurrió. Ahzeen se limitó a

estudiarnos con el interés particular que merecía un grupo de invitados muy importantes, no con la conmoción que correspondía a una antigua esclava.

Nos llevaron a una mesa en el centro del salón y nos ofrecieron una copa de vino. Tuve que agarrar la mía con fuerza, porque las manos se empeñaban en temblar, primero de nerviosismo y luego de creciente indignación.

Verdaderamente no era nada para él, para ninguna de aquellas personas. Siempre había sabido que a los esclavos se les prestaba escasa atención o consideración en ese mundo, pero solo entonces me di cuenta de lo poco que éramos. A fin de cuentas, yo había visto a Ahzeen en dos ocasiones. Una de ellas me había estampado contra la pared, apestando a vino, demasiado borracho para que sus manotazos me soltaran el vestido de baile. Esmaris me lo había quitado de encima antes de que la cosa llegara a mayores. Por entonces, pensaba que me protegía; ahora sabía que no hacía más que defender lo que consideraba suyo de un hijo holgazán e indigno.

Esa fue la noche en que terminaron echándolo de la hacienda, después de arrancarle un ojo. Una noche que tenía tan grabada en la memoria que recordaba perfectamente la sensación que me había producido su aliento caliente y húmedo en la mejilla.

Y él no tenía ni idea de quién era yo.

—Uníos a nosotros, por favor —dijo, enarcando las cejas y alzando de nuevo la copa. Una oleada de rojo susurró por el salón cuando los invitados hicieron lo mismo.

Yo también, y con el rabillo del ojo vi que mis compañeros me imitaban aunque no entendieran lo que se decía. Casi pude sentir la repulsión de Max, y, a pesar de que le agradecí que la ocultara de momento, había algo en ella que, aun así, me reconfortaba.

Paseé los ojos por la estancia y se me paró el corazón.

Allí, cerca de otra puerta, casi perdido entre el montón de invitados vestidos de blanco, vislumbré una mata de pelo dorado. Pelo dorado y un par de ojos grandes de un azul acuoso.

Serel.

—Por nuestros distinguidos invitados, que nos obsequian hoy con su presencia, provenientes de las lejanas torres de Ara —empezó Ahzeen—. Por mis honorables generales, que ayer nos llevaron a la victoria frente a la casa de Rivakoff.

Serel, plagado de cicatrices, macilento, más delgado que cuando me fui..., pero ¡vivo! ¡Y allí!

Incluso entre tanta gente, incluso desde el otro extremo del salón, sentí que me llegaba su emoción y se fundía con la mía. La sorpresa ahogó el alivio, y el alivio, un amor profundo e inquebrantable.

¡Estaba vivo!

Se me empañaron los ojos al ver su rostro contraerse, su boca debatirse entre una sonrisa y un mohín. Solo podía lanzarle miradas breves: había demasiados ojos puestos en mí y no confiaba en poder detenerme en él más de una décima de segundo sin perder la compostura.

Aun con todo, le dediqué una mirada minúscula, que, abriéndose paso entre la multitud, le susurró: «Te dije que lo conseguiría». Y él me contestó: «Sabía que lo harías».

Estaba hombro con hombro con los otros guardias de Ahzeen. Reconocí a algunos de ellos, y ellos me reconocieron a mí. Vieron lo que los señores no veían.

—... por la memoria de mi extraordinario padre, Esmaris Mikov, cuyo legado nos reunimos para vengar...

Reshaye se agitó, engullendo la intensidad de mis emociones.

Mi alivio.

Mi amor.

Mi rabia.

Todo aquello..., ellos eran la razón por la que estaba ahí.

—... y sobre todo...

Miré de nuevo a Ahzeen y, por un instante, con el titilar de la luz de las velas, me pareció ver a su padre. Vi al hombre que me había violado, que me había azotado, que había estado a punto de matarme. Vi al hombre que había mandado a mis amigos a la muerte, al que había decretado la tortura y la violación de montones de esclavos. Lo vi y sonreí.

Reshaye ronroneó.

Ahzeen me devolvió la sonrisa y yo me bebí su satisfacción desde la otra punta de la sala mientras alzaba aún más alto la copa.

—Sobre todo, ¡por la victoria!

Eché la cabeza hacia atrás y bebí el vino; seguidamente, me limpié con el dorso de la mano el carmesí que me manchaba los labios rojos. Luego, dejando que la copa de cristal se hiciera añicos en el suelo de mármol, me dirigí a grandes zancadas al centro del salón. Las bailarinas, mis sustitutas, se apartaron incómodas, mirándose unas a otras.

—Ahzeen Mikov... —dije, ladeando la cabeza y dedicándole mi sonrisa más cautivadora—, ¿no nos conocemos?

Los músicos habían dejado de tocar. Sentí la atención de la multitud como una fuerza física que me envolvía. La agarré y la atraje hacia mí.

Ahzeen frunció el ceño, sonriendo sin ganas. Su desconcierto me supo agridulce, acre, en el espacio que nos separaba.

—No lo creo, señora mía.

El salón empezó a oscurecerse.

Sonreí y tiré del chal de la cintura. La seda de mi antiguo camisón ondeó como el agua mientras se deslizaba por mi cuerpo y se

amontonaba a mis pies, dejando al descubierto uno de mis trajes de baile de entonces, una tira de tela que me cubría el busto y una falda de talle bajo con vuelo alrededor de la cadera.

Me acerqué y puse las manos en la mesa presidencial, inclinándome sobre Ahzeen. Lo tenía tan cerca que olía su perfume empalagoso y los aceites que le habían echado en el pelo, que llevaba recogido en una coleta impecable por encima de un hombro.

—¿Y ahora...? ¿Me recuerdas ahora?

Frunció aún más el ceño, confundido.

—Eh...

«Un, dos, tres...».

Absorbí la luz del aire, sumiendo la estancia en la bruma mientras retrocedía dando delicados saltos. Luego abrí las manos para liberar una cacofonía de chispas y unas mariposas plateadas brotaron, danzarinas, de mis dedos.

«Cuatro, cinco, seis...».

—¿Y ahora...? —ronroneé.

«Mírame —ordené para mis adentros, como lo había hecho en aquel mismo salón, centenares de veces antes—. Mírame como si fuera lo último que vas a ver».

Y, como entonces, obedecieron todos.

68
Max

Todos la miraban. Hasta a mí me costaba apartar los ojos.

Nunca la había visto así. Era increíble la forma en que atraía la atención y se negaba a soltarla. Tisaanah interpretaba un número tras otro, contoneándose, con los pies descalzos sobre el suelo liso de piedra, un manchurrón de color en un mundo blanco.

—Ahora —le susurré a Nura, que asintió.

Despacio, nos retiramos a los márgenes del salón de baile. Pan comido: nadie nos miró siquiera, todos estaban demasiado encandilados con ella.

Me pegué al marco de la puerta y, sin quitar ojo a Tisaanah, vi a Eslyn y a Ariadnea desplazarse poco a poco por el fondo de la estancia y salir por la puerta. En el pasillo de detrás de la entrada de los sirvientes, los esclavos estaban alineados contra la pared opuesta.

Según lo previsto, las dos syrizen desaparecieron con todos los esclavos y reaparecieron ellas solas. Alrededor de la ciudad de Mikov había sellos que impedían los viajes por estratagrama —seguridad básica, a fin de cuentas—, pero las syrizen se desplazaban por capas de magia mucho más profundas, con lo que Eslyn y Ariadnea eran dos de las poquísimas personas del mundo capaces de burlar esos controles.

Se habían llevado con sigilo a los esclavos y los habían dejado en un punto de encuentro, al otro lado de las puertas de la ciudad, a escasa distancia de los más poderosos de Threll, completamente hipnotizados por la actuación de Tisaanah. La distracción perfecta.

La inquietud seguía revolviéndome el estómago y dejándome algo mareado, pero, la verdad, no pensaba que fuéramos a llegar tan lejos.

Contemplé a Tisaanah mientras soltaba una oleada tras otra de mariposas traslúcidas mientras se subía a la mesa de Ahzeen y la estancia se oscurecía cada vez más, generando aspavientos en el público.

De no haber temido que pudieran matarla en cualquier momento, me habría hecho gracia el dramatismo de sus movimientos. Claro que tampoco me sorprendía, porque Tisaanah nunca hacía nada a medias, y si tenía que provocar una distracción, iba a ser la mayor distracción de la historia.

En el pasillo de los sirvientes, los criados desaparecían uno tras otro.

«¡Por todos los Ascendidos, si al final nos va a salir bien!», me dije.

Localicé al guardia joven que se había llevado nuestras armas. Establecí contacto visual con él y me preparé para la señal.

En cualquier momento.

69
Tisaanah

Estaba ebria, del vino que me había bebido de un trago, sí, pero también de la atención de la multitud. Un intenso dolor de cabeza me zumbaba en las sienes, pero no tuve que fingir una sonrisa cuando bajé rodando de la mesa de Ahzeen y fui girando hasta el centro del salón.

—¿Y qué me dices de estas? —dije, señalándome las cicatrices—. ¿Sabes de qué son?

No me atrevía a mirar siquiera de reojo hacia la puerta del servicio, ni podía interesarme por lo que estaba sucediendo al otro lado, pero sí que crucé una mirada con Max, solo una. Me encantaba cómo me observaba.

El deleite de Reshaye había empezado a agriarse; me siseaba furioso y me escupía como un gato al fondo del cráneo. Aun así, me ignoraba, se negaba a hablarme.

Por mí, genial. Me las estaba apañando muy bien sin él.

Sonreí a Ahzeen aunque el dolor de cabeza me estuviera yendo a más.

—Me las hizo tu padre la noche en que lo maté.

El único ojo visible de Ahzeen se abrió al máximo.

Una oleada de murmullos sorprendidos recorrió la sala.

No dejé de bailar, disfrutando de la envergadura de lo que acababa de decir.

Ahzeen se levantó de un brinco y, mirándome de arriba abajo, furibundo, de pronto me reconoció. Curiosamente, su reacción no me impactó tanto como había esperado, teniendo en cuenta lo violenta que fue.

—Una simple fulana esclava no pudo asesinar a Esmaris Mikov —bramó con desprecio.

—Pues fue *una fulana esclava* quien lo hizo.

Exploré la estancia y vi que los nobles cuchicheaban nerviosos entre sí. Me pareció raro no saborear su reacción en el aire, pero pude ver la magnitud de su sorpresa y su censura.

Ahzeen Mikov, yo lo sabía, no quería recordarme aunque pudiera. Vos ya me había dicho que el hijo de Esmaris disponía de toda la información necesaria para sospechar, por lo menos, que yo era responsable, solo que castigar a una esclava de rostro y nombre desconocidos no le era de ninguna utilidad política. No, Ahzeen necesitaba poder y respeto, y en el mundo de los señores de Threll el respeto se ganaba con honor y supremacía.

—¡Mientes! —susurró iracundo.

—¿Cuál de los dos miente? —dije, deteniéndome en su mesa y pestañeando seductora—. ¿Cuántas guerras has justificado con la muerte de tu padre? ¿A cuántos señores has matado en su nombre?

De no haber estado tan hipnotizada por la ira deliciosa del rostro de Ahzeen, habría reparado en que el salón volvía a iluminarse, en que, bajo el martilleo de aquel dolor de cabeza, Reshaye había enmudecido, en que no oía ni sentía las oleadas de emoción de los invitados a la fiesta. En cambio, vi que asomaba a los labios de Ahzeen una sonrisa desdeñosa.

—Zorra fragmentada —dijo, lanzándome salivazos a la cara al acercárseme—. Sabía que las Órdenes se sentían amenazadas por

mí, pero no pensé que fueran tan imbéciles de mandar a una ramera a derrocar a la familia más poderosa de Threll.

Y entonces, cuando el gesto de desdén se transformó en una sonrisa fría y terrible, lo vi. Le vi levantar la mano y, un instante antes de que la bajara, intenté lanzarle una ráfaga de aire para hacerlo retroceder. Lo intenté, en vano.

Me atizó tan fuerte que fui directa al suelo, pero no pensé en el dolor. Mientras mis ojos borrosos se posaban en los restos de la copa de vino rota, solo pensé en algo horrible: el mundo se había nublado, como si me hubieran privado de la mitad de mis sentidos.

Había perdido la magia.

70
Tisaanah

—Cuando supe que un grupo de magos de las Órdenes iba a venir, bueno, por supuesto que tomé precauciones, teniendo en cuenta que las Órdenes se habían mostrado poco cooperativas a la hora de ofrecer su apoyo.

Me levanté del suelo con un suspiro largo y hondo. Ahzeen daba vueltas a mi alrededor. Hablaba muy alto, muy seguro. Estaba alardeando.

—Pero esto, esto es más de lo que esperaba. Una espía seductora que viene a ponerme en contra a mis aliados, o quizá no es más que una propiedad que me fue hurtada y ahora se me devuelve. ¡Levanta!

Clavándome las uñas en la piel, me levantó de un tirón. Estaba tan mareada que casi no me sostenía en pie, pero, con mucha fuerza de voluntad, conseguí erguirme.

Por segunda vez en mi vida, vi como mis planes se iban al garete.

¿Qué iba a hacer?

Observé de pronto a los esclavos reunidos cerca de la pared del salón, contemplándome horrorizados. El gesto de Serel fue como una puñalada en el vientre. No me atrevía ni a mirarlos. En su lugar, me fijé solo en Ahzeen, enfrentándome a aquel ojo oscuro y lleno de odio con igual intensidad.

Me sonrió, en un gesto desganado y repugnante.

—Ahora sí que me acuerdo de ti. De ti y de tus bonitos bailes. ¿Por qué no actúas para nosotros, fulana?

Fulana. Odiaba a aquel hombre, aquella palabra, el anonimato que suponía.

—Me llamo Tisaanah.

—Te llamas como yo te diga.

Una conmoción me hizo mirar al otro lado del salón y se me encogió el corazón al ver que estallaba una pelea: los guardias intentaban apresar a mis compañeros. Vislumbré sangre.

No, no iba a permitir que eso sucediera, que la cosa terminara así.

«Piensa, Tisaanah...».

Algo me golpeó con fuerza en la cara y volví a caer al suelo de piedra. Y un ataque más, una patada en el estómago que me obligó a hacerme un ovillo.

Oí un murmullo lejano en mi interior.

—¡Levanta!

Lo hice aunque me doliera todo. Procuré disimularlo. En cuanto me puse en pie, me pegó otra vez. El dolor me resonó en el cráneo, pero me erguí como si nada, mirándolo fijamente a los ojos.

Corrieron los susurros entre los invitados: «¡Qué indecencia! ¡Qué ordinariez!».

Se me nubló la vista y tuve que hacer un esfuerzo por no reír a carcajadas. ¡Panda de hipócritas!

Ahzeen nunca había sabido contenerse, y ese fue su mayor delito: no la paliza, sino el que me la diera allí mismo, delante de todos. Aquella gente era demasiado civilizada para esas cosas. Apaleaban a sus esclavos en privado. Los violaban a puerta cerrada.

—Actúa —me ordenó Ahzeen.

—No.

Otro murmullo al fondo de mi mente..., que desapareció antes de que pudiera identificarlo.

Ahzeen me agarró del brazo, clavándome las uñas, atravesándome los ojos con el suyo.

—¿Acaso crees que las Órdenes te pueden proteger? ¿Piensas que con ellas eres menos esclava? ¿Que su poder es mayor que el mío? Es obvio que no —dijo, señalando la puerta—. He apresado a tus compañeros, incluida la segunda al mando de las Órdenes, a la que hemos capturado fácilmente.

Ahí estaba otra vez, interpretando su papel. Los demás no éramos más que peones con los que ilustrar su poderío delante de todas aquellas personas a las que estaba tan desesperado por impresionar. Me mordí el labio por dentro tan fuerte que se me llenó la lengua de sangre.

No miré, aunque estaba claro que quería que lo hiciese. Tenía la vista puesta solo en él. Lo odiaba. Los odiaba a todos.

—Te empeñas en ponerte a la altura de tu padre —dije—, pero los aquí presentes sabemos que jamás lo conseguirás.

Otro golpe en la cara antes de que pudiese terminar la frase. Le había tocado la fibra sensible, que era justo lo que pretendía.

—Has olvidado cuál es tu sitio —bramó con desprecio—, pero yo te lo voy a recordar.

«Has olvidado lo que eres», me había dicho Esmaris.

Sonreí, serena, ensangrentada.

—Si lo que quieres es matarme, adelante.

El ojo expuesto de Ahzeen brilló con una rabia que rivalizaba con la mía. Me agarró fuerte el brazo.

—Muy bien —dijo—. Terminaré lo que empezó mi padre.

Y, abriéndose paso por la multitud, me llevó a rastras hasta la entrada del salón de baile y luego enfiló un pasillo blanco que yo

conocía demasiado bien.

71
Max

Me di cuenta demasiado tarde. No era la primera vez que me drogaban con chryxalis. El dolor de cabeza, el entumecimiento y el hormigueo en las yemas de los dedos... Apenas había probado el vino, pero la dosis había sido potente, quizá incluso impregnaba el exterior de la copa. Claro que los detalles tampoco importaban mucho ya.

Chasqué los dedos y solo conseguí producir unas chispitas.

¡No!

Me di la vuelta bruscamente, justo a tiempo para ver a Eslyn desvanecerse, despacio, demasiado despacio, antes de que pudiera detenerla. Ariadnea fue a agarrarla una milésima de segundo demasiado tarde y reparó de pronto, horrorizada, en lo mismo que yo.

Podría haber quedado atrapada entre dimensiones si la magia le hubiera fallado antes de que ella y el niño al que se llevaba emergieran al otro lado.

Vi a Ahzeen pegar a Tisaanah, la oí caer al suelo, y me pudo la ira.

—¡Mi arma! —exigí, volviéndome con la mano extendida hacia el guardia joven que se las había llevado antes—. ¡Ya!

Aunque no entendiera mi idioma, captó perfectamente el tono. Lo vi dirigirse a un rincón de la estancia justo antes de que me llamase la atención el silbido característico de un arma levantada de pronto.

La esquivé por los pelos, pero media docena de guardias se nos echaron encima como moscas a la carroña. Cuando me libraba de uno, me topaba con otro. Además, los efectos del chryxalis no eran del todo superficiales y me arrebataban el ingenio y los reflejos a la vez que las llamas.

Atrapé al vuelo la muñeca de un guardia que pretendía darle un tajo en la cabeza a Sammerin y se la retorcí hasta que oí un chasquido; luego le quité la espada de los dedos inertes. En ese momento, quise más que nunca a mi hermano por todas las tristes noches que me había hecho pasar entrenando sin magia y durmiendo poquísimo, hacía tantos años.

Pero ni siquiera así pude hacer grandes progresos. Cada vez me cercaban más guardias. Yo repartía tajos y estocadas, regateaba, hasta que la sangre me salpicaba la cara entera. Sin embargo, no era suficiente. No paraban de llegar más.

Entre ellos, vislumbré a Tisaanah levantándose del suelo, con Ahzeen alzándose sobre ella.

Resonó un lamento cuando el esclavo que nos había ayudado cayó de rodillas, con un tajo en el cuello, antes de que pudiese llegar a nuestras armas.

Recibí un golpe seco en la nuca, pero seguí defendiéndome, librándome de brazos, armas y manos que intentaban tirar de mí hacia atrás. Las figuras me fueron acorralando, impidiéndome ver a Tisaanah mientras Ahzeen volvía a pegarla.

A mi lado oí a Sammerin soltar un gruñido ahogado, el único sonido que consiguió descentrarme. Al volverme, lo vi doblarse de dolor, agarrándose el costado mientras uno de los soldados de Ahzeen sostenía un arma ensangrentada. ¡Joder! La rodilla izquierda, tendría que haberlo vigilado...

En aquel instante de distracción, un par de manos me agarraron y noté otro golpe en la cabeza. La boca me supo a sangre. Lo último que vi, con los ojos borrosos, fue cómo sacaban a rastras a Tisaanah del salón. Y lo último que pensé fue que me iba a cargar hasta al último de aquellos tipos.

72
Tisaanah

El despacho de Esmaris estaba exactamente igual que el día que había estado a punto de matarme. Cuando Ahzeen abrió de golpe la puerta y me arrastró adentro, por un segundo creí ver la figura inconfundible de Esmaris delante de la ventana, con los hombros muy rectos y las manos cogidas a la espalda.

—No me agrada pensar que tú y yo podamos tener nada en común, pero parece que a los dos nos encanta montar el numerito —dijo, estampándome contra el escritorio de un empujón.

Apoyé las manos para no caerme. ¡Por los dioses, qué mareada estaba! Pensaba que en algún momento pararía, pero era como si me fuera drenando poco a poco la consciencia. Me di la vuelta y me erguí, aunque para ello tuviese que valerme de todas mis fuerzas.

Al menos estábamos solos. Ya había matado a un Mikov en aquella estancia. Podía matar a otro.

—¿Qué es lo que quieres? —le pregunté. Tiempo, necesitaba tiempo—. Las Órdenes pueden financiarte, si es lo que deseas.

—No necesito vuestro dinero.

«No necesito tu dinero».

«¡Zas!».

Ahí estaba otra vez: una levísima agitación al fondo de mis pensamientos. Ahora, lo bastante pronunciada como para que entendiese lo que era y el corazón me diera un brinco.

—*Reshaye* —susurré, pero no recibí respuesta. Solo que, si seguía ahí, todavía podía sacarlo, obligarlo a salir.

—Influencia —le dije a Ahzeen—. Dices que solicitaste el apoyo de las Órdenes. Te lo darán a cambio de nuestra liberación.

—¿De vuestra liberación? Tengo encerrada a la segunda del archicomandante. Ya tengo influencia. Además, los esclavos no tienen derecho a negociar. —Me agarró de la barbilla, estrujándome la cara mientras me la volvía, examinándome—. Claro que me acuerdo de ti. Eras su favorita. Yo no entendía por qué, ni siquiera entonces. Pareces una vaca pinta. Y, aun así, te protegió por encima de mí. —Me soltó la cara, pero me agarró del hombro para hacerme girar. Se me encogió la piel cuando me arañó la espalda con sus manazas, deteniéndose en las cicatrices—. Pero te inutilizó con estas cosas tan horribles.

Se desplegó un plan en mi cabeza.

—Sin embargo, al final no consiguió matarme.

Ahzeen era muy fácil de provocar. Volvió a pegarme, estrellándome la cara contra el escritorio. Mientras me incorporaba, imaginé cómo sería verlo marchitarse bajo mis manos, como lo había hecho su padre. Fijé la vista en el escritorio —¡aquel escritorio blanco!— y me volqué en mi miedo, en mi rabia, hasta que me consumieron.

—*Reshaye* —volví a susurrarle.

Noté que se movía, atizado por mi rabia y mi dolor.

—No eres la única aficionada a la poesía —me espetó Ahzeen.

Levanté los ojos un instante hacia el ventanal y contemplé el mármol escalonado de la hermosa ciudad de los Mikov, bloques de plata y sombra bañados por la luz de la luna. Oí a Ahzeen cruzar la estancia y abrir un armario que yo conocía bien. Me pregunté si mi ropa seguiría allí.

—*Hazlo* —lo desafié cuando el látigo de Ahzeen cortó el aire con un silbido letal y me encendió un dolor insufrible en la espalda.

¡Zas!

Me obligué a abrir los ojos, a centrarme en el escritorio resplandeciente, llenándome de blanco la visión. «Sin otra cosa que blanco durante muchísimos días», me había lloriqueado Reshaye. Me obligué a centrarme en lo que más le aterraba.

¡Zas!

Sin otra cosa que blanco y dolor.

Pensé en Esmaris, en su odio gélido, en lo traicionada que me había sentido. Inundé mi pensamiento del dolor inmenso que me había producido.

—*¡Reshaye!*

—*¡Para!*

Su dolor se entretejió con el mío, distante, leve. Puede que la magia que llevaba en la sangre hubiera quedado inutilizada, pero Reshaye era magia. Quizá procediese de algo más profundo. Además, no iba a permitir por nada del mundo que Ahzeen Mikov me destruyera ni destruyera a la gente que me importaba. No tenía tiempo de temer al monstruo al que estaba convocando para eso.

¡Zas!

Me corrió por la espalda algo caliente.

—*¡PARA!*

—*Si quieres que pare, HAZ que pare.*

El calor me inundó las venas. Empecé a notar en la boca la furia rápida, pútrida y metálica de Ahzeen y esbocé una sonrisa frenética.

¡Zas!

Sentí el bramido de Reshaye al frente de mis pensamientos, encendiendo los hilos de mi mente con un poder que me robaba el aire de los pulmones.

Vi de nuevo el mundo con nitidez.

Sentí que el aura de Ahzeen se consolidaba y, en cuanto lo hizo, me aferré a ella con garras afiladas. Me di la vuelta justo a tiempo de verlo con el brazo congelado. La rabia que le deformaba el rostro se tornó en confusión, luego en miedo.

La última vez que había estado en aquel despacho, con la vida de un hombre en la palma de mi mano, me sentí aterrorizada por lo que había hecho. Ya no.

Paseé los dedos de mi magia por su mente y se la estrujé. Se hincó de rodillas. Una ola se alzó inmensa en mi interior. El bombeo de mi propia sangre me retumbó en los oídos mientras, inclinándome hacia delante, le agarré la cara con una sola mano. Su carne empezó a marchitarse entre mis dedos y las arañas de podredumbre negra se le propagaron por las mejillas. Me acerqué tanto a su rostro que el hedor de su aliento endulzado por el vino y el de la putrefacción infecta se mezclaron en mis fosas nasales.

—Dile a Esmaris que te mando yo —le susurré, y junté los dedos de mi magia y los de mi mano hasta hacerle papilla la mente y la mandíbula podrida.

Reshaye soltó un terrible alarido mudo y aquella ola inmensa rompió en la orilla y me arrastró consigo.

73
Max

El impacto al chocar contra la pared y un estruendo terrible me devolvieron la consciencia.

Fui recordando pedazos de lo ocurrido: la fiesta, Ahzeen Mikov, el chryxalis y, sobre todo, el cuerpo de Tisaanah cayendo al suelo.

Me incorporé de golpe e intenté levantarme de un brinco, pero, dando tumbos, descubrí que tenía las manos atadas a la espalda. Estaba en un pequeño cuarto de muebles carísimos, una especie de biblioteca o salita. Sin guardias.

—Te necesito operativo ya —oí decir a Nura en voz baja, serena. Volví de inmediato los ojos a la derecha, donde estaba de pie, apoyada en la pared.

Luego vi a Sammerin a su lado y se me paró el corazón. Me sonrió sin ganas, como anticipando mi reacción, pero estaba recostado contra la pared, con la chaqueta empapada de sangre. Junto a él, Ariadnea tampoco tenía mejor aspecto, aunque mantenía la espalda tiesa y los hombros rectos, como cualquier soldado bien entrenado. Solo que, con el canto del brazo, rozaba la pared y el borde de la mesita que tenía al lado, revelando una vacilación difícil de pasar por alto, porque, al fin y al cabo, una syrizen sin magia no era más que una ciega.

¡Por los Ascendidos, menudo panorama! Y yo lo único que veía, una y otra vez, era la figura de Tisaanah cayendo.

—¿Dónde...?

—Deduzco que nos llevaban a las mazmorras, pero ha pasado algo. Había mucho jaleo por la zona del salón de baile.

Se me heló la sangre.

—Nos han metido aquí deprisa y corriendo, y se han ido a investigar, pero dudo que tarden en volver.

Tisaanah. Tenía que haber sido ella.

Me tragué como pude una oleada de puro terror.

«Recula. —Empecé a recitar mentalmente una serie de órdenes de hacía muchos años, con la misma reverencia que si fueran una oración—. Evalúa. Juzga. Actúa. No dejes espacio para nada más».

Volví a mirar a Nura y me centré en la forma en que escondía los antebrazos a la espalda. Teníamos que ser ella y yo. Ni Sammerin ni Ariadnea estaban en condiciones.

—¿Te acuerdas de lo que hicimos en Albreit? —le dije.

A Nura le brillaron los ojos.

—Me has leído el pensamiento.

Justo entonces se abrió la puerta e irrumpieron dos soldados de Ahzeen, con torpeza, histéricos, casi dando tumbos. Lo que hubieran visto los había dejado conmocionados. No me detuve a analizarlo. En su lugar, me abalancé sobre el más grande y lo empujé hacia la pared. Nura nos dio la espalda y se sacó un puñal de la manga. Con mi empujón, el guardia volcó sobre ella y soltó un berrido cuando la hoja se le clavó en el vientre.

El otro se lanzó a por mí. Con el rabillo del ojo, vi a Nura deshacerse del primero, dándole un puntapié para extraer el arma. Esquivé por los pelos un espadazo. El impulso frenético del ataque hizo que el soldado perdiera el equilibrio y tropezara con una mesita de manera muy torpe. Salté sobre él antes de que le diese tiempo a

levantarse, le planté un pie en el pecho y le pisé fuerte la garganta con el otro, dificultándole la respiración.

—Nura, ¡suéltame las manos!

El impacto me encendió las muñecas. Puse cara de dolor. ¡Tampoco hacía falta que me desollara, joder...!

Un estrépito a mi izquierda puso coto a mi fastidio. Al darme la vuelta, vi a Ariadnea y a Sammerin empujando al soldado herido contra una pared, acorralándolo. Forcejeé con la cuerda deshilachada, que ya empezaba a ceder. El guardia que había tropezado hacía un esfuerzo por ponerse en pie. Nura se pegó a la pared y, apoyándose en ella, se cortó las ligaduras. Yo di otro tirón y, por fin, rompí las mías. Me abalancé sobre Nura y agarré el cuchillo que tenía entre las muñecas, haciendo caso omiso del dolor que me producía en las palmas de las manos cogerlo por la hoja. El soldado se puso en pie y levantó el brazo, tambaleándose. A mi izquierda, oí a Ariadnea soltar un gruñido ahogado cuando el otro guardia la apartó de un empujón.

Cuatro segundos. Disponía, como mucho, de cuatro segundos.

Pasé el cuchillo con violencia por la cuerda que le ataba las muñecas a Nura. Con eso debería bastar. Solo tenía tiempo para cortar una vez antes de lanzarme contra el hombre que acorralaba a Sammerin, tirar de él hacia atrás y rebanarle el cuello con el puñal. Aparté la vista del soldado que gorgoteaba justo a tiempo para ver a Nura soltar al otro mientras le sobresalía de la manga un segundo cuchillo ensangrentado.

—En Albreit nos costó menos —jadeó mientras yo les cortaba las ataduras a Ariadnea y a Sammerin.

Apenas la oí. A Sammerin le costaba tenerse en pie. La sangre le goteaba de la chaqueta y formaba un charco resbaladizo en el suelo.

¡Por los Ascendidos, no tendría que haber participado en aquella escaramuza...!

—Sam...

—Escuchad —dijo Ariadnea, levantando un dedo con la cabeza ladeada.

Guardamos silencio.

Un instante después, se oyeron unos gritos lejanos que se propagaban por el aire. Quedos, pero inconfundibles.

El alma se me hizo de plomo y se me cayó a los pies. Me abalancé sobre la puerta, la abrí de golpe y la crucé mientras escapaba de mis labios una maldición. ¡Estaba ardiendo el puto edificio! En mi vida había visto un incendio igual. Un extremo del pasillo, el que nos llevaba de vuelta al salón de baile, resplandecía de lenguas de fuego azul que avanzaban quizá demasiado despacio, como si estuvieran dando pequeños saltos, como una luz que se reflejara en un vidrio oscilante.

La imagen que había albergado en la cabeza, la de Ahzeen matando a palos a Tisaanah en medio de aquella fiesta asquerosa, la reemplazó algo aún más aterrador. Los gritos lejanos se transformaron en ecos inconfundibles de los de Sarlazai, aquellos que me destrozaban por dentro los oídos. Casi no oí el aspaviento de Nura a mi lado.

—¿Incluso con chryxalis? ¡Es... extraordinario!

¿Extraordinario? ¿EXTRAORDINARIO? ¡Era horripilante!

Me invadió el horror al recordar la cara de Tisaanah cuando era presa de Reshaye, fría, brutal y distante, y pensé en lo distinto que era aquel rostro del que me miraba en la tienda de campaña, exigiéndome promesas a la luz de la luna.

—¿Qué es? —preguntó Ariadnea frustrada, girando su cabeza desprovista de ojos en una dirección y luego en la otra—. ¿Qué veis?

—No es fuego —terció Sammerin con voz ronca, recostándose contra el marco de la puerta y agarrándose el torso.

Miré a mi amigo e intercambiamos un temor mudo. Solo un segundo, hasta que empezó a desplomarse. Lo agarré de un brazo y Ariadnea lo cogió del otro. Estaba perdiendo mucha sangre.

Y Tisaanah estaba perdiendo el control.

Y yo iba a terminar perdiéndolos a los dos.

Todo se iba a la mierda y yo nunca —¡jamás!— había tenido tanto miedo en toda mi triste vida. Inspiré aquel terror lo más hondo que pude y lo exhalé reconvertido en fiera determinación.

—Buscad una salida. Llevaos a todos los que podáis y largaos de aquí.

—¿Y tú? —me preguntó Nura espantada.

—Luego os alcanzo.

Miró las llamas, después a mí, y de nuevo las llamas.

—No seas imbécil —soltó—. Ya te dije que, la próxima vez que intentaras quitarte la vida, no te lo pensaba impedir.

Casi me dio la risa. Ojalá fuera tan sencillo. «Es fácil morir por alguien —oí en un susurro las palabras de Tisaanah—, pero es mucho más valioso vivir».

—Pues no me lo impidas —le dije, y me volví hacia las llamas.

Sammerin me cogió del brazo, clavándome los dedos en la piel. No dijo nada, pero tampoco hizo falta. Por su cara seria, entendí que sabía lo que me disponía a hacer y por qué, y que no iba a conseguir disuadirme. Haciendo un esfuerzo sobrehumano para que no se me quebrara la voz, le dije:

—Sé que quieres que tengamos nuestro momento, cabronazo romántico, pero no hay tiempo para eso ahora. Ya lo tendremos, cuando todo esto termine, con su puesta de sol y eso.

Apenas frunció los ojos. Sin fuerzas, retiró la mano de mi brazo para hacerme un gesto vulgar. Solté una carcajada que era más bien un suspiro de alivio.

—Así me gusta. Anda, lárgate de una vez, antes de que te desangres.

No di tiempo a que reaccionase nadie más. Me di la vuelta y enfilé con brío el pasillo para terminar corriendo. Me costaba menos ver aquellas extrañas llamas azules que verles la cara. Para entonces, el fuego consumía ya el final del pasillo y yo iba directo a atravesar una pared de luz azul titilante.

Iba directo hacia Tisaanah.

«No te doy permiso para fracasar si fracaso yo».

Solo podía pensar en que la amaba.

No se lo había dicho, pero, según iba acercándome a aquel inquietante fulgor azul, supe que nunca había tenido nada tan claro. La amaba por su fortaleza, por su hermosa fuerza bruta, por ver lo que nadie más veía. La amaba por todos los obstáculos que el mundo no paraba de poner en su camino y por seguir adelante de todas formas.

«Prométeme que continuarás librando tus batallas aunque yo pierda la mía».

Estaba con ella, solo con ella, hasta el final de nuestras historias, pero me negaba a permitir que la suya fuese una repetición de la mía. Merecía algo mejor que pasar el resto de sus días con las manos manchadas de sangre y tener un final amargo fruto de los actos terribles de Reshaye. Merecía algo épico.

Y yo la quería tanto que iba a cumplir la promesa que le había hecho aunque fuera lo más difícil que había llevado a cabo en mi vida, aunque eso me obligase a abrazar una parte de mí que habría preferido fingir que no existía.

Las llamas azules me envolvieron. Estaban algo frías y me producían en la piel un dolor raro y lento que me la recorría entera como un relámpago.

Esperé hasta que ya no pude más para hacer algo que me había jurado a mí mismo que nunca, jamás, haría. Si Reshaye tiraba de un poder más hondo, también yo podía hacerlo. Por una vez, no iba a contenerme.

Se abrió despacio mi segundo párpado y mi cuerpo se volvió fuego.

74
Tisaanah

Caía tan rápido que el mundo se emborronaba a mi alrededor. Buscaba el control, pero no palpaba más que oscuridad y sombra.

Sin ser dueña de mi cuerpo, recorrí a grandes zancadas el pasillo, rumbo al salón de baile, donde aguardaban centenares de personas, entre ellas mis amigos más queridos.

Estaba muerta de miedo.

—*Tranquilo* —le susurré a Reshaye, lo más serena que pude en medio de mi pánico creciente—, *no pasa nada.*

—*Te lo he dicho un montón de veces: a mí no me puedes mentir.*

Hasta la voz le sonaba distinta, distorsionada por un extraño poder intermitente. Me envolvía una luz fría semejante al fuego, que reptaba por el suelo y trepaba por las paredes a cada paso que daba.

—*Me has traicionado* —espetó con desprecio—. *Como todos, como siempre.*

La imagen de Max acariciándome el vientre me vino de nuevo a la cabeza, dos segundos repetidos con una frecuencia vertiginosa.

El miedo me cerró la garganta. Max. Max, que había creído tanto en mí. ¿Dónde estaba? ¿Había muerto? ¿Habían muerto todos? Les había fallado. ¡Por los dioses, me habían seguido y yo les había fallado profunda y absolutamente!

—*Por favor* —le rogué.

Silencio.

Doblé una esquina y me encontré, de pronto, en el salón de baile. La música me abrumaba los oídos, me reventaba la cabeza. La estancia seguía repleta de invitados exquisitamente vestidos, aunque muchos ya se disponían a marcharse, cuchicheando entre ellos, sin duda chismorreando sobre lo que habían presenciado.

Al menos hasta que entré yo.

Los rincones del salón se oscurecieron. Las llamas y la podredumbre se esparcieron por el suelo como dedos serpentinos. Los invitados se quedaron de piedra y se volvieron a mirarme, con los ojos muy abiertos de espanto o fruncidos de confusión y repugnancia.

Reshaye me hizo girar la cabeza y pasear la vista también por los esclavos, los guardias alineados contra la pared y las doncellas acurrucadas en los rincones, aterradas.

—*Fíjate en cómo nos miran.*

Como si fuera un monstruo.

Me quedé allí un momento, mirándolos.

—*Hay que encontrar a los otros* —me atreví a susurrarle—. *Hay que...*

Entonces un dolor intenso me encendió la espalda, abrasándome las heridas aún supurantes, y solté un bramido entrecortado. Brotaron a mi alrededor unas brasas frías.

Al volverme, vi a uno de los generales de Ahzeen encima de mí, blandiendo aún la espada ensangrentada. Lo agarré por la cara y contemplé cómo se pudría antes de que le diese tiempo siquiera a moverse. Luego llegó otro y después otro: un señor impaciente por alardear de sus aptitudes para el combate, un mercenario a sueldo que pretendía lo mismo... Me atacaron por detrás, atizándome en la espalda y en el hombro.

Reshaye aulló, soltó un alarido que me sacudió los pensamientos y la garganta. Me di la vuelta bruscamente y les di un zarpazo. Murieron en mis manos. Uno de los generales de Ahzeen chilló desde la otra punta del salón, para movilizar a las hordas de guerreros esclavos titubeantes. Torcí el gesto, iracunda, a la vez que lanzaba la mano al aire para reclamar a Il'Sahaj. Mis dedos no tardaron en asir su empuñadura.

¡Por los dioses, no! No iba a luchar contra aquellas personas. No podía.

Intenté recuperar el control. Lo intenté y no conseguí encontrar un asidero. Reshaye me había arrebatado el gobierno de mis músculos, empujándome aún más al fondo de la oscuridad. Se me nubló la visión.

Volví a intentarlo, una y otra vez, en vano.

Y cuando aquellos soldados corrieron hacia mí, mientras Reshaye levantaba a Il'Sahaj con un grito de guerra letal, bramé una súplica muda.

¡No!

Entonces, antes de que la espada descendiera, algo me cegó. ¡Fuego! Fuego de verdad, del que te calcinaba el vello de la nariz, uno que me abrazó con un calor tan intenso que me hizo retroceder tambaleándome y chocar contra la pared.

Al principio, no sabía qué era lo que estaba viendo. Mis ojos tardaron un poco en adaptarse y comprender que aquel fuego se movía, y rápido, no como se mueven las llamas, sino como una criatura.

La sonrisa de deleite de Reshaye asomó despacio a mis labios.

Y se me paró el corazón.

Era una serpiente, una serpiente inmensa que zigzagueaba por el aire y entre la multitud, con un cuerpo hecho de llamas que fluían

juntas como el agua, desprendiendo chispas por las escamas de su piel. No tenía alas ni piernas, pero se movía con desinhibición de todas formas. Surcaba el aire con una elegancia exquisita a la vez que desatada y salvaje, como si tampoco ella pudiese controlar del todo su cuerpo.

Y, aun así, era hermosísima: calor, luz, poder, rodeados de magia fría y sombra profunda.

Volvió la cabeza hacia mí y una súbita certeza me asaltó con tanta fuerza que me dejó sin aliento. Habría reconocido aquellos ojos en cualquier parte. Llevaba su forma grabada a fuego en el alma aunque ahora fueran oscuros, rayanos en el negro, en vez de su habitual azul nuboso.

La sonrisa de Reshaye dio paso a una risita.

—Ay, Maxantarius —dijo por mi boca—. Eres aún más hermoso de lo que imaginaba.

La serpiente se detuvo un momento. Luego, con renovada energía, vino hacia mí. De haber tenido el control de mi cuerpo, me habría encogido para recibir el impacto inevitable, pero, antes de alcanzarme, la serpiente se comprimió y las llamas se transformaron en la figura espectral de un hombre. Unas garras de calor me picoteaban la piel mientras miraba aquel rostro que me era tan familiar aunque me resultase aterradoramente desconocido: la cara de Max envuelta en llamas y un calor ondulante, y aquellos ojos oscuros que atravesaban la luz con tal intensidad que me dolía mirarlo.

Luego se retrajeron unas membranas y sus ojos recuperaron la mirada fría que conocía tan bien. Las llamas se marchitaron y dejaron en su lugar una piel bañada en sudor.

Y fue aquella imagen, la de Max en su cuerpo humano normal y extraordinario, lo que estuvo a punto de perderme.

—Es hora de parar —dijo.

—Mira lo que hemos hecho juntos. Por fin...

—Es hora de parar —repitió—. Tenemos que sacar de aquí a estas personas y marcharnos —añadió y, colocando las manos en la pared, a ambos lados de mis hombros, se inclinó sobre mí con el ceño fruncido. La desesperación de su mirada me destrozó.

Hablaba conmigo, no con Reshaye, que cayó en la cuenta a la vez que yo.

—*Vosotros dos, claro.*

Se me heló la sangre con la rabia de Reshaye y mi pavor.

—*No* —le supliqué.

—*¡No aguanto más!*

—No aguanto más —dije, cogiéndole la cara a Max con ambas manos.

—*Lo prefieres a él.*

—*¡No!*

—*Lo has dejado claro.*

Unas venas de descomposición empezaron a propagarse por las mejillas de Max, que puso cara de dolor y me agarró con fuerza de los hombros.

—Necesito que vuelvas, Tisaanah.

Busqué, desesperada, la forma de recuperar el control, y por un instante pensé que lo había conseguido, por un instante noté el calor de su piel bajo mis manos, ¡las mías! Pero entonces Reshaye me agarró y me devolvió a mi sitio.

—*No, tú ya has tomado tus decisiones.*

Caí cada vez más al fondo de la tela de araña de mi propia mente, donde las sombras y los recuerdos se oscurecían cada vez más. Los hilos me ataban, me estrangulaban.

Empecé a perder la visión.

Lo último que vi fue la triste determinación en el rostro de Max cuando aquellas membranas aparecieron de nuevo bajo sus párpados y él se diluyó en las llamas.

75
Max

El mundo era intenso y cegador, e iba demasiado rápido. Cada movimiento suponía un intento deliberado de templar el poderío absoluto que brotaba de todos mis músculos. Con cada aliento, parecía inhalar relámpagos. Estaba en todas partes y en ninguna. Era libre por primera vez, pero me sentía más atrapado que nunca.

Me di la vuelta y me aparté de Tisaanah, serpenteando por el aire por encima de las cabezas de los petrificados asistentes a la fiesta. El dolor seguía recorriéndome por completo aunque mi cuerpo hubiese adoptado una forma muy distinta. Su magia me calaba la sangre.

La estancia fue oscureciéndose cada vez más. Tisaanah se levantó y dejó que la muerte le hiciera arrastrar los pies por el suelo. Las llamas azules salían disparadas en ráfagas sinuosas, pero no estaban calientes ni daban luz a pesar de que devoraran, de todos modos, las cortinas, las paredes y la carne de los invitados.

—Me abandonaste —resonó su voz, con una mordacidad inquietante que no era natural en ella—. Te lo di todo y tú te deshiciste de mí.

Avanzó. La podredumbre y las llamas azules fueron acercándose a los guardias y los invitados, que empezaron a subirse unos encima de otros para ponerse a salvo. Me interpuse entre esas personas y ella con la idea de protegerlas con el muro de fuego que era mi

cuerpo. Unos cuantos soldados imprudentes —¡idiotas!— se abalanzaron sobre nosotros, pero muchos de sus compañeros dieron media vuelta y huyeron.

Luego, ya delante, la rodeé para blindarla con el escudo de mi cuerpo, solo que no estaba acostumbrado a controlar aquella forma y no podía esquivar como de costumbre. Una punzada de dolor me recorrió la espalda hacia arriba cuando recibí un tajo en dirección contraria.

«¿Qué cojones te pasa? —me dieron ganas de gritarle—. ¡Intento ayudar!».

Se me escapó un resoplido ronco al empujar a los soldados contra la pared con toda la fuerza de la que fui capaz, pero mi situación era complicada: debía protegerla de ellos, y viceversa. Era como querer contener dos fauces que quisieran clavarse en mi cuello.

Solté otro grito cuando recibí el siguiente ataque, mucho peor que el primero. Me produjo un dolor de los que te cortan la respiración e hizo que aquel cuerpo con el que no estaba familiarizado saliese disparado, dando vueltas en espiral. Me vi de reojo la cola y la sangre ennegrecida que brillaba entre los destellos de fuego. Tisaanah estaba allí, con Il'Sahaj en ristre y la rabia agónica de Reshaye grabada en aquel rostro que tan bien conocía, para desgracia mía.

Había albergado la esperanza de que ver el mundo así, a través de esa pantalla de luz roja abrasadora, me distanciase lo suficiente como para facilitarme la labor.

No fue así.

La provoqué y me aparté en el último instante, con lo que terminó rebotando en el muro. Cada vez que me acercaba, por rápido que fuera, me asestaba un tajo y acertaba siempre.

Estábamos ya completamente a oscuras, salvo por el resplandor de mis llamas y las estridentes sombras azules que las suyas proyectaban en su rostro. Se abrieron en el suelo de mármol unas grietas terribles y profundas; la carne ablandada de la piedra terminó cediendo.

Aún había un montón de invitados en el salón, atrapados por las grietas o simplemente demasiado aterrados para echar a correr. Pero la hacienda era inmensa y seguro que había centenares de personas en el edificio, muchas de las cuales probablemente eran amigas de Tisaanah.

Volví a enroscarme en ella.

Otro ataque, otro corte, otra oleada de podredumbre y dolor.

«Vuelve, Tisaanah. Enséñame esa fuerza bruta. Demuéstrame que puedes con esto, que no voy a tener que marcharme de aquí sin ti, cabezota de mierda».

No podía perderla a ella también. No podía.

Adopté mi forma humana, me planté directamente delante de ella, que me miró con ojos de loca y las mejillas llenas de lágrimas.

—¡Traidor! —gimió, sin acento.

Parecía del todo sobrenatural, bañada en cintas de luz azul, cubierta de sangre. Me fijé por primera vez en que tenía la cara destrozada por los golpes y la ropa hecha jirones.

La rabia hizo que se intensificaran las llamas que me envolvían.

Tisaanah, mi Tisaanah, hecha pedazos por un montón de monstruos.

La agarré por los hombros y la empujé contra la pared, ignorando los gruñidos de protesta de Reshaye y el dolor de la podredumbre que me chisporroteaba en las palmas de las manos. La retuve allí, acorralándola, y luego la estreché entre mis brazos.

Lo nuestro no podía terminar así. No podía dejarla marchar de ese modo.

La descomposición fue apoderándose de mi cuerpo y las llamas del suyo: una batalla de azul y negro que danzaba por nuestra piel. Enterré mi rostro en su cuello aunque la carne me bramara por el contacto.

—Vuelve —le susurré—. Aún hay mucho por hacer.

Reshaye gruñó y me arañó la espalda con sus garras. Empezaron a llorarme los ojos por las volutas de putrefacción que iban abriéndose paso.

El cuerpo de Tisaanah se estremeció.

—¿Por qué siempre me hacen lo mismo? —dijo llorando—. Me usan y luego se deshacen de mí.

Temblaba tanto que podría haber sido ella, podría haber habido un rastro de acento en sus palabras. Me dio un brinco el corazón y se me rompió a la vez.

Percibí el sonido ensordecedor del mármol resquebrajándose, noté que el suelo se disolvía bajo mis pies. Me sacudieron los oídos los alaridos lejanos de la gente aterrada, igual que había ocurrido en Sarlazai.

Se me nublaba la visión. El dolor se estaba convirtiendo en algo insoportable. Noté que ella empezaba a ceder en mis brazos.

Me estaba matando. Nos estábamos matando el uno al otro.

Si así era como tenía que ser, quería, lo quería de verdad, arder con ella allí mismo y que nuestros huesos yacieran juntos.

Pero...

«Prométemelo», me había pedido.

—Tisaanah, ¡aún no has terminado, joder, así que regresa!

Y entonces le volví la cara y anclé mi boca a la suya, porque estaba desesperado, porque no se me ocurrió otra cosa. Y le dije a

cualquier dios que me estuviera escuchando que aquello no era un beso de despedida.

76
Tisaanah

La cara de mi madre se convirtió en un cadáver profanado, la de Serel le gritaba al rostro desfigurado de Vos, la de Esmaris se alzaba y se fundía con un demonio entre las sombras. Las cicatrices de mi espalda se multiplicaban, se abrían, supuraban, sanaban y volvían a abrirse una y otra vez.

Veía cómo mataban a mi familia a latigazos en las minas, a Serel quedar enterrado bajo los cascotes de mármol, igual que aquel muchacho en el edificio lleno de esclavos, la cara perfecta de Max descomponerse cuando yo lo tocaba.

Los hilos plateados de mi mente se enrollaban cada vez más fuerte a mi alrededor, atándome a mi horrible pasado y a mi horrible futuro, como si estuvieran atrapando una mosca en la tela de araña.

«Nunca lo ibas a conseguir. Has causado la muerte de todos tus seres queridos. Has dejado que se sacrificaran por ti, ¿y así es como se lo pagas?».

No sabía si aquella era la voz de Reshaye o la mía.

Apenas vislumbraba fragmentos de lo que estaba sucediendo allí fuera, destellos de azul y de naranja, llamas y putrefacción. Con cada uno de ellos, intentaba desesperadamente liberarme, pero él terminaba mandándome aún más al fondo que antes.

La tela de araña de mis pensamientos se estaba apagando, consumida por aquel fuego azul. Se estaba yendo todo a la mierda,

y así iba a terminar, con Reshaye sirviéndose de mi cuerpo para matar, para destruir. Y, entre el terror y las pesadillas, yo solo deseaba que Max acabara conmigo antes de que eso ocurriera.

Entonces vi otro destello: una imagen, un recuerdo, pero no mío, que se paseó por mi cabeza. Una niña de larga melena negra con una mariposa dentro de un tarro. «¿Sabías que, cuando las mariposas son crisálidas, su cuerpo se disuelve por completo?». Kira, la hermana de Max.

Se convierten en nada para poder ser algo.

Y, de pronto, me sobrevino la idea. Me empeñaba en salir de mi propia cabeza, pero Reshaye vivía en mí. Se alimentaba de un tipo de magia más profunda, que yo llevaba de algún modo en mi interior aunque estuviese enterrada muy por debajo de mi consciencia, aunque tuviera que adentrarme en pozos oscuros para alcanzarla.

Los hilos se tensaron más, llamándome, estrangulándome.

«¡Te voy a matar!», gritaba, furiosa, una parte de mí. Pero decidí hacer caso omiso de mis miedos, ignorarlos. Cuando la siguiente oleada de pánico se apoderara de mi ser, me arrojaría a la oscuridad.



Abrí los ojos a un mar de negrura moteada y a un dolor tan intenso que hasta me vibraba la vista.

El mundo se materializó, partido: un cielo y una tierra, y una línea del horizonte.

Caí de pronto en la cuenta: era una pradera. Estaba en medio de una pradera silenciosa, una extensión interminable de hierba apenas agitada por la brisa, y nada más. La luz de la luna dibujaba sombras plateadas en las puntas abiertas como espigas de trigo maduro y en

los pétalos de las flores silvestres. Sus movimientos eran raros, entrecortados, como si la brisa fuera racheada. Las flores brotaban, se marchitaban y morían en una extraña sucesión, hacia atrás, hacia delante, una y otra vez.

Al mirarme las manos, descubrí que también variaban, como si el límite entre mi persona y el mundo fuera raro, difuso. Estaba desnuda, pero mi piel se diluía en el cielo como se diluye la medusa, traslúcida, en el mar.

A mi alrededor, manaban de la tierra hilos de luz en dirección al cielo. Solo uno, muy lejano, era de un violeta intenso, se zambullía en la tierra y la recorría entera por una grieta terrible abierta en ella. Un trazo de pura magia.

Max.

Lo supe de inmediato. La otra única persona que podía extraer una magia tan profunda. Además, lo percibí a él: el eco de una presencia que, a esas alturas, ya conocía tan bien como la mía propia.

Luego, alzándose imponente sobre mí, noté otra presencia familiar.

Levanté la vista al cielo y vi que de mí también emanaba un chorro de luz. Pero el mío se coagulaba por encima en una nube de sangriento carmesí.

¡Y tenía ojos!

Los ojos se abrieron y, sin saber muy bien cómo, reconocí a aquella cosa que me miraba fijamente: Reshaye.

—¡Tú!

La palabra sonó como un trueno. Tembló la tierra. Y, de pronto, antes de que pudiera hablar o moverme, Reshaye se abalanzó sobre mí y me rodeó. Su forma cambió, se transformó en una especie de versión grotesca de un humano, de extremidades largas y delgadas

que se movían a trompicones, un rostro nebuloso y un par de ojos blancos y salvajes. Y unos dedos largos y afilados que, de pronto, me noté en el cuello.

—*¡Me has traicionado!* —gimió—. *¡Con todo lo que he hecho por ti, me has traicionado!*

El dolor me sobrevino de pronto, tan intenso que casi no podía respirar ni pensar. Las imágenes me bombardeaban. Blanco, blanco, blanco. Destellos de pelo rubio largo.

—*¡Te lo he dado TODO!*

Con un solo golpe de aquellos poderosos puños inhumanos, me tumbó. Me hincó las garras en los hombros. Noté la quemazón de la sangre caliente que me corría por la espalda. Cuando Reshaye se apartó, de repente, tenía la cara de Esmaris.

Brotó en mi interior un fogonazo de rabia.

No, ¡ya estaba harta!

—No —gruñí—. ¡Ya no!

Ya no quería nada de eso. Se acabó el dividirme para ofrecerme a más monstruos poderosos, el sacrificar a mis seres queridos por su propia seguridad y el no desatar todo el potencial del poder del que disponía, ¡de mi poder!

Reshaye me apretó el cuello con los dedos. Miré a aquellos ojos vacíos, aquellos ojos que, de algún modo, no eran nada y lo eran todo.

«Es una forma de magia pura», me había dicho Nura en una ocasión. Y eso era: magia que había que manejar. Y eso iba a hacer yo: manejarlo.

Sumergí las manos en el espejismo nebuloso de Reshaye. Soltó un aullido desgarrador, pero yo apenas lo oí, porque el dolor fue tan agudo que, por un instante, perdí el control de mis sentidos.

Pensaba que sabía lo que era el dolor. Me equivocaba. Nada, nada podía compararse a aquello.

En medio de aquella agonía, atraje a Reshaye hacia mí. Manipulé su figura turbia como una vez había manipulado el agua de un estanque, hacía ya muchos meses. Se resistió en todo momento, hincándome los dientes en el alma.

Toda mi vida me pasó ante mis ojos en pedazos sangrientos. Una niña pequeña sin rostro jugando con flores y mariposas de papel en su pueblo. Casi una mujer, asustada, sentada en la parte de atrás de un carromato. La casa de Esmaris, mis ensayos de baile en solitario, mis noches en su cama. Una adolescente llorando mientras su amigo le curaba las heridas y el corazón partido. Y luego, claro, unos años después, el chasquido de un látigo, las velas de un barco, el brillo cegador de dos torres en una orilla pedregosa.

Reshaye gimió, se revolvió.

—*Me has traicionado, tú, tú, tú...* —lloró, y su voz se disolvió, se deshilachó.

Me agarré a Reshaye como me había agarrado a la mente de Esmaris el día en que maté por primera vez. Y fue entonces cuando lo sentí: su angustia. No solo mi propia pena, sino también la suya, la agonía de ser tantísimos pedazos distintos cosidos juntos, retazos de recuerdos medio perdidos, dolor por muertes sin rostro y traiciones sin nombre.

Paredes blancas.

Pelo dorado.

Ojos brillantes y plumas de color arena.

Un nombre olvidado, gritado una y otra y otra vez, hasta que se lo tragó la piedra.

Llanto.

—*Para* —me susurró Reshaye, con voz infantil—. *Para, por favor, para...*

Ahondé más. Llegué al centro y el mundo enmudeció de pronto, salvo por un soniquete rítmico: los latidos de un corazón. Allí, en el núcleo de la magia de Reshaye, había una masa informe que palpitaba. La envolví con los dedos. Descubrí entonces que no era un solo núcleo, un corazón, sino pedazos de muchos. Estaban calientes y latían al ritmo de mi propio corazón.

—*Llevamos dentro muchas historias.*

Alcé la vista, en medio de todo aquel caudal de magia, y vi a mi lado un contorno desdibujado, borroso, desvaído, una sombra de una sombra de una sombra...

—*Tantísimas historias, tú y yo...*

Tronó el cielo, relampagueó. El chillido mudo de Reshaye me llenó los oídos. El dolor se hizo tan intenso que casi no podía pensar. Me estaba desgarrando, pero aquella figura indefinida alargó la mano y me agarró.

—*No tendría que haber sido así* —susurró—. *Llévatelo, por favor, llévatelo todo, llévatelo...*

Me puso aquel corazón en las manos, esa masa de magia, de poder y de recuerdos rotos. En aquel instante, al levantar la vista en medio de un trueno violento, vi dos siluetas envueltas en azul y rojo, ardiendo en llamas silenciosas, ancladas en un beso.

—*Alguien te reclama...*

¡Max! El nombre me sacudió el alma. Me ardió aquel beso en los labios y se sumó al de mi madre en la frente y al de Serel en la mejilla. Las cicatrices que me quedaban de todas las personas a las que había abandonado, sacrificado, perdido.

No, otra vez no.

No iba a aceptar otro beso de despedida.

Contemplé aquel núcleo de poder, de magia que manejar.

La figura se abalanzó sobre mí, hecha jirones y desesperada.

—*¡Ahora!*

Y en ese preciso instante, justo cuando notaba que sus garras me arañaban el fondo del cráneo, justo cuando empezaba a tener la sensación de que perdía el contacto con la realidad, cogí aquel corazón y me lo tragué. Engullí su poder. Sentí que me inundaba las venas.

¡Por los dioses! Un poder así, ¿cómo no iba a estar bien? ¿Cómo no iba a ser bueno?

Emanó luz de mis dedos, de mis ojos, de mi boca mientras la abría para soltar un bramido, o una carcajada, o algo intermedio.

Alcé las manos al cielo y el mundo se diluyó en blanco, blanco, blanco.



«Tisaanah, ¡aún no has terminado, joder, así que regresa!».

Lo oí.

Lo sentí, sentí su beso, su aliento en busca del mío.

Lancé un tajo violento con todas mis fuerzas, con aquel nuevo poder que llevaba en las yemas de los dedos. Las imágenes de las pesadillas se disolvieron entre alaridos salvajes.

Mi mente volvió a su sitio. Me vi de nuevo en un mundo de luz, de color y de sonido abrumador. Mi cuerpo era un desastre: la sangre me corría por la piel, las quemaduras se extendían por todas partes...

Pero me limité a agarrar fuerte a Max y apartar mis labios de él lo justo para mirar aquellos ojos oscuros, aquella cara hecha de llamas sinuosas.

—Estás precioso —le susurré.

Invadió su rostro la sorpresa, que luego se transformó en un alivio confuso.

Entonces se le retrajeron unos párpados traslúcidos y el fuego desapareció, y también la podredumbre. Y de pronto fuimos dos humanos rotos de carne y hueso que chocaban el uno contra el otro y casi se desplomaban al suelo.

Me dolía todo.

Max tenía la frente pegada a la mía y me agarraba la cara con las manos, como si no pudiera creer que estuviera allí.

—Me has dado un susto de cojones —susurró por fin.

—Lo siento.

Aturdida, aparté su mano izquierda de mi mejilla y le volví la palma hacia arriba. Luego dibujé en ella un círculo en medio de la sangre.

Aún me notaba conectada a aquella fuente hondísima de magia, pero el hilo que me unía a ella iba haciéndose cada vez más fino, muy rápido, y había algo más para lo que quería usarla.

Una línea, luego otra.

—Tisaanah...

Max empezó a tambalearse.

—¿Qué?

Tracé la última línea de mi estratagrama.

—Te quiero.

Caímos al empedrado de la entrada de la hacienda Mikov. Yo fui a parar al suelo, igual que Max. Después llegaron montones de esclavos que se sumaron, todos los de la ciudad de Mikov, adhiriéndose a nosotros como pétalos de flores del mejor jardín de Ara, al otro lado del mar.

Pero no los miré a ellos. Miré solo a Max, los dos con la mejilla pegada al suelo de piedra, yo cogiéndole aún la otra con la mano. El hilo que me conectaba al pozo inmenso de hechizos se rompió del todo y me dejó en mi frágil cuerpo mortal, desprovista de magia.

El mundo se oscureció.

—Te quiero —susurré, y, tomándole la mano, se la apreté tan fuerte como pude mientras ambos perdíamos la consciencia.

77
Tisaanah

Desperté sobresaltada de un letargo sin sueños, con el aire burbujeándome en la garganta. Todo me asaltó a la vez: mi cuerpo, mis sentidos, el recuerdo de todo lo sucedido en la hacienda...

—Inspira hondo. —Tardé un instante en ser consciente de la presencia que tenía a mi lado, alguien que me susurraba en voz baja y serena instrucciones relajantes—. Con cuidado, con cuidado. No vayas demasiado rápido. Inspira, espira.

Una mano me acariciaba la espalda al tiempo que iba dándome las órdenes. Mi respiración y mis latidos no tardaron en ralentizarse.

Me encontraba en una alcoba pequeña, aunque muy bien amueblada. Con un solo vistazo a la decoración, supe que aún estaba en Threll, probablemente en algún lugar caro. Pero esa era la menor de mis preocupaciones. Giré bruscamente la cabeza y vi a Sammerin sentado al borde de la cama.

Sammerin. Al mirarlo, pensé en Max y, al pensar en Max, me vino a la cabeza el aspecto que tenía la última vez que lo había visto, la gravedad de sus heridas...

—Max... —dije—. ¿Está...?

—Estaba en peores condiciones que tú, pero ya está bien. Sigue inconsciente, pero es lógico y probablemente la mejor forma de que se recupere, teniendo en cuenta cómo se machaca cuando está despierto.

Su voz era como la tierra, reconfortante y estable aun cuando soltaba alguna de esas ocurrencias.

—Quiero verlo.

—Y lo vas a ver. ¿Cómo te encuentras?

Me reventaba la cabeza, me daba vueltas la habitación, pero, cuando me miré las palmas de las manos, no había rastro en ellas de las quemaduras que casi me cubrían por completo.

—De pena, pero viva.

—Es lógico —contestó. Se puso en pie, cruzó los brazos y me dedicó una mirada inquisitiva—. Por lo que dicen, lo has pasado fatal.

Me vinieron imágenes a la cabeza: las llamas azules y rojas, la podredumbre, Max envuelto en fuego —¡por los dioses, aquello daba para mucha conversación!— y, por supuesto, Reshaye...

¡Reshaye!

Sobresaltada, hice una pausa y lo busqué en mi interior. No encontré nada: ni movimiento, ni susurros, ni indicios de su presencia entre los hilos de mi pensamiento. No me sorprendía del todo, teniendo en cuenta que solía desaparecer poco después de un gran despliegue de magia. Seguramente estaba tan agotado como yo.

Y no me venía mal el descanso, lo necesitaba, porque a saber a lo que tendría que enfrentarme cuando volviera.

Tenía la cabeza atestada de preguntas.

—¿Dónde estamos?

—En la hacienda Mikov, en una de las casas de invitados. —Debió de parecerle que me alarmaba, porque añadió enseguida—: Las Órdenes se han hecho con este sitio, ahora que la línea sucesoria de los Mikov se ha extinguido.

—¿Las Órdenes se han hecho con la hacienda? —dije, frotándome la sien.

¡Qué raro! ¿Qué derecho tenían las Órdenes sobre la ciudad? ¿Y para qué la querían?

—Yo tampoco acabo de entenderlo. Por lo visto, habían hecho inversiones muy oportunas en estas tierras y en los negocios de la zona, así que al morir Ahzeen...

—¿Han comprado la ciudad? —pregunté espantada.

Nos miramos en silencio un momento. Apreté la mandíbula.

—A mí también me parece sospechoso —dijo Sammerin por fin, en voz baja.

—¿Y los esclavos?

Mientras se los liberara, me daba igual lo que fuese de la ciudad en ruinas de los Mikov.

—Los tenemos —contestó con una sonrisa tranquilizadora—. Yo diría que el viaje ha sido un éxito. Además, hay alguien aquí que está deseando verte. —Se acercó a la puerta y, con la mano ya en el pomo, se volvió hacia mí—. Lo has hecho muy bien, Tisaanah.

Bajé la vista a la colcha.

—Todo ha salido mal.

—Casi —dijo—, pero no del todo.

—Siento que hayas tenido que vivir esto.

Se encogió de un solo hombro.

—Yo no —contestó—. Igual me he agobiado un poco en el meollo del asunto, pero hay cosas que merecen la pena —añadió, señalando la puerta con la cabeza, y enarcó las cejas como preguntándome en silencio: «¿Puedo?».

Asentí, con el corazón en la boca.

Sammerin salió de la alcoba. Yo me miré las manos, hasta que oí unos pasos.

—Tisaanah...

¡Por los dioses, cuánto hacía que no oía pronunciar mi nombre así, con el acento cantarín de mi lengua materna! Vi cómo mis dedos se agarraban unos a otros y se me nubló la vista.

Dos pasos más que se acercaban a la cama.

—Tisaanah...

No me atrevía a mirarlo, por tantas razones... Porque sabía que iba a arderme el corazón al verlo. Porque había tardado muchísimo en volver a por él. Porque había visto lo peor de mí en aquel salón de baile, había sido testigo de mi fracaso, había conocido al monstruo en que Reshaye me había convertido.

—Mírame...

«Mírame. Mírame. Mírame».

Unos dedos calientes me hicieron girar la cara, como lo habían hecho en aquel día terrible, hacía siete meses. Y al volverme, igual que aquel día, me encontré con unos ojos azul claro que eran como un trago de agua en pleno desierto.

Serel me sonrió y algo se me abrió por dentro. Me abalancé sobre él y enterré la cara en su cuello bronceado, pegada a aquella piel que olía a casa, en un abrazo que era como un sueño hecho realidad.

Y lloré, con todo mi cuerpo y toda mi alma.

78
Max

Me encontraba en un cobertizo que conocía bien, que olía a animales y en el que se oía el rumor de patitas minúsculas. Kira tenía en las manos una lagartija azul, que correteaba entre sus dedos y por el dorso de sus manos mientras ella, entusiasmada, me contaba todo lo que la hacía repugnante y preciosa.

—... y luego es cuando vomita los cadáveres para alimentar a sus crías.

Recostado contra la pared, solté un resoplido de asco.

—Qué agradable —dije con la voz empapada de sarcasmo, como si no estuviera exactamente donde quería estar.

Llevaba horas oyéndola hablar de eso. En circunstancias normales, a esas alturas ya habría estado buscando excusas para largarme. Ese día, por la razón que fuese, era distinto. Había algo de fugaz en aquella tarde fresca, como si un fantasma se me escapara entre los dedos. No fui capaz de identificar la sensación hasta que Kira dejó de hablar y se volvió a mirarme, y aquellos ojos oscuros, reflejo de los míos, asomaron entre cortinas de pelo negro.

Su imagen parpadeó, como si por un instante estuviese hecha de humo, y luego volvió a consolidarse tan rápido que pensé que lo había imaginado.

Se me hizo un nudo en la garganta. Una realidad lejana empezó a formarse al borde de mis pensamientos, pero la ignoré

voluntariamente.

—Enséñame el siguiente —le dije.

—Este no te gusta.

—Enséñamelo de todas formas.

«No dejes de hablar».

Se arrodilló y cogió del estante de abajo una última cajita de cristal, la abrió y metió la mano con la delicadeza con que una madre coge en brazos a su querido bebé.

Cuando se volvió, me sonrió con picardía.

—¿Seguro? No quiero que te asustes.

Me tendió las manos. La culebra verde me miró con cautela mientras se enroscaba en sus brazos.

Y otra vez: un parpadeo de humo.

«No, quédate».

—Si te atreves, hasta la puedes coger —me provocó.

Ver a la criatura, sin duda, me produjo cierta inquietud en el estómago, pero no le tenía miedo, no como en otro tiempo.

Extendí las manos y dejé que la culebra se deslizara de sus dedos a los míos y se enroscara con naturalidad en mis antebrazos.

—¡Eh, le caes bien!

Su voz sonaba muy lejana, pero, cuando levanté la cabeza, vi que la tenía justo delante, mirándome con la nariz ladeada y una especie de orgullo, una expresión que, como muchas de las suyas, yo identificaba como mía.

Me dolió el pecho. La realidad aporreó la puerta, pero yo quería quedarme allí un minuto más aunque ella empezara a diluirse y sus capas fueran deshaciéndose en una niebla.

—Cuéntame qué cosas asquerosas hace esta —le dije, desesperado por recuperarla.

—A mí esta no me parece nada asquerosa.

Sopló una ráfaga de viento, no sé cómo, porque estábamos en el interior, que le convirtió el pelo en nubes de polvo. Alargué la mano libre para atraparla, pero no conseguí más que atravesarle la piel. El cobertizo se deshizo a nuestro alrededor como un pergamino hecho jirones y quedó al descubierto un cielo tormentoso.

—Para —supliqué, aferrándome a la tela del borde de su manga.

Ella se encogió de hombros, con desenfado y torpeza.

—Tranquilo, seguro que hay muchísimas cosas interesantes por ahí.

No, no estaba preparado. Todavía había muchas cosas que quería contarle, a ella y a todos, a Atraclius, a mis padres, a las gemelas...

—No era yo —le dije—. Quiero que sepas que...

—¡Por todos los Ascendidos, cierra el pico, Max! —contestó con un resoplido—. Siempre hemos sabido que no eras tú. —Giró la cabeza para mirarme—. Me tengo que ir, y tú también. Procura no asustarte de todo ni todo el tiempo, ¿vale?

No estaba preparado.

Pero abrí la mano y la dejé marchar.



«Max...».

El sueño fue abandonándome despacio, con una parsimonia angustiosa.

«Moooaaaks...».

Joder, estaba muerto.

Estábamos muertos los dos. Tisaanah y yo habíamos ardido juntos. Había peores formas de morir, supuse.

«Moooaaaksantaaariiiooouuusss...».

Primero llegó el sonido, mi nombre con aquella voz melodiosa; luego vino el dolor, un murmullo leve que me caló hasta el último poro de la piel, hasta el último músculo, hasta el último hueso. Y una especie de cosquilleo en las mejillas.

Abrí los ojos con dificultad.

El rostro de Tisaanah se hallaba suspendido sobre el mío, su pelo colgaba por encima de mi cara y la luz de fondo hacía que se formase un halo dorado alrededor de su contorno. Era tan hermosa que no podía ser humana.

Estábamos muertos, definitivamente.

Debí de decirlo en voz alta, porque Tisaanah me contestó:

—No estás muerto.

Según iba recobrando la consciencia, el dolor se hizo más intenso. Eso confirmaba que lo que decía era cierto. A un muerto probablemente le habría dolido menos.

—¿Cómo lo hemos conseguido? —gemí.

—Solo conozco una parte de la respuesta. La otra me la vas a tener que explicar tú, misterioso hombre serpiente.

Reí, y la vibración me dolió.

—Misterioso hombre serpiente. Ahora me vas a tener que llamar siempre así.

Aquella parte aún me parecía un sueño, no un recuerdo ni una página robada de la historia de otra persona. Me costaba creer que yo hubiera hecho eso. Me había pasado los últimos diez años evitando lo que Reshaye había creado en mí cuando me lo habían arrancado del alma, negándome a reconocer que un pedazo de ella había cambiado para siempre, y resulta que había terminado no solo aceptando ese poder, sino ¡usándolo!

No tenía claro si me parecía aterrador o liberador, o ambas cosas. A lo mejor la libertad siempre era un poco aterradora.

Tisaanah se ladeó y se dejó caer en la cama, junto a mí. Giré la cabeza para que nos miráramos directamente a la cara, casi rozándonos la nariz. Con gran esfuerzo, levanté la mano y le acaricié el rostro con los nudillos, recorriendo la línea de su mandíbula y la suave calidez de su mejilla.

Era ella de verdad. ¡De verdad!

Había habido un momento en que había dudado de que esa realidad volviera a existir.

—¿Entonces...? —me dijo expectante.

—Entonces, ¿qué?

—Entonces, misterioso hombre serpiente...

—¡Por todos los Ascendidos, dame un minuto, exigente diosa de la podredumbre!

—Un minuto, ¿para qué?

—Un minuto para alegrarme de tenerlo.

Se esfumó su sonrisa juguetona y asomó a su semblante una expresión más pensativa. Mi propia mente reorganizó las piezas sueltas y borrosas de lo sucedido en la hacienda. El plan, la cena, el secuestro, Nura y las syrizen y...

Me incorporé de golpe.

—¡Sammerin...!

—Está bien —me dijo Tisaanah, deteniéndome y obligándome, con delicadeza, a tumbarme de nuevo.

Un suspiro de alivio.

—¿Y los otros?, ¿los esclavos?, ¿Serel? —Asintió—. O sea, que lo hemos conseguido...

Volvió a asentir.

Dejé escapar un suspiro hondo. Era alucinante que seis individuos hubiésemos conseguido, en cinco días, liberar a cientos de personas

y acabar con una de las casas más poderosas de Threll. Claro, aunque hubiera requerido un breve desvío al infierno.

Pero si alguien podía conseguirlo...

Me acordé del pacto de sangre que Tisaanah había hecho con las Órdenes, de la guerra que nos esperaba en Ara, y se me hizo un nudo en la garganta. Pude ver el millar de maquinaciones que empezaban a gestarse en su cabeza. Por la forma en que fruncía el ceño, supe que estaba pensando justo en eso.

Le deshice la arruga con el pulgar y me desprendí así de mi propia angustia.

—Solo un minuto —masculló.

—Solo uno.

Y nos acercamos el uno al otro a la vez, yo envolviendo con los dedos sus mejillas y ella deslizándome los suyos por los hombros. Nos fundimos en un beso que decía todo lo que no éramos capaces de expresar con palabras, uno que empezó como un susurro suave y pronto se convirtió en una canción más apasionada. Entonces recordé cómo se movían sus labios, el sabor de su lengua, el roce suave de sus dientes en mi piel...

La última vez que la había besado pensé que jamás volvería a hacerlo, y me alegraba una barbaridad haberme equivocado.

Se apartó, haciéndome cosquillas en la nariz con la suya, con ojos risueños, y sirviéndose de aquella voz suave y erótica, me susurró:

—Te apesta el aliento.

La miré ceñudo y le solté una bocanada de aire directamente en la cara, a lo que ella respondió con una risita tonta, que seguramente era el sonido que más había agradecido en mi vida. Y tampoco debía de olerme tan mal el aliento, porque contuvo aquella risa con otro beso, y otro y otro.

Mientras tanto, yo no pude pensar más que en una cosa: en que, por todos los putos Ascendidos, ¡estaba vivo!



No me habría importado en absoluto pasar al menos unas horas más así, pero Tisaanah, por desgracia, no era tan fácil de distraer.

Me vi obligado a narrarle toda la historia, la que aún no le había confesado, la que no le había contado a nadie. Sabía que algún día tendría que hacerlo, pero era un secreto que había enterrado incluso más al fondo de mi ser que la verdad sobre Sarlazai o la muerte de mi familia, quizá porque era uno que aún me veía en la cara cada vez que me miraba al espejo.

Ahora, sin embargo, había abierto una puerta que ya no podía cerrar.

—Ocurrió cuando me sacaron a Reshaye —empecé—. Después de lo de mi familia, necesitaba quitármelo de dentro, eso no era negociable, y las Órdenes eran un caos tremendo por entonces, así que no quedaba nadie por allí que fuera a ponerme demasiados impedimentos. Zeryth estaba muy dispuesto, porque la guerra ya había terminado de todos modos y, la verdad, creo que a ese cabrón más que nada le daba miedo que yo tuviera tanto poder.

—¿Pensaba que ibas a usarlo en su contra? —preguntó Tisaanah.

—No podía, porque había hecho un pacto de sangre con las Órdenes. Mientras Zeryth actuase en su nombre, no podía hacerle daño, al menos no intencionadamente. Solo que el puesto de archicomandante estaba muy disputado y no le hacía gracia pensar en cómo podía afectarle en esa lucha el hecho de que yo tuviese a Reshaye de mi parte. —Qué mierda de nadería: Zeryth Aldris, eternamente preocupado por su propia posición incluso cuando

estaba muriendo gente de verdad—. Y Nura... no estaba para debates.

Nunca iba a entender eso del todo. Conocía a Nura desde que éramos críos, pero ni siquiera entonces la vi llorar. No sucedió hasta el día del funeral de mi familia, mientras yo veía arder a lo lejos las piras de sus cadáveres. Fue la única que me vio, la única que se escondió conmigo en las sombras, con las mejillas empapadas de lágrimas. Fingí que no me había dado cuenta y me marché antes de que pudiera abordarme, pero al día siguiente, cuando volví a presentarme en las torres al borde de la histeria, exigiendo que me sacaran de dentro a Reshaye, Nura no dijo ni una palabra.

—Solo que, como todo, no era tan fácil —proseguí—. Ya habían sacado a Reshaye de muchos cuerpos, pero eran cuerpos que lo rechazaban, es decir, él quería salir tanto como ellos querían que se marchara. En mi caso, Reshaye no tenía ningunas ganas de irse. Pasé horas sangrando en aquella losa mientras intentaban separarnos; entretanto, Reshaye y yo seguíamos librando aquellas batallas absurdas en mi cabeza. No quería soltarme, pero yo no estaba dispuesto a dejar que me retuviera.

Aún me estremecía cuando pensaba en ello, en la forma en que Reshaye se había aferrado a mí como un amante desesperado.

Tisaanah se había arrimado más, tenía el cuerpo pegado al mío y mi brazo cogido con ambas manos, y por un instante caí en la cuenta de lo mucho que agradecía aquella alternativa.

—Al final, la cosa se puso tan fea que me dijeron que, si seguían insistiendo, probablemente aquello terminara matándome. Yo les dije que, por mí, bien. —Suspiré y dediqué un instante a anclarme en la mirada atenta de Tisaanah—. Y morí, durante unos minutos, lo justo para que no fuese definitivo. Mientras me lo arrancaban de dentro, fue como si me clavase sus garras para recuperarme.

—¿Tantas ganas tienes de librarte de mí que prefieres morir a quedarte aquí conmigo? —me había dicho furioso.

—¿Reshaye te salvó? —me susurró Tisaanah.

Bueno, *salvar* sonaba a superioridad moral.

—Por despecho, me maldijo con una vida que yo no quería. Me retuvo mientras me lo arrancaban de las venas, pero me mantuvo vivo haciéndome un... *regalito.*

—Nuestras historias están unidas para siempre, Maxantarius. La tuya no ha terminado aún y no puedes deshacerte de las páginas ya escritas. Lo llevas grabado a fuego en el alma y ahora lo llevarás también en el cuerpo.

Lo último que recordaba de aquellos días borrosos era el dolor insufrible que experimenté cuando por fin me lo arrancaron de dentro y su último susurro agónico.

—Disfruta del regalo que te he hecho. Siempre te perseguirá lo que más temes.

—Pasé días inconsciente —continué—. Cuando volví a abrir los ojos, solo Sammerin estaba allí. Casi convierto la casa en cenizas y ni siquiera estaba lo bastante en mis cabales como para entender que ya no soñaba, hasta que empezó a gritarme que saliera del trance.

Tisaanah frunció el ceño. Con un dedo, me acarició el rabillo del ojo, siguiendo su contorno.

—Tienes otro párpado...

—Ya —dije pestañeando, de pronto perturbado por la fina membrana que me cubría los globos oculares, cerrada, siempre cerrada—. Ese día tardé más de la cuenta en entender que estaba ahí y que, al cerrarlo, podía cerrar también el pozo de magia que me transformaba. —Solté un pequeño bufido—. ¿Tú sabías que las serpientes tienen ese tipo de párpados? Para ser una criatura

incapaz de comprender los matices de la emoción humana, Reshaye, desde luego, era muy dado a la justicia poética, ¿no te parece?

—Entonces, cuando está abierto...

—Ya lo has visto.

Un poco de vergüenza tiñó aquellas palabras.

Había pasado casi diez años empeñado en ignorar esa parte de mí. Era un recordatorio de que Reshaye había ganado, de que me había cambiado para siempre y me había convertido en algo que ya no era del todo humano. Cuando vivía en mi mente, podía decirme a mí mismo que era cosa del monstruo, no mía, pero, con su último desaire, me había convertido en otro.

Y, en el fondo, me fastidiaba que ella lo viera.

—No me lo habías dicho —murmuró.

—No se lo había contado a nadie, salvo a Sammerin, que tampoco se habría enterado si yo hubiera podido evitarlo. Quedó claro desde el principio que no podía controlarlo. Además, cualquier cosa que venga de Reshaye... no es de fiar. No tenía previsto volver a usarlo, ni siquiera pensar en ello.

Miré de reojo a Tisaanah, encogiéndome anticipadamente por la expresión que pudiera encontrarme en su semblante, pero la vi solo pensativa, triste.

—Pero esta vez sí...

—Porque tú me necesitabas.

Me abrazó fuerte y enterró la cara en mi hombro.

—Y lo has controlado.

Sí, eso era algo que todavía me alucinaba. No estaba preparado para abordar la posibilidad de utilizar esa cosa.

—Y tú también —le dije.

Había conseguido lo que yo jamás había logrado: reencauzar a Reshaye cuando estaba al borde de una crisis. ¡Y gracias a los

Ascendidos!

Entrelazamos los dedos.

—Lo has hecho perfecto —masculló.

Y nos quedamos allí tumbados otro rato, permitiéndonos el lujo de ignorar las sombras de monstruos derrotados que se cernían sobre nosotros.

79
Tisaanah

Cuando volví a mi cuarto, Nura me estaba esperando, con la mano en el pomo de la puerta.

—Estás levantada. Venía a verte. —Me miró de arriba abajo, fría, analítica, como si me inspeccionara en busca de posibles daños—. ¿Recuperada?

Me encogí de hombros.

—Más o menos.

—Bien, porque no podemos quedarnos aquí más tiempo.

Se miró la mano y vi que sostenía un sobre arrugado. Tamborileó con los dedos en el borde del pergamino.

—¿Hay noticias de Ara? —pregunté.

—Estamos en guerra —contestó—. Siempre va a haber noticias.

Eso me aclaraba la duda. Estaba más antipática de lo normal, lo que significaba que sí, había noticias, y no eran buenas.

—Nos vamos a primera hora de la mañana. No podemos perder más tiempo. Además, a este paso, vamos a pasar aquí más días de los que te prometimos. Así que espabila.

Su brusquedad me chocaba, sobre todo teniendo en cuenta que ni la había visto ni había hablado con ella desde antes de entrar en la hacienda Mikov, pero me limité a asentir con la cabeza aunque la idea de volver a la guerra hiciese que me sudaran las manos.

—Vale, estaré lista. —Ya se marchaba, pero la llamé—: Nura... —Se detuvo, giró la cabeza—. He estado pensando en la fiesta...

—¿Qué pasa con la fiesta?

—Ahzeen y Zeryth ya se conocían de antes y creo que es evidente que no se separaron en buenos términos.

«Resulta que no es muy amable», me había dicho Zeryth de Ahzeen en una ocasión, hacía ya una eternidad. Y algo más que el deseo de demostrar su poder había instado a Ahzeen a atacarnos como lo había hecho. Era presuntuoso y arrogante, sí, pero no rematadamente imbécil.

—Es evidente, sí —respondió con un resoplido.

—Zeryth nos trajo aquí a sabiendas de que Ahzeen era hostil a las Órdenes, a él. Creo que sabía que era muy posible que las cosas terminaran en violencia. —La miré fijamente—. ¿Lo sabías tú?

Lejos de esquivar mi mirada, la sostuvo y, aunque no contestó, me bastó con su sonrisa desdeñosa. No, a ella la había pillado tan de improviso como a nosotros. También a ella le había tendido una trampa, igual que a los demás.

—¿Y por qué? —quise saber—. ¿Por qué ha hecho algo así?

—Ya te advertí de cómo es.

Poseer o destruir. O eres un instrumento o eres una amenaza, y en aquel caso éramos las dos cosas. Sabía que yo, con Reshaye, saldría viva de aquello, pero le daba igual que los demás sobrevivieran o no.

Pero...

—Tiene que haber algo más —dije.

—Él tiene sus objetivos y es lo único que le importa.

—¿Y qué objetivos son esos?

Nura apretó los labios y no me pasó inadvertida la forma en que estrujaba la carta que llevaba en la mano. Se volvió del todo para

mirarme de frente.

—Cuando volvamos —dijo en voz baja—, espero que estés preparada para luchar como una jabata.

Casi me dio la risa.

Pensé en Max, en Serel, en los refugiados threllianos que nos acompañarían a Ara, en todas esas almas valiosísimas a las que debía proteger. Llevaba luchando como una jabata desde que me habían encadenado a aquel carromato hacía un montón de años, completamente sola. Y desde mucho antes de eso, cuando había huido de un hogar en ruinas que ya no existía. Había nacido luchando. No iba a parar ahora, claro que no, y menos aún con todo lo que tenía que perder.

Dediqué una sonrisa pequeña y serena a Nura, sin apenas alterarme.

—Uy, sí —contesté—. Sé que todavía nos quedan muchas batallas por ganar.

Puede que solo imaginara la sonrisa que le rozó los ojos, pero se dio la vuelta demasiado rápido para que me diera tiempo a confirmarlo.



Esa noche, Serel y yo la pasamos tumbados en el suelo de mi alcoba, como lo habíamos hecho cientos de veces a lo largo de los años. Reímos y lloramos juntos, y luego volvimos a reír y lloramos de nuevo. Sentí con él su dolor cuando me habló de las guerras a las que lo habían mandado a luchar, de cómo la hacienda se había sumido en el caos y la paranoia tras mi partida. Él me cogió la mano mientras le hablaba de mi instrucción, de las batallas, del pacto que había hecho. Se le iluminó la cara de asombro y confusión cuando le

hablé de Reshaye —de la manera más vaga posible— y me hizo preguntas que ni yo sabía bien cómo responder.

Le hablé también de Max, aunque omití algunos detalles sobre la naturaleza de nuestra relación. No sé por qué, aún quería guardarme en el pecho aquellos momentos solo para mí.

Pero nuestra conversación derivó en otras cosas, ajenas a nuestras tristes historias. Era lo que siempre me había encantado de Serel: sabía encontrarle el gozo y la belleza a todo. Podía hablarme de las bajas de una batalla cruenta y, acto seguido, explayarse alegre sobre lo maravilloso que era volver con sus amigos. Una vez me contó que su abuelo solía decir que todos los momentos de la vida eran como una moneda, con su cara oscura y su cara luminosa, y que, aunque cayeran al suelo con uno de los dos lados hacia arriba, el otro seguía debajo, pero escondido. Serel siempre veía las dos caras de la moneda, incluso cuando el destino no le regalaba más que oscuridad.

Al final, cuando ya era tan tarde que casi había amanecido, le pregunté:

—¿Vuelves a Ara con nosotros o te quedas aquí?

No lo dudó.

—Voy a Ara, por supuesto. Necesito un cambio de aires.

Solté un suspiro de alivio y enseguida me sentí egoísta. Ara estaba en guerra. Al menos Threll ahora se encontraba bajo la jurisdicción de las Órdenes. Por absurdo que pareciese, quizá era el sitio más seguro para él.

Cuando le dije lo que pensaba, resopló.

—Por favor... No te vas a librar de mí tan fácilmente, Tisaanah —me dijo, con una sonrisita y un guiño tan suyos que me dejó sin respiración.

Por un momento, me quedé sin palabras.

¿Cuántas veces había soñado con volver a verlo? ¿Y cuántas había estado convencida de que eso no ocurriría?

—No te haces una idea de lo mucho que te he echado de menos —susurré, combatiendo el nudo que se me había hecho en la garganta.

Sonrió y dijo:

—Pues la verdad es que sí.



—*Visto...*

Ya era tarde cuando la oí, aquella voz. La voz. Abrí los ojos a la oscuridad, a la imagen antigua y familiar de la amplia extensión blanca de los techos threllianos.

A mi lado, percibía la respiración discreta y lenta de Serel, los latidos de mi propio corazón alborotado.

Por un instante, se hizo un silencio absoluto, o quizá lo imaginé.

Y luego allí estaba otra vez: una voz, distinta de la de antes, de una forma que me costaba describir, más cercana y a la vez más lejana.

—*Me has visto.*

La sentí más que oírla. Se acompasaba a mi respiración, al latido de mi corazón.

—*Sí* —musité.

Noté que se agitaba en mi interior, un estremecimiento entre el suspiro, la carcajada y el llanto. Todo me parecía mucho más cercano que antes, un poder que me corría por la sangre.

—*Nuestra historia no está completa, Hija de Todos los Mundos.*

Una caricia se marchitó en mi mente y se dibujó en mis labios una sonrisa. No hacía mucho, me habría asustado.

Ya no.

—*Bien* —susurré—. *Aún no he decidido cómo quiero terminarla.*

Y me pareció que se reía mientras se retiraba, reptando, a la oscuridad.

80
Max

Cinco putos días en tierra y se me había olvidado que yo no estaba hecho para aquello. Apenas nos habíamos alejado de la orilla y ya estaba vomitando. O a lo mejor no era más que mi reacción física al regreso a Ara, que no me apetecía en absoluto, sobre todo porque no tenía ni idea de qué nos esperaba allí.

Me aparté de la borda y, al darme la vuelta, exploré con la vista la cubierta, atestada de gente, y aquellas velas como espigas. Habíamos tenido que fletar una embarcación mayor para poder llevarnos a todas aquellas personas a Ara. Casi todos los antiguos esclavos habían preferido quedarse en Threll, pero muchos quisieron acompañarnos.

Los vi moverse de aquí para allá, asomándose entusiasmados a babor y estribor, señalando, riendo. Tisaanah me había explicado que, posiblemente, la mayoría no había visto nunca el mar y, la verdad, me enternecía su ilusión, aunque por otro lado me dieran ganas de decirles: «Dentro de un par de horas, veréis lo que os gusta echar hasta los higadillos».

—Eres famoso —me dijo Nura, de pronto a mi lado, con el sigilo de una aparición; luego señaló sonriente y sorprendida a un grupo que estaba al otro lado de la cubierta.

Le seguí la mirada y suspiré.

El mar no era el único objeto de admiración de los antiguos esclavos. Aquellos rostros se volvían constantemente y nos lanzaban miradas curiosas y maravilladas a Tisaanah y a mí. Esos disimulaban en cuanto detectaban que yo los miraba.

—Menudo espectáculo montasteis los dos. Seguro que ninguno había visto nada semejante en su vida. —Me miró—. Yo tampoco.

—Tú no lo viste.

—Me han contado lo suficiente: «¡Una gran serpiente de fuego!». Interesante —dijo, gesticulando y fingiéndose perpleja.

—Exageran.

—Puede, pero conseguiste usar la magia aunque te hubieran dado chryxalis. Y te enfrentaste a Reshaye. Por eso sé que, cuenten lo que cuenten, en ese salón de baile ocurrió algo extraordinario.

—Lo único extraordinario que ocurrió allí fue que todo el mundo consiguió salir vivo.

Soltó una risita desganada.

—Coincido contigo: eso es extraordinario.

Localicé a Tisaanah, que estaba en la proa, con el cuerpo pegado a la borda y la cabeza bien alta, como si se arrojase contra la brisa del mar. Verdaderamente extraordinario.

Nura me siguió la mirada.

—¿Sabes...? Quiero que seas feliz, Max.

Lo dijo en voz baja, casi para sus adentros. La afirmación me pareció tan chocante, tan impropia de ella, que no me quedó otra que girarme bruscamente a mirarla.

Resoplé.

—¿Qué pasa, que de pronto estás desesperada por que te perdone?

—No hace falta que me creas —me miró muy seria—, pero es la verdad. Y seguirá siéndolo, pase lo que pase cuando lleguemos a

casa.

La forma en que dijo aquel «pase lo que pase cuando lleguemos a casa» me inquietó de repente; sin embargo, antes de que me diera tiempo a preguntarle qué había querido decir con eso, ya se había marchado, se había disuelto en la multitud como una sombra más.

Aun así, mientras me asomaba de nuevo por la borda, seguí rumiando aquellas palabras. Localicé de nuevo a Tisaanah con la vista. Continuaba en el mismo sitio, asomada a la proa, contemplando la orilla. Decidí acercarme, pero luego me detuve. Me detuve y me quedé observándola, enmarcada entre el cielo y el mar, con las colinas de Threll al fondo.

Hacía menos de un año, me dejaron en mi cabaña a una joven, vestida con una prenda absurda, que se negaba a marcharse. Y ahora todo era absolutamente distinto. Todas mis certezas se habían trastocado, algunas se habían volatilizado y otras nuevas ocupaban su lugar. Y, por primera vez en muchísimo tiempo, algo del todo nuevo había empezado a crecer entre esas certezas, algo más difícil de ver, pero más fuerte, más arriesgado, más hermoso: la posibilidad.

Me metí las manos en los bolsillos, levanté el rostro a la caricia fresca de la brisa marina y me quedé allí un poco más.



Tisaanah

Me agarré a la borda y exploré por última vez la lejana costa de Threll.

Hacía unas horas, había visto desmoronarse ante mis ojos la hacienda Mikov mientras usábamos el estratagrama para marcharnos. El sitio que me había roto y me había convertido en quien era, y que yo, a cambio, había roto también, quedaba convertido en humo en mi presencia.

Pensé que ese instante me provocaría algún sentimiento más desgarrador, pero no fue así. La ola no me alcanzó hasta ese momento, cuando, a bordo de una embarcación repleta de antiguos esclavos rumbo a una nueva vida, me despedí en un susurro de Threll, tal vez para siempre. Quizá no había sentido nada al decirle adiós a la ciudad de Esmaris porque nunca había sido un hogar, solo una cárcel.

En cambio, desde el barco, adivinaba, muy a lo lejos, las praderas ondulantes. Sentía la llamada difusa de mi hogar, de mi madre y el olor salino de su piel, fresco y reconfortante en sus abrazos. Dolía despedirse de eso.

Me miré las manos, la piel de dos tonos apretando la madera húmeda de la barandilla.

Me sentía distinta.

No había vuelto a oír la voz de Reshaye, pero me lo notaba dentro, como si me corriera por las venas. Su poder estaba ahí, sin duda, aunque no me hablara. Desde que había despertado, había pensado mucho en aquella visión, la había repasado despacio. Además, se lo había contado todo a Max. Ninguno de los dos entendía del todo qué había hecho yo, si es que había hecho algo. A lo mejor no era más que una ensoñación, una visión, como las pesadillas que Reshaye me provocaba.

Pero a mí me parecía más real que eso.

Doblé los dedos y me llevé la mano al corazón, buscando asidero en el pulso leve que latía bajo mi piel.

Oí acercarse unos pasos cuya cadencia me era familiar. Max se apoyó en la borda, a mi lado.

—La última vez que me despedí de estas playas —mascullé— pensé que sería un milagro si conseguía llegar al otro lado viva.

—Al menos podemos alegrarnos de que las circunstancias sean distintas ahora.

—Y estaba sola.

Estaba tan sola...

No aparté la vista de la orilla, pero noté que su mirada me recorría la piel como una caricia.

—Me alegro de que esas circunstancias sean distintas ahora.

Deslicé la mano sobre la suya y sus dedos se recolocaron con naturalidad para acomodar los míos.

Hacía siete meses, me encontraba en la cubierta de un barco mucho más pequeño y sucio, con la sangre chorreándome por la espalda y repitiéndome mentalmente tres frases desesperadas. El fantasma de aquella chica aún vivía dentro de mí, en alguna parte. Tenía lo que hacía falta para sobrevivir y lo que hacía falta para vivir.

Contaba con habilidades como maga, perfeccionadas con meses de implacable fuerza bruta e instrucción del mejor maestro de Ara. Me corría por las venas una sangre que podía destruir, crear, reconstruir. Era capaz no solo de mirar a la gente, sino de verla y de llevar sus historias conmigo. Y lo más valioso de todo: tenía personas a las que proteger y un amor que ardía por todas ellas como una llama imposible de apagar en lo más hondo de mi pecho.

—Aún no hemos terminado —susurré.

Ni siquiera me di cuenta de que lo había dicho en voz alta hasta que noté que Max me presionaba los dedos con los suyos.

—Apenas hemos empezado —dijo, y asomó a mis labios una sonrisa.

Mientras la costa threlliana iba alejándose cada vez más, yo susurraba para mis adentros, como había hecho hacía siete meses: «Me llamo Tisaanah. Soy una mujer libre y, pese a todo, esclava. Aunque estoy hecha de fragmentos de muchas cosas, soy un todo solo de mí misma. No soy hija de ningún mundo y a la vez soy hija de todos los mundos. Y aún no he terminado».

EPÍLOGO

Aquello, se dijo Zeryth, era una verdadera lástima.

Frunció el ceño, pensativo, y se inclinó hacia delante en el sillón. Dotando a su voz de una preocupación bienintencionada, dijo:

—Mi reina, sigo sin entender este cambio de opinión.

La reina Sesri estaba sentada enfrente de él, con las manos cogidas delicadamente en el regazo y una profusión de terciopelo y ondulaciones rubias que le caían en cascada por los hombros. Se encontraban en una de las salas de reuniones privadas de la reina, un pequeño cuarto que, aun así, estaba decorado con opulencia. El sillón de Sesri se hallaba algo elevado, de forma que miraba a Zeryth desde arriba a pesar de lo menuda que era.

Desde luego, una princesa sí parecía, había que reconocerlo. Quizá algún día llegara a parecer una reina, aunque puede que aún le quedara por lo menos un decenio para no desentonar sentada en el trono.

—Ya te he expuesto mis razones —le dijo ella con arrogancia—. ¿Tan raro te parece que haya reconsiderado si combatir la sangre con sangre es el planteamiento más acertado?

Sonaba segura de sí misma, o al menos sus palabras lo parecían aunque le temblase un poco la voz, pero lo que revelaba de verdad su vacilación era el modo en que miraba de reojo a Tare después de cada frase. Su asesor valtaino estaba sentado a su lado, tan inquietantemente callado como de costumbre, con una cortina de pelo liso platino enmarcándole el rostro.

Una monada.

—La casa de Laurel no te es leal —dijo Zeryth—. Lord Laurel es un conocido rebelde conspirador.

Sesri miró a Tare, que asintió.

—Lo es —confirmó ella, y frunció el ceño—. Quizá haya otra forma.

—La fuerza bruta es la única forma, mi reina, de lidiar con esas cosas —contestó con una sonrisa reconfortante—. Si bien es del todo admirable que tengas un corazón tan benévolo, igual que tu padre.

Como era de esperar, la mención del difunto rey entristeció el semblante de Sesri, que se miró las manos, de nuevo ceñuda. Zeryth aprovechó la ocasión para lanzarle una miradita a Tare, enarcando las cejas; el asesor le respondió con un gesto impasible, sin revelar, como era habitual, expresión alguna. Sin embargo, se volvió hacia ella.

—No hay alternativa, mi reina —le dijo con ternura.

Sesri lo valoró un momento y luego negó con la cabeza.

—Tiene que haberla. No quiero hacer sufrir a mi pueblo de ese modo. Todo esto ha llegado demasiado lejos.

Ajá. Interesante.

No era la primera vez que Sesri manifestaba ese tipo de sentimientos, pero nunca se había enrocado de aquel modo, y menos después de que se le mencionase a su padre o de que Tare la presionara.

Zeryth lanzó a Tare otra mirada insidiosa.

—Sesri —le dijo este en tono suplicante—, te ruego que consideres la propuesta del archicomandante.

—Ya lo he hecho. No voy a atacar a los Laurel. Habrá que hacer otra cosa.

Volvió a negar con la cabeza, ahora más rotundamente.

No iba a cambiar de parecer, pero a Zeryth le daba igual. El momento era propicio, ideal, incluso. De hecho, habría mentido si hubiera dicho que, en el fondo, no estaba deseando que aquello ocurriese.

—Muy bien, mi reina —terció Zeryth, poniéndose en pie, e hizo una reverencia—. Las Órdenes, como es lógico, apoyan cualquier medida que desees tomar. Comenzaré a trabajar en algún plan alternativo.

Se retiró y Tare lo siguió para acompañarlo fuera del palacio. Los dos valtainos recorrieron los pasillos en silencio, los pasos de Zeryth resonando con la fuerza de un alto mando y los de Tare tan ligeros que casi ni se oían. Mientras avanzaban, el archicomandante lo examinaba todo, reparando en los mosaicos y las filigranas de oro que forraban las paredes. Muchísimo oro. Personalmente, prefería el platino, que era algo más elegante y estaba infravalorado.

—Doy por hecho que hay un entendimiento entre nosotros, ¿no es así, Tare?

—Dale tiempo.

—No disponemos de tiempo y, aunque así fuera, no hay razón para perderlo.

Silencio.

—¿No sería preferible esperar a que vuelva Nura?

A Zeryth casi le dio la risa. Ay, Tare, qué tierno, qué ingenuo.

Pues no, claro que no era preferible. En realidad, el hecho de que Nura no hubiese vuelto aún le parecía una gran ventaja.

—Ella lo comprenderá —dijo, y le dedicó a Tare una sonrisa segura y radiante.



En circunstancias normales, Zeryth habría usado un estratagrama para volver a las torres. A pie, el trayecto era de casi media hora y el archicomandante rara vez estaba dispuesto a perder semejante cantidad de tiempo. Pero hacía un día estupendo: fresco y despejado, con una brisa marina particularmente salobre, así que optó por ir andando. Podía permitirse aquel rato extra.

A fin de cuentas, la jornada estaba saliendo redonda.

Esa mañana había recibido una carta de Nura en la que le detallaba los acontecimientos —bastante emocionantes, por lo visto — que habían tenido lugar en la hacienda Mikov. Tisaanah había resultado ser tan poderosa como él esperaba, tanto, de hecho, que hasta se alegraba de que la joven le hubiese propuesto un pacto de sangre. Zeryth solía evitar meterse en esos jardines, pero, después de lo que había visto en Threll, de pronto le aliviaba sobremanera que aquel pacto impidiera a Tisaanah actuar contra él.

Sin embargo, era lo de Maxantarius lo que de verdad le fascinaba. Él no había querido implicarlo en todo aquello. Era demasiado impredecible, albergaba una aversión descarada hacia las Órdenes y, lo más importante de todo, la idea de pasar tanto tiempo en su presencia le apetecía tanto como sacarse ambos ojos de una puñalada y comérselos después.

De verdad que no alcanzaba a comprender por qué Nura había decidido llevar a Tisaanah a casa de Max, precisamente. Además, cuando la joven había demostrado de sobra su valía, él se había opuesto con rotundidad a que Max siguiera implicado, salvo que hubiese una buena garantía. No estaba dispuesto a dejarse apuñalar por la espalda, y menos aún por el capullo de Maxantarius Farlione.

Iba a ser de lo más indigno perder una disputa que duraba ya diez años, amén de la indignidad considerable de perder la vida.

Pero entonces, la noche del baile, Nura había vuelto a la torre y había señalado que ya tenían su garantía: Tisaanah.

«Si la tienes a ella —le había dicho—, lo tienes a él. Max funciona así. Y a ella la tenemos bien sujeta».

Su planteamiento era tan frío que Zeryth tuvo que admirarlo.

Y, por mucho que le doliera reconocerlo, ella tenía toda la razón. Al final, Maxantarius estaba resultando ser una buena inversión. Todas las piezas iban encajando.

Ahora ya no tenía una, sino dos armas tremendamente poderosas a su disposición. Por fin había afianzado de verdad su posición en Threll, algo que llevaba años codiciando. Ara estaba dividida por una soberana muy impopular y, mientras, los señores que tenían el poder iban siendo reemplazados poco a poco por aliados de las Órdenes.

Y lo mejor de todo: su mano derecha, arisca y de poco fiar, iba a permanecer en alta mar al menos cinco días más. Nura siempre había sido una aliada imprescindible en su plan. Era una mujer brillante y lo odiaba, una combinación que hacía que le ilusionara particularmente poner en marcha todo aquello mientras ella y sus puñales ocultos estaban cruzando el océano.

Llegó a las torres y se dirigió canturreando a su despacho. Dedicó un momento a contemplar el mar, más hermoso que nunca a la sombra de la tormenta que se avecinaba. Luego se sentó a su escritorio y escribió una carta a su querida segunda al mando:

«Cuando recibas la presente, Sesri estará muerta...».

Fin de *Hija de ningún mundo*



El viaje de Tisaanah y Max continúa en *Hijos de dioses caídos*

Encontrarás un adelanto a continuación.

HIJOS DE DIOSES CAÍDOS

1
Tisaanah

El aire me azotó el pecho inesperadamente. Abrí de golpe los ojos a una oscuridad absoluta. El sudor me pegaba el pelo al cuello y las sábanas toscas a la piel. El bombeo de la sangre resonando en mis oídos ahogaba los sonidos del barco: el crujido de la madera, la agitación del mar, la respiración tranquila de los pasajeros que me rodeaban...

—*Viene algo...*

Aquel susurro me rondaba la mente y me inundaba de un pánico sin rumbo. Cada vez que parpadeaba, los recuerdos de Reshaye me asaltaban: un destello de pelo dorado, una sala llena de blanco, blanco, blanco, y la abrumadora sensación de que había algo invisible, oculto más allá del horizonte, queriendo atraparme.

Atraparnos.

Me incorporé despacio. Al ponerme en pie, procuré transmitirle a Reshaye mi calma, o al menos toda la calma posible. Debía moverme muy despacio para no despertar a nadie. El barco era grande, pero llevaba tantos pasajeros que habíamos tenido que prescindir de camas propiamente dichas y extender jergones por el suelo, de forma que estaban unos pegados a los otros. A fin de cuentas, la *hacienda* de Esmaris Mikov era más bien una ciudad, y aquella ciudad había albergado cerca de un millar de esclavos: soldados, criados, doncellas, adiestradores de caballos, granjeros,

artesanos y cocineros. Y bailarinas, claro, como lo había sido yo en su día.

Algunos habían decidido quedarse en Threll para reunirse con su familia o para instalarse en la hacienda Mikov, que se encontraba ya, oficialmente, bajo el liderazgo de las Órdenes. Pero la mayoría había preferido ir con nosotros a Ara, un país donde podían ser libres, sí, aunque ahora fuese el que me tenía atada a mí.

Cuando lo pensé, Reshaye se deslizó por el fondo de mi mente. Aquel pequeño movimiento bastó para tensarme.

Miré al suelo en busca de un camino que estuviera despejado. A un lado, tenía a Serel roncando flojito. Aun ahora, más de una semana después, al mirarlo sentía en el pecho una extraña punzada de incredulidad. De vez en cuando debía resistir la tentación de agarrarlo para asegurarme de que era de verdad.

Hacía tiempo que había dejado de creer en los dioses. Ya vivía mi vida bajo los dictados de tantos hombres mortales que no me consolaba nada pensar que los inmortales pudieran tirar de los hilos también. Sin embargo, si alguna vez algo me había parecido una intervención divina, era que mi amigo volviera a estar junto a mí.

El jergón que tenía al otro lado estaba vacío.

Pasé de puntillas entre los cuerpos dormidos y subí con sigilo por la escalerilla de madera, que crujía. Un bofetón de aire frío me recibió en cubierta y el cielo se abrió sobre mí como un manto de terciopelo. Dando tumbos, me acerqué a la borda y me asomé. Una fuerte ráfaga me heló el sudor de la piel, pero aún tenía el corazón desbocado.

—*Era un sueño* —le susurré a Reshaye—. *Estás a salvo. No es real.*

Un susurro furioso me acarició los pensamientos.

—Siempre es real, de un modo u otro, en este mundo o en el siguiente, aquí o en lo que acecha por debajo.

Una respiración sin pulmones me erizó el vello de la nuca y sentí la inquietud de Reshaye, su miedo, cuando alcé la vista por encima del horizonte.

—Algo...

Sostuve la mirada sobre la costura que unía los mundos, donde el cielo se fundía con el mar. El interés de Reshaye se volcaba allí y se extendía a lo lejos, ansioso, explorando.

Me asomé más por la borda.

Ni siquiera sabía lo que buscaba, pero era como si algo me arrastrase hacia delante, algo que, de haber podido llegar lo bastante lejos, habría sido capaz de ver...

Una mano tiró fuerte de mí. Me bamboleé y solté un pequeño gruñido al chocar de espaldas con una figura que conocía bien. Un par de brazos me envolvieron.

—Demasiado fría para bañarse —me susurró una voz, tan cerca de mi oreja que me puso la piel de gallina. Lo remató un roce de labios angustiosamente breve.

Reshaye se escabulló, sin mediar palabra, al fondo de mi mente.

—No me iba a caer.

—Por si acaso. Si no recuerdo mal, tampoco eres una gran nadadora.

—Pshh —contesté, y luego le pasé un dedo por las costillas a mi captor. Tal y como sabía que ocurriría, se le escapó una risa mal disimulada y me soltó.

Al volverme, vi a Max dedicándome una sonrisa tensa de medio lado, el izquierdo, claro, como si intentase, en vano, parecer enfadado.

Era una de esas sonrisas que yo le devolvía sin pensarlo.

—Abusas del poder que te he otorgado aprovechándote así de mis debilidades —me dijo.

Me encogí de hombros.

—No pretenderás que me resista a todas las tentaciones...

Llevábamos una semana en constante y angustiosa proximidad, pero apenas nos habíamos tocado. A fin de cuentas, no teníamos intimidad para nada más, aunque yo jamás iba a reconocer en voz alta la vergonzosa cantidad de tiempo que mi mente dedicaba a pensar en todo lo que haríamos cuando la tuviéramos.

La oreja aún me latía de su calor. Le dediqué una sonrisa pícara, dispuesta para otra réplica, pero de pronto se mostró serio, preocupado.

—¿Pesadillas? —me preguntó en voz baja.

—Parecen muy reales.

—Así es.

Claro. Max, precisamente, lo sabía bien.

Me tendió la mano y yo enarqué las cejas.

—¿Qué?

Resopló.

—Venga ya, Tisaanah...

En el fondo, no quería enseñárselo, darle otro motivo de preocupación, menos aún sabiendo a cuánto estaba renunciando por estar allí conmigo. Puse la mano en la suya, con la palma para arriba, y la estudiamos juntos.

Las venas de la muñeca y el antebrazo, que antes apenas se entreveían bajo los fragmentos claros de mi piel albina, se habían oscurecido hasta casi ennegrecerse.

Max frunció el ceño.

—Ya hay muchas cosas de Reshaye que no entendemos —murmuré—. A lo mejor no es más que otra extraña incógnita.

—No me gustan las incógnitas.

Casi me dio la risa. «Pues te fastidias, porque estamos rodeados de ellas».

Me miró a los ojos y las palabras murieron en mi garganta. Sus ojos se veían despiadados y brillantes bajo la luz de la luna, el recordatorio definitivo de aquello de lo que era capaz la cosa que acechaba en mi interior. Todavía recordaba con intensidad aquellos párpados traslúcidos retirándose y dejando al descubierto una mirada oscura y resuelta, y aquel cuerpo desplegándose en llamas.

Hermoso. Aterrador.

Me miré la mano una vez más, luego me encogí de hombros y la bajé.

—De todas formas, esta tendría que ser la menor de nuestras preocupaciones —dije, volviéndome a mirar el mar, en dirección a Ara.

No sabía lo que nos aguardaba allí. Al abandonar la hacienda Mikov, durante unos días gozosos el subidón de la victoria había eclipsado todo lo demás, pero luego las pesadillas se habían vuelto más vivas, las costas de Ara habían empezado a verse más cerca y yo notaba las cadenas de las Órdenes cada vez más tensas.

Al fin y al cabo, había hecho un pacto. Las Órdenes me otorgaban el poder necesario para acabar con los señores threllianos y salvar a las personas a las que había dejado allí. A cambio, había vuelto a esclavizarme. Solo que ahora esgrimiría la muerte en vez de toques de luz y palabras bonitas.

Se me hizo un nudo en el estómago solo de pensarlo. Lo que Max recordaba de la destrucción de Sarlazai aún estaba grabado en su retina. Yo no quería repetir una desolación de esas clase.

—Yo creo que tengo la capacidad mental necesaria para preocuparme de todo por igual —masculló Max. Le cogí la mano.

Sus dedos se acomodaron en torno a los míos de forma instintiva, con ternura y familiaridad.

—¿Qué crees que nos vamos a encontrar... cuando volvamos?

Guardó silencio un buen rato.

—A mí me parece que eso no tiene sentido —dijo por fin—. Creo que Nura está demasiado callada y que es raro que las Órdenes hayan decidido implicar a Sesri en todo esto. Y también me parece que están desesperados, y eso es lo que más miedo me da, porque no sé el motivo. Ignoro qué nos vamos a encontrar al llegar a casa, pero estoy seguro de que no me va a gustar.

«Cuando volvamos —me había dicho Nura—, espero que estés preparada para luchar como una jabata».

No me quedaba otra que estar preparada. Estaba rodeada de recordatorios de todo lo que dependía de mí. Hacía ocho años, mi madre me había besado en la frente y me había enviado, a mí, su única hija, a un destino tan horrendo como incierto. Solo para que pudiera tener una oportunidad de sobrevivir, ¡de vivir! Y aquella era mi única oportunidad de conseguir que mi vida fuese digna de todas las que había visto extinguirse. Ya no iba a haber más niñas pequeñas arrancadas de su madre en plena noche, ni más madres que muriesen de extenuación en las minas.

No había sacrificio lo bastante grande para eso.

Levanté la vista hacia Max, hacia su mirada perdida. El remordimiento y el afecto se me enredaron en el pecho, el uno alimentándose del otro.

Max ya había hecho muchos sacrificios, más de los que nadie debería sufrir jamás.

—Yo lo entendería —dije en voz baja.

Me miró.

—¿Ajá?

—Que entendería que no puedas hacerlo, que no puedas estar en otra guerra. Lo entendería.

Se le ensombreció el semblante, como si algo doloroso lo desgarrara por dentro, y luego ablandó el gesto.

—Si tú puedes, yo también. —Levantó la mano para acariciarme la mejilla y después dijo con voz más suave—: Me da igual en lo que nos metamos. No lo vas a hacer sola.

¡Por los dioses! Me di la vuelta hacia el mar porque, de pronto, verlo a él, ver cómo me miraba me sobrepasaba. Y, por un instante, Max hizo que todo pareciera superable.

Pero entonces la voz de Reshaye se desplegó en mi cabeza como una hebra de humo en la oscuridad.

—*Él tiene razón* —me susurró—. *Tú nunca estás sola.*



A la mañana siguiente, Serel y yo estábamos apoyados en la borda. Apenas había vuelto a dormir aquella noche, pero, salvo por el dolor de ojos, no estaba cansada. Al contrario, sentía como si me recorriera una energía especial.

Serel, a mi lado, levantó bien alto la cabeza y parpadeó hacia la brisa marina.

—Llegamos hoy, ¿no? —me dijo.

—Las syrizen dicen que estamos cerca de la orilla. Si despeja un poco, quizá podremos ver ya las torres.

Soltó un silbido largo por lo bajo.

—Las torres, ¡menuda vista debe de ser!

—Es espectacular.

Eso era innegable. Cuando yo llegué a Ara, estaba tan febril que apenas recordaba la travesía. Lo único que tenía presente era

aquella vista: la de las torres, enmarcadas sobre los imponentes acantilados aranos. Me pareció tan espléndida que enmudecí por dentro.

Y, por primera vez en semanas, había albergado esperanzas.

Reshaye olisqueó el recuerdo y soltó una risita amarga.

—*¡Qué boba eras! ¡Qué ingenua!*

—Jamás pensé que fuera a vivir para verlo —dijo Serel, con una sonrisa permanente en los labios, aunque la voz se le quebró un poco y yo detecté enseguida la profundidad agridulce que escondía esa frase.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—Te va a encantar —le aseguré.

Me convencí de que era cierto. Tenía que serlo. A Serel le encantaba casi todo. Era optimista por naturaleza. No había motivos para que Ara le inspirase otra cosa. Aun así..., era tanto lo que él no sabía, lo que tampoco sabía yo...

Me di la vuelta y miré al otro lado de la cubierta. Casi todos los pasajeros se habían levantado ya, con lo que estaba excepcionalmente abarrotada. Todos sabían lo cerca que estábamos y ninguno quería perderse las primeras vistas de Ara.

Las emociones de los refugiados estaban muy desprotegidas en comparación con las de los aranos. La inquietud esperanzada se palpaba de tal forma en el aire que era como respirar una neblina melosa. Además, yo percibía lo que había debajo: nerviosismo, incertidumbre, miedo...

Miré al fondo del barco, donde un grupo se arremolinaba en torno a dos figuras. Uno era un joven, Filias, algo mayor que Serel, con el pelo oscuro muy corto y barba de varios días. Tenía unos ojos grandes y profundos que casi siempre estaban fruncidos, como si evaluase el mundo con un recelo innato. A su lado, una mujer de

cincuenta y tantos años, de rostro sereno y pelo rojo entrecano: Riasha.

Eran inseparables y siempre estaban rodeados de gente. Aunque los dos habían sido esclavos en la hacienda de Esmaris, apenas los conocía, porque mientras que yo estaba básicamente confinada en la casa, ellos vivían en la periferia y trabajaban en las granjas. Serel había coincidido con Filias unas cuantas veces, cuando a este último le tocaba hacer guardia, pero yo no los había conocido hasta que subieron a bordo del barco, y lo primero que noté fue la determinación que irradiaban.

Casi todos los pasajeros estaban allí porque querían labrarse una vida mejor, pero lo que querían Filias y Riasha era construir algo más grande. Yo lo apoyaba por completo, claro, pero ellos me miraban con recelo, sobre todo Filias.

No me ofendía, ni siquiera me sorprendía. Habrían oído historias sobre mí y mi magia terrible y, aunque todos habíamos sido esclavos del mismo amo, los que íbamos en el barco éramos muy distintos unos de otros. Todos procedíamos de naciones caídas muy dispares, algunas de las cuales habían estado en guerra entre sí durante años, hasta que habían llegado los threllianos para convertirse en una amenaza mayor. Para algunos, yo era una salvadora; para otros, una bruja nyzerense que le había vendido el alma a algún dios oscuro, alguien que los había ayudado, sí, pero no necesariamente alguien de quien fiarse.

A lo mejor hacían bien en pensar eso. Puede que hubiera sacado a mi gente de un país destrozado por la guerra solo para llevarla a rastras a otro igual. Quizá no pudiera protegerlos si ni siquiera sabía cómo protegerme yo, con el pacto de sangre que había hecho con las Órdenes y Reshaye bien enterrado en mi cabeza.

Sin darme cuenta, deslicé los ojos por la cubierta hasta toparme con Max, que estaba asomado a la borda, al lado de Sammerin. Parecía entretenido despotricando de algo. Me pregunté si tendría idea de lo fácil de interpretar que era. Yo estaba muy lejos y, aun así, casi tenía la sensación de que lo oía.

—Y el sexo, ¿qué tal?

Espantada, me volví enseguida hacia Serel, que me sonrió con picardía.

—¿Qué?

—Ya me has oído.

—No hay sexo.

—Ay, perdona: *hacer el amor.*

—¡Serel! —Noté que se me encendían las mejillas aunque intentara parecer muy seria y convincente—. No hay sexo ni hacer el amor.

—Sería una lástima si fuera cierto, pero no lo es.

—¿Qué te hace pensar que...?

—Que él te mira como si quisiera devorarte, despacio, con la lengua.

Me ardía la cara ya. No obstante, dediqué un momento a disfrutar de la imagen que esas palabras me habían creado en la cabeza.

—¿Ves? —dijo Serel, señalándolo con un gesto. Y, en efecto, cuando me volví, Max me estaba mirando fijamente. Cuando nuestros ojos se encontraron, me saludó con la mano, con un desenfado poco creíble, y luego miró a otro lado.

¡Por los dioses, era facilísimo de interpretar!

—Pueees...

Aún estaba decidiendo cómo iba a responder a aquello cuando Serel abrió mucho los ojos de repente y se aupó para mirar por

encima de mí. Se oyeron vítores en thereni y una oleada de sorpresa se alzó entre la multitud.

Serel masculló una maldición de asombro.

Me di la vuelta.

La bruma se había levantado y el blanco neblinoso había dado paso al contorno de Ara.

Y allí, ante nosotros, por fin, estaban las torres.

AGRADECIMIENTOS

Me parece verdaderamente surrealista estar escribiendo nuevos agradecimientos para el relanzamiento de esta novela con Bramble, más de cinco años después de su publicación inicial. En enero de 2020, cuando salió por primera vez, jamás imaginé que estos libros seguirían sumando lectores al cabo de tanto tiempo, ni que llegarían a ser tantos. Así que voy a empezar por darte las gracias, de corazón, tanto si es la primera vez que lees esta historia como si ya la leíste hace cinco años.

Muchísimas personas han contribuido a llevar esta novela al mundo, tanto en el momento de su creación, hace cinco años, como en el tiempo transcurrido desde entonces.

A Monique Patterson y Erika Tsang, de Bramble, así como a Gillian Green, de Bramble UK, gracias por verles el potencial a estos libros y esforzaros por hacerlos llegar a un público más amplio. ¡Es todo un honor trabajar con vosotras!

A todo el equipo de Bramble, incluidos Mal Frazier, Caro Perny, Julia Bergen, Tyrinne Lewis y muchos otros profesionales increíbles, gracias por lo que apoyáis estas novelas. Agradezco inmensamente poder trabajar con un equipo tan maravilloso.

A Bibi Lewis, mi agente, gracias por ser una colaboradora tan estupenda y por lanzar mi carrera literaria a reinos que, sinceramente, jamás habría imaginado cuando escribí el primer borrador de esta novela.

Gracias a los miembros del grupo de escritura, Stephen, Michael, Noah y Tom, por ser ese elemento formativo esencial en la creación de esta historia. Lo mejor de escribir esta novela fue ir leyéndoosla todas las semanas. Y aprovecho para agradecer especialmente a Noah el esfuerzo hercúleo de leerse este mostrenco en cuatro días y haber sido una voz editorial tan asombrosa desde entonces.

A Noami Lane, gracias por ser la mejor asistente que se puede tener y por mantenerme cuerda —en la medida de lo posible— en medio del caos que supone esta ocupación.

A Alex Ogle, gracias por ser esa fuente de optimismo absoluto y por mantener las redes activas y operativas. A Ariella Isabella, aunque ya no seas mi asistente personal, gracias por todo tu apoyo durante estos años.

A Kate y a Nick, por editar la versión *indie* de esta novela.

A Nathan, gracias por ser el amor de toda mi puñetera vida, por escuchar mis protestas y lamentos, ayudarme a desentrañar tramas, ofrecerme la cafeína que necesitaba, seguir queriéndome, ser el mejor proponiendo ideas y, en general, ser un compañero de vida de lo más increíble.

Gracias a mi familia por alentar siempre mi labor literaria y por su apoyo sin límites.

Gracias a Calcifer por tenerme los pies calentitos en las largas noches de revisión.

Gracias a Nico por hacerlo todo posible.

Y, una vez más, para que nadie se quede sin oírlo: seáis quienes seáis, ¡gracias!, porque, de verdad, emociona pensar que hay gente ahí fuera dispuesta a leer cualquier cosa que yo plasme en una página. Sois los mejores.

Hija de ningún mundo
Carissa Broadbent

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *Daughter of No Worlds*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño, basado en una idea original de Arthur Wang
© de la ilustración de la portada, Arthur Wang
© del mapa y de las ilustraciones de las páginas 21 y 323, Rhys Davies
© de la ilustración del interior, Blueprint Characters / Shutterstock

© Carissa Broadbent, 2019

© por la traducción, Pilar de la Peña Minguell, 2026

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorialplaneta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): julio de 2026

ISBN: 978-84-08-32218-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

Table of Contents

PORTADILLA
DEDICATORIA
MAPA
PRÓLOGO
PRIMERA PARTE. ALAS
- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14
- 15
- 16
- 17
- 18
- 19
- 20
- 21
- 22
- 23
- 24
- 25
- 26
- 27

28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
SEGUNDA PARTE. COLMILLOS
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62

63
64
65
66
67
68
69
70
71
72
73
74
75
76
77
78
79
80
EPÍLOGO
HIJOS DE DIOSES CAÍDOS
1
AGRADECIMIENTOS
CRÉDITOS